



SCHNAKE



UN SOCIALISTA CON HISTORIA

memorias

AGUILAR

SENNAKE



UN SOCIALISTA CON HISTORIA

Memorias

AGUILAR

© 2004, Erich Schnake

© De esta edición:

2004, Aguilar Chilena de Ediciones S.A.
Dr. Aníbal Arizola 1444, Providencia,
Santiago de Chile

- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de Ediciones**
Beazley 3860, 1437 Buenos Aires, Argentina.
- **Santillana de Ediciones S.A.**
Avda. Arce 2333, entre Rosendo Gutiérrez
y Belisario Salinas, La Paz, Bolivia.
- **Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.**
Calle 80 Núm. 10-23, Sancafé de Bogotá, Colombia.
- **Santillana S.A.**
Avda. Eloy Alfaro 2277, y 6 de Diciembre, Quito, Ecuador.
- **Grupo Santillana de Ediciones S.A.**
Torrelaguna 60, 28043 Madrid, España.
- **Santillana Publishing Company Inc.**
2043 N.W. 87 th Avenue, 33172, Miami, Fl., EE.UU.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de C.V.**
Avda. Universidad 767, Colonia del Valle, México D.F. 03100.
- **Santillana S.A.**
Avda. Venezuela N° 276 *el* Mea. López y España,
Asunción, Paraguay.
- **Santillana S.A.**
Avda. San Felipe 731, Jesús María, Lima, Perú.
- **Ediciones Santillana S.A.**
Constitución 1889, 11800 Montevideo, Uruguay.
- **Editorial Santillana S.A.**
Avda. Rómulo Gallegos, Edif. Zulia 1º piso
Boleíta Nte., 1071, Caracas, Venezuela.

ISBN: 956-239-304-6

Inscripción N° 138.546

Impreso en Chile/Printed in Chile

Primera edición: abril 2004

Diseño de cubierta:

Ricardo Alarcón Klaussen

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

SCHNAKE



UN SOCIALISTA CON HISTORIA

Memorias

AGUILAR

Índice

La espera

FIBROSIS IDIOPÁTICA.....	11
EL MUNDO SE VA A ACABAR	15
CERO POR CIENTO	19
COMANDANTE «ESNAKE»	24
PUNTOS DE ALEMANA	28
ROSA DE MAYO.....	36
LLEGAR Y TRAGAR.....	43
OPERACIÓN DE TRASPLANTE	46
SUEÑOS DE MUERTE	52
EL DESPERTAR	60

<i>Todos eran socialistas</i>	65
-------------------------------------	----

<i>El eco de la derecha</i>	87
-----------------------------------	----

<i>Amor en tiempos de Don Tinto</i>	95
---	----

<i>Militante, brigadista, dirigente</i>	111
---	-----

<i>Quiméricos y desesperados</i>	131
--	-----

<i>La bella época</i>	183
-----------------------------	-----

<i>Cuando todo se acaba</i>	205
-----------------------------------	-----

<i>Cárcel, París y Madrid</i>	225
-------------------------------------	-----

<i>Viajes clandestinos</i>	261
<i>Felipe y los suyos</i>	293
<i>La tercera es la vencida</i>	307
<i>La máquina de la democracia</i>	341
<i>Quién lo hubiera creído</i>	379
<i>Crisis y errores</i>	385
<i>¿Progresistas en el siglo XXI?</i>	403
<i>Notas</i>	427

La espera

FIBROSIS IDIOPÁTICA

Cuando escribo esta parte de mi historia, estoy expectante, nervioso, lleno de indecisiones, tal vez un poco neurótico. Desde hace unos ocho meses que vivo la extraña espera de una enfermedad terminal. Y digo espera porque recién en estos días me dirán los médicos cuáles son las opciones que puedo tener en Chile. En el extranjero el tema ya está resuelto para mí: sin opciones.

Padezco de una fibrosis idiopática, o fibrosis UIP (Usual Interstitial Pneumonia) y de enfisema pulmonar. Crudamente, se trata de algo que carece de remedio. Este tipo de fibrosis va destruyendo los pulmones en forma sostenida e irrefrenable, y poniendo al corazón en la penosa tarea de repartir a la sangre un oxígeno cada vez más escaso. Es como el idioma de los vascos: nadie conoce su origen y, como consecuencia, no se ha podido idear siquiera un tratamiento. Es decir, se trata de una enfermedad fatal, que cuando se presenta conduce inexorablemente a la muerte. ¿Cuándo? Algunos sostienen que de cinco a siete años desde que se detecta. Esto sería el promedio. A mí me la detectaron hace poco más de 5 años, pero el especialista broncopulmonar al que me derivó mi médico de cabecera, luego de confirmarme que tenía un pequeñísimo foco de fibrosis, me dijo que carecía de importancia y no me recomendó tratamiento alguno. Mi fibrosis explotó violentamente en mayo del 2000 y desde entonces vivo esta suerte de vía crucis. El último especialista que vi, el doctor Alvaro Undurraga, nos dijo —estábamos mi mujer y yo— que «desde que se produce la crisis el promedio de sobrevivida en Chile es de un año, más o menos».

El tema lo hemos consultado en Estados Unidos y en Francia. Las conclusiones son universales: ¡No hay remedio! Se trata de una enfermedad terminal.

Pero, de verdad, estas conclusiones no son tan absolutas. Existe una posible solución o tratamiento: el trasplante, hoy de moda y de buenos resultados en otros órganos como el corazón y los riñones; de difícil pronóstico, en cambio, en el caso del pulmón. El éxito de esta difícil operación fluctúa entre un sesenta y un setenta por ciento. Claro que los problemas son varios si se quiere hacerlo en los centros más calificados del mundo: Estados Unidos, Canadá, Francia, Inglaterra, Alemania, Suecia. Como las estadísticas mejoran en materia de trasplante pulmonar, ha aumentado notablemente la demanda, y por lo mismo se ha tenido que establecer una lista de espera, es decir una larga fila o cola de enfermos que necesitan un pulmón compatible. En Boston, que es lo mejor, dicen, la lista es de cerca de dos años; en París, un año y medio, y así sucesivamente. Pero, además, los diversos centros médicos han fijado edades máximas para hacer trasplantes: todas alrededor de los 60 años. El tiempo de vida que me han dado los médicos no me alcanza para una espera tan larga. Tampoco mis 70 años de edad me permiten aspirar a la sabiduría y experiencia de europeos o norteamericanos.

Es que es el trasplante más nuevo de todos. Los primeros ensayos se hicieron en Estados Unidos y Canadá allá por el año 82. De los veinte primeros sólo se salvó un paciente. ¡Linda estadística! Hoy las cosas son mejores y de cada cien, sesenta a setenta logran una sobrevida de cinco años más o menos. En Chile no podemos hablar todavía de estadísticas de trasplante de pulmones, porque sólo se han hecho 19, y a juzgar porque sólo se comenta lo bien que está UN TRASPLANTADO, abogado también, Juan Achurra, habrá que concluir que es el único caso positivo destacable.

La verdad es que mi colega Achurra nos ha salido hasta en la sopa. Sin perjuicio de que es el primer (y único) ejemplo que nos han puesto todos los médicos, de repente, hablando de fibrosis con algún amigo, lo primero que hace es decirme con gran seguridad:

—Pero Erich, no seas lesa, hazte trasplante, ¿conoces a Juan Achurra, el abogado, el que fue subsecretario del Interior de Frei?

—Bueno... sí, lo ubico perfectamente.

—Se hizo trasplante y está estupendo, juega golf... hace de todo.

O mi suegra, Raquel García-Huidobro, que un día llama a mi mujer para decirle:

—Florita, te tengo una gran noticia, en la oficina me contaron que un abogado conocido lleva ya cerca de dos años con trasplante de pulmón, hecho por el mismo médico que va a operar a Erich, y está regio. Erich lo debe conocer porque es medio político.

—Aaah, ya —interrumpe mi mujer—, ¡Juan Achurra!

¡Hasta los taxistas del barrio nos han hablado de Achurra! Es que, para más remate, vive cerca de mi casa.

Pero puedo aspirar a incrementar las estadísticas chilenas de trasplante, donde la lista de espera es pequeña y el límite de edad para operar está en los 65 años, pero sin rigideces. El equipo médico que haría mi trasplante está integrado por profesionales de primer nivel: algunos del Hospital del Tórax, la mayoría formados en la Universidad de Chile —lo que me da mucha confianza— y todos con alguna especialización en el extranjero. El doctor Jorge Mascaró es el cirujano de este equipo.

En el curso de la próxima semana seré sometido a una larga serie de exámenes, de cuyo resultado dependerá si me operan o no. De lunes a miércoles estaré haciendo fuerzas para ser calificado «un joven de 70 años» al que vale la pena operar.

Pero reparemos por qué aquí, en el Chile del siglo XXI, en el Chile pretencioso que promete vestirse de Primer Mundo en el 2010, puedo aspirar a salvar mi vida a pesar de mi edad y de mi estado de salud, que no me permite esperar demasiado. Simplemente porque puedo pagar esta operación, y siendo muchos los interesados, son muy pocos los que están en condiciones de costearla. Vale millones de pesos, que el sistema de salud público chileno no financia. No es un problema de profesionales, ya que están las competencias necesarias para realizar la operación en los hospitales públicos. Es simplemente porque no hay presupuesto estatal para este tipo de intervención. Y como me decía el doctor Undurraga, «con dos intervenciones al año, ya sobrepasaríamos el presupuesto del hospital, no podemos hacerlo».

Las isapres, nuestro «eficaz» sistema privado de salud, no financian la operación, porque «no está codificada», y no lo está porque Fonasa (Fondo Nacional de Salud) no le ha puesto el dichoso

código. Y no lo ha puesto simplemente porque el sistema público no hace la operación. Aunque se tenga un gran programa de atención médica en la Isapre, como el que tengo yo, que me cuesta más de seis millones de pesos al año (diez mil dólares), ellos no cubren porque no hay código; lo mismo sucede con cierto tipo de exámenes muy nuevos... que aún no se incorporan al código de Fonasa.

Sin duda, cuando la salud se transforma en negocio, como en nuestro país, los pobres están más cerca de la muerte que los ricos. El sistema privado es buenísimo... para los que pueden financiarlo. Cuenta con los mejores profesionales, tiene los pabellones de operación más modernos y máquinas e instrumentales de última generación. Pero hay que pagar. Y mucho. Por eso nos enteramos cada cierto tiempo de padres desesperados haciendo colectas hasta en la calle para poder operar a un hijo que, de no ser por la caridad de la gente, simplemente morirá... habiendo solución quirúrgica disponible, médicos con los conocimientos necesarios y el instrumental requerido. O de otros que se van ilegales a Estados Unidos porque en Chile ya les han cerrado todas las puertas, y tienen la esperanza de que al rico país del Norte el presupuesto le alcance para salvarles la vida.

El tema está en que yo no soy pobre (aunque con esta operación podría alcanzar tan poco halagüeño estado), pero tampoco rico, y es por eso que mi mujer está haciendo toda clase de gestiones y basta maniobras para que la Isapre Banmédica, donde cotizo mensualmente, contribuya a esta carísima operación.

EL MUNDO SE VA A ACABAR

He dejado pasar unos días para tener una mejor información sobre mis posibilidades.

Por disposición del equipo de trasplantes me he sometido a unos 18 exámenes distintos en la clínica Las Condes. Allí es donde se han efectuado los trasplantes de pulmón del equipo que integran el doctor Undurraga y el doctor Mascaró.

Me examinan las arterias, para ver su elasticidad y condiciones (se supone que unas arterias de 70 años, y de fumador incansable, están malitas y pueden no resistir una operación tan dura como esta), revisan mi corazón, mis riñones, mi hígado, el bazo, en fin, todo. Me dan vuelta al revés y al derecho, y estoy curiosamente sano. En este diagnóstico preoperatorio se prevé incluso un examen psicológico, pero los médicos me eximen, porque les parece inoficioso. Estoy en mejores condiciones de lo que se puede esperar a esta edad. Sólo me falta resolver el problema de los exámenes dentales que han salido negativos, pues me encontraron un par de focos infecciosos, con los que hay que terminar rápidamente. Lo haré en estos días. Y también faltan los resultados de un examen de sangre que realiza el Instituto de Salud Pública, que dirige mi amigo y compañero de partido Gonzalo Navarrete. Y aquí no hay influencia posible, felizmente: se trata de saber cuál es el nivel de sensibilización que tienen mis linfocitos a los agentes extraños, en otras palabras, cuán amables van a ser para aceptar a los agentes extraños que vendrán con un nuevo pulmón. El tema no es menor: a una señora que estaba en lista de espera, la hospitalizaron

ya, porque el examen de marras dio cero por ciento de rechazo. ¡Que linfocitos tan gentiles! Ojalá los míos sigan este ejemplo. Pero, en cambio, un muchacho de apenas 34 años, con fibrosis, tuvo un 24 por ciento de rechazo y es posible que no lo operen, pues al parecer sobre un veinte por ciento de rechazo el trasplante es de riesgo mayor, casi fatal. Algunos han llegado a más de un cuarenta por ciento de rechazo; entonces ni pensarlo, el trasplante es imposible y no queda más remedio que sentarse a esperar que se cumpla el plazo y te vayas a «decorar el Oriente eterno», como con tanta delicadeza tratan los masones a la muerte. Puedes hacer otras cosas, naturalmente. Cuando mi viejo amigo Oscar Waiss se ponía en el caso, su filosofía era «¡a gozar, a gozar, que el mundo se va a acabar!». Creo que al final de sus días fue fiel a sus principios.

Entretanto, la vida diaria transcurre como jamás lo imaginé. Sometido a la esclavitud de una larga manguera que me provee de oxígeno permanentemente, conectada a mis fosas nasales por una especie de bozal (nariguera es el nombre técnico), sólo puedo moverme dentro de pequeños espacios. Generalmente estoy en el escritorio de mi casa de Santiago o en mi dormitorio en la casa del campo.

En Santiago me cuesta detenerme, tengo la sensación de una actividad febril que a ratos me desespera... porque «no me deja tiempo para nada». Estoy siempre ansiando que llegue la noche, que se ha transformado en mi verdadero tiempo de gozar y de vivir. Lo primero es comer con la familia que esté en esos momentos: siempre mi mujer, Flora, y mis hijos Coni y Erich; ahora, además y habitualmente, alguno de los hijos que ya son independientes. En estos días, por ejemplo, está Poncho, que vive en París y ha venido a verme junto a su amiga Silvie, otras veces está María Loreto, o la Vivianita, o la Erika, o la Andrea, o la Pancha... en fin, es el privilegio de ser un padre tan prolífico. Es el momento que parece todos necesitábamos, porque queremos hablar y contar nuestras aventuras del día. La Flora resucitará con pelos y señales sus diversos diálogos con el Derecho Civil y su fantástico profesor Jana; la Coni hablará del colegio y mi hijo Erich, de la universidad.

Yo estoy en la etapa de meditación, aunque con un severo pragmatismo germano, tiendo a actuar más en la idea de resolver los problemas que mi ausencia generará en mis hijos y mi mujer, que en esto del gozar, o quizás allí esté mi goce. Mucho dependerá de

cómo acaben los exámenes que restan, especialmente este extrañísimo de «sensibilización de los linfocitos», de cuyas diferencias de sensibilidad no se sabe nada; simplemente que existen. ¿Por qué a unos les regalan con un cero por ciento de rechazo y a otros con más de un veinte por ciento? ¡Misterio total! Y a lo mejor lo que es bueno para hacerse un trasplante, es malo en la salud normal. No lo he preguntado, pero lo haré cuando me entere de mis resultados.

Si hay trasplante, lo llevaré con optimismo y fe, y trataré de llegar a él en las mejores condiciones. Quiero intensamente vivir para mis seres queridos. Me cuesta soportar hoy el sufrimiento que mi ausencia les pueda causar. Para ellos no he sido un señor de 70 años que ya entró en la etapa de los que pueden morir en cualquier instante. Tal vez la culpa sea mía. Me he sentido demasiado joven siempre y no he querido reconocer signos siquiera de vejez. Cuando alguno apareció nítidamente, como el no poder esquiar ni siquiera al ritmo de mis hijos menores, o cuando me faltaba la respiración por caminar un par de cuadras, como el cojo, yo le echaba la culpa al empedrado; o cuando mis respuestas a Eros dejaban bastante que desear, me refugiaba en la clásica disculpa de los sicólogos: en las tensiones acumuladas y el estrés propio de esta época y de mi forma de vida. Pero, aunque sea muy poco original, habrá que concluir que la muerte es algo inexorable, que siempre llega y por los más variados caminos. Y que cuando llega, siempre es temprano para morir, sobre todo si tu cabeza funciona. No importa que tengas 60, 70 ó 100.

Hoy estoy de acuerdo con Simone de Beauvoir en que sería un aburrimiento enorme vivir eternamente, perder los referentes de vida que se poseen, perder a cada instante lo que más se quiere, pero... no sé si lo seguiré pensando en el instante en que pueda tener conciencia de que la vida se me agotó. En todo caso, no es que quiera vivir sólo por los demás: he amado y amo la vida en todas sus dimensiones, la siento bella y trascendente. Percibo el amor que me tienen seres humanos muy cercanos a mí, siento su calidez, su necesidad de querer y expresarme su amor, y sé que ellos sienten como yo los quiero, y mi propia necesidad de sentir que los quiero. Y son estos sentimientos tan dulces, tan gratos, tan emotivos y agradables, los que molesta percibir que se van a terminar en un momento cualquiera y cercano.

He pasado por vicisitudes enormes en mi vida; he estado o sentido estar muy cerca de la muerte una infinidad de veces, pero he gozado cada instante de mi existencia. 'Tal vez me guste la vida arriesgándola, saboreando la adrenalina que te sube y que te invade, porque cada vez que superas el peligro o la incertidumbre, gozas con una intensidad jamás antes lograda. Es como el milagro de la resurrección.

CERO POR CIENTO

Estoy en mi casa del campo, situada camino adentro de la ruta que va de Catapilco a La Laguna, a escasos tres kilómetros de las playas de Maitencillo. Es un maravilloso refugio destinado a defender mi salud física y mental, y a aumentar el gozo de tener una familia que se quiere mucho. Aquí disfrutamos de la intimidad que tanto nos ha robado la política y el ejercicio profesional, tanto de mi mujer como mío. Aquí somos inmensamente felices por nuestro propio encuentro y por la oportunidad de estar con nuestros hijos pequeños y verlos disfrutar del entorno. O de recibir a la mamá de Florencia, que es una mujer inteligente y encantadora, o a mis hijas o hijos mayores, ya casados y con hijos de edades similares a los tres menores nuestros. O ver crecer a nuestra Coni, a quien se le empieza a convertir en «una lata» el viaje al campo, porque prefiere las «juntas» con sus compañeras de colegio en Santiago. O convencerme de que mi hijo Erich, el que estudia Derecho, tiene otros intereses más motivadores que venir al campo, y que paulatinamente me irá reemplazando en mi oficina de abogado.

Es mediodía del martes 9 de enero del 2001, estoy escribiendo algo sobre nuestra historia de socialistas. Los niños corretean por el campo. Florita, lectora impenitente, goza *El dominio de la vida*, de Ronald Dworkin. En la cocina se empieza a preparar un par de hermosas reinetas al jengibre (mi creación) con choritos y machas, traídas hoy temprano de la caleta de Maitencillo. Hay un grato silencio que sólo se interrumpe a ratos por las voces de los niños o el llanto pasajero de una pelea trivial entre ellos.

Nuestro único medio de comunicación aquí, en el campo, el celular, comienza a sonar...

—Erich, ¡te tengo noticias! —es la voz inconfundible de mi amigo, compañero del PPD y colega abogado Guillermo Arenas. Guillermo es abogado del Instituto de Salud Pública y se había propuesto averiguar los resultados del examen de sensibilización de mis linfocitos antes que nadie.

—¿Qué?... ¿Salió mi examen?

—Sí, pelaíto, salió tu examen, pero tenís que jurarme que no se lo vai a contar a nadie. Del Instituto lo mandan directamente a la clínica... creo que por fax.

Mi corazón late intensamente, pero no tengo angustia. Por el contrario, siento que Guillermo, que es un gran amigo y además un hombre inteligente, no me estaría llamando para darme una mala noticia. Contengo la respiración y le grito por el celular:

—Sí, huevón, te lo prometo todo, pero cuéntame... ¿Cómo salió?

—Salió muy bien, Eeriichch —me contesta, atrastrando mi nombre—. Parece que tus amigos te vamos a tener que soportar por muchos años más.

—¿Sabís qué porcentaje?

—Sí... un CERO por ciento de rechazo.

—¡Noo! ¿Está confirmado?

—Sí, pelaíto, está confirmado, pero si se lo decís a alguien, me echan del instituto.

—Bueno... mañana voy a Santiago, a terminar la cosa de mis dientes, y lo comentamos. Entre paréntesis —le agrego—, como tenía algunos focos infecciosos en la dentadura, unos reales y otros potenciales, me sacaron cuatro dientes, que espero me repongan artificialmente pasado mañana. Supongo que éstos eran los dos últimos exámenes para dejarme apto para el trasplante. Espero que a última hora no vayan a decidir caparme también... por si acaso. Chao, muchas gracias. Te pasaste, Guillermo.

—Chao, mañana te veo.

«¡FLORA! ... ¡FLORITA!»

Mi mujer, que está en la terraza, pega un brinco de sobresalto y llega con cara de aterrada a verme:

—Qué te pasa —pregunta alarmada.

—¡CERO POR CIENTO! Pero es confidencial todavía.

—¡Nooh! ¿Estás seguro?

—Sí, me llamó recién Guillermo.

—¡Fantástico!

Nos abrazamos eufóricos y nos ponemos a la tarea de comunicarle la noticia a la familia y a algunos amigos. El celular no deja de trabajar. Primero en Santiago, a mi hermana Marina, la mayor y más sana de todos nosotros; a mi hija María Loreto, a la Raquelita, mi suegra; luego a la Nanita, en Chiloé; a mis hijos en París, en Tours y en Marsella: Alfonso, Viviana y Erika, los tres han venido en algún momento a verme; sigo con Alemania y llamo a mi hija Andrea, que también ha venido, y a mi hermano Enrique, que está bastante enfermo en Colonia; y en Buenos Aires a mi hija Francisca y en Castro a mi hijo Felipe y así hasta perder la cuenta.

Bueno, vamos derecho a la operación. En la tarde había llamado mi suegra para decirnos que leyéramos *El Mercurio*, donde venía una información sobre los trasplantes. De pulmón se han hecho 19 en total en Chile; la lista de espera, según esta información, asciende a 14, y las personas que autorizan la utilización de sus órganos después de su muerte han aumentado considerablemente, aunque la mitad de las donaciones ofrecidas no se lleva a cabo por oposición de las familias. Yo tengo firmado mi carné de donante desde hace muchos años. Si me quedo en el trasplante pueden usarlo, aunque parece difícil que mis órganos de 70 años de agitada existencia puedan servir, pero como dicen que estoy tan bien... si no fuera por la fibrosis.

Qué será lo que el destino me depara. Creo que en un par de meses estaremos enterados. Cuando me operen. Será que seguiremos viviendo un buen tiempo más, para no dejar en vergüenza a mis longevos padres o que, como el pavo, estamos diciendo que vamos bien y vamos p'al horno. Lo uno o lo otro dan una ilusión de vida y permiten por lo menos aprovechar intensamente los dos meses que, a lo menos, nos separan de ese instante. Entre otras cosas tendré que trabajar duro en esta suerte de autobiografía.

Para lo que escriba o diga, tengan la absoluta certeza de que he sido honesto y procurado no mentir, aunque a veces, sin quererlo, uno mismo se engaña y cree verdadero lo falso o confunde la realidad con la fantasía. Pero los muertos no mienten y yo me siento

una especie de muerto en vida, aunque con mucha ilusión y ánimo.

Me asaltan sensaciones parecidas a las que experimenté cuando estuve preso; de hecho, es durante este tiempo de inmovilidad y espera, cuando he recordado de modo más insistente esos años. Es parecido este estar encerrado, limitado, ausente por razones completamente ajenas a tu voluntad. Pero, como entonces, tu forzada ausencia de la realidad la compensas abriendo una ventana al mundo que te rodea, sin prejuicios, con la mirada más abierta, y con la tranquilidad que te da tu obligada prescindencia del diario quebacer.

Hoy la derecha reclama el respeto a la dignidad de Pinochet y su familia; el respeto a la justicia y al debido proceso de Pinochet y de algunos altos oficiales, acusados de la muerte, la tortura o el secuestro y la desaparición de cientos de personas. Y acusa a los jueces, a los Tribunales de Justicia, al Congreso y al gobierno de atentar contra la dignidad y la justicia de que son acreedores estos caballeros. Y todos tienen juicios normales, defensa y múltiples abogados, y ganan y pierden recursos de amparo o reconsideraciones; nadie es sometido a tortura, ni siquiera psicológica, y cuentan con todos los recursos económicos necesarios —y más aún— para defenderse, y fijan sus domicilios arbitrariamente en fundos artillados, pero interiormente cómodos, o son detenidos en sus propios cuarteles. Entonces, en la época del golpe, a los presos políticos nos inventaban cárceles o campos de concentración en Dawson, Ritoque, Chacabuco, Tres Alamos, Villa Grimaldi, Londres 33...

Y nos parece correcto que reclamen, tienen derecho a hacerlo, si piensan que se está violando alguna norma legal. Aún los más deleznablez criminales tienen que ser juzgados por un tribunal imparcial y por leyes preestablecidas; incluso debe garantizarse su adecuada defensa. Todas estas elementales garantías que hoy la democracia practica en grado sumo con Pinochet y sus secuaces, son las que la derecha les negó a los seguidores del Presidente Allende, y a miles de chilenos y chilenas, por la sola circunstancia de no adherir ciegamente al gobierno militar que ella misma contribuyó a erigir y con el cual se enriqueció hasta la saciedad.

Porque en nombre de la reconciliación y de la necesaria pacificación nacional nos hemos resignado a sancionar sólo los casos

más dramáticos de violaciones a los derechos humanos, los que terminaron en muertes seguras o presumibles —y apenas—, pero eso no significa que debemos olvidar lo que fue el golpe militar para todos los que tuvimos la suerte de salir con vida, lo que fueron nuestros «procesos», lo que fueron nuestros años de cárcel, el modo en que fuimos tratados, la manera en que nuestras vidas fueron destruidas sin misericordia, cómo se separaron para siempre nuestras familias...

COMANDANTE «ESNAKE»

Yo, un abogado, primero diputado y después senador, jamás me imaginé que estaría en la cárcel, al otro lado de las rejas, del lado de los delincuentes, de los criminales, tratado como no se trata en los países civilizados ni al peor de los asesinos. Pero así ocurrió, y el cambio se produjo en cosa de horas. Es lo que quise expresar con el título de mi anterior libro: *De improviso la nada*.

Un cambio brutal en la vida que se prolongó por cuatro años y medio. Cuatro años y medio de libertad que me quitó el hoy desafortado senador vitalicio Augusto Pinochet, entonces dictador. Cuatro años y medio durante los cuales a un senador elegido con gran mayoría por la gente, lo torturaron, maltrataron y pisotearon su dignidad y la de su familia y le quitaron siete años y medio de legítimo mandato constitucional. Cuatro años y medio de prisión y diez de destierro al extranjero, y todo por un juicio amañado, sin garantías de ninguna especie, en el que te torturaban antes de declarar, o encarcelaban a los simples testigos de conducta que tú presentabas en la vista de la causa.

Así me sucedió a mí cuando declararon como testigos de conducta, en 1974, Andrés Aylwin, ex diputado DC, gran demócrata, humanista ejemplar, consecuente con sus principios cristianos y profundamente solidario; y el profesor Sergio Campos, entonces locutor de Radio Corporación y luego de diversos medios de radio y televisión, de gran coraje (que había que tenerlo para atreverse a declarar a mi favor), inteligente y de mucha coherencia en su vida con sus ideales de socialista. Entonces, en una actitud propia de

los juicios de la Inquisición, el fiscal Julio Tapia Falk (después fue rector delegado nada menos que de la Universidad de Chile, que también fue vejada) dispuso, en plena audiencia, que lo retiraran del estrado y, encapuchado, los guardias de la Fuerza Aérea (FACH) se lo llevaron preso. Si miento, pregúntenle al propio Sergio Campos o a quien era entonces mi abogado, el actual profesor de derecho penal de la Universidad de Chile, Luis Ortiz Quiroga.

Y en ese juicio, más absurdo que el de Kafka, y con menos garantías que los del Gulag, fui condenado por «sedición o motín», yo, que caí preso el mismo 11 de septiembre de 1973 a las 5.30 de la tarde, luego de demandar durante todo el día la defensa del legítimo régimen constitucional de Salvador Allende.

A ese juicio, que pretendía ser «el Juicio al régimen marxista» en la mente enferma de Gustavo Leigh, y que lo elevaría a la categoría de «líder mundial del anticomunismo», nos llevaron desde la Cárcel Pública en el centro de la capital, General Mackenna con Teatinos, y nos subieron a unos buses donde viajamos de rodillas y maniatados a la espalda hasta el mismo consejo de guerra en la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea, en Las Condes, unos diez kilómetros al oriente.

No fui yo solamente el juzgado de esta manera. El juicio en el que se me incluyó era encabezado por el general Alberto Bachelet, quien, como todo el resto, estuvo encapuchado e incomunicado por más de cincuenta días y fue sometido a torturas espantosas; murió en la Cárcel Pública de un infarto al corazón y falta de atención oportuna. Ese día trágico, jugábamos un partido de básquetbol cuando cayó.

La simulación de juicio se caratulaba «contra Alberto Bachelet y otros», y contó con más de cien procesados y condenados. El general Poblete, al que le apagaban cigarrillos encendidos en el pecho; el coronel Miranda; el coronel Rodríguez; el coronel Ominami (padre del actual senador socialista); el comandante Galaz, sometidos constantemente a la corriente eléctrica; el capitán Vergara, tal vez el más torturado de todos, junto a Ernesto Galaz y al suboficial Belarmino Constanzo; el comandante Eduardo Donoso; el abogado Carlos Lazo Frías, ex vicepresidente del Banco del Estado, que tuvo la mala idea de gritarles en el primer interrogatorio encapuchado: «¡Muestren la cara, maricones!». Lo molieron a golpes, le quebraron varias costillas y tuvieron que mandarlo

al hospital de la FACII por más de cuarenta días. En el proceso, como no podían ocultar tanto las cosas, figura que el prisionero Carlos Lazo se cayó en las escaleras de la Academia de Guerra Aérea (AGA), causándose múltiples lesiones. ¡Vaya caída!

También estaba el doctor Yáñez, con quien vine a verme recién en la cárcel, 25 años después de haber sido compañeros de curso en el Liceo Manuel de Salas, y decenas de suboficiales y jóvenes alumnos de la Escuela de Aviación. Todos ellos fueron también torturados.

Participaron en este verdadero festín de la bestialidad, a lo menos como cómplices, los abogados Víctor Barahona y un tal Cruzat, de menor graduación que el primero; era una especie de actuario que me interrogaba, cuyo nombre no conocí, aunque supe por mi esposa (Willie Neale en aquel entonces) que Cruzat la había citado a su oficina, en calle Ahumada 312, tal vez por posibles honorarios. Willie no concurrió en la ocasión. Como autores directos, los comandantes y luego coroneles Edgard Ceballos y Gutiérrez (no recuerdo el nombre) y encabezando el lote de los autores intelectuales, el general Leigh, el coronel y abogado Julio Tapia Falk, el general Juan Soler Manfredini, que presidía el Consejo de Guerra, y el coronel Humberto Oteiza, que presidía los interrogatorios formales.

Con Barahona me pasó algo entonces que, recordado hoy, me suena a una ridiculez propia de alguien muy «re tonto» y necesitado de reconocimiento jerárquico en la vida. Yo lo había conocido como abogado joven, muy modesto, de muy poca apariencia y fama, pero que se abría camino como futuro penalista con mucha dedicación y, al parecer, no pocos conocimientos. Por aquel entonces ocurrió en Buin un crimen espantoso que sacudió al país: el crimen de la Teté. Una muchacha joven que envenenó a los niños que cuidaba. Ya no recuerdo claramente por dónde me llegó, pero fui consultado para defenderla. Como el asunto no me iba, en ningún sentido, recomendé a este joven abogado, Barahona, a quien le serviría salir en la prensa defendiendo un caso de mucha publicidad y connotación penal. Me lo agradeció muy emocionado.

A mitad de mi cautiverio en la AGA fui conducido a un nuevo interrogatorio; poco antes de entrar a la sala me encontré con Barahona, ahora disfrazado, a mi juicio, de militar. Confieso que

me dio un gran gusto ver por fin una cara conocida, y sobre todo a un abogado. Ya me habían sacado la capucha. No sé si estirándole los brazos con ilusión, le dije entusiasmado: «¡Colega Barahona...!». Y no alcancé a más, pues me interrumpió con un seco «¡Comandante, *Esnake!*». Luego, sin más, me espetó: «Es mejor que colabore, *Esnake*. ¿Usted sabe cuál es su riesgo?». Y sin esperar respuesta agregó en tono amenazante: «Sedición o motín, ¡pena de muerte!». Yo creo recordar que infló el pecho y con una mirada llena de orgullo me hizo entrar al interrogatorio habiéndome mostrado ya lo importante que era y la fuerza que tenía.

Pero en fin, en este simulacro de juicio sólo murió dentro del proceso el general Bachelet. El resto tuvimos que pagar fuertes condenas de prisión y de destierro. En cambio en los cientos de juicios de consejos de guerra a lo largo del país, fueron muchos los torturados y los fusilados que carecieron de una defensa real. La irrefrenable pasión por apretar el gatillo frente a civiles indefensos sólo puede ser el reflejo de la cobardía moral de quienes lo ordenaron, y es una mancha que difícilmente podrán borrar nuestras Fuerzas Armadas.

Lo más intolerable es que estos violadores del derecho pretendan erigirse ahora en los representantes de las virtudes que ellos mismos se han encargado de sepultar.

PUNTOS DE ALEMANA

Han pasado con rapidez vertiginosa los días. Ya estamos terminando febrero del 2001. Durante este período he cumplido satisfactoriamente con todas las exigencias médicas y administrativas. Incluso he logrado pagarle anticipadamente a la clínica unos quince millones de pesos, es decir unos treinta mil dólares, equivalentes al sesenta por ciento del costo total de la operación, si no hay novedades, según me dicen, excluidos honorarios médicos.

Me preparo con calma y dedicación para la llegada del Día D. Estoy en esta suerte de refugio cercano a la playa que mis hijos llaman «la casa del campo». Aquí escribo, aquí me regaloneo con parte de mis hijos. Los más pequeños están siempre, y como si adivinaran los duros tiempos que pueden venir, se me meten desde temprano en la cama, disputándome. La verdad es que gozo con ellos y me impulsan con más fuerza que nunca a desear vivir.

No puedo pasear con ellos, salir a buscar conejos o pajaritos —que este lugar es un verdadero paraíso para ellos, pues está prohibida la caza—, porque caminar me agota demasiado. Pero sí puedo trasladarme hasta una pequeña huerta en la que mi mujer (con mi ayuda y consejo) ha plantado habas, tomates, cilantro, albahaca, zapallitos italianos, perejil, pepinos, para darles en el gusto de que sean ellos mismos los que corten la verdura o el aliño de nuestras comidas.

—«¡Papito, papito!... mira los tomates que saqué» —y aparece I Hermann o la Elisa o el más pequeño, José Pedro, de 3 años, dichoso porque ha logrado, junto con arrancar media mata, traer un par de tomates o de pepinos. El almuerzo de este día será más fácil y los

chicocos comerán con gusto lo que ellos mismos sienten haber cultivado. Luego nos iremos a la piscina y cómodamente sentado en una silla playera de lona, los miraré chapotear en el agua.

Durante 21 días me ha acompañado mi hijo Alfonso, que ha venido especialmente desde París a verme. Han sido 21 días maravillosos, llenos de cariño e inteligencia de vida. Ponchito, como todavía le dice su madre, tiene 44 años, y es ejecutivo de una transnacional francesa. Ha venido dispuesto a poner —discretamente— orden en mi vida. Para todos mis hijos yo soy una especie de loco suelto, incapaz de cuidarme y, por el contrario, capaz de hacer cualquier locura con tal de demostrar que aún «me la puedo»... algo de razón tienen.

Alfonso es una mezcla de ternura y de razonamiento lógico que enternece y convence a la vez. Se preocupa de todo, incluso de cómo lo están pasando sus hermanitos menores o mi mujer, que está nerviosa y tensa por partida doble: por un lado mi enfermedad y las consecuencias que puede traer, y por el otro, su responsabilidad de estudiante de Derecho, que ha tenido que rendir exámenes, siendo ya profesional como periodista, y hacerlo bien. Y lo ha hecho muy bien, pero con un desgaste en esfuerzo y tensiones enorme.

Durante el día hablamos de todo. Hacemos recuerdos, juguetamos con viejas bromas que por tradición hemos mantenido hasta el día de hoy y que no reproduzco porque son demasiado vulgares u «ordinarias», como nos critican habitualmente. Conversamos de política, y confieso que me da una visión de lo que está sucediendo en Europa que me asombra bastante, pero que me levanta la moral y me ayuda a mantener mi inflexible optimismo de vida. Me hace cariño, como cuando era un pequeñito, e incluso me da masajes en las piernas antes de acostarme, demostrando claramente que ni él ni sus hermanos se van a resignar ante una enfermedad terminal, como la que yo tengo. Es ingeniero informático, y sin embargo debe saber más de la fibrosis que un médico especialista.

Muy cerca de la casa, a no más de un kilómetro, está la hostería de la alemana. Cada vez que voy al pueblo, paso frente a su «Recepción». Un día me fijé que tenía un letrero que decía «Bio-fitness» y me sonó a algo medicinal. Me detuve y entré a conocer a la alemana: una gringa de buen porte, algo arrugada, que

confiesa 56 y que debe haber sido una belleza cuando joven. Lleva 22 años en Chile, dedicada al campo, a la hostería y, extraña cosa, a la acupuntura láser y los masajes eléctricos. Le pregunté por su profesión, creyendo encontrarme ante un médico o algo por el estilo y... nueva sorpresa: Hella Meyer, que así se llama, era ingeniero comercial en Alemania.

Y aquí me he pegado. Casi todos los días me hago cincuenta minutos de masaje eléctrico y cuarenta de acupuntura. Y tengo la sensación de que ambas cosas me están haciendo bien. Alfonso, que me ha ido a dejar varias veces, presencié la acupuntura láser y las explicaciones de la gringuita, que la llevan a estar muy orgullosa de su tratamiento. En su media lengua germana dice que está contenta «pogque toos los puntos de pulmón ahoga entgan, y ésa es la custión». Alfonso se ha encargado de popularizar esto de que «me entren los puntos de la alemana» y que ahí está la «custión» de mi mejor estado. Todo muy gracioso, salvo la cara que Florencia le está poniendo a doña Hella cuando me va a dejar o a buscar.

La lista de espera algo avanza, y la enfermera que lleva el tema en la unidad de trasplantes me cuenta que estoy en el lugar 11^o, pero que dentro de esas once personas, hay niños, mujeres, etc., cuyas características difieren mucho de las mías y que sólo me antecede un señor de similares condiciones. Quedamos de acuerdo en que cuando a este señor le inicien su operación, me llamará de inmediato, para que esté en Santiago, a menos de una hora de la clínica. Entonces habré entrado en capilla. Entretanto, la tenacidad de mi mujer ha comenzado a dar sus frutos y ya tenemos el compromiso de mi Isapre de financiar, en la clínica y con los médicos por mí elegidos, parte sustancial de la operación de trasplante.

Mientras espero que llegue mi turno de trasplante pulmonar, me entretengo leyendo, jugando con mis hijos, pololeando con Florencia, escuchando a los amigos, generalmente sus quejas —que en Cbile todos se quejan—, tratando de escribir estas especies de memorias y ejerciendo mi profesión en lo posible.

Estamos todavía en plena época de balances políticos y selección de candidatos a parlamentarios para las elecciones de diciembre del 2001. El gobierno, empeñado en demostrar lo bien que lo ha hecho en estos nueve o diez meses de gestión, y la oposición, en negarle todo mérito a su actividad.

El balance político del 2000 que termina es extraño. Tengo la sensación de que ha sido inteligentemente manipulado por la derecha. Por ejemplo, con el tema del proceso a Augusto Pinochet, la prensa reitera una y otra vez los argumentos de la derecha, y sin embargo, no se hace preguntas cruciales que yo —y seguramente muchos otros— sí me hago, y que están sin respuesta.

¿De dónde salen tantos millones de dólares para cubrir los gastos habituales y los excepcionales de este ex dictador y su familia? ¿Los pone el Ejército? Si así fuera, ¿con qué derecho? ¿O salen de su fortuna personal? Y si es así, ¿cómo la amasó? O tal vez salen de los bolsillos de los amigos personales, de aquellos que fueron favorecidos, por ejemplo, por las ventas de las empresas de la Corporación de Fomento de la Producción (Corfo) a precio de escándalo, como se pudo comprobar por la Comisión Investigadora de la Cámara de Diputados, que tuvo que olvidarse del asunto, porque era anterior al año 90, fecha fijada de común acuerdo para impedir cualquier investigación. Algo parecido, en el plano económico, a la ley de auto amnistía decretada por el gobierno militar para lavar sus crímenes ¿O los recursos se los aportan los beneficiarios del crédito a la banca privada por más de ocho mil millones de dólares de entonces? Treinta o cuarenta mil de ahora, prácticamente sin intereses (un dos por ciento anual), ni plazo fijo de pago. Nadie se atreve a decir todavía que todo esto refleja un fraude gigantesco.

Cuando se quiso denunciar en la Cámara de Diputados la «comisión» de un millón de dólares que había recibido por la compra de armas en Libia el hijo mayor de Pinochet (los famosos «pinocheques»), el general montó en la yegua Cólera, y amenazó al Presidente Aylwin con la desobediencia militar y la sedición encubierta, si no nos olvidábamos rápidamente del asunto. El Partido por la Democracia (PPD) y su diputado Jorge Schaulsohn fueron los que denunciaron el escándalo y lo probaron. Yo era presidente del PPD cuando desde el gobierno se nos «insinuó» poner término a la investigación, por razones de «seguridad nacional».

Cuando el dictador compró a través de un palo blanco, oficial de Ejército, la residencia de El Melocotón y fue denunciado —en plena dictadura— por la revista *Cauce*, tampoco pasó nada, y ya en democracia el asunto murió.

Y me atrevo a hacer una pregunta más: la parcela de varias decenas de hectáreas en Bucalemu, artillada hasta con defensas antiaéreas y personal del Ejército de guardia permanente, con una enorme mansión donde el ex dictador se retira a descansar y recibir las muestras de adhesión de sus partidarios, ¿es de él o se la facilita el Ejército, como creo, en un loable gesto de solidaridad para con un hombre que dispuso a Chile como una inmensa prisión... donde la gente no supo de libertad y se cometieron las peores aberraciones contra los derechos humanos? Con qué derecho y bajo qué concepto de la ética el Ejército de Chile defiende y protege al ex dictador, si no es con la arrogancia de los que por años ejercieron un poder sin límites y la posesión del monopolio de las armas.

Algo pasa con la derecha y con los medios de comunicación, que le son adictos en un ochenta por ciento (porque la TV del Estado es neutra, si acaso un poquitito cargada a la derecha): son capaces de distorsionar de tal manera cualquier noticia o comentario, que hasta nosotros terminamos convencidos de sus mentiras y maniobras. Pero algo pasa también con las fuerzas progresistas, que hacen lo posible y lo imposible para desacreditarse y auto inmolarse, como si sus fallos, errores, atropellos y violencias del pasado fueran comparables siquiera a los casi 17 años de dictadura pinochetista.

Durante estos últimos once años los dirigentes del Partido Socialista se han dedicado a borrar en lo posible su pasado en la Unidad Popular y con Salvador Allende. Han vivido en un permanente mea culpa ante la diaria actitud exculpatoria de la derecha y el pinochetismo por sus crímenes. A juzgar por el temor de que se les confunda con antiguos «upelientos», es francamente inexplicable que el gobierno de Salvador Allende haya existido siquiera, mucho menos que en dos años y medio apenas de gobierno, en elecciones libres y con plena participación de la oposición, haya subido su apoyo de un 36,4 por ciento a un 44 por ciento en el electorado, y superado con creces a la que luego sería la derecha pinochetista.

No ha sido ni muy digna, ni muy convincente la conducta socialista en este plano.

¿Y en el PPD? Bueno, se dice, el PPD es un partido nuevo, nació para terminar con la dictadura... no tiene por qué arrastrar el

pesado fardo de un pasado que no le es imputable, en el que no le cupo participación... Y es su certificado de nacimiento lo que le permite pasar inadvertido cuando la derecha, con la habilidad que le caracteriza, fija «el origen de todos los males en el gobierno marxista de Salvador Allende».

En verdad no sé cuál conducta es más indigna, porque el PPD nació del Partido Socialista, de los MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria), de la Izquierda Cristiana, del Partido Radical, que gobernaron con Allende, y muchos independientes que amaban la democracia. La gran mayoría de sus dirigentes lo éramos también en el período de la UP y esconder ese pasado hoy, como si no hubiéramos nacido entonces, no hace creíble una rectificación de fondo por los errores cometidos y una verdadera apertura a un futuro más promisorio.

La derecha reclama más liderazgo de Lagos y lo acusa de no frenar el desempleo, para ella el menguado crecimiento que ha tenido el país, no tiene mucho que ver con la crisis asiática, ni con la recesión europea y norteamericana; tampoco con el derrumbe de las economías latinoamericanas, derrumbe del que sólo se está salvando Chile. Cómo Lagos no lo previó, se preguntan.

De impuestos nada. Que lo único que hace el gobierno es tratar de recaudar los impuestos establecidos, evitando el fraude tributario y la evasión, que suman cerca de cuatro mil millones de dólares al año. ¡Más del doble de lo que entrega el cobre al Estado! Aunque en esto haya también mucha responsabilidad de los encargados de cobrar. Con dificultades y concesiones terminará por aprobarse una modesta ley hecha para facilitar el cobro.

En cuanto a la ley laboral, ¡qué decir!... es más tibia que todas las conocidas en los países civilizados. Si llega a aprobarse, ojalá que no tengamos que comenzar a celebrar nuestro propio 1° de Mayo, porque la conquista para los trabajadores más conflictiva que contempla es la misma por la que murieron en Chicago, el siglo antepasado, Sacco y Vanzetti: el derecho a la huelga puro y simple. Claro que, además, la ley trae un modesto seguro de desempleo, mucho menor que el que existe en la mayoría de los países, pero que es un avance considerable para la estabilidad de la familia chilena en épocas de recesión en el trabajo. A la CUT (Central Unitaria de Trabajadores) no le gusta mucho este proyecto

y menos al PC. La verdad es que a ratos uno no sabe si se han puesto de acuerdo con la derecha, o si son... o se hacen.

Tratando de explicarle a dos altos dirigentes sindicales el modesto pero importante alcance del proyecto de ley laboral, que rechazaban de plano, extendiendo mis argumentos les dije: «Bien, hagamos un proyecto más puntudo, que contemple todo lo que la CUT quiere, y ¿cómo lo aprobamos en el Congreso?»

—No sea ingenuo, compañero *Esnake*. Usted sabe que eso no pasa con los momios en el Senado. Tenemos que hacer una gran movilización de masas...

Me hizo acordar de los «cordones industriales» que iban a parar la «embestida golpista de la derecha y los milicos...».

¿Y qué dice de todo esto el Partido Socialista? ¿Y el PPD? ¿Y la DC y la Concertación?

Bueno... el ministro socialista del Trabajo, Ricardo Solari, que es la voz del gobierno, ya ha tenido que cambiar varias veces el proyecto de ley laboral, tratando de hacer concesiones unas veces a la derecha y los empresarios mayores, y otras a la izquierda y a los trabajadores, escasamente representados por la Central Unitaria de Trabajadores. Aquí se produce una extraña coincidencia: tanto la CUT como la UDI (Unión Demócrata Independiente), los dos extremos, de partida encuentran pésimo el proyecto y dan la sensación de que nada que haga el gobierno de Lagos les va a gustar... como que estuvieran comprometidos de antemano a encontrarlo todo malo.

En el caso de la CUT, ¿será revancha porque los partidos y los gobiernos de la Concertación los dejaron tirados? Para la UDI, transformada en el principal partido de oposición, es simplemente la utilización de una táctica de desgaste del gobierno de Lagos, restándole credibilidad y liderazgo. Mis amigos socialistas, como casi siempre, divididos. Unos están por la aprobación, como el senador Viera Gallo o el senador Gazmuri, y otros lo encuentran reaccionario y que nada soluciona, como los diputados Juan Bustos o Jaime Naranjo. Y otros que están como la Parrala: «¡Que sí, que sí, que a la Parrala le gusta el vino; que no, que no, que el aguardiente y el marrasquino!».

Mis compañeros del PPD en esto marchan unitarios con los socialistas, aunque mayoritariamente de acuerdo con el gobierno,

«porque, mal que mal, Lagos es del PPD y hay que apoyarlo a como dé lugar».

¿Y la Democracia Cristiana? Está como los socialistas, aunque los que niegan las bondades del proyecto son más enfáticos, más categóricos. Tal vez porque entre ellos se destacan la diputada María Rozas y Rodolfo Seguel, ambos ex dirigentes de la CUT y ambos con ganas de reelegirse como parlamentarios populares.

Y con esto queda contestada la pregunta ¿y la Concertación? Como la Parrala: que sí, que sí... que no, que no... Y así va muriendo el tiempo. Ya he pasado la segunda mitad de abril y de trasplante nada... pero de acupuntura mucho, y yo también me empiezo a poner como la Parrala... que sí, que sí... que no, que no...

ROSA DE MAYO

La verdad es que en estos meses de mayo y junio mi salud ha estado menos resentida. Primero los masajes eléctricos y la acupuntura láser de la alemana en el campo, sumados al buen aire del lugar, sin contaminación alguna, y luego la acupuntura con agujas y las hierbas medicinales chinas en Santiago, como que hubieran detenido los fatales efectos de la fibrosis. Me siento bien, casi como si estuviera sano. Tanto es que a ratos estoy a punto de arrepentirme del trasplante de pulmón. ¿Valdrá la pena correr un riesgo tan vital? Es poner en la balanza la ilusión de años de vida o sencillamente el cese total de ella en la operación de trasplante, contra el estado de bienestar que hoy me embarga, pero cuya duración nadie puede prever. Si así durara un año más, verdaderamente sería un milagro. ¿Y de qué me sirve ese milagro? La fibrosis es una enfermedad traicionera y sorprendente; tú puedes estar muy bien, como yo me siento ahora, y te tomas un resfrío, como los que están de moda, la gripe sincicial, por ejemplo, y... se acabó la historia. Esto en razón de que estás ingiriendo una buena dosis de inmuno supresores para evitar que los alvéolos pulmonares, cual flores mustias y cansadas, se arruguen y se sequen, dejando de procesar ese aire que necesitamos para vivir.

Y no es que yo esté, tampoco, como una rosa de mayo. Para mantener una cierta normalidad necesito tener oxígeno permanente, y mis piernas soportan el esfuerzo de caminar sólo por unos pocos metros con mucha dificultad. Hoy, para mí subir la escalera de mi casa para ir al dormitorio o bajar a comer con mi mujer y mis hijos equivalen

(en mi imaginería) a escalar el Túpungato. Pero no me quejo: en teoría, yo debiera estar preguntando precio en el Parque del Recuerdo.

La política, monótona y aburrida: ya salió la reforma tributaria aprobada con algunas modificaciones favorables a los sectores más pobres, introducidas fundamentalmente por el Partido Socialista, aunque a los sectores medios nadie los pescó. La reforma laboral sigue esperando. El divorcio, proyecto de ley para el que el gobierno iba a pedir urgencia —la ofreció en su mensaje ante el Congreso el 21 de mayo del 2000—, este divorcio que, según las encuestas de opinión, pide el 74 por ciento de la gente, ya se trancó; demócratacristianos contrarios han impuesto el criterio de que esto no se vea hasta después de las elecciones parlamentarias de diciembre. Seguimos siendo el único país del mundo occidental que carece de esta ley. ¡Buen récord! A este paso podemos llegar pronto a la Edad Media. Cuando al Presidente —que está plenamente de acuerdo en la necesidad de establecer el divorcio— le preguntan qué ha pasado que ya no hay urgencia, carraspea y afirma que se están estudiando algunas modificaciones al proyecto y que después de eso, tendrá urgencia...

Yo, que sigo siendo un poco ingenuo, pienso que así será. Mi mujer, más advertida, como buena periodista, se ríe a carcajadas de mí. Yo termino riéndome también: «Mire, Florita —le digo—, tal vez así sea mejor. Es una distinción ser el único país en el mundo que practica el divorcio de acuerdo a las características propias de sus ciudadanos más ilustres de todas las épocas, de acuerdo a lo que es el ser político nacional». Lo hace a través de la nulidad del matrimonio. Juicio en el que no tiene que probar nada, juicio en el que no hay hijos ni bienes de por medio. Solamente unos pocos testigos para acreditar la inventada inadvertencia de la pareja, aunque hayan pasado diez o veinte años juntos como matrimonio, de haber dado en aquel lejano entonces un domicilio equivocado, que no estaba dentro del territorio jurisdiccional del Oficial del Registro Civil que los casó (generalmente, «el domicilio de unos amigos en cuya casa íbamos a realizar la fiesta de matrimonio»). Esta «gravísima» falta a las reglas esenciales del matrimonio, a la solidaridad que se deben los cónyuges, al amor de la pareja, al apoyo mutuo, etc., hace NULO el matrimonio, como si nunca hubiera existido. Total... que veinte años no es nada, cantó Gardel. Aquí

todos cantamos lo mismo, partiendo por los jueces, que se hacen los lesos con el engaño y aprueban la sentencia que te puede devolver a tu estado virginal. Hay incluso parlamentarios que han anulado su matrimonio y se oponen al divorcio. Es la característica de nuestra política, el doble lenguaje, el cinismo.

Esta farsa patrocinada por el propio legislador viene desde 1884, en la Ley de Matrimonio Civil, y fue aprobada por parlamentarios profundamente católicos y sin oposición alguna de la Iglesia, como la tiene hoy el divorcio. Tampoco había parlamentarios socialistas o pepedeístas perversos que quisieran «destrozar la familia». Lo que son las cosas: la mentira y el engaño no tienen castigo de Dios, como me enseñó mi abuelita Eufi para las cosas malas. Lo triste es que a la nulidad de matrimonio sólo acceden las parejas de clase media alta para arriba, pues los cónyuges tienen que estar de acuerdo en ir a este juicio simulado y pagarlo. En los sectores más modestos de la población la desunión matrimonial se produce generalmente porque el marido se fue de la casa y no se le ubica paradero. Además, es un juicio caro para la gente de escasos recursos. Por eso es que al divorcio se oponen mayoritariamente la gente de derecha y los curas. Los primeros, porque la nulidad es más rápida y discreta, y los segundos, porque no lo necesitan.

Lo dramático, a propósito de cinismo o hipocresía, es que la mayor mentora moral del mundo occidental y especialmente de Chile, la Iglesia Católica, pueda justificar su aceptación de la farsa que significa la nulidad de matrimonio y su oposición al divorcio, sosteniendo en boca del cardenal Jorge Medina que la nulidad da cuenta de un vínculo inexistente, que declara nulo, de nulidad absoluta, un acto jurídico que hace que ese matrimonio nunca haya existido; y que en cambio el divorcio pretende poner término a un vínculo real del matrimonio, y que por las causales que establezca lo disuelve. Ello implica un reconocimiento de que el vínculo matrimonial siempre ha existido y que se puede disolver, lo que lo diferencia radicalmente de la nulidad. Naturalmente que cuesta pensar que un purpurado de la Iglesia Romana sostenga por un mero resquicio leguleyo que el matrimonio nunca ba existido cuando se anula, sea por la Ley de Matrimonio Civil chilena o por el Tribunal de la Rota en Roma.

Pero en una pareja que durante «ene» años ha vivido un ma-

trrimonio real, ha tenido hijos, ha tenido bienes comunes, ha sufrido y ha gozado juntos, sostener que ese matrimonio no ha existido constituye a lo menos una aberración y un cinismo. Tampoco parece muy razonable, o más bien muy alejado de la realidad, sostener, como el cardenal Medina, que cuando la Iglesia acoge la nulidad de un matrimonio lo haga por causas absolutamente probadas y comprobadas, ya que si nos atenemos a las causales de nulidad del matrimonio religioso, cuesta encajar en alguna de ellas decenas de nulidades acordadas. En Chile hay una que ha llegado a ser clásica: la de Jacqueline Pinochet, hija del general, que con varios hijos y una historia con su marido, anuló el matrimonio primero en Chile y luego en La Rota.

Los socialistas y progresistas del PS, del PRSD y del PPD y algunos de la DC, estuvieron a punto de ganar la batalla de la «urgencia». Pero, por ahora, parece que no va a ser.

La política está claro que la hace Lagos, y cuando la derecha le reclama más acción y liderazgo, es obvio que está tratando de desarticular a los partidos de la Concertación, fisurando sus relaciones con el Presidente y tratando de apartar a la DC de la coalición para llevársela con ella. Pero la derecha nunca se lleva a otro partido como aliado de verdad, como su par. Siempre lo ha hecho con el ánimo y la intención de dividirlo primero, destruirlo luego y finalmente absorberlo. Es la historia del Partido Radical, es el sino del Partido Liberal y hoy, aunque Longueira lo desmienta, es lo que le espera a Renovación Nacional.

Ahí está lo grave y más negativo del balance actual para el gobierno de Lagos: la Concertación propiamente tal no tiene una opinión, como tampoco tiene una política global para el país. Y la nación, a mi juicio, se salva porque Ricardo tiene una opinión y una estrategia política, y porque la derecha sigue siendo mezquina y mostrando una faz completamente reñida con la realidad social que el país vive.

Este gobierno es la antítesis del que hiciera Salvador Allende en materia de participación política. Francamente yo creo que ambos han exagerado, y eso puede y suele no ser bueno.

En los tres años de gobierno de Allende fueron muchas —la mayoría— las decisiones tomadas más a iniciativa e imposición de los partidos que del propio Presidente. Los ministros que Allende

tuvo fueron en un noventa por ciento designados por los partidos, así como los más altos cargos. La utilización de los llamados «resquicios legales» no fue inventada por Allende, ni mucho menos, sino por un gran abogado penalista, Eduardo Novoa Monreal, y los partidos de apoyo. El Presidente se reunía una vez a la semana con la Comisión Política del Partido Socialista y otra por lo menos con su secretario general, Carlos Altamirano, en la que yo a menudo acompañaba. Para qué seguir, ya hemos hablado de esto. Y no es que Allende no tuviera personalidad. Que la tenía, y mucha, e incluso tenía la dosis suficiente de mal genio para que le tuvieran temor. Es que eran otros tiempos y otra forma de hacer política. Eran tiempos tan distintos que hasta al general Ibáñez, en el período 52-58, los partidos le dictaron su política y le nombraron sus ministros.

Ahora es evidente que no es así. La Comisión Política del PPD, de la que yo formaba parte, no tuvo idea previa alguna de qué ministros tendría. Incluso estoy cierto de que su presidente, Sergio Bitar, se enteró cuando la decisión presidencial ya estaba tomada. No sé si habríamos querido otros ministros, porque los que nos tocaron fueron mirados con cariño y aprobación por todos los que integrábamos la Comisión Política, pero si sé que siempre quisimos estar informados y dar alguna opinión y eso, como cuerpo, jamás sucedió. ¿Fue muy distinta la situación en el PS? Yo pienso que sí, pero... Lagos armó un gabinete socialista que diera satisfacción a sus principales tendencias: en Salud, a la doctora Michelle Bachelet, de la corriente dura de Camilo Escalona; en Trabajo, a Ricardo Solari, jefe del tercerismo; en Interior, a José Miguel Insulza, del oficialismo, y en Obras Públicas y Transporte, a Carlos Cruz, un laguista químicamente puro.

Y con la DC, ¿qué pasó? ¿Fueron del pleno agrado de la directiva las designaciones ministeriales o los cambios posteriores? Una hija de Patricio Aylwin a Educación, con muchos méritos personales y la profesión adecuada al cargo; una hija de Enrique Krauss, ex presidente de la DC, buena abogada, pero sin currículum para la designación de que fue objeto; y una clara imposición partidaria, sacada contra el más íntimo deseo del Presidente, fue la designación de Soledad Alvear como ministro de Relaciones Exteriores, aunque creo que la *Chol*, como cariñosamente le dicen

sus amistades, lo hará siempre bien en el cargo que sea. Es una lástima que en ese ministerio hayan quedado en situación incómoda dos personas de tanta categoría: la ministro y el subsecretario Heraldo Muñoz, al que también le sobran las cualidades profesionales y humanas y es, tal vez, el socialista (PPD) que ha jugado con mayor lealtad, inteligencia y carifio por el equipo de Lagos. Y el cuarto miembro del gabinete DC, Claudio Huepe, fue un claro reconocimiento a la izquierda democristiana y agradecimiento a quienes en ese partido estuvieron contra el golpe de Estado.

El Partido Radical Socialdemócrata (PRSD) instaló los dos ministerios que Lagos le ofreció cuando lo apoyó en las primarias de la Concertación, y que socialistas y pepedés apoyamos con fuerza. La verdad es que el Partido Radical hacía mucho tiempo que quería llegar al subpacto —dentro de la Concertación— que más cercano estaba de su inspiración ideológica. No olvidemos que, desde hacía un largo tiempo, pertenecía a la Internacional Socialista, igual que ahora el PS y el PPD.

En una larga cena que tuvimos en el Hotel Emperador, Sergio Bitar, Ricardo Núñez, Víctor Manuel Rebolledo, Camilo Escalona y yo, con Anselmo Sule, Héctor Campos, que era el más derechamente laguista de los radicales, y Ernesto Velasco, llegamos por fin a un acuerdo global sobre los futuros cupos ministeriales que pediríamos para los radicales a Lagos, y los cupos parlamentarios que les dejaríamos en esta nueva coalición PRSD, PS y PPD. Todo esto a cambio de su apoyo a la precandidatura de Ricardo en la disputa con la DC y su candidato Andrés Zaldívar.

En la mayoría de los contertulios primaba el afán de hacer posible, o mejor dicho seguro, el triunfo de Lagos, pero también algunos agregábamos una finalidad de más largo alcance: crear las condiciones que, en forma natural, nos hicieran desembocar en el gran Partido Socialista por la Democracia. Una verdadera socialdemocracia, cuya ideología constantemente renovada y rectificada por el devenir histórico nos era afín a los tres partidos. Bitar era otro de los entusiastas de la idea.

En eso se está quedando hasta ahora: en una buena idea. No se le ve todavía una fecha posible, ni a nuestros dirigentes preocupados de avanzar en esa dirección. Tal vez ése haya sido uno de nuestros pecados como Concertación y también como partidos

políticos. La política la hemos hecho en función del gobierno: apoyar o no sus iniciativas, reaccionar a lo que dicen los ministros, discutir la agenda ya propuesta por el Ejecutivo... en este país somos todos oficialistas, porque la derecha hace lo propio, y la prensa nos sigue. Los partidos no hemos sido capaces de llevar nuestra propia agenda, de proponer temas, de trabajar en programas políticos de más largo plazo. El gobierno tiene que gobernar, y eso impone una cierta mirada sobre la realidad, pero ya que los partidos no compartimos esa tarea como fue en otro tiempo, tenemos que definir con más claridad cuál es nuestro propio papel en la política nacional, que evidentemente no puede reducirse a orbitar en torno al gobierno como satélites mejor o peor avenidos con el planeta.

Estoy convencido de que éste es un desafío que nos está esperando todavía.

LLEGAR Y TRAGAR

Se está pasando junio y la política se anima poco. Sólo el claro afán de la prensa de derecha (prácticamente toda) por exaltar las dificultades de la Concertación en la formación de sus listas de candidatos y por ocultar o suavizar las que tiene la alianza opositora. Pablo Longueira, presidente de la UDI, mueve algo las aguas con su estudiado autoritarismo, y se esmera en ser considerado el contradictor oficial del gobierno; un opositor total, sin ambigüedades ni concesiones, como las que claramente le imputa a Renovación Nacional y especialmente a su presidente, Sebastián Piñera, pero también es el opositor «constructivo», que puede ofrecer soluciones.

«La gente está harta de los políticos y la politiquería», dice enfáticamente Longueira, a la gente no le interesa ni preocupa el rol que puedan desempeñar las Fuerzas Armadas o la designación a dedo de los senadores, y, como siempre, descalifica a la política y los políticos (convenientemente amnésico de su propia condición de político dedicado a la política).

La realidad dramática de un país a la deriva a la que se refiere Longueira, existe sólo para efectos mediáticos. Lo cierto es que los más diversos actores internacionales, como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) o el Fondo Monetario Internacional (FMI), en sus informes oficiales alaban la economía chilena como la más sólida de Latinoamérica, como la única que crece en un mundo económico a la baja, y la comparan con el resto del continente, deprimido y con países al borde de la quiebra. Las agencias

internacionales evaluadoras de riesgos nos sitúan en un lugar de privilegio que invita a los inversionistas extranjeros a traer grandes capitales. Se ha duplicado la cobertura de salud pública, y las «colas» y listas de espera han disminuido considerablemente en los hospitales y consultorios de salud; se ha aumentado el gasto en educación aunque aún sin un proyecto verdadero, los supermercados se repletan, la gente compra más, el país prácticamente carece de inflación, el dólar baja. En fin, parece que vamos «caminando por el buen camino».

Y están esas curiosas contradicciones de Joaquín Lavín —la alternativa de la derecha a la Presidencia de la República— que, a pesar de ser militante de la UDI y su ex secretario general, aparece como un hombre de derecha democrático y aperturista; con un marketing espectacular, antes como candidato a la Presidencia, hoy como alcalde de Santiago que trasciende claramente lo local. Lo preocupante es que tanto él como Longueira tienen las mismas amistades, las mismas fuentes de financiamiento, y el mismo origen: fueron llevados a la política por el principal ideólogo de Pinochet, Jaime Guzmán, que los tuvo como herederos hasta el día de su muerte. Hoy, con simulación evidente se mueven en el mundo del pinochetismo y es obvio que lo representan, pero... ¿que no se sepa! O que no se note. Total, el viejo y deteriorado general poco o nada se entera de lo que en su nombre se hace.

Tal vez el sonriente rostro afable de Lavín, de niño bueno, sólo esconda una promesa de democracia virtual.

Lo que sí tengo absolutamente claro, y desde hace mucho tiempo, es la importancia que tiene para la UDI en el desarrollo de su estrategia destrozarse a Renovación Nacional, no absorberla. El espíritu general, cargado de conservadurismo y tradición democrática, de un cierto liberalismo político y de admisión de la disidencia de RN, hacen imposible que encaje en el hermetismo disciplinado de la autoritaria organización que dirige Longueira.

¿Qué tanto de todo esto realmente es percibido por los chilenos? Tengo la convicción de que muy poco. La prensa no cuestiona ni analiza: se limita a reproducir lo que a las fuentes noticiosas se les antoje decir, cuadre o no con la realidad. La derecha lo sabe, y sabe también de esa costumbre nueva de los chilenos de ingerir noticias (prioritariamente a través de la televisión) como quien co-

me papilla de guagua: llegar y tragar. La estrategia que ha desarrollado la derecha para enfrentar a los medios es la más eficiente, en este desalentador contexto: repetir majaderamente unas cuantas frases, cortas y golpeadoras, de fácil digestión, que se vayan quedando como un sedimento en los cerebros de los televidentes (o los muy ocasionales lectores).

No ha habido hasta ahora una buena estrategia para desvirtuar esta realidad mediática tan eficientemente instalada por la derecha. La Concertación hace poco o nada, porque carece de propósitos comunes, salvo algunas vagas generalidades que a lo sumo la llevan a entregar alguna declaración de buena crianza o a reiterar majaderamente que sigue siendo la única alternativa democrática y progresista del futuro (lo que a estas alturas ya no convence a nadie) y destapando algún candidato o candidata posibles a la Presidencia de la República en el 2005, para darle alguna credibilidad a su afirmación.

OPERACIÓN DE TRASPLANTE

—Ring... ring... ring... —suena estrepitosamente el teléfono de mi escritorio, alguien debió mover la ruedecilla de la intensidad o mi sensibilidad es mayor. Doy un salto y contesto:

—¿Con la casa de don Erich Schnake?

—Sí, con él habla...

—Ay, qué bueno que lo encuentre. Usted habla con María Teresa, la enfermera de trasplantes de la Clínica...

—Sí, Teresita... —el corazón me salta.

—Tiene que venirse de inmediato, tiene donante de pulmón aquí, en la misma clínica, pase a Administración, que allí lo estaremos esperando.

—¿En diez minutos estoy allá...!

A Florencia basta que le diga de la llamada de la Unidad de Trasplantes para que me agarre de un ala y me lleve al auto. Ella y yo sabemos que el asunto no admite dilaciones de ninguna especie. Hay que partir de inmediato, porque gran parte del éxito en la operación depende de la rapidez con que se actúe.

No tenemos tiempo de ponernos nerviosos. Lo único que alcanzamos a confesar nos es que estamos contentos de que haya llegado este momento. Florita conduce rápido, pero muy concentrada.

Efectivamente en diez minutos estamos en la clínica, nos están esperando con una silla de ruedas. De allí derecho a la UTI (Unidad de Tratamiento Intensivo), en el segundo piso. En el camino la enfermera me informa: «Ha tenido mucha suerte, don

Erich... el trasplante se va a realizar con el pulmón de un donante que falleció hace poco rato, aquí mismo... su familia decidió donar sus órganos». Ya instalado en la UTI, converso con el doctor Mascaró, que me operará, y conozco a parte del equipo que interviene en esta difícil e incierta operación. Mascaró me repite lo que me dijo la enfermera y me agrega que el trasplante se va a hacer en muy buenas condiciones. Me pregunta cómo me siento, que qué tal está mi ánimo, y yo, convencido de que contribuyo al éxito de la operación y a generar más confianza en los médicos, le respondo que «muy bien, estupendamente bien, no tengo miedo, ni siquiera temor, y llego con buena salud después de estar un largo tiempo en el campo, muy cerca de la playa». «¿No se ha resfriado o sentido síntomas de resfrío?», indaga otro médico. «No, nada —contesto—, no me he sentido enfermo de absolutamente nada, salvo la fibrosis, claro».

Seguramente me sedaron y no me di cuenta, el hecho es que no recuerdo absolutamente nada más que lo contado.

Por boca de Florita y de mi hija Francisca, que se había venido de Buenos Aires a ayudar en mis cuidados, conozco el resto de esta parte de la historia.

La operación comenzó a las 22 horas del día martes 26 de junio del 2001 y concluyó, al parecer exitosamente, a las 2 de la madrugada del día siguiente. El día miércoles lo pasé sedado y el jueves comencé a despertar. Al primero que vi fue a mi hijo Alfonso, que se vino en tiempo récord desde Francia.

Pero lo cierto es que de todo esto yo no recuerdo absolutamente nada. Dejemos mejor que lo cuente Florencia en su propio lenguaje, cómo ella, mis hijos y hermanas lo vieron y lo vivieron, desde el inicio del trasplante hasta que desperté como dos semanas después, con un intervalo semi lúcido de 24 horas.

«No sé si es posible transcribir lo que nos tocó vivir mientras Erich estuvo en la UTI... creo que sólo quienes hayan tenido alguna vez a un pariente cercano en situación de riesgo vital van a poder entenderme.

«Erich dice que no tuvimos tiempo de ponernos nerviosos cuando nos avisaron del trasplante. Falso. Yo, por lo menos, de pronto sentí que mi cuerpo ya no estaba relleno de carne y huesos, como corresponde, sino de jalea. No tengo idea cómo encontré

todos los papeles de la clínica que había que llevar, pero lo cierto es que lo hice, manejé hasta allá cual Fittipaldi y fui despiadadamente descortés con el pobre funcionario al que le tocó hacer el ingreso de mi marido y que tuvo la mala idea de demorarse más de lo que mis nervios soportaban.

«Después subimos a la U'TI —gentilmente, el personal nos dejó acompañar a Erich hasta que entrara al pabellón— y, teléfono celular en mano, nos dedicamos a llamar a todos sus hijos ubicables, para avisarles y para que conversaran con él. Erich, tan abogado él, se preocupó de pedir un par de hojas en blanco y dejármelas firmadas, 'por cualquier cosa', amén de firmar unos cuantos cheques y dar toda suerte de instrucciones hasta el último minuto. Genio y figura.

«Ahí nos quedamos, como desamparados sin el verdadero *pater familiae* que es mi marido, sus hijos Erich y Francisca, su hermana Marina, su sobrina Victoria y yo, hasta poco después de las 2. Sé que otros vinieron, nos acompañaron y después se fueron, pero ya no me acuerdo muy bien quiénes. Lo que sí recuerdo es que muchos nos acompañaron desde sus casas, despiertos, esperando el llamado que les avisara del resultado de la intervención.

«'Todo salió bien, el médico parecía optimista', fue la oración sacramental que repetimos una y otra vez a partir de las 2.30 de la madrugada.

«Durante la larga espera, nos percatamos de que allí estaban también los familiares de la mujer que había resuelto donar sus órganos. Intercambiamos algunas palabras, y nos sentimos tremendamente emocionados: ella le permitía la posibilidad de seguir viviendo, lo que les daba a mis hijos menores la oportunidad de seguir con Erich. Gracias a ella, a su marido e hijos, que respetaron su decisión, mis tres chicocos todavía disfrutaban de su entretenido papá.

«Recién a eso de las 4 me dejaron (y sólo a mí) entrar a verlo. Entubadísimo y completamente sedado, no parecía estar ahí. Ni en ningún otro lugar, en realidad. Así estuvo todo el día siguiente también. Es curioso: en la década que llevábamos juntos, nunca había tenido la sensación de estar sin Erich. Claro, él viajó varias veces solo, y yo otras, pero siempre nos comunicábamos por teléfono, y uno se hace la costumbre de comentarlo todo, de

intercambiar opiniones y comentarios. De pronto me encontraba pensando 'esto tengo que contárselo a Erich...', y me daba cuenta de que no podía, porque no estaba ahí, ni al alcance de un telefonazo. Es una extraña sensación, y por cierto nada placentera.

«Los médicos me dieron largas y detalladas explicaciones del proceso, y eso marcó el inicio de mi nueva adicción: me volví dependiente de las informaciones médicas, probablemente por deformación profesional. Lo cierto es que aprendí cientos de términos nuevos, supe por fin lo que significa cada una de las curvas de los monitores (y, por cierto, cuándo están buenas y cuándo hay que preocuparse), me volví una impenitente interrogadora de médicos y enfermeras, y hasta me inicié en los misterios de los respiradores automáticos. La hija siquiatra de Erich (Viviana, la mujer más sensata que he conocido) dice que esa actitud no es sana, y que indica el deseo de controlar la evolución del enfermo, cosa que uno evidentemente no puede hacer, pero no podía evitarlo: ya lo dije, era una adicción. Afortunadamente, tuve un compañero en mi nuevo vicio: Alfonso, el hijo hombre mayor de Erich, racional y detallista, que llegó de Francia al día subsiguiente de la operación y se quedó por las siguientes y dramáticas dos semanas, convirtiéndose en puntal de todo el mundo, siempre controlado y sereno (al menos por fuera) y compartiendo conmigo los innumerables pormenores técnicos de la evolución de su padre.

«El jueves en la mañana me fui a buscar a Alfonso y partimos a la clínica. Por ser recién llegado, le cedí el privilegio de ser el primero en ver a Erich. Salió de la UTI al poco rato, avisando que estaba despierto. Al principio pensé que era broma (el sentido del humor de los Schnake es muy, muy particular). Pero no: era cierto. Algo atontado todavía y hartó machucado, Erich estaba despierto. Pasamos felices todo ese día, y nos fuimos a la casa tarde, pero contentos. La evolución era fantástica.

«Al día siguiente, a primera hora, llegó Ricardo Lagos a verlo, sin avisar antes, ocasionando un revuelo de proporciones en la UTI. Aunque no era de la familia, le permitieron ingresar (claro, tenía 'pituto') y estuvieron un buen rato conversando. Nunca se supo de qué, porque no había nadie más en el box y mi marido olvidó para siempre ese par de días que estuvo despierto. Porque el sábado lo volvieron a dormir. Me enteré de que las cosas andaban

mal del modo más insólito. Tranquila por lo bien que estaba Erich, me fui al supermercado el sábado en la mañana (la gente tiene la mala costumbre de seguir comiendo, aun en las emergencias) y de repente me llama al celular una amiga, muy alarmada:

«—¿Qué le pasó a Erich?

«—¿Cómo que qué le pasó? Nada, anda todo bien...

«—¡Pero cómo! Si me acaba de llamar Schaulsohn para preguntarme qué sabía yo, porque en la clínica le dijeron que lo van a someter a no sé qué examen, pero no le dieron detalles. Le pidieron que no lo vaya a ver porque lo van a dormir otra vez...

«No tengo idea qué calaña de compra hice, pero terminé como pude y corrí a la clínica. Efectivamente Erich no lucía nada bien, su oxigenación bajaba y bajaba, y se veía cansado y algo asustado. Me dijeron que tenían que hacerle una broncoscopia, que eso implicaba sedarlo nuevamente, y que lo iban a dejar así uno o dos días, para que descansara y se oxigenara mejor.

«Mi marido pasó dormido los siguientes diez días, que para nosotros (su familia) fueron eternos. Aún me cuesta convencerme de que fue tan poco tiempo. De distintas partes del mundo fueron llegando todos sus hijos, alertados por los médicos, que —con una franqueza que nunca dejaré de agradecerles— nos advirtieron claramente que estaba muy grave y podía morir.

«Nos hicimos una familia famosa: estábamos todo el día y todas las noches en la clínica, haciendo turnos para ir a descansar a la casa. Nos parábamos al lado de Erich (entrábamos de a uno) y le hablábamos todo el santo día y gran parte de la noche, con la esperanza de que pudiera escuchar algo, donde fuera que estuviera. El personal de la UTI se portó increíblemente bien, pacientes y amables, amén de sumamente profesionales.

«Un día nos avisaron que las cosas habían llegado a un punto crítico: Erich estaba en el límite de la oxigenación (ya no podía bajar más), y con el respirador haciendo absolutamente todo el trabajo (es decir, respirando por él y aportándole un cien por ciento de oxígeno). Como quien dice, ya estaba toda la carne en el asador. Los médicos decidieron hacer algo que parecía muy raro y hasta casero: ponerlo de guata ('para reclutar más alvéolos', es la explicación médica). Moverlo tanto era todo un riesgo, pero era lo único que quedaba por hacer, de modo que se hizo. Como por

milagro, la oxigenación empezó lentamente a mejorar, y así se inició el largo y accidentado proceso de recuperación de mi marido.

«Erich empezó a despertar el 9 de julio (lo recuerdo porque es el día del cumpleaños de su hijo Erich, que lo asumió como regalo), y los siguientes días se dedicó a hablar las cosas más absurdas que cabe imaginar. Entre el exceso de corticoides, el síndrome UTI y el cóctel de sedantes, el pobre desvariaba de lo lindo: se imaginaba verdaderas escenas gangsteriles dentro de la misma UTI, nos pedía con insistencia que nos lleváramos al perro negro que lo molestaba por las noches, se puso paranoico, pedía la billetera para poder comprarse comida ('aquí no me dan nada', reclamaba)... en fin. Esto de que 'hablaba' es un decir, porque en realidad tenía una traqueotomía temporal para el ventilador que le impedía producir sonido alguno, de modo que había que leerle los labios. Me convertí en aventajada traductora mudo-español, y de ese modo me aseguré que mi presencia fuera completamente imprescindible.

«En total, pasamos 51 días en la clínica. La parte buena fue que ya sé que si no tengo éxito como abogado o periodista, puedo emprender una nueva carrera como enfermera de UTI... ya tengo camino andado. Lo otro bueno fue la increíble junta de la prolfíca descendencia de mi marido, que por primera vez se reunió completa. Aprovechamos y tomamos fotos de ese curioso grupo de hermanos reunidos por culpa del tremendo susto que nos hizo pasar su padre. Y fue lindo verlos juntos. Además, fueron un importante apoyo en un momento muy difícil, tanto para su papá como para mí, ya que me ayudaban con su compañía, con las cosas de la casa y también preocupándose de los niños, que gracias a ellos no resintieron la ausencia de su papá y las fugaces apariciones de su mamá. Hasta pasaron unas regias vacaciones de invierno en la playa, gracias a su hermana Francisca.

«Erich se fue recuperando muy de a poco y con hartito sobresalto, pero logró salir a flote, ya no depende del oxígeno y hoy hace una vida absolutamente normal... yo diría que incluso más movida que la de muchas personas de su edad, con los dos pulmones originales y en buen estado.

«Con tal que no le dé por volver a la política activa, no más...»

SUEÑOS DE MUERTE

Creo que es interesante dar la versión que yo me hice de mi operación de trasplante. Son sueños y existencias paralelos a la realidad física contada por mi mujer, pero desde mi perspectiva, son hasta más reales que ninguna otra.

Es lo que viví mientras moría.

Es la historia momentánea de mi verdadera personalidad, de mis miedos y presentimientos, de mis convicciones y aspiraciones. Han sido tan fuertes y profundas mis «vivencias» que aún me cuesta convencerme de que no fueron realmente así, aunque me lo hayan dicho mi mujer, mis hijos, mis hermanos y mis amigos.

Durante varios días viví la realidad (o irrealidad) que produce el sueño hipnótico de las drogas que adormecen o las altísimas dosis de corticoides o la permanente cercanía de la muerte. Pienso que es una experiencia que vale la pena narrar.

Poco tiempo antes del trasplante, cubriendo una antigua aspiración, había comprado un auto deportivo espectacular. Aún no había alcanzado a disfrutarlo plenamente, cuando me convocaron a la operación. Mi ilusión era deslizarme por la ruta 5 Norte, en el tramo que va de Los Vilos a La Serena. Una sola vez lo había probado, cuando fui a votar en las últimas elecciones, en Coquimbo, en el «Meche» y a 160 kilómetros por hora, pero hacerlo en el Renault deportivo iba a ser otra cosa. En mi subconsciente, era volver a una juventud perdida hacía muchos lustros y, por ende, un rechazo brutal a una vejez nunca aceptada. Y por ahí comienza «mi historia verdadera» del trasplante:

«Por fin siento la rapidez y la estabilidad sensoriales del Renault Megane con el que he sustituido a mi viejo Mercedes. Vamos casi volando por el desierto del norte del Perú. Florita es un buen copiloto y tiene confianza en mis manos. Ha puesto un CD con música moderna, de esa que yo no entiendo. Vamos a encontrarnos con un ‘brujo peruano’, que me han dicho es infalible en la cura de la fibrosis idiopática.

«No sé en qué momento llegamos, sólo sé que nos hemos tenido que introducir a una extraña tronera —esas curiosas construcciones de guerra, a mi juicio antiguas— que se hacen bajo la tierra, estamos casi en la playa, muy cerca del mar, el batir de las olas contra los roqueríos acalla nuestras voces. Allí nos espera un señor de barba escasa y pelo blanco. ‘Entre’, me dice, ‘yo ya sé a qué viene usted, señor Schnake’. Me conoce, debo haberle avisado yo mismo que venía. Nos metemos a su extrañísimo consultorio y cierra sobre nuestras cabezas un curioso enrejado de barrotes y fierro. Mi impresión es que en el exterior sólo se ve un difuso montículo de tierra.

«‘¡Salgan de ahí o les volamos la cabeza!’, se escucha la voz potente de una mujer. Mi imaginación la ve como una especie de guerrillera que se baja de un microbús destartado, de color verde amarillo y lleno de guerrilleros tan desaliñados como el bus. Ellos también se bajan.

«El brujo nos dice: ‘No se preocupen, son puras amenazas de esta chola, la verdad es que podrían estar disparando todo el día, y a mi refugio no le hace nada. Ya han venido otras veces’. La tranquilidad nos invade y esperamos ansiosos la sesión. En esos momentos sentimos una violenta explosión y la tapa y el encatrado de la tronera saltan por los aires. Allí veo lo que me había imaginado, a esta guerrillera del desierto apuntándonos con un antiguo rifle. Sobre una mesita que está al lado de ella una ruma de monedas de oro, respecto de la cual uno de los guerrilleros pregunta si puede tomar una. Con desesperación veo que se están empezando a repartir los 25 millones de pesos que yo le he entregado a Florita para que los anticipe en la clínica por mi trasplante de pulmón.

«No sé qué sigue realmente. Tengo la sensación de que recuperamos nuestro automóvil y huimos rápidamente del lugar, alguien más nos acompaña y me parece que conduce el auto a una velocidad endemoniada. Chocamos a la entrada de un túnel o de un

puente, porque cuando salgo de la inconsciencia que el accidente me produce estoy en otra tronera, pero ahora está convertida en una UTI; allí me atiende alguien que no conozco y me dice que ya 'el doctor Fuentes' me ha dejado preparado, que tengo lo necesario para que practique el trasplante el doctor Mascaró, que vendrá mañana temprano.

«Está amaneciendo, en las afueras de la tronera está mi mujer y varios de mis hijos, muy cerca se siente pasar el tren de Arica a La Paz. Es una rara confusión, porque yo estoy en el norte del Perú. Tocaban su pitazo alertados de que cerca de la vía hay un grupo de mujeres bastante buenas mozas. Mi hija Francisca, cada vez que esto ocurre corre detrás de la locomotora gritando los peores improperios, porque siente que están perturbando la tranquilidad de su padre en la UTI.

«Aterriza un avión pequeño cerca de la tronera y se baja el doctor Mascaró, que viene a operarme, pero sucede algo que no me explico: ya iniciada la anestesia, que me pone el médico peruano, soy trasladado a una nueva UTI, blanca, impecable, sin aires militaristas, que, prendida a la cola del enorme avión del comandante en jefe de la Fuerza Aérea, por expresa disposición del Presidente Lagos, se ha puesto a mi disposición. Aterrizamos en el aeropuerto de Montevideo. Yo, cómodamente instalado en la UTI, espero un poco desconcertado; mi señora, por algún sistema de comunicación entre el avión en que ella va y mi UTI, me dice: 'Los doctores nos recomendaron este cambio de clima y de altura, por eso estamos aquí, pero luego iremos a la otra UTI para que le hagan el trasplante'. Todo esto es entonces como un paseo y me quedo escuchando las conversaciones, los gritos y los ruidos que se escuchan en la losa del aeropuerto, pegados al avión en cuya cola yo viajo. Ahí me doy cuenta de que en el avión está mi familia e hijos, que han hecho toda suerte de encargos. El embajador de Chile en Uruguay les dice a mis hijos: 'Sólo encontré estos dos perritos, no sé si serán finos, pero tienen buena presencia'. Mi hija Andrea se enamora de inmediato de uno de los animalitos: 'Este color canela me lo llevo yo para Alemania'. La voz del comandante que está a cargo de la aeronave se escucha nítida cuando me dice: 'Don Alvaro, estamos en condiciones de partir cuando usted lo disponga'.

«No sé cómo, pero mi operación se traslada mágicamente a la U11 de la clínica Las Condes, ahora situada en un edificio muy alto en la calle Nueva York de Santiago, muy cerca de La Moneda. Allí continuará o se iniciará mi trasplante de pulmón.

«Parece que se celebra una fiesta nacional que por lo que escucho, es el Día de la Patria. La clínica se sitúa a escasa cuadra y media de La Moneda y en la plaza de la Constitución hay miles de personas, la mayor parte de ellas disfrazadas que alborotan, en tono festivo, todo el sector. Pero es un extraño tono festivo, en el movimiento y en las máscaras se presiente algo siniestro y trágico, todos gritan como en un carnaval de la muerte, confieso que esto me da un miedo espantoso. Entre los disfrazados, metido dentro de un traje inflado, entre payaso y ratón Mickey, mi hijo Felipe, que lleva de la mano a una disfrazada que yo ubico, una colorina pequeñita que trabaja en la UTI, los movimientos de la pareja son grotescos y amenazantes. Comienza a llover copiosamente, pero la algarabía no se detiene. En la calle Nueva York, cerca del Club de la Unión, se escuchan disparos y se ven muchos globos multicolores que a pesar de la lluvia se elevan por sobre los edificios. Felipe regresa a la U11 con su acompañante. Parece que está haciendo un extraño juego de contradicciones con los médicos y el resto del personal, el doctor Mascaró lo interpela y le dice que se vaya; yo, desesperado e inmóvil, quiero intervenir, pero no puedo, no me sale la voz ni tengo movimiento alguno. Felipe encara al doctor Mascaró duramente y pasa de la amenaza al gesto físico de darle un fuerte empujón. Mascaró reacciona, desenfunda una pistola y dispara tres veces, yo estoy aterrado, pero sigo sin poder sacar la voz siquiera. Felipe se cree herido, está muy asustado y se va de la U11.

«Han pasado un par de horas solamente cuando reaparece Felipe, se acerca a la oficina de la U11 donde está Mascaró y con voz de Júpiter tronante dice: '¡Así que con pistola el huevón! Ahora te quiero ver', y desenfunda una enorme pistola con la que dispara al doctor, da media vuelta y se escabulle.

«Ni Mascaró ni Felipe están heridos, a pesar de este explosivo intercambio, y eso me tranquiliza porque aplicando mi tradicional lógica deduzco que han actuado con balas de foguero. No sé cómo, pero momentos después están coloquialmente conversando, el

doctor Mascaró y Felipe. El primero le pregunta, '¿y esa media pistola cuánto te costó?'. Con aire fanfarrón, Felipe le responde 'sólo 900 mil pesos'. 'Mira que eres leso, yo voy a Alemania en unos días más —le dice Mascaró—, te podría haber traído una mejor, por mucho menos precio'. Intercambian armas y ambos se ponen a revisarlas, con vivo interés. Felipe, entonces, ofrece hacer un show para los médicos, las enfermeras y los enfermos de la U.T.I. La oferta es recibida con claras muestras de alegría por todos y Felipe comienza a mover a las enfermeras y auxiliares en una extraña danza de marionetas. Alguien aparece con una cámara y empieza a dar instrucciones para que la gente se mueva de manera filmica. La filmadora es una máquina grande, que se mueve sobre un carrito y que curiosamente se alimenta a parafina. La fiesta continúa por horas y todos están incorporados a ella; yo comienzo a desesperarme, porque siento que a este paso no me van a operar jamás.

«Se termina la fiesta por fin. Está llegando la noche, la gente se retira. Felipe se va ahora con una morena, que también es auxiliar y que le reclama airadamente su infidelidad de haber salido antes con la colorina. Parten ambos disfrazados y se siente desde lejos el bullicio de la fiesta de la Patria que aún continua en los alrededores de la clínica.

«Es posible que en este lapso de oscuridad que se sucede me hayan operado, honestamente no lo sé, ni lo recuerdo. Pero vuelvo a aplicar la lógica y ahora conecto mi vivencia con los hechos que, según mi señora y mis hijos, han ocurrido, y la deducción es a toda prueba: tengo que haber sido transplantado de mi pulmón derecho en esos momentos, horas, minutos o días que tengo en blanco.

«Estoy en la U.T.I reposando en una cama muy especial, que se articula para todas partes y para todos lados, cuando veo pasar frente a mí apresuradamente, casi con desesperación, a médicos, enfermeras y personal de la U.T.I, quienes llevan a un uniformado en camilla. Trato de indagar de qué se trata y una enfermera me cuenta: 'Es un comandante de Carabineros que al saludar al Presidente en la presentación que estaban haciendo a caballo en la Plaza de la Constitución, perdió estribo y cayó sobre su sable, prácticamente degollándose. Su cabeza cuelga de un hilo, yo no sé

si lo alcanzan a salvar'. Con esta información casi como si lo estuviera viendo, imagino a este pobre carabinero con su cabeza hinchada, rojiza, su expresión atribulada viendo cómo le cosen apresuradamente la cabeza a su cuello. Pasa el doctor Valdés, que es el jefe de la UTI, y se asoma un instante para decirme: 'No se preocupe, Erich, lo vamos a salvar'.

«De manera casi inadvertida, llega en esos instantes a verme Ricardo Lagos, no sé de qué conversamos, sólo sé que hay un gran afecto en nuestra relación y que estoy preocupado de que Ricardo, como Presidente, se informe de lo que le ha ocurrido a este comandante de Carabineros hace muy poco rato, por rendirle homenaje a la patria en su presencia. Es absurdo, ya lo sé, pero estoy seguro que el Presidente no sabe lo que ha ocurrido. Entonces mi mayor esfuerzo está en contarle lo que le ha pasado a este comandante y en que lo vaya a ver. Ricardo lo entiende perfectamente, algo me dice a modo de despedida y se va a ver al nuevo enfermo que está con toda su familia, es un gesto del Presidente que todos elogian por lo presto que ha sido. Yo quedo profundamente satisfecho por lo que creo ha sido 'mi gran colaboración' al régimen.

«He pasado una noche angustiosa. No sé cómo puede suceder algo así en una clínica de esta categoría. El médico de turno me ha dejado encargado a una enfermera y a una auxiliar, pero éstas no se aparecen, ni me atienden, ni me dan comida, ni hacen nada. Cerca de las 10 de la noche, con una monótona repetición, se escucha el himno de un partido político de derecha. En la silla de ruedas en que estoy sentado me asomo a mirar desde las vidrieras de mi pieza. En una camilla traen a una persona joven, cuya cara se ve terriblemente hinchada, y a su lado marchan o caminan unos cuantos médicos y enfermeras. Lo llevan a una sala cercana a la mía. Aparece el doctor Mascaró. Examina a la persona herida y le cuentan que chocó cuando iba de Buenos Aires a Mendoza a una altísima velocidad, más de 150 kilómetros por hora, en su Mercedes súper veloz, y se trata del señor Pinto, un joven dirigente de la UDI argentina. Dueño de gran parte de la banca de ese país y, en consecuencia, uno de los hombres más ricos. Mascaró no los escucha, simplemente dice: 'Bueno, no perdamos el tiempo, tiene signos vitales, veamos qué podemos hacer'. Se pone su delantal verde y pasa frente a mí salita. Yo lo llamo y le expreso mi deseo de ayudar,

porque 'aunque sea de la UDI, con la que yo no comulgo, es un joven, y merece vivir. Doctor, yo le puedo prestar mi máquina resucitadora, la que da oxígeno y que no hay otra aquí en la clínica, ésta la traje de mi casa'. Mascaró me mira y pregunta sorprendido: '¿Está seguro, Erich, de querer prestar su máquina, porque usted se va a quedar sin oxígeno durante un tiempo, y para usted es muy importante'. 'Sí, doctor, estoy seguro, la falta de mi máquina no me va a significar nada demasiado importante, a lo sumo retrasar un poco mi recuperación, en cambio a él se le va la vida'. Mascaró parte de inmediato a darles esta noticia a las personas, que siguen cantando. Se indigna y en tono duro los interroga, por si prefieren cantar y esperar que se muera el señor Pinto, o si quieren hacer algo para salvarle la vida. Comienzan los preparativos para operarlo y antes de que vayan a buscar mi 'máquina mágica', Pinto fallece.

«Esa noche todo se enrarece en la UTI. Para los médicos militantes, la muerte del joven tiene un significado muy especial, como si tuviera que ver con algún tipo de confabulación política en contra de ellos. Pasan por mi lado y me miran con desconfianza, pero me saludan atentamente y me dan las gracias por mi gesto. Uno de ellos masculla al médico que va a su lado: 'No creo nada en este huevón de Schnake, tiene que ser chueco como todos los comunistas'.

«Al día siguiente, las auxiliares que me tenían que cuidar me pasan a ver con cara suplicante y sin decirme lo entiendo, para pedirme que no las denuncie. Cuando llega el doctor Valdés, que siempre hace una ronda temprano, me pregunta con cara muy seria: '¿Cómo pasó la noche, don Erich?'. '¡Mal —le respondo—, porque anoche no hubo atención!'. 'Sí —me dice—, estamos investigando qué pasó con el turno de enfermeras'.

«Debemos estar de noche o de madrugada. En la UTI no se saben las horas, porque todo es siempre igual, y aparece Felipe, ahora vestido con unos bluyines muy de campo y tirando un perro negro de raza desconocida. El perro se pasea por la UTI, y Felipe se acuesta en la puerta de mi pieza con el perro echado a sus pies. Las enfermeras reclaman, lo quieren sacar. Felipe, inmovible, les dice que no se va a mover de allí hasta que su padre esté bien. El perro negro comienza ahora a transformarse en una verdadera

obsesión para mí. Cuando llega Florencia, con la dificultad de no poder hablar porque me han hecho una operación en la garganta, le digo que por favor haga lo posible para llevarse el perro negro de la UTI, que no son lugares para que ande un perro. Al principio me dice que no ha visto ningún perro y que Felipe no está en la UTI, que no ha ido en toda esa tarde y noche. Ante mi insistencia, mi mujer sale, yo supongo que a mirar, y regresa para decirme que están sacando el perro y que ellos se van a encargar de limpiar; le pido que en la casa lo amarren con una cadena de acero y un candado al tronco del magnolio, para que no se arranque y nadie lo pueda sacar. Flora pide que no me preocupe, que así se hará, y quedo más tranquilo.

«Es de noche, pero noche de otro día. En un reloj de esos grandes de pared que está situado casi frente a mi pieza logro ver la hora: son las tres de la madrugada y nuevamente aparecen, silenciosos, el perro negro y Felipe. Le grito para que se lo lleve, pero no me escucha y comienza nuevamente el alboroto de las enfermeras y los médicos que quieren sacar a Felipe y al perro. Me hundo en la más profunda desesperación. Cuando regresa mi señora en la mañana, le insisto que ha vuelto el perro negro. Florita me jura que lo va a resolver. Me pasa a ver mi hijo Alfonso, el mayor de los hombres, y me asegura que se va a encargar de que el perro negro nunca más se aparezca por la UTI».

El DESPERTAR

Ahora parece que sí ha concluido el período operatorio. Estoy despertando y entrando a la semi conciencia. Cuando converso con mis hijos o con mi mujer sobre las peripecias que he corrido durante este tiempo recién pasado, me dicen «¡no has estado realmente en todos los lugares que tú supones, no hay tal brujo, ni jamás hemos ido al Perú, ni siquiera existe un perro negro!». Y yo siento que por alguna razón inexplicable me están ocultando todo lo que ha sucedido. Mi hermana Adriana y mi hija Viviana, ambas médicos, se esfuerzan en aclarar las cosas y sobre todo conversando con Florita y mis hijos, les aclaran que las dosis muy altas de corticoides producen a menudo estas alucinaciones, y en mi caso, cuando han tenido que aplicar un tratamiento de choque durante tres días, de un gramo de cortisona diaria, es mucho más posible.

Cuando me dan esta explicación, la verdad es que sigo sumido en la más profunda incredulidad; tratando de sorprenderlos le pregunto descuidadamente a mi mujer que si ya mandó mi auto a arreglar después del choque, y ella me insiste «¡qué choque, si no ha chocado nunca, el auto está guardado!». Y yo le insisto: quiero que venga en el auto para verlo. «¿Y mi billetera, apareció? ¡Estaban todas mis tarjetas de crédito, mis talonarios!». le digo. «Su billetera no se ha perdido jamás, está con todas sus tarjetas de crédito y talonarios guardada en el escritorio, como la dejó cuando se vino a la UTI», me responde Florita. Y comienzo a recordar otras cosas que ya tenía medio olvidadas. Le pregunto: «¿Qué pasó con Felipe después de la pelea que tuvo en el ring que instalaron

en un ala de la UTI con un auxiliar? ¿No es cierto acaso que yo mandé a Alfonso y luego a María Loreto a parar esta pelea, porque me parecía una brutalidad que esto lo alentaran los propios médicos de la UTI?. Mi mujer abre los ojos y se queda punto menos que espantada. Me explica una y otra vez que todo es producto de las alucinaciones, que nada fuera de lo común ha pasado.

«¿Cómo, entonces no estuvo Ricardo Lagos conmigo y yo no le pedí que fuera a ver al carabiniero?». Y me contesta que sí, que en mi breve lapso despierto después del trasplante, vino a visitarme y conversamos, pero evidentemente que no pasó a ver a ningún carabiniero degollado o semi degollado, porque no había tal.

Yo insisto en preguntar y hablar cosas extrañas. Mi mujer se resigna a no insistir en la verdad hasta que no esté completamente fuera del efecto de los calmantes, y sigo viendo la ronda de mis hijos, hermanas, hermanos y de algunos otros familiares muy cercanos que son los únicos a los que el doctor permite entrar, aunque de a uno, a visitarme.

Han llegado mis doce hijos, algunos provenientes de los más variados puntos del mundo; es la primera vez que se juntan todos. Así, con su compañía, mi vida se va normalizando y de la muerte que al parecer corrí como un riesgo casi natural, voy llegando a la plena conciencia y a una movilidad cada vez mayor. Aunque con dificultades, ya muevo los brazos y las piernas. Mi sangre se satura de oxígeno como si estuviera sano. El pulmón derecho, que es mi nuevo pulmón, comienza a funcionar y mi organismo a dar señales de querer entenderse con él. Por momentos, me quitan totalmente el apoyo del oxígeno y respiro por mi cuenta en excelentes condiciones. Todo hace prever que estaré repuesto en un plazo breve.

Me trasladan a la UCI (Unidad de Cuidado Intermedio), donde tengo un dormitorio pequeño pero agradable, con un sillón cama en el que todas las noches, de aquí en adelante, dormiré mi señora y eventualmente alguna de mis hijas, Loreto o Andrea, que son las que se quedan, porque los demás ya están regresando a su país de residencia. Aquí recupero realmente la normalidad y yo diría que un treinta por ciento de mi movilidad. Los cuidados siguen siendo intensos y frecuentes. Esta clínica es cara, muy cara, pero es buena y yo diría que excelente, y el equipo médico que me

ha atendido encabezado por Mascaró, en cirugía, y el doctor Valdés, en la UTI, de lo mejor que hay. Mi hija Viviana, que ejerce en Francia, me lo dice muy claramente: «La clínica y los doctores no tienen nada que envidiarle a la mejor clínica de Francia, y los médicos chilenos, a mi juicio, tienen tanta o más calidad que los mejores especialistas franceses, con una ventaja: el trato humano, que es realmente maravilloso y que afecta también a todo el personal de la clínica, es como si hubiera una escuela de trato con los pacientes y con sus familias, de diálogo, de información y de cariño».

Aquí los médicos, especialmente el doctor Valdés, médico jefe de la UTI; Mascaró, mi cirujano; el doctor Díaz y el doctor Ortúzar, que está a cargo de la UCI; la doctora Parada, la doctora Lillo, hacen algo que es muy importante en medicina: hacerle ver a la familia del enfermo que su presencia y su apoyo, así como la fuerza de convicción del enfermo para sanar, son tan importantes como el apoyo técnico que los médicos puedan dar. Mi hija quedó gratamente impresionada con esta actitud, que incluye por cierto a las enfermeras y kinesiólogos.

Así se acerca el día en que con una alegría infinita de mi parte recibo la noticia de que seré dado de alta y podré por fin ir a casa. De dar unos modestos e inciertos pasos en mi pieza de la UCI, daré ahora este gigantesco salto hasta mi domicilio, donde me esperan mis hijos menores, mi mujer, todos. Estamos a mediados de agosto, he estado exactamente 51 días en la clínica y por fin ya me voy a mi casita.

Antes de terminar este capítulo, quiero hacer una modesta reflexión que puede tener algún valor para la gente que enfrenta momentos tan difíciles. Durante el período de semi conciencia y cuando estaba más profundamente sedado, afloró lo que siempre ha sido parte importante de mi personalidad, mi fuerza de voluntad, tenacidad y mi profundo amor por la vida en el contexto en que ella se da: con mi mujer, con mis hijos, con lo que ha sido la política para mí, o la profesión de abogado. Cuando vislumbras que la vida se te puede arrancar, tener esta fe en que puedes superar el obstáculo que enfrenta tu existencia, es algo que da fuerza y ayuda; pero en mi caso, más que la fe en mí mismo, me ayudó la fe que mi mujer, hijos y hermanos, tuvieron en mí, en que yo podía superar este momento.

Y llegué a sentir, físicamente, que mientras tuviera mis manos tomadas por cualquiera de ellos, no me podía ir. Como que ese contacto físico fuera capaz de transmitir todo el cariño, el amor, la confianza, la necesidad de tus seres queridos, y te impidiera, como si fuera una obligación vital, arrancarte de este mundo y dejar esas manos vacías de ti. Creo que es útil pensarlo y entender la trascendencia que puede tener para una situación de vida, que cualquiera pueda enfrentar el día de mañana.

Todos eran socialistas

Hay quienes, de la mano de Freud, por la vía del psicoanálisis, recrean su vida desde la más tierna infancia. Otros, según diversas formas de hinduismo, creen poder regresar a etapas muy anteriores a su vida actual. No hay por qué desconfiar ni de unos ni de otros, como tampoco tenemos razones suficientes para creerles. Nuestro conocimiento de lo esotérico y la introspección a que somos capaces de llegar siguen siendo limitados. Los espectaculares casos de regresión que a menudo se entregan dejan siempre una gran duda abierta: ¿superchería? Haciendo memoria, que es lo que se trata de hacer cuando se pretende escribir *Memorias*, se constata lo frágil y antojadiza que es ésta. Pero no es dable recurrir al psiquiatra o al psicólogo, que para mí no habría sido difícil, por tratarse de especialidades particularmente abundantes en mi familia, sino a la prensa o a los libros o a la entrevista personal con los personajes de la propia historia. Entonces uno se da cuenta de que la prensa tiene un sesgo ideológico tan marcado, que es necesario «interpretarla» si se quiere descubrir o recordar algo cercano a lo que uno cree que es o que ha sido la verdad; con los libros, la llamada objetividad se pierde desde la selección misma. Soy yo, desde mi subjetividad, el que escoge el material. Y con las entrevistas personales lo mismo, con el agregado de que a veces el entrevistado trata de ganar puntos para su propio futuro o de evitar críticas que lo dañen.

Tal vez por la emergencia y por el momento que vivo, he cambiado la intención hace mucho tiempo manifestada de escribir un pequeño ensayo sobre el progresismo en Chile y he preferido analizar y

develar las intimidades de nuestra vacilante vida política, lo que me ha llevado a valerme de todos los medios a mi alcance, pero fundamentalmente de mi memoria y de la sensación que hoy tengo de mis vivencias, aún de las más remotas. Claro que del transcurso de mis vivencias, fatalmente irá surgiendo algo no tan pretencioso como «un ensayo sobre el progresismo», pero sí una aproximación, a lo menos

Nací en Chillán Viejo, en julio de 1930, en una casa que hacía esquina a la plaza. Mi padre, Enrique Schnake, fue un arquitecto frustrado por la dictadura de Ibáñez que, al cerrar las universidades, impidió que la Universidad Católica, donde había ya terminado sus estudios, le girara el correspondiente título; tocaba violín y dibujaba como los dioses; a no dudarlo tenía una gran sensibilidad artística y social, pero no militante, como su hermano Oscar. Mi madre, Marina Silva Maturana, profesora de Francés y Castellano, enseñaba en el Liceo de Niñas de Chillán; hermosa, distinguida, muy inteligente y culta, admiradora y divulgadora de la cultura francesa; ideológicamente progresista, tremendamente adelantada para su época, fue pionera de las grandes luchas que libraban las mujeres «progres» de su tiempo, junto con Amanda Labarca, Inés Henríquez o Gabriela Mistral. Nunca quiso militar en partido alguno, ni siquiera en el PS, sintiéndose socialista: estimaba que la militancia política era incompatible con el ejercicio de la docencia.

De una impresionante firmeza de carácter, yo diría que indomable, y con un gran amor por padres e hijos, a los que protegió, cuidó y procuró desarrollar durante toda su vida. A mi abuelo Guillermo, porque admiraba su personalidad y su inteligencia, aunque nunca fue un prodigio de esposo ni de padre; halmacedista hasta su muerte, se confesaba cercano al socialismo «porque es lo único que rescata la dignidad nacional, como Balmaceda». Ateo sin compasión, irredimible hasta el final. Días antes de su muerte lo quiso ver su primo, el cura Valderrama y, balbuceante ya, pero con tono enérgico, le espetó: «Como pariente puedes entrar, pero con sotanas te tienes que retirar... no recibo apollerados». Y el pobre cura se tuvo que ir. Escribió un larguísimo libro que no sé si publicó alguna vez: «*Cristo nunca ha existido*». Doña Marina se hizo cargo también de su madre, que era de una hondad infinita,

y había sufrido mucho. Y no poco de ese sufrimiento se debía al «tata Guillermo», que un buen día se fue, y del que recibía noticias variadas e insólitas. Unas veces se enteraba de que estaba integrando la Corte de Tacna, otras se sabía que estaba vivo por alguna carta que mi madre recibía desde París o por alguna pequeña remesa que llegaba desde Buenos Aires, donde se suponía que tenía bufete abierto. Terminaron viviendo juntos, pero no revueltos, en dormitorios separados, en nuestra primera casa en Santiago en Ñuñoa, el año 42. Mi abuela me quería «más que a nadie en el mundo»; yo era el nieto regalón.

El otro personaje que ya existía, y con mucha presencia cuando yo nací, era el tío Oscar. Médico frustrado por la dictadura de Ibáñez, expulsado de la Universidad de Chile cuando era presidente de la Federación de Estudiantes y luego encarcelado, desterrado o relegado sucesiva y alternativamente, ya comenzaba a llenar una página ancha en la naciente historia del socialismo chileno.

En ese ámbito y con ese entorno nací y me crié. El socialismo estaba en mis genes. De una u otra forma todos estos personajes contribuyeron a hacerme como soy. Tengo la sensación de que era un adulto para la revolución del 4 de junio del 32, y todavía no enteraba 2 años. Hay una suerte de simbiosis que me incorpora a esa parte de la historia, pero los que me van a leer me conocen o han sabido de mí y, en consecuencia, no puedo hablar en primera persona de los hechos que acontecieron cuando yo era pequeño. No me creerían o pensarían que estoy escribiendo una fantasía... y no es así, por eso es que esta suerte de *Memorias* es una extraña mezcla de estilos, donde a menudo tengo que «robarle» a autores más prolijos sus contenidos y narraciones, intentando hacerlas coincidir —incluso emocionalmente— con mis propias percepciones, aun aquellas que se formaron cuando yo era un niño y que con el correr del tiempo adquirieron su actual carácter.

Es evidente que no puedo tener una vivencia real de los movimientos sociales y políticos que bullen al inicio de la década del 30; sin embargo, tengo la sensación, y creo que la he tenido siempre, de haber sentido cuando comienza el Partido Socialista.

El PS surge en un Chile lleno de conflictos sociales y políticos: un contexto internacional afligido por la depresión económica de 1929 y el período de entre guerras, donde la inestabilidad de

Europa y Estados Unidos domina y altera al resto del mundo. El hambre, la cesantía y la desigualdad dan cuenta de una aguda crisis en el desarrollo de la economía internacional, y un profundo cuestionamiento al capitalismo surgido de la Revolución Industrial. Durante una parte no menor de ese período, mi padre ejerció el cargo de secretario general de Cesantía, lo que da cuenta de la época que se vivía.

Tal como lo señala una crónica de la revista *Sucesos*, del 7 de agosto de 1930: «Los que perdieron el hogar hace muchos años y todavía no han podido recuperarlo ni lo recuperarán, caminan con pasos de plomo por las calles y las plazas solitarias. Sus pasos no se oyen; tampoco el latido de angustia perenne de la miseria. Individuos sin hogar que llegan a pedir alojamiento al Ejército de Salvación. El invierno ha comenzado con sus noches tiritantes y tristes. Las calles presentan un aspecto de abandono, o de recogimiento, de honda meditación. Los árboles parecen esqueletos. Los automóviles irrumpen con su irónica alegría. Y los pobres, ¿dónde pasarán el invierno los pobres? nos preguntamos con angustia (...). Son hombres siempre tristes. El mundo es muy grande, pero ellos no tienen ni un metro cuadrado propio para pasar una noche de la vida».

En este clima de frustración e inestabilidad, los fundadores del socialismo criollo asumen como un desafío la necesidad de generar un partido que reivindique el bienestar de los trabajadores, así como el progreso de una naciente clase media.

Hasta ese momento, tal bandera había sido monopolio del Partido Comunista, colectividad de gran arraigo obrero y tradición de lucha iniciada con empeño e idealismo por Luis Emilio Recabarren, pero que poco a poco cede sus prioridades internas y privilegia sin mayor cuestionamiento los intereses de la URSS que, bajo la conducción de Stalin, desdibuja el socialismo y lo transforma en una doctrina antidemocrática, haciendo ineficaces y vulnerables las movilizaciones de los trabajadores chilenos. El comunismo nacional repite monótonamente la música que le toca el Comintern. El propio Luis Emilio Recabarren, incansable dirigente, creador de la prensa obrera en Chile, tal vez el mayor y más alto valor proletario que haya producido Chile, regresa desencantado de su primer y único viaje a la URSS, y en una confusa situación de conflicto personal, pone término a su admirable vida. Ramón Sepúlveda

Leal, viejo dirigente socialista, que fue compañero de luchas con Recabarren, siempre nos decía: «El PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) mató de un balazo al camarada Trotsky; a Recabarren lo mató de pena».

El Partido Democrático, que antes fuera un importante y representativo actor de los sectores populares y medios progresistas, se ha dividido y tiene una escasa representatividad; y el Partido Radical, que naciera al cobijo de los ricos mineros del Norte Chico y fuera destacado mandatario de los sectores medios, ha pasado a ser una colectividad comprometida con el populismo y la demagogia de Arturo Alessandri Palma.

El país aún está profundamente resentido por la crisis económica mundial que se inicia en 1929 en Estados Unidos. La frecuencia de los golpes de Estado, de los cuartelazos o del caos parlamentarista que persiste desde la derrota de Balmaceda y el triunfo del Congreso en la guerra civil de 1891, desmienten la fama de nación organizada y democrática que siempre hemos pretendido tener.

Sólo en las dos primeras décadas del siglo pasado se pueden contar a lo menos doce cuartelazos y asonadas militares, además de 430 cambios ministeriales! Un claro ejemplo es la sublevación de la Escuadra, el 27 de mayo de 1931. Tras la renuncia del general Carlos Ibáñez y ante el anuncio de reajuste en el sueldo de los funcionarios públicos, la Escuadra anclada en Coquimbo, luego de ser tomada por los sargentos y clases, le da un ultimátum al vicepresidente Manuel Trucco. Junto con exigir el pago de las remuneraciones en un plazo de 48 horas, piden que se liberen recursos para fomentar la industria y el comercio. Demandan, además, que los millonarios contribuyan patrióticamente a sacar al país de la postración financiera, prestando 300 millones a la Caja Fiscal. Pero la batalla por la equidad fue perdida por los insurrectos. Luego de ser bombardeados por aire, el 11 de septiembre, izan sus banderas de rendición y se entregan a las autoridades. Es la primera «bazaña bélica» de la Fuerza Aérea de Chile.

La represión a los obreros y campesinos en el mismo período es brutal. No sólo está el dramático ejemplo de Santa María de Iquique, sino también La Coruña, las huelgas de Valparaíso, Santiago y el norte minero, reprimidas a sangre y fuego. Es la época

en que despiertan los sectores más desvalidos de la sociedad, cansados de tanto abuso y decididos a luchar por un mínimo de bienestar.

Uno de los casos más dramáticos fue la matanza en 1934 del fundo Ranquil, en el Alto Biobío, donde miles de inquilinos —empujados por el hambre y el absoluto abandono del gobierno, que los había trasladado a la zona precordillerana sin considerar la falta de alimentos y puestos de trabajo— se levantan contra patronos y mayordomos en una extensión de 150 kilómetros a la redonda, arrasando con todas las pulperías de la región. La represión policial no se hizo esperar, auspiciada tanto por La Moneda como por el Congreso, donde se acusó a los alzados de promover una guerra civil para cambiar la forma de gobierno. Por cierto, la comisión parlamentaria que investigó el caso también denunció la participación de la Federación de Estudiantes y de los jóvenes socialistas, que ya habían pasado su prueba de fuego dos años antes. De esto, yo ya alcancé a escuchar en mi casa.

El 4 de junio de 1932, los jóvenes líderes políticos que luego fundarán el Partido Socialista se atreven y participan en la llamada «Revolución Socialista de Junio». Esto es, el exitoso golpe de Estado que en esa fecha encabeza el comodoro del Aire, Marmaduke Grove, y en cuya conjura y gobierno posterior participan —entre otros— Eugenio Matte Hurtado, Oscar Schnake Vergara, Eugenio González Rojas, Ramón Sepúlveda Leal y Carlos Alberto Martínez, principalísimas figuras de la izquierda de la época, junto a seudo independientes nacionalistas, que siguen de cerca el discurso teórico de Jaime Fyzaguirre, pero que están ligados fuertemente al liderazgo absoluto y excluyente del general Carlos Ibáñez del Campo, conspirador sempiterno.

Estas circunstancias tienen una notable influencia en el devenir concreto del socialismo chileno y en el comportamiento de sus líderes. El gobierno de Juan Esteban Montero, que cae por el exitoso alzamiento, sufría aún los tremendos efectos de la crisis del 29, que se manifestaba en altísimos índices de inflación y desempleo.

El gobierno socialista propiamente tal dura solamente doce días y es derrocado por Carlos Dávila, ex ministro del mismo gobierno, de origen ibañista, que a su vez dura cien días para caer también por la fuerza.

Cuando la República Socialista terminó de nombrar a sus ministros, la tráfada más importante de socialistas, en palabras de Carlos Charlín, estableció la forma de encauzar y dirigir al Comité Revolucionario con el fin de «defender, servir y entregar a la nueva República Socialista todo cuanto el hombre digno fuera capaz». Así lo entendieron Eugenio Matte, Marmaduke Grove, su hermano Jorge, Eugenio González Rojas, Oscar Cifuentes, Oscar Schnake y muchos otros que sacrificarían situación, profesión y hasta la familia y la vida por ese ideal que en la madrugada del 4 de junio fue espontánea y libremente comprometido.

La Junta comenzó rápidamente a recibir adhesiones y respaldos: entre otros se juntaron el Partido Socialista Unificado, el Centro Radical Socialista, el Partido Socialista Constitucional, el Centro Demócrata Liberal, la Nueva Agrupación Demócrata, el Partido Liberal Democrático, sectores del Partido Alessandrista (no así Arturo Alessandri, que se mantuvo en una actitud de simple observación). También expresaron su adhesión agrupaciones de carácter social como la Alianza Socialista Revolucionaria de Trabajadores, que representaba a más de quince grandes organizaciones sectoriales. Celebró también los loables propósitos del 4 de junio el obispo de Valparaíso, quien expresó que «la Iglesia mira con simpatía los postulados del nuevo gobierno», según se lee en el diario *La Nación* del 11 de junio de 1932.

El Partido Comunista no sólo no apoyó al nuevo gobierno, sino que el 5 de junio, dirigido por Elías Laferte, se encerró en la Universidad de Chile con el objeto de «enderezar los rumbos del gobierno que se babía instalado en La Moneda y escuchar a la clase obrera y marchar realmente por un camino revolucionario». Desde el local de la Universidad de Chile los jóvenes comunistas llamaron a constituir los «soviet de obreros, campesinos, mineros, soldados, marineros e indios». El Partido Comunista, una vez más, se sintió llamado a otorgar las licencias de revolucionarios o de izquierdistas.

Pedro Ponce Durán, en su tesis de magíster en Ciencia Política (*Oscar Schnake Vergara, fundador y dirigente del Partido Socialista de Chile*), expresa: «Como es de esperar, el hecho ocasionó graves problemas al gobierno, que apenas un día antes se había constituido. Forzado por los hechos, Grove tuvo que declarar: 'Se-

ría infantil suponer que después de todas las decepciones sufridas en el régimen anterior fuéramos a tener contemplaciones con los comunistas, que estiman conveniente aspirar a destruir todo lo que existe para edificar sobre las ruinas algo que ellos creen sería la mayor de sus aspiraciones'».

Grove aclaraba a la opinión pública que el gobierno no deseaba «el camino propio» y mucho menos pretendía implantar una especie de absolutismo político.

Iniciado el gobierno revolucionario se expuso el plan de las cuarenta medidas, o Plan Lagarrigue. Curiosamente, el número 40 parece ser cabalístico para los socialistas: volverá a repetirse con el gobierno de Salvador Allende en las también cuarenta medidas, claro que 38 años más tarde. Lagarrigue, a quien tuve el agrado de conocer en la época del segundo gobierno de Ibáñez, era un socialista extraordinariamente inteligente y pragmático, revolucionario al estilo de los fundadores (él también lo fue); hoy sería, como ya lo fue en la década del 50, un buen reformista, esto es un socialdemócrata al estilo latino.

En su inicio se expresaba que la finalidad del gobierno era «alimentar al pueblo, vestir al pueblo, domiciliar al pueblo». Se aplicaron medidas de emergencia, como la devolución de las prendas de vestir o el menaje de casa de la Caja de Crédito Popular (hoy de Crédito Prendario) a varios miles de personas; la reincorporación al servicio de más de doscientos profesores que habían sido exonerados por razones políticas, la organización de un plan de acción cultural a cargo de José Santos González Vera, Mariano Latorre y Carlos Isamitt, entre otros; la disolución del Congreso Termal (creado a dedo por el general Ibáñez durante su gobierno *de facto*); el control sobre los abastecimientos y precios; la inviolabilidad de los recintos universitarios; el famoso decreto 520, que normaba las expropiaciones y que fuera redescubierto en 1970 por el jurista Eduardo Novoa Monreal; la dependencia del Estado del Banco Central de Chile.

Como lo recuerda Ricardo Donoso en su obra *Alessandri, agitador y demoleedor*, «esta medida provocó profunda alarma en los círculos financieros y en la representación diplomática norteamericana, por cuanto el National City Bank, el Warranty Trust y el Banco de la Reserva Federal habían contribuido a la formación del

capital y de la reserva de oro de la institución. El ministro de Hacienda y otros miembros del gobierno, decía el embajador Kulberston al Departamento de Estado, son irresponsables y capaces de dictar medidas de violencia. La incertidumbre de la situación política cobró caracteres dramáticos pocos días más tarde y se temió que las autoridades perdieran el control de la situación y que las masas tomaran medidas de violencia. Los miembros de la colonia norteamericana hicieron preparativos de autodefensa y procuraron reunir artículos de primera necesidad. Los conservadores, profundamente alarmados, hablaron abiertamente de pedir la intervención norteamericana».

Ahí se inició la caída del gobierno socialista. La historia se repetiría en 1973. Dávila, que representaba al ibañismo, se alejó de La Moneda el 8 de junio y presionado por los intereses norteamericanos y por políticos conservadores, se dedicó a conspirar conjuntamente con un grupo de altos oficiales, entre los que destacaban el almirante Jouanne, el almirante Arturo Merino Benítez y el capitán de navío Merino Bielich. Grove renunció al darse cuenta de que carecía de la influencia y la fuerza suficiente en las Fuerzas Armadas; antes de renunciar, y en tono sentido, exclamó: «Debí haber armado al pueblo, ya es tarde. Pensar que tuvimos que trabajar más de dos meses desde Tacna a Magallanes, tratar con los vacilantes, decidirlos, conseguir las adhesiones de cada regimiento, unirlos, preparar la fecha... y ahora vienen estos desvergonzados y me dan un cuartelazo de la noche a la mañana. Es abrumador».

Evocando ese 4 de junio de 1932, Oscar Schnake diría más tarde en el Senado, con la oratoria encendida de la época: «Desde el año 20, ningún acontecimiento tuvo la claridad en sus propósitos, la sinceridad en sus actos, la emoción y la pureza de su ideal, la fuerza social suficiente para incorporar a los hechos políticos del país a las grandes masas dispersas y desorientadas y a los valores personales ajenos a la vida de componendas, de arribismo y de constante traición. Sólo el 4 de junio tiene esa virtud. El país se conmueve hasta las entrañas: los logradores perpetuos del poder; la oligarquía latifundista y hancaria; los que especulan con el hambre y desamparo del pueblo, los políticos profesionales y gestores que habían vendido, por una copa de champaña, pedazo a pedazo

las riquezas naturales del país; los que vendieron el salitre, el cobre, las caídas de agua como si fuesen patrimonios de los partidos o de algunos caballeros y no de todos; los que sólo dirigieron la política en su propio beneficio; todos los que han hecho de Chile lo que quisieron y nunca sintieron alguna consideración por los que a diario eran y son explotados como bestias; los hacendados que dilapidan en Europa, en cenas y bailes del Club de la Unión y en lujos lujuriosos, mientras sus inquilinos y trabajadores comen una miserable galleta y ven morir de hambre y mugre a sus hijos; es decir, toda la podredumbre política, moral y social en Chile; todos estos sintieron el presentimiento de su derrota definitiva, sintieron que se les arrancaba de sus manos el control político del país y que tendrían que rendir cuentas. ¡Y fueron, por lo tanto, los enemigos irreconciliables del 4 de junio!».

La historia del 4 de junio del 32 sería un tema recurrente en mi hogar y luego en el Partido hasta muy pasada la segunda mitad del siglo XX. Yo recuerdo con emoción las jornadas recordatorias que celebrábamos en cada seccional e incluso en actos masivos de la militancia.

Los doce días de la «Revolución Socialista de Junio» son doce días históricos que bastan para alertar a la reacción de la derecha y los movimientos corporativistas y filofascistas. Por cierto, la encendida insatisfacción de estos jóvenes con los diversos regímenes imperantes, y especialmente con aquellos de orientación liberal, donde el humanismo se pierde por el peso de un exagerado interés economicista, no podía quedar sin respuesta.

En los primeros años de la década del 30, alrededor de Jaime Fy-zaguirre (connotado historiador derechista, de clara tendencia fascista) y de su revista *Estudios*, comienzan a cobrar resonancia las ideas corporativistas. Su aparición pública es curiosamente coincidente con la asonada socialista del 4 de junio y con la posterior aparición formal de un Partido Socialista no subyugado al PC ni a la URSS.

La gran mayoría de los fundadores del PS llegan a su creación en el más íntimo convencimiento de que hasta ese entonces no ha existido un instrumento de lucha idóneo para la liberación de los trabajadores y el progreso de una naciente clase media. El Partido Comunista chileno es una consecuencia de la Revolución de Octubre: nace en 1920 bajo la sabia e inteligente mirada de los diri-

gentes bolcheviques y con su pleno apoyo material e intelectual. Forma parte del desarrollo de la estrategia diseñada por Lenin: por una parte impulsa la lucha antiimperialista y fortalece el movimiento obrero en los países del Tercer Mundo, el eslabón más débil de la gran cadena del capitalismo mundial, y a la vez crea un verdadero cerco defensivo del Estado bolchevique. Desde sus comienzos tiene una gran implantación obrera y, en poco tiempo, tradición de lucha. El problema para los trabajadores es que el PC chileno es ortodoxa y sectariamente proletario, asumiéndose como el único sujeto válido de la historia capaz de liberar al hombre y crear la gran sociedad sin clases, utópicamente perfecta.

Menos de un año después del golpe del 4 de junio (el 19 de abril de 1933) nace el Partido Socialista que, en las hermosas palabras del joven de 33 años, Oscar Schnake, se perfila como el instrumento necesario para transformar la realidad chilena y latinoamericana. «Nuestra orientación —dice— es profundamente realista. Pretendemos conocer la realidad chilena, interpretarla en su mecanismo económico y social, y hacer del Partido un instrumento capaz de cambiar esa realidad. Pretendemos movilizar al pueblo entero hacia una acción de segunda independencia nacional, de la independencia económica de Chile. Queremos poner todo lo bueno de nuestra tradición histórica, política y social al servicio de esa acción; despertar la sangre, los gustos, los afectos, despertar lo heroico que han fecundado estas tierras latinoamericanas, para darle un valor moral traducido en voluntad, espíritu de sacrificios y solidaridad a nuestra acción de todo un pueblo, el movimiento de un pueblo hacia su liberación. Por eso queremos darle un contenido nacional que abarque nuestra manera de trabajar, gozar, sufrir y sentir; para hacer un pueblo nuevo en todas sus facetas. Somos los instrumentos de la Revolución que Chile necesita para hacer su historia dentro de la historia de Latinoamérica y de la Humanidad en estos días preñados de un futuro grandioso».

Confluyeron a la fundación del Partido Socialista una serie de agrupaciones que habían ido surgiendo tras la caída de Ibáñez, en 1931: la Acción Revolucionaria Socialista, la Nueva Acción Pública, la Orden Socialista, el Partido Socialista Marxista y el Partido Socialista Unificado. Se trataba de pequeños grupos, organizados en Santiago y con muy poca influencia en provincias.

El primer Congreso del Partido Socialista se realiza en octubre de 1933, seis meses después de su fundación. Oscar Schnake, ya designado secretario general en el Acta Fundacional, ha pasado esos seis meses prácticamente en la clandestinidad, porque el gobierno de Arturo Alessandri, que ya no es el *León de Tarapacá* del año 20, ha dictado un decreto de relegación al norte del país del líder socialista.

Con el apoyo de los partidos Conservador, Liberal, Radical y Demócrata, Alessandri obtiene facultades extraordinarias del parlamento, desarrollando una dura represión en contra de todos los líderes de izquierda que «pudieran atentar en contra del orden y de la conservación social». Por eso el primer Congreso General de los socialistas se desarrolla en un Chile sacudido por la violencia y las tensiones sociales. Es en este Congreso donde se adoptan los principios teóricos del Partido, como la adopción del marxismo, entendido «como método de interpretación de la realidad, enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos del constante devenir social». En este Congreso se aprueba, además, el primer y único programa partidario, que sale a la luz en 1934. Se ratifica a Oscar Schnake como secretario general.

En la misma época son relegados a Isla de Pascua, Eugenio Matte y Marmaduke Grove, en un claro intento por eliminar políticamente a la organización socialista, que con tanta fuerza surgía. Para ambos tendrá consecuencias diferentes: Eugenio Matte se contagia con una peligrosa enfermedad y muere el 11 de enero del 34; Marmaduke Grove es nuevamente encausado, junto con Oscar Schnake, como conspiradores en contra del gobierno de Alessandri en una conjura cívico militar estimulada desde Argentina por el general Carlos Ibáñez del Campo. Ambos son declarados reos en el proceso llamado «caso de las Mercedes» y van a dar a la cárcel. El Partido Socialista decide reemplazar en el cargo de senador a Eugenio Matte, ya que a su muerte hubo de realizarse una elección complementaria en Santiago; en abril de 1934 bajo el slogan «de la cárcel al Senado», Marmaduke Grove es elegido con una gran mayoría. Schnake continuaba en prisión. Lo que es la vida, allá por 1998 empecé a defender en unas expropiaciones a doña Sonia Matte Guzmán, era hija de Eugenio Matte, y con voz de complicidad me contaba: «Cuando yo era pequeña, poniéndome

detrás de la puerta, me encantaba escuchar conspirar a tu tío Oscar con mi padre...»

Desde su tribuna senatorial Grove expresa: «Las persecuciones a nuestro Partido en el último tiempo sólo se comparan a esas que padecieron los revolucionarios rusos y alemanes en los instantes más sórdidos del terrorismo blanco... el secretario general, Oscar Schnake, lleva cinco meses en una húmeda celda de la cárcel». Para los socialistas, Alessandri había instaurado en Chile una verdadera dictadura legal. Gobernaba con las facultades extraordinarias que le había concedido la derecha y se apoyaba en las milicias republicanas, que eran un cuerpo de civiles y militares armados. Siguiendo a Pedro Ponce Durán en su tesis, agregamos que Alessandri negó categóricamente esta afirmación, expresando «la dictadura es la sustitución de la ley por el criterio y la voluntad arbitraria de un hombre y, en consecuencia, ante ella los ciudadanos pierden las más caras conquistas de la civilización, que ampara sus derechos humanos fundamentales para convertirlos en vil instrumento de la arbitrariedad torpe y maligna. Yo, señores, no quiero que se siga pensando así y no pediré facultades extraordinarias; quiero reeducar a mi país y hacer de cada habitante un ser que respete la majestad infinita de la ley porque estoy convencido de que la única dictadura lícita es la dictadura moral que se inclina ante ella».

Sin embargo, como lo expresa Ponce, los hechos lo desmienten, y recién terminada la vigencia de las primeras facultades extraordinarias, concedidas el 24 de abril de 1933 y que regían por seis meses, contrariando su mensaje, vuelve a solicitar y obtener facultades extraordinarias. Schnake cumple siete meses de cárcel y es desterrado a Perú, donde junto con Víctor Raúl Haya de la Torre y Luis Alberto Sánchez comienzan a tejer una red de partidos socialistas latinoamericanos.

El Partido Socialista, dirigido durante la ausencia de su secretario general por Marmaduke Grove, toma el liderazgo de la oposición, creando el «block de izquierda» el 5 de diciembre de 1934, que integran además Radicales-Socialistas, Izquierda Comunista y el Partido Socialista Democrático. Al día siguiente de constituirse el block democrático, el Partido Socialista de Chile es legalizado, lo que le permite presentarse a las elecciones municipales de marzo del año 35.

Con una clara tendencia a la bipolaridad, la derecha constituye una alianza de conservadores, liberales, demócratas y la Unión Republicana. La izquierda, sin la participación del Partido Comunista, se agrupa en el block de izquierda.

Alessandri descalifica esta situación, expresando: «No hay, ni puede haber, ni derechas ni izquierdas. Hay sólo hombres de orden y hombres anárquicos y de desorden. El gobierno busca a los primeros para la realización de su obra patriótica y pone atajo inflexible a los pronósticos, a las aspiraciones y actos de piratería de los segundos».

A fines de diciembre del 34 los socialistas hacen su segundo Congreso General Ordinario donde, junto con reelegir a Oscar Schnake como secretario general, reiteran y amplían los contenidos teóricos y programáticos del socialismo; fijan una nueva política sindical en la que expresan que el sindicato no puede ser una copia fiel de los partidos y menos una correa de transmisión de éstos, la organización sindical debe ser independiente y la obligación de todo socialista debe ser la de participar activamente en ellos, con lo que se diferencian claramente del PC; se establecen nuevos estatutos y se declara la autonomía de la Federación Juvenil Socialista (FJS); se organiza el Socorro Socialista; las brigadas de defensa, más conocidas como Milicias Socialistas, y la Acción de Mujeres Socialistas (AMS).

No hay duda de que el socialismo chileno desde su fundación viene representando de manera inédita hasta entonces las aspiraciones de cambio de los trabajadores manuales e intelectuales de la época. Es un partido que, basado en la realidad objetiva en que se mueve, se aplica con fuerza y tesón para obtener los cambios y, en el sentido más puro del concepto, trabaja con una pasión propia del idealismo de sus jóvenes conductores. Hay un desprendimiento generoso en cada uno de ellos para hacer la revolución socialista, que no es otra cosa que el cambio profundo que le permita al pueblo romper la brutal brecha que le separa de los sectores más acomodados del país. Hay una lucha con sentido y con sentimiento por la equidad, por la libertad y por lo que hoy llamaríamos conseguir una verdadera democracia. Es un partido sano del que jamás podría pensarse que la corrupción —de ninguna especie— pudiera llegar a sus filas. Sus dirigentes máximos viven alternativamente

entre la cárcel, la relegación, el destierro y el ejercicio de su función política en la sociedad, y es por eso, seguramente, que el crecimiento del Partido Socialista es en pocos años extraordinariamente grande, llevándolo hacia el año 37-38 a ser el principal partido de la izquierda chilena y uno de los dos mayores de la política chilena. Con ocho años de edad, yo desfilo ufano por la Avenida Pedro Monti de Valparaíso y visto con orgullo el uniforme gris, de corbatín rojo, de las Brigadas Infantiles Socialistas.

El Partido Comunista, que ha sido coherente durante toda su existencia, sufre en cambio una involución. Su carácter de dependiente del liderazgo de la Unión Soviética lo lleva a desconsiderar a ratos la realidad nacional, poniendo en posición incómoda a los trabajadores, obligados por su ortodoxia a luchar por conquistas irreales. El Partido Comunista, en palabras de Luis Corvalán, en esa época mira con desconfianza a los socialistas porque este partido está formado por «burgueses y pequeños burgueses», que al parecer han tomado la ideología del socialismo. En cada oportunidad en que se plantea la unidad de los sectores de izquierda, como en el block, los comunistas se niegan a participar y lo califican de ser un «encubrimiento de la política reformista y reaccionaria». Para las elecciones presidenciales del año 1936, quedó claro que la unidad era necesaria, y que el sectarismo ortodoxo de los comunistas no los estaba llevando a ampliar su representatividad. Marinaduke Grove, líder del Partido Socialista, obtiene 60 mil votos, y Elías Laferte, por los comunistas, cuatro mil. Arturo Alessandri obtuvo, muy lejos, la primera mayoría, con 187 mil votos.

La insatisfacción con la situación imperante en la década del 30 era más fuerte entre los trabajadores y sectores empobrecidos de la población, más vulnerables y carentes de recursos para afrontarla. Pero también toca a una parte de la derecha. Los primeros, víctimas de una cesantía que no da tregua, padeciendo hambre y desesperación, excluidos violentamente de toda participación en la cosa pública, encontrarán su mejor expresión en el naciente Partido Socialista. Los segundos, que ya escuchan el murmullo de una nueva derecha europea que apunta a la modernidad, al progreso basado en la organización empresarial y la disciplina social, a la sociedad que se desarrolla sin conflictos de clase, centrarán su preocupación en el corporativismo como antídoto al liberalismo

decadente y demagógico, y al conservadurismo decimonónico y refractario a los cambios.

El corporativismo se fortalece rápidamente, como también lo hace el socialismo. En un comienzo, la sociedad corporativista preconizada es una nostálgica mirada al pasado feudal y sus ciudades libres, sin conflictos de clase, que repudian al Estado, al que asignan un papel meramente subsidiario, pero que se impregna de las formas de la nueva democracia representativa. La acumulación y concentración capitalista monopólica, bajo la dirección y control de los grandes gremios empresariales, provee al desarrollo de la sociedad. Este movimiento se gesta con el mayor espaldarazo del catolicismo, al abrir éste una suerte de tercera vía entre el liberalismo imperante y el socialismo emergente, es decir, «entre la herejía liberal y el materialismo ateo», en el sentir de la Encíclica Cuadragésimo Anno del Papa Pío XI. Con el correr de los años y el surgimiento activo del fascismo y del nacionalsocialismo en Europa, nuestro corporativismo se irá perfilando de manera diferente y muchos de sus seguidores del comienzo irán separando aguas (sobre el desarrollo del corporativismo en Chile, capítulo siguiente).

Aunque los partidos socialistas y socialdemócratas nacen al conjuro teórico de Marx y Engels en los primeros años del siglo XIX, en claro enfrentamiento al régimen capitalista salvaje de los primeros tiempos, paulatinamente se van inclinando por el camino del diálogo con el poder, obteniendo reformas sociales que atemperen el carácter brutal del capitalismo, pero igualmente con sacrificios, violencia y sangre. No poca importancia tendrá en este giro el fracaso en definitiva de la Comuna de París, en la que los socialistas franceses en general y Marx en particular, se juegan por entero. O el de la Comuna Húngara, de iguales resultados. Es el caso de la Europa occidental, especialmente Inglaterra, Francia y Alemania, los países más industrializados, donde se supone que el desarrollo capitalista llevará inevitablemente a la sociedad socialista. No así en la Europa oriental, y Rusia en ella, donde el atraso industrial es notorio y el predominio campesino, manifiesto.

Comunistas, trotskistas y anarquistas obviamente se inscriben en la propuesta del enfrentamiento, aunque con matices importantes entre ellos. El triunfo de la revolución bolchevique en 1917 es el hecho que marca el ascenso acelerado o la creación de los par-

tidos comunistas en el mundo. En 1920 nace el PC chileno.

América Latina es un caso bien especial, y con características muy diferenciadas de país a país.

En Argentina, el Partido Socialista nace a imagen y semejanza de sus homónimos europeos, impulsado por los miles y miles de obreros, empleados e intelectuales inmigrantes del viejo mundo y particularmente de Italia. En la imagen caballerescas y distinguida del abogado Alfredo Palacios, su conductor durante décadas, y en su discurso serio, intelectual, teórico al extremo, ligado a la Internacional Socialista europea, se refleja el perfil de un partido que nace decadente, intentando reponer en Buenos Aires los mismos esquemas y programas vividos en Roma, Londres o París, cuando sus actores aún no emigraban a América Latina. Sin embargo, y tal vez por la composición misma de la inmigración, logra durante años ser el más importante representante de la clase obrera argentina. Se va desmoronando poco a poco, a pesar de ser uno de los partidos socialistas latinoamericanos más sólidos y coherentes en su interior, como una natural consecuencia del enriquecimiento personal de los inmigrantes y de su incapacidad para entender y captar a una clase popular argentina propiamente tal, que ya en la década del 40 comienza a liberarse y se organiza al margen de las tradicionales organizaciones obreras a las que el Partido Socialista Popular Argentino (PSPA) apuntaba. Así, el partido fue capturado por el movimiento justicialista, una extraña mezcla de fascismo corporativista y nacionalismo populista que, unido a las figuras carismáticas de Perón y Evita, termina por liquidar la existencia misma del socialismo europeizante de la Argentina. Yo fui muy amigo de Guillermo Estévez Boero, un socialista hecho a la antigua, de sólida formación marxista, pero democrática a la vez. Fue secretario general del Partido Socialista Popular Argentino y su permanente «sostenedor». Tenía una gran hacienda en la provincia de Buenos Aires, en la «pampa húmeda». Nos encontrábamos siempre en todos los eventos socialistas internacionales, de los cuales no se perdía uno y yo, cada vez que pasaba por Buenos Aires, lo visitaba. En la época de Allende venía a Chile, por lo menos una vez al mes. Fue el único diputado elegido por los socialistas, por Rosario. Nunca olvidaré los permanentes gestos de solidaridad que tuvo conmigo, como tampoco su figura atildada de gaucho ciudadano y

elegante. Un día le pregunté cómo hacía para financiar al PSPA; su respuesta fue simple: «Mirá, Erich, en el campo que tengo... las vacas se dan solas, es la gracia de la Pampa húmeda. Yo no hago nada. Con eso, financio el Partido y mis viajes...». Le encantaba nuestro gobierno con Allende, pero siempre me espetaba, «pero, che, ustedes son locos... con el Altamirano y los comunistas, el imperialismo los va a joder. Allende está loco... así no llega...».

Brasil es un crisol de organizaciones de carácter societario y gremial que en Río de Janeiro evolucionan hacia la socialdemocracia, creándose un importante Partido que, a pesar de los continuos y diversos avatares golpistas y dictatoriales, logra más que sobrevivir hasta el día de hoy. En Sao Paulo, en cambio, transformado paulatinamente en el gran estado industrial de Brasil, de la mano de los líderes sindicales y como instrumento de lucha de los trabajadores, surge un vigoroso partido socialista obrero, el PTB, influenciado teóricamente por las doctrinas de Marx y Engels, aunque afincado en la realidad de su país y en clara oposición a un fuerte Partido Comunista, que lo antecede en la historia y que no se aparta de la «obediencia debida» al Kremlin. En las figuras señeras de *Lula*, líder sindical paulista y conductor del PTB, y de Prestes Saldías, líder histórico del PC brasileño, están reflejadas las mejores virtudes y defectos de ambas organizaciones. Hoy en día *Lula* ha logrado, por fin, llegar a la Presidencia. Podría tener una enorme influencia en el desarrollo de una nueva izquierda reformista en América Latina. Entonces cobraría inusitada importancia el afianzamiento de una política progresista en Chile, la consolidación y aumento de los volúmenes de intercambio comercial con Europa y Asia y el surgimiento de nuevos liderazgos más jóvenes y menos comprometidos con la «mala fama», que le den aire a nuestra alicaída Argentina.

Perú es posiblemente el caso más excepcional de América Latina, y con mucho el mayor esfuerzo de creación de un socialismo original y propio. La fundación del APRA como movimiento y partido vernáculo del indio y del mestizaje, que recoge sus raíces, sus costumbres y su historia, para transformarlas en instrumento de su propia liberación, le dan una fuerza y un impulso que partido de izquierda alguno ha tenido en América Latina. Lamentablemente —en mi opinión—, desde su principal líder y fundador,

Raúl Haya de la Torre, hasta hoy; el APRA ha involucionado de la mano de la corrupción y el aburguesamiento hasta la pérdida total de su sentido originario. No son inocentes en el dramático curso de este partido socialista ni la derecha peruana ni la CIA norteamericana, curiosamente unidas, como lo estuvieron tantos años en Chile. En mis años de exilio en España, allá por el 82, tuve ocasión de departir con el entonces ahanderado del APRA, un joven y fachoso líder progresista; Alan García. Ya entonces no me gustó su tono pedante y jactancioso. Discutimos mucho acerca de la importancia que había tenido Salvador Allende para América Latina y de la conjura montada desde el gobierno de Nixon y la derecha chilena en su contra. Para el neófito García, Allende había caído sólo por sus errores. «¡Conjura, nada!», decía García, que se aprontaba a dar una pelea exitosa por el gobierno del Perú, con más que la aquiescencia, la ayuda de los Estados Unidos; sostenía que sería realmente el primer Presidente socialista democrático de América.

En el «cafelito» de uno de los intermedios de «El Diálogo de América», reunión que organizaba el Instituto de Cooperación Iberoamericano, en medio de una informal discusión, nos dijo: «Yo seré Presidente del Perú por mucho tiempo, porque no voy a cometer los errores de Allende, ni mi Partido caerá en el infantilismo revolucionario de los socialistas chilenos, dominados por la Unión Soviética». No, no cometió los errores de Allende cuando fue Presidente; cometió otros que sumieron a su patria en la corrupción y le pusieron una lápida al socialismo difícil de remover. Recuerdo que Alfonso Guerra, en ese entonces vicepresidente del gobierno español, me comentó algo así como... «este hombre no sabe de qué habla... tiene la soberbia y la jactancia de los ignorantes...».

El Partido Socialista chileno nace como un extraño e interesante híbrido con un fuerte contenido revolucionario, nacionalista y latinoamericano, que lo hace apartarse aparentemente de la clásica influencia europea del socialismo único y global, de Marx y Engels de la primera fundación y del reduccionismo proletario comunista.

Bien visto, aunque no nos satisfagan los efectos logrados, la URSS logra crear la más extraordinaria red de protección mundial

a sus intereses en la creación de partidos comunistas de nivel universal. Por eso, cuando muere el modelo soviético, los partidos comunistas del mundo se acaban o se transforman en algo totalmente diferente a lo que eran. Salvo en Chile, donde sigue igual, incluso con las mismas personas en la dirigencia y, como el amputado, sintiendo las vibraciones y las nostalgias del miembro que le quitaron: su corazón moscovita. Pero ¡ojol!, ya comienzan a surgir, sobre todo entre los estudiantes, jóvenes de pelo largo, con pinta ¡bacán!, como dicen las lolas de hoy, que se ganan la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, e incluso la de la Universidad Católica o los centros de estudiantes más clásicos de la «U», como Derecho, que tienen otro estilo. O como una joven pareja de médicos veterinarios, que viven y trabajan en la modesta comuna agraria de Puchuncaví, al norte de Valparaíso, y que, siendo comunistas, y él hijo de comunista, se ríen de los viejos tiempos. Él, jocosamente, me contaba que su papá «era de los comunistas que, cuando llovía en Moscú, salía con paraguas en Santiago». Estas son las nuevas generaciones que pueden cambiar totalmente al PC y transformarlo, como en Italia, en un atractivo movimiento de izquierda por un socialismo democrático, que despierte de su modorra al socialismo chileno. Hay algo que tienen nuestros comunistas criollos que nadie les ha podido negar: son consecuentes y practican una disciplina colectiva que es muy necesaria para avanzar en el progreso de la sociedad. Tal vez ahora, y sin un patrón externo a seguir, puedan cambiar y perfilar un objetivo más aterrizado, democrático y chileno ciento por ciento.

Tal vez cuando asuman nuevas generaciones, se convenzan en el PC que atacando permanentemente a los movimientos, partidos u organizaciones progresistas o a los gobiernos de la Concertación y a sus partidos en Chile, por ser «aliados encubiertos de los capitalistas explotadores», no le hacen ningún favor a la democracia, ni menos a los trabajadores por cuya justicia e igualdad pretenden luchar.

Tratar de monopolizar la representación de la justicia social es fatalmente excluir a una gran mayoría de personas que también la ambicionan y necesitan. No son exclusivamente los «proletarios» los que sufren, ni tampoco es la gran burguesía la única que con su aporte construye el progreso de la sociedad. Por el contrario, en

nuestro país ayudan a la derecha más dura a crear inseguridad; contribuyen a la incredulidad que la UDI fomenta, en los momentos de crisis, sobre nuestra capacidad de país para salir adelante.

En todo caso, en el Partido Socialista chileno comienzan a aparecer algunos jóvenes valores que pueden renovar verdaderamente a su Partido, incluso un par de ellos han sido elegidos diputados recientemente. El problema es que el recambio generacional no es una política del socialismo chileno, sino más bien una cuestión accidental. Las viejas estructuras y personas siguen vigentes, con la única diferencia que hoy están repartidas en parcelas muy claramente acotadas de influencia y poder, en las que finalmente «los caciques» o jefes de tendencia se ponen de acuerdo y gobiernan el Partido y se reparten la mayor parte de lo que a él le toca... en lo que sea. Hoy aparecen muertas o desvanecidas las vibrantes organizaciones de base; los núcleos por actividad están literalmente desaparecidos y los comités seccionales sólo existen para hacer posible la manipulación electoral, tanto interna como externa.

El eco de la derecha

El pensamiento corporativista se va decantando, y hacia 1934, siempre al amparo intelectual de la revista *Estudios*, se acerca cada vez más al modelo fascista europeo, planteando una completa descalificación de los partidos políticos tradicionales y del orden económico y político imperante. Se hacen eco de este pensamiento los principales dirigentes y organizaciones de carácter patronal, generándose varios grupos, facciones y partidos. Son generalmente grupos o personalidades descolgados de la derecha, especialmente del Partido Conservador, aunque también de liberales y radicales.

Los militares, que desde la Independencia han tenido una activa participación en política, se sienten atraídos por las nuevas doctrinas, que en gran medida enlazan con la enseñanza militar, de nítido origen prusiano. Para éstos el poder debe ser concentrado, fuerte, y su ejercicio, vertical, lo que cuadra con el modelo de un Estado subsidiario, pero lleno de atribuciones. El repudio a la política y los políticos les es común. La disciplina como valor esencial y la preocupación social como base de la paz interna tienen asimismo un papel preponderante en las nuevas organizaciones.

Así surgen movimientos como el que dirige Jorge González von Marées, quien llega al parlamento (luego fue desaforado y expulsado de la Cámara de Diputados en un confuso incidente, por ingresar armado a ella); la Acción Nacionalista de Chile, liderada por el general (r) Francisco Javier Díaz Valderrama; más adelante, ya incursionando en la década del 40, el Movimiento Nacionalista de Chile del general Ariosto Herrera, que había intentado derrocar al recién elegido Presidente de Chile, don Pedro Aguirre

Cerda; y la Unión Nacionalista de Juan Gómez Millas, un intelectual de tendencia fascista que luego llegará a ser rector de la Universidad de Chile, de clara cercanía con el general Carlos Ibáñez del Campo, y connotado complotador.

La verdad es que las ideas corporativistas se infiltran en la mayoría de los partidos políticos de la época, excepto en socialistas y comunistas, al extremo que el Partido Conservador llega a proponer la sustitución del Senado por una cámara corporativa que diera representación a los gremios empresariales, idea que despertó simpatías en el propio Partido Radical.

El corporativismo se extiende a todos los ámbitos, pero se expresa fundamentalmente en la Unión Republicana, que nace en octubre de 1932 y es el primer partido corporativista que existió en Chile y que llegó a tener representación parlamentaria y una militancia de varios miles de adherentes. El mismo año surge la Milicia Republicana, que pretende ser un importante cuerpo armado y que llega a tener, según cuentan historiadores y sociólogos de diferente orientación política, así como las crónicas de la época, 50 mil milicianos, esto es, más que todas las FFAA. y Carabineros juntos de ese entonces. En 1934 nace, con un programa absolutamente corporativista, la Confederación de la Producción y el Comercio, que reúne a la Sociedad de Fomento Fabril (Sofofa), la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA), la Cámara de Comercio de Chile y la Sociedad Nacional de Minería (Sonami). La preside Jaime Larraín García-Moreno, destacado dirigente conservador (su hermano José era oficial de la Milicia Republicana).

La Unión Republicana es el asiento ideológico de las ideas corporativistas que luego derivarán, al influjo de Mussolini y Oliveira de Salazar, hacia un fascismo de claro corte populista y empresarial a la vez. La mayoría de sus integrantes venía de sectores socioeconómicos altos, pero no de los grandes terratenientes, sino industriales o grandes comerciantes. Su primer presidente fue Adolfo Ibáñez Boggiana, un hombre riquísimo, ligado fuertemente al comercio y las finanzas; su primer secretario general fue Ramón Montero Rodríguez, ingeniero y ligado a la Sofofa. Bajo esta conducción la Unión Republicana toma contacto con los partidos de derecha, especialmente el Conservador, y con los militares. No se puede afirmar enfáticamente, pero sí es muy probable que hayan

sido los que impulsaron la creación de la Milicia Republicana.

En un comienzo, el programa social de la Unión Republicana trataba de representar a los empresarios la necesidad de mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, y así evitar el triunfo del comunismo. Cumpliendo este papel, dos destacados miembros de la Unión Republicana, Luis Matte Larraín y Francisco Petrinovic daban inéditos beneficios en sus empresas: en la Papelera, de Matte, se daba asignación familiar a los empleados, y en el fundo de Petrinovic se establecieron escuelas para dar educación a los inquilinos. También expresaban un marcado interés por mejorar la salud pública, a través de otro de sus destacados simpatizantes, el doctor Luis Calvo Mackenna. Proponían eliminar los casinos de juego, cerrar la mayoría de los cabarets y lugares de ocio y esparcimiento que pudieran ser símbolos de vida fácil. Repudiaban la lucha de clases y propiciaban la formación de una sola clase de productores, que terminara con el «ciego egoísmo patronal» y la «incomprensión de los asalariados». En el plano económico, la Unión Republicana proponía el trabajo obligatorio, la colonización colectiva de las tierras fiscales inexplotadas, el incremento de la producción, el aumento de sueldos y jornales, la creación del Consejo Nacional de Economía y la estrecha colaboración con la Confederación de la Producción y el Comercio.

En el campo político estos corporativistas le exigían una verdadera responsabilidad cívica a los ciudadanos, rechazando de plano el voto universal, donde «lo mismo vale un ignorante o un sinvergüenza que un distinguido empresario o profesional», reemplazándolo por una nueva versión del voto censitario: «el voto plural», que debería tener en cuenta la cultura del votante, su estado civil y su interés por la sociedad.

Cuando surgió la milicia republicana, con una presentación multitudinaria, la Unión no ahorró elogios para referirse a sus integrantes, y a su vocación patriótica.

De este modo, comienzan a imperar las ideas más antiliberales en la intelectualidad y la clase política chilena, salvo socialistas y comunistas, que además no son considerados actores de la política para ningún efecto y que más bien viven en un constante aislamiento y persecución. Como lo señala Gonzalo Catalán en su análisis de la revista *Estudios*: «Lo mismo (que la revista señalada),

pero de manera más visible, se expresará en la proliferación de movimientos, organizaciones e incluso fracciones de los mismos partidos de la derecha que con diversos matices y modulaciones proclamarán la caducidad del sistema democrático y su sustitución por fórmulas autoritarias; y, en lo que constituye un hecho sumamente revelador, la presencia y actividad que comienzan a tener las agrupaciones gremiales patronales, las que, asumiendo un rol cada vez más político, se pliegan e impulsan tempranamente esta ofensiva antidemocrática. Todo aquí señala, pues, un relativo distanciamiento de los grupos sociales dominantes con respecto a las ideologías y a los partidos que tradicionalmente los representaban y su búsqueda de nuevas expresiones doctrinarias orgánicas a través de las cuales ir implementando esa opción autoritaria para salvar así un liderazgo social en discusión».

Poco a poco, junto con infiltrarse en los partidos de derecha y de alejarse hasta la enemistad con los liberales, liderados por Arturo Alessandri Palma, se van acercando cada vez con más simpatía a los movimientos fascistas europeos.

La influencia del corporativismo es tan grande desde el punto de vista ideológico, que en la propia Convención Liberal de mayo de 1934, Agustín Edwards llega a sostener que el «sufragio universal ha fracasado», y que apoya la idea de educar al ciudadano para el futuro régimen corporativo.

En realidad el corporativismo expresa la pretensión activa de los grandes empresarios agrupados en gremios y de los militares, que no han dejado de participar en política a todo lo largo de la historia de este país. Y si uno lo examina con detención y la objetividad que sea posible (no digo que yo la tenga toda), se puede tener la impresión de que estos afanes políticos hegemónicos de las décadas del 30 al 40 se repiten con características similares en el «gremialismo» de Jaime Guzmán, que trata de tener su expresión más concreta en el ejercicio del poder a través del gobierno dictatorial de Pinochet, y que hoy aparece claramente representado por un partido como la UDI. Como en los tiempos pasados, están el repudio a la política y a los políticos, el apoyo irrestricto de los principales gremios empresariales y sectores importantes de la curia. Ambos fenómenos políticos parecen tener en común la utilización del partido como instrumento para defender ciertos

intereses y detentar el poder, pero donde en realidad quienes llevan la voz cantante son los que están detrás, dando su respaldo económico y social. Es lo que alguna vez se bautizó como «los poderes fácticos», una frase cuya duración en el tiempo demuestra lo acertada que resulta.

Durante el gobierno de Arturo Alessandri, las Milicias Republicanas vivieron un período de esplendor: manifiestamente, el nuevo Presidente les dio su bendición, entregándoles armas más sofisticadas y vinculándolas con el cuerpo de Carabineros. El apoyo presidencial quedó de manifiesto en mayo de 1933, cuando las Milicias desfilaron frente a La Moneda, rindiendo los honores al Presidente, todo su gabinete y los presidentes de la Cámara y el Senado, que se ubicaron en los balcones del palacio de gobierno. En la oportunidad, desfilaron alrededor de 15 mil milicianos (más personal que el que desfilaba en la parada militar de la época), con escuadrones en motocicleta, cuadro de caballería y escuadrilla aérea. Por cierto, el desfile levantó las críticas del Ejército, los partidos de izquierda y parte del radicalismo. A raíz del hecho renunció el ministro del Interior, de militancia radical. Finalmente, y cuando se sintió más seguro de controlar el orden del país y también de tener bajo control al Ejército (al que depuró de elementos ibañistas), Alessandri solicitó a las Milicias que se disolvieran y entregaran las armas, a lo que éstas accedieron. Sin embargo, en 1937 todavía persistían las disputas por la entrega de las armas, que no se consideró cumplida en su totalidad durante un largo tiempo (se decía que algunas de esas armas habían pasado a un nuevo grupo paramilitar, la Legión Cívica de Chile).

Un porcentaje importante de los ex milicianos concurrió a la formación de un nuevo referente político: la Acción Nacional, creada en octubre de 1936 por un grupo de unas 800 personas. El ex comandante de la milicia Eulogio Sánchez fue nombrado presidente del nuevo grupo. El programa político de Acción Nacional se oponía claramente al «régimen liberal egoísta», al «fascismo tiránico» y al «comunismo bárbaro», y propiciaba en cambio la instauración de un modelo francamente autoritario, rechazando el parlamento, la lucha de clases y el sufragio universal.

Pese a que la Unión Republicana tenía un carácter más cívico, la concordancia de posiciones con Acción Nacional era alta, de

modo que ambas organizaciones se fusionaron poco después: en diciembre de 1936, creando la Acción Republicana. En las elecciones parlamentarias de 1937, el nuevo partido logró elegir dos diputados: Benjamín Claro y Carlos Ribbeck.

Después de las elecciones de 1938, y habiendo apoyado al candidato de la derecha, para evitar el triunfo del Frente Popular, Acción Republicana se disolvió.

Un grupo de los ex milicianos, nunca resignados con la disolución de la Milicia Republicana, concurreció casi una década después, en 1946, a la fundación de la Acción Chilena Anticomunista (ACHA), que se declaraba dispuesta a enfrentar por las armas al PC. En esta ocasión, los corporativistas se unieron a personas provenientes de los más diversos sectores, incluidos oficiales en retiro, radicales, ihañistas, conservadores, socialdemócratas, nacionalistas y socialistas.

Pese al escaso éxito electoral que tuvieron las ideas corporativistas en este período, su modelo de gobierno autoritario, impulsor del orden, con un Estado de tipo subsidiario, y su alta valoración del trabajo empresarial calaron hondo en el pensamiento de la derecha tradicional, que ha vuelto a las mismas ideas en distintas épocas. El ideario ha sido recogido por diversos referentes a lo largo del tiempo en nuestro país, y connotados dirigentes de derecha no lo abandonaron nunca, como el ex presidente de Renovación Nacional, Sergio Onofre Jarpa. Pero la culminación de esta particular manera de pensar de un importante sector de la derecha chilena, se dio con el régimen dictatorial de Pinochet y la encabezó Jaime Guzmán, consejero áurico del capitán general, aunque no sin oposiciones y tropiezos.

Por cierto, el de la UDI hoy es un discurso muy parecido al del corporativismo: líder autoritario y carismático; dirigencia homogénea, disciplina social y política; organización partidaria vertical y sin apelaciones «demagógicas» a la votación universal; ligazón partidaria y dirigencial con los líderes de la gran empresa y con los sectores castrenses, con los que tiene una evidente relación. Esto quedó demostrado con la designación del almirante Jorge Arancibia como candidato a senador por la Quinta Región de Valparaíso, cuando aún ejercía la comandancia en jefe de la Armada y ya estaba en la nómina de militantes de la UDI. Designación que tu-

vo por objeto desplazar al candidato de Renovación Nacional, Sebastián Piñera. Lo que efectivamente sucedió. Descubierta la trama, el almirante renunció con días de anticipación a su alto cargo y luego fue elegido senador de la República por la Unión Demócrata Independiente, calidad con la que ejerce el cargo actualmente; la obligación constitucional de no ser deliberante y abstenerse de actuar en política activa, fue violada pero, por supuesto, no pasó nada, absolutamente nada. Despliega también la UDI una fuerte política de penetración y desarrollo en los sectores poblacionales, al más puro estilo populista. A eso se agrega un discurso económico que, salvadas las épocas, apunta en la misma dirección del corporativismo-fascismo.

Amor en tiempos de Don Tinto

El Partido Socialista nació a la vida con una declaración de principios dirigida a «los trabajadores manuales e intelectuales», que apunta a un sector bastante más amplio que el proletariado (sujeto único hasta entonces de comunistas, trotskistas y anarquistas) y hacia una clase media de pequeños comerciantes, industriales, profesionales e intelectuales que comienza a surgir, lo que marca ya una sustancial diferencia con el Partido Comunista; diferencia que se agranda al reconocer (en común con aquél) en el marxismo su sustento ideológico, «pero enriquecido y rectificado por el constante devenir histórico».

Son, a mi juicio, estas dos observaciones las que le otorgan al PS chileno el privilegio de situarse a la vanguardia de las ideas progresistas y revolucionarias de la época y, con una extraordinaria visión de futuro, le permiten revelar su carácter humanista y democrático en la década del 40, especialmente destacados como los principios fundamentales del socialismo chileno en el «Programa y Principios» de 1947, bajo la inspiración y dirección de Eugenio González Rojas. De ese modo, marca una profunda separación de los partidos comunistas, para los cuales estas frases constituyen una desviación y una herejía doctrinaria, y una prueba más de que el Partido Socialista es un «emboscado de la burguesía» y «gancho del imperialismo americano», como lo proclamaba el PC constantemente. La distancia entre ambos partidos se agranda a propósito del apoyo que el PC chileno le brinda al Pacto de No Agresión y Reparto de Polonia, entre la URSS de Stalin y la Alemania de Hitler (Pacto Molotov-Von Ribbentrop).

Mis primeras armas políticas las desarrollé de niño. Hoy, con mis hijos menores de entre 5 y 10 años, me cuesta tener una explicación para mi temprana pasión. Eran los años de la guerra civil española, y yo me peleaba en el Liceo Eduardo de la Barra de Valparaíso, donde cursé mis primeros años de preparatoria, por el bando de «los leales», esto es, los «republicanos» o los «rojos», según quien lo quiera expresar. Mi hermano Enrique —le decimos Ique—, cuatro años mayor que yo, luchaba conmigo y, asumiendo el bando de los franquistas para hacerme rabiar, me instaba a la rendición. Y yo, machacado, vencido, con tremendas ganas de llorar... ¡no me rendía!... porque los leales no se rinden. Cuando por casualidad lograba agarrarlo del cuello y usar mis brazos como tenazas, a mi exigencia de vencedor, Ique gritaba rápidamente: «¡Me rindo, me rindo, vivan los leales!». Menos tozudo, evitaba las golpizas que yo me ganaba por no rendirme... y el juego recommienza, claro que esta vez conmigo de perdedor y él nuevamente en el bando franquista.

Mi tío Oscar copa, con su convincente oratoria y su extraordinaria inteligencia, todo el espectro del socialismo, e incluso de la izquierda chilena. Y no es que lo diga yo, que a la sazón tenía una corta edad como para poder hacer afirmaciones de este calibre. Es el mensaje que he recibido permanentemente, hasta el día de hoy, de cientos de personas que sí pudieron apreciarlo.

En esos tiempos, previos a que don Pedro Aguirre Cerda asumiera la Presidencia de Chile, los personajes que más sonaban en mi casa eran Gustavo Ross Santamaría, candidato a Presidente de la República por la derecha; el mismo don Pedro, que era el candidato del Frente Popular, integrado por radicales, socialistas y comunistas; Carlos Ibáñez del Campo y mi tío Oscar. Mucho tiempo después me enteraré de la historia mundial de los frentes populares y de la fuerza que en su creación pusieron la Unión Soviética y la organización mundial de los partidos comunistas, el Comintern.

Mi madre era inspectora general del Liceo N° 2 de Niñas de Valparaíso y habitualmente su directora, porque la titular, una señora Brandau de Ross, estaba muy enferma. Mi padre, que al parecer ha tenido años muy malos, comienza a trabajar en la Compañía de Muelles de la Población Vergara, una de las navieras

importantes de la época. Nuestra suerte comienza a cambiar, y de una residencial en la calle Freire donde apretujados en tres piezas vivíamos mis padres, los cuatro hermanos (por edades: la Mari, Ique, la Nana y yo) y la persona que más me ha querido en mi vida, la Fufi (Eufemia), mi abuelita materna, pasamos a una casa espaciosa y buena en el corazón de Cerro Alegre.

Nuestra vida da un vuelco increíble, o por lo menos la mía. Perdí de vista a la vieja pandilla de la calle Freire, que integraban mis amigos Kanasawa (era el «jefe», y después supimos que también era hijo de un almirante japonés que hacía de masajista y compositor en la Escuela Naval, pero en realidad era un espía del gobierno de su país), Del Hierro, los hermanos *Chiruco* y *Iatarita* Morandé, y Fernando Olalla. Sólo este último se ha conservado en la amistad y la presencia. Cada cierto tiempo nos reencontramos y es como si nunca hubiéramos dejado de vernos. Por extraña coincidencia, con Fernando, con el que habíamos estado juntos en la preparatoria en Valparaíso, nos volvimos a juntar en las humanidades en Santiago, en Ñuñoa, en el Liceo Manuel de Salas. Lo mismo me sucedió con Lohengrin Coronel, compañero de curso en las preparatorias del Eduardo de la Barra en Valparaíso, hasta encontrarnos nuevamente en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, donde junto a Washington Domb y Osvaldo Scherer formábamos un grupo inseparable. Mi amigo Lohengrin, alumno brillante de tres coloradas en todos los ramos, es hoy un gran abogado y original escritor; cada cierto tiempo nos vemos o hablamos por teléfono, sobre todo cada vez que publica. Hijo de un gran profesor y poeta ecuatoriano, don Rafael Coronel, amigo querido de mis padres, heredó su talento.

De la pandilla de la calle Freire pasé a integrarme al New Crusaders, uno de los clubes más populares de Valparaíso, aunque esto de popular no hay que tomarlo tan literalmente. Éramos exactamente vecinos. Los domingos en la mañana yo me ponía mi equipo de básquetbol, una bata y una toalla, y partía al New, a ver si me ponían en algún equipo infantil. Luego me incorporé a los equipos de natación. En la semana, por las tardes, después del Liceo me iba al New a ver cómo jugaban billar los mayores, o los que yo creía mayores: Mc Donald, que era nuestro director de básquetbol; Irigoyen, que debe haber sido de la edad de Ique, que era

muy bueno para el básquetbol y con el que siempre embromábamos a mi hermana Nana, porque parece que le gustaba; y el *Bolita* Mahn, que luego fue seleccionado chileno de básquetbol y con el que un día, en pleno juego, mi hermano tuvo un altercado y recibió un gancho de izquierda que casi lo tumba. Yo recuerdo que el incidente fue muy comentado, porque el *Bolita* Mahn era muy grande y mayor que Ique, y éste no se le había «achicado». Poco tiempo después, sobre todo cuando al básquetbol del Club comenzaron a llegar «refuerzos», como Bontá o Ledesma, que venían de Iquique, porque el New había crecido e incluso había salido campeón de Valparaíso y de Chile, volvieron a ser muy amigos. Yo diría que, independientemente de nuestras edades, fuimos muy unidos los que sentíamos una especie de afecto fundacional por ese New Crusaders que fue en esos años algo tan nuestro, tan familiar, tan sano. También estaba el *Loco* Mahn, primo del *Bolita*, y al que habían bautizado así por su costumbre de tirarse por la calle Montt, desde la avenida Alemania hasta el Colegio Alemán, en bicicleta y sin freno, tomando una velocidad endiablada. Yo no recuerdo que haya pasado nunca nada. Pero a veces, cuando estábamos jugando una pichanga en la cancha del New, sentíamos los gritos de algún conocido: «¡Asómense... que viene el *Loco*...!» y como fuera lo veíamos pasar como un celaje, con las piernas abiertas y tiesas sobre la bicicleta, causando el espanto de los vecinos de nuestra calle. Cuando llegaba al Colegio Alemán era aclamado por sus condiscípulos, porque allí estudiaba el *Loco*.

Distinta fue también mi vida sentimental. Yo he sido enamorado desde pequeño. Cuando inicié mis estudios formales, donde doña Ana Yesuf, en la calle Freire, frente a la residencial en que vivíamos, me «enamoré» perdidamente de una compañera, Norita Salcedo. Me gustó mucho durante un par de años, aunque creo que ella no lo supo nunca. Luego, en Antofagasta, me enamoré de una compañera de curso de mi hermana Adriana, la Elsa Figueroa Aguirre, pero para la época ¡tenía un año más que yo!: era un idilio imposible; teníamos algo así como 9 y 10 años respectivamente. Tiempo después, ambos cercanos a los 50, nos encontramos en Madrid. Ella estaba exiliada y atendía como dentista muy cerca de Leganés, donde yo trabajaba y vivía. Fue la primera y última vez que hablamos del tema. Ella me confesó que también yo le gustaba

mucho en esa época, pero que no se atrevía a hacer ninguna demostración, porque «tú eras hijo de la señora Marina, mi directora, y yo le tenía terror...». Confieso que esta declaración me produjo una tremenda desazón retroactiva. «¡No haberlo sabido!», dije para mis adentros.

Mi infancia transcurrió en esa época del barrio, del coloquio vecinal, de la matiné, de ir a tomar «onces» como gran acontecimiento, acompañado de mi madre, al café Riquet, en la plaza Aníbal Pinto; de comprarse, camino al Lico Eduardo de la Barra, los maravillosos «guatones» (caramelos de cbancaca) de «a dos por cinco»; de empezar a masturbarse, encerrado en el baño viendo alguna revista de actrices de moda o una «monita» sugestiva, de esas que venían en las cajetillas de cigarrillos Ideales, hasta que un grito estentóreo de mi padre me sacaba de tan grata como natural forma de meditar.

En ese tiempo el Partido Socialista está en las calles, en los barrios, en las fábricas, en las universidades; es una presencia yo diría inmanente. Su organización tiende a ser piramidal. El secretario general concentra el poder total, con una especie de consejo que es el Comité Central; luego vienen los secretarios regionales y su Comité Regional, para finalmente llegar a los secretarios comunales y el secretariado comunal. Integrados a la comuna están los núcleos, célula básica del Partido, a cuya formación se llegaba por afinidad, por domicilio o por actividad. A veces un núcleo podía tener más fuerza que su Comunal, su Regional e incluso que el Comité Central mismo.

Recuerdo el núcleo Carlos Marx, donde militaban los principales dirigentes del Partido a partir de 1950, sobre todo los más influyentes y los más dotados de ideología marxista (lo que era muy importante, especialmente si se manejaba el difícil «idioma del socialismo científico y sus complejidades dialécticas»); generalmente lo presidía Clodomiro Almeyda. Ahora, yo no sé si la fama de teórico del marxismo la agarró *Cloro*, como cariñosamente le decíamos, porque efectivamente profundizó en el materialismo histórico, o por lo enredado que era para las explicaciones, especialmente cuando éstas las daba después de las comidas. Tuvo bruscos cambios de estrategia política, que afectaban a la doctrina misma. De una admiración irrestricta al humanismo socialista

rescatado por Eugenio González, que además teorizó y desarrolló, sin muchas consideraciones para con sus seguidores, se fue al «pekinismo», que era la negación misma del humanismo y del socialismo democrático, para regresar luego, en la época previa al gobierno de Salvador Allende, a un marxismo algo teñido de Lenin, pero profundamente anti estalinista. Almeyda fue uno de los grandes contradictores del Partido Comunista de Chile cuando éste amparó y justificó, en nombre de los intereses de los trabajadores, el aplastamiento de los brotes de democracia en Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria. Con él saludamos emocionados la Primavera de Praga e hicimos de Dubcheck uno de los héroes de la lucha del socialismo por la libertad y la democracia. Durante el gobierno de la UP, desde el Ministerio de Relaciones Exteriores, osciló entre un socialismo democrático, con clara influencia política liberal, en un gran entendimiento con Allende, y el extremismo revolucionario de Carlos Altamirano y los miembros de la Comisión Política que en mayor o menor grado lo seguían, yo entre ellos, por supuesto. Y también con algún toque de complacencia hacia sus amigos *elenos* (de ELN: Ejército de Liberación Nacional), como Rolando Calderón, Arnoldo Camú, Ponce, Carlos Lorca, o el joven estudiante Ricardo Lagos de Chillán, que nada tiene que ver con el Lagos Presidente, en esa época militante radical.

Almeyda, después del golpe de 1973, adhirió de manera irrestricta y con pasión al leninismo, se exilió en la República Democrática Alemana y terminó justificando la invasión soviética de Afganistán y la entrada de los tanques rusos en Budapest. En la política chilena de los años 80, estuvo más cerca —en un comienzo— de las posiciones del Partido Comunista, con quien integró a la fracción socialista que dirigía en el MDP (Movimiento Democrático Popular).

El fin de la década del 30 es una época de debate febril dentro de la derecha, que trata de unificarse en torno a Gustavo Ross Santamaría; de una derecha que ha recuperado al Partido Liberal, aunque con algunas disidencias, y a la ya legendaria figura de don Arturo Alessandri Palma, Presidente de la República, pero a la que aún divide, o más bien le resta fuerzas, un arisco ex dictador, Carlos Ibáñez, a quien todavía siguen la derecha de corte fascista y un vago nacionalismo.

El centro político está formado por los radicales, partido eje de la política chilena de los diez años anteriores, que integra una clase media emergente y que mantiene una mayoría abrumadora entre los profesores, únicos profesionales organizados en la época. El Partido Radical tiene un gran respaldo en los gremios de empleados, y muestra una verdadera elite de profesionales tradicionales, como abogados y médicos. En su mayoría los radicales reconocen militancia en la masonería, y difícilmente los más altos grados de ésta, incluido su jefe, dejarán de ser radicales. El candidato a Presidente de la República es un activo «correligionario», como se llaman entre ellos, Pedro Aguirre Cerda, *Don Tinto*, así le dicen cariñosamente, tanto por su faz morena, cuanto porque su familia es la dueña de la Viña Conchalí, que queda a las puertas de la capital, hoy en la comuna de Huechuraba. Ya en ese entonces, los radicales comenzarán a ejercitarse en la «marcha de la caballería ligera» para trasladarse de un extremo a otro en la política, coqueteando o peleando alternativamente con socialistas y comunistas, luego de haber dejado la gastada compañía de los liberales y la agitada vida del corporativismo.

En esta época los socialistas muestran una creciente musculatura y organización, y han combatido y combaten en la calle al fascismo criollo de González von Marées.

El Partido Socialista se autoproclama revolucionario, de izquierda, latinoamericanista y de clara tendencia militarista. Incluso usa uniformes para sus milicias populares. Aunque estas milicias son un frente del partido, todos desfilan con ellas, y así vemos en los grandes actos de masas a Marmaduke Grove, a Oscar Schnake o a Salvador Allende con la clásica camisa gris, el correaje cruzado, el cinturón grueso de cuero con una hebilla que sirve de arma defensiva y el clásico gorro miliciano; incluso los niños, yo por supuesto entre ellos, forman las brigadas infantiles, que también desfilan y se sienten revolucionarios. Las mujeres del Partido no son menos: camisa blanca, corbata roja y falda azul marino.

En enero de 1936, en su Tercer Congreso General Ordinario, el Partido Socialista de Chile proclama a su líder, Marmaduke Grove, como candidato a la Presidencia de la República. A pesar del manifiesto predominio electoral de los socialistas, una vez más, como ya había sucedido en junio del 32, los comunistas se levantan

como adversarios que descalifican al socialismo por «oportunistas, demagogos y reformistas pequeño burgueses».

Pese a las profundas diferencias, los comunistas habían propuesto la fundación de un Frente Popular a los socialistas y radicales, siguiendo el ejemplo de los ya existentes en Francia y España, y las precisas instrucciones de la Internacional Comunista. En abril de 1935 los secretarios generales de ambos partidos intercambiaron mensajes sobre este tema; mientras el PC propone el Frente Popular, los socialistas le recuerdan su «orientación dogmática y sectaria, que sigue instrucciones de internacionales foráneas», y proponen a su vez la formación de una Internacional Latinoamericana. A través de Carlos Contreras Labarca, el secretario general del PC, la réplica no se hace esperar, y acusan al PS de mantener «una política suicida al estar solos contra el mundo y aceptar en sus filas a contrarrevolucionarios trotskistas», en clara alusión a Natalio Bermann, Manuel Hidalgo y Oscar Waiss, recién escindidos de sus filas e incorporados al PS.

Estaba claro que los socialistas no veían con buenos ojos la existencia de un Frente Popular ideado por los soviéticos. El secretario general del PS, Oscar Schnake, opinaba en 1935 que no les interesaba «participar en combinaciones híbridas de gobierno», prefiriendo «una política revolucionaria propia para nuestro país, con el impulso combativo de la organización política y sindical de los trabajadores y sectores de clase media».

Schnake no desconocía, sin embargo, las distintas posiciones que existían en el seno de su partido, así como el contexto histórico de la década del 30. Por lo mismo, declarará más tarde que el Frente Popular «no depende tanto de nuestra voluntad como de los acontecimientos políticos que en un instante determinado lo barán aparecer a los ojos de las masas como un instrumento imprescindible de salvación».

Los socialistas acercan posiciones con el PC a través de la creación del block de izquierda y del Frente unico de Trabajadores, iniciativas ambas del PS. Así, paulatinamente, se va creando un ambiente propicio para la unidad tanto con los comunistas como con los radicales, a quienes se logra aislar del alessandrismo, con quien han gobernado hasta entonces. En un manifiesto cambio de política, Schnake expresa: «El Frente Popular no lo hemos rechazado

jamás, pues su base es la unión de los partidos obreros clasistas con los partidos de clase media para defender las conquistas democráticas amagadas hoy por la reacción. Los grandes anhelos de las masas de un pueblo oprimido pueden realizarse sólo en instantes propicios, y era eso lo que el Partido Socialista esperaba. Ahora creemos que el instante en que el block ha propiciado ante el Partido Radical y el Partido Comunista —conjuntamente— la formación del Frente Popular ha sido propicio, y creemos que el Partido Radical ha salvado su responsabilidad histórica, pues también ha afrontado este hondo anhelo de las masas en época propicia».

Así es como el Partido Socialista asume oficialmente no sólo un cambio de táctica, sino también de su estrategia de desarrollo, inclinándose claramente por la vía reformista para el futuro gobierno, borrando todo extremismo demagógico u obcecación revolucionaria, y estableciendo en los programas sólo aquellos puntos que claramente podrán realizarse, como la socialización de las industrias en estado de monopolio y las de necesidad pública indiscutible. También establece con franqueza el respeto, el control y la protección a la actividad privada, especialmente de los sectores medios. Esto no significa no hablar más de revolución socialista, pero sí hacerlo sobre la base de un programa claro, que indique «qué se va a hacer y qué no se va a hacer».

Los datos estaban echados: en marzo de 1936, el PS, el PC y el PR firman la constitución del Frente Popular.

Sin embargo, la resistencia ante el Frente Popular se mantuvo en sectores del PS. Para dirigentes como Ricardo Latcham, César Godoy y Oscar Weiss (ex comunistas), sólo se trataba de un «bastón» para el alicaído Partido Radical, además de un triunfo de la burguesía por sobre el proletariado. En cambio postulaban una alianza entre las clases realmente necesitadas: obreros, campesinos y la mayor parte de la pequeña burguesía.

Según Weiss, el PS tenía la responsabilidad de «hacer comprender a los trabajadores e intelectuales revolucionarios que el Frente Popular no puede ser otra cosa que una alianza transitoria destinada a derrotar electoralmente a la reacción... y no puede ser más que esto, porque está compuesto por grupos tan heterogéneos que no pueden siquiera proponerse la realización de una lucha común por objetivos mayores». Para los detractores del Frente Popular, la

única solución era mantener la candidatura de Grove, quien —según Waiss— permitiría «mantener el centro de gravedad de la lucha en los cuadros de las organizaciones proletarias».

Schnake, por su parte, defendía el carácter instrumental del Frente Popular, al reconocer que «los socialistas no creemos que con el triunfo del Frente Popular, con la defensa de la Constitución y las leyes, con un gobierno de partidos frentistas, vayamos a hacer socialismo. ¡No! Pero creemos que la unión leal de los partidos y sindicatos obreros con los partidos y sindicatos de la clase media constituye un Frente Popular capaz de dar al pueblo lo que necesita con urgencia inmediata».

El epiflogo de las discrepancias llega con el Congreso General Extraordinario de 1938, cuando el PS retira la postulación de Grove y apoya al radical Pedro Aguirre Cerda, a pesar de que los socialistas eran la primera fuerza electoral. Grove asume como jefe y director de la campaña presidencial de Aguirre Cerda, mientras Schnake consolida su liderazgo en el partido, además de ver confirmados sus planteamientos con el triunfo del Frente Popular en las elecciones, por mayoría absoluta.

La alegría que sienten los estratos más pobres con el triunfo del Frente Popular es enorme. Miles de familias invaden literalmente el centro de Santiago y de las principales ciudades de provincia. En la plaza Victoria, de Valparaíso, junto a mis hermanos, a mis padres y a miles de personas, celebro alborozado el triunfo de don Pedro.

En este «modelo de democracia» que es Chile, por enésima vez se intenta desconocer la voluntad popular, con un nuevo alzamiento militar que cuenta con el apoyo corporativista. Ariosto Herrera subleva contra la Moneda a un regimiento e intima a rendición al Presidente recién elegido, don Pedro Aguirre. Desde sus centros de trabajo, miles de obreros municipales se movilizan para rodear e inmovilizar al regimiento rebelde. Es un ejército de anecdotario: premunidos de sus elementos de trabajo, hacen un ruido infernal, y sus destartalados camiones atravesados frente a las salidas del regimiento no dejan de imponer respeto y temor. Han partido a defender a su gobierno enviados por «su alcaldesa», la primera mujer alcalde de Santiago: Graciela Contreras de Schnake, la misma que, con gran escándalo de la derecha, creó las

ferias libres, para que el pueblo pudiera comprar barato. El golpe muere rápidamente.

El Partido Socialista participó activamente en el gobierno del Frente Popular, con varios ministros; entre otros, Salvador Allende, en la cartera de Salud, y Oscar Schnake, como ministro de Fomento. Sin embargo, el mismo Frente no duró mucho: se quiebra en diciembre del año 40, cuando el PS denuncia la incapacidad realizadora de su propio gobierno. En 1941 vendría la disolución definitiva.

En esa época, el PS da fe de su inclinación latinoamericanista, realizándose, bajo su patrocinio, el Primer Congreso de Partidos Democráticos y Populares de América Latina. En ese congreso, el hecho más trascendental es la formación del partido Acción Democrática de Venezuela, por Rómulo Betancourt.

El año 41, en el Séptimo Congreso Socialista, se elige como secretario general a Marmaduke Grove, y en las elecciones de marzo de ese año el PS obtiene una altísima votación. El mismo año, a fines de noviembre, muere Pedro Aguirre Cerda, y se realizan elecciones anticipadas, eligiéndose al radical Juan Antonio Ríos, apoyado además por socialistas y comunistas, además de una fracción del Partido Liberal. El PS había nombrado a Oscar Schnake como su candidato a la Presidencia, pero no obtuvo el respaldo de los comunistas, que se aliaron con los radicales.

A partir de ese momento comienza una época oscura para el PS, llena de divisiones y disputas entre sus líderes, que culmina con la casi desaparición del partido en las elecciones presidenciales de 1946. En 1942, en el Octavo Congreso, se habían enfrentado dos corrientes internas: la liderada por Schnake y Grove, por una parte, que plantean la participación en el gobierno de Ríos, y por la otra, la encabezada por Julio César Jobet y Raúl Ampuero (secretario general de la FJS [Federación Juvenil Socialista]), que plantean un anti colaboracionismo que restituya al PS a sus cauces revolucionarios. Se impuso la primera opción. En el Noveno Congreso, del año 43, vuelve a producirse el enfrentamiento, y se elige secretario general a Salvador Allende, quien logra el consenso de todas las corrientes. Sin embargo, Grove queda resentido; tanto es así que en el Cuarto Congreso Extraordinario (realizado en Valparaíso el mismo año 43) no sólo insiste en apoyar

al gobierno, sino que, además, empieza a sugerir la idea del partido único planteada ya por el PC. Grove termina marginándose del partido, y fundando el Partido Socialista Auténtico, que se extinguió en 1946, al ser absorbido por el PC. Su líder, Marmaduke Grove, terminó apoyando, en las elecciones de ese año, al candidato de los liberales, Fernando Alessandri.

El Décimo Congreso del PS (en 1944) sufre las consecuencias de esta división, y, empujado, el Partido elige como secretario general al ex secretario general de la CICH (Confederación de Trabajadores de Chile) Bernardo Ibáñez, que es reelegido en el Quinto Congreso Extraordinario, de 1945. En este mismo congreso se aprueba la línea del Frente del Pueblo, de independencia frente al gobierno. Sin embargo, los socialistas pasan por un período crítico, de inestabilidad y anarquía. Algunos dirigentes asumen ministerios con el vicepresidente Alfredo Duhalde; otros respetan la línea de independencia crítica frente al gobierno, y tratan de impulsar una política «conducente a coordinar las fuerzas socialistas», declarándose independientes de toda coalición o partido afín. Otros simplemente se marginan del quehacer político, como Oscar Schnake, que asume la embajada en México.

Este es el año en que yo ingresé a la Juventud del Partido, a los 15 años, y me correspondió trabajar activamente en la Feses (Federación de Estudiantes Secundarios de Santiago). En mi casa se lamentaba el alejamiento de mi tío Oscar; mi madre, desde el punto de vista político, porque lo consideraba importante para el Partido, y mi hermana Adriana, desde el punto de vista emocional, porque era su tío regalón. Que mi tío estuviera alejado no fue razón para que yo no ingresara formalmente al Partido: de todas maneras, ya me sentía un socialista de tomo y lomo desde mi más tierna infancia.

Los luctuosos sucesos en la plaza Bulnes, donde un mitin es reprimido violentamente, causando la muerte de ocho trabajadores (entre ellos la obrera Ramona Parra) provocan la caída del gabinete de Duhalde, y entre los que se retiran está el ministro de Obras Públicas, Eduardo Frei Montalva. Algunos socialistas permanecen en el gobierno. Sin embargo, la línea oficial del Partido es la del «camino propio», y el rechazo violento y profundo a las conductas de Duhalde.

Debido a la muerte de Juan Antonio Ríos, se convocó nuevamente a elecciones anticipadas, y el candidato radical fue esta vez Gabriel González Videla, apoyado por los comunistas. El PS resuelve presentar al ex dirigente sindical Bernardo Ibáñez, que obtuvo la votación más baja de la historia del PS: doce mil votos. Yo era un niño todavía, pero no olvido la penosa campaña electoral que hicimos; con diarios pintados en la casa y pegados con engrudo, también casero, intentábamos tener presencia; yo le robaba una vieja camioneta Ford a mi papá y aportaba movilización. Los «compañeros comunistas» no nos dejaban vivir tranquilos. Estudiaba entonces al comienzo de la campaña en el Liceo Manuel de Salas y después en el Instituto Nacional, cuando nos cambiamos a vivir al centro, a Amunátegui 340, a la casa que le daban a mi madre, recién nombrada directora del Liceo N° 1 de Niñas Javiera Carrera.

En lo estrictamente personal, era una época hermosa, de estudiante rebelde y agrandado. Enamorado hasta los huesos de una compañera de curso en el Manuel de Salas, la Yolanda Schwartz, idilio al que sus padres pusieron abrupto fin, porque «no era aceptable que su hija pololeara con un *goi*, más encima de ascendencia germana. No hay que olvidarse que estábamos recién en el término de la Segunda Guerra Mundial, caracterizada, entre otras cosas, por la feroz persecución nazi a los judíos. Para mí fue un drama; recuerdo que la llevaron en el verano de vacaciones a Puyehue y no la pude ver hasta mi época de vicepresidente de la Federación de Estudiantes de Chile, allá por el año 52. Ella era delegada y militaba en las Juventudes Comunistas. Entonces éramos unos espantosos sectarios y no hubo entendimiento posible. La volví a encontrar en 1972, en la sala de espera de Jaime Suárez, ministro Secretario General de Gobierno, ahora era activa dirigente del MIR y yo, diputado por Santiago. Algo sucedió en ese encuentro, no puedo precisarlo, tengo la sensación de que ambos sentíamos que había una asignatura pendiente que era necesario cursar. Había todo un círculo de emociones frustradas que queríamos cerrar. Sin decirnos mucho, quedamos de encontrarnos a cenar al día siguiente. Yolanda viajaba esa noche a Chillán en alguna misión política, pero regresaba de inmediato. Iba en automóvil con el *Mickey* un dirigente del MIR. Esa fue una noche de

angustiosa espera, tal vez de esperanzada espera. Las noticias de la radio, al día siguiente, muy temprano, me dejaron aturdido: «El *Mickey* y su acompañante, Yolanda Schwartz, dirigentes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, sufrieron un volcamiento cerca de Chillán, falleciendo ambos...» Aún hoy, al recordarlo, me causa angustia y desazón...

Gabriel González Videla obtuvo la primera mayoría relativa, lo cual le impuso la necesidad de negociar con los liberales su apoyo en el Congreso. Así fue como en el gabinete llegaron a convivir liberales, radicales y comunistas.

En el Undécimo Congreso Ordinario, de octubre de 1946, es elegido secretario general del Partido, en pugna con Bernardo Ibáñez y Juan Bautista Rosetti, Raúl Ampuero, y se plantea la necesidad de establecer un nuevo programa, lo que hará efectivo Eugenio González, en 1947. En noviembre de ese año, se realiza la Conferencia Nacional de Programa, donde se aprueba el redactado por González, que rescata el socialismo humanista y la democracia como finalidad. Al establecerse como objetivo del Partido el establecimiento de la República Democrática de Trabajadores, implícitamente se niega cualquier tipo de dictaduras, incluida la del proletariado. El PS se pronuncia por la participación nacional de todas las clases sociales, pero con especial énfasis en los trabajadores manuales e intelectuales, en la creciente clase media y en las mujeres.

Al año siguiente, el Partido Socialista pierde su nombre. En junio de ese año, un grupo disidente, que apoyó la «Ley de Defensa de la Democracia» dictada por González Videla, encabezado por el diputado Albino Barra Villalobos, que había sido expulsado del Partido, consiguió ser reconocido por el Registro Electoral como el Partido Socialista legal. En adelante, el partido histórico pasó a llamarse Partido Socialista Popular (PSP). El Partido había perdido el nombre, pero ganado en perfil.

La vida seguía su curso y yo comenzaba a husmear discretamente hacia el Liceo Javiera Carrera, donde se daban cita las más hermosas estudiantes secundarias. Ya preparaba mi ingreso a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile.

En enero del 47 tomé el tren al sur, a Ercilla. Iba de vacaciones a celebrar los cincuenta años de matrimonio de mis abuelos

paternos. En un departamento contiguo a la litera que yo ocupaba iba mi prima Hilda, hija del tío Carlos, abogado conservador (el único de la familia), estudiante de Derecho de la Universidad Católica. Si mal no recuerdo, acababa de ser elegida vicepresidente del Centro de Alumnos de Derecho. Yo era un modesto estudiante que aspiraba a entrar ese año a la Escuela de Derecho de la Chile y activo militante de la Juventud Socialista. No se cómo, fuera de toda lógica, ya en el tren surgió una recíproca simpatía entre los dos que, con el correr del verano, se transformó en mucho más que simple atracción. En un paseo que hicimos a las termas del Flaco, cerca de Tolhuaca, en la cima de un pequeño cerro que culminaba en nieve y que tenía una maravillosa vista a una laguna rodeada de araucarias, explotaron todas las ansias contenidas y empezamos a «pololear». Fue un verano maravilloso y un pololeo «clandestino». Era evidente que no sería mirado con buenos ojos por mis tíos que esperaban mejor destino para su hija regalona, hermosa y promitente estudiante de Derecho de la Católica. Pero la fuerza del amor puede más que todos los obstáculos familiares. Tres años y medio después, aún con la oposición de mis tíos que se la habían llevado a estudiar a Concepción para separarnos, nos casamos en Santiago y, como en los cuentos de hadas... fuimos felices y tuvimos tres maravillosos hijos.

Militante, brigadista, dirigente

Al ingresar a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, me incorporé al núcleo socialista de esa facultad, y llegué a ser vicepresidente de la Federación de Estudiantes de Chile, en compañía de radicales y comunistas.

Me tocan tiempos difíciles, de dura oposición al gobierno de Gabriel González Videla que, premunido de la «Ley de Defensa de la Democracia», no sólo margina al Partido Comunista de toda actividad cívica, sino que persigue, relega y encarcela a miles de trabajadores de todas las ideologías, en un intento por avasallar la organización sindical, ligada fundamentalmente a los partidos de izquierda. Y busca liquidar especialmente al Partido Comunista, su antiguo aliado, el que en boca de Neruda le cantara loas: «El pueblo te llama Gabriel...» era el inicio del poema con que el pueblo comunista recibía al candidato radical a la Presidencia. «El pueblo te llama traidor...» fue el poema con que Neruda lo despidió.

Son momentos muy difíciles para el socialismo chileno, que sufre el doble embate de la derecha y del PC, cuando éste aún participa del gobierno de González Videla. Yo era un militante de la juventud, y no olvido que para salir a pegar un modesto papel de propaganda, generalmente pintado en un periódico viejo, pegado con engrudo becho en casa con harina, salíamos con algún militante un poco más adulto que portaba un arma vieja para defendernos de las agresiones de nuestros «queridos» primos hermanos del PC. Yo generalmente salía a las pegadas nocturnas bajo la mirada protectora del *Rucio* Ocampo, Jorge Ocampo Barbieri, abogado y dirigente comunal del Partido. Para los que salíamos, el

Rucio Ocampo era un ídolo. Somos amigos desde entonces, y nunca ha dejado de ser socialista y atrevido, audaz, inteligente y mordaz, amén de ser un excelente abogado.

Yo creo sinceramente que el Partido Socialista se libró de ser demolido en esa época gracias a la conducción férrea impuesta por Raúl Ampuero, y a la mística que había logrado despertar en la militancia de un partido honesto y consecuente con su ideología.

Durante años se sucede en el PS una especie de «peloteo» en el que se traspasan el mando Raúl Ampuero y Aniceto Rodríguez; es la época del Partido Socialista Popular, del que se va Salvador Allende el 51, por el apoyo que se le da a la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez del Campo (emigró, junto a José Tóhá, al partido que tenía el nombre oficial, el Partido Socialista de Chile, donde estaban Albino Barra, Agustín Álvarez Villablanca, Armando Mallet y otros). A este dúo de socialistas puritanos que formaban Ampuero y Rodríguez, en todo el sentido de la palabra, se agrega Salomón Corbalán. Era un joven ingeniero químico proveniente de Concepción, de gran calidad humana y firmes convicciones, de un socialismo revolucionario pero profundamente humanista y democrático, poseedor de una inteligencia lógica muy semejante a la de Raúl Ampuero, de quien era discípulo aventajado, y con una capacidad organizativa y sentido de la disciplina que le hacían exclamar que él, a través de Raúl Ampuero, había heredado las cualidades para hacer Partido de Oscar Schnake y la capacidad para acercarse a la gente de Aniceto Rodríguez. Lamentablemente para el socialismo chileno, su vida duró muy poco: siendo secretario general del Partido y recién elegido senador por la sexta agrupación, un accidente automovilístico, cerca de San Fernando, truncó su valiosa existencia.

Los años que van entre 1946 y 1960 son el tiempo del Partido homogéneo, disciplinado, orgánico al máximo, de sólidos principios ideológicos socialistas, revolucionarios y humanistas; con un acendrado sabor nacionalista y latinoamericanista. En el que entendemos por revolución los cambios profundos, estructurales, capaces de modificar social, económica y culturalmente una sociedad, donde la violencia no es el elemento básico del cambio, aunque puede estar presente como consecuencia de la resistencia también violenta, que opongan los enemigos del progreso. Es el

Partido que marca a cada momento sus diferencias con el Partido Comunista y no deja jamás de criticar el totalitarismo de la Unión Soviética, encabezada por Stalin. Es la época en que muchos jóvenes volvemos a sentir fervor y mística por lo que nuestro Partido es y representa. Los dirigentes de entonces del PSP son Raúl Ampuero, Clodomiro Almeyda, Tomás Chadwick, Fernando Pizarro, Belarmino Elgueta, Oscar Waiss, Aniceto Rodríguez, Salomón Corbalán, Salvador Allende, Eugenio González, Felipe Herrera. No hay que olvidar, de esta misma época, a Carlos Altamirano Orrego, joven valor entonces, de quien luego hablaremos y situaremos en su creciente representatividad y trascendencia, a Julio Palestro, alcalde eterno de San Miguel, en aquel entonces comuna brava y numerosa, donde la izquierda, y especialmente el Partido Socialista, marcaba rumbos. San Miguel comprendía lo que es hoy, pero más pobre, el barrio del Matadero, y las comunas de Pedro Aguirre Cerda y Lo Espejo. Julio, de quien terminé siendo una especie de ahijado, es el fundador y jefe indubitado del clan Palestro que, además de él, integran sus hermanos Tito, que lo sucederá como alcalde, y Mario, el más popular y corajudo de los diputados socialistas, un verdadero ídolo popular.

Es Raúl Ampuero, si hacemos memoria y justicia, el que marca este período. Un verdadero asceta de la política y de la vida. Hasta su aspecto físico se identificaba con la inteligencia y la honradez. Carlos Ibáñez, en su período democrático de Presidente de la República, quería hacerlo contralor general de la República, para «tener a alguien absolutamente incorruptible, con el poder de vigilar y controlar el aparato del Estado y sus funcionarios». Eugenio González, desde su rectoría, se lamentaba «del magnífico profesor que la universidad se perdía, por esta manía de Raúl de dedicarse a la política».

Ampuero era una extraña mezcla de puritanismo ideológico y pragmatismo político. Tenía poco carisma en la masa: su oratoria culta, de una dialéctica perfecta, entrelazaba los principios con los hechos con una lógica aplastante. Pero para los militantes socialistas, no sólo tenía carisma, era un verdadero ídolo. El apoyo a la candidatura de Carlos Ibáñez, en 1951, fue una clara demostración de su pragmatismo político. Desde ese momento es que resurgió el socialismo y volvió a ser el gran actor de la izquierda

chilena, pero no significó, en absoluto, el abandono de los principios.

La primera gran crisis que debió enfrentar el PSP fue la designación de candidato presidencial en 1952. Después de años de obligado ostracismo impuesto por la «Ley de Defensa de la Democracia», el Partido Comunista tenía por fin la oportunidad de aparecer y mostrarse en plenitud en el debate nacional. Ni más ni menos que en una elección presidencial y cuando aún no estaba legalizado. En esa época yo era vicepresidente de la Federación de Estudiantes de Chile, virtualmente presidente, pues el elegido, Germán Urzúa, radical, pasó prácticamente la mayor parte de su mandato entre Budapest, Bucarest y Moscú, en la feria de festivales de la paz, de la juventud, de esto y de lo otro, que organizaban los partidos comunistas desde la URRSS y de los cuales se regresaba habitualmente convertido a la nueva religión. Mi amigo de entonces, Germán Urzúa, los recorrió todos, pero... regresó igualmente radical. El secretario general de la FECH, Laureano León, que hizo el mismo periplo, no registró cambios a su vuelta en su disciplinada militancia PC. Yo no sé qué me habría sucedido si hubiera aceptado la invitación que también se me hizo. Como disciplinado militante PSP, pedí permiso. Confieso que me moría de ganas de ir, ya que a esas alturas estaba claro que mi situación económica no me permitiría ir al viaje de estudios que por años llevábamos organizando en la Escuela de Derecho; además era casado y ya tenía dos hijos. Después de un breve razonamiento, Ampuero me negó la autorización y yo cumplí plena y eficazmente mi mandato en Santiago en el festival de huelgas y mitines callejeros contra el gobierno de González Videla desde la «revolución de la chaucha» (los microbuses subieron una «chaucha» su valor) para adelante. Pero además hablamos de política contingente. Sobre todo de lo que se nos venía encima: la elección presidencial.

Aunque se dieron muchas razones y justificaciones teóricas para el apoyo al general Ibáñez, la razón de fondo era mucho más pragmática. Se trataba de tomar la oportunidad de insertarse en un movimiento masivo, de mucha envergadura, que había elegido a Ibáñez como su abanderado. El PSP, en la forzada ausencia del PC de las organizaciones de trabajadores, por efecto de la «Ley de Defensa de la Democracia», había ganado presencia y credibilidad

en ellas y aspiraba legítimamente a ser la vanguardia de los trabajadores, y esta era su oportunidad.

En esa conversación creo haber entendido por qué Ampuero se negaría luego a llevar a Salvador Allende como candidato presidencial del Partido Comunista y del PSP. No estaba dispuesto a compartir con el PC, el rol de primera estrella en esta disputa por la primacía en lo social, menos en lo que estaba seguro que no sería más que un saludo a la bandera, como de hecho sucedió. Máxime si se consideraba la estructura más fuerte y armada del PC y el apoyo económico, casi ilimitado, que recibiría desde Moscú. Esto nos volvería al carácter de partido marginal y dependiente, como en la intimidación planteaba Oscar Waiss, y no un activo protagonista político, como según él, sucedería con Ibáñez. Yo entonces tenía oficina con Oscar.

El debate para la decisión presidencial del PSP se llevó a cabo en el tercer piso de Londres 33, sede del Partido (más tarde, en 1974, lo fue de la Dirección Nacional de Inteligencia, DINA: terribles ironías de la dictadura). La situación era de tensión extrema, pues todos sabíamos que en esa reunión del Comité Central, Raúl Ampuero propondría el apoyo a la candidatura de Carlos Ibáñez del Campo.

La discusión había sido ácida e incluso peligrosa para la unidad del Partido. Ibáñez claramente representaba una opción «independiente», de tipo nacionalista, extremadamente populista que, por los liderazgos que la impulsaban, se asemejaba al Justicialismo, con cuyo líder, Juan Domingo Perón, había una ligazón importante. La estrategia de campaña ponía su acento en la limpieza de la corrupción y el clientelismo político desarrollado fuertemente por los últimos diez años de gobiernos radicales y de derecha, donde la participación de los trabajadores había sido nula. Su símbolo era «la escoba» que barrería la sinvergüenzura del país. Parte importante de los primeros dirigentes en impulsar su candidatura eran viejos golpistas que seguían a este inveterado sedicioso, la mayoría de ellos ahora militando en el Partido Agrario Laborista. Su campaña tenía un manifiesto tinte fascistoide, y sus antecedentes personales y de amistad, también. Pero no había duda de que representaba la rebeldía de la mayoría del pueblo frente a los gobiernos radicales, con participación de la derecha e inclusive de comunistas, como fue en la primera etapa

de Gabriel González, mirada como un vergonzoso contubernio y expresión de «politiquería», exenta de principios. Los últimos gobiernos radicales, a juicio de la mayoría de la gente, habían sido corruptos y sus líderes, muchas veces injustamente, eran tildados de negociantes de la política, lo que se cambiaría solamente con el barrer de una gran escoba ibañista.

Yo era entonces jefe de la Brigada Universitaria Socialista (BUS), y Juan Reyes, secretario general de la FJS. Por los amplios de nuestra Brigada, que era importante en la vida del Partido, habían desfilado varios dirigentes nacionales y de la Juventud. Juan Reyes y Sergio García Garay, subsecretario general de la Juventud, nos habían hablado claramente de sus preferencias por Ibáñez, candidato de Raúl Ampuero. El primero, porque era un disciplinado Ampuerista y el segundo, que más nos preocupaba, por un sesgo marcadamente ibañista, ya que junto a otros militantes ponía su acento un tanto al margen del Partido, generándonos dudas y temores sobre su fidelidad partidaria. Luego, cuando el Partido se retiró del gobierno, nuestro camarada Sergio García siguió siendo gobernador de San Carlos, de la mano del general. También habían desfilado por la BUS, apoyando estas posiciones, Tomás Chadwick, senador, y Oscar Weiss. En sentido contrario nos habían visitado Belarmino Elgueta y Fernando Pizarro, que luego fueran diputados del Partido.

La división en la Brigada era manifiesta: Arquitectura y el Pedagógico rechazaban de forma categórica el apoyo a Ibáñez, esencialmente por su pasado golpista y por la colaboración de clases que implicaba. El resto, incluido yo, apoyábamos las posiciones de Raúl Ampuero.

A eso de las once y media de la noche, después de horas de tensa espera, unos 150 jóvenes de la Brigada Universitaria, reunidos en el segundo piso, recibimos a Tomás Chadwick, quien nos comunicó que el Comité Central del Partido había decidido por amplia mayoría el apoyo a Ibáñez, y que Salvador Allende se había marginado del PSP.

Después de un larguísimo debate, la Brigada Universitaria acordó respetar y apoyar la decisión. Los representantes del Pedagógico, Elio Méndez, y de Arquitectura, Boris Kutznezov, se marginaron de la Brigada y del Partido.

Ese día se marcó así como la postura de pantalones largos del PSP. A pesar de la marginación de una figura de la importancia y trascendencia de Salvador Allende, y José Tohá (que hasta dos años antes había sido nuestro presidente de la FECH), que pasaron a engrosar las filas del Partido Socialista de Chile, el PSP se mantuvo íntegro, sin mayores deserciones y con una disciplina ejemplar, lo que le permitió prácticamente liderar la futura campaña presidencial de Ibáñez.

No cabe duda que el apoyo que le dimos fue un acto de oportunismo político. La diferencia con otras conductas oportunistas vividas hasta entonces, fue la motivación tenida en consideración. La presencia e inserción del PSP en la campaña ayudó a direccionar al ibañismo en un sentido progresista y democrático, e introdujo en las estructuras de penetración social de este enorme e imparable movimiento popular a los cuadros obreros, campesinos y profesionales mejor dotados del socialismo chileno, saliendo de la campaña fortalecido e institucionalizado nuevamente.

En la misma época, corolario de la salida de Salvador Allende del PSP, el Partido Comunista y un pequeñísimo sector del socialismo, lo respaldó como candidato a la Presidencia de la República. Aunque sólo logró el 5,75 por ciento de los votos, aquella candidatura fue la que puso en órbita a un militante socialista como principal actor de cualquier proyecto futuro de la izquierda. La campaña que hizo Allende fue una auténtica campaña presidencial, como si pudiera ganar. Sin duda el PC puso toda su estructura al servicio de la campaña, y también su fervor militante. Los cientos de socialistas que con él se quedaron hicieron una labor admirable y llena de sacrificio, al extremo de poner en dudas, a ratos, cuál era el Partido Socialista más importante. Allende mismo despertó confianza y mística. Nació entonces el auténtico líder de un socialismo posible, a quien le faltaba un gran partido, que no fuera el Comunista, para que se creyera en él y en el proyecto que encarnaba.

En los años siguientes, durante el gobierno de Ibáñez, hubo algunos acontecimientos imprescindibles para entender la victoria de Allende en 1970, y en todos tuvimos una presencia sustancial: en 1953, se creó la Central Única de Trabajadores, uno de los más importantes apoyos de la Unidad Popular; más adelante se derogó

la «Ley de Defensa de la Democracia» y se creó la cédula única electoral, pilares básicos para el ejercicio de la democracia; en 1956, en su X Congreso, el Partido Comunista profundizó su apuesta por la vía pacífica para alcanzar el poder y avanzar hacia el socialismo; un año después, el Partido Socialista Popular logró la incorporación del allendismo a sus filas en el Congreso de Unidad de los socialistas y recuperó su nombre de origen. Luego se produjo la ampliación de la plataforma progresista, constituyéndose el Frente de Acción Popular (FRAP), y ya desde posiciones —a lo menos— de igualdad se decidió la alianza con el Partido Comunista.

Por otra parte, digámoslo con claridad, del oportunismo político del PSP de la mano de Ibáñez, resurgió un gran Partido Socialista, plataforma institucional indispensable para que Allende alcanzara el éxito y no se quedara enredado en las sábanas del Partido Comunista, como evidentemente lo trataron siempre de presentar tanto desde la derecha como desde el Departamento de Estado norteamericano. La manifiesta falta de simpatía por el comunismo que mostraba el líder del PSP, Raúl Ampuero, contribuía fuertemente a generar confianza en la opinión pública acerca de su independencia. Este fue un tema largamente debatido en el seno del PSP, e incluso llegó a existir más de alguna suspicacia respecto de la autonomía de Salvador Allende.

Sólo después del Congreso de Unidad de los Socialistas, que hicieramos en la sede del Congreso Nacional, Salvador Allende recuperó el liderazgo socialista externo, con la conducción de Salomón Corbalán como secretario general del Partido. Ahora sí tenía un gran Partido para instalarse en la disputa presidencial.

La campaña de Ibáñez le sirvió al Partido Socialista Popular para ensanchar su contacto con los sectores populares, rompiendo la rigidez que el Partido Comunista había impuesto desde un largo tiempo en orden a que sólo en el seno de los sectores de trabajadores organizados se podía hacer una política de cambios y expresar un socialismo revolucionario.

El PSP se mete en las nacientes organizaciones populares de barrio que, al conjuro de la «escoba ibañista» para barrer la corrupción y defender los intereses de la gente más humilde, se alzan espontáneamente, en dura competencia con el Partido Agrario Laborista. Las aguas desbocadas del ibañismo corren desatadas sin

norte ni destino final, sólo las impulsa, en un comienzo, la necesidad de poner término a un reciente pasado politiquero y deshonesto, que favorece a los ricos, y entonces, es el PSP el que encausa las aguas con un programa de cambios profundos en lo social, político y económico. El perfil populista y fascistoide de la campaña se transforma en progresista.

Primero el PSP asume la cartera de Trabajo, con Clodomiro Almeyda intentando dar una fuerte participación a los trabajadores en las reformas que se inician. Desde un comienzo las pretensiones socialistas no son consideradas y las tareas laborales pasan a ser asumidas por el ibañismo independiente. Una de las exigencias del socialismo es que el gobierno de Ibáñez patrocine la derogación de la «Ley de Defensa de la Democracia», que mantiene divididos y aniquilados a los trabajadores chilenos. En materia económica, se critica al gobierno que siga siendo representante de los intereses extranjeros y del gran capital. El ibañismo químicamente puro, de la mano con el agrario laborismo, partido que sirve de refugio a las huestes neofascistas del corporativismo criollo de Jorge Prat, intenta levantar liderazgo entre los trabajadores organizados y es Leandro Moreno el elegido, junto a un equipo que lo que más posee es apoyo financiero para sus trapacerías. Con indisimulado apoyo del gobierno, intentan sustituir a los dirigentes sindicales socialistas, que son prácticamente los únicos que se mantienen organizados, después de la *razzia* de González Videla.

Raúl Ampuero, con mano de hierro, retira al PSP del gobierno, haciendo ver que el socialismo no está disponible para servir de comparsa a nuevas formas de politiquería que no contemplen la modificación en profundidad de las relaciones de trabajo imperantes en el país. La decisión es compartida unánimemente en el PSP, y sorprende grandemente al Presidente Ibáñez (yo diría que «gratamente»).

He sido presidente del comando nacional universitario de la campaña, vicepresidente de la Federación de Estudiantes de Chile, y jefe de la Brigada Universitaria del PSP, y en ese plano he tenido que conversar muchas veces con Ibáñez. Nunca, y menos ahora, que nos retiramos del gobierno ha logrado una adhesión personal de mi parte. Le expreso que la lealtad y adhesión de los jóvenes socialistas es con nuestro Partido, en cuyo proyecto y en

cuyos dirigentes creemos. Si el Partido la tiene con él, nosotros también; si la suspende o la retira, nosotros también. Esta es una conversación que Ibáñez relajadamente provoca con varios de los que asistimos acompañando a Raúl Ampuero. Socarronamente nos dice: «Así que ustedes son disciplinados como los militares».

«Sí, como los militares, con la diferencia de que aquí la disciplina la construimos entre todos...», le responde Ampuero.

«Y la desarman los jefes», replica Ibáñez, «bueno, yo espero que vuelvan cuando se pasen todas estas diabluras».

En verdad, con sus claros y oscuros, el general sólo confiaba en el PSP como una fuerza seria y conscientemente honesta, aunque no estuviera de acuerdo con sus ideas, especialmente con su proyecto socioeconómico.

De manera que el PSP volvió al gobierno para poner en práctica un ambicioso plan económico que contempla sustanciales reformas en el plano impositivo y la extensión del crédito y del apoyo financiero a la pequeña y mediana empresa. Dirigido por Felipe Herrera, como ministro de Hacienda, y Carlos Altamirano, como subsecretario de la misma cartera, se lanza el ambicioso plan cuyo solo enunciado lo dice todo: «Que paguen los poderosos». Yo era el secretario (jefe de gabinete, se dice ahora) de Felipe Herrera. El cargo lo ejerzo con gusto y dedicación militante, pero me extraña que cierto tipo de entrevistas y encargos escapen totalmente a mi conocimiento y actividad, sobre todo cuando el ministro recibe a su señora, Rosita Álamos, o a Juan Luis Maurás, entonces diputado radical; o cuando se encierra a trabajar por largos momentos con una de sus secretarías, Inés Olmos, que... horror para mí, no milita en el PSP.

En la línea de conducta del Partido, un día se lo hago presente: me guiña un ojo y me dice... «no te preocupes, Erich, ya lo vas a entender todo y tu celo socialista revolucionario estará a salvo». Efectivamente, tiempo después lo entendí todo: Felipe Herrera se estaba separando de su mujer y por razones que desconozco, Maurás mediaba en esto. En cuanto a su secretaria, cuando dejó de ser ministro se la llevó al Banco Central, cuya presidencia ejerció, y tiempo después se casó con ella, matrimonio que duró hasta su muerte. De la Rosita Álamos y de Maurás no volví a saber.

La política económica que dominará el futuro inmediato se ve

tanto en el despacho del ministro como en el del subsecretario, Carlos Altamirano, y también en la Comisión Política del Partido. Altamirano es un joven abogado que se ha especializado en política económica y hace clases en la Facultad de Derecho de la Cbile (aún no se ha fundado la Escuela de Ingeniería Comercial). Es amigo del ministro, y me da la impresión de que éste lo pidió como un meritorio joven especialista. Altamirano demuestra tenerle un gran respeto académico. Si mal no recuerdo, Sergio Molina es el director de Presupuestos.

Aunque el equipo dura poco, pues cae triturado a manos de la derecha del gobierno y la Misión Klein Sacks, que logran imponer una política de restricciones al gasto público y congelación de salarios, el país alcanza a vislumbrar cómo por la vía de una buena reforma tributaria y creando nuevos incentivos a la producción de la pequeña y mediana empresa se mejoran las condiciones de vida de la gente.

En esa época se crea el Ministerio de Minería, con Clodomiro Almeyda como su primer ministro, y Oscar Waiss como subsecretario. Yo asumí entonces la secretaría del ministro, a la que pronto llegará Irma Cáceres, que había sido compañera de curso, gran amiga, inteligente y leal; que se casó con su ministro y lo acompañó hasta su muerte, hace poco tiempo.

La finalidad declarada del nuevo ministerio, que tiene muy pocas facultades, es abrir el camino a la nacionalización del cobre y otros minerales, como el hierro. Desde el Ministerio de Hacienda y el Banco Central, que en esa época carece de autonomía, se impulsa la creación del Banco del Estado, instrumento que servirá para expandir el crédito a la pequeña y mediana empresa y donde el ahorro se canalizará en una empresa del Estado.

A pesar de estos avances, la contradicción entre los objetivos que se plantea el PSP y la práctica política de los sectores más conservadores del gobierno de Ibáñez, especialmente los agrario laboristas, es tan grande, sobre todo en el plano social, que terminar por reventar la participación del Partido en el gobierno e incluso lo llevan a una tenaz oposición. En el cuarto año de gobierno, los principales líderes sindicales del PSP y los movimientos reivindicativos que encabezan, son perseguidos y abortados por el gobierno. El propio Oscar Waiss, miembro del Comité Central del Partido

y vicepresidente de la ANEF (Asociación Nacional de Empleados Fiscales), es relegado a Pisagua.

Durante estos años de gobierno ibañista comienza a surgir un fuerte movimiento sindical, especialmente en el seno de los empleados, liderado por un socialista que es presidente de una de las más poderosas organizaciones: la Federación Bancaria de Chile. Edgardo Maas Jensen, militante PSP, su líder, pasa a ser uno de los principales dirigentes políticos y sindicales del país.

Tanto alentaron Ampuero y otros dirigentes de la época nuestras inquietudes de socialistas, que aún hoy, después de tantos años, seguimos recordándolos con admiración y gratitud.

El Partido Socialista Popular se monta en la política chilena con gracia y pachorra. Es claramente el heredero de los socialistas del año 32, de los fundadores del 33, del gran Partido de masas del 40, que a menos de siete años de su fundación ya ha disputado con candidato propio dos veces la Presidencia de la República; heredero de los trabajadores que fundan la primera Confederación de Trabajadores de Chile; y también heredero del Partido que se queda arrinconado, solo, perseguido y vilipendiado por sus compañeros comunistas, pero que tratando de levantar cabeza lleva como candidato a la Presidencia de la República al que fuera secretario general de la CTCH, Bernardo Ibáñez.

En el socialismo chileno se produce una habitual y paradójica contradicción que afecta a sus principales dirigentes y al cumplimiento de las tácticas y estrategias diseñadas. No siempre sus secretarios generales terminan siendo —políticamente— lo que han sido, ni tampoco se eligen los más adecuados para el momento histórico que viene. Bernardo Ibáñez termina siendo el peor representante de los principios que se quieren representar y muere, políticamente, como funcionario internacional de la OIT (Organización Internacional del Trabajo) con el indisimulado apoyo de las organizaciones sindicales oficiales de los Estados Unidos.

Aniceto Rodríguez, de una clara tendencia reformista, es sustituido por Carlos Altamirano, radicalizado socialista revolucionario, para impulsar el gobierno de Salvador Allende, cuya tendencia reformista es reconocida por todos en el Partido y en el país. Esta contradicción entre lo que se elige para el Partido y lo que se elige para el gobierno, viene desde los comienzos del PS. Marmaduke

Grove, militar, aviador, que encabeza con audacia y clara definición política la «revolución socialista» de junio del 32; que desde las posiciones más izquierdistas de la época, es elevado a la categoría de «líder», elegido senador y luego candidato a la Presidencia de la República, y termina con síndrome de personaje, dividiendo al Partido y asilándose en las posiciones más de derecha que en este caben. Para luego integrar al pequeño grupo que forma el «Partido Socialista Auténtico» integrado en el PC.

Oscar Schnake, líder indiscutido del Partido, marxista y revolucionario, perseguido, encarcelado, desterrado, lo dirige y organiza con mano de bierro, hasta la llegada del Frente Popular (él mismo reconoce en más de una oportunidad que tiene una verdadera obsesión por la disciplina y la organización del PS). Durante su mandato como secretario general se producen las más duras y recíprocas críticas y ataques entre socialistas y comunistas. Las enconadas diferencias venían desde antes de la fundación del Partido, incluso se habían manifestado con violencia en la llamada revolución del 4 de junio del 32. Sólo decrecen por la necesidad del momento al formarse el frente de apoyo a don Pedro Aguirre, y es precisamente Oscar Schnake, como secretario general del Partido Socialista, el que hace posible la formación del Frente Popular con el PC. Las discrepancias resurgirán con sentido casi definitivo en los inicios de la Segunda Guerra Mundial, cuando la URSS y los partidos comunistas de todo el mundo que la apoyan, pactan con la Alemania nazi de Adolfo Hitler la invasión y el reparto de Polonia. Oscar Schnake, a su regreso de la Conferencia de La Habana, es el artífice de la ruptura con el PC y será demonizado desde entonces por los comunistas, tal vez por no haberse dado cuenta de que el paso de la URSS había sido una mera «gimnasia revolucionaria», destinada a ganar tiempo en su lucha antifascista. Lamentablemente, los cientos de miles de patriotas polacos que murieron en este paso gimnástico, tampoco alcanzaron a advertirlo. Los comunistas dirán que Schnake fue comprado por el imperialismo yanqui.

Pese a que el Partido lo siguió invariablemente, Oscar Schnake prefirió seguir la «carrera diplomática», no sin antes confundir su justa crítica a los partidos comunistas, y especialmente a las atrocidades del régimen de Stalin, con un anticomunismo muy

parecido al del fascismo, que lo llevó, junto a otros destacados socialistas, como Agustín Álvarez Villablanca, Armando Mallet, Albino Barra Villalobos y otros, a incursionar en la Acción Chilena Anticomunista (ACHA), movimiento fascistoide de la época de González Videla (aunque no llegó a militar en la ACHA, sí concurrió a dictar una conferencia, en una actitud que despertó fuertes críticas en el PS). Desaparece de la política activa a muy temprana edad (no más de cincuenta años). Cuando murió —yo estaba en la cárcel como prisionero de la guerra que Pinochet y la derecha inventaron—, seguía siendo un hombre ligado profundamente al socialismo, emocional y formalmente, aunque imposibilitado de moverse por una parálisis en las piernas que lo mantenía atado a su casa.

Doce o quince días antes del golpe de Estado, en su casa de la calle Colón, muy preocupado, me dijo que quería urgente «hablar con Salvador» para contarle «la conversación que había tenido recientemente con Eduardo (Frei)». Sus palabras textuales fueron: «Mira, Erich, Eduardo ya decidió el golpe... tiene la teoría de que ya no es posible otra solución... habla con Salvador». Yo le traspasé rápidamente el mensaje al Presidente Allende y sé que éste fue a ver al tío Oscar prácticamente de inmediato.

Eugenio González Rojas nace a la vida del socialismo desde los grupos marxistas del anarcosindicalismo, junto a Oscar Schnake. Se inicia muy cerca del golpe subversivo de Carlos Ibáñez del Campo, de quien fue ministro, y luego participa en el golpe del 4 de junio junto a Marmaduke Grove, Matte y Schnake. Sin embargo, prima en él su gran categoría intelectual sobre la del hombre de acción, y durante el tiempo que ejerce la secretaría general del socialismo, devuelve al Partido su profundo sentido democrático y humanista en el proyecto de programa del 47, marcando la gran distancia que existía entre su versión del marxismo y la versión de la URSS de Stalin y del PC chileno, su obsecuente seguidor.

Yo llegué a ser muy amigo de don Eugenio, a pesar de nuestra diferencia de edad. Tal vez porque había sido amigo de mi madre desde el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y lo era de Oscar Waiss. Gran abogado y escritor político prolífico, aunque de escaso éxito (tal vez por su excesiva pasión militante, que le impedía el mínimo de objetividad que se exige para tener alguna

resonancia), con quien me inicié como abogado y de quien fui socio muchos años. Don Eugenio, con esa parsimonia y sencillez que tenía, en un lugar que por no estar autorizado no describo, donde «la vieja Nelly», allá por la calle Santa Isabel, comiéndonos una cazuelita de pava u otra exquisitez de la mano de nuestra buena amiga, me decía sabiamente: «Mira, cabro, la inteligencia crece hasta los 25, después decrece... el Marx de la juventud era evidentemente más inteligente que el de 1848, el del Manifiesto Comunista, y ese Marx dijo una gran verdad: el socialismo sólo florece en la mayoría, porque entonces es democracia y es democracia porque impulsa a la mayoría al progreso y protege a la minoría en sus derechos».

Se reía de los afanes «revolucionarios» de nuestro común amigo Oscar Waiss, y de las peleas que sostenía con Raúl Ampuero. «Te aseguro que Oscarito no va a hacer jamás ninguna revolución, pero va a hablar mucho de ella y va a escribir más todavía, y te aseguro que lo que Oscar dice, lo siente de verdad, pero no lo puede hacer porque los chilenos somos abúlicos y escépticos, no servimos para las revoluciones. Es lo mismo que perdió o salvó a tu tío Oscar, uno de los hombres más inteligentes que ha dado América del Sur».

Sus últimos años de vida, como rector jubilado de la Universidad de Chile, los pasó en ahúlica y escéptica contemplación de la realidad post golpe, en su departamento de Viña del Mar, casi frente al Casino, a escasos trescientos metros del que tenía mi madre y del cual todos sus hijos y nietos profitábamos.

Tras la amarga experiencia del «camino propio», e impulsado por el deseo de hacer una oposición más efectiva al gobierno de Gabriel González Videla, el PSP sugiere, en 1946, una nueva alianza, y se forma el FRAS, integrado por la Falange Nacional, el Partido Radical Democrático, el Agrario Laborista y el Socialista. El FRAS se quiebra en 1950, cuando los falangistas y agrario laboristas resuelven integrarse al nuevo «gobierno de sensibilidad social» de González Videla, quien decidió cambiar absolutamente su política de alianzas tras un masivo paro de empleados públicos.

La Falange pone como ministro de Educación a Bernardo Leighton. Un alza inusitada de los pasajes de micro produce un levantamiento generalizado de los estudiantes, que salimos a las calles

a reclamar, en lo que se denominó posteriormente «la revolución de la chaucha». Los estudiantes fuimos recibidos por el ministro Leighton, en plena huelga y movilización, y logramos en definitiva un acuerdo gracias a las gestiones y la presión que hizo el ministro en el gobierno. Para extrañeza nuestra, Leighton nos recibe dando claras muestras de conocer el problema y de nuestra posición, y acoge nuestras demandas con manifiesto afecto al movimiento estudiantil. Desde entonces yo diría que surge una importante amistad con don Bernardo, que perdurará por un largo tiempo. 23 años más tarde, el *Hermano Bernardo* sería —junto con Laura Allende— la primera visita que recibí en la Cárcel Pública adonde me había enviado la dictadura.

Tras la corta vida que tuvo el FRAS, hubo otros intentos sin mayor relevancia de constituir alianzas políticas, hasta que en 1956, y con el PC todavía en la ilegalidad (por la aún vigente «Ley de Defensa de la Democracia») se formó el Frente Revolucionario de Acción Popular (FRAP).

En el congreso socialista de octubre de 1955 —en Valparaíso—, en el que se reelige a Raúl Ampuero como secretario general del partido, se había dado inicio a la llamada política del Frente de Trabajadores, que recoge en gran medida lo planteado por el programa de 1947, pero radicalizado: sostiene que la liberación del capitalismo sólo será obra de los trabajadores, que en un frente de clase asumirán el poder, y llama a la participación en la acción política y social a todos los partidos y organizaciones sociales de trabajadores. En alguna medida, es la vieja política marxista llamada de «clase contra clase», que en un comienzo habían sostenido los comunistas, pero que no queda reducida sólo al referente proletario, sino que se amplía a todas las personas «que viven de su esfuerzo, sin explotar a nadie». Como en los tiempos de la fundación, es un llamado a todos los trabajadores manuales e intelectuales, profesionales, obreros, campesinos, comerciantes e industriales medios, es decir a la inmensa mayoría del país y, también a diferencia del PC, a impulsar una República Democrática de Trabajadores, y no la dictadura del proletariado.

Esta política tiene un desarrollo secuencial lógico en los años siguientes, y en el fondo es el sustento ideológico de las sucesivas campañas de Salvador Allende, hasta que llega la campaña bífida

del 70, donde por un lado se enfrenta la estrategia del PC que ha acordado el Frente de Liberación Nacional o la vía pacífica de acceso al poder explicitada en 1958 y el PS que intenta, en el lenguaje, poner en práctica las políticas acordadas en sus congresos de Linares y de Chillán. La Unidad Popular, Allende de por medio, resuelve el dilema con un programa marcadamente reformista.

En las elecciones parlamentarias de 1957, el FRAP (integrado por socialistas, comunistas, Partido Democrático del Pueblo y Partido Democrático de Chile), logró elegir a catorce diputados y cuatro senadores. El mismo año, en el XVII Congreso Ordinario del PS, realizado en Santiago, se produce la reunión del PSP y del PSCII, volviendo a quedar el socialismo unido bajo el nombre histórico: Partido Socialista de Chile. El ibañismo experimentó una fuerte baja en esas elecciones, donde la más alta mayoría nacional la obtuvo el candidato a senador por Santiago Eduardo Frei Montalva, ya como representante del recién formado Partido Demócrata Cristiano.

Luego de este importante repunte nos enfrentamos a las presidenciales de 1958. Luis Bossay Leiva fue el abanderado del Partido Radical y de una fracción del Partido Democrático, ambos en crisis.

Eduardo Frei Montalva fue el candidato del Partido Demócrata Cristiano, fundado en 1957. Para la elección de 1958 tuvo el apoyo de los agrario laboristas y sectores ibañistas. Los acercamientos con liberales y conservadores fracasaron.

Salvador Allende era el representante del FRAP.

El candidato de la derecha, Jorge Alessandri Rodríguez, era senador por Santiago y su personalidad atrajo a los liberales, conservadores, independientes y la mayoría de las mujeres.

Antonio Zamorano Herrera, el llamado *Cura de Catapilco*, era un ex sacerdote al cual apoyaban algunos descontentos con Allende y residuos ibañistas. Su candidatura restó votos a Allende. Siempre se acusó a la derecha de sostener la candidatura de Zamorano. Después de transcurridos más de 42 años, aún persisten dudas, y lo más probable es que haya sido así. Los 40 mil votos fueron lo suficiente para restar los que necesitaba Allende para su elección.

El día 4 de septiembre de 1958 se realizó la elección, alcanzando

la primera mayoría Jorge Alessandri, con 389.909 votos (31,2%). Salvador Allende lo siguió de cerca con 356.494 votos (28,5%). Eduardo Frei obtuvo 255.759 sufragios (20,5%). Luis Bossay, 219.207 (15,6%). Los 41.304 votos (3,3%) de Antonio Zamorano supuestamente le correspondían a Allende, por lo mismo fueron decisivos para el triunfo de Alessandri.

En esos años, yo trabajaba como abogado de grandes sindicatos, como los ferroviarios, la ETC (Empresa de Transporte Colectivo del Estado), los sindicatos de Cervecerías Unidas y la Federación de Panificadores de Chile, entre otros. Además, en el Partido trabajaba básicamente en el Departamento Nacional Sindical y en el de Pobladores. De hecho, los sindicatos participaron de manera muy activa en la campaña de 1958, que yo personalmente asumí como un triunfo, porque por primera vez colocaba a la alianza socialista-comunista como una real alternativa de poder, y situaba a Allende como un personaje capaz de tener un respaldo popular bastante más importante que el de los partidos que lo sustentaban.

Esta es una época marcada por un gran desarrollo y crecimiento de la actividad sindical. Yo estoy dentro de ella, actué como un dirigente sindical más, pero con un claro reconocimiento de mi carácter militante por parte de estos sindicatos. Lo que es más: las grandes federaciones de trabajadores se politizan de tal forma que es fácil distinguir el sello político de cada una de ellas. Los ferroviarios, la ETC, los cerveceros, los panificadores, están mayoritariamente dirigidos por socialistas; los del carbón, por el Partido Comunista; los mineros del cobre, también más cercanos al Partido Socialista; los de la construcción y de la minería (aparte del cobre), por comunistas; los profesores, de tendencia radical, y así, el mundo sindical se confunde con el mundo político, e influye notablemente en éste.

Contrariamente a lo que se ha dicho y supuesto habitualmente, en el sentido de que la politización de los sindicatos es negativa, por cuanto pasan a ser instrumentalizados por los partidos, yo creo que la influencia que ejercen a partir de esa época los sindicatos sobre las organizaciones partidarias, logra que los partidos tengan una preocupación más directa y concreta por los problemas reales de las personas que quieren o dicen representar. Por vía

de ejemplo, habrá que recordar la preocupación, especialmente del Partido Socialista, por modificar el Código del Trabajo, en el sentido de darles garantías de estabilidad y amparo a los trabajadores, o la lucha por crear mecanismos indemnizatorios para el despido de los trabajadores. Yo mismo soy autor de un proyecto de ley que crea la indemnización de un mes por año de servicio. ¿De dónde surge esta idea? De los múltiples pliegos de peticiones que debaten año a año los trabajadores, donde es uno de los reclamos más sentidos. Y se podrían dar decenas de ejemplos; lo importante es que, en definitiva, el desarrollo de la lucha social en los sindicatos pasa a ser una preocupación vital en los partidos que representan a los trabajadores.

Esta conducta tan criticada es exactamente la misma que, con sentido contrario, desarrollan los partidos de derecha con las organizaciones empresariales. Y a mí me parece lógico y razonable, porque están defendiendo esos intereses, y esos intereses están a su vez representados en esos partidos. Yo siento que la izquierda o el progresismo se ha dejado llevar por una crítica interesada, que bajo la apariencia de un «respeto a la independencia sindical» aísla a los trabajadores de los partidos que los representan. ¿Qué pasaría en Alemania, por ejemplo, si las organizaciones de trabajadores no fueran una base fundamental de la socialdemocracia? ¿Dejarían los empresarios de sentirse representados por la CDU (Unión Demócrata Cristiana)? ¿Y en Inglaterra, donde el socialismo incluso lleva nombre de trabajador: Partido Laborista? O incluso en los mismos Estados Unidos, donde es notoria la influencia que la dirigencia sindical tiene sobre el Partido Demócrata.

Esa misma influencia es la que surge en los trabajadores organizados en Chile, a partir de la década del 40, con la formación de la CTCH, que se irá intensificando en las siguientes dos décadas. Y a pesar de la destrucción del aparato sindical que se opera desde el inicio de la dictadura pinochetista, las organizaciones sindicales juegan el más importante rol en la tarea de ponerle término a ese gobierno. Dirigentes como Manuel Bustos, Arturo Martínez, Tucapel Jiménez, Rodolfo Seguel o María Rozas, entre otros, logran convocar y reunir a la oposición. Como ejemplo está la celebración del primer 1° de Mayo en dictadura, en 1984, que reunió a más de 250 mil personas en el parque O'Higgins.

Lamentablemente, este maravilloso ejército de trabajadores que le dio piso a la Concertación para acordar el término de la dictadura con el propio gobierno militar, fue un ejército olvidado al momento de asumir el gobierno las nuevas autoridades democráticas, y sigue diezmado, a pesar de las múltiples declaraciones hechas para recuperar una válida interlocución con los trabajadores, y su participación en el sistema político actual. Son las organizaciones sindicales, los jóvenes estudiantes democráticos, las mujeres, las organizaciones ciudadanas de base, las que le ponen carne a una poderosa Concertación social y política, el más vasto movimiento social y político de nuestra historia que, luego, sin pena ni gloria, será sustituido por una Concertación cupular de cuatro partidos: DC, PS, PPD y PR.

Quiméricos y desesperados

En 1958, Salvador Allende, candidato del FRAP, perdió las elecciones presidenciales ante el conservador Jorge Alessandri por apenas treinta mil votos, pero demostró que sumaba más votos que los partidos de izquierda en las elecciones parlamentarias y municipales. La derrota de 1958 no fue tomada como tal por nadie en las filas de la izquierda; por el contrario: la alianza socialista comunista se consolida y, con Allende a la cabeza, obtiene el mejor porcentaje de votos de su historia.

Allende estaba convencido de que su derrota tenía origen en nuestra tozudez de no querer incorporar, formalmente, al Partido Radical. En la intimidad, el líder nos enrostraba que nosotros —los «revolucionarios de escritorio»— resistíamos la alianza con el Partido Radical, lo que impedía el acceso al poder del socialismo. Que era una tontería vivir pensando en cómo destruir al PR, la puerta abierta a La Moneda y el eje de la alianza obrero-campesina con la clase media chilena, dirigida por los socialistas. Su ideal, por cierto, era la reedición del Frente Popular, mas ahora bajo la conducción de un socialista.

Nuestra teoría era exactamente la contraria: el centro político que representaba el Partido Radical había que conquistarlo con una política revolucionaria; la pequeña burguesía era una clase oscilante a la que había que conquistar desde posiciones de poder. Y sólo era posible alcanzar tales posiciones a través de la vanguardia de los trabajadores, representada por la alianza socialista-comunista, lo que había quedado demostrado por los resultados de la confrontación electoral con la derecha en 1958. Ampuero, Aniceto

Rodríguez, Almeyda, Oscar Waiss y todo el ex PSP, prácticamente, lideraban esta posición. Allende, Carlos Briones, Manuel Mandujano, Armando Mallet, José Tóhá, Agustín Álvarez Villablanca, y otros, calificados por nosotros como «pequeño burgueses reformistas», sostenían la contraria.

El hecho de que la alianza socialista-comunista haya estado a un tris de ganar la Presidencia de la República en 1958, nos fortaleció en nuestras convicciones. La campaña había sido tremendamente confrontacional, y sus resultados auguraban un triunfo no lejano.

Durante todo el gobierno de Jorge Alessandri, nuestra oposición, aunque no malintencionada, fue dura y pertinaz, y se centró especialmente en las reivindicaciones laborales, la política agraria y la demanda de nacionalización de las riquezas básicas.

En los inicios de su mandato, Alessandri gobernó fundamentalmente con técnicos y profesionales, que tenían una difícil relación con los partidos Liberal y Conservador, sustento político del gobierno. Su máxima aspiración fue reducir la inflación e intentar detener las demandas campesinas, agudizadas por un sistema de latifundios improductivos y unos salarios angustiosos que, pese a la poca productividad, aumentaban las ganancias del latifundista por lo extremadamente barato de la mano de obra. La organización de los campesinos había comenzado a desarrollarse de la mano de socialistas y comunistas, a los que ahora se sumaba con bríos la Democracia Cristiana.

El nuevo gobierno intentaba darle un rol subsidiario al Estado, para lo cual —entre otras medidas— redujo drásticamente la dotación de funcionarios. Así, miles de empleados de las instituciones semifiscales y de las empresas del Estado fueron exonerados sin la indemnización que la Ley 7.295 acordaba para los despidos ilegales. Hubo una gigantesca movilización, que culminó con el masivo ejercicio de las acciones jurídicas previstas en la ley. Los juicios fueron de una participación personal multitudinaria, pues las organizaciones que representaban a los trabajadores carecían de representatividad legal.

Yo recuerdo haber encabezado, con Oscar Waiss, una demanda firmada por más de seis mil choferes y empleados de la Empresa de Transportes Colectivos del Estado; y otra, también suscrita

por varios miles, presentada por empleados de las Cajas de Previsión y del Servicio Nacional de Salud. Eduardo Long Alessandri y Arnoldo Camú, ambos socialistas, completaban el patrocinio de varios miles más, y Luis Alberto Cuevas, radical, que fue en un momento vicepresidente de la República, otro tanto. Carlos Phillips y Fernando Ostornol, si mal no recuerdo, también encabezaron masivas demandas ante los tribunales del trabajo y finalmente en la Corte Suprema, que era donde se cortaba todo. Tuve el mérito de obtener el primer fallo favorable a los trabajadores en esta materia, en un fallo de mayoría de la Corte Suprema que representó un golpe a la cátedra. ¡Nadie lo creía posible! Los trabajadores de la Empresa de Transportes Colectivos del Estado aún lo recuerdan con gran regocijo.

A pesar de que el Presidente Alessandri tenía un aspecto terco e introvertido, era más bien dialogante. Recuerdo haberme entrevistado con él, junto a la máxima directiva de la Federación Industrial Ferroviaria, que agrupaba a más de 35 mil obreros y empleados. Debo reconocer que tuvimos un diálogo abierto, claro y positivo, y resolvimos un problema que llevaba meses sin solución y que había provocado dos largas huelgas. El *Paleta*, como popularmente lo habían bautizado, «se paleteó». Juvenal Escobar, presidente de la Federación; Domingo Collao, presidente de la Unión de Obreros, y Fernando Arriagada, presidente de la Federación Santiago Watt (maquinistas y fogoneros), todos socialistas, así lo reconocieron por escrito y en una multitudinaria asamblea. Yo también, como su abogado.

En materia agraria no hubo nunca ni acuerdo ni acercamiento. Ni las tenaces advertencias de los Estados Unidos para que se hiciera una reforma en profundidad del agro, lograron conmover a los viejos conservadores del gobierno, y lo que se hizo en esta materia no llegó a ser ni siquiera un remedo de reforma. El hecho de haber perdido el tercio en el Congreso, tras las elecciones parlamentarias, hizo que Alessandri modificara su gabinete, incorporando al Partido Radical, viejo partido regalón de su padre, el inefable León, Arturo Alessandri Palma.

En esa época el lenguaje comienza a ser el de la Revolución Cubana, y lo usábamos todos (no olvidemos que la llegada de Fidel Castro fue aplaudida por un amplísimo sector político, que

excedía a socialistas y comunistas). Además, las angustias de los sectores más desposeídos se tocaban con la indigencia, y justificaban el lenguaje revolucionario.

La consigna de «Pan, techo y abrigo», del año 38, seguía siendo una utopía para la inmensa mayoría del país. Había que terminar con la miseria y la injusticia ya. La revolución estaba amparada por la necesidad de justicia social y el brutal egoísmo de la derecha, incapaz de solidarizar con los pobres. Extensos sitios eriazos a la espera de especular con el precio del suelo; fundos y haciendas de cordillera a mar, las más de las veces sin trabajar, eran una burla al hambre y la falta de protección de los campesinos, que ni siquiera podían sindicalizarse. La importación de artículos de lujo, exacerbada por Alessandri al extremo de producirle a su gobierno un feroz déficit en la balanza comercial, resultaba absurda para el escaso poder adquisitivo de la gran masa. Y sin olvidar la descarnada explotación de las riquezas básicas, que poco o nada dejaban al país, especialmente del cobre, en manos de compañías americanas, como la Anaconda y la Kennecot. La alianza de centro derecha, compuesta por los partidos Radical, Liberal y Conservador, surgió en 1962, y tuvo como objetivo imponerse frente al avance comunista. Con vistas a las elecciones presidenciales de 1964 levantó la candidatura de Julio Durán Neumann, abogado y político radical, insolente, polemista temible, de extraordinaria calidad; hermano de Domingo Durán, dirigente nacional de la principal organización empresarial del agro, ácido, inteligente e igualmente polémico y polemista. Sin duda, Durán tenía posibilidades de triunfar. Pero la candidatura fue lanzada con excesiva anticipación, por lo que al llegar el momento de las elecciones, Durán se había desgastado y su programa había sufrido un notable desperfilamiento.

Poco antes de la elección presidencial, en marzo de 1964, debió efectuarse en la provincia de Curicó, bastión de la derecha, una elección complementaria debido a la muerte del diputado socialista, Oscar Naranjo, que era un médico muy querido en la comuna. El F'RAP le brindó su apoyo a Oscar Naranjo hijo, médico también, y que gozaba asimismo de la buena reputación de su padre.

La izquierda, especialmente los socialistas, se trasladaron en masa a la provincia de Curicó. Dormíamos en cualquier lugar y usábamos cualquier medio de transporte. El sacrificio era constante,

pero asumido con pasión y alegría. Vislumbrábamos claramente que tras esta elección estaba la próxima presidencial, y con Naranjo nos jugábamos al todo o nada con Salvador Allende. Para todo el país estaba claro que se trataba de un adelanto, y todos los ojos —y los esfuerzos políticos— estaban puestos en Curicó.

Por lo mismo, la campaña fue dura y conflictiva. Entrábamos a los fundos con o sin autorización, organizábamos a los campesinos y les hacíamos perder el temor a sus patrones de derecha y *durranistas*. Los encuentros de cierta violencia eran constantes. Recuerdo que las brigadas de choque de la alianza derechista las comandaba un famoso boxeador retirado, que había sido campeón de Chile y sudamericano, una joya de este deporte: *El Eximio Fernandito*. Más de una vez yo mismo lo había visto y admirado en el tradicional Caupolicán. Con sus *boys* tenían sembrado el terror en las comunas agrarias. La fama, y el matonaje organizado, les estaban rindiendo frutos.

Un día nos avisaron desde Romeral que la brigada derechista estaba haciendo de las suyas en la comuna, que era de mayoría y alcalde socialistas; entonces nos trasladamos un pequeño grupo dirigido por los hermanos Scappini, dos jóvenes empresarios de ropa masculina, militantes y verdaderos hinchas del Partido (vestían gratis a la mayoría del Comité Central). En un callejón cercano a uno de los mayores fundos de la comuna, nos encontramos de sopetón con el grupo de choque. Al frente venía el famoso boxeador. Yo ya me veía metido en una trifulca de negro pronóstico para nosotros. Se adelantaron los cabecillas, y Scappini, cuando ya estaban cerca, le gritó: «...Así que vos, buevón, soi el famoso Fernandito... hacía tiempo que me quería comer un pavito así...» Y mientras Fernandito se ponía en parada de combate, seguramente desconcertado ante el atrevimiento, una bravuconada a la que no debe haber estado acostumbrado, Scappini le dio tal mamporro que lo tendió en la tierra. Hasta abí duró el enfrentamiento. La fama de la paliza se extendió de tal forma que nunca más tuvimos problemas.

El resultado de la elección fue un desastre para la derecha, hasta entonces ampliamente mayoritaria en la provincia. Oscar Naranjo hijo fue elegido diputado, y el hecho tuvo una enorme repercusión nacional. El desconsuelo y la desesperación invadieron

a la derecha, que veía que los partidos marxistas podían triunfar en las próximas elecciones presidenciales. El Partido Radical se retiró del gobierno, produciendo una corrida de votantes hacia el candidato de la DC, Eduardo Frei, y hacia Allende. Los conservadores y liberales vieron en la persona de Frei Montalva la única manera de frenar al candidato marxista, Salvador Allende, en su carrera hacia La Moneda. En la elección de 1958, Allende había obtenido una alta votación, por lo tanto en esta elección podía salir electo. Las estadísticas así lo demostraban.

Tras el resultado de la complementaria en Curicó, la carrera presidencial se polarizó, enfrentando directamente a dos candidatos: Eduardo Frei, candidato de la Democracia Cristiana, a quien apoyó la derecha como el mal menor, después del «naranjazo», y Salvador Allende, representante de la izquierda reunida en el FRAP. El candidato del Frente Democrático, Julio Durán, mantuvo su postulación para no quebrar al Partido Radical, pero la elección se redujo al choque entre dos ideas: la Revolución en Libertad o la Revolución Socialista.

Producto del enfrentamiento entre ideas excluyentes, la izquierda pura y dura, fue derrotada por la centro derecha, que se impuso con los siguientes resultados: Eduardo Frei, 1.409.012 votos (56,09%); Salvador Allende, 977.902 votos (38,92%), y Julio Durán, 125.233 votos (4,99%). El porcentaje que obtuvo Frei, y que le dio la Presidencia por mayoría absoluta, recogió la votación de la derecha y de grandes mayorías, esperanzadas con la Revolución en Libertad que les ofrecía la Democracia Cristiana. Allende había subido ostensiblemente su votación con respecto a 1958, aunque no lo suficiente para triunfar. Una vez más, Salvador Allende demostraba que tenía la razón. El país no estaba en condiciones de soportar la radicalización programática e ideológica que se le ofrecía con el FRAP. Este mismo error de análisis lo cometería más tarde la derecha, en 1970. La política chilena estaba dividida en los clásicos tres tercios: derecha, izquierda y centro.

Jorge Prats Echaurren, candidato apoyado por grupos nacionalistas y corporativistas, que venían de la antigua Unión Republicana, del agrario laborismo, o del ibañismo, agrupados ideológicamente en torno a la revista *Estanquero*, que dirigía Prats, se retiró de la contienda después del duro golpe que había dado el

«naranjazo». Muchos de sus partidarios se inclinaron por Salvador Allende, como una forma de parar a la derecha que ya apostaba por Frei. La vieja odiosidad entre Ibáñez y Alessandri, manifestada con efectos devastadores para la derecha en la elección de don Pedro Aguirre Cerda, volvía a renacer y, en alguna medida, era como el reflujó del apoyo-alianza de estos grupos fascistoides expresado para el 4 de junio del 32, aunque sin posibilidades de traición, como en aquel entonces, por Dávila. La empatía era evidente con los socialistas, atendido el profundo anticomunismo de aquellos.

La derrota en 1964 ante Frei Montalva, aunque Allende llegó a superar el 38% de los votos, aumentando el apoyo electoral que en 1958 nos había hecho sentir tan optimistas, esta vez produjo efectos devastadores en la izquierda.

Apoyado por una derecha atemorizada por el ascenso de la izquierda, y con la ayuda de una insistente campaña del terror financiada por Washington, el primer Presidente latinoamericano salido de las filas de la Democracia Cristiana logró el 56% de los votos y pudo iniciar su Revolución en Libertad.

Aquella derrota extendió el escepticismo ante la vía electoral entre amplios sectores de la izquierda, en un momento histórico en el que la Revolución Cubana y la guerra de Vietnam ejercían un magnetismo difícil de contrarrestar con fríos porcentajes de votos. De hecho, en 1965 surgió el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), muy crítico con la izquierda tradicional, a la que acusaba de reformista, y con un discurso muy influido por el castrismo. En su origen, fue un desgarró de la Juventud Socialista, especialmente la universitaria con sede en Concepción y lo presidió Miguel Henríquez, su secretario general. Es la época en que se adoptan, y cobran enorme fuerza, los acuerdos de los congresos socialistas de Linares y Chillán, que literalmente descartan la vía electoral como camino para acceder al gobierno.

La gesta cubana de Fidel Castro encendió en Chile la mecha de la «revolución posible»; fue en ese sentido algo parecido a lo que sucedió inmediatamente después de la Revolución de Octubre en Rusia. Los hechos de Cuba, la caída por las armas del podrido régimen de Batista y la llegada al poder de Fidel Castro, el guerrillero heroico (de origen pequeño burgués, abogado, como la

mayoría de nosotros, que había partido de la nada y engendrado una auténtica revolución), se constituyeron en nuestro verdadero paradigma.

La Revolución de Mayo del 68 en París gatilló nuestras aspiraciones revolucionarias de jóvenes profesionales, cultos y progresistas. Carlos Altamirano Orrego, abogado y economista, extraordinariamente inteligente, atrevido, de discurso insolente y descalificador, políticamente imaginativo, ya le había puesto música propia a la Revolución Cubana, y con Daniel Cohn-Bendit le gritaban al Partido: «¡Atrévete! La revolución es posible y está cerca...».

La filosofía que nos inspiraba estaba contenida en las resoluciones de los congresos de Linares y de Chillán.

Linares: «El Partido descarta de hecho la vía electoral como método para alcanzar nuestro objetivo de toma del poder. Afirmamos que es un dilema falso plantear si debemos ir por la vía electoral o la vía insurreccional. El Partido tiene un objetivo: para alcanzarlo deberá usar los métodos y los medios que la lucha revolucionaria haga necesarios. La insurrección se tendrá que producir cuando la dirección del movimiento popular comprenda que el proceso social, que ella misma ha impulsado, ha llegado a la madurez y se disponga a servir de partera de la revolución».

Cbillán: «Como organización marxista leninista, plantea la toma del poder como objetivo estratégico a cumplir por esta generación, para instaurar un Estado revolucionario que libere a Chile de la dependencia y del retraso económico-cultural e inicie la construcción del socialismo. La violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Resulta necesariamente del carácter represivo y armado del Estado de clase».

Las declaraciones de Carlos Altamirano a su regreso de Cuba, en una conferencia dictada en julio de 1967 y publicada en *Punto Final* (número 31, del mismo mes y año), están en la misma tónica. Refiriéndose al gobierno de Eduardo Frei, parte afirmando que «el gobierno de Chile está integralmente comprometido en esta monstruosa conspiración reaccionaria, militarista, de yanquis y gobiernos títere, para aplastar los movimientos populares y revolucionarios latinoamericanos».

Por lo representativa que resulta del espíritu y del discurso socialista de la época, me parece de interés reproducir íntegra la

publicación, que da cuenta de las palabras de Altamirano a su llegada de Cuba:

«América Latina, gran nación desbecha en veinte repúblicas, tiene una superficie de 21.000.000 de kilómetros cuadrados y 240.000.000 de habitantes. El orden burgués y la explotación imperialista están cautelados por 1.200.000 guardias nativos de ejércitos profesionales al servicio del Pentágono. Vietnam del Sur tiene una superficie de 170.000 kilómetros cuadrados y 14.000.000 de habitantes. A pesar de la fantástica desproporción de fuerzas —600.000 *rangers* norteamericanos y 30.000 millones de dólares al año de gasto—, el sistema occidental, cristiano y capitalista de vida, no ha logrado ser impuesto en Vietnam por las potencias cristiano capitalistas. Si lograra materializarse la gran consigna lanzada por el comandante Ernesto Guevara, de vietnamizar América Latina, para mantener igual proporción de fuerzas, en consideración a la extensión del territorio y al número de habitantes, serían necesarios más de 15.000.000 de soldados yanquis en tierra latinoamericana.

«Cómo derrotar a los ejércitos profesionales nativos y a sus tutores armados yanquis, guardianes del sistema de vida capitalista en esta zona del hemisferio, es el gran dilema planteado a las vanguardias políticas continentales. Cuba —socialista y revolucionaria— nos entrega su respuesta clara, audaz, optimista y desafiante. Pretendo plantear, en forma por demás esquemática, la estrategia concebida por Cuba para lograr liberar a nuestros pueblos de la implacable explotación imperial, del hambre, del analfabetismo, del retraso y del subdesarrollo.

«En primer lugar, debo reconocer el profundo impacto psicológico y político que nos produce Cuba. Allí logramos entender por qué Debray dio a su ensayo el título de: *¿Revolución en la revolución?* En Cuba, en estos instantes, se vive una revolución en la revolución: el escenario, los actores, los temas y la trama del gran drama histórico latinoamericano, han cambiado radicalmente.

«La estrategia y las tácticas de las vanguardias políticas hasta ahora utilizadas, han sido sometidas a una profunda revisión y a una implacable crítica dialéctica. En primer lugar, el escenario en que nosotros estamos acostumbrados a actuar, es el de nuestros respectivos pequeños países: el escenario chileno, el escenario

argentino o el de Brasil; incluso para Cuba, el escenario era Cuba. Hoy día, el escenario donde se representa el gran drama continental es América Latina.

«No son más sus estados compartimentos. Los actores, los antiguos actores de la vieja y gastada comedia continental, han sido desahuciados definitivamente. Los Haya de la Torre, los Betancourt, los Figueres, los Frondizi y los Frei, todos ellos, ya no tienen vigencia en el proceso histórico desatado en Cuba. Los unos por ineptos e incapaces, los otros por traidores y vendidos al estatus imperialista.

«Nuevos nombres ocupan el firmamento político continental, todos hombres jóvenes: Fidel Castro, Che Guevara, Camilo Torres, Douglas Bravo, Fabio Vásquez, Marulanda, César Montes, Yon Sosa, Hugo Blanco, son los auténticos protagonistas del gran acto histórico iniciado en nuestro continente, como ayer fueran Bolívar, Sucre, San Martín y O'Higgins. Los temas y la trama de la historia también se están escribiendo de manera distinta. Sería como comparar una vieja tragedia clásica de Shakespeare con un moderno drama de Ionesco. Nosotros, formados en la vieja escuela del teatro clásico, aún continuamos hablando de alianzas políticas, de pactos electorales; en Cuba, nadie habla de alianzas políticas, ni de pactos electorales; ellos preguntan por los frentes guerrilleros. Aquí nosotros hablamos de partidos políticos, allá ellos hablan de ejércitos del pueblo.

«A la antigua lucha electoral y pacífica ellos contestan con un audaz llamado a la lucha armada, revolucionaria en escala continental. A las vanguardias de clases (de obreros y campesinos civiles) ellos oponen las vanguardias militares (de obreros y campesinos guerrilleros). Para ellos, político revolucionario es el que se hace en el combate guerrillero, de la sierra o de la montaña, no el que se forma en la lucha municipal, sindical, o en los pasillos parlamentarios. Político revolucionario es el que lucha por establecer un poder revolucionario para desde allí realizar auténticos cambios revolucionarios.

«No son políticos revolucionarios los que aspiran a mantener o restablecer hipotéticas garantías individuales dentro de farsas democráticas representativas. En Cuba, lógicamente no interesa una victoria electoral o el resultado de una huelga general; les preocupa

sí, intensamente, la conquista de nuevas posiciones en las montañas del Bachiller, en Venezuela.

«En síntesis, en Cuba se está viviendo otro universo conceptual e ideológico; se escuchan otros temas; otros son los actores, protagonistas del rico y explosivo proceso histórico continental ya en marcha. Explicar, aunque sea someramente, la nueva estrategia de lucha planteada por Cuba para enfrentar a los imperialistas, es la tarea que me he propuesto.

«En primer lugar, el supuesto esencial sobre el cual descansa esta estrategia, es que la batalla por la libertad de América, básicamente, debe librarse contra el imperialismo norteamericano. El es el enemigo número uno. Estados Unidos se ha convertido no sólo en el centro y líder del capitalismo monopolista mundial, sino también en su defensor y ejecutor armado.

«Las burguesías latinoamericanas y sus gobiernos títeres son simples lacayos del imperialismo. Ninguna de ellas puede subsistir sin la ayuda financiera norteamericana y sin el apoyo militar y policial del Pentágono y de la CIA.

«El retiro del apoyo financiero, económico y militar yanqui, significaría la inmediata caída de las castas gobernantes latinoamericanas. Ellas y ellos lo saben. Por eso, también el imperialismo se torna cada vez más agresivo e instruye a los gobiernos títeres de América para adoptar formas comunes de lucha para derrotar la insurgencia espontánea y masiva de los más vastos y variados sectores de obreros, campesinos y estudiantes latinoamericanos.

«A esta estrategia común del imperialismo debe oponerse una estrategia común de los revolucionarios. A la fuerza interamericana de paz de los reaccionarios, debe responderse con la fuerza armada guerrillera, continental, de los revolucionarios. El imperialismo está actuando coordinadamente. Su cuartel general es el Pentágono y la CIA. Sin embargo tiene el cinismo y la desvergüenza de condenar la proyectada unidad de las vanguardias políticas revolucionarias latinoamericanas, expresadas en la OIAS.

«En el hecho, la fuerza interamericana, 'de paz' ya ha sido creada y está en plena acción. Nuestro propio gobierno, con su acostumbrada hipocresía, la niega en el derecho, pero la acepta y la justifica en los hechos. Los altos mandos del Ejército chileno

concurrieron el año pasado a una reunión conjunta de todos los ejércitos en Buenos Aires. En estos mismos instantes los servicios de inteligencia militar de Chile y de América Latina están congregados en Bogotá para estudiar 'los métodos para afrontar la constante subversión guerrillera comunista-castrista en el continente'. Así dice el cable.

«El gobierno chileno no lo ha desmentido. Y a esa misma hora y fecha, los altos mandos de las fuerzas aéreas de Chile y del continente se reunieron, con iguales finalidades en Caracas. Cerca de 35.000 oficiales de los ejércitos profesionales latinoamericanos, entre los cuales lógicamente se cuentan los chilenos, se adiestran anualmente en Panamá, en la lucha antiguerrillera norteamericana. Chile año a año realiza operaciones Unitas con la armada y el ejército yanqui, y las armadas y los ejércitos de otras naciones de esta zona del hemisferio. En consecuencia, nadie puede negarlo.

«El gobierno de Chile está integralmente comprometido con esta monstruosa conspiración reaccionaria, militarista, de yanquis y de gobiernos títeres, para aplastar los movimientos populares, revolucionarios latinoamericanos. Por eso la lucha es fundamentalmente contra el imperialismo. Sus objetivos son claros y precisos. Por una parte, aspira a integrar las economías de nuestras naciones a sus grandes consorcios monopolistas, financieros, industriales y comerciales, a través del llamado 'mercado común'; y por otra, pretende integrar nuestro Ejército y los aparatos represivos de la hurguesía, al Pentágono, a través de la 'Fuerza Interamericana de Paz'. Así, rápidamente, estamos marchando hacia la 'portorriqueñización' de América Latina.

«En Cuba no hay dudas acerca de que el imperialismo será derrotado en Vietnam. Al respecto, quiero recordar brevemente la inolvidable entrevista sostenida con el embajador del Vietcong en La Habana, quien ratificó su fe absoluta, inquebrantable, en la victoria final sobre el imperialismo. No deja de impresionar hondamente escuchar a un hombre pequeño, armado de la vieja calma y cortesía oriental, expresar con suma tranquilidad, sin el menor asomo de jactancia: 'Nosotros vamos a ganar; los norteamericanos nos han invadido con más de 600.000 hombres, dotados de todos los armamentos más modernos, incluso han

recurrido a la guerra química y bacteriológica; este año 1967, van a elevar el contingente a 1.000.000 de soldados, y según nuestras informaciones, en el curso de los próximos años pueden llegar a disponer de 2.000.000 de soldados. Sin embargo, no nos derrotarán. Nosotros también estamos en condiciones de oponer un contingente similar de hombres para repeler la criminal invasión extranjera'.

«En Cuba se piensa que la derrota del imperialismo en Vietnam, necesariamente los va a obligar a replegarse sobre su 'patio trasero'. Indudablemente apretarán aún más la soga puesta al cuello de América Latina. Por eso la lucha será dura y será más larga, pero siempre será victoriosa. Y por eso, también, la inmensa importancia que atribuyen a la lucha del pueblo vietnamita. Este año lo llaman 'año del Vietnam heroico', y en todos sus actos, en sus emblemas de agitación, en sus banderas de lucha, destacan en forma muy particular la heroica gesta escrita por este pequeño país en su lucha a muerte en contra de la potencia más poderosa y criminal de la tierra.

«También tuvimos oportunidad de extendernos, en nuestra conversación con Fidel Castro, sobre las consecuencias económicas del imperialismo. Como siempre, presentó una visión nueva, original y personal sobre este tema. Hablábamos de lo que significa para nuestros pueblos el saqueo imperialista. Con alguna costumbre un tanto cansadora, recordábamos cifras acerca de lo que los norteamericanos nos roban: 2.000 a 2.500 millones de dólares anuales.

«La respuesta de Fidel vino rápida, en la forma simpática y sencilla con que él lo sabe hacer: 'Mira, chico, lo más importante no son los 2.500 millones de dólares que nos roban; si de mí dependiera, haría un trato con estos imperialistas; quédense con los 2.500 millones de dólares, pero no impidan el progreso y el desarrollo de América Latina. Ellos son los guardianes de un sistema que mantiene el retraso y el estagnamiento. Este significa para América Latina mucho más de 2.500 millones de dólares anuales. Haríamos un buen negocio si ellos se quedaran con los 2.500 millones de dólares; pero, en cambio, nosotros pudiéramos hacer progresar a nuestros pueblos a través de auténticos cambios revolucionarios'.

«En segundo lugar, supuesto también esencial de esta estrategia, es que la lucha por la emancipación debe darse conjuntamente en el plano continental. Para Cuba está claro que ningún país podrá, independientemente, conquistar su plena soberanía. La lucha de cada pueblo, es la lucha de todos, y la victoria de uno, asegura y afianza la victoria de todos. En buenas cuentas se reivindica la vieja estrategia bolivariana: la lucha deberá librarse, al igual que el siglo pasado, en todo el amplio y vasto escenario hemisférico. Indudablemente, surge una inmensa similitud entre estas dos egregias figuras latinoamericanas: Bolívar y Fidel Castro. Si bien el marco histórico en que actúan es totalmente diferente, la grandiosa tarea propuesta los iguala en su noble finalidad: independizar y unir en una sola gran nación a América Latina.

«Bolívar fue el hijo romántico de una revolución democrático-burguesa; en cambio, Fidel Castro es hoy el símbolo vivo y dinámico de una revolución proletaria y marxista. Simón Bolívar combatió por la independencia política de nuestras naciones, inspirándose en los grandes ideólogos del siglo XVIII y en el ejemplo de la Revolución Francesa. Fidel Castro construye la primera sociedad socialista en América Latina, adoptando como filosofía la concepción 'marxista-leninista' y basándose en el ejemplo de la victoriosa revolución bolchevique de la Unión Soviética.

«Las grandes batallas que dieron la independencia política a América Latina en el siglo pasado, no sólo fueron ideológicas, fueron fundamentalmente armadas. La independencia de la metrópolis española se conquistó en los campos de batalla de Boyacá, en Colombia; de Carabobo, en Venezuela; de Maipú y Chacabuco, en Chile; de Junín y Ayacucho, en Perú. Igualmente, las grandes batallas libertadoras de hoy se están dando en las montañas del Barciller y del frente de Falcón, en Venezuela. Para Cuba todos estos frentes, guerrilleros y armados, deben responder a una estrategia común, de manera tal, que sea un solo gran frente de liberación el que se ramifique a lo largo de nuestro continente y el que enfrente victoriosamente al imperialismo. Para Cuba, evidentemente, la emancipación de nuestros pueblos no se logrará a través de los cauces pacíficos. Ellos desechan esta vía en las relaciones internacionales dominantes en nuestro continente.

«El imperialismo la ha negado, y de hecho impone su 'manera

de vivir' por la vía armada. En consecuencia, la libertad de los pueblos de América Latina será fruto de su propia lucha: será producto de grandes combates armados librados por nuestras naciones. La lucha debe ser armada.

«El imperialismo no será derrotado por la vía pacífica. Al imperialismo no se le derrotará con buenas palabras o conquistando el poder por la vía electoral. En definitiva, el enfrentamiento final entre imperialismo y revolución se decidirá en el campo armado. Por esto, Cuba no cree que sea posible trasplantar mecánicamente la política de la coexistencia pacífica a nuestra realidad continental. Para ellos, la política exterior de la Unión Soviética 'cabalga en un error estratégico'; en cambio, la política internacional de China 'cabalga en un error táctico'. Esto quiere decir que la concepción general de la Unión Soviética para enfrentar los grandes problemas internacionales es equivocada; no así su conducta táctica, la cual es alabada sin reticencias por los cubanos. Aún más, están profundamente reconocidos de la ayuda soviética y del respeto absoluto mantenido por esta nación frente a las decisiones del gobierno cubano.

«En cambio, los lineamientos generales de la política internacional china serían más justos, pero tácticamente se habrían manejado con torpeza y falta de diplomacia, lo que les habría enajenado la amistad de más de un país socialista. Según Cuba, las condiciones objetivas y subjetivas para promover procesos revolucionarios en nuestros países están dadas. 'No son condiciones las que faltan, dicen, sino revolucionarios'. Además, piensan que para que esta lucha se dé en condiciones estratégicas adecuadas, es necesario dar cima a la suprema aspiración del comandante Guevara, concretada en un mensaje enviado a la Tricontinental, cual es: 'Vietnamizar América Latina. Tres, cuatro o cinco Vietnam en América. Muchos y grandes focos de lucha armada y guerrillera en nuestros países. Esta es la consigna de la hora presente'».

Es en esta conferencia donde Carlos Altamirano sitúa la estrategia a seguir, que luego será contextualizada en el famoso Congreso de Chillán, apoyada por la mayoría del Partido y manejada hábilmente por el naciente ELN (Ejército de Liberación Nacional), conocido como los *elenos*, dirigidos especialmente por Arnoldo Camú, joven y brillante abogado laboralista, y Rolando

Calderón, importante dirigente campesino.

Personalmente fui derrotado con la lista que concurrí al Congreso de Chillán en el Congreso Regional de Santiago, que dirigía Clodomiro Almeyda, no porque renegara del carácter revolucionario de nuestra lucha, sino porque creía firmemente que las condiciones de Chile no tenían mucho que ver con las de la Cuba de Fidel. Castro surgió allá para poner término a un dictadura brutal, la de Batista, que tenía a su país en la miseria más absoluta, con una dependencia total del imperialismo americano y transformada en el prostíbulo de Estados Unidos, desde donde los cubanos incluso importan el pan de cada día, y que ha contado en los inicios de su lucha con el apoyo de Estados Unidos y la oposición del Partido Comunista cubano.

Creo firmemente que las circunstancias de Chile, la organización de los partidos populares y el ascenso de la lucha social, hacían perfectamente posible la lucha electoral para aspirar al poder y desde allí, en democracia, realizar el socialismo al que aspiramos. Seguramente estas afirmaciones mías, reiteradas en cada evento partidario en el que participé, me valieron la descalificación de algunos, como «reformista encubierto» y fueron la razón para que nunca viajara a Cuba o la Unión Soviética, como lo hizo la mayoría de los dirigentes del Partido.

Salvador Allende sí logró llegar al Congreso de Chillán y, entre pifias y abucheos, destaca su absoluta oposición «a la radicalidad con que irresponsablemente se está actuando». Defiende la posibilidad de llegar a un gobierno socialista por la vía electoral y de respeto a una democracia que, aunque imperfecta e injusta, hace posible que el ascenso social la cambie y perfeccione bajo sus mismas reglas. Hace ver que él más que nadie había defendido y apoyado a la naciente revolución cubana, pero que la lucha guerrillera que llevó a Fidel al poder no es lógico pensarla para Chile, cuya organización política e institucional ha madurado lo suficiente como para establecer un socialismo genuinamente democrático. En el fondo, es la base del «socialismo chileno con sabor a empanadas y vino tinto» que impulsará en su gobierno.

Su valiente defensa del socialismo democrático fue derrotada en medio de la alborotada alienación general del Congreso. Las cartas estaban echadas y, digámoslo con franqueza, a partir del

Congreso de Chillán, ninguno de los que pensábamos distinto formuló un juicio de reproche ideológico. Más bien asumimos el discurso teórico, aunque en la práctica seguimos apasionadamente luchando en la llamada «vía electoral».

Yo sufrí los avatares políticos de la época, 1965. Por la aceptación que despertaba en los principales sindicatos de la capital, el Partido me pidió que fuera candidato a diputado por el Primer Distrito. Mi votación aseguraba —en un mal momento— por lo menos un diputado y hasta, con mucha suerte, podríamos optar a un segundo, que sería yo. Hice una campaña de esfuerzo, con muchos activistas voluntarios de la FIC, del sindicato de la CCU, ferroviarios, panificadores... pero no fue suficiente, y por estrecho margen se nos fue la opción: salió elegida sólo Carmen Iazo.

Corre el año 69, el Partido Socialista ha crecido y se ha vuelto a consolidar. Es como las crisis cíclicas del capitalismo: a la deflación electoral del año 65 sigue en el Partido una época de auge en las elecciones del 69, que culminará exitosamente en marzo del 73, con ya casi tres años de gobierno de Salvador Allende.

El Partido ha tenido un agotador debate en la designación del candidato presidencial. Las corrientes internas se han debatido entre Altamirano, Allende y Aniceto Rodríguez. Tal vez si Carlos Altamirano no hubiera sentido que traicionaba su discurso teórico, su aparente incredulidad en las elecciones como medio para alcanzar el poder, habría sido elegido. Podía armar una fácil mayoría. Aunque difícil que los comunistas lo hubieran admitido. Altamirano se abstiene de participar en la lucha interna.

Luchando contra las abstenciones (que lo derrotaron por estrecho margen), Salvador Allende es elegido candidato a la Presidencia de la República por cuarta vez, aunque ahora con una cuota de escepticismo mucho mayor y la paradoja que siempre nos acompaña: la gran mayoría de la dirección partidaria no cree en él, tanto porque es masón cuanto por su reformismo.

Pero este escepticismo corre por cuenta de los dirigentes, y no del «pueblo socialista», que quiere y sigue a Salvador Allende. A mí tampoco me cundió el desaliento o el escepticismo por la vía electoral. Estaba muy convencido —Raúl Ampuero de por medio— que la revolución chilena era otra cosa que el guerrillerismo del Che, con todas las variantes manejadas en la época: «La guerrilla

urbana», «la teoría del foco», el «maoísmo» al que durante un tiempo adhirió Clodomiro Almeyda, el leninismo, etc., etc.

Fui elegido candidato a diputado por el Primer Distrito de Santiago, junto a Carmen Lazo, que ya es parlamentaria muy destacada y popular; su reelección con gran mayoría es indudable y en ella se cifran las esperanzas de que el Partido obtenga dos diputados en el distrito. Yo era un abogado joven que ejercía su profesión con bastante éxito, exclusivamente entre los trabajadores. Ferroviarios, ETC, Fanaloza, Madeco, Mademsa, Canacempu, panificadores, CCU, desfilan por mi despacho profesional y yo por sus sedes sindicales o por sus industrias. Por mi manera de ser, por la amistad que trabé con los dirigentes sindicales del partido, por mi historia, junto con asistirlos jurídicamente, soy también un activista político y a menudo un dirigente más.

Mi campaña se desarrolla fundamentalmente con los gremios que atiendo y unos cuantos abogados amigos, generalmente del Partido, mis hermanos y mi mujer; todos me hacen afiches sobre diarios en sus casas, y entre los sindicatos, los abogados y algunos médicos compañeros de mi hermana Adriana (la Nanita), me financian veinte frases diarias en cuatro o cinco emisoras capitalinas. El Partido me aporta un buen número de afiches en colores, donde bajo mi foto se puede leer «Un abogado joven para defender a Chile». Yo apporto, a mi vez, casi todos los honorarios que gané en un juicio colectivo de los obreros de Madeco, por sus imposiciones. El gerente general de Madeco era José Zabala de la Fuente, con quien nos volveremos a encontrar muchos años después en España, en una reunión hecha para obtener el apoyo de los españoles a nuestra lucha contra la dictadura. Para mí fue una grata sorpresa, que me ayudó a desatar más el tradicional nudo de sectarismo que nos ataba a los socialistas.

Trabajamos básicamente con mis hermanos Ique, la Nanita y la Mari, mi sobrino Hernán Vodanovic, mi hija Viviana, el *guatón* Rodríguez, de la Cuarta Comuna, y algunos dirigentes de la ETC, como Alfredo Barraza, presidente del gremio de choferes, Valdés (el *Conch 'e su madre*, que así le decíamos porque era la frase que tenía más a flor de labios), Manuel Pérez Villarroel, presidente de los obreros de la ETC. También con Carlos Lastra Segovia y el *Choro* Pérez, ambos de la Segunda Comuna, mi comuna, que

luego serán mis secretarios; y dirigentes de los matarifes terneros, que dirige mi compañero y gran amigo Rosamel Cerda, donde estamos muy implantados, además de que yo los atiendo legalmente.

Todos bajo la batuta de Jorge Ocampo Barberis, salimos noche a noche a pegar afiches. Siempre en las comunas se incorporan compañeras y compañeros que quieren cooperar. Felizmente disponemos de buena movilización: los autos de mis hermanos, el mío y el del rucio Ocampo, nuestro abogado y protector de las primeras salidas nocturnas, cuando yo tenía 15 años y el rucio salía a cuidarnos con un tremendo pistolón en la chaqueta.

El descanso final en las salidas es el más entretenido. Nos juntamos en Franklin, cerca de San Diego, en el boliche de un compañero que prepara los mejores cocidos, parrilladas caseras, chunchules, ubres y criadillas del barrio Matadero. El más contento y orgulloso en el sector es mi hermano Ique, que está en su salsa, no en su calidad de abogado, sino de fanático del Magallanes, que en ese sector sienta sus reales. Se encuentra con amigos de la Academia, como jactanciosamente llaman al equipo en todo el barrio y cuesta sacarlo de los comentarios deportivos y sociales, aunque debo reconocer que constituye un fuerte impulso a mi candidatura, pese a que todos saben que soy colocolino, el mayor rival del equipo albiceleste. Eso no importa para nada; mi hermano mayor es querido, conocido y amigo del barrio. Todos saben que es un hincha fanático de su club, y yo creo que desde antes de nacer, lo llevaba y lleva en sus genes. Hoy, que vive en Alemania y que el viejo Magallanes, el de la bandita, está defendiéndose en la Primera B, la ex Segunda División profesional, mi hermana Mari y mi sobrino Hernán, su regalón, le mandan videos con las actuaciones del Magallanes. Ambos, por supuesto, comparten la locura magallánica.

Aunque sea una extemporánea digresión, permítanme un recuerdo personal: cuando yo estaba en la Penitenciaría de Santiago, allá por el 75-76, jugaba fútbol por el Magallanes: era el único «prisionero de guerra» que integraba un clásico equipo de la Peni, y no lo hacía por el Colo Colo, porque éste era el equipo de los cogoteros y otros «patos malos», calificados de «pitirratas», es decir, lo más bajo de la escala delincencial, por los delincuentes

serios y distinguidos como los pistoleros que, junto a nosotros, eran los «top». Jerarquía muy estricta, y observada por los «jaivos funados» como yo. En un gesto que habla muy bien de la calidad humana de los dirigentes del Magallanes, mi hermano consiguió que el equipo, con bandita y todo, fuera a jugar con su homólogo en la irregular cancha de la Penitenciaría de Santiago. «Magallanes, Magallanes... cogollito de claveles, en el mundo no hay pinceles para pintar tus colores... Magallanes, Magallanes...». Y la bandita estremeció los aparentemente duros corazones de casi dos mil delincuentes condenados a más de cinco años y un día cada uno... los peores: entre ellos, nosotros. En una cancha pedregosa, jugábamos con rebote en las paredes.

No siempre las salidas nocturnas para pegar afiches durante la campaña terminaban en el barrio Matadero. Otras veces nos juntábamos en el Mercado, donde «El rey del pescado frito» restaura nuestras gastadas energías con un buen caldillo o unas presitas de pescada frita. El vino corre generoso, y eso de «si bebes no conduzcas», todavía no está en la orden del día del país. Las tallas y las anécdotas circulan con rapidez, y los cbascarros alimentan la imaginación. Es realmente entretenido, y cada noche de salida somos más amigos. A veces nos ponemos serios y hablamos de política, sobre todo de cómo miramos el futuro y qué vamos a hacer para sacar al *Chicho* Presidente. Es nuestra obsesión. Qué lindo... ¿verdad?

Dirigentes sindicales del Banco del Estado investigan los créditos políticos otorgados en los últimos años de gobierno DC, durante la presidencia del señor Alvaro García (el mismo de las indemnizaciones millonarias en la ENAP, ahora último). Al examinarlos detenidamente concluyo que son bochornosos, por decir lo menos. Los denuncié públicamente y exijo que el Banco del Estado rectifique su conducta lesiva para Cbile. Están comprometidos más de cincuenta millones de dólares de la época.

La campaña, en lo personal, ha sido azarosa y saturada de pequeñeces, de esas pequeñeces que mi pasión de socialista se niega a admitir. Mi compañera de lista ha sentido amenazada su extraordinaria popularidad con mi presencia y, a través del *Paco* Lira (Eugenio Lira Massi), ingenioso periodista de *El Clarín*, sin conocerme, me dispara con saña en el sentido de que «una gran luchadora del pueblo quiere ser desplazada por un abogado pije y

con dinero». Parte de su campaña me la dedica con acusaciones de este tipo. Tengo menos de 40 años y cargo ya 25 años de ininterrumpida y trabajada militancia; prefiero no contestarle.

Salimos elegidos los dos. Como inteligente corolario de tan «fraterna y solidaria» campaña, la *Negra* Lazo destaca su mayoría declarando: «Aquí estoy... con mi bacalao a la espalda».

Es el momento de la lucha en Venezuela contra la dictadura eterna de Pérez Jiménez, y la solidaridad abierta y comprometida con la socialdemocracia, representada por Acción Democrática y sus líderes en la clandestinidad. Los socialistas chilenos expresamos nuestro afecto y apoyo de todas las formas posibles: actos de masa o culturales con la presencia de sus principales líderes, discursos y acuerdos en el Senado de denuncia a la persecución de los principales partidos de oposición y a la carencia total de libertad. Por Chile desfilan Rómulo Gallegos y Rómulo Betancur, Jorge Dager y Vicente Rangel, hoy vicepresidente de su país; a ambos los tuve como exilados en mi casa. El Partido expresa día a día su activo y solidario internacionalismo latinoamericano.

Como si habláramos del presente, vivimos una de esas extrañas etapas de la vida partidaria durante las cuales florece el doble lenguaje y proliferan las tendencias, aunque muchas de ellas puedan y deban ser calificadas de facciones: partamos por los *guatones* de Aniceto, clásicos reformistas que de la boca para afuera, abominan de la socialdemocracia europea, por reaccionaria, pero en el fondo es su modelo; elogian a Fidel y a su revolución, pero tanto a él como al Che Guevara, los siguen considerando independientes de la URSS. Su discurso en este sentido —a mi juicio razonable— es que «Estados Unidos los está empujando al comunismo». En la práctica diaria han perfilado al Partido como muy comprometido con las luchas y conquistas populares, rechazan el lenguaje sofisticado de los teóricos del marxismo y lo reemplazan por una jerga atrevida y populista. Mario Palestro, la *Negra* Lazo, Carlos González Yaksic, son sus prototipos. Y los lidera, como es natural, Aniceto Rodríguez, un hombre bueno y honesto, sin vicios, famoso por su monogamia absoluta (adora a su Anita Cisneros); tiene la imagen del luchador, del revolucionario, y los gestos y actitudes del hiperkinético. Como lo definió Eugenio González, es «la simulación perfecta de la energía». La base más popular del partido

lo quiere, lo siente suyo. Son los que desplazaron a Raúl Ampuero, luego del Congreso de Linares del 64.

Luego están los *guatapiqueros* del Regional Cordillera, mezcla de antiguos trotskistas, más que nada anti estalinistas y «socialistas revolucionarios», latinoamericanistas y nacionalistas a la vez, muy en el estilo de los fundadores, y descendientes directos, yo diría, de Raúl Ampuero. Al dictador soviético le endilgan toda la perversidad del mundo, lo que él mismo se encarga de confirmar en la práctica. «El marxismo-leninismo no es totalitario ni antidemocrático *per se*, sino por la desviación ideológica a que lo lleva Stalin», afirman.

Los *guatapiqueros* estaban encabezados por el doctor Jorge Mac Ginty, viejo trotskista, gran teórico, muy inteligente y cultísimo, de mirada larga (fue de los primeros en alertar sobre el golpe de Estado), amigo de Salvador Allende, había trabajado con él cuando fue ministro de Salud. Sostenía siempre que el futuro Presidente era «más revolucionario que diez Altamiranos juntos». Otro de ese grupo era Alejandro Jiliberto Cepeda, abogado serenense, luego diputado por Coquimbo y Ovalle, inteligente y pragmático, honestamente socialista y revolucionario, más proclive a formar un Partido de cuadros que fuera capaz de asaltar el poder, aunque experto electoral a la vez, que entendía el ejercicio parlamentario como el ejercicio del activismo revolucionario. Comandaba también el lote de los *guatapiqueros*, Juanito Bustos, abogado estudioso y tenaz que llegaría a ser uno de los grandes juristas e investigadores del Derecho Penal y la criminología, de gran e importante producción jurídica, el primer catedrático latinoamericano ¡en 500 años! nombrado en España, luego de doctorarse en Alemania y en España misma, durante su exilio de varios años. En ese entonces era un responsable dirigente del Regional Cordillera, pero carente de carisma popular y condiciones de liderazgo. Hoy es uno de los mejores parlamentarios socialistas y sigue asociado a la idea de un socialismo muy de izquierda, tal vez un poco Victoriano. Con todo, los del Cordillera eran manifiestamente propensos a asumir los procesos electorales como el medio más idóneo para llegar a gobernar y desde allí al poder democrático, por eso es que participaban con mucho ahínco en las elecciones parlamentarias y fueron grandes allendistas en la práctica.

Confieso que, sin participar como tendencia, fue el grupo del que me sentí más cercano.

Sin mayores estridencias, pero de hecho iniciando su despliegue partidario, cuyo dominio llegarán a consolidar en el Congreso de La Serena en 1970, había surgido lo que en mi opinión era realmente una fracción: los *elenos*, con dos vertientes, la que dirigía el abogado Arnoldo Camú y la otra encabezada por Rolando Calderón, dirigente campesino, cuya primera función había sido prestar apoyo a los dirigentes guerrilleros instalados con el Che Guevara en Bolivia y que luego del fracaso, decidió dedicarse de lleno a la revolución armada en Chile.

Carlos Altamirano Orrego, elegido secretario general del PS prácticamente por unanimidad en el Congreso de La Serena, no pertenecía a ninguna de estas tendencias en particular; viene del viejo PSP, igual que yo y los *guatapiqueros* y *guatones*, pero con su personalidad y su discurso, las articula, porque todos quieren estar presentes en el reparto de medallas por la revolución. Mantiene un círculo íntimo integrado, entre otros, por Carlos Lazo, Jaime Suárez, Darío Pavez, Manuel Valenzuela, y en el que, en gran medida, estoy yo, más que nada en razón de mi adhesión política y personal a Carlos, y por la confianza que en todos los planos me dispensa. También, aunque de manera diferente, está Alejandro Jiliberto, operador político hábil y contrapeso necesario, aunque no suficiente, con su grupo, el de los absorbentes *elenos*.

Altamirano es el prototipo clásico del pequeño hurgués ultra revolucionario, marxista leninista, de la época en que se mira con profundo desprecio a los reformistas, y por mandato expreso del Partido Socialista asume con plenos poderes la representación del principalísimo partido de gobierno, dirigido por un connotado socialista reformista o socialdemócrata, como Salvador Allende. De paso, en el Congreso de La Serena se barre, literalmente, con todo vestigio de allendismo o de expresiones simplemente socialistas cercanas a Aniceto Rodríguez, por «poco comprometidas con la revolución». Ni aun yo, inserto en la lógica del «altamiranismo» de la época, me logro explicar hoy día tan brutal contradicción, salvo por la alienación generalizada de la izquierda, obnubilada por la Revolución Cubana.

Pepe Tohá, Manuel Mandujano, Carlos Briones, Osvaldo Puccio

(padre), Fernando Arriagada (presidente nacional de la Federación Santiago Watt, uno de los más inteligentes y cultos dirigentes sindicales de alto nivel que teníamos), Waldo Iriarte (presidente de la Federación Industrial Ferroviaria), Agustín Álvarez Villablanca, más un pequeño lote proveniente del Partido Socialista de Chile, que se había escindido del tronco junto con Allende —cuando apoyamos a Carlos Ibáñez del Campo—, formaban el grueso del allendismo propiamente tal y, sin lugar a dudas, constituían una minoría partidaria, pero no ciudadana. Tampoco participé de este grupo como tendencia, pero allí estaban algunos de mis mejores amigos, desde luego los ferroviarios, de cuyos sindicatos fui abogado tantos años, y José Tohá, compañero de curso de mi hermano Enrique, en Derecho en la Chile, a quien nuestro núcleo había levantado como candidato a presidir el Centro de Alumnos de Derecho primero y luego la Federación de Estudiantes de Chile.

Allende quedó en una minoría partidaria tras definiciones como las del Congreso de Chillán, donde se llegó a proclamar que «la violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Constituye la única vía que conduce a la toma del poder político y económico y a su ulterior defensa y fortalecimiento». Allende, que apoyaba la Revolución Cubana, se opuso a la radicalización ideológica de su partido, porque creía inviable la estrategia guerrillera en Chile, que gozaba de sólidas instituciones democráticas y donde la izquierda marxista era una alternativa democrática de poder, algo insólito en América.

La verdad es que casi todos los parlamentarios socialistas nos sentíamos más realizados como activistas del Partido que como legisladores. Eso explica por qué prácticamente nunca nos quedábamos afincados en un distrito determinado o en una agrupación senatorial. Yo mismo recuerdo que, elegido diputado por el Primer Distrito de Santiago (las diez comunas más populosas del país), pasaba más tiempo en Chuquicamata, Calama o Antofagasta, atendiendo los conflictos laborales de la zona y el desarrollo de nuestras organizaciones partidarias, o estaba dedicado a la organización campesina en Talca, Linares, Illapel, Combarbalá o Santiago, generalmente fuera de mi distrito, junto a Laurita Allende, esa maravillosa mujer, llena de coraje e inteligencia, de una bondad infinita y una firmeza de carácter admirable, con la que me dedi-

caba a organizar a los sin casa en su distrito, pateando el barro o el polvo por Quilicura, Cerro Navia, Renca, o Conchalí.

Laurita era increíblemente simpática y tierna. Detrás de su carácter, yacía una enorme voluntad de hacer, una necesidad de levantar al caído, de proteger al más débil, propias de Cristo y sus discípulos, y no exagero en nada: quienes estuvieron con ella hasta su muerte lo saben y recuerdan. Además usaba su simpatía con nosotros para obligarnos a actuar. Nos sentábamos juntos en la Cámara y cada vez que le parecía que alguien de la derecha o de la DC se estaba pasando, empezaba a catetearme: «¡Ya, pus, *Esnake...* tú sabís harto de estas cosas, interrumpes a este monio...!». Y yo por supuesto que lo hacía. Pero yo no era el único, sus regalones eran también la Carmen Lazo, con su tremendo ingenio y su ironía penetrante, a la que invocaba su participación en el debate, para gozar de su insolencia. La verdad es que la *Negra* era admirada por moros y cristianos. Y el otro era Mario Palestro, a quien Laurita hizo pelear más de una vez. Con esa voz ronquita y suave, le decía... «¡Contéstele algo, Mario... échele un garabato!». «Por Ud., mi amor, le digo de todo a este monio desgraciado», contestaba Mario, y fijo que se armaba un poco académico intercambio de epítetos parlamentarios, pero se cumplía la finalidad que había tenido en cuenta Laurita Allende: impedir que el parlamentario interrumpido continuara agrediendo con su discurso reaccionario «a sus pobres y desamparados». Es el tiempo de las más jugosas anécdotas de nuestro Mario.

Palestro mantenía una permanente disputa con un diputado de derecha en particular: el doctor Mönckeberg. Cada vez que éste comenzaba a intervenir, Mario lo interrumpía gritándole «¡aborterol!». Y cuando Palestro lo hacía, el doctor le gritaba «¡borrachol!». Ni una ni otra afirmación eran ciertas, pero los diputados tomábamos entretenido palco ante este poco elegante diálogo. En una oportunidad en que Palestro estaba hablando, deslizó una frase que se hizo famosa:

—Los señores diputados de derecha no nos pueden tener con la espada de Pericles sobre la cabeza...

—¡Damocles, ignorante! —le replicó, ni corto ni perezoso, el doctor Mönckeberg.

—Claro, no vís que Pericles no tendría espada... —retrucó a la

velocidad del rayo Mario Palestro, despertando una atronadora carcajada de todas las bancadas.

En otra ocasión, rodó por los pasillos del Congreso Pleno, enzarzado con el diputado DC por Rancagua, en un bochornoso y violento espectáculo, ambos rojos de ira; y luego, cuando lo interrogaron los periodistas, con cara de inocente exclamó: «Qué tanto alboroto... no ven que estábamos jugando a la gallinita ciega...»

La izquierda chilena era una de las más poderosas de América Latina. Sus principales organizaciones políticas, socialistas y comunistas, ambas de reconocido origen marxista, tenían una sólida implantación en todo el país, en especial en las zonas mineras y en las concentraciones industriales urbanas, y también ejercían una importante influencia en los sectores medios e intelectuales. El campo ya no era irreductiblemente de derecha, y el gran latifundio estaba llegando a su término.

El Partido Radical aún mantenía una importante influencia en los sectores medios de la sociedad, y su participación en la candidatura de Allende fue fundamental. La joven figura de Anselmo Sule, recién elegido senador por la Sexta Agrupación, contribuyó eficazmente a darle amplitud a la campaña, como lo fue también la presencia de la Acción Popular Unitaria (API), que dirigía el senador por Talca, Rafael Tarud, y Humberto Martones (padre e hijo) ligados al ibañismo.

La Democracia Cristiana había realizado un gran trabajo con la reforma agraria, granjeándose la odiosidad de la derecha. Lo cierto es que no había sido «una reforma de macetero» como peyorativamente la calificamos en su momento. La llamada «chilenización del cobre» abrió una puerta en el problema más crucial del país: la utilización en beneficio de Chile de sus riquezas básicas, en manos exclusivas hasta entonces de las grandes compañías americanas. Tampoco tuvimos la inteligencia de considerarlas un avance en nuestra independencia económica; por el contrario, sostuvimos que era un gesto de entrega al imperialismo yanqui. Además, saliéndose de los rígidos esquemas partidarios usados hasta entonces, incluso por la misma Falange Nacional, la DC había despertado inteligentemente la participación popular, más allá de las organizaciones partidarias de base. Me atrevería a sostener que la DC contribuyó eficazmente a crear el clima de una futura

revolución, que se caracterizaría por grandes reformas, como las que la Unidad Popular y Salvador Allende planteaban.

Su mayor error, reconocido y criticado por su ala izquierda, que conducía Radomiro Tomic, fue servir de dique de contención al avance del socialismo, aliándose con la derecha para derrotar a Salvador Allende en las elecciones del 64 y actuando con un brutal sectarismo durante su gobierno, al extremo de llegar a ser enemigos jurados de los sectores populares que adherían a las ideas socialistas, tanto en la campaña como en el gobierno que condujeron.

Fue tan brutal y descalificadora del socialismo la campaña de Frei Montalva, planteando incluso el terror y el caos si llegaba Allende al poder, que un hombre bueno, socialista democrático, de cuyas intenciones nadie dudaba, como Aniceto Rodríguez, llegó a exclamar en el Senado que los socialistas le negaríamos la sal y el agua al nuevo gobierno DC.

La falta de grandeza y de visión política de Estado impidieron que se gestara un gran movimiento revolucionario democrático hacia el socialismo. El mismo error cometió luego la Unidad Popular, en una suerte de devolución de mano, cuando inició su gobierno. El sectarismo y el odioso afán de liderar en exclusiva los cambios progresistas, liquidaron por largo tiempo el logro de ellos.

En octubre de 1969, los partidos Comunista, Socialista, Radical y Socialdemócrata, el MAPU y la Acción Popular Independiente crearon la Unidad Popular, y decidieron apoyar a un único candidato en las próximas elecciones presidenciales. Tras las derrotas de 1958 y 1964, socialistas y comunistas ampliaron su alianza a partidos que representaban a las clases medias progresistas y laicas, en el caso de los radicales, y a aquellos sectores cristianos que se acercaban al mundo popular, en el caso del MAPU, influidos por el Concilio Vaticano II y en especial por la Conferencia de Medellín (1968).

La verdad es que, sin necesidad de expresarlo majaderamente, Salvador Allende había impuesto su criterio político, por sobre el de la Comisión Política del Partido, e incorporado al PC chileno —contra la opinión de la URSS— a un nuevo giro reformista de su política social y económica para Chile que, por la profundidad de los cambios, era revolucionaria.

En la síntesis a que se llegó, la Unidad Popular aspiraba a «lograr

la transformación gradual de las estructuras políticas y económicas en un sentido socialista y dentro del marco constitucional, sin enfrentamientos violentos». Para la UP, Chile era un país dependiente del imperialismo, dominado por sectores de la hurguesía estructuralmente ligados al capital extranjero, que no podían resolver los problemas fundamentales del país, los que se derivaban de sus privilegios de clase, a los que jamás renunciarían voluntariamente.

En el programa destacaban un serio sistema de nacionalizaciones para la gran minería del cobre, hierro y salitre; la creación del área social de la economía y la participación de sus trabajadores en la gestión; la intensificación de la reforma agraria; una política internacional en favor de la paz y la integración de Chile en el Movimiento de los Países No Alineados; el reparto gratuito de medio litro de leche diario a todos los niños; el aumento de los salarios, la mejora de la sanidad y la educación públicas, la construcción de miles de viviendas.

Con esta suerte de guía de acción y este instrumento orgánico enfrentamos la campaña y el gobierno.

El PS, en su búsqueda del poder, llegaba en 1970 con un candidato que a la mayoría del Comité Central no le gustaba y que no llenaba para nada sus expectativas, pero absolutamente dispuesto, como siempre, a que su «desprecio por la vía electoral» hiciera florecer al Partido en el proceso electionario, que era, por lo demás, lo que más le atraía y mejor practicaba. «¡Luchando, creando, poder popular!» era la consigna de la ultra izquierda, pero en el Partido, con la nueva situación, se transformó en «¡Luchando, creando, poder electoral!». Esto último lo inventé recién, pero podría parecerse bastante a la realidad.

Era nuevamente la contradicción clásica entre lo que se decía y/o pensaba y la realidad. Algunos dirán, con gran beneplácito de la derecha, que no ha habido ninguna contradicción; que Allende y el proceso electoral que lo llevó al gobierno eran simplemente instrumentos para el posterior asalto armado al poder total. Tal vez tengan buenos argumentos para sostenerlo, como la frase sacada de su contexto de Luis Corvalán en *El Siglo*: «Sí, a lo que aspiramos es al poder total...», o las menciones pertinentes de los congresos de Linares y Chillán del PS. Pero más allá de la palabrería inconducente, está la estricta realidad: ningún partido de la UP,

ni aun los más pequeños y atrevidos en apariencia, y menos Salvador Allende, pretendieron apartarse de la democracia para conquistarlo. Los actos de violencia, como las tomas de predios agrícolas o las intervenciones de algunas industrias —aunque con extremos— tuvieron siempre que cobijarse en alguna razón legal o fueron convenidas con sus dueños, como en el caso de las industrias textiles Hirmas, y tuvieron por objeto desarrollar la reforma agraria o crear una área social, más bien estatal, de la economía.

El ejercicio de la violencia corrió fundamentalmente por cuenta de la derecha y de los Estados Unidos, como históricamente ha sido siempre. Los gobiernos que antecedieron al de la Unidad Popular abonaron en su cuenta miles de muertos y miles de perseguidos puestos por la fuerza en la más brutal marginalidad. Basta recordar el derrocamiento de Balmaceda, que el gran constitucionalista don Gabriel Amunátegui caracterizaba en sus clases de Derecho Constitucional en la Universidad de Chile diciéndonos: «Concón y Placilla, diez mil muertos de espalda, surge el régimen parlamentario»; o los muertos y perseguidos de Arturo Alessandri Palma en la Coruña, en Ranquil, en la Escuela Santa María de Iquique, o con el vicepresidente Duhalde en la plaza de la Constitución; o los de Carlos Ibáñez del Campo un 2 de abril macabro; y la creación de campos de concentración, al más puro estilo nazi, y la erradicación de ciudades enteras de sus trabajadores en Lota o Coronel, y la marginación de miles de ciudadanos y centenares de muertos de González Videla... Nadie se escapó de ejercer el poder con la violencia más brutal, posiblemente solo fueron excepción el Presidente Pedro Aguirre Cerda y el Presidente Jorge Alessandri, y los tres años de Salvador Allende, en que la gente que murió fue por enfermedad o vejez. En su débito no hay un solo muerto. Claro que entonces los perseguidos, los torturados, los marginados y los muertos, eran gente pobre que seguramente provocaron su propia desgracia: eran «rotos» incultos, insolentes que carecían de pan, techo y abrigo, o visionarios que perseguían la independencia de Chile, como Balmaceda o el propio Allende.

Mirado en la perspectiva de hoy, y a la luz de los hechos, el Partido Socialista era un Partido Socialdemócrata que nunca quisimos reconocer como tal, por la connotación peyorativa que esta denominación tenía a partir de la gran división de la Internacional

Socialista, acentuada en un sentido reaccionario, «opuesto a la revolución» por los teóricos del bolchevismo y los de la Cuarta Internacional (trotskistas). Siempre rescató su raíz humanista, y su aspiración máxima fue y sigue siendo crear una sociedad socialista plural y democrática. Más allá de las palabras que en nosotros volaban libres como gaviotas y perdían su significado y contenido, nuestras mayores «aspiraciones revolucionarias» estuvieron puestas en la reforma agraria que, para agravio de la derecha, había iniciado exitosamente Frei, incitado a ello por la Alianza para el Progreso de Kennedy; en la nacionalización del cobre, que luego fuera votada unánimemente en el Congreso, y practicada hasta la saciedad por los gobiernos laboristas en Inglaterra o socialdemócratas de Europa; la reforma de la educación, la reforma de la salud, la mejor distribución del ingreso, creando el área social de la economía. Todas estas justas aspiraciones fueron lamentablemente encubiertas de una palabrería amenazante que no se reflejó en los hechos, ni aun para defender idóneamente a su propio gobierno.

En enero de 1970, tras varias semanas de incertidumbre en las que se manejaron nombres alternativos, como los de Aniceto Rodríguez (secretario general del PS) o Pablo Neruda (precandidato del PC), la Unidad Popular designó a Allende como candidato presidencial. Sus rivales serían Jorge Alessandri, apoyado por el derechista Partido Nacional, y Radomiro Tomic, de la Democracia Cristiana (DC).

La derecha rehusó respaldar de nuevo al candidato de la Democracia Cristiana como mal menor ante la fortaleza de la Unidad Popular, porque consideraba prerrevolucionarias las reformas emprendidas por Frei Montalva, en especial la reforma agraria, y también por el talante progresista de Tomic. La candidatura del ex Presidente Alessandri era el intento desesperado de la derecha por detener el proceso de cambios iniciado por Frei y que se profundizaría con Tomic y, aún más, con Allende en la Presidencia de la República.

Por su parte, Radomiro Tomic, miembro del ala progresista de la DC, buscó el apoyo de la izquierda con su consigna de la unidad social y política del pueblo y propuso «una revolución democrática, para que el pueblo organizado y activamente participante sustituyera a las minorías de los centros decisivos del poder e in-

fluencia que aún controlan en la estructura del Estado, de la sociedad y de la economía nacionales». Las bases programáticas de su candidatura propugnaban incluso que «los tres millones de trabajadores (...) se organicen y acepten las responsabilidades de sustituir a los dueños del capital como el centro motor de la economía chilena para duplicar en diez años el ingreso nacional terminando para siempre con la pobreza en Chile y con la dependencia exterior».

La conducta sectaria de la DC y su alianza con la derecha para elegir Presidente en 1964, sumadas a la falta de credibilidad de su posición izquierdista ya la habían desacreditado para asumir un rol director que, en cambio, por su persistencia sólo parecía poder encarnar Salvador Allende. La cuota importante de sectarismo que encarnaban los sectores mayoritarios de la UP también contribuía a impedir cualquier acercamiento.

Chile tenía entonces diez millones de habitantes y una estructura económica subdesarrollada y dependiente. La distribución de la riqueza era muy desigual, pues el 60% de las familias más pobres sólo tenía el 17% de las rentas del país, y el 2% de ellas, el 45%. Por otra parte, el 20% de los partos se producían sin atención médica, la mortalidad infantil alcanzaba el 78,7 por mil, un millón de niños no acudían a la escuela y faltaban 585 mil viviendas. Además, Chile era el país más endeudado del mundo en proporción a su población, tras Israel, pues debía tres mil millones de dólares.

Durante aquel proceso electoral las Fuerzas Armadas mantuvieron la neutralidad que les exigía la Constitución. Según explicó en sus memorias el general Carlos Prats, el comandante en jefe del Ejército, René Schneider, había aclarado la posición de esta institución en un Consejo de Generales el 13 de marzo de 1970. Aquel día Schneider insistió en que las Fuerzas Armadas debían mostrar una posición muy clara, nítida y precisa y que no podía ser otra que el apoyo decidido al proceso legal del cual la institución debía ser garante frente a la nación. Debe asegurarse que el proceso legal culmine sin inconvenientes y apoyar al candidato que sea elegido, ya sea por la voluntad popular o en el Congreso, si no obtiene la mayoría absoluta. Dos semanas después de las elecciones, en su discurso con motivo de las Fiestas Patrias, el general Schneider reafirmó esta posición, que resultó decisiva para

que Allende pudiera asumir la Presidencia de la República.

Tres días después de las elecciones, la CIA reconocía que su país no tenía intereses vitales en Chile y que el equilibrio militar mundial no iba a ser alterado significativamente por un gobierno de Allende. En cambio, alertaba que la investidura del candidato de la UP representaría un claro golpe psicológico para EE.UU. y un claro progreso psicológico para los ideales marxistas.

El 4 de septiembre de 1970, Salvador Allende venció en las elecciones presidenciales, al lograr 1.075.616 votos, el 36,2%. Alessandri, con el 34,9%, se quedó a 39.000 sufragios, y Tomic tuvo que conformarse con el 27,8%. La izquierda logró amplias mayorías en sus tradicionales feudos de las provincias de fuerte concentración obrera, como Tarapacá, Antofagasta y Concepción; también en las zonas agrícolas y mineras de Coquimbo y O'Higgins, así como en las regiones campesinas de Curicó y Talca y en la austral Magallanes. En la capital, Alessandri ganó por menos votos de los que preveía la derecha.

Tres años después de la muerte de Ernesto Che Guevara, dos después del Mayo francés y de la Primavera de Praga, y cuando la guerra de Vietnam se aproximaba a su momento decisivo, el triunfo de Allende y el comienzo de aquel peculiar proceso revolucionario infundieron nuevas esperanzas a las organizaciones de izquierda de todo el mundo, en especial a las de Europa Occidental. ¡Por fin la democracia se vestía de socialismo!

A la una y media de la madrugada, desde el balcón del viejo caserón de la FECH, Salvador Allende se dirigió a los miles de personas (obreros, pobladores, artistas, jóvenes) que inundaron la Alameda para celebrar el histórico triunfo de la izquierda:

«Pondremos toda la fuerza creadora del pueblo en tensión para hacer posible estas metas humanas que se ha trazado el programa de la Unidad Popular (...) La revolución no implica destruir, sino construir; no implica arrasar, sino edificar; y el pueblo de Chile está preparado para esta gran tarea en esta hora trascendente de nuestra vida (...) Esta noche, cuando acaricien a sus hijos, cuando busquen el descanso, piensen en el mañana duro que tendremos por delante».

La Constitución de 1925 establecía que, cuando ningún candidato alcanzaba la mayoría absoluta, correspondía a los diputados

y senadores reunidos en Congreso Pleno elegir al jefe de Estado entre los dos más votados. Allende necesitaba el apoyo de los parlamentarios demócratacristianos para obtener la nominación.

En este sentido, el 6 de septiembre el diario conservador *El Mercurio* afirmó que aunque varios presidentes habían gobernado con apenas un tercio de los votos, en el caso de Allende la diferencia estribaba en que «la Unidad Popular se propone cambiar no sólo el régimen político, sino el estilo de vida de los chilenos». Y añade que la votación del señor Alessandri no sólo significó el rechazo de los métodos partidistas, «sino que también fue la expresión de la resistencia mayoritaria de la ciudadanía a la dictadura del proletariado, que se consigna en los textos teóricos del marxismo-leninismo y a la que la Unidad Popular le ha dado presentación democrática».

En cambio, aquel mismo día el diario comunista *El Siglo* llamó a la movilización popular para defender el triunfo conquistado en las urnas: «La derecha está derrotada; pero no está muerta. El imperialismo está derrotado electoralmente en Chile, pero aún permanece en nuestra casa y tratará de tender sus redes para arrebatar al pueblo su victoria».

Pocos días después de la elección, el 16 de septiembre, ya se realizaba una reunión de alto nivel en la CIA para decidir qué se haría frente al triunfo de Allende. El Presidente Nixon dio instrucciones claras: había que impedir que Allende asumiera el poder, o sacarlo de él en caso de que lo primero no se lograra. Habría cuantiosos fondos para lograr el objetivo. Según un informe del Senado de Estados Unidos, Nixon exigió que «hicieran aullar la economía chilena». Ya el 27 de junio Henry Kissinger, entonces asesor de Nixon, había definido la posición de su Ejecutivo: «No encuentro razones para observar con indiferencia cómo un país marcha hacia el comunismo debido a la irresponsabilidad de su propio pueblo».

El propio Kissinger, en el primer volumen de sus memorias, señala que aquellos días Nixon estaba fuera de sí. Por más de una década había criticado duramente las administraciones demócratas por permitir el establecimiento del poder comunista en Cuba. Y ahora, lo que él percibía como otra Cuba había surgido a la vida durante su propia administración, sin que a él se le hubiera dado

la oportunidad de tomar una decisión. Esto explica la virulencia de su reacción y su insistencia en hacer algo, cualquier cosa, que anulara la negligencia anterior.

El 22 de octubre, dos días antes de la fecha en que correspondía que el Congreso ratificara al Presidente electo, un grupo de extrema derecha, asesorado por el general Roberto Viaux y armado por la CIA, trató de secuestrar al general Schneider en Santiago, pero éste resultó herido de gravedad en el enfrentamiento y falleció tres días después. En aquellas semanas fracasaron todos los intentos por abocar a los militares a la subversión del orden democrático. Carlos Prats asumió la jefatura del Ejército y hasta su dimisión en agosto de 1973, cuando fue sustituido por Pinochet, mantuvo una ejemplar conducta de respeto a la voluntad del pueblo expresada en las urnas y ratificada por el Congreso Nacional.

La verdad, a mi juicio, es que Carlos Altamirano intentó preparar al Partido para la defensa del gobierno de Salvador Allende, lo que era perfectamente legítimo y tenía muchas justificaciones desde un comienzo, e incluso desde antes que Allende gobernara. El atentado y asesinato del general Schneider así lo probaba, y no me cuenten cuentos a mí, que estuve preso por más de un año con los autores del atentado. Con todos conversé latamente y yo diría que los «confesé» sanamente; un pequeño grupo de muchachos de aristocrática proveniencia y no más de 20 años cada uno que, empujados por familiares y altos dirigentes de la derecha de entonces, le sacan «el auto al papá» para «solamente secuestrar a Schneider... huevón, que estaba haciendo todo lo posible para que Allende fuera Presidente...», según me contaron, y que se transforma en asesinato al resistirse el comandante en jefe del Ejército a ser secuestrado, disparándole su arma el único mayor del grupo, un matón con antecedentes penales, contratado para que acompañara «a los niños en su aventura», un tal Melgosa... Esto es lo que dice el proceso, pero la información que entonces obtuve indica que no fue solamente él quien disparó.

Las maniobras del Departamento de Estado de E.E.UU. antes de la elección, luego denunciadas por el Senado de los Estados Unidos; el apoyo logístico al atentado; la ayuda financiera a radios y diarios de la derecha, a los camioneros en dos huelgas, en fin, son la evidencia de lo mal venido que era nuestro intento de hacer el

primer gobierno socialista democrático de América y probar así la compatibilidad entre el socialismo y el progreso en democracia.

Durante el período que va del 4 de septiembre al 4 de noviembre de 1970 vivimos en la incertidumbre y la amenaza de que se impidiera que Allende asumiera el gobierno ganado en las urnas. Aunque no habíamos sacado mayoría absoluta y la Constitución entrega al Congreso la decisión de elegir entre las dos más altas votaciones, la tradición, nunca violada, ha sido la de elegir al primero.

Es un lapso breve, pero tenso y angustiante. El futuro Presidente nos pide que nos organicemos para defender el triunfo alcanzado, pero que no provoquemos ningún enfrentamiento que dé pretexto a la derecha para alzarse. A nosotros nos preocupa también la integridad física de Allende; así nace el grupo de amigos personales de Allende (GAP), o la destinación de algunos elementos armados de la Marina para resguardarlo en su casa de Guardia Vieja. Todos estamos vigilantes.

Tuve largas conversaciones entonces con Bernardo Leighton, Mariano Ruiz Esquide, Claudio Huepe, el *Camello* Sanhueza, el presidente de la juventud DC, Pedro Felipe Ramírez, y muchos más. La mayoría del sector más izquierdista estaba por el reconocimiento puro y llano, sin condiciones de ninguna naturaleza. Radomiró Tomic ya lo había anticipado al día siguiente de la elección presidencial, visitando a Allende como triunfador.

Nosotros, a la vez, no estábamos dispuestos a permitir que nos robaran el triunfo, y planeábamos la más gigantesca movilización popular para impedirlo. El Departamento de Estado (documentos desclasificados lo demuestran) tenía la teoría de que el triunfo de Salvador Allende contaba con la oposición de más del sesenta por ciento de los chilenos, juntando la votación de Tomic y Alessandri, por lo que era necesario impedir su designación. El asesinato del general Schneider tiene su origen en esta afirmación.

Para nosotros, por el contrario, hasta con cotejar los programas de Allende y Tomic, y conocer el profundo antiderechismo anidado en gran parte de la DC y la no menor odiosidad despertada en la derecha contra «los comunistas disfrazados» de la DC que habían impulsado la reforma agraria, para comprender que más del sesenta por ciento de los chilenos había votado por una política de cambios progresistas, obviamente mejor representada

por el candidato socialista. En la DC se manifestaban claramente sus dos almas: el día de la elección presidencial, y al ver que su propio candidato quedaba fuera de la competencia, un porcentaje relevante del partido esperaba ansioso los resultados deseando la victoria de Allende (muchos dirigentes DC han sostenido que la mayoría pensaba de ese modo, incluso el ex Presidente Patricio Aylwin), y el resto rogaba por el triunfo de Alessandri. Esta fuerte divergencia interna siguió manifestándose durante el gobierno de la Unidad Popular, y ha seguido pensando a los demócratacristianos por largos años.

En definitiva, la UP y Salvador Allende tuvieron que acordar, vía reforma constitucional, un Estatuto de Garantías con la Democracia Cristiana. La generación del Estatuto de Garantías creó problemas y fricciones internas tanto en el PS como en la DC. En el primero porque los sectores más radicalizados lo estimaban una concesión al reformismo, aunque no ofrecían alternativas. No fue el caso de Carlos Altamirano, ni de los *elenos*, ni mío propio, ni menos del PC, que enfrentados a una categórica exigencia de la DC y sin otra solución posible para tener mayoría en el Congreso Pleno, lo aceptamos.

En la Democracia Cristiana, el sector *chascón* o izquierdista sentía que, al poner limitaciones y trabas al proceso que estaba por desarrollarse, se alejaba la posibilidad de una amplia convergencia progresista, como la había planteado Radomiro Tomic, y se exacerbaba el sectarismo tanto de socialistas como de demócratacristianos, ya torpemente expresado durante el gobierno de Frei, que desconocía las coincidencias políticas y programáticas que debían acercarlos. El parlamentario y médico Mariano Ruiz Esquide, el ingeniero y diputado Claudio Huepe, el diputado Pedro Felipe Ramírez, junto a Radomiro Tomic, encabezaban esta posición. Hoy pienso que tenían toda la razón y que la historia lo ha confirmado, aunque en las circunstancias actuales pudiera repetirse, siguiendo de la mano del viejo proverbio de que «el hombre es el único animal capaz de tropezar dos veces en la misma piedra», y yo agregaría que el político, lo puede hacer dos, tres y más veces. Sí no, mi propia experiencia.

Durante este período, mi vivencia personal estuvo marcada por la decisión del Partido de defender a toda costa el respeto a la

voluntad popular. Vivíamos días sin noches, buscando apoyos, organizando al Partido, reuniéndonos con decenas de seccionales a lo largo del país para poner en tensión la amplia red social del Partido; investigábamos rumores de posibles golpes o atentados; nos preocupaba Patria y Libertad y Sergio Onofre Jarpa, fascistas connotados, a nuestro juicio.

Personalmente, tenía algunos contactos y amistades importantes en la Marina; a través de ellos conseguí relacionar a los principales almirantes con el futuro Presidente, en el mes de octubre de 1970, es decir, antes de que fuera ratificado por el Congreso.

Primero me reuní en el departamento que mi madre poseía en Viña con Merino, Buzeta, Montero, Huidobro y alguno más, tal vez Carvajal; no recuerdo si a esta reunión compareció Osvaldo Puccio (padre), pero me parece que sí; era secretario de Salvador Allende y tanto él como su mujer, muy amigos míos. Desde el departamento de la avenida Marina nos trasladamos a una cabaña en Concón, donde nos esperaba el futuro Presidente.

Fue una conversación distendida y abierta, que Allende inteligentemente abrió planteándoles a los almirantes que no estaba en tren de solicitarles nada, ni apoyo directo o indirecto; que comprendía que no siendo todavía Presidente electo, mal podía hacerlo sin ofenderlos, que simplemente quería darles información de lo que estaba ocurriendo y que los medios de comunicación no recogían o no podían todavía publicar. Luego se exployó sobre las tergiversaciones que se habían hecho de su campaña y de su futuro gobierno, haciéndoles ver que su trayectoria política de más de 40 años en el parlamento, avalaba el carácter democrático de su futura acción. Les contó que los últimos acuerdos a que había llegado con la Democracia Cristiana aseguraban su elección en el Congreso Pleno, y que como en pocos días más sería Presidente de la República, por respeto a su dignidad de marinos quería ponerlos al día. Agregó Allende su toque de humor: «Bueno, ustedes saben que yo soy viñamarino y amo el mar como ustedes. Me habrán visto vestido de almirante, en mi 'yate' de Algarrobo más de una vez... es un bonito bote, y las caricaturas que con él me hacen mis opositores no me molestan, por el contrario, me entretienen y ayudan».

El diálogo con los marinos fue agradable y productivo, pues con más confianza de la que esperábamos, comenzaron a plantear

sus aprensiones y sus necesidades como institución. Básicamente temían que el futuro gobierno cayera en la dependencia soviética y derivara en una dictadura, lo que conduciría a la guerra civil; les agobiaba nuestro enfrentamiento con los Estados Unidos, nación y Marina a la que ellos estaban muy ligados técnicamente; temían que se produjera desorden y caos y no hubiera respeto por los escalafones y carreras en las instituciones armadas, haciéndose tabla rasa con ellos. Sobre cada punto planteado, Allende dio respuestas claras y francas, y terminó con la pregunta sobre las Fuerzas Armadas: «Señores, quiero que tengan meridianamente claro que ejerceré todas y cada una de mis facultades para remover o nombrar a los altos mandos. Es una atribución constitucional y como Presidente la debo respetar. Lo que más deseo es que Chile tenga unas Fuerzas Armadas profesionales y competentes, como siempre ha sido. Pueden estar seguros de que ejerceré mis facultades con responsabilidad y respeto a la dignidad de los mandos». La reunión duró más de dos horas.

Al día siguiente, comiendo en su casa de Guardia Vieja, me preguntó derechamente cuál era mi opinión de lo que había sido la reunión, y a quién veía perfilarse como el futuro comandante en jefe de la Armada. Conversamos un rato y coincidimos en que el almirante Raúl Montero se veía como el más digno, profesional e inteligente de todos. Montero no tuvo concesiones de ninguna especie con el Presidente; formuló clara pero deferentemente sus preocupaciones, fundamentalmente profesionales, y dio a entender que comprendía muy bien los problemas que interna y externamente iba a enfrentar el nuevo gobierno, y concluyó diciéndonos que concurría a esta reunión previa autorización de su superior. Yo tuve buen cuidado en no cargar tintas por nadie: conociendo algo a Salvador Allende, hacerlo habría sido herir su arrogante independencia de criterio. El único comentario que le escuché, cuando fue mencionado Montero, fue algo así como: «Es el marino más tradicional de todos, debe ser de derecha, pero profesional ciento por ciento y sin duda, muy honesto...». Estoy seguro de que ese día el almirante Montero quedó designado comandante en jefe, aunque Allende nada me adelantó.

Al hilo de la conversación sobre las Fuerzas Armadas, me atreví a sugerirle la futura designación del edecán militar, el coman-

dante Pepe Mela, de impecable carrera y amigo personal mío, tanto él como su señora, la *Choca* Cañas (hija del general Cañas, retirado, pero de muy buen recuerdo en el Ejército). La *Choca* había sido alumna de mi madre en el Liceo 1, y muy amiga de la casa y especialmente de mi cuñada Nany, hija del coronel (r) Lara. Cuando llegó el momento, el Presidente lo nombró. Creo que mi amigo Pepe Mela tuvo algún fallo menor en su desempeño, pero por lo menos fue absolutamente leal, bastante más que Sergio Badiola, que lo sucedió.

El 24 de octubre, el Congreso Pleno eligió a Salvador Allende como Presidente de la República, por 153 votos a favor, 7 en blanco y 35 en contra. Situado a un costado del podio, en mi calidad de jefe de la Brigada Parlamentaria Socialista, y como viejo militante del socialismo, sentí estallar en mi pecho la emoción tantos años reprimida. Un aplauso generalizado surgió de los parlamentarios presentes, coronado por el grito estentóreo de Mario Palestro: «¡Viva Salvador Allende, viva Chile... mierda!».

La elección por el Congreso Pleno del Presidente, entre Alessandri y Allende, no fue tan simple como lo había sido en épocas anteriores. Ahora se trataba de elegir entre dos sistemas diferentes y opuestos: mantenían sus privilegios los conservadores, que representaban el latifundio, la burguesía bancaria, el monopolio del cobre, el hierro y el acero, la electricidad, el salitre en manos extranjeras, con Alessandri, que tenía opción legal por haber llegado segundo; o por el contrario, se abría paso a una opción socialista, nacionalizadora, que profundizaría la reforma agraria ya iniciada por la DC y pondría término, por consecuencia, a esos privilegios.

El debate no fue poco. Todos los antecedentes —los que tuve en ese momento y los que he tenido después— indican que hubo un intento serio de convencer a la DC para que votara por Alessandri, con el compromiso de que luego éste renunciara y entonces Eduardo Frei pudiera aspirar a un segundo período. El comentario circulaba profusamente en el ambiente político, y fue recogido por la prensa de la época. Yo, que era jefe de la Brigada Parlamentaria Socialista, traté de confirmar con algunos de mis amigos DC si el partido lo estaba considerando seriamente, pero no fue posible. Por el contrario, de lo que me impuse desde un comienzo es que la mayoría estaba por reconocer el triunfo de

Allende. Lo que definitivamente no he logrado aclarar es si el mismo Jorge Alessandri estaba al tanto de la oferta que se le hacía a la DC por parte de la derecha, ni tampoco si estaba dispuesto a prestarse a ella.

Eduardo Galeano relata que tras la victoria de Allende, la viñeta de un periódico conservador mostraba a San Pedro asomado desde una nube sobre la cordillera, y un angelito le preguntaba: «¿Qué estás viendo?». «La caldera del diablo» (popular teleserie norteamericana de intrigas), responde San Pedro. Este era el significado de la victoria de la Unidad Popular para la oligarquía, y así, en las semanas siguientes, treinta mil personas abandonaron el país al creer su propia propaganda, que proclamaba que el gobierno de Allende instauraría una dictadura.

El 3 de noviembre el nuevo Presidente prestó juramento y se terció la banda tricolor en el Salón de Honor del Congreso Nacional. Después tuvo lugar el tradicional *Tè Deum*, que por expreso deseo del propio Allende tuvo un carácter ecuménico. «Pisamos un camino nuevo; marchamos sin guía por un terreno desconocido; apenas teniendo como brújula nuestra fidelidad al humanismo de todas las épocas —particularmente al humanismo marxista— y teniendo como norte el proyecto de la sociedad que deseamos, inspirada en los anhelos más hondamente enraizados en el pueblo chileno», afirmó Salvador Allende el 21 de mayo de 1971, en su primer mensaje al Congreso Pleno.

Lo extraordinario del poder mediático de la derecha es que logró que se descalificara, salvo por Cuba, la URSS y pocos más, nuestra denuncia de la intervención del «imperialismo yanqui» en nuestros asuntos. Simplemente se la calificaba de propaganda comunista, y la mayoría de la gente, hábilmente inducida por la prensa criolla, exclamaba: «Ya están con la monserga del imperialismo yanqui estos comunistas, solamente para encubrir sus errores y sus intenciones».

Nunca hasta entonces un país había decidido superar el capitalismo y avanzar hacia la construcción de una sociedad socialista en democracia, pluralismo y libertad, tal y como solía afirmar Allende. Pero aquel sueño, que fue compartido cada vez por más chilenos, era la pesadilla de la derecha y las clases acomodadas chilenas, y también del gobierno y las multinacionales norteamerica-

nas. Tardaron tres años, mil días, en derrocar a sangre y fuego al gobierno constitucional. Desde entonces, nada fue igual para Chile... y tampoco para la izquierda.

Salvador Allende Gossens nació el 26 de junio de 1908 en Valparaíso, en el seno de una familia acomodada. Licenciado en Medicina, su trabajo en varios hospitales le mostró la realidad más cruda de su país, y fortaleció su conciencia social y las ideas revolucionarias que le inculcó un viejo zapatero anarquista italiano, llamado Juan Demarchi. El joven Allende participó en la oposición a la dictadura del general Ibáñez, por lo que fue encarcelado en dos ocasiones. En los funerales de su padre, en 1932, aseguró que dedicaría su vida a la lucha social. Siete años después, como ministro de Salubridad del Frente Popular, creó el Servicio Nacional de Salud.

Allende, elegido diputado en 1937 y senador entre 1945 y 1969, siempre defendió un marxismo crítico, alejado del sectarismo estalinista: «Obras fundamentales como *El Estado y la revolución* encierran ideas matrices, pero no pueden ser usadas como el Catecismo Romano», sostenía. Su apuesta por la unidad socialista-comunista tampoco le impidió criticar las invasiones soviéticas de Hungría y Checoslovaquia. «Condenamos enérgicamente la intervención armada de los signatarios del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia. Ha sido atropellada la soberanía de ese país», aseguró en el Senado días después de que Breznev ordenara acabar con la Primavera de Praga.

Salvador Allende siempre apoyó a la Revolución Cubana, porque entendió que abría un periodo de esperanzas para la liberación de los pueblos de América Latina del dominio del imperialismo norteamericano. Viajó en diversas ocasiones a la isla, donde pudo conocer a Ernesto Che Guevara, quien le dedicó uno de los primeros ejemplares de su libro *La guerra de guerrillas* con estas palabras: «A Salvador Allende, que por otros medios trata de hacer lo mismo». En 1969 ayudó a retornar a su país a los únicos tres guerrilleros cubanos que sobrevivieron a la campaña del Che en Bolivia.

Excelente orador, Allende era admirado o repudiado, según el caso, por su gran muñeca para negociar importantes acuerdos políticos. Su nombre quedará siempre ligado a uno de los más hermosos proyectos políticos que vio este siglo, plagado de tantos

crímenes, dictaduras e ignominias. El recuerdo de su sacrificio en La Moneda el 11 de septiembre de 1973, preludio del drama de miles de chilenos, es un ejemplo de dignidad y coherencia para millones de personas.

En el plano humano, en cuanto yo lo conocí personalmente y a través de mi tío Oscar o de mi madre por muchos años, sólo puedo decir que era un hombre bueno, pero bueno de verdad. Que creía en lo que hacía. Que se preocupaba con celo de cumplir lo que ofrecía, que mientras más modesta era la persona que lo necesitaba, más se obligaba a cumplir con alguna solución. No olvido un hecho sintomático de Allende: andábamos de campaña en Chiloé, íbamos a La Junta, un pequeño pueblo de no más de 300 habitantes, a una mini concentración. Allende nos detuvo y nos dijo: «Sigan ustedes, yo voy a pasar a ver a una vieja compañera primero». Sólo lo acompañamos Osvaldo Puccio y yo. En una modesta casita lo salió a recibir una niña de diez o doce años: «Tú debes ser la... (no recuerdo el nombre), nieta de doña... (tampoco recuerdo el nombre), dile que Salvador Allende quiere verla». «Mi abuelita está en cama, no se puede levantar», replicó la niña. «No importa, dile que quiero verla». Desde el fondo de la casa se oyó la voz de la abuela: «Pase, *Chichito*... pase no más». Después de un emocionado abrazo, sentado al borde de su cama, con una sonrisa le dijo: «Y bueno, qué está haciendo en cama... no me diga que está enferma, que yo le veo muy buena cara». «Sí, *Chichito*... tengo las piernas imposibles y no tengo cómo ir a Coyhaique al hospital». «¡Vaya! —exclamó el senador—, prepárese que mañana la vienen a buscar de Coyhaique. ¿Y le salió el montepío ya?». «Sí, *Chichito*, gracias a usted, hace más de un mes que me avisaron, pero todavía no se cuándo me lo pagan». «¡Osvaldo! Anóteme estas dos cosas para verlas apenas nos desocupemos de La Junta». Un abrazo de despedida y salimos a la concentración. Yo estaba asombrado de la memoria de Allende y de lo que pensé era su aparente amistad y preocupación con la abuela. Esa noche, de vuelta en Coyhaique, lo primero que hizo Allende fue pasar al hospital para conseguir una ambulancia que fuera a recoger a la anciana, y luego, en Santiago, me contaba Osvaldo que a primera hora «ya estaba jodiendo para que le pagaran el montepío». El tema es que era una actitud constante.

Allende era tierno con la gente modesta y altanero con los importantes. Tenía un carácter fuerte y era espantosamente enamorado. Había que temerlo, pues era un conquistador nato. «Ladrón» de cuidado de corbatas, abrigos, sombreros y otras especies, las tomaba de las casas de sus amigos cuando los visitaba, si le gustaban mucho, ante la mirada atónita (pero complaciente) del afectado. En mi casa, mejor dicho en la de mi madre, que era directora del Liceo N° 1 Javiera Carrera en ese tiempo, en una oportunidad en que había ido a comer, le preguntó a doña Marina por el exquisito whisky que le habían dado. Yo orgulloso enseñé de inmediato unas botellas de Chivas Regal. Después que se retiró, descubrí que se las había llevado. Recuerdo el comentario de mi madre: ¡Para que lo conozcas... si Salvador no se lleva nada de tu casa es porque no siente ninguna confianza contigo... estos son gestos de cariño!

La nueva etapa que comenzábamos en Chile, estaba precedida de múltiples contradicciones y obstáculos que sólo se podían vencer premunidos de una gran mayoría ciudadana, que no teníamos. Cambiar la vida de un país no puede ser la aspiración concreta de poco más de un tercio del pueblo. Las políticas vanguardistas son efectivas solamente si sirven de detonantes a la inmensa mayoría de la gente, y esta se encuentra conscientemente dispuesta a asumirla. Fue nuestro mayor error, sobre todo en las condiciones de dependencia en que nos encontrábamos. Es un poco tarde para reconocerlo, pero tal vez útil para no repetirlo.

Realmente desde la época de los congresos de Linares o de Chillán, pasando por las declaraciones de Altamirano, los socialistas nos entregamos a un desenfrenado electoralismo, con la manifiesta y explícita intención de acceder al gobierno y al poder por esa vía, y desarrollarla plenamente en democracia. Pero, así de trágico, a la mayoría que pensábamos de esa manera, «nos daba vergüenza» reconocerlo de modo explícito, porque podíamos ser tildados de «reformistas» o «poco revolucionarios», y nos faltó el coraje suficiente —como sí lo tuvo Allende— para proclamarlo. Las propias conductas prácticas de Carlos Altamirano, desde el inicio del gobierno de Allende, más bien reflejaban equilibrio y una cierta ponderación, coherente con el programa reformista que nos habíamos dado y que no era más atrevido que el sostenido por

Tomic, encabezando la opción DC. Su revalorización de la democracia, sin apellidos, luego del golpe de Estado, y su empeño por sacar al PS de la órbita de influencia de Moscú, ratifican este aserto.

Sí estoy cierto de que el grupo *eleno* que construyó la estrategia e intentó llevar al Partido por ese camino, se la creía, pero, como le sucedió al Che en Bolivia, la teoría de la insurrección armada de las masas no pasó de ser una afirmación de las cúpulas revolucionarias. No bajó nunca a las masas, ni campesinas ni urbanas, y se perdió en un heroico sacrificio de las vidas de sus autores. En nuestro país, la mayoría de los dirigentes socialistas *elenos* murió en combate, como mi amigo Arnoldo Camú, de quien no puedo dejar de manifestar mi admiración y respeto. Equivocado o no, fue siempre honesto y consecuente con sus ideales, y por ellos entregó su vida. Algo similar puede decirse del joven chillanejo de 20 años Ricardo Lagos, o de Carlos Lorca, o del obrero portuario Exequiel Ponce, y tantos otros. El tema es que la problemática cubana en la época de su insurrección era otra, y no la nuestra.

En el discurso, en las palabras, nos dejamos llevar por el excitante ambiente creado por la Revolución Cubana de apurar una revolución total; contrariamente, en los hechos, apuramos una política de contenido reformador y democrático. Por eso mismo es que, luego de las elecciones de marzo de 1973, donde aumentamos nuestro modesto 36% de la elección presidencial a más de un 44%, nos llevó a afirmar que el apoyo logrado —en medio de tanta oposición interna, con la DC y la derecha unidas, y la intervención norteamericana dirigida por Kissinger e impulsada por Nixon— hacía prever un triunfo de la Unidad Popular en las elecciones presidenciales próximas. Esta afirmación fue profusamente difundida por los medios de comunicación de la época, y creo que fue una de las razones que gatilló el golpe de Estado.

Tal vez éste ha sido uno de los signos más negativos que ha perseguido históricamente al PS: la inconsecuencia entre los dichos y los hechos. Como bien lo dijo Jorge Arrate en una entrevista concedida a Raquel Correa en *El Mercurio*, en junio del 89: «La línea del PS en 1967 constituye una desviación y una anomalía en la gran línea histórica socialista chilena. El socialismo en Chile ha participado en los gobiernos de Pedro Aguirre, de Ibáñez, y lo hará en el de Patricio Aylwin. Ha sido un partido que ha ejer-

cido siempre democráticamente sus derechos. Y lo de 1967 fue un arranque verbal pseudo revolucionario. Si usted examina los hechos, tres años después estaba participando en las elecciones de Salvador Allende».

Y a la pregunta de si el marxismo-leninismo que también suscribió el socialismo en 1967 fue igualmente desviacionismo, Arrate responde: «A mi juicio, sí. El PS fue fundado en 1933, y esa decisión se adoptó de manera acelerada, con una cierta frivolidad política, y hoy ella no corresponde al conjunto del PSCH. No será planteada en sus bases doctrinarias, no obstante que hay socialistas que tienen un legítimo interés y aprecio en la experiencia política de Lenin y eso me parece que es una posición legítima dentro del Partido». Y agrega: «Es una desviación que el Partido Socialista, como organización, se define como marxista leninista. Porque yo no podría militar en un Partido con esas características».

A ratos tiendo a pensar que, en buena medida, el ultrismo que los socialistas exhibimos desde el Congreso de Linares no es solamente influencia de la Revolución Cubana y el sentimiento provocado por ella en el mundo progresista y reafirmado por el Mayo francés, sino que viene de mucho antes, impulsado por la permanente necesidad que expresan socialistas y comunistas de diferenciarse para ser vanguardia del movimiento social. Este afán diferenciador nace con la «revolución» del 4 de junio del 32, conducida esencialmente por socialistas, que con su audacia se ponen a la cabeza de las demandas del pueblo. Es entonces cuando el PC, con el temor de perder un liderazgo consolidado en los trabajadores, se opone, tomándose la Casa Central de la Universidad de Chile, haciendo exigencias extremas al nuevo gobierno, absolutamente imposibles de cumplir.

Para la época anterior al 70, el Partido Comunista ya había definido su política de alianza con los partidos y sectores «de la pequeña burguesía progresista» para acceder al poder, respetando las reglas y normas de la democracia imperante, en su Frente de Liberación Nacional, en oposición al Frente de Trabajadores que propiciaba el PSP y luego el PS unido, que ponía todo el acento y la responsabilidad de conducir al poder y administrarlo en la clase trabajadora, en una versión moderna de la teoría esbozada por

Lenin, de «clase contra clase». La clave del tema está en la credibilidad: ¿son históricamente crebles, una u otra afirmación?

No hay duda de que Allende estaba más de acuerdo con la política de ampliación de las alianzas hacia los sectores medios de la sociedad y con la realización de profundas reformas en la estructura del Estado y de la sociedad, en dirección a un socialismo democrático. Más allá de las derrotas sufridas en los congresos del PS, Salvador Allende terminó imponiendo su voluntad. Así fue como se formó la UP, no sólo con los partidos obreros, sino con la concurrencia, tantas veces buscada por Allende, del Partido Radical y otros grupos de la clase media chilena, y también como se gestó el proyecto reformista del futuro gobierno.

Hoy pienso en lo razonable que era la posición política de los comunistas y que, tal vez, de haber sido atendida por nosotros, no sólo en los hechos, sino también en su externalización, el 11 de septiembre del 73 pudo haberse evitado. De lo que no estoy tan seguro es si esa política democrática, una vez triunfante, se hubiera podido mantener y consolidar, en atención al mal ejemplo que para los Estados Unidos significaba dentro de su esfera de influencia. Al hilo de los acontecimientos de los diez últimos años y la participación norteamericana en ellos, parece difícil.

A Carlos Altamirano, la derecha, y especialmente *El Mercurio*, intentaron descalificarlo motejándolo de *mayoneso*, o *loco*. Pero Altamirano era muy coherente en su discurso y en su actuación, y tenía la virtud, propia de sus ancestros aristócratas, de tratarlos con un profundo desprecio o con la displicencia del que se sabe importante o indispensable. Más de alguna vez, ante publicaciones manifiestamente tendenciosas o llenas de injurias de *El Mercurio* que yo quise refutar o aclarar, me dijo: «¡Déjalos!... tontitos, no les cree nadie... ¡miren al señor Edwards hablando de democracia y patriotismo... él, que ha sido financiado por el Departamento de Estado!».

Altamirano preparó al Partido para algo muy distinto de lo que había sido la preparación de Fidel para la revolución. La verdadera revolución, es decir, el cambio profundo de las estructuras sociales y económicas, la emprendió Allende y la inició en democracia, con la nacionalización del cobre. El programa mismo de la Unidad Popular había surgido de un serio forcejeo entre los parti-

dos y al interior del PS, especialmente por las tendencias más izquierdistas, que lo caracterizaban como un programa «reformista» que había que apurar. Qué decir del MIR, para quienes no sólo era reformista, sino contrarrevolucionario; se trataba, según ellos, de «parchar» el sistema capitalista vigente, para hacerlo más invulnerable, se trataba simplemente de administrar lo vigente. La verdadera revolución se produciría al explotar las contradicciones del sistema e imponer la alianza obrero campesina por las armas, su forma de dominación. Por eso su lema era «Pueblo, conciencia y fusil», y por lo mismo es que días antes del golpe, muchos miristas sostenían que era preferible que las Fuerzas Armadas se levantaran contra el gobierno popular para que, de su aplastamiento, surgiera la verdadera revolución. En similar posición se había puesto el MAPU de Oscar Guillermo Garretón.

La verdad es que era tremendamente trascendente hacer un exitoso gobierno socialista en libertad y democracia, y era trascendente para todo el mundo. En esa época sólo se sabía de los regímenes comunistas de las democracias populares encabezadas por la URSS, con toda su aberrante secuela de pérdida de libertad, o del intento de socialismo impuesto, justificadamente, por la violencia en Cuba, o de una que otra República africana en la que su lucha nacional contra el colonialismo, luego de triunfar, la había derivado hacia formas *sui generis* de socialismo, no exentas de violencia.

Los gobiernos socialdemócratas de Suecia aún no contaban para nada como ejemplo, y no sé por qué, entre nosotros, «socialistas revolucionarios», mostrar simpatías por Suecia —y yo las mostré más de una vez— era señal inequívoca de «reformismo pequeño burgués».

Los últimos intentos históricos de socialismo en Europa habían sido el gobierno de Leon Blum en Francia, la República de Weimar en Alemania y el gobierno laborista de Clement Atlee en Gran Bretaña, todos sobrepasados por una derecha que no se resignaba a dejar el poder absoluto, y además no se atrevían a gobernar en propiedad, ejercicio tan natural en la derecha. La España republicana, de socialistas, anarquistas y comunistas, ya había sido dejada caer por los que se suponía eran sus aliados naturales, la derecha y el fascismo le habían impuesto a Blum y Atlee la política de la «no ingerencia». Pero la Alemania de Hitler y la Italia de

Mussolini sí que intervenían, y con todo, en la desprotegida y anarquizada España.

Chile parecía ser el campo propicio para desarrollar un socialismo en paz y en libertad que desmintiera la mítica frase, tan usada por nosotros, de que «la violencia es la partera de la Historia». Y esto sucedía en la década del 70.

El socialismo democrático comenzaba a marchar con un gran director, pero con un importante conjunto que notoriamente desafinaba. Conductor y orquesta tocaban partituras distintas. La esperanza de ambos, y sobre todo de los que teníamos «doble militancia» tanto personal en Allende y su reformismo, como en el Partido Socialista y su revolución, era que en el desarrollo del concierto —que duraría seis años— se afinarían los instrumentos y *de facto* surgiría la armonía que condujera a una sola partitura: la gran sinfonía de la libertad, la democracia y el socialismo.

Empezamos con los sueños de Berlioz, que los nuestros eran igualmente fantásticos, y terminamos sin concluir nuestra obra maestra, como Schubert. Aunque el final lo escribieron chambones, carniceros, ignorantes de dorados botones, titiriteros, arribistas y aprovechadores que de música sólo sabían tararear «siglo veinte cambalache, problemático y febril... el que no llora no mama y el que no mama es un gil...».

Pero ese triste final, sangriento y de larga, larga memoria, había empezado a escribirse mucho antes, antes incluso de que Allende fuera ratificado por el Congreso como Presidente de la República. La historia del golpe comenzó a escribirse en realidad desde que nuestro candidato ganó las elecciones, y su primera manifestación se produjo ya en octubre de 1970, con el asesinato del general Schneider.

Algunos altos dirigentes del Partido Nacional (la derecha conservadora) y un movimiento fascista, Patria y Libertad, estaban dispuestos a impedir, a toda costa, que la institucionalidad democrática se expresara. Como me dice un connotado militar retirado, golpista de la época, «(Sergio Onofre) Jarpa y (Pablo) Rodríguez eran los civiles principales en la conspiración». A pesar de mi insistencia por indagarlo, no logro que me confirme un sólo nombre de democratacristiano, salvo los ya conocidos, y que se fueron de la DC, como Carmona y Thayer, y con dudas me agrega: «Creo

que Luis Pareto conspiró con los marinos». Esta última versión es reconocida como muy probable por la mayoría de los dirigentes DC de la época, quienes cuentan que el entonces presidente de la Cámara jamás ocultó su anti allendismo, y a menudo expresó su opinión de ponerle abruptamente término a su mandato presidencial. Mis amistades de azul marino, en esa época, y algún DC, me insinuaron que Pareto tenía a cargo en el Partido los contactos con la Marina.

Años después del golpe, mi amigo, ex terrorista de derecha, que militara en Patria y Libertad, con el que compartí la prisión, verdaderamente arrepentido, pero manteniendo sus convicciones conservadoras, meditaba conmigo acerca de las consecuencias que el atentado a Schneider —del que participó— tuvo o pudo tener. Y la cárcel es un lugar propicio para la meditación.

¿Cuánta fue la carga de adrenalina que el atentado puso en nuestras cabezas? Temer un golpe de Estado durante el gobierno del Presidente Allende, desde sus inicios, ya no era una fantasía, ni una «consecuencia natural de la lucha de clases», a nivel teórico. Y ese justo temor exacerbaba el ánimo nuestro y nos hacía cometer excesos para poner límites a la fuerza de la derecha, que nos atacaba tan brutalmente.

En verdad, desde mucho antes del atentado a Schneider que los socialistas (y todas las fuerzas de izquierda) estábamos asustados y temerosos de un golpe de fuerza que nos impidiera alcanzar el poder. Siempre estuvo presente en nuestros análisis que el peligro de la vía electoral era que, si ganábamos la elección, no nos permitieran asumir el gobierno. Considerábamos que eso estaba dentro de la lógica política que siempre ha manejado la derecha, cuando ve la posibilidad de que se le arranque el poder económico de sus manos, y esto, con Allende y los partidos «marxistas» en el gobierno, era una posibilidad cierta. Se agregaba la circunstancia de un retroceso coyuntural del colonialismo en el mundo y de una ola sostenida de avance de las ideas progresistas (Cuba, Vietnam, Africa, etc.), con el agregado especial para Chile: la derrota del Imperio no tenía ni sangre ni violencia de por medio.

Cuando se discute acerca de las culpas, responsabilidades y causas del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, suele la derecha cargar tintas en la actitud formalmente amenazadora y

desafiante de la Unidad Popular, de Salvador Allende y especialmente del Partido Socialista; la doctrina que los sustenta es intrínsecamente violenta y destruye la democracia, afirman.

A la hora de fundamentar con hechos estas afirmaciones, les cuesta salir de la palabrería superficial y artificiosa: «Las tomas de los fundos; las intervenciones de las empresas, basadas en subterfugios o resquicios legalistas; la formación de los cordones industriales; los desfiles de hordas amenazantes provistas de palos, lanzas y otros instrumentos destinados a agredir a la gente»... pero normalmente sin resultado de muerte o graves lesiones. En otras palabras, no más que lo que ha sido la historia de todas las luchas sociales desde tiempos inmemoriales, con la sola diferencia de que durante el período de la Unidad Popular, la movilización de los trabajadores y de los estudiantes ha sido para defender lo que han ido alcanzando, contra la violencia desestabilizadora y sediciosa de la derecha y sus amigos del gobierno estadounidense, que tratan de mantener las condiciones de dominación y que ahora, con un gobierno de raíz netamente popular, han tenido amparo y no un enemigo, como ha sido lo habitual.

Es cierto que a veces se nos pasó la mano. Como lo comentáramos tantas veces durante el gobierno de Allende, había «compañeros que querían expropiar hasta los carritos maniceros», y otros que no respetaban las normas sobre reforma agraria y por la vía de la «toma», que involucraba grados de violencia, aunque jamás como para llegar a peligros mortales, expropiaban campos bien trabajados e incluso de modestos campesinos.

Lo que sí alcanzó un desorbitado nivel de violencia, han sido las palabras. Los conceptos de quienes amenazan con una revolución más profunda que destruya el monopolio de la propiedad de los medios de producción, de los medios de comunicación y de los instrumentos financieros; que cambie el carácter del Estado, para que asuma en plenitud la educación y salud, representando a toda la gente y no preferentemente a los más ricos y poderosos. En otras palabras, se ha querido socializar el poder del Estado, hacerlo más democrático y darle protección a los más débiles, subvencionándolos económica y culturalmente, para que puedan alcanzar nuevas posibilidades y acceder a una cierta igualdad. Y esto no se alcanza, evidentemente, sin una importante violencia conceptual, que noso-

tros, socialistas, confundimos a ratos con palabrería amenazante.

La derecha, en cambio, habituada a manejar el poder, no amenaza con las palabras, por el contrario. Con las palabras se aferra a conceptos como la democracia, la patria, la libertad, pero en los hechos abomina de ellos y su conducta es claramente subversiva y esencialmente violenta. Baste recordar, a modo de ejemplo, las palabras de Diego Portales (el insigne republicano, el ejemplo al que tantas veces recurriera Pinochet) en una carta personal, que el historiador Alfredo Jocelyn Holt reproduce en su libro *El peso de la noche*: «A esa señorita que llaman Constitución hay que violarla cuantas veces sea necesario».

Cuando la derecha intenta abortar la posibilidad de que Allende asuma la Presidencia, por todos los medios posibles —conspiración, secuestro y asesinato— está cometiendo la más grave de las violencias: está intentando asesinar la institucionalidad misma; los pilares que dan sustentación al Estado moderno.

Y este acto de violencia máxima, la derecha no lo puede excusar o disimular como una conducta reactiva a «los desmanes del gobierno de Allende», porque éste ni siquiera se había iniciado.

Ese fue el primer golpe de Estado.

La bella época

Ya he dado cuenta de la contradicción brutal que había entre nuestro discurso ultra revolucionario de los 60 y nuestros actos en el mismo período. Tras descartar, por inconducente, la vía pacífica para acceder al poder, y pronunciarse explícitamente a favor de la revolución armada, el Partido se reunía, debatía el nombre para los candidatos a parlamentarios, a regidores o a Presidente, elegía, y se volcaba a las calles a hacer campaña. Campañas electorales, claro, no militares. Campañas con afiches, volantes y trabajo puerta a puerta. Con propaganda en los diarios y las radios, con eslóganes y con concentraciones más o menos numerosas, pero simples concentraciones. Pacíficas, electorales y no armadas.

Pura jactancia revolucionaria. Claro que uno no puede pedirle al adversario que no le crea, y que se dé cuenta que realmente se trata de mera fanfarronería, que lo único que reflejaba, en nuestro caso, eran inseguridad revolucionaria y ansiedad por alcanzar metas de bienestar y de justicia social que por otros métodos parecían lejanas y difíciles. No podía llegarse al poder de otra manera que no fuera la revolución armada y el enfrentamiento, y sin embargo, el Partido Socialista presenta, en 1970, no sólo un candidato a la Presidencia dispuesto a someterse al veredicto popular, sino que además con un programa que es netamente reformista.

Programa en el que se establecen tres clases de propiedad, privilegiándose, en el fondo, la propiedad privada. Sólo algunas importantes empresas que juegan un rol estratégico o que tienen una relación muy estrecha con las necesidades generales del país, son las que se propone pasar al área social. Otras, evidentemente las

más, se mantienen en el área privada. Después de largas discusiones se llega incluso a que el total de empresas que debe pasar al área social es de 40, esto aceptado por un partido eje de gobierno que juraba en todos sus congresos y en todos sus documentos que sólo se podía llegar al socialismo a través del enfrentamiento armado.

Los partidos de derecha y la Democracia Cristiana hacen gran cuestión, en la época —y mucho más la hicieron después— de la oferta de violencia que está explicitada en las afirmaciones teóricas del PS, pero no sé si realmente lo creían, porque eran declaraciones de antigua data y ninguna práctica. Como en su peculiar lenguaje me dijera una vez mi amigo, el diputado y luego senador de derecha Patricio Phillips: «Mira, Erich... yo sé que ustedes no van a hacer nada... perro que ladra no muerde, pero no es lo mismo con los camaradas del PC...». Contrariamente a lo que se piensa entonces del Partido Comunista, éste en realidad era el partido moderado en el contexto de la Unidad Popular y del gobierno de Salvador Allende. Es el partido que niega o ataca duramente la posibilidad de que en Chile haya una guerra civil, que haya un enfrentamiento, y más bien plantea la necesidad de cambios como los habría hecho una sociedad en democracia auténtica, es decir de cambios evolutivos, paulatinos; en rigor manifiesta una clara contradicción con la posición elaborada por el Partido Socialista y, más incluso, la plantea públicamente. Pero el tema está en que la historia no lo hace creíble, y sectores de derecha y demócratacristianos planteaban, incluso el año 72, que ellos le tenían más temor a la presencia del Partido Comunista en el gobierno y a la hegemonía que pudieran lograr, que al vocinglerío revolucionario de los socialistas.

Esto se explica porque históricamente el Partido Comunista había sido, no sólo en Chile, sino en todo el mundo, un partido muy consecuente. Cuando el PC plantea la lucha armada es porque va a tratar de desarrollar la lucha armada, y se piensa que si no lo plantea de modo explícito, es porque ha habido un cambio de estrategia momentáneo, pero para llegar al mismo resultado final: la dictadura del proletariado, en su versión distorsionada y más atemorizante: la de Stalin. Entonces, el análisis que se hace es: «Sí, es cierto, son los socialistas los que avivan la cueca, pero el que la va a bailar realmente es el Partido Comunista», y cito una vez más

textualmente a mi amigo el Pato Phillips.

Se agrega a lo anterior el sentido mecánico de la disciplina que demuestran los militantes comunistas. Ya me referí al incidente que se produjo con el PC chileno cuando la Unión Soviética pactó con la Alemania de Hitler la invasión y reparto de Polonia (Pacto Molotov-Von Ribbentrop), en momentos en que el resto del mundo occidental se unía para combatir el fascismo y Chile se aliaba en esta unión. ¡Y era el Partido Comunista chileno uno de los que con más fuerza denunciaba al fascismo! Sin embargo, el pacto celebrado por la Unión Soviética hizo que, sin mayor reflexión y ninguna crítica, el PC chileno girara en 180 grados, y asumiera las posiciones (transitorias) del Partido Comunista de la URSS. Ya antes los socialistas habían criticado duramente la llamada «gimnasia revolucionaria» que practicaba el PC.

En menor escala recuerdo, como una anécdota, lo que nos ocurrió en pleno gobierno de la Unidad Popular, el año 72, cuando fuimos llamados por el Presidente Allende los diputados y senadores socialistas y comunistas a La Moneda, para darnos un raspa cachos por la actitud «débil» que teníamos frente a las acusaciones que se le estaban formulando al Presidente de la República de estar amparando a un «riflero» que con el objeto de ganar suculentas comisiones estaba colocando el cobre chileno en lugares no adecuados. Este «riflero», según acusaban la derecha y la DC, un señor de apellido yugoeslavo, que no recuerdo, efectivamente conocía a Salvador Allende. Este lo había tenido que ver como médico cuando recién ejercía su profesión en Valparaíso. Esto bastó para que la oposición lo acusara de intervenir en favor de su «íntimo amigo». Yo incluso en esa reunión hice una broma acerca de la «intimidad», ya que el joven doctor Allende había sido consultado por un problema de la uretra, que creo distendió el ambiente y calmó al Presidente, que hasta ese instante se había mostrado muy molesto. De ahí partimos los miembros de la Comisión que investigaba el tema al Congreso, naturalmente dispuestos a corregir nuestra pasividad. Yo entendí el mensaje del Presidente en el sentido de ser intelectualmente más duro, más agresivo, y estoy absolutamente cierto de que fue el mensaje de Allende. Llegamos a la Comisión Investigadora y con un pretexto absolutamente fútil los parlamentarios PC, fundamentalmente

uno de ellos, junto con lanzar una dura agresión verbal, lo hicieron también físicamente con los parlamentarios de derecha y de la DC de la Comisión, como algo frío, premeditado y calculado. Ellos entendieron que había que ser agresivos y paralizar la Comisión, y no necesitaron tener causas reales para hacerlo: simplemente cumplieron lo que creyeron que era su mandato militante.

Se produjeron durante el gobierno un hecho y un incordio que hacen más comprensible el temor de la Democracia Cristiana a que efectivamente se estableciera una especie de democracia popular, al estilo de las que existían en Europa Oriental. En primer lugar, el miserable asesinato del ex ministro del Interior de Frei, Edmundo Pérez Zujovic, a manos de una banda armada ultraizquierdista para algunos, provocadores a sueldo para otros: la VOP, Vanguardia Organizada del Pueblo. Cuando ocurrió el irracional desalojo de pobladores en Pampa Irigoín, en las afueras de Puerto Montt, que costó la vida a un gran número de pobladores, nosotros demandamos constitucionalmente la responsabilidad del ministro. Por el Partido yo sostuve la acusación, y aunque fue rechazada, dejó huellas profundas en la Democracia Cristiana. Personal, familiar y políticamente, Pérez Zujovic no merecía terminar estigmatizado de esa manera, pero tampoco habían merecido la muerte humildes pobladores que sólo querían tener un lugar donde vivir y en el que llevaban asentados un largo tiempo. Yo estuve conviviendo en la Penitenciaría de Santiago con los dirigentes sobrevivientes de la VOP; cargaban en su cuenta, a lo menos, el crimen de Pérez Zujovic y el de un carabinero asesinado mientras hacía guardia frente al Consulado de los Estados Unidos, para robarle su arma, amén de varios asaltos comunes. Me dio la impresión de lumpen desgajado del MIR mucho tiempo antes. Lo malo fue que, en su celo por descubrirlos y tomarlos detenidos, los detectives al mando de *Coco* Paredes se enfrentaron a tiros con ellos y los mataron. La DC dejó entrever su duda de que esto hubiera sido un acto de encubrimiento. Nosotros tuvimos también la duda de que fuera una provocación armada desde los Estados Unidos, como al parecer se desprendía de alguno de los documentos desclasificados con posterioridad en ese país.

El incordio fue la presencia de dos pequeñas organizaciones, pero que tienen bastante resonancia: una es el MIR, con su ola de

atentados, incluso durante la época del propio Salvador Allende: «expropiaciones» en diversos lugares con las que llegaron incluso al terreno libre urbano, y además asaltos en los supermercados, lo que expresa una voluntad violentista que realmente preocupa a muchos de los sectores de la sociedad chilena. Y lo cierto es que si bien el MIR no pertenecía formalmente a la UP, el gobierno tampoco fue nunca explícito ni categórico para descalificar sus acciones. La otra organización es un partido que está dentro del gobierno de la Unidad Popular, y que tiene unas características yo diría similares a las del MIR, que ha desbordado por la izquierda al Partido Socialista: el MAPU que conduce Oscar Guillermo Garratón, entonces subsecretario de Economía. Es la presencia de estos dos pequeños partidos, pero con una tonalidad ideológica marcadamente violentista, y de sectores del mismo PS, lo que agrega contenido y posibilidades de que sea cierto el desarrollo de una revolución violenta, al extremo que cuando el régimen de Salvador Allende está en sus últimos momentos, cuando se discute qué día será el golpe, dirigentes del MIR e incluso del MAPU plantean que es bueno que de una vez por todas el golpe se dé, porque allí explotarán realmente las contradicciones del sistema y de ese enfrentamiento será posible hacer surgir la auténtica Revolución Socialista. ¡Y lo creían seriamente!

Todo lo anterior y muchas más arbitrariedades cometidas durante el gobierno de Salvador Allende, explican en alguna medida el golpe de Estado. Lo explica mucho más la defensa de los intereses económicos amenazados por una más equitativa repartición de la riqueza y de las cargas, que permita salir de su infinita pobreza a la mayoría de la gente, estrechando la brecha entre ricos y pobres. Pero para un demócrata de verdad, nada puede justificar la subversión y el violento quebrantamiento del orden institucional. Menos cuando el régimen imperante, por negativo que pueda ser, da herramientas más que suficientes para corregir los males. Y en el caso que examinamos, esas herramientas existían y se podían accionar. Había prensa, televisión y radios mayoritariamente en manos de la oposición de derecha y demócratacristiana, que no sólo denunciaban las arbitrariedades, sino que ejercían con encono y sectarismo sus derechos; es cuestión de revisar los periódicos de la época, como *El Mercurio*, *Tribuna*, *El Diario Ilustrado*, *La Tercera*,

incluso desde antes de que Allende fuera investido. En materia radial, sólo tres emisoras escapaban de este monopolio: Radio Corporación, del PS, comprada por mi intermedio a *El Mercurio*, representado por Fernando Léniz; Radio Portales, de Raúl Tarud y alguien más, y Radio Magallanes, del Partido Comunista. Esto, de un espectro seis o siete veces mayor. En televisión, sólo se escapó durante un tiempo, por toma, el canal de la Universidad de Chile, a la que pusimos término pacífico con Bernardo Leighton; Canal 7 solamente producía un programa político: *A tres bandas*, donde participaban permanentemente un representante de la Unidad Popular, generalmente yo mismo, y dos de la oposición: por la derecha Sergio Diez, y por la DC, habitualmente Rafael Moreno, el actual senador por la Sexta Región.

A pesar de lo que se ha dicho, los tribunales de Justicia funcionaban a plenitud, si más de alguna vez se demoraron o no se cumplieron órdenes de desalojo o lanzamiento, no es razón suficiente para decir que la legalidad estaba sobrepasada y poco menos que no se podía poner en acción el Derecho. Si fuera por la lentitud de nuestros tribunales o el tiempo que toma hoy mismo lanzar arrendatarios morosos, también habría que reclamar hoy que se ha sobrepasado la legalidad vigente. Menos se podía decir que la utilización del famoso Decreto 520 del año 32, que permitía cierto tipo de expropiaciones, era contravenir la legalidad, porque el Decreto Supremo 520 existía y estaba vigente, había pasado el examen de legalidad de gobiernos de derecha, de centro y de izquierda, sin que nadie intentara siquiera derogarlo. Incluso pudo serlo desde el primer año de gobierno de Allende: entre la derecha y el PIDC se conformaba una sólida mayoría parlamentaria que les permitió, por la vía de la acusación constitucional, defenestrar a varios ministros de Estado, haciendo cada vez más difícil gobernar.

De hecho, analizando muchos años más tarde todas esas acusaciones constitucionales con un par de parlamentarios DC de la época, coincidimos en que muchas de ellas no tenían verdadera justificación en la conducta del ministro, sino en una especie de revancha política por otros actos del gobierno que les parecían incorrectos. En el caso del ex ministro del Interior Gerardo Espinoza Carrillo, la situación podría catalogarse de comedia, si no fuera

porque está inmersa en una tragedia: se debatió largamente en la DC si se le acusaba o no, ya que muchos lo consideraban una garantía de moderación, y de confianza. Finalmente se decide la acusación, y es un propio diputado DC el que lo llama, a título personal, para contarle la decisión, tras lo cual lo va a buscar a La Moneda y se van a almorzar juntos, porque eran grandes amigos. Al día siguiente lo acusaron en el Congreso, y por la noche cenaron en la casa del parlamentario del PDC. Espinoza Carrillo ya no era ministro... yo lo había propuesto para el cargo.

Lo único que no podía hacer la oposición era lograr los dos tercios para aprobar la acusación constitucional contra el Presidente de la República. Por eso es que después de anunciarla, formalizaron alianza para obtener la mayoría suficiente en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973. El obstáculo que tuvieron lo puso el pueblo, que no sólo no les dio la votación tan ansiosamente buscada y en la que creían a pie juntillas, sino que le otorgó al gobierno de Salvador Allende un respaldo enorme. A casi tres años de gestión había subido de un escueto 36,2% a un 44,3%. No puedo dejar de recordar la cara de asombro de mi colega en A tres bandas, Sergio Diez, cuando observábamos los resultados que se iban produciendo en las mesas de mujeres en Talca, su feudo electoral más preciado, y yo obtenía mayoría, la que luego se ratificó con una primera mayoría tanto en la provincia de Talca como en la de Curicó. Por primera vez en la historia se elegía a dos senadores de izquierda en la circunscripción de Talca, Curicó, Linares y Maule: un socialista y un comunista. Se les melló entonces un instrumento que la Constitución, que la democracia, ponía en manos de quien tuviera el respaldo suficiente para ejercerla: la acusación constitucional contra el Presidente de la República estaba descartada.

Fue en ese momento cuando tomaron la decisión más vergonzante en la historia del parlamento chileno: el acuerdo mayoritario de la Cámara de Diputados que, de antemano sabían, no era vinculante, sino simplemente una «autorización» al golpe de Estado que, como es sabido, ya la derecha y los militares, especialmente los marinos, venían preparando.

Sabiendo lo que pasaba en ese día, el 22 de agosto de 1973, yo, a pesar de que ya no era diputado, sino senador, me instalé en el hemiciclo de la Cámara.

Conversé con varios diputados DC durante horas, haciéndoles ver que por un simple proyecto de acuerdo, pretendían sustituir el mecanismo de la acusación constitucional y que al remitir este acuerdo a cada comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, estaban pidiéndoles y autorizando su alzamiento en armas. Especialmente lo discutí con quien era mi amigo y a quien más respetaba, Bernardo Leighton. No hubo caso, estaba empecinado en que solamente se trataba de un severo llamado de atención al gobierno, para que rectificara rumbos. Sin embargo, yo sabía que este proyecto de acuerdo había tenido una dura discusión al interior del grupo parlamentario DC y que el sector *chascón* y varios diputados DC no lo compartían íntegramente —entre otros recuerdo a Mariano Ruiz Esquide, Claudio Huepe, Pedro Felipe Ramírez, Andrés Aylwin—, menos aún el transcribírselo a los institutos armados, y pensaban, como yo y toda la izquierda, que era una verdadera incitación al golpe de Estado.

Producto de intensas reuniones y conversaciones con la mesa del Partido, el sector menos proclive a votar favorablemente la declaración, acordó con la mesa directiva que el secretario nacional del PIDC, Eduardo Cerda, diera una clara explicación en cuanto al verdadero sentido del documento: no debía entenderse como un llamado o autorización, ni moral siquiera, a un alzamiento armado. Llegó el momento de la votación y el diputado que debía hablar simplemente no apareció en la sala. Algunos parlamentarios *chascones*, desconcertados, comenzaron a decir que no votarían a favor, y entonces Bernardo Leighton les señaló, en un tono tajante muy poco habitual en él, que tenían que votar. Y votaron. Como me lo confesó un general amigo, activo participante del golpe de Estado, desde ese momento se comenzó a activar «el pronunciamiento». Hubo parlamentarios DC que estuvieron años sin hablar con el «arrepentido» orador de esa jornada.

Bernardo Leighton reconoció mi razón y su error en una visita a la Cárcel Pública de Santiago, donde la dictadura me tenía recluido, a finales de noviembre de 1973.

Por casualidad, hace pocos días, me encontré grabando un programa de televisión recordatorio del centenario de la Cámara, que conducía el periodista Germán Gamonal, y en el cual participaban los ex diputados José Monares y Luciano Vásquez, este último

periodista y en la época del acuerdo, diputado del Partido Nacional, y me llevé tremenda sorpresa. Al consultarle Gamonal qué pensó que había sido ese acuerdo de la Cámara, respondió sin titubeos: «¡Una autorización para el golpe de Estado, sin duda!».

¿Existía esa claridad en todos los que votaron el acuerdo de la Cámara de Diputados ese día? Creo que no. Para algunos, era evidente que podía interpretarse de ese modo, y querían evitarlo (como los democratacristianos *chascones*); otros querían creer, empecinadamente y contra toda evidencia, que sólo se trataba de hacer reaccionar al Presidente (como Bernardo Leighton, de cuya buena fe simplemente me es imposible dudar); otros sospechaban cuál era la lectura del acuerdo que se haría en los cuarteles y preferían no ahondar en el análisis del asunto —ni en sus consecuencias— (muchos DC, y tal vez parte de la derecha), y otros sabían exactamente lo que hacían y cuáles eran las consecuencias, y era precisamente eso lo que buscaban.

El respaldo político era relevante para los militares en la conjura, por un resabio de conciencia legalista, por la imagen ante Estados Unidos o por la gobernabilidad futura, vaya uno a saber. Y el PDC era un actor de la máxima relevancia. ¿Estaba la Democracia Cristiana por apoyar el golpe de Estado? Algunos de sus integrantes sí, claramente estaban a favor, y de manera activa. Otros simplemente preferían ignorar las posibles consecuencias, y decían que si bien no era el camino que más los convenía, seguramente los militares pondrían orden y luego devolverían el poder a los civiles, en poco tiempo. Un poco tiempo antes, hubo un indicio de cuál era la posición del PDC: en junio de 1973, para el llamado «tanquetazo». A un parlamentario amigo, Claudio Huepe, le tocó estar en la sede del PDC ese día, hasta donde llegaron los periodistas inquiriendo la reacción oficial del partido frente a la sublevación militar. Él no era miembro de la mesa, de modo que se comunicó con un dirigente y le explicó la situación. Le pidieron que esperara, que la mesa estaba reunida y que habría una declaración oficial. Pero pasaban las horas y la declaración no llegaba... A eso del mediodía, Huepe decidió hacer una declaración a título personal, aunque habiéndolo conversado previamente con Rado-miro Tomić: aseguró que no se había podido contactar con los dirigentes, pero que estaba seguro que su partido rechazaría el

intento de golpe. Recién cuando la situación ya había sido controlada por el general Prats, el PDC emitió una declaración señalando que lo dicho por el parlamentario identificaba al partido.

A buen entendedor, pocas palabras... los conjurados ya tenían claro que podrían contar, si no con el apoyo explícito, al menos con el silencio de la Democracia Cristiana...

El gobierno de Salvador Allende se inició, continuó y terminó en medio de las convulsiones de un país tremendamente dividido. Objetivamente, nadie quiso cejar en sus posiciones; ni nosotros por una parte, ni la derecha y la mayoría de la Democracia Cristiana por la otra. El único gran acuerdo logrado unánimemente fue el de la nacionalización del cobre, en los inicios del gobierno. Fue el más sustantivo de los debates que tuvo el Congreso durante todo el período. La aprobación final de la reforma constitucional que hacía posible la nacionalización de las grandes explotaciones de cobre, hasta entonces en manos de la Anaconda y la Kennecot, empresas norteamericanas, suscitó una explosión de alegría y orgullo patrio a la vez, en el salón plenario del parlamento, y de júbilo popular en las calles y plazas de Chile. Por fin comenzábamos a recuperar la dignidad de país independiente y se hacía posible el despegue económico. Allende bautizó al cobre en manos chilenas, como «la viga maestra de la economía», el sueldo de Chile recuperado.

La ley que permitía la nacionalización estableció que se haría con indemnización, previo descuento de las utilidades excesivas obtenidas por las empresas, lo que, al momento de su aplicación, suscitó un largo debate al interior de los partidos de la UP. Los cálculos que se hicieron para determinarlo arrojaron un saldo negativo a las empresas cupríferas. Se decía en aquel entonces que en la discusión con las empresas, éstas habrían llegado a plantear su aceptación, siempre que se les pagara una cantidad ínfima, simbólica, hasta un dólar, pero que se salvara el principio de la nacionalización con pago de la correspondiente indemnización y no que se tratara de un simple acto expropiatorio.

A mí no me consta cuál fue la modalidad ofertada, porque tuve poco que ver en el proceso negociador con las empresas. Intervine solamente como parlamentario en la discusión y aprobación de la nacionalización del cobre, mas no en su gestión de gobierno y este no es un trabajo de investigación, sino simplemente la

expresión de los recuerdos que guarda mi memoria de los largos períodos políticos vividos. En todo caso, sí tengo clara cuál fue mi posición al respecto, adoptada después de largas conversaciones con el joven y brillante director nacional de Impuestos Internos de entonces, mi amigo Juan Vadell, que tenía información y participación de primera línea en el tema, y también con mi amigo Alfonso Inostroza, presidente del Banco Central: los tres estuvimos de acuerdo en que el pago de cualquier indemnización, aunque fuera un dólar, era injusto, pero que era preferible aceptarlo. La mayoría del partido y el PC estuvieron por rechazarlo, y así se hizo.

Las compañías cupríferas se alzaron judicialmente y embargaron un gran cargamento de cobre en el puerto francés de Le Havre, creando muchos problemas que se solucionaron gracias a la pericia jurídica del mejor penalista de esa época, Eduardo Novoa Monreal. Y fue la única gran conquista que trascendió hasta el día de hoy. El cobre ha sido efectivamente «el sueldo de Chile», acumulando a la fecha ingresos por decenas de miles de millones de dólares para todos los chilenos (hechos los descuentos para las Fuerzas Armadas, claro).

El resto del período que pudo gobernar Allende, lo tuvo que hacer con la oposición tenaz de la derecha, que buscaba la caída del Presidente por cualquier método. Ya en 1971 comenzó a sumarse a una oposición más activa la Democracia Cristiana. El ambiente entre el PDC y la UP se había enrarecido considerablemente en la dura campaña electoral para las elecciones municipales de marzo de 1971, y bajo la presidencia de Juan de Dios Carmona la brecha no hizo más que ahondarse. Al PDC no le salió gratis esa oposición: significó el alejamiento de un número relevante de dirigentes y militantes de base que, junto a un sector escindido del MAPU, formaron la Izquierda Cristiana (que le dio su apoyo a la Unidad Popular). Bosco Parra y Luis Maira, dos de los principales dirigentes que abandonaron el PDC, argumentaron que no podían estar en el mismo partido que Carmona. Fue un episodio doloroso para el PDC: horas de reuniones intentando convencer a los que se marchaban de que no lo hicieran, que eso haría volcarse al partido aún más a la derecha. A algunos los convencieron, como a Alejandro Foxley, que siendo simpatizante del grupo que se alejaba se limitó a renunciar a la presidencia del Departamento

Técnico del partido, como acto de protesta. Un dirigente de la época —que se quedó— rememora ese tiempo y dice que «lo terrible era que se iban de a uno... entonces uno se despertaba en la mañana preguntándose cuántos se habrían ido durante la noche...».

Con la Democracia Cristiana, la oposición tenía mayoría absoluta en ambas cámaras, y esa fue un arma que esgrimieron constantemente para impedir el cumplimiento del programa de la UP presentado a los electores.

Para los que éramos parlamentarios en esos tres años cruciales, la labor fue tremendamente desgastadora y de una impotencia desmoralizante. Las pocas leyes que logramos aprobar, siempre tenían un componente importante de concesiones a la oposición; caso contrario, nos pasaban la máquina mayoritaria y desvirtuaban nuestros propósitos. Y no se diga que esas son las reglas de la democracia y que si no teníamos mayoría, había que aceptarlo lisa y llanamente, porque en las primeras elecciones municipales efectuadas durante el gobierno de Allende, la Unidad Popular obtuvo mayoría absoluta, reflejando con ello la voluntad popular real. Hubo entonces una lata discusión acerca de si se llamaba o no a plebiscito con el objeto de disolver el Congreso y convocar a nuevas elecciones, primando en definitiva el criterio constitucionalista, que no lo permitía. Para la creación de las tres áreas de la economía, la privada, la pública o social y la mixta, soporte básico de los planes de gobierno, no hubo concesión alguna de parte de la oposición.

Recuerdo cómo se logró acuerdo con la Democracia Cristiana para terminar con el monopolio de la ITT (International Telephone and Telegraph), tras un debate interminable, poniendo fin a su contrato de concesión: fue necesario probar de manera irredargüible, cómo la ITT financiaba con la CIA un complot contra el gobierno, que, por supuesto, la derecha negó. Entonces, hubo que echar mano a otros mecanismos: para terminar con el monopolio financiero, la Corfo abrió un poder comprador que permitió acceder mayoritariamente a la gestión de la banca. En el caso de otras empresas consideradas vitales o estratégicas para el desarrollo de una política socialista, se recurrió a una antigua legislación del Ministerio de Economía, que hacía posible la intervención directa

de ellas; esto, con el escándalo y la oposición violenta de la derecha. En este sentido, hay que reconocer que se actuó, a veces, exageradamente, sobrepasándose los límites de la prudencia para avanzar en un proceso de cambios tan profundos como los que impulsábamos.

La reforma agraria fue otro capítulo. Se trataba de ampliar y profundizar la que ya había iniciado la Democracia Cristiana con una feroz oposición de la derecha, que había, incluso, causado la muerte del ingeniero Hernán Mery, destacado militante DC y primer mártir de la reforma. Existían los mecanismos e instrumentos legales suficientes para hacerlo, pero se prefirió por algunos —no por Salvador Allende— precipitar los acontecimientos mediante tomas forzadas de los predios agrícolas. En esto competían la Organización Campesina Ranquil, de orientación socialista, que había sido creada por Rolando Calderón; el Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR), del MIR, y otra organización, conducida por el MAPU Obrero y Campesino (MAPU-OC). El PC, más solapadamente, también participaba. Cada uno trataba de crear centros propios de poder. Allende me pidió en una oportunidad que como diputado fuera a calmar las aguas en un fundo, cercano a Curicó, donde la violencia de la toma había llegado al extremo de incendiar las casas patronales, creo que fue en Los Cristales. Con todo, no fue más del dos por ciento del total de expropiaciones el que siguió este camino. Con el gobierno de la Unidad Popular se consolidó —así lo creíamos hasta Pinochet— la entrega de cerca de diez millones de hectáreas a más de sesenta mil familias campesinas, unas trescientas mil personas.

Para objetivar el tema, es necesario hacer un esfuerzo de imaginación y ponerse en las condiciones de entonces, sobre todo antes y después de la reforma agraria. Yo las viví intensamente, por eso opino. La verdad es que teníamos un campo extremadamente hermoso, pero que sostenía el lujo y el bienestar de un puñado de terratenientes y la miseria de cientos de miles de campesinos, como muchas veces se ha dicho, y como, de manera brutal y descarnada, lo denunció Vicente (García) Huidobro, el gran poeta: «Peor que siervos de la gleba, con su destino marcado por la ignorancia y la desnutrición. Los peones trabajaban de sol a sol, a menudo sólo por la comida, y carecían de las cosas más elementales.

Dormían apilados en galpones o chozas miserables, lejos de las casas de los dueños y les daban un par de 'galletas' y dos tazones diarios de té o de leche, cuando el fundo era criancero; a veces las haciendas más grandes tenían 'pulperías', donde con fichas les pagaban en mercaderías su salario; las escuelas eran escasas y generalmente lejanas, el analfabetismo era casi total».

Sólo escapaban de esta suerte los «ministros» (administradores) y unos pocos inquilinos, a los que se les daba su «cuarto de tierra», para que bicieran sus propios cultivos. No tenían agua potable ni luz eléctrica. Era habitual que los patrones «se sirvieran» a las mozas de la hacienda y les hicieran «un guacho», abusando del feudal «derecho de pernada». Por eso es que en las zonas centro y sur del país, abundaban los Silva y los Correa, que eran los apellidos más frecuentes de sus patrones. Cuando despedían a un peón, ya sea por «temporada» u otra razón, éste tenía que deambular leguas y leguas, días y días para encontrar trabajo. Socialmente, el campesino pobre era profundamente despreciado y se le miraba con desconfianza. Les costaba armar familia porque entonces dejaban de trabajar en el fundo, salvo que ascendieran a la categoría de inquilino o allegado. En estas condiciones, beber era un consuelo y una necesidad, y cometer delitos de violación o robo, una consecuencia. La cantidad de tierras no cultivadas llegaba a más de la mitad de las hectáreas cultivables del país. Esta descripción parece un novelón dramático de pésimo gusto, pero es menos de lo que era la cruda realidad. Condiciones como éstas son las que impulsaron a las masas campesinas de Ranquil, en el alto Biobío, desesperadas, con hambre y con un rencor tremendo, a arrasar en más de doscientos kilómetros a la redonda con las pulperías y lugares donde había alimentos para calmar su hambre y desesperanza. La historia lo recoge como una de las más bestiales represiones del Estado, que causó la muerte de cientos de campesinos.

La gran virtud de la reforma agraria y de las organizaciones campesinas fue la de reponer la dignidad de los trabajadores del campo e iniciar la racionalización de las explotaciones agrarias. El intento de regresión total que hizo la dictadura en el campo no pudo destruir todo lo avanzado, y sí pudo aprovechar sus frutos. Las grandes plantaciones de frutales se iniciaron con la reforma agraria, así como también las de pinos y de eucaliptos. Parte de las

primeras plantas de celulosa fueron del Estado, cuando Allende era Presidente. Yo estuve presente cuando se inauguró en Constitución la de Celulosa Arauco.

Que hubo fallos, es evidente; la ansiedad de tener acceso al campo y comenzar a vivir mirándolo desde otra perspectiva que la de simple peón hambreado y despreciado, hizo perder a menudo uno de los más importantes objetivos: el aumento de la productividad de la explotación agrícola. Las buenas intenciones del gobierno de dotar a los campesinos reformados de medios técnicos y de capacitación para su labor de nuevos productores, se vieron reducidas drásticamente por la carencia de recursos económicos. Todo es cierto, pero no lo es menos que desde un comienzo existió una oposición furiosa y siempre tendiente a impedir que Allende y la UP gobernaran, como también es cierto que Nixon cumplió su amenaza de «bacer crujir» la economía del país. Los créditos internacionales controlados por Estados Unidos no sólo se redujeron, sino que simplemente se acabaron. Cuando Salvador Allende logró renegociar la deuda del país, lo hizo con el apoyo de las naciones europeas y la más decidida oposición norteamericana. Los militantes de la Unidad Popular teníamos una batalla constante para evitar los atentados terroristas o los boicots que diariamente organizaban sectores de la derecha dura, del comando Rolando Matus o de Patria y Libertad, y todo esto dentro de la permisividad más absoluta de movimientos, de propaganda y de difusión. La misma derecha se encargaba de hacer más patente la división profunda que desde antes del gobierno se venía dando en el país.

Como un simple anecdotario, recuerdo que ya al segundo año de gobierno, el barrio alto de Santiago, de Plaza Baquedano al Oriente, es decir, las comunas acomodadas, de una u otra forma estaba cerrado a la presencia de gente de izquierda. Un día, en los escasos momentos de diversión que nos podíamos permitir, fui a cenar al Cantagallo, en plena comuna de Las Condes, con mi señora y con el comandante de aviación Ernesto Galaz y su señora. Desde un comienzo sentimos que existía un ambiente pesado, hostil, con indisimulados murmullos de «¿qué hace aquí ese carajo de *Esnake...*!». Luego de la cena salimos a bailar, y uno de los que pasó bailando cerca nuestro exclamó en voz alta, para ser escuchado: «¿Preferiría que me sacaran la madre, antes que soportar

esto!». Para su desgracia, desconocía que también estaba bailando mi camarada Pepe Ortigoza, una suerte de ropero de tres cuerpos (yo tampoco lo sabía). Se le plantó al frente y con voz de trueno le espetó: «Bueno: ¡conch' e tu madre!». Todos mudos, el tipo y su pareja se corrieron y siguió el baile. Lamentablemente, mi camarada Ortigoza, sin juicio alguno, fue fusilado en Temuco, en los primeros días posteriores al golpe.

Así como las relaciones políticas y las sociales se enrarecían en el país, tampoco las relaciones internas en la UP y con Allende eran todo lo fluidas que se hubiera querido. Como ya lo mencioné, Salvador Allende fue candidato presidencial en 1970 sin contar con mucho entusiasmo entre los propios dirigentes del Partido, y evidentemente eso no facilita las relaciones. En primer lugar, hay una relación esporádica e inestable entre socialistas y comunistas; no se desarrolla un punto de vista común para enfrentar los temas. Mi impresión es que cada cual trata de influir en el gobierno de acuerdo a los puntos de vista previamente establecidos al interior de cada partido, disputando por imponer sus posiciones. No sé cuál es la manera en que se desarrollan las relaciones entre el PC y el Presidente; siempre constituyeron un misterio para mí, y tuve la impresión de que se vinculaban a través de los ministros comunistas, particularmente Orlando Millas. Las reuniones de comisiones políticas de ambos partidos en conjunto eran escasas y puntuales, parecida a la situación actual PPD-PS. Con toda seguridad, estos encuentros se acentuaron entre los encargados de las políticas militares de ambos partidos, sobre todo cuando el golpe de Estado parecía ser una realidad cercana. Entonces el intercambio de informaciones proliferó.

Lo cierto es que yo carecía de una información en profundidad sobre el tema, porque la información acerca de la política militar del Partido la manejaban los *elenos* y constituía un misterio para mí, al igual que para la mayor parte de la Comisión Política del PS. Las relaciones políticas entre el PS y el Presidente eran de análisis permanentes, que se llevaban a cabo normalmente en La Moneda los sábados de cada semana. En ellas analizábamos y discutíamos con Allende todos los aspectos de la contingencia, cómo iba marchando la aplicación del programa, cómo se estaban llevando a cabo los distintos procesos (la reforma agraria, la economía,

las tomas). En general, pedíamos más velocidad a los cambios, y criticábamos la línea del gobierno, que estimábamos zigzagueante: a veces demasiado acelerada, por influencia de sectores ultra izquierdistas, y otras veces lenta y conservadora, en cuanto a afectar los intereses más profundos de la derecha. De allí surgió, por ejemplo, la intervención en la banca a través de la adquisición de acciones por la Corfo y las principales designaciones de los funcionarios que administrarían empresas o bancos.

La UP en su conjunto prácticamente no se reunía. No había una instancia de discusión en la que participaran todos los partidos de la alianza. Sí había encuentros y reuniones entre los dirigentes, pero no propiamente una coordinación. Las reuniones se intensificaron, eso sí, en el último año del gobierno, para hacer frente a la agitación social que comenzó a producirse.

Los partidos políticos, sin lugar a dudas, intervinieron de modo relevante en la conducción del gobierno, y si hay una crítica que se le puede hacer al Presidente Allende en ese sentido es que no tuvo la capacidad de imponer una conducción unitaria a la administración, pasando por encima de esta disputa de poder en la que solían embarcarse los partidos, sobre todo socialistas y comunistas. Creo que, contra todo lo que se supone, Carlos Altamirano fue una de las personas que más intentó relevar a Allende en su papel de conductor, sobre todo en el plano del desarrollo de la economía. Pero así como desde las comisiones políticas se trataba de influir sobre el Presidente, también éste intentaba influir sobre las decisiones de los partidos, aplicando en este sentido su conocida «muñeca política».

En definitiva, Salvador Allende se dejó llevar un poco por nuestros afanes revolucionarios, por este discurso combatiente y esa imagen algo romántica que teníamos entonces de los guerrilleros, pero sin dejar nunca de lado su deseo profundo de llevar a cabo los cambios en democracia, sin una imposición por la fuerza. La mejor demostración de esto último es que ya hacia el final del gobierno, en su momento de mayor apremio político, nombra como ministro del Interior a Carlos Briones, un connotado socialdemócrata que poca y ninguna relación tiene con la Comisión Política del PS, donde es visto más bien como un obstáculo en el avance del gobierno. Briones fue en realidad una imposición del

Presidente, que obviamente buscaba con ese nombramiento intentar el acercamiento con la Democracia Cristiana, la clave para poder llevar adelante el gobierno dentro del marco democrático. De nuevo, las contradicciones del proceso.

En el plano estrictamente social, no hay duda de que aumentó sustancialmente la capacidad adquisitiva de la gran masa y hubo más trabajo; al término del primer año de gobierno, único que podríamos llamar normal, se llegó a la tasa de cesantía más baja de nuestra historia, un tres por ciento, y a un crecimiento histórico del 7,7 por ciento. La capacidad hasta entonces ociosa de la industria se copó, y Chile produjo como nunca lo había hecho. El comercio prosperó de manera increíble, ¡lo vendía todo! Subió la adquisición de bienes de consumo y en los hogares más modestos comenzaron a verse artículos de línea blanca como refrigeradores, máquinas de coser, cocinas eléctricas o a gas, reemplazando los viejos utensilios a carbón o a parafina que todavía se usaban. Famosos se hicieron los pequeños televisores en blanco y negro Antú, fabricados por la ITT nacionalizada, que empezaron a inundar el campo y las poblaciones. La luz eléctrica y el agua potable crecieron vertiginosamente en esos mismos lugares (la cobertura en los medios rurales aumentó en un ciento diez por ciento), y el acceso a la educación, sobre todo rural, fue un claro síntoma de progreso social. La construcción de viviendas sociales más que se duplicó, al extremo que por el apremio y la ambición de resolver el déficit de seiscientos mil viviendas con que se encontró el gobierno, al «compañero Cortés», primer ministro obrero de la Vivienda, le fallaron los cálculos y la asesoría y no hubo cemento suficiente y otros elementos necesarios para cumplir sus ambiciosos planes. Lucho Matte, gran ministro, socialista también, más técnico, intentó suplir luego las deficiencias, pero le tocó un período de violenta oposición, con huelgas de los camioneros de Luis Villarín, de manifiesto contenido subversivo. En la época lo bautizaron como *Pillarín*, porque se contaba que se quedaba con la mitad de los dólares que enviaban de Estados Unidos a los camioneros para «mantener el movimiento». La paralización y el bloqueo de los caminos por largo tiempo causaron un daño irreparable.

Después del golpe, fuimos con el ex ministro Matte a parar al campo de concentración de la isla Dawson, y en la barraca que le-

vantaron para nuestra prisión, éramos vecinos de camarote. Lucho Matte se distinguió, como «prisionero de guerra», por su entereza y sentido del humor. Al segundo o tercer día, cuando el *Flaco* Tohá hizo el descubrimiento de que estábamos en una isla que el gobierno le había regalado a la Marina, Lucho exclamó: «¡Menos mal que no se te ocurrió regalarles una base en la Antártica, h...!».

Hace unas meses, en agosto del 2003, Orlando Sáenz, que en la época era director de la Sofofa, confesando plenamente el carácter subversivo de las conductas que había tenido «su derecha», en el programa de TVN Informe Especial, expresó que «el gobierno de Allende cayó en octubre de 1972, con el paro de los camioneros». En cierto sentido es verdad, aunque Sáenz olvida que fue necesario recurrir a la fuerza para concretar la caída del gobierno, que el boicot económico había empezado a producir (por cierto, Sáenz reconoció también haber participado en el otro complot, el militar).

Es asimismo de esa etapa de gobierno la creación de los primeros balnearios populares, como Ritoque, que luego la dictadura transformaría, como una dramática ironía, en campos de concentración.

Hubo avances espectaculares en materia de atención a la infancia y la familia, como el medio litro de leche gratuito a todos los niños en las escuelas y los consultorios; el establecimiento, por primera vez, de la atención dental gratuita a los escolares y la creación de cientos de salas cunas y jardines infantiles, mediante la dictación de la ley 17.301. Se incrementó la matrícula primaria y secundaria, y también la universitaria en la Universidad de Chile, estatal, que continuó siendo gratuita. La Universidad Técnica del Estado, antigua Escuela de Artes y Oficios, creó nuevas carreras y, en convenio con la Central Única de Trabajadores, otorgó gran cantidad de becas de estudio, posibilitando la capacitación y el ingreso de cientos de trabajadores a sus aulas. La verdad es que los trabajadores tuvieron una organización legal y plenamente representativa, la CUI, donde llegó a juntarse cerca de un millón de asalariados, y fue, sin lugar a dudas, con su activa participación, el mayor sostén del gobierno de Allende. Fueron también, después del golpe de Estado, la base esencial de la recuperación de la democracia.

Tiempos hermosos y duros, de pasiones desatadas, de idealismo sin límites; de personas que lo dábamos todo, hasta la extenuación,

porque estábamos convencidos de que creábamos una nueva sociedad: más justa e igualitaria. Donde por fin, los pobres de siempre coronaban su ilusión de un mundo mejor; donde la juventud le daba un sentido a la política y la identificaba con sus ideales. Los días sábados y domingos nos desparramábamos por las poblaciones y las plazas de las ciudades en trabajos voluntarios, para ayudar a construir casas, lugares de esparcimiento, satisfacer necesidades sanitarias o escolares, confundidos estudiantes, obreros, profesionales, jóvenes y no tan jóvenes, parlamentarios, dirigentes políticos y sindicales, porque éramos uno solo, sin diferencias de clase o de nivel económico, con identidad de objetivos. Y no estoy exagerando nada: miles de jóvenes, esos jóvenes que ni soñaban con que algún día otros jóvenes se jactarían de no estar «ni ahí», aportaban con trabajo voluntario en sus fines de semana y sus vacaciones, para trabajar construyendo un país más digno.

La cultura popular se ampliaba cada día más; Quimantú, la empresa editorial creada por el Estado, ponía a disposición de la gente el conocimiento de la literatura universal en ediciones populares de miles y miles de libros, a precios bajísimos. Se creaban «peñas populares» en cada ciudad y, a veces, inclusive en pequeños pueblos, alrededor de la figura o la música de los creadores más comprometidos, como Víctor Jara, Violeta Parra, los hermanos Parra, Patricio Manns, los Quilapayún, los Amerindios, los Inti Illimani, Illapu, en fin... tantos más, que daban cuenta de un profundo y alegre sentimiento de estar participando en un proceso de construcción de futuro, de ser mejores, de ser activamente solidarios y libres. Durante el verano, miles de jóvenes se trasladaban a provincia en labores voluntarias realmente útiles, que no sólo aportaban su trabajo sino también, y tal vez lo más importante, el espíritu de conquista, la indomable voluntad de superarlo todo para avanzar en el gran proyecto. Los artistas, escultores, pintores, poetas, entregaban gustosos su arte al pueblo y a la revolución: Gracia Barrios, Roser Bru, el gran Roberto Matta, Israel Roa, Fernando Marcos, Sergio Castillo —que ya se abría paso en el mundo como uno de los mejores exponentes de la escultura—, Carlos Ortúzar, Carmen Silva, Abraham Feiferd, De la Fuente, Nissim Sharim, Anita González, sabían que tenían un espacio para la creación y lo compartían, generosamente y con fe. Neuroci-

rujanos de fama mundial, como el doctor Asenjo y el doctor Valladares, aportaban con jornadas extraordinarias gratuitas. Para qué seguir, era toda una sociedad movilizada en torno al proyecto de cambio social, político y cultural que Chile estaba viviendo. Y lo vivíamos con pasión. Con decir que para la huelga de octubre del 72, de los camioneros de *Pillarín*, mezclados artistas, profesionales, creadores, obreros ferroviarios o marítimos, parlamentarios y sobre todo juventud, descargábamos camiones o vagones de ferrocarril, o hacíamos labores de vigilancia para impedir el sabotaje de la ultra derecha.

Sí, fue una bella época, donde no existió el cansancio, ni decreció la fe.

La velocidad de los hechos y nuestra ansiedad por avanzar, nos hicieron perder de vista la fuerza que los contrarios a la visión de Allende tenían, y cometer errores que luego pagaríamos muy caro. Pero quiero que se tenga presente que no todo era caótico y malo, como 17 años de dictadura y presión mediática han querido presentarlo, y como la parte más dura de la derecha ha continuado —ahora en democracia— tratando de convertirlo en la versión oficial de la historia de Chile. No, hubo mucha gente feliz. Claro que no era la que tenía el poder real.

Cuando todo se acaba

A partir de marzo de 1973 vivimos entre la euforia y la incertidumbre. Acabábamos de tener unas elecciones parlamentarias cuyos resultados afirmaban un espectacular apoyo ciudadano al gobierno y a los principales partidos de la Unidad Popular, especialmente al Partido Socialista que, con un 24 por ciento, afianzaba su carácter de vanguardia de la revolución democrática que sentíamos estar viviendo; más de la mitad de la votación obtenida era nuestra, superando con creces al resto de la alianza. La campaña había sido dura y el PS no había disimulado sus intenciones de darle velocidad al proceso, avanzando, sin transar con la derecha, en la conquista de una sociedad socialista. La formidable alianza de la derecha y la Democracia Cristiana tampoco había ocultado su intención de terminar con el gobierno de Salvador Allende a través de una gran votación que les permitiera destituirlo constitucionalmente. Este propósito quedó descartado por las votaciones obtenidas. A mí me correspondió postular por la circunscripción de Curicó, Talca, Linares y Maule (las dos séptimas actuales), y ser elegido como el primer senador socialista de la historia en la región, arrastrando con mi mayoría al candidato comunista. Superamos a la DC, cuya lista la encabezaba el presidente de ese partido, Patricio Aylwin, y doblamos a la derecha, representada por Sergio Diez. A lo largo del país los triunfos de la UP se repitieron de manera inusitada.

Nuestra primera lectura fue que a pesar de las dificultades, del creciente desabastecimiento, de los problemas estructurales y sociales que nos acuciaban, el pueblo nos respaldaba cada día más y,

con este apoyo, nos daba la razón a los socialistas. La utopía tan largamente buscada de una república democrática de trabajadores, algo tan parecido a lo que en su programa también había proclamado Radomiro Tomić, comenzaba a rozarse con la realidad.

Pero la alianza derecha-DC tenía otra lectura: por este camino, la UP impondrá, electoralmente, en tres años más, cuando corresponda la renovación de la Presidencia de la República, la dictadura del proletariado; una democracia popular al estilo comunista. Entonces arreció la oposición, con evidente intencionalidad golpista.

Lamentablemente, producto de las circunstancias y de lo que se vivió durante casi tres años, nuestro sectarismo con los sectores progresistas de la DC no disminuyó. Queríamos ser los únicos constructores de la nueva sociedad, así como ellos lo habían querido con su Revolución en Libertad en los años precedentes. La historia no perdona: durante 17 años de dictadura de Pinochet, socialistas y demócratacristianos pagaron cara su falta de generosidad y su miopía.

La posibilidad del golpe de Estado estuvo presente durante todo el gobierno de la Unidad Popular, pero la presión se acentuó durante 1973. Diariamente nos interrogábamos los unos a los otros acerca de «cualquier cosa rara» que se hubiera oído, visto o sabido en las cercanías de un cuartel o respecto de algún uniformado en particular. A algunas personas más notorias o públicas, como yo, por ejemplo, constantemente nos daban instrucciones: «no hagas rutina»... «cambia sistemáticamente tus caminos»... «no vayas siempre a los mismos lugares» y, con cierta picardía, «no duermas siempre en el mismo lugar».

Debo confesar que nunca le hice caso a este tipo de recomendaciones y si seguí alguna, fue por motivaciones estrictamente personales, no políticas.

Era una época de pequeños atentados, casi diarios, por cuenta de la Brigada Rolando Matus o de Patria y Libertad que, en democracia, sin el temor de ser baleados sin juicio o hechos desaparecer, jugaban el mismo papel que el MAPU Lautaro o el Frente Patriótico Manuel Rodríguez desempeñaron en plena dictadura, con los riesgos ya conocidos. Voladuras de torres de alta tensión, atentados, pintadas amenazantes, como por ejemplo «Yakarta

va...» (recordando la sangrienta represión de miles de indonesios de izquierda en el gobierno de Sukarno). A mí me lo pintaron a lo largo de las paredes de mi casa, una semana antes del golpe. Incluso un alto dirigente de Patria y Libertad, Roberto Thieme, se dio por desaparecido con su avión en la cordillera cerca de Concepción, imputándole la responsabilidad al gobierno. Apenas se dio el golpe, Thieme apareció con avión y todo. ¡Había estado ese tiempo en Argentina, complotando! Hoy lo reconoce, y asume en televisión las conductas violentistas de la ultra derecha desde antes del inicio del gobierno de Allende.

Hace frío en Talca... en junio, y empezando la mañana, bay que ignorar la temperatura no más, porque estoy iniciando mi recorrido por la circunscripción. En la radio del auto escucho un flasb urgente de «Corporito en la noticia»: los partidos están llamando a la movilización, a impedir el golpe... Parto de inmediato a Santiago, y por el transmisor que tengo en el auto me comunico con el intendente, el *Cabeza de Ajo* (por lo canoso), un gran periodista, Francisco Reyes, y le pido que se cerciore de la lealtad del comandante Jaña, que está a cargo del Regimiento Talca.

Bajo el mando de un oscuro coronel de Ejército, en junio del 73, parte una columna de tanques desde el Regimiento Tacna, cercano al parque Cousiño, donde los septiembreros de cada año se celebra la parada o desfile de las Fuerzas Armadas. Su destino: La Moneda. Su objetivo: deponer de su cargo al Presidente de la República, Salvador Allende.

Es un golpe curioso. Los subversivos pasan a cargar combustible para sus tanques en la gasolinera más próxima. Luego, al enfilear por la Alameda Bernardo O'Higgins, respetan meticulosamente las luces del tránsito. Solo falta que llamen a La Moneda para pedir que los salgan a saludar. Si no fuera por lo trágico de este ensayo, yo diría que se parece a las parodias de Gila, el célebre cómico español: «¡Aló! ¿Que hablo con el enemigo?... aquí Souper... sí, como súper. Que voy un poquitín atrasado... ¿cómo?... sí, que me esperen, que ya voy con el golpe... hombre, bueno, que no esperaba tantas luces rojas en la Alameda... sí, rojas... las habéis puesto de manera estratégica... ¿cómo?, ¿que le váis a avisar al general Prats que ya llegamos... vale, que yo y mis chicos estaremos muy contentos si nos recibe...».

En dos horas estoy en la radio del Partido, Corporación. Allí me informo: el coronel Souper ha hecho unos cuantos disparos e intimidado la rendición del Presidente. Han muerto varias personas, no se sabe el número. Luego ha aparecido el general Prats, que pistola en mano y a pecho descubierto detiene a Souper y su intentona golpista. Lo acompañó el jefe de la guarnición, Augusto Pinochet. Hasta ese momento, aparte de unos pocos curiosos, no ha llegado nadie a defender al gobierno. Por radio Corporación comenzamos a llamar al pueblo a concentrarse en la plaza Bulnes a partir de las seis de la tarde. Transmitimos nuestro mensaje ininterrumpidamente. Ya sin tanques ni peligro alguno a la vista, la plaza se repleta de ciudadanos que juran defender con su vida a Salvador Allende. A los gritos de «los fascistas no pasarán», «crear, crear... poder popular», «avanzar sin transar» y «no a la guerra civil», el pueblo brinda homenaje a los héroes de la jornada, especialmente al general Prats, que junto al Presidente Allende se asoma a uno de los balcones del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Quiero recordar aquí la reflexión que hice en mi primer libro—cuando la fecha estaba mucho más cerca— acerca de ese intento golpista: «Y, forzoso es reconocerlo, no es la movilización del pueblo la que impide que culmine con éxito la aventura emprendida, sino la falta de apoyo de las Fuerzas Armadas lo que les aisla y les hace caer en el ridículo. La movilización viene después, y es masiva, impresionante. Pero la forma de producirse el hecho y la misma manera de su muerte señalan, en junio de 1973, la debilidad de la organización popular y la endeblez de las consignas que éste grita orgulloso por las calles».

Cuentan algunos militares de alto rango en la época del golpe, hoy en retiro, que el verdadero génesis del «movimiento militar», como con tanta finura ellos lo tratan, fue el llamado «Comité de los 15», representantes de las tres ramas de las Fuerzas Armadas reunidos a instancias de los comandantes en jefe, y con autorización del Presidente Allende. La primera reunión habría sido el 30 de junio, días después del Tanquetazo, y justamente a partir de la inquietud que generó ese incidente surgió la idea de hacer el informe. Cuentan que fueron cinco de cada institución, con el objeto de redactar un documento en el cual le planteaban sus preocupaciones y sus críticas al Presidente sobre la situación del

país. Pinochet integraba esta comisión, pero sólo asistió a la primera reunión y nunca más. Las reuniones fueron en el Consejo del Estado Mayor, y finalmente emitieron un documento bastante crítico con sus proposiciones. Al general Carlos Prats no le gustó y se apresuró en dárselo a conocer a Salvador Allende, agregándole que no lo compartía para nada. Según otro general golpista, para el Tanquetazo la mayoría de los generales estuvo en profundo desacuerdo con la aparición de Prats, en un balcón de La Moneda, junto al Presidente. Lo consideraron una excesiva demostración de lealtad, que comprometía al Ejército.

El general Prats, después del incidente del informe crítico, disolvió el Comité de los quince y conminó a los redactores del informe a no reunirse más. Sin embargo, siguieron haciéndolo, aunque a espaldas del comandante en jefe, porque «habíamos formado lazos de amistad muy profundos», como hoy lo recuerdan los que participaron. Es decir, con menos eufemismos, los quince principales complotadores de las Fuerzas Armadas.

Me cuenta un general en retiro que tuvo una protagónica participación en los hechos, que existió un informe con las condiciones que debían concurrir para que pudiera haber un movimiento militar: estado de caos, una abierta insubordinación a la legalidad, provocación abierta a las FFAA., contradicción flagrante con los principios constitucionales. El general Leigh recibió el informe y consideró que las condiciones estaban cumplidas, aunque no todos los altos oficiales eran de la misma opinión. El mismo general me asegura que ninguno de los que estaban en la organización del movimiento militar tenía contactos con la CIA, aunque sí había personajes de la agencia (según supo o dedujo después) que eran amigos de algunos generales. El dice que los contactos de la CIA eran más con los gremios y políticos de derecha. No descarta que pudieran haber tenido más contacto con la Marina o la FACH, que estaban desde antes en la idea de dar el golpe, y menos con el Ejército.

Sin duda, uno de los hechos determinantes para la decisión de dar el golpe de Estado fue la renuncia del comandante en jefe del Ejército, quien pasó sus últimos meses en el cargo víctima de una enorme presión. Uno de los incidentes claves para su renuncia, fue la carta que un grupo de mujeres de generales le hizo llegar a su esposa, Sofía Cuthbert. Las mujeres de los generales, reunidas en

el departamento de una de ellas, redactaron una carta pidiéndole a la esposa de Prats, «como mujer», que interviniera para que su marido hiciera algo, y tomara cartas en el asunto, ante la situación del país. Al comandante en jefe del Ejército no le cupo duda alguna: conociendo los estilos de vida de los militares y sus familias, era obvio que la iniciativa no podía ser sólo de las mujeres, de modo inconsulto. Sus maridos, los generales del Ejército, tenían que estar tras la carta. Los generales en cuestión aseguran hasta el día de hoy que no fueron ellos los instigadores, y que incluso hubo uno de ellos que se llevó tal disgusto con la actitud de su mujer que le habría costado el matrimonio.

La versión que da un general, con el que conversé para este libro, es que Prats le encargó a Augusto Pinochet que hablara con el alto mando, para que los generales se disculparan con su comandante en jefe. Según él, este recado nunca les llegó, o por lo menos no a todos. Pero lo cierto es que el general Oscar Bonilla sí se disculpó. En concreto, Prats, ante el silencio de su alto mando, percibió que ya no contaba con la lealtad de su generalato, y prefirió presentar su renuncia ante el Presidente. De nuevo en la versión de un general de la época, Prats no habría tenido realmente la intención de alejarse de la institución, sino que esperaba que el Presidente lo confirmara en el cargo.

Allende habría hecho una comida en su casa —a la que no fue invitado ninguno de los generales que ya complotaban— con los generales más moderados, según parece seleccionados por Pinochet, que ya estaba de subrogante. Allende les preguntó a los oficiales, su parecer sobre la renuncia de Prats, y éstos le aconsejaron que mejor la aceptara. Algunos creen que si Prats hubiera seguido a la cabeza del Ejército, podría haber habido un enfrentamiento de mucha mayor envergadura en el país, con una parte de los uniformados tras su comandante en jefe, que no se habría plegado en modo alguno al golpe. O tal vez el golpe no se habría producido, al no contar con seguridad con el enorme contingente del Ejército... queda la duda.

Por lo que se puede deducir, Prats tenía liderazgo como para oponerse al golpe y conseguir que parte del Ejército lo apoyara, sea por lealtad a su persona, sea por la verticalidad del mando. En cambio Pinochet no tenía tal liderazgo, de manera que tenía dos

opciones: se subía al carro o el carro lo atropellaba. De hecho, en la primera reunión que tuvieron con Pinochet como comandante en jefe, les dijo a los generales que no iba a haber golpe, y les gustara o no, el Presidente era Allende. Agregó que el incidente ocurrido con la carta de las señoras se iba a pagar «con sangre de generales», y que el Presidente le habría pedido que le solicitara la renuncia a un número importante de ellos.

Me aseguran que los hechos que detonaron la decisión final y la fecha del golpe, fueron el acuerdo de la Cámara de Diputados, la declaración de la Corte Suprema y las incendiarias declaraciones de Carlos Altamirano en el Estadio Chile, el 9 de septiembre. Como quien dice, se sintieron legitimados. Es la opinión que he recibido de varios uniformados, generales, almirantes y carabineros.

De Pinochet, todos los militares de alta graduación con los que he tenido la posibilidad de conversar desde el año 1987, cuando regresé a Chile, aseguran sin dudas que no tuvo nada que ver con la preparación del movimiento militar, y que se sumó sólo en los últimos días. De hecho, hacen notar que Pinochet no estuvo en el centro de la actividad, sino en Peñalolén, con un helicóptero y un avión a su disposición, e instaló a su señora e hijos en la frontera, en el regimiento de alta montaña de Los Andes (el comandante de la unidad era Cantuarias, con clara fama de ser «constitucionalista»). O sea, está visto que no se sentía muy seguro acerca de los resultados de la operación. En el Ministerio de Defensa, en la COFA (Comando Operativo de las Fuerzas Armadas), estuvieron el general Sergio Nuño por el Ejército; el almirante Patricio Carvajal por la Marina y el general Nicanor Díaz Estrada por la FACII. Al parecer, por las constataciones que he podido hacer, los generales Badiola, Bonilla y Brady, no estuvieron en la fase previa al golpe; incluso del primero se temía que podría ser leal al Presidente; al segundo se le tenía por muy independiente del grupo conspirador, con mucho liderazgo en el Ejército y gran cercanía a la Democracia Cristiana. Y a Brady se le consideraba próximo al Partido Socialista, especialmente a Renato Vargas, empresario y dirigente del Regional Cordillera, y a mí. Ambas situaciones son relativamente ciertas. De los civiles, todos coinciden en que Sergio Onofre Jarpa, Juan de Dios Carmona y Pablo Rodríguez eran los más comprometidos con el golpe.

Entre los militares, estaba el convencimiento que algunos mantienen hasta la fecha: Allende pensaba instaurar en Chile un gobierno como el cubano. Estaban convencidos también, según parece, de que la respuesta armada de la Unidad Popular iba a ser mucho mayor; a su vez, veían la fractura del Ejército, como una posibilidad muy remota desde el alejamiento de Prats.

Los uniformados de la conjura dicen que su propósito era un gobierno de unidad nacional que restaurara la democracia, y no habían pensado nada acerca de cuánto tendría que durar. En todo caso, las diferencias no se hicieron esperar, ya que las ideas originales de algunos conspiradores rápidamente fueron desechadas. No hay que olvidar el tono de los primeros bandos de la Junta, donde se habla de mantener las conquistas de los trabajadores y de restaurar la democracia, entre otras cosas. Se cuenta que el general Sergio Nuño, designado vicepresidente de Corfo, fue enviado en el corto plazo al extranjero, como embajador, porque no cayó nada bien en las nuevas autoridades un informe que hizo sobre el arrastre del marxismo entre los trabajadores: entre otras razones, Nuño se habría referido al trato degradante que se les daba, el desmedido afán de lucro de los empresarios, y las excesivas diferencias entre los ingresos más altos y los más bajos.

Poco a poco, los generales que habían iniciado la conspiración fueron siendo apartados del poder. En 1983, para los diez años del golpe, los autodenominados «generales del 11» se reunieron en un almuerzo. Allí se dio lectura a una carta redactada por uno de ellos, con la intención de que todos la firmaran y se la enviaran a Pinochet. Entre no pocas críticas al gobierno, se le pedía que llamara a elecciones. Aunque muchos de los presentes coincidieron con el contenido, lisa y llanamente les dio temor enviarla, e incluso el general Baeza dijo que si se llegaba a saber quién había redactado la carta, éste sería hombre muerto. Nunca se envió la carta.

Honestamente yo creo que no alcanzó a existir ni un atisbo de defensa armada del gobierno de Salvador Allende, salvo un par de incidentes menores, como el famoso basucazo de La Legua. Todo lo demás quedó por escribirse. Aparte de la jactancia del poder popular y militar exhibido antes del golpe, quedó claro que no estábamos preparados y que Allende tampoco quería ese camino.

Vivíamos tiempos de constante agitación y ansiedad. El golpe

de Estado era una especie de aguilón que volaba en círculos sobre nuestras cabezas y cada vez se acercaba más; percibíamos en el aire la pestilencia carroñera que destilaba y, la mayoría, teníamos la sensación de estar atrapados, sin defensa posible. A mí, por lo menos, no me impresionaban para nada los pseudo preparativos que el Frente Interno de mi Partido, dirigido por Ariel Ulloa, decía realizar para impedir el golpe. Las reuniones «secretas», como puede confirmarlo después, eran conocidas con lujo de detalles por los militares y, a juzgar por lo que ocurrió el mismo 11 de septiembre, ni los propios encargados se la creían mucho.

Ariel Ulloa se asiló en la embajada de Argentina a eso de las tres de la tarde; Nicolás García, que era el dirigente que desbordaba por la izquierda a Carlos Altamirano, más o menos a la misma hora. Lo de Rolando Calderón fue un incidente confuso: estando en la embajada de Suecia, casi pierde un ojo por una bala calibre 22 disparada por alguien. Fue llevado al hospital Salvador por el embajador, y devuelto después a la embajada por el general Sergio Arellano Stark.

Mi amigo Carlos Lazo se entregó voluntariamente a mediodía del 11; Adonis Sepúlveda se asiló a los pocos días del golpe en la embajada de Colombia, y yo, «el reformista», me quedé en la radio del Partido, Corporación, llamando a la resistencia y a la defensa del gobierno constitucional de Salvador Allende... hasta que las velas no arden.

Pero... un momento. Hay miles de socialistas que no se asilan ni se sumergen, como sucede con el PC o el MIR, que se guardan para otra batalla más adelante. Con un fusil AKA en bandolera, Altamirano se va al lugar que el Frente Interno le ha indicado. Con él van Hernán del Canto, *Pichayo* Vidaurte y Arnoldo Camú. Y es Arnoldo, el verdadero jefe del ELN, que trabaja con Eduardo Long Alessandri, el que sale a buscar a las «tropas» a su mando para intentar cambiar el rumbo de los acontecimientos. Detenido por una patrulla militar antes de lograrlo, se abalanza sobre un soldado y le arrebató su arma, para morir combatiendo. No pensábamos igual, pero no puedo menos que rendir un homenaje a su valor y coherencia.

Con Allende muerto y un Partido desarticulado, sin dirigentes activos de primera línea y un pueblo desmoralizado, Altamirano

no puede deambular por las calles de Santiago como un fantasma que arrastra inútilmente un fusil moderno. Pasará de casa en casa de los más modestos y antiguos militantes, hasta que la solidaridad de los alemanes de la RDA logre sacarlo clandestinamente del país. Más de alguno de estos compañeros estuvo después preso conmigo, y me contará las tribulaciones del *Flaco* Altamirano.

Durante la noche del 10 al 11 de septiembre habíamos mantenido en Corporación la potencia de 50 kw en antena, para ser bien escuchados en todo el país, e incluso en el extranjero. A media noche, después de hablarlo con Carlos Altamirano, di la alarma de combate previamente establecida y comunicada a todos los regionales y lugares de importancia estratégica para el Partido. Pusimos en alerta permanente a los Corporitos (Renoletas de la radio), con un periodista en cada uno. Con un antiguo amigo y colega, militante del Partido, Washington (*Ichó*) Domb —trabajamos juntos hasta el día de hoy— fuimos a examinar la planta de Corporación en el Paradero 19 de Vicuña Mackenna, y le dejamos guardia para evitar cualquier atentado.

Muy temprano me pasó a huscar Alejandro Jiliberto, quien me dejó en la radio y siguió a su destino previamente establecido, el local del Partido de calle San Martín. El era subsecretario administrativo del PS.

En los 21 que nos quedamos ese día en la radio, yo creo que había más resignación que temor. No habíamos tenido en el día noticia alguna de resistencia, y menos de algún regimiento que se pusiera de lado del gobierno. Las mismas palabras de Allende, siendo muy hermosas, daban cuenta de una derrota desde temprano. El rumor esparcido en la mañana de que el general Prats marchaba al mando de tropas desde Concepción, había terminado por esfumarse y, como supe después cuando permanecimos un tiempo juntos en la Penitenciaría de Santiago, el coronel Jaña Girón, comandante del Regimiento de Talca, le había planteado al Presidente Allende su voluntad de marchar sobre Santiago para intentar la defensa. Pero éste le había replicado categóricamente que no lo hiciera y se mantuviera atento en la ciudad del Piduco.

Esta versión me fue confirmada por la información que me entregaron ahora, cuando escribía esta parte de mis memorias: el coronel prefecto jefe de Carabineros de Talca recibió instrucciones

de detener a Germán Castro, intendente de la provincia, cosa que hizo entre las tres y las cuatro de la madrugada del 11 de septiembre, con gran escándalo y duros reparos del intendente, quien lo amenazó no sólo con la destitución, sino también con hacerlo encarcelar, situación que a esa hora (cuando todavía nada estaba muy claro) le produjo gran nerviosismo al coronel de Carabineros. A primera hora de la mañana consultó con su amigo, el coronel Jaña, quien le hizo ver que estaba cometiendo un gravísimo error, porque no había nada definido en cuanto al golpe y él estaba preparando su regimiento para defender al gobierno constitucional, en vista de lo cual el coronel de Carabineros decidió liberar al intendente. Tras disculparse lo envió a su casa, en un jeep de la prefectura. Castro tenía su domicilio en la misma Intendencia. Le pidió al carabinero que conducía el jeep que lo esperara. Subió a su despacho para regresar luego con una metralleta en la mano, haciendo huir despavorido al carabinero que lo había escoltado. Luego, con dos personas más, el intendente se fue a la cordillera, donde muy cerca de la laguna del Maule, en un retén cercano a la frontera, tuvo un enfrentamiento con Carabineros a raíz de lo cual él y sus acompañantes perdieron la vida y también dos carabineros que estaban de guardia. Esta versión de los hechos no ha hecho sino ratificarme lo que el coronel Jaña me contó en la cárcel de alta seguridad de entonces, la Penitenciaría de Santiago.

En cuanto a la noticia que recibimos en la radio, del alzamiento de la Escuela de Suboficiales de Carabineros, terminó siendo falsa, aunque tenía un atisbo pintoresco de realidad: el mando de la Escuela de Suboficiales envió al entonces teniente o capitán Juan Cancino a hacer guardia y rodear el domicilio del Presidente en la calle Tomás Moro, con un grupo de tanquetas. La instrucción que llevaba decía además que no podía permitir el desplazamiento del Presidente. En eso estaba mi teniente cuando, solo, apareció Salvador Allende, quien al ver los movimientos de Carabineros, preguntó por el oficial que estaba a cargo. Cuando se presentó, en el más puro estilo de Presidente, Allende con autoridad y sin ningún titubeo, le espetó: «Usted, prepárese, me va a escoltar a La Moneda». El teniente no alcanzó a reaccionar y salió con Allende y su custodia. Luego, con gran consternación de los conspiradores, se quedó situado con las tanquetas en aparente señal de

defender La Moneda. Juanito Cancino estuvo a punto de hacerse famoso.

Debo haber sido una de las últimas personas —de las que no estaban en La Moneda— que se comunicó con el Presidente Allende. En la radio teníamos un teléfono a magneto especial para comunicarnos con el palacio de gobierno, para grabar los mensajes del Presidente o para sacarlo en directo al aire. Hablé con él pasado el mediodía, preguntándole si quería grabar un mensaje. Apenas lo escuchaba, porque de fondo estaba el ruido de fuertes detonaciones en La Moneda, que no sólo se oían por el teléfono, sino también en el ambiente: la radio estaba justo al frente, por calle Morandé, en el mismo edificio del Banco del Estado. Me dijo que no había tiempo. Poco después de las dos volví a llamar para hablar con el Presidente, y tras varias vueltas a la manivela, escuché voces de soldados dando vueltas por el lugar.

Cuando completamos el cuadro de destrucción de la radio con la caída del transmisor de FM, ya que la planta de AM la habían bombardeado a primera hora, decidimos intentar nuestra salida. Eran aproximadamente las cinco y media de la tarde del día martes 11 de septiembre de 1973.

Nos fuimos ordenadamente, de a dos o tres máximo, sin documentos en los bolsillos que delataran nuestra militancia o actividad. Así salieron Miguel Angel San Martín, jefe de prensa; Sergio Campos, locutor jefe; David Benavente, encargado de los programas juveniles, Sergio Concha y tantos otros, yo mismo entre ellos. Todos pudieron pasar tranquilamente los controles establecidos en el hall central del Banco del Estado, menos *Conchita* y yo. El primero porque no había querido deshacerse de su carné de periodista de radio Corporación y yo porque fui denunciado por un dirigente sindical DC, que también hacía cola para salir, y detenido por el coronel Alejandro Medina Lois, a quien alertó, para ser conducido al Ministerio de Defensa. El ahora general retirado Medina Lois dijo, recientemente en TV, que fue una de sus más importantes acciones de guerra cumplidas.

Del Banco del Estado al Ministerio de Defensa, de allí a la Escuela Militar, para terminar luego en la Isla Dawson.

Poco antes del golpe, el cuerpo de almirantes adictos a José Toribio Merino estaba empeñado en obtener la renuncia del almirante

Montero a la comandancia en jefe de la Armada, para lograr el nombramiento de Merino. Montero, mi vecino en la calle Sánchez Fontecilla, con quien nos veíamos habitualmente, ya no tiene fuerzas leales que lo acompañen y está por renunciar. Allende no lo deja, es el único comprometido, por su honor de marino, a respetar la Constitución, y por ende al Presidente que la encarna.

En esos mismos días, Merino ha hecho ocupar radio Porteña, por difundir noticias falsas relacionadas con el supuesto alzamiento de un grupo de suboficiales, en el que estarían involucrados Oscar Guillermo Garretón y Carlos Altamirano. Dispone este allanamiento y ocupación de la filial de Corporación en Valparaíso sin mediar orden judicial alguna.

Sin disimular mi desagrado, pido entrevistarme con Merino; me lo niegan, pero yo no estoy para negativas mentirosas y avanzo decidido hasta su gabinete. Abro la puerta de su oficina y lo encuentro: «¿Cómo se niega usted a un senador de la República?». Titubea un poco y me responde igual que los niños sorprendidos en falta: «No sabía que era usted, senador».

Antes de tomar asiento veo que tiene sobre la mesa una pistola de grueso calibre (después descubriré que es una vieja costumbre). «¡Almirante... por favor, saque esa cosita de mi vista!». Lo hace, y yo voy al grano: «Mire, almirante, yo soy el presidente del Directorio de radio Corporación, dueña a su vez de radio Porteña, y vengo a pedirle que dé orden de retiro inmediato de los marinos que tienen ilegalmente tomada mi emisora; si no, los haré desalojar con la fuerza pública y usted comprenderá...». Discutimos un par de minutos, toma el teléfono y da instrucciones para que los marinos desalojen de inmediato la radio.

Yo regreso feliz a Santiago, extrañado de la docilidad que he encontrado en este alto mando de la Armada, a quien ya todos sindicamos de golpista. ¡Idiota yo! Mi vanidad me ha impedido darme cuenta de que Merino, más listo de lo que le asignábamos, ha agachado dócilmente la cabeza, para no entorpecer una acción más grande e importante que la simple ocupación de una emisora de provincia: la ocupación del gobierno mismo.

Los días previos al golpe son febriles. Somos unos cuantos civiles que creyeron tener el poder suficiente como para realizar una profunda revolución. Ya prácticamente no existen para nosotros ni

mujer ni hijos. Nuestra dedicación es total al proceso, investigamos cada rumor, tratamos de encontrar amigos en las Fuerzas Armadas que respondan lealmente al requerimiento constitucional ¡Qué patético! Sobre todo para un abogado; nos sentimos mendigando un derecho. Sobre todo pensando que no hemos hecho nada que justifique el llamado «derecho a la rebelión». Durante los casi tres años que Allende lleva gobernando no ha habido violencia extrema, menos aún patrocinada por el Estado. La ampliación de la reforma agraria y la toma e intervención de algunas industrias bajo el amparo del Decreto 520 (que creó el Comisariato de Subsistencias y Precios en la época de la llamada República Socialista del 32; puede ser un subterfugio, pero su legalidad es admitida por la propia Contraloría General de la República), generan un clima de enfrentamiento y ponen en entredicho una parte de la propiedad privada. Pero no hay un solo muerto, sólo consecuencias patrimoniales. Más violencia hay en todos los regímenes precedentes: Ibáñez, Alessandri y Frei Montalva, a lo menos se anotan cada uno con 30 muertes de trabajadores, unas en protestas, otras en tomas de predios, otras de profesionales que van a cumplir con la ley de reforma agraria, como el DC Hernán Mery. Los nombres de la Población Caro, de Herminda de la Victoria, de Pampa Irigoín, del abril trágico de Carlos Ibáñez, por nombrar solo algunos, se inscriben en el obituario de la gente más modesta. En materia de libertades, la democracia funciona plenamente: no hay restricciones de movimiento, ni más estados especiales que los estrictamente necesarios y por tiempo limitado; la prensa, la radio y la televisión no tienen restricciones y cuando un canal, el 9, es tomado por sus trabajadores, el gobierno se empeña en desalojarlo y lo consigue en definitiva, sin estridencias ni actos violentistas. Pero claro, los cambios que se están operando en el país son demasiado fuertes para algunos, cuyos intereses se resienten, aunque más dura es la perspectiva futura que se asignan. «Chile va camino de un Democracia Popular, tutelada por la URSS»... «se acachó la propiedad privada y la libertad...».

En definitiva, el golpe lo darán más por lo que creen que pasará que por lo que ocurre verdaderamente.

Desde Viña del Mar recibo un llamado telefónico urgente. Es el almirante Sergio Huidobro, jefe de la Infantería de Marina.

—Erich, necesito urgente hablar contigo... ahora.

Debe ser el 5 ó 6 de septiembre. Me imagino que se trata de algo relacionado con el golpe de Estado. Tenso, con todos mis sentidos en alerta, mientras converso ya estoy ordenando mentalmente mis cosas para poder partir de inmediato a Viña.

Estoy en Viña conversando con mucha franqueza y confianza con el almirante Sergio Huidobro. «Mira, Erich, tú sabes la confianza que nos tenemos y las cosas que hemos visto y hecho juntos... bueno, debo decirte que el pronunciamiento va. Y ahora... en días más». Agrega: «Yo estoy metido hasta el cogote, no puedo echar pie atrás, pero hay una forma de que el Presidente salga de ésta». Ansioso inquiero detalles, y me los da. «Y bueno, ¿cuál es la fórmula...?». «Primero, que se atreva a pasar por encima de la tradición y me nombre a mí comandante en jefe de la Armada. Sería la primera vez en la historia que un cosaco asume este cargo, pero la verdad es que yo tengo la fuerza, aquí, en Talcahuano, en Puerto Montt y en Punta Arenas, y en la flota, mi primo hermano. Merino se queda en pelotas, no puede hacer nada, y él es el autor de toda esta movida. Sin mi almirante Merino ¡no hay golpe! Luego tendría que descabezar a la Fuerza Aérea, que ahí está el otro núcleo duro, con el general Leigh a la cabeza, pero que no vaya a nombrar a Von Schowen, que ese es mariconazo». Me entrega el nombre de cinco altos oficiales más de la FACH. Carabineros importa poco, dice, pero recomienda sacar al prefecto de Valparaíso, Yovane, que está comprometido con Merino. En el Ejército no hay nada seguro con Pinochet, que es un gran oportunista, pero, seguro, hay que sacar a Arellano Stark, Bonilla, el *Macho* Canales, Sergio Nuño y Torres. También me habla de Washington Carrasco en Concepción, con quien estoy comprometido a comer en la casa de un amigo común, socialista viejo, presidente de la Caja de Amortización, Cornejo, el popular *Chaleco de Fierro* (por un vendaje que le envolvía todo el pecho), gran amigo del Presidente.

—Erich, yo sé que me la juego en esto. Que si el Presidente quiere, me da de baja ahora mismo y se acabó mi carrera. Tu verás.

—Mira, Sergio, replico, te agradezco mucho la información, pero lo único que te puedo garantizar es que estará en conocimiento del Presidente prácticamente de inmediato. Luego te informo.

Esos días están preñados de malos presagios. Queremos que el barco no se hunda, Allende a la cabeza, pero no sabemos qué hacer para evitarlo. Allende se muestra arisco con el Partido y éste cada vez exige avanzar en el proceso revolucionario con más decisión. Es como si no entendiéramos nada de lo que está pasando. Y somos contradictorios. Pese a que hay una descalificación generalizada del diálogo con la DC, porque todos creen que Frei y Aylwin están por freínos en esta encrucijada, Altamirano nos alienta y autoriza a Jiliberto y a mí para dialogar con Bernardo Leighton y otro demócratacristiano, cuyo nombre no recuerdo, aunque me parece que fue Mariano Ruiz Esquide, por el término pacífico de la ocupación del Canal 9 de televisión, de la Universidad de Chile. Después de varias reuniones entre los cuatro y con la gente responsable de la «toma» del canal, lo logramos plenamente, y quedamos lanzados para emprender varias acciones de conciliación en conjunto, cuando se nos viene el golpe.

El tema de Huidobro lo conversamos con Carlos y nos parece de tanta seriedad e importancia, que decidimos convocar privadamente al Partido Comunista. El relato de esta reunión, el 7 de septiembre de 1973, lo escribí en mi libro *De improviso la nada*:

«Hasta más allá de las tres de la madrugada de ese día, discutimos en el salón de la casa del Presidente las alternativas que con fuerza de huracán se nos vienen encima. Carlos Altamirano, Luis Corvalán, Orlando Millas y yo, entregamos el fruto de nuestras observaciones a un Salvador Allende preocupado, pero sereno; inquieto, pero seguro de sus posiciones.

«Después de comer nos trasladamos a una agradable terraza techada y al calor de unos cafés, cada uno de nosotros da rienda suelta a las informaciones que ha logrado acumular. Poseemos un cúmulo tal de pruebas que difícilmente alguien podría en ese momento negar que ha llegado la hora del golpe de Estado. La teoría de los cuatro que estamos hablando, no sólo a título a personal, sino a nombre de los dos principales partidos de gobierno, es que es necesario anticiparse a la acción subversiva y, en un acto de audacia y de fuerza, hacer detener de inmediato a los principales conjurados, y hacer algunos nombramientos de emergencia en las Fuerzas Armadas (Huidobro, uno de ellos). Mirado esto en la perspectiva de hoy, creo que no se nos escapaba demasiado, y que

de los principales hombres que participaron en el alzamiento del 11 de septiembre, sólo Pinochet libraba. Y libraba fundamentalmente porque en el corto lapso que llevaba como comandante en jefe del Ejército se había mostrado claramente partidario de la defensa a ultranza de la Constitución y del gobierno y, por supuesto, porque había sido designado en el cargo a expresa petición del general Prats, un hombre más que probablemente leal.

«Sin embargo, Allende parece no escucharnos. Cuando habla Altamirano cierra los ojos y se torna indolente. Más atento con Luis Corvalán, se inclina en su sillón y parece prestarle atención, mas al momento de responderle en el hecho lo pasa por alto y le contesta a Carlos Altamirano. Lo nuestro ha dejado de ser un diálogo. Allende no confía en los partidos que lo sustentan.

«De repente, toma la palabra y nos larga un discurso sobre el verdadero sentido de la democracia, recordándonos que en su gobierno se ha ampliado la participación del pueblo a todos los estratos, y de cómo gracias al manejo abierto y democrático que él ha impuesto, las Fuerzas Armadas han tenido la oportunidad de incorporarse a un genuino proceso de cambios, sin necesidad de violencias, por convicción e incluso por afecto a su persona. El general Prats y el almirante Montero son sus ejemplos predilectos. Ninguno de ellos compartía en un principio la ideología del régimen, y sin embargo han llegado no sólo a respetarla, sino incluso a defenderla. A dos años y medio de gobierno, al Presidente se le ha olvidado ya que fui yo mismo quien lo puso en contacto con el almirante Montero y algunos otros marinos importantes que se han mantenido leales, antes de que asumiera su mandato, y mis apreciaciones de ahora carecen para él de la credibilidad de antes. Luego nos espeta duramente nuestras contradicciones y errores, y sostiene que no hemos sido capaces de ser coherentemente revolucionarios ni demócratas.

«Insistimos. No se trata de desconocer los errores o afirmarse en ellos. Menos negar la enorme influencia que el Presidente ha tenido en la mantención del sistema democrático, amenazado sistemáticamente desde dentro y fuera del país; tampoco de olvidar su firmeza y decisión a la hora de darle contenido verdaderamente revolucionario al gobierno. Simplemente de establecer que los hechos del momento indican que su influencia está agotada para

impedir la sedición por los métodos tradicionales. Que la oposición al gobierno se siente por fin fuerte y peligrosamente asustada, como para intentar la primera ruptura constitucional. Fuertes, porque han logrado la complicidad de importantes sectores de las Fuerzas Armadas, y asustadas, porque la base de sustentación social del gobierno ha crecido desmesuradamente en las elecciones de marzo, desde un 36% en la elección de Allende, a más de un 44%, demostrando que, por encima de los errores, la vitalidad del régimen es grande y la fe que en él cifran las masas chilenas aumenta en lugar de decrecer. A ese paso, es indudable que las elecciones presidenciales programadas para 1976 constituirán un abismante paso hacia el socialismo, sin más violencia que la conceptual involucrada en un cambio trascendental como el que Chile está sufriendo.

«Tampoco se trata, por parte de ninguno de los participantes, de negar el camino democrático escogido hacia el socialismo. Habrá hechos muy próximos que, por lo menos a mí, me lo demostrarán palmariamente. Pero las informaciones y los recados son demasiado directos e inmediatos, y tenemos la certeza de que el pacto de sangre entre la reacción política, los más importantes clanes económicos que se sienten desplazados, los agentes de las compañías multinacionales de origen norteamericano, confundidos con su gobierno, y la mayoría de los altos mandos castrenses chilenos, se ha sellado, y que sólo cabe denunciarlo y enfrentarlo.

«El Presidente sigue creyendo en la lealtad de las estructuras armadas establecidas, y está cierto de que ni uno solo de los soldados chilenos será capaz de disparar en su contra, y en contra de ese símbolo de la democracia que por decenas de años ha sido el palacio de gobierno. En el fondo de su alma de demócrata, que vivió cuarenta años de su vida entre el parlamento y La Moneda, acostumbrado a escuchar las vociferantes voces —de todos los colores— que amenazaban destruir la convivencia chilena, pero que nunca pasaron de ser más que pasión para impulsar el avance o impedirlo, sigue intacta su fe en la gradualidad de un proceso de cambios que la historia reclama, y acepta los anuncios rupturistas como la natural expresión de la renuncia a ellos por quienes ven perjudicados sus intereses inmediatos. Del almirante Huidobro y su oferta, que es lo que ha motivado la reunión, expresa un rechazo total. Nos dice que es la oferta de un oportunista que quiere escalar

personalmente para instalarse como mediador del poder, careciendo de personalidad y calidad moral para ello y no acepta réplica alguna. Lo descalifica en todos los tonos. Yo intento retrotraerlo a la situación que está en juego y me para en seco ¡no siga Frich... yo no hago tratos con inmorales ni traidores!

«No hay acuerdo, tanto él como nosotros nos mantenemos en posiciones intransigentes, pero nos despedimos de manera cordial. Allende nos recuerda que en horas más ha citado a la Unidad Popular en La Moneda.

«Antes de tomar nuestros automóviles para regresar a los respectivos hogares, intercambiamos algunos gestos y palabras entre nosotros. Estamos cansados y con expresión de derrota.»

Al día siguiente, en La Moneda, bajo la presidencia del propio Allende se celebra la reunión de la Unidad Popular. Por el PS asistimos Carlos Altamirano y yo, y no Adonis Sepúlveda y yo, como equivocadamente lo sostiene Volodia Teitelboim en uno de sus libros políticos, y opinamos exactamente lo contrario de lo que él pone en mi boca.

Los recuerdos que rescato de esa época fueron escritos en la cárcel, antes de noviembre de 1977, que fue cuando el manuscrito de *De improviso la nada* fue clandestinamente sacado de la cárcel por Sandor Arancibia, ex intendente de Valdivia. Hasta entonces nadie había narrado esa reunión: «Ha terminado una tensa reunión de la Unidad Popular en La Moneda. Ya se sabe del ultimátum opuesto por un grupo de almirantes que le reclaman al Presidente el cambio del comandante en jefe de la Armada, por don José Torihio Merino. Salvador Allende ha planteado las diversas alternativas, entre ellas el llamado a plebiscito. Que sea el pueblo el que decida. El riesgo es perderlo, y aunque la Constitución no obligue en ese caso al Presidente a renunciar, él cree que tendría que hacerlo. Carlos Altamirano, que a nombre del Partido Socialista ha criticado la falta de una política más enérgica frente a la FFAA., en ese instante controladas por enemigos del gobierno, habiendo tenido éste facultades y oportunidades de hacer cambios absolutamente legales y a los cuales antes ningún Presidente había renunciado, con resignación, pero con franqueza, le expresa que eso es lo justo. 'Si perdemos el plebiscito, claro que hay que renunciar... quiere decir que eso es lo que quiere la mayoría'. Son sus palabras,

las recuerdo claro, porque me impactaron y yo era el otro representante en ese momento del PS».

Algunos uniformados, creyendo que nuestra ingenuidad sigue escribiéndose con «H», siguen contando el cuento de que lo que precipitó el golpe fue el «guerrero» discurso que Carlos Altamirano pronunció el domingo 9 de septiembre en el Estadio Chile, cuando se convirtió en un amenazante pirómano asegurando que, como en Vietnam, la rebelión de las masas incendiaría el país y acobardaría a los golpistas. La verdad es que el discurso fue un exceso verbal... una imprudencia... y se constituyó en el punto más alto de nuestra habitual jactancia, pero... el golpe. El golpe estaba decidido mucho antes de que Carlos saliera de su casa ese día. Múltiples testimonios e investigaciones periodísticas acuciosas desde esos tiempos hasta ahora lo han demostrado.

Después del 11 de septiembre del 73, la derecha intentó justificar su acción imputándonos la preparación de un auto golpe en la publicación del llamado *Libro Blanco*, e incluso la transformó en la imputación central a la Unidad Popular y especialmente al PS. Esto no pasa de ser la burda maquinación que hacen las dictaduras para deformar la verdad. Nunca estuvo presente ni en la táctica, ni en la estrategia, ni en la mente siquiera de Salvador Allende. Ahora, que hayan existido unos pocos afiebrados que estaban por esa opción, no lo dudo. Incluso creo que los hubo al interior de las Fuerzas Armadas, y era explicable: estaban cansados de ver a muchos de sus compañeros de armas conspirar impunemente contra el gobierno de Allende, sin que éste hiciera nada. Éramos constantemente advertidos del ánimo que se vivía en los cuarteles, donde el menor signo de lealtad al gobierno o de adhesión a Salvador Allende era castigado o, a lo menos, mal visto; no así en cambio los múltiples gestos de amistad hacia la derecha.

Días antes del golpe, habíamos tenido la constatación de que Allende no quería defender su gobierno por otros medios que no fueran imponiendo el respeto a la Constitución: ni autogolpe ni cualquier otro camino violento. Es la razón que nos da, el día 10 de septiembre en la noche, cuando nos notifica que muy temprano se irá a La Moneda: «Ese símbolo de la institucionalidad democrática de Chile, que ningún subversivo se atreverá a tocar».

Cárcel, París y Madrid

Llevaba casi cuatro años y medio preso, o mejor dicho, como prisionero de guerra, cuando terminé de escribir *De improviso la nada*. Creo que el título refleja exactamente lo que yo y muchas personas en una situación parecida comenzamos a «vivir» en septiembre de 1973.

Normalmente la vida es un continuo salpicado de repentinos quiebres o cambios emocionales, en los que nos jugamos nuestras esperanzas, ideas e ilusiones, con los que medimos nuestros proyectos y les ponemos metas. O es un espacio recto y plano en el que no pretendemos buscar inquietudes ni estar explotando de pasión a cada instante; nuestros proyectos no existen o son pequeños y sencillos. Vivir es simplemente estar presentes, sin alterar el entorno natural que nos rodea y cubre. Más allá está la muerte física, es decir, «hasta aquí llegó la vida». ¿Sigue la nada a la vida? Que yo sepa, nadie ha vivido la muerte. En cambio vivir la nada sí es posible. Yo mismo la viví de improviso.

Convencido como estaba de que tenía para un largo tiempo encarcelado, si era por voluntad de la Junta de Gobierno y especialmente de Gustavo Leigh, quien recién le había dicho a Edmond Petitit, presidente del Colegio de Abogados de París, que a mí no me dejarían salir antes de diez años, yo preparaba mi fuga, que por lo sencillo y artesanal de mis procedimientos, tal vez me habría resultado. No estoy claro, sí, qué habría sucedido después, con un Leigh burlado, sobre todo pensando en lo soberbio y vanidoso que era y en la odiosidad que me tenía. Lo más probable es que hubiera intentado hacerme seguir la suerte de Orlando Letelier, Prats o Leighton.

El hecho concreto es que no hubo tiempo para el desarrollo de mis audaces estratagemas de fuga. El día 23 de diciembre de 1977, mientras ayudaba a preparar la Pascua de los presos, en plena hora de visitas —yo estaba con Pilar, casados 9 días antes—, apareció mi madre, me llevó a un lado y me advirtió que no hiciera gestos ni comentarios de ninguna especie, que después ella me lo contaría todo. Asentí y guardé silencio; con una sonrisa en la boca, como si hablara de algo intrascendente, me espetó a quemarropa: «Frijito... te vas mañana a Francia... después del encierro te vendrán a buscar para llevarte al Gabinete de Identificación, donde te entregarán tu pasaporte. ¡No puedes contarle a nadie ahora! La Pilar y su hijo viajan contigo, eso ya está arreglado... cuando estés en París puedes agradecerle a Felipe González y a la Mónica Madariaga... el alcaide está enterado y preparará tu salida... no te olvides... no hagas comentarios con nadie...». Luego me dio un beso y se fue con Pilar.

Mi emoción interior era tremenda, me sentía a punto de explotar. Se mezclaban sentimientos de júbilo y nostalgia; de miedo y temor a tener que enfrentar nuevamente algo desconocido, de alegría infinita al pensar que vería a mis hijos, que pasearía con ellos y con mi pareja en libertad. Pero creo que no hice ni un gesto que me delatara y seguí trabajando con los demás en la preparación de nuestra Pascua. Como era lo habitual en estas visitas, sobre todo las mías, que se suponía eran las mejor informadas, un par de compañeros se me acercaron: «*Guari*, ¿hay algo nuevo?». «No, nada importante». Carlos Lazo era algo diferente, estábamos demasiado involucrados en lo mismo, vivíamos en la misma celda. Su pregunta, ansiosa como siempre, tuvo otra respuesta:

—Sí. Pero ahora no te puedo decir nada... en la noche te cuento.

—¿Pero es buena o mala?

—Más buena que mala, pero no pongai cara de contento, es confidencial...

Después del encierro fue al único que se lo conté. Se desconcertó y en sus ojos había una pregunta: «¿Por qué a ti sí y a mí no?» Su duda era razonable. Respecto a él, Leigh le había dicho a Perittit que podría salir pronto; pero no yo. Su amistad y permanente contacto con Gonzalo Vial, amigo de Pinochet y ex ministro de Educación, auguraban razonablemente que fuera mejor tratado que yo, pero...

Un tanto desolado, mas honestamente contento, me dijo: «Qué bueno que te echen, tú tienes muchos hijos pequeños que cuidar y una señora muy joven de quien preocuparte; tú puedes darle mucho al Partido todavía». Y con un dejo de tristeza, agregó:

—¡No te olvides de mí cuando estés en París!

Me sentí tocado en el alma y culpable de mi liberación.

Esa noche fui al Gabinete, donde me sacaron pasaporte. De vuelta a mi celda arreglé mi maleta, ayudado por Carlos Lazo, a quien le pedí que les explicara a mis compañeros de prisión, cuando ya me hubiera ido, el por qué de tanta confidencialidad y misterio. El decreto de la Junta que cambiaba la pena de presidio a que estaba condenado por la de destierro lo había sacado y tramitado por mano, contra la manifiesta voluntad del general Leigh, la ministra de Justicia de la época, Mónica Madariaga, y tenía el temor de que al tomar conocimiento de mi viaje, Leigh se opusiera o hiciera algo para impedirlo.

Con un sol radiante y 33 grados de temperatura salgo de mi prisión rumbo a la libertad; es pleno verano. Mientras el automóvil que me conduce enfila rumbo al poniente, miro con avidez las calles de Santiago; hacía años que no las veía, trato de retenerlas, como también lo hago con la cordillera de la Costa, que está frente a mí, y la de los Andes, que está a mis espaldas. Me cuesta creer que mañana podré estar circulando por las calles de Massy, donde viven mis hijos, al lado de París. ¿Me estarán esperando? Les podrán avisar oportunamente, ya que la noticia de mi viaje ha quedado congelada hasta después del despegue desde Argentina. Pero, en fin, medito, no importa, yo ya sé la dirección: «4 bis, rue Victor Hugo, onzième étage, appartement 2, Massy». La repito varias veces y me comprometo a escribirla cuando esté en el avión.

El día sábado 24 de diciembre de 1977, en una sala privada del aeropuerto de Pudahuel, nos despiden mi madre, mis hermanas, mi hermano Enrique y las hermanas de Pilar. Fuimos conducidos, con celosa custodia policial en automóvil, al más hermoso y radiante avión que haya visto en mi vida: el Air France que nos llevaría a París.

Es Navidad. Charles de Gaulle y sus alrededores están nevados, salvo las pistas de aterrizaje que han sido despejadas. Hago rápidamente los trámites para salir del aeropuerto, en esos

momentos el más moderno del mundo. Aún no sé si encontraré a alguien conocido, es un día de poco movimiento. Paso la ventanilla de la policía y a boca de jarro, me encuentro con mis hijos. No puedo describirlo, aún hoy se me nublan los ojos y tengo que parar de escribir.

En una vieja citroneta tomamos dirección a Massy. La vida ha comenzado nuevamente.

En enero del 78 voy a España, después de unas breves semanas en París con mis hijos. Me llama profundamente la atención, y por supuesto que me emociona, que al descender del tren en Chamartín, proveniente de París, me espera la plana mayor del Partido Socialista Obrero Español. Me dan un cálido recibimiento. De allí nos trasladamos a las oficinas del PSOE, en esa época situadas en la calle Santa Engracia, donde está preparada una conferencia de prensa con Felipe González. Me cuesta salir de mi asombro después de estar tantos años no sólo privado de libertad en las cárceles de Pinochet (cuatro años, tres meses y catorce días), sino también aislado del mundo e ignorado por la dictadura. Y ahora, heme aquí rodeado de personalidades, recibido como un héroe, titular de primera página. Claro que en España.

La Federación Socialista madrileña, que preside el diputado José Acosta, organiza un gran mitin en su sede central en mi honor. Me presentan a Ramón Rubial, presidente nacional del PSOE y su figura más emblemática. Luego interviene el propio Pepe Acosta, quien recuerda el dolor que ha sufrido el pueblo español y el PSOE, abatida la República española por el franquismo, después de tres años de lucha incesante (1936-1939), en una de las más cruentas guerras civiles de que se tiene memoria, donde hubo más de un millón de muertos. Recuerda cómo los socialistas españoles miraban la gesta socialista chilena y la retenían como una esperanza para España: un socialismo en democracia, sin violencias, afincado en los valores propios de su pueblo y, por tanto, perdurable. «Por eso, decía, su caída fue como una segunda derrota para nosotros, y la muerte de Salvador Allende, el nacimiento de un auténtico héroe del socialismo mundial». Recordó a los testigos vivos del sacrificio del pueblo español, habló con emoción de un Rubial que había combatido en la guerra civil y después de dos años de cautiverio se había fugado de las cárceles franquistas, para

incorporarse a la lucha clandestina contra la dictadura del caudillo, para nuevamente caer y permanecer 27 años en prisión. Para Pepe Acosta, el Partido Socialista de Chile y Salvador Allende constituyen el mismo símbolo de coherencia y valentía que, en su tiempo, expresaran el PSOE de Pablo Iglesias y Largo Caballero y yo, al igual que Rubial, era un ejemplo de la moral socialista, que lleva a seguir luchando más allá de las torturas, los peligros y la cárcel.

Cuando tuve que cerrar el acto, donde honestamente me estaba creyendo una especie de héroe, no pude menos que decir cuánto lamentaba haber frustrado con nuestros propios errores las esperanzas de los socialistas españoles; reconocer que nuestra resistencia había sido casi inexistente y que, al lado de Rubial, me sentía como si hubiera sido detenido por causar desórdenes en la vía pública. Lo único que pude rescatar, y lo hice con orgullo, fue el sacrificio heroico de Salvador Allende, ejemplo para las futuras generaciones de responsabilidad política y amor por su pueblo.

El PSOE me recibe como a un dirigente de sus propias filas. En general ellos sienten casi tanto como nosotros la tragedia vivida por el socialismo chileno, y especialmente les impresiona y les importa, como socialistas que también vivieron la dictadura, la persecución, la muerte y la clandestinidad. La figura de Salvador Allende es esperanza para ellos y —con el correr del tiempo lo confirmaré— de todos los países de la Europa Central en el desarrollo de un socialismo democrático, en libertad.

Dos meses más tarde volveré a París para traer a mis hijos, o mejor dicho a la parte de ellos que pueden venirse conmigo, y al hijo de Pilar, mi señora, que apenas tiene 3 años. Nos instalamos en El Escorial, un maravilloso pueblo que queda a no más de 30 kilómetros de Madrid, y que lleva ese nombre por el monasterio y palacio majestuoso y de líneas sobrias construido en el siglo XVI, donde yace la mayor parte de los reyes de España y especialmente el que más lo disfrutó, Felipe II. Arriendo una casa enorme con un pequeño bosque y piscina, lo que me cuesta menos que un departamento en Madrid.

El Escorial es un lugar de descanso y veraneo. Aquí se han juntado los más connotados artistas chilenos que pueblan el exilio, entre otros, Sergio Castillo, el escultor, que ya goza de una fama

importantísima en España, como la tuviera también en Estados Unidos, donde ha hecho varias esculturas públicas de gran dimensión; Roberto Meza, el pintor de Las Gordas, que dibujaba y esculpía pequeñas y medianas figuras, que semejaban Budas femeninos, que ya constituyen una atracción también en España; Silvia Westermann, la mujer de Sergio Castillo, fantástica diseñadora de joyas; y también van llegando al Escorial profesionales e intelectuales de nota.

Muy cerca de donde vivo estarán el doctor Hernán Durán y la Luchita, su señora, mujer de gran talento e involucrada en la política chilena hasta los huesos; discutimos bastante sobre los socialistas chilenos. Ella está más cerca, claramente, de Almeyda que de nosotros; cree más en la alianza con el PC para recuperar la democracia en Chile, que con la Democracia Cristiana. Yo, por el contrario, insisto en nuestras discusiones que la gran alianza PS-DC es lo único capaz de impulsar un vasto movimiento democrático que ponga fin a la dictadura. Él es un connotado médico que trabaja para la Organización Mundial de la Salud y está considerado como uno de los especialistas en salubridad más importantes a nivel mundial; es el padre de Luisa Durán, la señora de Ricardo Lagos; más medido o menos apasionado en política militante que su señora, sigue siendo un estudioso de la situación de la salud en Chile y está aterrado por la destrucción que observa. «Mire, Erich, me dice, los sectores populares, que son la inmensa mayoría de la población, se encuentran en extrema pobreza y no tienen acceso a la salud; la clase media se ha pauperizado y tampoco accede a ella». Es la época en que la desocupación fluctúa entre un 20% y un 25%; es el tiempo del PEM y el POJH, simulaciones indignas de trabajo con rentas miserables que no alcanzan para subsistir. Son diez años de miseria, que culminan el 82-83 con un 36% de cesantía. El doctor Durán, aparte de inteligente y culto, es un hombre tremendamente bueno que se indigna con este cuadro que refleja un triste futuro para «su Chile».

Más cerca aún, frente a mi casa, está el doctor Luis González Dagnino, cirujano del corazón, considerado uno de los mejores hasta el golpe de Estado, que pasó sus primeros años de exilio en la República Democrática Alemana (era miembro del Comité Central del Partido Comunista chileno) y que logró emigrar a Es-

pañía, desilusionado del sistema comunista imperante en su país de exilio. Un hombre que, además de médico, es un intelectual de categoría, ameno e inteligente. Estaba escribiendo un segundo o tercer libro cuando yo regresé a Chile. Con él mantengo charlas interminables, sobre todo de nuestro pasado común en el gobierno de Salvador Allende; eran muy amigos y le tenía un gran respeto y cariño. A mí me ubicaba «en buena» (espero que siga haciéndolo), como un socialista serio y poco sectario. Maneja la ironía y el humor de manera genial.

Cuando le pregunto por qué ha dejado de ser comunista, me dice que, lleno de ilusiones revolucionarias y plenamente convencido de la importancia de su contribución al engrandecimiento de la patria proletaria, se fue a trabajar a un gran hospital de Leipzig. En materia de técnica no había nada que envidiar y más bien se sentía orgulloso de la medicina chilena, particularmente de su formación. Y me cuenta: «Qué desilusión la mía: en un país socialista desarrollado, no sabían más que nosotros. Ahora, en materia de administración y procedimientos todo era tremendamente difícil y engorroso... los alemanes funcionaban en cámara lenta... yo empecé a innovar, a suprimir procedimientos, a rectificar otros... en fin, a tratar de hacer más eficaz la labor médica. En un comienzo, todos parecían contentos con mi espíritu de superación, pero al cabo de poco tiempo empecé a notar caras preocupadas e incluso molestas con mi actitud, que contagiaba a los colegas más jóvenes. Fui llamado a una reunión con los directivos del hospital y el delegado del Partido: se me planteó que mi conducta era pequeño burguesa, disociadora y poco solidaria; y si me hacían caso, tendrían que despedir a la mitad del personal. Poco tiempo después, conseguí que se me autorizara a salir de Alemania y me vine a España».

Con ellos transcurre parte importante de nuestras vidas; mis hijos comienzan a ir a clases en una escuela del Escorial, y la mayor de los que están con nosotros, María Loreto, da su prueba de admisión para ingresar a una de las mejores universidades de España, que está justamente en El Escorial, a estudiar Economía. Viajo prácticamente todos los días a Madrid: busco trabajo, lo que no es fácil, y me reúno con los dirigentes socialistas chilenos y españoles, concitando un apoyo cada vez mayor a nuestra lucha contra la dictadura en Chile.

El PSOE nos da una oficina en la calle Marqués de Cuba, a metros del Congreso de los Diputados, donde podemos desarrollar nuestra labor de partido en el exilio.

La verdad es que durante ese período mi relación es cada vez mejor y más íntima con los dirigentes españoles, con varios de los cuales llego a tener una genuina amistad. A partir de Felipe González, Alfonso Guerra, Pepe Acosta (diputado y presidente de la Federación Socialista Madrileña); Ramón Espinar (joven dirigente que pronto será alcalde de Leganés, ciudad dormitorio industrial de 180 mil habitantes, que queda a catorce kilómetros de Madrid y con quien tendré mi primer trabajo en España, como su secretario); Joaquín Leguina (con quien luego trabajaré en la Comunidad Autónoma de Madrid); Ángeles Yáñez y su hermano Luis.

Ángeles es una de las principales funcionarias del Departamento Internacional del PSOE. Luis, dirigente del partido, luego presidente del ICI (Instituto de Cooperación Iberoamericana) y más tarde ministro de Relaciones Exteriores. También Elena Flores, jefe del Departamento Internacional y senadora; Mónica Threnfall, socióloga inglesa que trabaja en la Internacional Socialista y en el Departamento Internacional del PSOE, de 26 ó 27 años, sumamente buena moza, pero más que eso muy inteligente e informada, con experiencia sobre Chile porque estuvo en la época de Salvador Allende asistiendo al Instituto Pedagógico en Santiago durante un largo período; donde conoció la vida política durante la Unidad Popular y a Salvador Allende, a quien como socialista inglesa admiraba. Se hizo muy amiga de Pilar y fue también sin lugar a dudas, mi mejor amiga, y con la que teníamos las charlas más prolongadas en el diseño de una estrategia para ayudar a poner término a la dictadura en Chile y hacer renacer la democracia. Tardes enteras, que a menudo se prolongaban hasta avanzadas horas de la noche, junto a Antonio Gomariz, su compañero, que también había vivido en Chile y era dirigente del PSOE, hablábamos con pasión de ese especialísimo pasado inmediato que había sido el gobierno de Allende.

Cuando llego a Madrid, gobierna Adolfo Suárez, y el PSOE es el más importante partido de oposición. En los comienzos de esa época viajó a Italia, Alemania Federal y Francia, haciendo labor de

socialista chileno con los exiliados. Voy a la Naciones Unidas en Ginebra a dar testimonio de la falta de libertad que impera en mi país.

Invitado por el Partido Socialista Italiano, personalmente por Bettino Craxi, su secretario general, inteligentísimo y tal vez el hombre más solidario con nuestra lucha, a quien sólo debemos respeto y gratitud, me entrevisto con las principales figuras políticas italianas. Luego seré contratado para ir a dar clases de Derecho Político en la Universidad de Perugia. Es una hermosa experiencia.

Invitado por el Partido Socialdemócrata Alemán estaré con las principales autoridades y concurriré a una clandestina reunión del Comité Central del Partido Socialista, en la República Democrática Alemana.

A todo esto, mis finanzas empeoran día a día y me voy gastando el producto de la venta de mi casa en Chile. La vendí cuando estaba preso, y me dieron 70 mil dólares, que repartí con mi ex señora. He estado viviendo con mi parte, pues realmente conseguir un trabajo en España no es fácil, y aquí no hay organizaciones de carácter solidario que le presten ayuda a los exiliados, como sucede en Francia, Alemania, Inglaterra, Suecia, Dinamarca, en todo el resto de Europa. No, aquí hay que barajárselas como cualquier español y tal vez esa es la mayor gracia que tiene este país para acogerte: no te discrimina, por lo menos a nosotros los chilenos. Puedes trabajar, vivir, sufrir y gozar como cualquier españolito de a pie. A plena conciencia de que nadie te va a perjudicar o te va a beneficiar por el hecho de ser extranjero. Además los chilenos tienen buena fama en España, un país de gente civilizada, trabajadora, honesta. Yo diría que tanto a los chilenos como a los cubanos, los españoles de la península nos miran un poco como los españoles de ultramar. En el caso de los cubanos es clarísimo: los españoles nacidos en Cuba siguen siendo españoles de esa provincia, y con nosotros pasa algo parecido, aunque más atenuado. Admiran en todos los espectros políticos nuestra «tradición democrática».

Así voy, poco a poco, comiéndome mis ahorros. Para salir del paso vendo libros en las calles, mi hija Loreto trabaja por horas de *baby sitter* y Pilar, a cargo de este hogar de seis personas, hace milagros para ahorrar y busca incansablemente trabajo como sicóloga. Da exámenes y convalida su título profesional en la Universidad Complutense de Madrid. Con todo, somos una familia que comienza a disfrutar

de la libertad y el reencuentro, yo diría que somos una familia que tiende a ser feliz y a incorporarse con fuerza en la sociedad española; con lo que dejamos de tener a flor de piel el síndrome del exiliado que se encierra con sus compañeros de exilio y no respira el aire de la sociedad que lo acoge. Es como si tuvieras una vida física en un país determinado y una vida espiritual en la tierra que te obligaron a abandonar.

Mi incorporación es tan intensa que en un momento me ofrecen ser candidato a diputado por Madrid. Convalido mi título de abogado y cambio la venta de libros por el ejercicio de mi profesión, sobre todo en materia laboral. Aunque no son muchos los clientes, generalmente enviados por sindicatos afiliados a la Unión General de Trabajadores (UGT), de cuyo presidente Nicolás Redondo me he hecho muy amigo, y especialmente de su secretario de Relaciones Internacionales, Manuel Simón, hombre muy inteligente, mezcla de dirigente sindical y político a la vez, y además tremendamente solidario y culto, que se esfuerza por impulsar el apoyo a nuestra lucha contra la dictadura.

En las primeras elecciones municipales, en el año 1980, el PSOE obtiene una mayoría abrumadora y asume el gobierno de los principales ayuntamientos (municipalidades) de España: Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Valladolid, y muchos otros, por ejemplo Leganés, donde obtiene el 72% de los votos y elige como alcalde a Ramón Espinar, de no más de 22 años, junto a otros 21 ediles de un total de 25 que conforman el ayuntamiento. Allí comienza a trabajar como periodista un exiliado chileno, Miguel Ángel San Martín, que se ha venido con alguna ayuda de mi parte de la República Democrática Alemana. Miguel Ángel es una revelación para la gente de Leganés por su experiencia en trabajo político, de la que aún carece la mayoría de los periodistas españoles, y desarrolla una tarea notable en varios ayuntamientos del llamado Cordón Rojo de Madrid: Getafe, Fuenlabrada, Móstoles, Leganés. Miguel Ángel San Martín era el jefe de prensa de la radio Corporación en la época del golpe de Estado, y fue de las personas que con mayor entereza se mantuvo en la radio hasta el final. Recuerdo como anécdota que cuando las balas zumbaban alrededor del palacio de La Moneda y se movían tropas y tanques, tratando de ultimar la resistencia del Presidente Allende, Miguel

Ángel, a quien no lo abandonaba su vena de reportero, con una cierta ingenuidad amarró una grabadora en un palo de escoba y la sacó por la ventana (la radio Corporación estaba situada frente a La Moneda, en la calle Morandé): no alcanzó a asomar totalmente su grabadora, cuando una bala la hizo estallar. Se quedó con el mango de la escoba y una exclamación: «¡Erich, no hay que asomarse a las ventanas! ¡Chucha, que está pesada la pista!». Y la advertencia no estaba de más, ya que uno de los 21 que nos habíamos quedado en la radio, el más viejo de todos, se quería asomar y disparar con un antiguo rifle que había traído de su casa.

Miguel Ángel me empezó a «vender» con el nuevo alcalde de Leganés, para que me contratara. Yo había sacado mi nacionalidad española, pero Ramón Espinar, que hoy es mi amigo, se resistía a contratarme, no porque lo estimara inconveniente, sino porque le parecía poco atinado ofrecerle trabajo a un «personaje tan importante como Schnake». Esto de mi importancia me había perseguido durante dos años, porque en mi incesante búsqueda de trabajo me topaba con que mis amigos del PSOE estimaban que merecía un cargo acorde con mi «categoría», y en lo que menos pensaban era en hacerme profesor de la Universidad Complutense. Si no me podían ofrecer eso (y no podían), entonces no me ofrecían nada, y así era como seguía cesante.

Con mucha maña, San Martín programó un coloquio sobre la situación chilena en Leganés, al que, «gran honor para el pueblo», asistiría el ex senador socialista Erich Schnake. Todo esto con el patrocinio y la cobertura del ayuntamiento de Leganés, presidido por Ramón Espinar. El día de mi presentación, que despertó bastante interés, el alcalde me invitó a una cena con los principales concejales y en la cena, según el programa de Miguel Ángel, pude decirle al alcalde: «Compañero, yo sé que usted tiene problemas para traerme a trabajar aquí en el ayuntamiento, y que esos problemas dicen relación con mi importancia, con mi relación de muy alto nivel en España e incluso en Europa; en consecuencia encuentra casi un desatino insinuarme siquiera que trabaje dependiendo de usted. Yo quiero decirle que lo que más necesito es precisamente trabajar, no quiero ser un exiliado mantenido por la solidaridad, quiero realmente aportar lo que sé, y tengo alguna experiencia para darla, pero quiero trabajar como cualquier español»;

si lo hago bien me mantienen, si lo hago mal o creo que es un beneficio que me están dando por mi carácter de personaje exiliado, simplemente se pone término a mi trabajo. No creo valer más ni menos que usted, compañero alcalde, o que los demás concejales, que son todos muy jóvenes. Tal vez por la misma juventud ustedes tengan más vigor que yo, y yo, por mi edad, más experiencia que ustedes. Creo que es una buena combinación».

Con la cara encendida, casi rojo, Ramón Espinar titubeó y comenzó a dar explicaciones: creía sinceramente que un cargo en el modesto ayuntamiento sería una ofensa para mí, pero se sentirían tremendamente honrados de contar conmigo. Volví a aclararle las cosas: iba a ser un funcionario más en el ayuntamiento, sometido a las mismas vicisitudes que al resto. Ya más distendido, tuteándome como suelen hacerlo los españoles y con una amplia sonrisa, me dijo: «Bueno, chico, siendo las cosas así, mañana comienzas a trabajar como mi secretario y jefe de gabinete. Hombre, la renta no es muy buena, pero es la mejor que te podemos ofrecer».

Cuando me enteré que mi sueldo era un poco más de mil dólares mensuales estuve al borde de un infarto. En esa época mil dólares era mucho dinero para mí, y así comencé a trabajar en el municipio de Leganés, donde tuve una de las experiencias más gratas de mi vida. Me fui a vivir allá, e incluso cuando hicieron el primer programa de control de la natalidad y los cursos de preparación al parto en el centro de salud, mi mujer fue designada para dirigirlo. Creo que ambos dejamos un buen recuerdo. Cuando años después he ido a Leganés, me doy cuenta que allí logré que me quisieran y apreciaran no como un exiliado importante, sino como uno más de los que ayudó a levantar la prosperidad de ese pueblo.

La experiencia española es riquísima en enseñanza, creo que de alguna manera yo fui un privilegiado por ella. Me tocó ver esa España verdadera, de carne y hueso que goza y sufre con intensidad todo su quehacer. Esa España en que el hombre y la mujer común se igualan con naturalidad con el intelectual destacado, con el personaje político más encumbrado o con el empresario que posee una gran fortuna y poder. Los españoles en general, especialmente los que conocí, castellanos, andaluces, gallegos, en general la gente del centro y sur de España, se sienten, y tú lo sientes así, muy

iguales, como que no existiera entre ellos eso que en nuestro Código Civil se llama el temor reverencial, que también se da en las relaciones de trabajo o en las relaciones simplemente sociales en Chile.

A un trabajador de lo que fue mi ciudad, Leganés, lo veo diciéndole a su patrón, un pequeño empresario: «¡Oye, tú, que me estás quitando el salario, pagándome tan poco, vamos a ver cómo arreglamos esto!» Y el tuteo y la forma de decirlo corresponden a la manera natural de ser, hay algo coloquial y casi familiar en el trato. O a una mujer de cualquier lugar de Madrid, que con toda simpleza te invita a salir o te trata de «gilipollas» (huevoón), por algo que le pueda disgustar o parecer mal. Al mismo tiempo, ambos son capaces de expresarte los más tiernos sentimientos, sin que ello signifique debilidad, cinismo o adulación. En general, los españoles son transparentes. Sus organizaciones sindicales y sus organizaciones patronales discuten y dialogan a la vez, y son capaces de escucharse, a pesar de toda la carga de dureza que implica ser francos y expresivos.

Los madrileños, que son los que más conozco, son confiables y creíbles. Los andaluces, como Felipe González, con más gracejo que el resto de los españoles, pero tan serios y creíbles como los de Madrid, de allí su tremenda aceptación en la sociedad hispana. Los españoles son heroicos, como lo es el torero que arriesga su vida frente a un Miura y se paga con la aprobación del ruedo. Los españoles son tremendamente independientes, en todos los planos, en el personal y como país, y por hacer las cosas, como dicen ellos «como les salga de los cojones», o para que las cosas se hagan «como lo digo yo», y porque las cosas se deben hacer «porque lo digo yo». Son capaces de perderlo todo, pero su independencia y firmeza de carácter no pueden sufrir mengua alguna. Los madrileños se reconocen como un poco «brutos»; sin embargo, al momento de la verdad, son tremendamente solidarios y considerados con el prójimo. No ayudarán a nadie con arrumacos o palabras de ternura y suavidad, a lo sumo te dirán «mira, chico, tú mañana estás trabajando aquí», como me dijo Ramón Espinar hace tanto tiempo atrás, en Leganés.

En mi época, hablemos de los primeros seis o siete años desde la caída de la dictadura de Franco, vivían «el destape», es decir, su

apertura al mundo moderno abierto, que les habían ocultado durante cuarenta años de franquismo. Sólo en España podía suceder lo que pasó en tiempos de Franco, cuando desapareció de las librerías el cuento de *Caperucita Roja* y fue sustituido por *Caperucita Encarnada*, porque a los rojos ni verlos, o cuando no podías pasearte por la Casa de Campo o El Retiro o el Paseo Rosales muy apegado a una mujer, y menos darle un beso en público, aunque fuera tu señora, porque te detenían por inmoral. Las películas que circulaban por el mundo, si contenían alguna leve escena de erotismo o de política progresista, no entraban a España y no se podían ver ni en sesiones privadas por lo dura que era la sanción. Estos primeros años, de 1977 en adelante, estuvieron marcados por un cambio violento, inmediato, a la española, de hábitos y costumbres. Los cines comenzaron a dar toda clase de películas S, doble S o triple S, es decir, que iban desde el erotismo a la más desatada pornografía. Cuando llegamos a España, el año 78, nos costaba encontrar un cine que estuviera dando una película normal. Recuerdo que fuimos a ver una sátira política extraordinariamente cómica: *La escopeta nacional*. En la mayoría de los cines daban *Emanuel*, *Emanuel II*, *Emanuel III*, y otras de menor rango pero más cargadas a la pornografía; los parques se repletaban de parejas, las españolas atrevidamente te podían preguntar si querías estar con ellas, y las chilenas y chilenos ganábamos fama, las primeras de «calienta pollas» y los segundos de «maricas».

Como me lo explicó más de algún amigo o amiga, esta fama venía de que las chilenas eran tremendamente coquetas, insinuaban que querían algo contigo, jugaban con un sí y un no permanentemente, te entusiasmaban y cuando llegaba el momento en que tu querías acción, ellas se reían y no aflojaban, y cuando lo llegaban a hacer era bajo promesa de matrimonio, de ahí lo de «calienta pollas».

Los chilenos agarrábamos nuestra triste fama porque le dábamos vueltas y vueltas a cualquier relación con una española y nos demorábamos un siglo en llegar a concretar algo, si es que concretábamos.

Los españoles eran distintos, como me dijo un día un andaluz de Coria de Río, al otro lado del Guadalquivir en Sevilla, en materia de amores había que dar «dos cucharadas y a la papa», y nosotros en cambio calentábamos y calentábamos el agua hasta

que se aburría la paciente españolita que nos estaba soportando y hasta podía pensar que éramos mariquitas. Son maneras de ser diferentes y que han moldeado un carácter más sincero, más franco, más abierto en los españoles, que se contraponen claramente a nuestro carácter de «nulidad de matrimonio» a la chilena.

La verdad es que en España día a día me voy «españolizando», aunque no pierdo de vista mi condición de chileno y de exiliado político. Pero trabajar en España, en esta nueva España democrática, es ayudar también a construir un mundo como el que idealmente quisimos hacer en el Chile de Salvador Allende, y la fe y el optimismo que nunca nos ha abandonado resurgen con los bríos propios de un país donde «nuestro socialismo avanza».

Los tres años que paso en Leganés son una experiencia maravillosa de trabajo directo con la gente. En esta pequeña localidad aledaña a Madrid el ayuntamiento funciona casi como una democracia directa. Los cabildos que se celebran, presididos por el alcalde y yo a su lado, concitan a las vecinas y vecinos más conspicuos de la ciudad. Es un grupo humano formado por gente que trabaja en alguna de las grandes industrias que quedan en Leganés, como la Renault por ejemplo; pequeños comerciantes y artesanos; es decir, no hay una alta burguesía, simplemente en Leganés no existe. En los cabildos el alcalde da cuenta de los proyectos a realizar y de las inversiones que quiere hacer con los impuestos y tasas recaudadas en el mismo Leganés, porque en el sistema español los municipios tienen una parte importante de impuestos propios. La gente interviene activamente, pregunta, interroga, da ideas y con la franqueza que les caracteriza alguno dirá: «Señor alcalde, ¿no se irán a robar los dinerillos recaudados como aquí pasaba antes! Y mire usted, cómo estamos de atrasados en el pueblo». En el primer año de gobierno el alcalde dará toda clase de explicaciones y hará las promesas de aquello a lo que el ayuntamiento se compromete y la confianza de la gente estará siempre tocada por la duda que durante años, con los alcaldes designados por la dictadura, tenían acerca de sus inversiones.

En el primer año se crea la Tenencia de Alcaldía del barrio pobre de Leganés, La Fortuna; se sana el contaminante arroyo que pasa por sus costados; se pavimentan calles y este barrio deja de ser un lunar negro en Leganés. En el mismo primer año se comienza

la construcción de un complejo cultural en el barrio de Zarzauquemada, con anfiteatro y dependencias de toda clase. Y así, se empiezan a realizar todas las obras comprometidas por el ayuntamiento. Como algo esencial se aprueba un nuevo plan de equipamiento comunal y plan regulador de la ciudad. Todo esto es sometido a discusión en el cabildo, con la participación cada vez mayor de los vecinos, al extremo de que en el anfiteatro municipal la gente ya no cabe y el alcalde y los concejales tienen que salir a dar cuenta a los distintos barrios. Al término del primer año no hay una sola promesa incumplida y cuando se fijan los impuestos municipales nadie pregunta si se los van a robar o no. Por el contrario, se aprueban los impuestos municipales, unos irán a modernizar el centro de salud, a crear un complejo polideportivo o a movilizar al pueblo para lograr del gobierno central la construcción de un hospital que sirva al área de Leganés, Móstoles y Fuenlabrada. Otros a pavimentar o repavimentar las principales calles. Ya para la época en que me fui de Leganés, la gente acogía la fijación de los impuestos con agrado. Me fui en el primer gobierno de Felipe González. En 1982, fui llamado a asesorar formalmente la política hacia América Latina en el Instituto de Cooperación Iberoamericana, con Luis Yáñez Barnuevo, futuro ministro de Relaciones Exteriores, o informalmente en la misma Moncloa, con su hermano, Juan Antonio Yáñez Barnuevo, el principal asesor en materias internacionales del Presidente del Gobierno, que luego fuera el embajador de España en Naciones Unidas.

No se han completado cuatro años de gobierno municipal y Leganés tiene un maravilloso centro cultural, Egaleo, con capacidad para siete mil personas: ópera, teatro, orquestas sinfónicas, folclore y toda clase de representaciones de arte. Está situado en un bello parque hecho durante el gobierno comunal, que a su entrada tiene una escultura gigantesca de Sergio Castillo; es un centro polideportivo de cincuenta mil metros cuadrados, con piscinas, canchas de tenis, fútbol, en fin, todo lo necesario para el ocio de esta pequeña y ejemplar ciudad de trabajadores. Se abren nuevas vías de comunicación hacia Madrid y se ha iniciado la construcción de un centro comercial y social gigantesco, donde da gusto encontrar a las señoras de modestos trabajadores de la industria de Leganés, comprando quesos franceses, ropa de Alemania o

juguetes de Italia. El ingreso per cápita, en estos pocos años, ha aumentado considerablemente, la democracia lo ha hecho posible.

Me llevo de Leganés la maravillosa experiencia de trabajar directamente con la gente, de cumplir con ella, de no prometer nada que no se vaya a realizar y de sentir luego el afecto y el agradecimiento de los ciudadanos a los que has ayudado a progresar en su bienestar.

Años después, cuando ya vivo en Santiago de Chile y viajo a España, me sorprende ver un Leganés moderno, lleno de parques y de urbanizaciones con espacios ajardinados, con carreteras que lo sacan o lo llevan a la ciudad sin mayores complicaciones, con unos hipermercados cada vez más amplios y por fin un hospital moderno y una universidad modélica, la Universidad Carlos III, cuyo primer rector e impulsor, es un gran jurista español, ex diputado del PSOE, mi amigo Gregorio Peces Barba.

A pesar de todos los problemas que el PSOE tuvo posteriormente, desde la derrota de Felipe González a manos de José María Aznar, el ayuntamiento de Leganés sigue en manos de una amplia mayoría socialista, y su actual alcalde es uno de los concejales elegidos en mi época.

Ya sé que estas observaciones más le van a sonar a cualquiera que no las haya vivido como exageradas y producto de mi rabioso e indeleble socialismo, pero como decía Lenin, «los hechos son porfiados» y allí está, para quien quiera verlo: el Leganés antiguo y a el Leganés actual, que a algunos visitantes chilenos, muy del barrio alto de Santiago y de apellidos ligados a la más rancia aristocracia, les ha hecho exclamar: «¡Qué bonito es esto! ¿Será parte del barrio alto de Madrid?» ¡No, es el modesto Leganés! Ciudad dormitorio industrial, cercana a Madrid, donde aprendí a crecer después de haber sido senador de la República en Chile. Esta experiencia se repetirá incansablemente a lo largo de casi toda España y hará posible que el gobierno socialista perdure por más de catorce años en la España moderna y siga siendo la más razonable y posible alternativa para el futuro. Los españoles, que son regañones y aparentemente insatisfechos de todo te dirán: «¡Hombre, es lo menos que podían hacer los socialistas aquí, con el apoyo que les hemos dado! ¡Pero no te creas que está todo tan bien, aquí hay un montón de gilipollas, que no tienen puta idea de lo que hay que hacer!».

En el llamado cordón rojo de Madrid, se expresa una creciente solidaridad con el exilio chileno y un rechazo cada vez mayor a la dictadura que encabeza Pinochet. A la cabeza de estos movimientos están normalmente los alcaldes de Móstoles, Getafe, Fuenlabrada y Leganés.

Entre medio, la tragedia. Cuando aún vivíamos en El Escorial y nos estábamos adecuando a una nueva vida, muere ahogado en la piscina Eduardito, hijo del primer matrimonio de Pilar, que en un descuido irreparable se sumerge en el agua. Sólo tiene tres años de edad, y después de una larga agonía fallece en el hospital de la Comunidad de Madrid. Esto marca nuestras vidas y yo diría nuestra relación de pareja de cara al futuro. No quisiera decir que en compensación, porque hechos como éste no tienen compensación de ninguna especie, nace nuestro único hijo: Erich Sebastián, mi españolito, que hoy ya está terminando la carrera de Derecho.

En esa misma época publico, en Italia, mi testimonio de los cuatro años, tres meses y catorce días en que fui «prisionero de guerra» del gobierno militar, con prólogos de Norberto Bobbio, el gran filósofo y jurista italiano, y de Ludolfo Paramio, connotado sociólogo y filósofo español. Luego de la muerte de Eduardito, a cuyos funerales en El Escorial acude toda la plana mayor del PSOE, encabezada por Alfonso Guerra, mis relaciones personales comienzan a desestabilizarse.

Dentro de mis posibilidades, reorganizo el PS en Madrid, sacándolo de su oscura convivencia con la sociedad española. Los compañeros que están exiliados en España, la mayoría de ellos militantes o simpatizantes de la fracción *elena*, que dirige Rolando Calderón, tienen el síndrome de la persecución y en consecuencia, se mantienen prácticamente clandestinos en España. Llegaron a este país cuando todavía la democracia no era una realidad y al igual que ese soldado japonés en la selva de Corea, que cinco años después de terminada la guerra, seguía convencido de que estaba en batalla, ellos siguen sin enterarse de que pueden abrirse a la sociedad española y que hay un trabajo por hacer de solidaridad con los que luchan en Chile.

Hasta el momento de mi llegada los dirige formalmente el *Cacho* Soto, esto es, el doctor Oscar Soto, médico personal de Salvador Allende y gran amigo de toda la familia del Presidente. El

Cacho entiende perfectamente mi razonamiento, y junto a otros que van llegando, integramos un partido importante para el exilio en esta renovada España. De Alemania llegan el ex diputado y subsecretario administrativo del PS, Alejandro Jiliberto, que al poco tiempo comienza a trabajar en el PSOE; Miguel Ángel San Martín, y finalmente Ricardo Núñez, ex secretario general de la Universidad Técnica del Estado, que estaba a cargo del partido en la RDA.

Viajo a distintos lugares, no demasiados porque las finanzas no alcanzan, y yo no recibo pasajes de regalo, ni más apoyos financieros que los modestos que nos da el PSOE para mantener la oficina y el teléfono del partido en calle Marqués de Cuba.

En 1978 asisto a una reunión de Comité Central, a la que concurren miembros de la dirección interior del Partido (o sea, de Chile) y que se realiza rodeada de misterio y con grandes cuidados en una ciudad de la República Democrática Alemana, si la memoria no me es infiel: Leipzig. Esta reunión la arma y dirige el grupo *eleno*, y la participación de los dirigentes que no estamos en la fracción es mínima. En las deliberaciones e informaciones un pequeño grupo, dirigido por el secretario general del Partido, Carlos Altamirano, y por Rolando Calderón, nos informa que cuatro dirigentes, cuyos nombres desconocemos, han venido desde Chile. El resto tenemos la triste sensación de estar al margen de esa extraña organización en que se ha transformado el Partido Socialista de Chile; nos damos cuenta de que los dirigentes del Partido Socialista Unificado de la República Democrática Alemana, especialmente Karlheinz Möbus, que es el dirigente comunista que está encargado de nosotros, saben más y tienen un contacto más directo con el Partido Socialista de Chile.

A una hora determinada de la tarde, ante la expectación de todo el Comité Central, aparecen cuatro encapuchados, que son presentados como los dirigentes mayores del partido en la clandestinidad en Chile. Uno de ellos toma la palabra y nos da una breve charla sobre lo que sucede en el interior y sobre la actividad que el Partido desarrolla. Es una charla, a mi juicio, genérica, que la podrían haber dado en el Comité Central o en un colegio secundario. Terminado esto, Rolando Calderón hace pasar a dos o tres dirigentes, entre los que me incluyo, a conversar en vivo y en

directo unos minutos con nuestros dirigentes clandestinos.

Seguramente en esa reunión se tomaron muchas resoluciones de gran importancia, entre otras el futuro cambio de dirección, pero la verdad es que la mayoría de los dirigentes en el exilio no nos enteramos. Se realiza en la ciudad de Leipzig, pero se presenta luego como «el Pleno de Argel», adonde nos trasladamos en alegre caravana financiada por la RDA, por «razones de seguridad».

Las diferencias de apreciación entre los socialistas acerca de las formas y contenidos del enfrentamiento con la dictadura se van ahondando. Mientras la gente que sigue a Rolando Calderón y Clodomiro Almeyda, que militan disciplinadamente en el Partido Socialista de Chile, se entrenan militarmente en Moscú y mantienen un asedio informativo y de verdadero espionaje sobre Carlos Altamirano, de quien han comenzado a desconfiar, los que estamos con Altamirano nos preocupamos cada vez más de despertar y reactivar la solidaridad del mundo occidental por nuestra lucha, y empezamos a plantearnos claramente que esta confrontación con la dictadura no es, no puede ni debe ser armada. Creemos que, por el contrario, lo que debemos hacer es aunar fuerzas con los insatisfechos o perseguidos por la dictadura e ir trabajando conjuntamente con la Democracia Cristiana y con los sectores liberales democráticos que perviven en Chile en busca de una solución pacífica. Apoyamos una resistencia civil activa, una permanente movilización de masas, aislar internacionalmente la dictadura y el camino electoral como único método posible para gobernar legítimamente. Pinochet y sus ideólogos ya lo han planteado. Estamos conscientes de que están hablando de elecciones amañadas, destinadas a autolegitimarse, pero creemos que es una forma de irse obligando a una apertura cada vez mayor y que en una medida muy importante, dependerá de la fuerza unitaria que seamos capaces de alcanzar.

La división se va poco a poco plasmando, y a fines del año 79 se convoca a una reunión de Comité Central en la República Democrática Alemana, ahora en Berlín, a la que asiste el secretario general del Partido Socialista de Chile en el interior, que es (nos enteramos días antes del inicio de la reunión) Albino Barra Villalobos, ex diputado socialista, expulsado del partido el año 50 ó 51 por ser el único parlamentario del partido que apoyó la aprobación

de la «Ley de Defensa de la Democracia». Hoy es el máximo dirigente del Partido Socialista, está apoyado esencialmente por el sector que comparte sus puntos de vista con el Partido Comunista y que se siente cobijado y a sus anchas en la República Democrática Alemana.

La verdad es que la reunión está programada para defenestrar al secretario general titular del partido, Carlos Altamirano, y con esto poner término artificial a la discusión político-ideológica que subyace en este enfrentamiento. De una parte están los que piensan que el leninismo constituye la mejor expresión de socialismo y el instrumento ideal para recuperar el poder y hacer la revolución proletaria. Las imágenes de la Revolución de Octubre y de la Revolución Cubana están presentes. La democracia sigue teniendo apellidos y no es una democracia burguesa lo que el partido quiere perseguir, sino que una «verdadera» democracia, donde la burguesía sea expulsada del poder, que hoy ejerce bajo las formas del fascismo en Chile. Ello lleva inexorablemente al enfrentamiento armado y esa es la razón por la que el Partido entrena en la Unión Soviética cuadros para la confrontación.

Con esa curiosa mezcla de «vergüenza revolucionaria» y doble lenguaje, tan característico en la política chilena, los que hemos tomado partido junto a Carlos Altamirano no nos atrevemos a confesar que tomamos la opción del socialismo democrático y que ello conlleva salir de la dictadura a través de métodos democráticos, esto es, tomando la lección de la Unidad Popular y no eligiendo una política vanguardista, sino por el contrario, haciendo una política amplia de concertación con todos los partidos y movimientos que aspiren a la libertad. Bien mirado, ahora, a la distancia, no hay ninguna duda de que en nosotros ha influido notoriamente la presencia del PSOE y especialmente de su líder, Felipe González. Nuestra reivindicación permanente, sentida y verdadera, es la democracia sin apellidos, porque entendemos, y así lo planteamos, que la felicidad de nuestro pueblo está indisolublemente ligada a su existencia. Esto es, en el esquema de las grandes divisiones del socialismo en el mundo, tomar la opción socialdemócrata, o socialista democrática, que es lo mismo, y no cabe duda que Carlos Altamirano y los que le seguimos estamos en esa postura.

Sin embargo, la fuerza mediática que ha tenido en el Partido «su adscripción al leninismo» ha sido tan fuerte que, aunque rechacemos la violencia como método para alcanzar el poder y rechazamos la dictadura del proletariado, porque no deja de ser «dictadura», en consecuencia incompatible con la democracia que queremos, nos cuesta decirlo públicamente. Nos acosa (cobardemente) el fantasma de que se crea que ya no somos socialistas revolucionarios.

Esto nos perseguirá por mucho tiempo, e incluso ahora, en el año 2003, hay sectores del socialismo que siguen enganchados en la vieja y obsoleta concepción leninista. Los máximos dirigentes socialistas chilenos han evolucionado notablemente, y aunque la división que se produjo el año 79 fue extraordinariamente profunda y dura, en definitiva se impuso las tesis del socialismo democrático.

La reunión de Comité Central se realiza con la presencia de solo dos miembros de la comisión política del partido de la tendencia de Altamirano: Jaime Suárez, que ha venido desde Moscú, y yo, de España. Al ex secretario general de la Central Única de Trabajadores, Luis Meneses, prácticamente se le impide llegar, pues cuando en Italia intenta tomar un vuelo de la línea aérea de la República Democrática Alemana, le expresan que no tiene cabida, que lo llevarán en otro vuelo más adelante, lo que nunca sucederá. A mí sí me embarcan. Carlos Altamirano (que todavía vive en Alemania, pero que para esa fecha estaba fuera del país) y Jorge Arrate (se queda en Holanda) no viajan. Carecía de sentido que Altamirano legitimara con su presencia un verdadero asalto premeditado al poder interno del Partido, que no corresponde a ninguna mayoría real; donde el Partido existe en forma importante es en el exilio, y allí somos una inmensa mayoría.

La reunión de Comité Central se realiza a puertas cerradas, envuelta en los mismos misterios del clandestinaje a que ya nos hemos ido acostumbrando con los compañeros de la República Democrática Alemana. Converso largamente con Albino Barra, a quien le bago presente la necesidad de que el Partido se libere de un compromiso tan duro y absorbente como el que tenemos con la República Democrática Alemana, que hace cambiar el sentido de nuestra política de búsqueda de la libertad y la democracia en Chile.

Instalado en una maravillosa cámara presidencial, que ha puesto a su disposición el Partido Socialista Unificado Alemán, Albino Barra me replica que no hay manera de poner en pie la resistencia si no es con el apoyo logístico que tanto la República Democrática Alemana como la Unión Soviética y Cuba nos están prestando, y que es la única realidad a la que hay que atenerse. Me reitera que gracias a esta generosa ayuda, el Partido entrena cuadros, puede hacer propaganda armada en Chile y puede, en consecuencia, erigirse en el instrumento de la liberación de nuestro pueblo; que ese apoyo no lo vamos a encontrar jamás en los partidos socialistas democráticos de Occidente. Es casi el mismo argumento que luego repetirá Clodomiro Almeyda en la sesión de Comisión Política, aunque en términos más sofisticados y con un trasfondo político ideológico más definido, planteando al leninismo como la única alternativa revolucionaria válida para llegar a un enfrentamiento de clases que promueva la liberación de la dictadura militar.

En la confrontación global que vive el mundo, *Cloro* deja de lado nuestro compromiso de No Alineados y sitúa al Partido en «el campo socialista» dirigido por la URSS, y en el plano interno, en la alianza de clase privilegiada con el Partido Comunista.

Mis argumentos con Albino Barra carecen de importancia para él y cuando le expreso que no tiene por qué preocuparse por la falta de apoyo logístico si nos salimos de la República Democrática Alemana, y como partido nos instalamos en Madrid o en París o en Estocolmo o en Amsterdam, porque en todas esas ciudades tenemos sedes y hemos despertado una viva simpatía y adhesión a nuestra causa, mis opiniones son desechadas de plano por Albino.

No servía para nada recordar que una de las causas de nuestro fracaso, de nuestra derrota, fue haber sido contradictorios con la realidad chilena y con el propio Salvador Allende, que quería una «revolución con sabor a empanada y vino tinto», es decir, como él mismo lo dijera y lo intentara cumplir hasta el último minuto de su vida, una revolución en cuanto a la profundidad de los cambios que había que realizar en el país para tener mayores oportunidades de bienestar, una libertad más amplia y una satisfacción verdadera de los intereses de los más desvalidos, pero no una revolución basada en la violencia y el enfrentamiento armado con la burguesía, sino más bien una revolución democrática.

Tampoco servía argumentar que las posibilidades de terminar con el régimen de Pinochet existirían en la medida en que fuéramos capaces de sellar con la unidad las aspiraciones de amplios sectores que no habían estado junto a nosotros antes del golpe —y que inclusive lo habían favorecido—, pero que claramente hoy reclamaban un espacio de libertad y un lugar de encuentro para llegar a esta libertad con toda la izquierda chilena, como el caso concreto de la Democracia Cristiana.

La reunión de la Comisión Política fue breve para mí y para Jaime Suárez. Primero hizo una exposición sobre la situación del Partido en Chile, nuestro Albino Barra; luego tomó la palabra Clodomiro Almeyda, y con argumentos relativamente similares planteó la necesidad de reestructurar la dirección exterior del Partido. Ya todos sabíamos a dónde iba esto: el nombramiento del propio Clodomiro Almeyda como secretario general en reemplazo de Carlos Altamirano, a quien se daba por renunciado. Pedí la palabra y repitiendo muchos de los argumentos que ya le había dado a Albino Barra, sostuve que la necesidad de reestructurar el Partido, partía por la necesidad de sacarlo de la República Democrática Alemana, cuya solidaridad, muy bien manejada por los compañeros comunistas, cambiaba el sentido del Partido Socialista de Chile y nos adscribía a una política de enfrentamiento armado para la que no estábamos capacitados y en la que no creíamos, ya que era contraria a la unidad nacional que necesitábamos para, democráticamente, ponerle término a la dictadura.

Al terminar hice presente que los que estábamos en estas posiciones teníamos claro que la reunión había sido convocada con el objeto de «tomarse» la dirección del partido, sacando de ella a su secretario general, Carlos Altamirano, pero que esta reunión carecía, en absoluto, de legalidad y que a partir de ese día el secretario general del Partido instalaría la dirección fuera de Berlín, en un país occidental. Desahucí la reunión por ilegítima y me retiré de ella para irme a Holanda.

Como me lo comenta ahora Camilo Escalona, la fractura producida el año 79 provocó un tremendo impacto en el Partido Socialista versión Almeyda. «La división descolocó completamente la gravitación determinante que tenía Calderón, y yo, que acababa de llegar a Berlín a finales del 78, fui testigo de la última reunión

en la RDA. Para mí la división fue tan dura, tan violenta, tan tremenda, que cambió las relaciones de fuerza. O sea, la onda expansiva fue de tal magnitud, que reordenó el cuadro dentro del propio PS Almeyda... fue tremendo, y yo creo que fue un acto irracional, porque a mi manera de ver las cosas, fue una lucha terrible... terrible. Lo que valía era destruir al otro socialista. Yo siempre me he hecho el firme ánimo de nunca más participar en una cosa como aquella. Si alguna vez se diese un escenario de una lucha tan violenta, no voy a participar. Uno de los recuerdos más amargos y dramáticos que tengo es del grado de virulencia, descontrol y animosidad que alcanzó esa confrontación interna».

Cada cual vivió la separación o fractura del Partido desde la óptica de sus respectivas fracciones. Fue tan desgarradora y profunda, que recién muchos años después de producida, yo, que fui uno de los protagonistas de aquel triste episodio, me enteré cómo había sido vista desde la óptica de Almeyda o Camilo Escalona. Como me sigue contando Camilo: «Es una historia que tengo perdida. En Berlín escuché acusaciones de socialistas: decían que gente del partido que se entrenaba en la URSS, y no en Berlín, se juramentaban con el 'comandante' Rolando Calderón. Algo que se tomó mucho en consideración, porque entonces no respetaban la jerarquía partidaria de Altamirano como secretario general, e incluso me decían que se sentía un poco como prisionero allá».

Continúa Escalona comentándome que «Almeyda desarmó todo eso, al tiro. Por eso digo que la onda expansiva fue tan tremenda que produjo efectos insospechados. La profundidad de la división generó un cuadro de debilidad muy grande. Los que quedamos en el PS Almeyda nos dábamos cuenta de que estábamos en un partido disminuido, pequeño, débil. Paradojalmente, eso le dio una gran autoridad a Almeyda. Pasó a ser no sólo el jefe del Partido, sino que una figura plenipotenciaria para todos los efectos y a todo evento por la propia situación de crisis... más que el jefe del Partido, un semidiós. Y él desarmó todo eso. Desapareció de inmediato la llamada Comisión Técnica que dirigía Calderón. Un año después, se aprobó la ejecución de un plan de retornos ilegales a Chile. El jefe de ese plan fui yo, que también regresé a Chile».

Como una mera anécdota recuerdo las dificultades que tuve para mi partida tras aquella reunión del Comité Central en 1979. El

hombre que disponía los traslados y que llevaba toda la agenda del Partido Socialista era el *genossen* (compañero) Möbus. Cuando pedí que me llevaran al aeropuerto, el *genossen* me dijo en tono compungido que no podía irme, porque no había cómo trasladarme del lugar donde estábamos al aeropuerto. Le insistí que aunque fuera a pie yo me tenía que retirar; entonces estiró su negativa, y agregó que lamentablemente no había vuelos en esos momentos a Holanda, ni siquiera a París, así que no sacaríamos nada, en vista de lo cual le repliqué que entonces viajaría en tren. Me insistió en que no había cómo trasladarme. Estaba cerca de un viejo compañero, ex GAP de Salvador Allende, a quien cariñosamente todos le decíamos el *Patán*; él vivía en la RDA, pero a pesar de su manifiesta dependencia del aparato administrativo alemán, se acercó a mí y en presencia de Möbus me dijo: «Compañero Schnake, yo tengo un autito, yo lo llevo a la estación», ante el asombro del *genossen*.

Cuando llegamos a la estación me esperaba una nueva sorpresa: en la ventanilla correspondiente entregué mi pasaporte y la tarjeta de visa para entrar y salir de la República Democrática Alemana. La persona que atendía lo miró atentamente, lo guardó y según creí entender me dijo que esperara, porque me iban a venir a buscar; efectivamente apareció un corpulento funcionario que me tomó del brazo y me hizo acompañarlo a una pequeña sala. Yo, en inglés, le pregunté qué sucedía y por qué no se me había devuelto mi pasaporte. El alemán, que claramente entendía inglés, me dijo que tenía que cumplir un trámite administrativo. Como yo insistiera en que se me estaba privando de libertad y que quería irme al tren ya, el alemancito dio media vuelta, dijo no entender nada de lo que le hablaban en inglés y empezó a mascullar toda suerte de epítetos en su lengua (supongo) y se retiró. No sé cuánto tiempo estuve en esta pequeña sala, incomunicado con el mundo, pero a lo menos habrán sido unos cuarenta o cincuenta minutos. En el intertanto —esto lo supe mucho tiempo después—, el *Patán*, que se había percatado de lo sucedido y que conocía la forma de actuar de los alemanes de la RDA, llamó por teléfono a Clodomiro Almeyda, a quien tuvieron que sacar de la reunión de Comisión Política que aún seguía, y le dijo lo que estaba sucediendo. Clodomiro, que podía ser muy pro comunista en esos momentos, no dejó de advertir que esto podía rebalsar el vaso de la

tolerancia socialista y, si los alemanes iban más lejos, crear un hecho de graves consecuencias; mal que mal yo era un personaje demasiado conocido para que una conducta como la que se estaba teniendo conmigo no fuera objeto de una condena en todo el mundo. Habló rápidamente con el representante del Partido Socialista alemán y milagrosamente la puerta de mi pequeño cuarto se abrió y el mismo funcionario que en tono altanero y violento me había ordenado sentarme y permanecer allí, ahora en el más correcto inglés, y gentilmente, me pidió que lo acompañara al tren que salía unos minutos más tarde; en su mano llevaba mi pasaporte en el que habían estampado claramente mi salida de Alemania. La visa que habitualmente daban separada del pasaporte, para que en Occidente no se enteraran de nuestro paso por el mundo comunista, había desaparecido. A los pocos minutos estaba instalado en el tren rumbo a Europa.

A partir del episodio rupturista de Berlín, en 1979, el Partido en el exterior se fractura y una minoritaria fracción la dirige Clodomiro Almeyda, con sede en Berlín Oriental. La otra, inmensamente mayoritaria, sigue conducida Carlos Altamirano y tiene su sede primero en Rotterdam y luego en Madrid; allí están los puntales mayores del partido: Jorge Arrate, Luis Jerez y Lincoyán Zepeda en el norte de Europa, y yo junto a Alejandro Jiliberto en el sur. Más tarde se nos sumaría Ricardo Núñez. A ambos los rescató de la RDA y los llevo a Madrid. Pero esta situación es diametralmente opuesta en el interior de Chile, donde nosotros tenemos prácticamente que construir un pequeño partido, casi un remedo de partido, que lo dirigirá Hernán Vodanovic. En cambio el almeydismo concita a la gran mayoría de los socialistas activos en el país. Y surge en Chile un grupo tercerista, llamado los *suizos* (por su neutralidad ante las dos facciones en que se ha dividido el Partido), entre los que se cuentan Ricardo Lagos, José Joaquín Brunner, Heraldo Muñoz y Angel Flisfisch, entre otros.

Tan fuerte es la desinformación en que el Partido me ba mantenido durante mis años de cárcel, que tendrá que pasar mucho tiempo para que me entere de las intimidades y problemas internos que lo han estado conmoviendo, justificable en esos momentos por la clandestinidad en que vive el PS y mi carácter de personaje demasiado conocido, que me habría transformado en señuelo para ubicar a

mis propios compañeros, pero es algo inexplicable en libertad. Esto forma parte del estilo fraccionalista que se había instalado en el Partido. Porque no soy yo solamente quien carece de una adecuada información, es común a todos los grupos que, en esa época, crecen bajo la sombra del viejo tronco y poco o nada se comunican entre sí. Como de costumbre, cada cual cree tener la razón y no la comparte con nadie o casi nadie.

Me cuenta Ricardo Solari, a la época un joven militante del Partido en la clandestinidad (hoy ministro del Trabajo), y una de las personas que impulsaron el cambio de Altamirano por Almeyda en la secretaría general en Berlín, que la decisión «tuvo que ver, esencialmente, con el profundo sentimiento de crítica que teníamos los socialistas de mi generación con la dirección de Altamirano y su gestión personal y la del colectivo. La idea de un relevo era muy fuerte y nosotros éramos los que pudimos hacernos cargo del Partido, años después del golpe».

Era, entonces, una decisión que partía de mucho antes, desde la insatisfacción con la política del PS y su conducción durante el gobierno de Salvador Allende.

La crítica que el llamado «sector Almeyda» le hace a Carlos Altamirano y que conduce a la división del 79, encierra una verdadera paradoja. Son los mismos que antes del golpe propician una política más cercana a la del Partido Comunista, «más moderada y razonable, porque tenía una percepción de la realidad bastante más ajustada de lo que era el discurso oficial del partido». Los jóvenes socialistas tenían una negativa opinión de la situación del país en los últimos meses del gobierno de Salvador Allende. Solari me cuenta que estuvo un tiempo fuera de Chile y cuando volvió, en 1973, quedó impresionado por la sensación de caos que se vivía: «Nuestra percepción (compartida con otros jóvenes, como Camilo Escalona y Germán Correa) era que nosotros íbamos al descalabro total». De esa errada conducción responsabilizan a Altamirano, y es la razón que los lleva a forzar su salida de la secretaría general del PS en el exilio, pero... lo hacen precisamente cuando éste ha cambiado radicalmente su pensamiento y, junto con muchos de nosotros, está definitivamente por buscar el rescate de la democracia, a través de métodos democráticos.

Y en cambio el PC, a instancias de la URSS, comienza a pon-

derar positivamente el enfrentamiento armado para derrotar a la dictadura; política a la que se suman con mayor o menor énfasis Rolando Calderón, Clodomiro Almeyda, y Hernán del Canto. En lo internacional, propician un acercamiento cada vez mayor con el PC y con «el campo socialista». En Chile, el PS Almeyda reconoce diversas tendencias, la mayor de las cuales, como se desprende de lo anterior, es partidaria de la antigua política del PC, desplazada tras el golpe y asumida, en cambio, por Altamirano, pero sin la conducción de Altamirano. Paradojal, ¿no? Como dice Solari: «La división del 79, sorprendentemente, si uno tuviera que hacer un cuadro, encuentra que el sector que estaba a la derecha el 73, que éramos nosotros, pasa a estar a la izquierda. Y el otro sector inicia este proceso que se llama la renovación socialista».

Los que vivimos en el exilio hacemos una labor de solidaridad y apoyo con la resistencia en Chile, en diversos planos; desde el apoyo económico hasta el estrictamente político, despertando la adhesión a nuestra lucha de los gobiernos democráticos del mundo, escribiendo artículos en la prensa y haciendo el *lobby* necesario para que el mundo se entere claramente del carácter que tiene el gobierno militar de Augusto Pinochet y cómo la violación de los derechos humanos de las maneras más aberrantes constituye una política de Estado. De esta forma, aportando pruebas irrefutables, se consigue que la inmensa mayoría de los países condenen, en las Naciones Unidas, al régimen dictatorial.

La solidaridad internacional fue relevante en nuestra oposición a la dictadura y, luego, en su caída. Sin desconocer la importancia que tuvo la conducta de la URRS y los países de su órbita, la influencia de los países occidentales fue esencial y, dentro de ellos, la decidida actitud de la socialdemocracia mundial fue nuestro verdadero aval democrático. La trascendencia que tuvo este apoyo me lleva a recordar la conducta sectaria que tuvimos cuando fuimos gobierno, sin el menor interés por cultivar esas relaciones; hasta las despreciamos por tratarse de partidos «pequeño burgueses» y «reformistas».

El gobierno de la Unidad Popular se inició, en el plano internacional, con la gran expectación que provocaba la instalación del primer gobierno socialista elegido democráticamente: había un enorme interés en el proceso chileno, sobre todo en América Latina y en Europa, porque era una época saturada de violencia. Los

movimientos de liberación nacional no tenían otro camino que abrirse paso a sangre y fuego, con un enorme costo de vidas y de futuro, ante la feroz defensa de las potencias imperiales. La idea del progreso en democracia y libertad, que terminara con la desigualdad y abriera nuevas perspectivas a todos, al hilo de la Revolución Cubana y del Mayo del 68 en París, caía en el desuso. Cada día se creía menos en el discurso socialista democrático que abominaba de la política bipolar en que se estaba alineando el mundo. Nuestro caso era distinto y único. Para el sentimiento progresista democrático mundial, abríamos un camino inexplorado o fallido hasta entonces. El del socialismo ganado en democracia. Yo creo que el único que verdaderamente lo entendió fue Salvador Allende.

Pero los mismos socialistas chilenos no lo vimos de ese modo. En pleno gobierno de la Unidad Popular, nos visitó François Mitterrand que aún no llegaba a la Presidencia de Francia, pero que ya era un actor relevante en su país y se incorporaba al profuso peregrinaje de socialistas e izquierdistas extranjeros que buscaban conocer nuestra inédita experiencia y apoyarla. En una reunión de Comisión Política se trató el tema tangencialmente y se llegó a la conclusión, esencialmente por Altamirano, que no valía la pena perder el tiempo recibéndolo para hablar con él. «Este Mitterrand es un reformista que no significa nada...». Ante la insistencia del doctor Jorge Mac Ginty, que había vivido en París y conocía mucho al Partido Socialista francés, sobre la importancia de la visita, se nos encomendó a mí y a él mismo que armáramos una simulada Comisión Política para recibirlo, especialmente porque hablábamos francés. Junto a otros camaradas, recuerdo al diputado Alejandro Jiliberto, entre otros, que era miembro de la Comisión Política, a su señora, Alicia Herrera, abogado y dirigente del Poder Judicial y a mi amigo Mario Bravo Letelier, presidente de la Caja Bancaria de Pensiones, que nos prestó la sala del directorio de su institución, armamos esta simulada Comisión Política que recibió y dialogó con François Mitterrand. Como dato curioso, Mario Bravo le encargó a un joven abogado de la Caja Bancaria que armara la *misse en scène*. Se trataba de Sergio Fernández, el mismo que después sería ministro del Interior de Pinochet y hoy senador de la UDI. Salvador Allende sí lo recibió.

Otro botón de muestra: en los inicios del gobierno, verano de 1971, los senadores demócratas de los Estados Unidos, bajo la égida de Kennedy, organizaron la Conferencia del Atlántico en Puerto Rico. Lo hacían tradicionalmente cada dos años, y a ella asistían dirigentes de alto nivel, parlamentarios e incluso dignatarios de diversos países atlánticos. Siempre invitaban a un representante del área Pacífico, seleccionado, según me informé, entre las figuras jóvenes emergentes del sector. Yo fui el elegido por ellos ese año. Como correspondía a mi perturbado sentido de la disciplina, llevé el tema a la Comisión Política del Partido. La proposición de asistir no tuvo una acogida «clamorosa» que yo recuerde. Más bien se criticó la presencia del jefe de la Brigada Parlamentaria en una conferencia de carácter «pro imperialista», ya que «es lo mismo ser republicano que demócrata en Estados Unidos, se diferencian sólo en la transnacional que está detrás de cada cual...». Y más grave aún, una conferencia que se realiza en «territorio ocupado por los Estados Unidos». En esa época ya estaban claras las maniobras subversivas de Kissinger, Nixon, la ITT y la CIA, destinadas a impedir que Allende gobernara. Ya se había consumado el asesinato del general Schneider, entre otros atentados violentos a la democracia chilena naciente. Pero el buen criterio primó y con la desgana aceptación del secretario general del Partido, pude embarcarme a Puerto Rico. Antes de hacerlo, tuve una larga conversación con el Presidente, quien me encareció que hiciera una sólida presentación de lo que era nuestro programa de gobierno y de la democracia que queríamos construir.

La Conferencia del Atlántico duró cuatro días. Cuatro días intensos de debate mundial, en los que Chile tuvo un espacio privilegiado para poner en escena su nuevo proyecto de democracia progresista, y de denuncia de la conducta que venía observando el gobierno de Nixon. Mi impresión de entonces fue la de haber sido escuchado, y mirado con respeto nuestro proyecto. En esos cuatro días entablé una amistad que duró hasta la época de mi prisión, después de 1973, con dos de los principales líderes demócratas, el senador George Mac Govern y el senador Frank Church. En largas sesiones de conversación informal, discutimos sobre el gobierno que se iniciaba en Chile. A ellos les costaba entender nuestra alianza privilegiada con el Partido Comunista, pero entendían que el socialismo se hubiera impuesto en las elecciones, por las

condiciones de miseria imperantes y la carencia de expectativas para los más pobres. En forma muy explícita, sin ambages ni rodeos, me plantearon la necesidad de no caer en las «redes del comunismo internacional, ni en la órbita de la Unión Soviética». Creer que el Partido Comunista chileno podía ser la excepción democrática era una ingenuidad y «una auténtica tontería», según palabras textuales de uno de ellos, pero... querían tener una relación más importante con nuestro gobierno, cuyo desarrollo afirmaban que seguirían de cerca. A mi regreso hice un minucioso informe escrito sobre todo lo visto y escuchado, que entregué personalmente a Salvador Allende, y otro verbal a la Comisión Política del Partido. Luego, irresponsablemente, me desligué del tema y me entregué con fervor al trabajo de hacer nuestra revolución. Cuando años después era «prisionero de guerra», retomé el contacto y tuve demostraciones de apoyo y solidaridad que, a lo menos, me hicieron meditar sobre lo que pudo ocurrir si hubiéramos desarrollado convenientemente nuestras relaciones. Creo que el gobierno tampoco hizo mucho...

La división de los socialistas chilenos es una clara fractura de carácter ideológico entre los que perseguimos un socialismo democrático, plural, abierto y capaz de concertarse con todas las fuerzas progresistas y democráticas que estén por poner término al autoritarismo imperante en Chile, y un socialismo basado en el leninismo, aliado ideológica y estratégicamente del Partido Comunista, que en la confrontación internacional que vive el mundo se pronuncia claramente por las democracias populares y la Unión Soviética; que piensa que la dictadura sólo podrá terminar si la izquierda chilena es capaz de alzarse en armas y poner término de manera violenta al régimen actual. La mayoría de la izquierda chilena no asume «todas las formas de lucha» como método para desalojar a Pinochet del poder. A casi todos nos cuesta mucho reconocer que hemos dejado de creer y de seguir un marxismo leninismo que presenta como futuro de liberación a la «dictadura del proletariado», o que ya no estamos tampoco en una política de consideración meramente instrumental de los partidos de «la pequeña burguesía», como el Radical y la Democracia Cristiana, para cumplir nuestros fines.

Incluso en marzo de 1985, en una extensa crónica publicada en el diario *El País*, en España, yo destaco el carácter revolucionario y

democrático del Partido Socialista chileno. Así escribo en un artículo titulado «La izquierda chilena, alternativa de poder»:

«Los chilenos residentes en España, y especialmente los que tenemos el título de exiliados políticos, agradecemos la permanente información que su diario contiene sobre nuestra patria. En ese plano no podemos dejar de recordar las excelentes crónicas que enviara desde Santiago, José Luis Martín Prieto. Sin embargo, en los últimos días han aparecido apreciaciones en ese periódico, provenientes de un enviado especial, que presentan un panorama de la política chilena tan maniqueo como mal informado. Constituye una falta de información sostener, como lo hace el señor Caño, que 'la izquierda chilena desafía al resto de la oposición y al gobierno con un programa de rebelión armada hasta acabar con la dictadura', como asimismo decir que 'la izquierda tradicional está agrupada en el Movimiento Democrático Popular (MDP)', cuya 'columna vertebral es el Partido Comunista'. De alguna manera, ésta es la interpretación interesada de la propia dictadura y de no pocos sectores de la política norteamericana. Me explico: la izquierda tradicional chilena, por su peso específico, ha sido una alternativa de poder desde 1938 en Chile. Pinochet y algunos norteamericanos quieren convencer al mundo de que tras esta izquierda sólo se encuentra la 'venganza por Salvador Allende' y el deseo de 'sangre por el asesinato de Orlando Letelier', ambos próceres del socialismo chileno, y, es decir, el caos, la violencia y la negación de la democracia. Así las cosas, sería preferible continuar con Pinochet. No habría más alternativas. Al presentar de la manera que lo hace el enviado especial la situación chilena, sin quererlo, se ciñe a ese patrón».

Y puntualizo: «La llamada izquierda chilena estuvo tradicionalmente integrada por el Partido Socialista de Chile, el Partido Comunista de Chile y el Partido Radical, a los que en los años previos y durante la Unidad Popular se agregaron el Partido MAPU Obrero Campesino, el MAPU y la Izquierda Cristiana. De esta alianza, el Partido Socialista representó en marzo de 1973 más del cincuenta por ciento de sus votantes. Hoy la situación es bastante diferente a como se pinta en las crónicas mencionadas y a como fue en el pasado. La Alianza Democrática, además de la Democracia Cristiana y los liberales republicanos, está integrada por el Partido Socialista, la

Convergencia Socialista, el Partido Radical y el MAPU Obrero Campesino. De la llamada izquierda tradicional sólo queda en el MDP el Partido Comunista y una fracción del Partido Socialista, además del MIR, movimiento que jamás participó en la Unidad Popular.

«Sostener lo contrario, al calor de la realidad, es pensar que la izquierda sólo está donde se encuentra el Partido Comunista de Chile. Sobre todo si en la información que comento se le asigna al MAPU Obrero Campesino una pertenencia al MDP que no es tal. Es obvio que ya no pueden utilizar afirmaciones sobre una izquierda tradicional que ha variado tan sustancialmente, ni atribuir dentro de ella liderazgos que, situados en un partido minoritario, aunque importante, no son posibles de cuantificar.

«Más difícil aún es hacerlo si se considera que, además de la Alianza Democrática y el MDP, se encuentra también en el espectro opositor el Bloque Socialista, del que forman parte el Partido Socialista de Chile, el MAPU Obrero Campesino, el MAPU, la IC y la Convergencia Socialista, que —bien podría sostenerse— es la fuerza mayoritaria de la izquierda y el proyecto más serio de un socialismo renovador, democrático y revolucionario para Chile. Pero el adivinar dónde están las mayorías en plena dictadura no es mi oficio, y sólo quedará en claro, como en España, cuando se restablezca el juego democrático.

«Tampoco parece objetivo —por la intencionalidad que allí tiene de quitarle su personería— sostener que el Partido Socialista de Chile, representado en la Alianza Democrática por uno de sus principales dirigentes, Ricardo Lagos, sea un partido socialdemócrata. Nada tenemos contra la socialdemocracia, y, por el contrario, creemos que la europea ha sido el mejor bastión contra la dictadura chilena y le ha brindado a nuestro pueblo un valioso apoyo solidario. Pero, simplemente, somos socialistas revolucionarios y autónomos, y preferimos, en consecuencia, que no se nos confunda con el Partido Socialdemócrata que en Chile existe y se encuentra en la Alianza Democrática.

«Por último, estimar que 'buena parte de la población es capaz de admitir los métodos violentos', como estrategia de liberación de mi país, insinúa, por el contexto de la crónica, algo más, y es, a mi juicio, desconocer la idiosincrasia, la historia y el sufrimiento del pueblo chileno.

«Es natural que la desesperación, el hambre y la carencia de toda clase de libertades provoquen estallidos de violencia en Chile. La mayor parte de las veces, impulsados por la propia dictadura. Pero de allí a transformarlos en métodos de lucha y finalidad asumidos 'por una parte importante del pueblo chileno' hay un abismo. Las protestas generalizadas, las huelgas y la desobediencia civil son formas democráticas de lucha contra una dictadura, y a ello se suma toda la oposición».

Ya en mi libro *De improviso la nada*, escrito entre 1973 y 1977 y publicado en Italia en 1978, se expresan estos conceptos y se plantea la unidad con la DC para derrotar a Pinochet, poniendo término así a nuestra tradicional contradicción entre el lenguaje y los hechos que ha hecho vivir al Partido de conceptos ajenos a su realidad.

No es sólo el famoso Congreso de Chillán el que marca una exagerada adscripción a la violencia revolucionaria, es toda la apología que durante años hace de ella Carlos Altamirano, y que es secundada por todos y cada uno de nosotros. Adonis Sepúlveda, por ejemplo, aunque sin gran influencia, como segundo hombre del PS durante un largo período, expresa en una fraseología «pseudo troskista» un par de puntos más de radicalidad que el propio Altamirano. En la disputa interna, los que nos adscribimos al altamirano de la época, queremos ser más «revolucionarios» que el almejdismo, y como en el póquer, a sus dos concepciones sobre alianza estratégica con el PC e implantación de «todos los métodos de lucha contra la dictadura», oponemos el verdadero sentido revolucionario, de acumulación de fuerzas, atrayendo a la pequeña burguesía para derrotar al pinochetismo.

Nuestro antiguo rechazo a la socialdemocracia europea, que incluso nos llevó a tildarla de ser una ideología reaccionaria, una nueva forma de ejercicio burgués del poder, siguiendo muy de cerca en esto a los partidos comunistas, ya no es tan manifiesto, pero seguimos diferenciándonos duramente de ella, a pesar de que casi sin darnos cuenta, o mejor dicho, sin una aceptación expresa, hemos ido adquiriendo su propia ideología. Mis palabras en la columna que he transcrito más arriba dan claramente cuenta de ello.

Viajes clandestinos

Estoy instalado en mi espaciosa oficina del Instituto de Cooperación Iberoamericana, examinando el *paper* de un exiliado argentino sobre las relaciones científicas de España con Iberoamérica, y especialmente con Argentina. Es un profesional serio, aparentemente por lo menos, muy culto, que durante un largo tiempo antes de huir de la dictadura de turno en su país, tenía un alto cargo en la Fundación Bariloche, el Centro de Desarrollo Científico trasandino. Estos *paper* a veces sirven para algo, pero son sobre todo la forma que tiene el Instituto de ayudar a algunos exiliados que carecen de recursos. Yo estoy a cargo de su distribución y con ello he podido resolverles problemas a muchos chilenos, argentinos o uruguayos, que forman parte del exilio de miles de sudamericanos en España. El *paper* que tengo a la vista es bastante interesante, y revela cómo la investigación científica en Argentina se ha derendido con la dictadura, para impulsar en Bariloche la investigación atómica de aplicación bélica.

Absorto, me sobresalto con la chicharra de mi citófono. Es mi secretaria, que me dice que un señor chileno me quiere ver; pregunto quién es y me contesta que es un señor Rodríguez. No sé por qué, pero en ese instante creo que es el periodista político que había en *Última Hora* antes del golpe, de quien hace tiempo que no tengo noticias. «¡Házmelo pasar de inmediato!». Tiene que ser él.

Se abre la puerta y acompañado de mi secretaria aparece lo que yo creía que iba a ser un periodista: un señor bajo, bastante calvo, de cara rojiza, casi congestionada, macizo, tamaño medio, como el mío, no más de 45 años de edad y con un aspecto raro, extraño, casi pintoresco.

—Mira —me dice—, yo soy Ramón Rodríguez, tú por cierto que no me conoces, ni has oído hablar de mí, como yo de ti.

Habla con una curiosa mezcla de chileno y español, tal vez un poco amanerado, y, sin esperar comentario alguno, prosigue de inmediato:

—A lo mejor tú estas muy ocupado y no tienes por qué recibirme, que si es así lo comprendo, coño.

—Eeeh... mmm... no, siga, siéntese —le digo, intrigado con este extraño sujeto que ha aparecido frente a mí.

Se sienta y me dice: «Mira, yo no soy exiliado, aunque me cargan Pinochet y sus milicos. Yo salí de Chile allá por el año 68, después de estudiar dirección de teatro en la Católica. Cabreado por la falta de oportunidades y lo estrecho que era el círculo en Chile, me fui por mi cuenta a París y allí, ¡milagro!, me dediqué al maquillaje y me fue muy bien». Saca rápidamente una carpeta con dos o tres revistas de moda francesas y a boca de jarro me las pone sobre el escritorio. «Este que ves aquí —me dice—, con la principal modelo de Christian Dior, soy yo». Y así como ésa, me enseña tres o cuatro fotos en que efectivamente aparece como el maquillador de las principales modelos en Francia, y con una glosa llena de elogios para este artista chileno. Habla atropelladamente.

—¡Vaya! Veo que realmente te ha ido muy bien en Francia, y eres un hombre famoso —le comento.

—La verdad es que me cansé de París. Encontré a una española, me casé con ella y me vine a España, donde también he ganado lo que he querido. Por eso es que puedo venir a verte muy tranquilo, porque no te voy a pedir nada, yo me imagino que tú estarás cansado de atender necesidades ajenas.

—Hummm... la verdad es que no. Los exiliados necesitan tanto y tienen tan poco, que no me siento cansado de atenderlos, más bien contento de poder hacerlo. Están tan solos y tan desvalidos que...

Me corta rápidamente para decirme: «¡lè voy a contar la firme de por qué vine...».

Yo, mal pensado, pienso para mis adentros «¡ah! ahora viene la pedida».

—Cuando yo andaba en Italia —dice—, de paseo con mi mujer, encontré un libro tuyo que tenía un título muy hermoso, *Al*

improviso il nulla. Después de leerlo me dije: yo a este hombre tengo que conocerlo, y además tengo que echarle el Tarot. Porque has de saber que lo que mejor hago es eso, echar el Tarot.

Yo no salía de mi asombro, y por más escéptico que uno pueda ser, cuando se está en una situación tan ambivalente como es el exilio este tipo de cosas tienen fatalmente un atractivo. Estaba pensando en eso cuando él me insistió:

—Entonces me propuse conocerte, y echarte el Tarot! Porque a mí me gusta hacer esto nada más que con quien yo quiero hacerlo. ¿Qué te parece que nos juntemos uno de estos días y veamos cuándo lo podemos hacer?

—Bueno, la verdad es que yo no tengo ningún inconveniente, no te voy a decir que soy muy creyente, creo que la última vez que tuve un contacto con adivinos fue en Santiago, con un señor Huidobro. Era muy famoso, y alguien me contó que estaba aquí en Madrid...

—¡Claro! —me interrumpe—. Lo conozco, pero él no trabaja el Tarot, tiene su casa en Serrano, cerca del Centro Cultural de la Villa, y sé que cobra muy caro, pero dicen que es bueno. ¿Cuándo puedes?

—Veamos... ¿cuánto tiempo necesitas tú para echar el Tarot? —pregunto, ya involucrado en la magia de adivinar el futuro.

—Un tiempo largo... largo y tranquilo.

—Bueno, entonces lo que podemos hacer es irnos a comer cualquier día de la próxima semana aquí cerca y partir luego a una pequeña casa que yo arriendo en El Escorial, llegar allá a las tres de la tarde y quedarnos hasta la hora que sea necesario.

Sus ojos saltones y vivaces se encienden y exclama: «¡Estupendo! Fijemos el día... ¿Qué te parece el próximo martes? Te paso a buscar yo aquí.

—Conforme, de acuerdo, el martes pásame a buscar a las dos, comemos en un negocio bien bonito que hay casi al frente del ICL.

—¡Bien, me alegro mucho! Yo sabía que esto iba a ser así —dice y se levanta. Nos estrechamos la mano y se va.

Ese día martes me pasa a ver poco antes de las dos, trae un pequeño portafolios donde me imagino que vendrán sus naipes. En el restaurante nos comemos un chuletón, especialidad de la casa, y partimos en mi automóvil rumbo al Escorial. El viaje demora

menos de una hora y en él, Ramón me cuenta parte de su vida, que es una vida extraña, llena de éxitos como maquillador de alta sociedad y llena de frustraciones como artista. Está profundamente enamorado de su señora, una española que él describe como muy hermosa, culta e inteligente.

Después de prepararnos un «cafelito», sin más preámbulo nos instalamos en la mesa del comedor «para vernos la suerte». Confieso que estoy bastante incrédulo de lo que pueda venir, pero en mis cavilaciones no cabe la desconfianza, porque este hombre no tiene ninguna razón más que la que me dio a mí para querer echarme las cartas, y con la natural falta de fe que me suscita, decido entregarme al juego.

—Tú me vas a perdonar, pero yo soy muy franco —me dice— y las cosas muy malas que te puedan salir, te las voy a decir tal cual.

Ya están saliendo unos bastos, unos oros y unas espadas, y yo comienzo a intrigarme. Este pintoresco aprendiz de brujo, que lo es hasta en su manera de hablar, comienza a descubrir cartas; en menos de diez minutos ha repasado mi vida anterior de manera brutal. Él mismo me hace la observación: «Tú me dirás que muchas de las cosas que te digo las puedo haber leído en tu libro». «Seguramente», replico. Pero insiste: «Hay algunas que no están en tu libro y en ninguna parte, porque ahora viene lo importante: qué pasa contigo hoy y en el futuro inmediato. Saca unas cartas, las ordena, como haciendo montoncitos y me dice: «Tienes dificultades serias en tu matrimonio, tu mujer es muy joven, y eso como que se está acabando». Tira más cartas. «Pero se endereza, no vas a terminar tan pronto». Sigue tirando cartas y empieza a describir mi relación de pareja. La verdad es que es espectacular, cada carta que agrega es un pedazo de mi vida actual y una descripción a ratos minuciosa de lo que me acontece también en mi trabajo y en política. A esas alturas ya me he comprado todo el paquete y lo que me diga mi amigo Rodríguez, como dicen los españoles, tiene que ser cierto... ¡va a misa! «Tu mujer tiene un tremendo resentimiento y siente culpa personal en la muerte de alguien muy cercano». Lo interrumpo y digo: «sí, Eduardito, su hijo de tres años». «¡Ahí está! Ella se siente culpable por haberlo traído al exilio contigo».

Lo interrogo sobre lo que me acaba de decir. «¡Chico!... todavía te quedan años de cuerda con tu mujer!... pero esto se acaba,

no te hagas ilusiones». «¿Qué pasará conmigo entonces? Esta sería mi tercera ruptura matrimonial y realmente no lo quiero». Tira más cartas y me espeta: «¡Coño, que no tiene vuelta! Tu matrimonio se acaba, pero en varios años más, vas a vivir con una bomba de tiempo en el culo. Pero tú eres muy fuerte y vas a resistir, y lo que es más, vas a volver a vivir con ganas y con otra pareja, yo creo que hasta vas a tener más hijos». «¡Nooooooo!».

—¡Coño! —me dice— vas a atravesar el charco, y pronto...

—¿Cómo así?

—Pues está clarísimo, vamos a ver si lo podemos comprobar.

Tira nuevas cartas, y qué sé yo si sale un tres de bastos, o un as, o un as de oro, pero con todas estas cartas, que son muy buenas, según parece, él tiene una exclamación.

—¡Se confirma todo! ¡Vas a cruzar el charco, pero ya! Muy pronto, y lo que es más, vas a estar en Chile mucho antes de lo que tú te podrías imaginar. Este es un viaje lleno de peligros, lleno de incertidumbre, pero no te pasa nada, que tú en Madrid estarás de vuelta muy pronto.

La confianza que había adquirido al comienzo, confieso que comienza a tambalearse. Me es muy difícil imaginar siquiera la cercanía de un viaje mío a Chile. Sobre todo yo, que soy una especie de bestia negra para la dictadura. Cuando me sigue hablando de cosas que me van a suceder, verdaderamente lo oigo, pero no lo escucho, casi no creo en nada. Se percata y me dice: «Estás escéptico, no me crees lo que te he dicho; no importa, cuando te salga todo lo que hemos visto en las cartas y estés de nuevo en Madrid, te voy a continuar viendo el Tarot».

Nos tomamos un par de tragos y tipo siete de la tarde, en un día caluroso y todavía soleado, regresamos a Madrid. Lo paso a dejar a su casa en un edificio de departamentos de la Plaza España.

Ha transcurrido apenas una semana desde que estuviera con Ramón cuando me llama Luis Yáñez, el presidente del Instituto.

—Erich —me dice— queremos encomendarte que organices la semana de España en Buenos Aires.

Yo abro los ojos con asombro, lo que él interpreta como sorpresa por el encargo. Como si yo estuviera pensando que una cosa así, que tiene una gran trascendencia en España, se la puedan encomendar a un chileno es una utopía. Se sonrío y me dice:

«Erich, que no te olvides que tú también eres español y que conoces a las nuevas autoridades democráticas de Argentina mejor que ninguno. Tú los has atendido aquí, en el ICI, han sido exiliados juntos».

Efectivamente, Raúl Alfonsín, Presidente de Argentina, y Dante Caputo, su ministro de Relaciones Exteriores, han sido mis amigos y compañeros de destierro en esta acogedora tierra. Pero la verdad es que mi asombro no es por ninguna de estas razones; es simplemente porque en ese instante recuerdo lo que me dijo Ramón Rodríguez.

En pocos días se hacen los preparativos y con rango muy alto me voy a Argentina, alojado en un comienzo en la residencia del embajador español en Buenos Aires. A la semana hispana concurren los mejores artistas, literatos y hombres de ciencia de España. Pilar Miró se transforma en la reina de este continuo festival de la cultura y el arte.

Entretanto, yo me comunico telefónicamente con mi sobrino y representante del PS en el interior de Chile, Hernán Vodanovic, le digo en lo que estoy y le agrego mi deseo de que se venga a Buenos Aires para que me cuente un poco cuál es la situación en el país. Hernán por supuesto que decide venir de inmediato. Nos juntamos en un café antiguo y muy popular en Buenos Aires, en la Avenida 9 de Julio, muy cerca del Obelisco, saboreando esas ricas masitas bonaerenses con un café manchado. Hernán me cuenta que en pocos días más se inicia un gran pleno del Partido en la clandestinidad. Le pregunto, entonces: «¿Y cómo estaría que yo me dejara caer por allá?»

—Harto bueno, pues tío, sobre todo que estamos en un momento muy decisivo, en que el almejdismo y los *elenos* tratan de llevarse el partido al MDP (Movimiento Democrático Popular, la organización de izquierda que dirige fundamentalmente el PC).

—¡Bueno, fijemos un día y yo llego allá!

Ese mismo día nos juntamos a cenar con mi gran amigo Guillermo Estévez Boero, secretario general del Partido Socialista argentino. El *Gaúcho* Estévez Boero —como le dicen—, que es número puesto en todas las reuniones de la Internacional Socialista y que ha sido tremendamente solidario con nuestro Partido en Chile, me mira asombrado y me dice: «¡Pero che, vos te las estás

jugando todas! ¡Contá con mi apoyo, lo que quieras, así son los verdaderos revolucionarios! Decime qué puedo hacer».

—Lo primero es que necesito una cédula de identidad y documentación de alguien que no sea demasiado distinto a mí para pasar por tierra; segundo, necesito a alguien que me lleve y que ponga el auto, y tercero, un periodista importante de Argentina para que me cubra, porque, si no, me hacen desaparecer y el que murió fue cualquiera. ¡Está claro, si me pillan! Con un periodista importante de acá, la cosa es diferente, tendrían que hacernos desaparecer a los dos.

—*Esnake*, eso está hecho. Mañana nos vamos a la reunión de Comisión Política del Partido, y vos elegís al que te parezca. Para llevarte yo hablo con el encargado del Partido en Mendoza, que es excelente. Él pone su coche y te cubre.

—¿Y del periodista?

—Pero *Esnake*, aquí hay una periodista, una de las más famosas, que te quiere mucho; llegó hace seis meses de España, allá estaba, me parece, en *Cambio 16*.

—No te puedo creer. ¿Está la Cristina aquí?

—Sí, está aquí, y es personaje destacado de la prensa. Trabaja también para España, junto con Martín Prieto.

Me acuerdo de ambos. Ella, una morena vivaz de pelo ensortijado, sumamente lista; de gran personalidad, casi avasalladora, como todos los argentinos. Éramos bastante amigos en Madrid. Y Martín Prieto, uno de los mejores periodistas españoles que trabaja para *El País*, uno de los grandes periódicos del mundo. Él ha enviado crónicas desde Santiago y desde Buenos Aires, extraordinariamente buenas, reflejando un conocimiento de la situación en esos países difícil de adquirir por alguien que no sea nativo, y con muy buenas relaciones. Martín Prieto es un periodista políticamente independiente, pero demócrata y progresista. Cristina es muy inteligente y está políticamente comprometida con la izquierda española, y ahora con la chilena. En dos días armamos el tinglado.

En la reunión de Comisión Política me fijo atentamente en cada participante. No voy a decir que sea mi vivo retrato, pero nos parecemos y somos de una misma edad, al parecer: Juan Antonio Zabalza, abogado, segundo hombre del Partido Socialista argentino, que cuando se entera de mis propósitos no contesta con palabras,

sino que saca su cédula nacional de identidad, su tarjeta de enro-lamiento, una tarjeta Visa, un carné de conducir, y comienza a dar-me instrucciones acerca de su historia y su manejo. «Si no fuera porque te tengo que dar todo esto, estaría feliz de acompañarte. Mañana a primera hora tenés por escrito todo lo que te estoy diciendo». Me abraza con emoción, y yo me siento reconfortado con la solidaridad de mi compañero socialista argentino.

Como ya estaba previsto, llamo a Cristina y le digo que quiero juntarme con ella. Quedamos de hacerlo dos días después, cenando en un grato rincón de Boedo que ella me indica. Tenemos una gran alegría de reencontrarnos aquí, en Buenos Aires, en su tierra. Hablamos de todo, haciendo recuerdos madrileños, me interroga acerca de cuanto personaje de izquierda importante conocamos en España; de repente, bruscamente, cesa de hablar, me agarra firme de un brazo y me espeta: «Pero, che... vos no me llamaste para contarme las anécdotas de Leguina o de Felipe. ¿Qué necesitás? Contáme la dura».

En el tono más convincente posible le digo: «Oiga, mi amor, usted que es tan buena periodista, ¿no quiere hacerse una exclusiva interesante?».

—Vamos a ver, ¿qué te traes entre manos?

—Bueno —le digo carraspeando—, viajo a Chile a un pleno clandestino del Partido Socialista, y para no desaparecer yo solo, quiero convidarte a ti, que como eres tan famosa tendrán un poco más de cuidado...

—¡No me importa!... Corro los riesgos que sean, pero te acompaño, me parece fenomenal.

—Bien, desde luego que te agradezco infinitamente tu respuesta, pero tengo que pedirte que seas muy, pero muy discreta. No es por desconfianza, pero puedes «escapar» un poco en tu periódico (trahaja en *Clarín* de Buenos Aires) o con alguna amiga o amigo, y yo pretendo hacerle un hoyito a la dictadura, para lo que tengo que tomar todas las precauciones del caso. Entre otras cosas, no me puedo separar de ti.

—Me imagino —responde— que me harás pasar por tu mujer. Está bien. Vivo sola y esta es mi dirección...

Al día siguiente me voy a la casa del agregado cultural de España en Buenos Aires, que hasta hacía poco estaba en Chile y fue declarado

indeseable por ser demasiado amigo de nosotros, los socialistas. Mi amigo García es casado con una francesa también de la misma onda. Rápidamente le digo: «¡Viejo, me voy a Chile! Necesito disfrazarme un poco». La francesita me tiñe el pelo negrísimo y también el bigote que estoy usando. «Así no te va a reconocer nadie».

Salgo con mi nuevo *look* a esperar el día del vuelo a Mendoza. Un joven de unos 35 años, alto, bien parecido, con un aspecto un tanto deportista, nos está esperando en Plumerillos. Todavía no paso siquiera por la aduana cuando mi amigo me dice: «Aquí lo tengo todo preparado, nos vamos a las cinco de la madrugada aprovechando que el tiempo está bueno, que si nos demoramos se cierra el paso y no llegamos a Chile». Bien, habrá que levantarse temprano.

Todo transcurre sin ninguna novedad. Paso por la ventanilla de la policía en el puesto fronterizo chileno en Portillo. Entrego mi cédula de identidad, la recoge el detective que me atiende y me dice: «Tome asiento, señor, que ya lo llamamos». Confieso que esto me deja un poco nervioso, pero lo mismo hacen con Cristina y con el matrimonio que nos lleva en su coche. Cristina se acerca a la ventanilla envuelta en el clásico abrigo de pieles que usan las argentinas, y con su mejor sonrisa le dice: «¿Me podés atender a mí?, porque vamos juntos...».

—¡Ah, sí!, deme sus documentos. Los llamo pronto a ambos.

Nos vamos a esperar muy tomados del brazo, y quedamos expectantes. A los diez minutos aproximadamente escuchamos nuestros nombres por el parlante. Me pongo en la ventanilla y el funcionario, muy amable, me pregunta: «¿A dónde se dirige, señor?». Y yo, con mi mejor acento argentino de Buenos Aires (al menos eso creo), le respondo: «Y, bueno, a... —titubeo un poco— a Valparaíso del Mar, señor».

—Viña del Mar debe ser, señor.

—¡Ah, eso, eso es! —con cara de complicidad, me agrega:

—¿Va con la señora, no? Entonces le voy a dar un dato que le va a servir mucho: váyase al Hotel O'Higgins, en Viña, es muy bueno y muy reservado.

Los demás pasan por la misma revisión y tomamos por fin el automóvil rumbo a Chile, a Los Andes. Nos ha tocado un día precioso, de sol en pleno invierno. Desde un teléfono público en la plaza de Los Andes, llamo a Hernán y le digo:

—¿Aquí estoy Hernancito! ¿Adónde voy? (lo de «Hernancito» es resabio de la infancia, que mi sobrino hace rato que abandonó la niñez).

—Vente al departamento de la Tatá (mi madre, su abuela), ahí te espero.

Después de tantos años estoy en Chile nuevamente, es el año 1984. En el fondo, estoy ausente de su paisaje desde septiembre de 1973, ya que los años que pasé encarcelado sólo vi barrotes, cuartos de tortura, infantes de marina en Dawson, soldados de la Fuerza Aérea en la AGA y gendarmes en las cárceles. Mi paisaje estaba encerrado entre cuatro paredes.

Ahora, en cambio, voy del majestuoso paisaje de una cordillera elevada, de un cielo azul profundo, como es el cielo de la amanecida en las alturas andinas, a la visión urbana de un Chile bastante diferente al que yo había visto por última vez en 1973. Entrando a Santiago por la ruta de Los Andes, mi primera sorpresa fue ver el crecimiento que había experimentado el viejo barrio de Conchalí. Todo me impactaba, creo que hasta sentía el olor añorado durante tantos años de lo que era mi tierra, y eso me hacía olvidar los peligros de mi viaje clandestino.

Parado detrás de un mesón que tenía forma de tribuna, después de tantos años volví a encontrarme con decenas de compañeras y compañeros que asistían al Primer Pleno Nacional Clandestino del Partido Socialista de Chile. Estábamos en el último piso del hotel Panamericano, a escasas cuatro cuadras de La Moneda. En el proscenio, junto a mí, Hernán Vodanovic, Ricardo Núñez y Carlos Briones, que presidía el Partido. Hicieron una breve presentación sobre el significado de mi presencia para la lucha del Partido contra la dictadura, y me cedieron la palabra.

El tema en discusión en esos días tenía una gran importancia: poner el acento en la utilización «de todas las formas de lucha», que evidentemente privilegiaba la lucha armada; o, por el contrario, plantearse en la necesidad, imperiosa también, de concertar a todas las fuerzas de oposición para que democráticamente intentáramos el cambio de régimen.

En la primera opción estaban, fundamentalmente, los comunistas, el Partido Socialista versión Almeyda-Calderón, el MIR y algunos retazos sueltos de la antigua izquierda. Al hablar de todas las

formas de lucha es obvio que no se planteaba sólo el enfrentamiento armado, aunque éste en definitiva era el que pondría término de verdad a la dictadura. La propaganda armada, la amenaza permanente de violencia, las acciones audaces de rebeldía, como los secuestros de militares o los asaltos para juntar recursos económicos, y el entrenamiento militar tanto en la URSS como en Cuba, formaban parte de esa preparación general para el alzamiento del pueblo y la sustitución de la dictadura por un régimen que caminara derecho al socialismo.

La lucha democrática, en cambio, se planteaba la participación masiva del pueblo en protestas organizadas pero pacíficas, que fueran moralmente convenciendo a las propias Fuerzas Armadas de que sólo estaban representando los intereses de unos pocos y que su conducta sería identificada claramente con el ejercicio dictatorial del poder; contemplaba la presión sobre cada uno de los participantes del gobierno y la presión internacional sobre el régimen militar, de manera de aislarlo y hacerle cada vez más insostenible el ejercicio del mando. Si bien se trataba de una movilización pacífica, no se descartaba que la dictadura tratara de violentar las cosas con el objeto de cortar de raíz toda la efervescencia de la civilidad. La desobediencia civil formaba parte de la estrategia a desarrollar.

La discusión sobre estos dos enfoques de la lucha contra la dictadura era permanente en el caso concreto de los socialistas de uno y otro sector, que en abierta oposición se descalificaban mutuamente.

Yo había llegado al Pleno en un momento decisivo, porque este encuentro tenía que resolver en definitiva entre las dos posiciones: si se mantenía el Partido Socialista renovado, o versión Altamirano, e incluso se le daba un impulso mayor a la política de oposición democrática, que lo concertara con la Democracia Cristiana, una parte importante del Partido Radical (la otra estaba con los comunistas en el MDP) y el MAPU, o si daba el paso de unificación con el almeydismo y se integraba a la política de enfrentamiento y utilización de todas las formas de lucha contra la dictadura.

Como la mayor parte de los que habíamos pasado años de exilio en países de Occidente, yo, que estaba en la España de Felipe González y el PSOE desde 1978, tenía la visión de un proceso

democrático para terminar con la dictadura y reencontrarnos con la libertad y la democracia. Ningún proceso vanguardista podía conducirnos al éxito. Los socialistas teníamos claro el recuerdo de haber querido cambiar profundamente las estructuras sociales, económicas y políticas de Chile, desde la minoría (porque si bien no lo reconocimos en aquella época, la revolución que intentó hacer Salvador Allende, aunque plenamente pacífica, intentó cambiarlo todo desde una minoría que bordeaba el cuarenta por ciento).

A un país y a un pueblo que sufría tremendamente la represión, la violencia institucionalizada, donde se había llegado a límites de crueldad y dureza inconcebibles, con torturas monstruosas, desapariciones de miles de chilenas y chilenos, con gente lanzada al mar o en las hendiduras de nieves eternas en la cordillera, para que desaparecieran y no dejaran huellas, no se le podía ofrecer más violencia y sacrificios con una política que, hasta entonces, no había entregado resultados positivos de ninguna especie. Por el contrario: cada acto de enfrentamiento a la dictadura, cada muerte de un militar o secuestros, o asaltos o amenazas de violencia habían sido duramente respondidos con más muertes, más torturas, más desapariciones.

Todo estaba previsto para el éxito de esta primera misión de un alto dirigente del Partido a Chile. Se trataba de demostrarle a nuestros propios adherentes que nuestra posición política de unidad y concertación de toda la oposición para derrocar en forma pacífica a la dictadura era lo verdaderamente revolucionario, porque apuntaba a un cambio real y posible.

Los *renovados* habíamos sido calificados poco menos que de traidores por nuestros propios compañeros de Partido, particularmente por el grupo *eleno*. Tal vez como consecuencia de nuestra vieja apología a la violencia y de nuestra jactancia sobre las formas de realizar una verdadera revolución, tan ligada a los actos guerrilleros, a la experiencia de los cubanos en Sierra Maestra o a los desbordes que hacían pensar que todo era posible de alcanzar (incluso lo imposible), se había creado la imagen de ese tipo de revolución, y los que no encuadraban en ese retrato simplemente eran unos social reformistas muy cercanos a la traición de los intereses de la clase trabajadora.

Este, mi primer viaje clandestino a Chile, tuvo el sentido de de-

mostrarles a los más razonables de nuestras compañeras y compañeros que nosotros éramos igual de capaces de sacrificio y de actos heroicos que estos revolucionarios que se entrenaban en la URSS. Que sin necesidad de entrenamiento ni de grandes medios, ni de apoyos logísticos importantes, y sobre todo de violencia, podíamos perfectamente bien acometer acciones heroicas, donde la existencia de la vida misma estaba ligada al cumplimiento de los principios de una sociedad más justa y libertaria.

Cumplió ese objetivo el viaje, y los participantes del Pleno, que al retirarme me abrazaban emocionados, levantaron su moral y se sintieron orgullosos de la política por la que habían optado.

El término de mi visita estaba minuciosamente planificado. Yo me iba a retirar, y así lo hice, a las tres de la tarde del Pleno del hotel Panamericano. En la sala quedarían congelados, sin poder salir hasta las nueve de la noche, tres periodistas que habían sido convocados, y los asistentes del Partido. A esa hora me pasó a buscar el compañero argentino junto con mi periodista, que había estado en el Pleno, y salió conmigo; enfilamos por las calles Huérfanos y Amunátegui rumbo a Los Andes y de allí a Argentina por el paso de Los Libertadores.

Después de las nueve de la noche los periodistas darían la noticia y todos quedarían en libertad para comentarla. Para el Partido, el trascendido y las fotos que se publicaran tenían mucha importancia. Era un golpe a la dictadura, que la mostraba vulnerable, y un apoyo a nuestro Partido en su discusión político-ideológica con el sector del almeydismo. Cuando salimos de Los Andes ya se notaba una pequeña llovizna de agua nieve.

Internado en los vericuetos del camino cordillerano que nos lleva a Argentina, voy absorto mirando ese imponente paisaje blanco. La cordillera de los Andes es realmente muy hermosa; siento una extraña nostalgia mezclada de satisfacción, porque estoy dejando este Chile que me es tan caro y porque he cumplido satisfactoriamente una misión cargada de riesgos e incertidumbres. Con la experiencia de la entrada estoy cierto de que no habrá problemas para la salida. En el coche de mi amigo mendocino nos reímos a mandíbula batiente de la aventura vivida, tal vez en forma tan ruidosa que Cristina comenta: «Estamos soltando las tensiones». «Sí, le digo, porque lo que es a mí ya no

me cabía un alfiler en el traste. Me parecía tan insólito esto de que el Pleno del Partido se desarrollara a tan pocas cuadras de La Moneda, que a cada rato miraba hacia las puertas del salón pensando que iba a irrumpir la policía política o los servicios de seguridad de Pinochet».

El auto rodaba ahora lentamente por una difícil carretera que se iba cubriendo de nieve. No quisimos pararnos para poner cadenas a las ruedas, pero la verdad es que el agua nieve se había convertido en verdadera nevazón, nuestro chofer, como buen mendocino, era extraordinariamente hábil al volante, y el auto avanzaba sin dificultades. De repente, entrando a un pequeño valle nevado, se nos aparecieron unas pocas construcciones: era Guardia Vieja, pequeño poblado con retén de Carabineros y una hostería bastante agradable con todos los implementos propios de la cordillera. Decidimos pasar a tomarnos alguna cosa rápida para continuar. La tranquilidad volvería a nuestros rostros cuando estuviéramos pasando el túnel que queda bajo el Cristo Redentor.

Sentado frente a un café con leche y un exquisito sandwich de jamón y queso, el mozo que nos atiende le pregunta al mendocino: «¿Ustedes quieren atravesar a la Argentina ahora?». A coro le respondemos: «¡Sí, ya nos vamos!».

—No va a poder ser —nos replica el mozo—, se acaba de cerrar el paso porque está nevando mucho. Ahora, a lo mejor, si se apuran, Carabineros los deja pasar.

Pagamos el consumo y salimos desahogados al camino para llegar hasta la caseta de Carabineros situada a un costado de la barreira, que está baja. Se acerca un carabinero al conductor y dice: «Señor, ya no pueden pasar, se cerró el camino. ¡Pa' rriba está muy nevado y no hay cómo pasar!». Con ansiedad le volvemos a preguntar, es decir, le pregunta Cristina: «¿Y digamé, señor, cuánto puede demorar esto?». «Si el tiempo se arregla, señora, no mucho. Van a empezar a pasar las máquinas para despejar el camino ligero, porque hay una misión del Banco Mundial en Portillo que tiene que entrevistarse ya con el gobierno en Santiago».

Resignados regresamos a la hostería, y nos sentamos cerca de un amplio ventanal desde el que se divisa el camino que enfila hacia Portillo. Mi amigo mendocino saca su mate, y se lo va tomando sorbo a sorbo, con su señora. Cristina no ha traído mate; la

verdad, como ella me confiesa, es que con varios años en España perdió la costumbre. Yo, que estoy por hacerme el argentino absoluto, le digo: «Andá a ver si te conseguís uno, que yo los años que estuve en cana me los pasé cebando mate». Se sonrío: «Sos un buen gaucho, Zabalza», y parte en demanda de un mate para cebarlo entre los dos. Reservamos habitaciones, ya que esa noche la vamos a pasar allí, y esperamos salir de vuelta a Mendoza al día siguiente antes de mediodía, calculando que para ese entonces ya habrán despejado el camino.

La mañana nos sorprende con una pesada y tediosa nevazón, copos gigantescos tienen todo el paisaje pintado de blanco; no hay que ser un experto para darse cuenta que en la noche han caído varios centímetros de nieve. Mientras tomamos desayuno el mozo nos informa que han caído ochenta centímetros y que los informes meteorológicos no dan cuenta de que esto vaya a terminar pronto.

Bueno, pero tampoco se trata de sufrir tanto, de tal manera que acomodamos nuestras vidas a lo que está sucediendo y con una buena chimenea de leños secos que explotan al encenderse nos dedicamos a unos buevos revueltos con jamón, café con leche, bastante pan, mantequilla y mermeladas. A mediodía ya no vamos a partir rumbo a Mendoza, simplemente iremos a inquirir novedades con los carabineros que custodian el paso.

Sigue nevando, está entrando la noche y no hay indicios de que esto pueda acabar o disminuir. Los pocos automóviles de los escasos pasajeros que hay en la hostería están cubriéndose cada vez más de nieve. Nuestro amigo sale a hacer funcionar su automóvil y a buscar un reparo en un espacio cubierto de la hostería; le tenemos que ayudar y con palas despejamos algo su salida. Antes de que se cierre la noche volvemos donde los carabineros, y la información que obtenemos es parecida a la del mediodía y a la que nos dieron ayer: «Señora, el camino tiene que despejarse, las máquinas de vialidad no han podido trabajar porque hay demasiada nieve... pero los señores del Banco Mundial tienen que irse a Santiago, así que como sea el camino lo van a despejar».

Ya en la hostería, jugando «mus», escuchamos las noticias: «Estamos frente a una nevazón de proporciones, que los pronósticos meteorológicos indican que durará bastante. Todo el pasaje proveniente de Argentina está inmovilizado en Las Cuevas, a la misión

del Banco Mundial alojada en el hotel Portillo intentarán trasladarla a Santiago en helicóptero», y agregan lo más alarmante: «Los viajeros que están detenidos en Las Cuevas, en Portillo u otros lugares cordilleranos serán rescatados por la Fuerza Aérea en helicópteros, en caso de que esta nevazón persista en el día de mañana, ya que los caminos están absolutamente intransitables entre Guardia Vieja y la frontera...».

La verdad es que la comida de esa noche se nos atraganta, especialmente a Cristina y a mí. Sólo pensar que venga la Fuerza Aérea a «rescatarme» me pone tremendamente nervioso. Cristina, que aprovechó su tiempo en Santiago para interrogar a mucha gente de la que estaba en el Pleno del Partido, me recuerda como algo pintoresco que las compañeras y los compañeros de provincia allí presentes, con emoción y simpatía le decían, refiriéndose a mí: «¡Pero si está igualito, el compañero *Esnake*... no tiene ni una cana siquiera!». Cristina se ríe al hacer este recuerdo y me ataca con ironía: «¡Pero vos para bandido o para clandestino no tenés ni puta idea, mirá que teñirte el pelo para taparte las canas, que es exactamente como vos eras hace once años, cuando te dejaron de ver en Chile tus camaradas y también la policía! ¡Sos mucho más reconocible que cuando estabas al natural!». «Bueno, no hay nada que hacer —le digo—, sólo confiar en que me toquen policías jóvenes que no me conocieron entonces».

Pasan las horas, la noche se va apagando. A las siete de la mañana notamos que la nevazón ha escampado. Tomamos entonces la decisión inmediata de regresar a Los Andes; le ponemos cadenas a las ruedas del automóvil y bien calados con ropa de abrigo intentamos la aventura del regreso.

No es fácil, hay una buella demasiado profunda y el peligro de quedar parados en cualquier instante es manifiesto. Pero el mendocino es un piloto excepcional, y maniobra de tal manera que aprovecha el declive que tiene el camino en esa parte para despejar. Los demás estamos un poco asustados, porque nos damos cuenta que el coche patina y da barquinazos en un camino relativamente estrecho y que a ratos bordea el precipicio. Nuestro conductor usa el freno, la aceleración, nos va dando explicaciones y avanzamos. Después de una hora, hora y media de lentísimo andar, comienza a nevar nuevamente; entonces nuestro piloto nos

dice: «Ahora el peligro está en quedarse parado, porque ahí sí que no nos mueve nadie, ¡ni el Cristo Redentor!».

Es increíble, pero llegamos a Los Andes. Allí vuelvo a llamar a Hernán. «¿Cómo, qué pasó, tío?». «Pasó —le digo— que no podíamos continuar con la nevazón, y escuchamos que la Fuerza Aérea iría en misión de rescate de la gente que estaba detenida en los pueblitos como Guardia Vieja o en el camino, y la verdad es que no me hace gracia que me rescate la Fuerza Aérea». «Bueno —me responde— no te vengas donde la Tatá, porque la noticia de tu presencia en el Pleno salió publicada en forma muy destacada, ya que conforme a lo convenido a las nueve de la noche del domingo levantamos el embargo». Quedamos de juntarnos en un lugar cualquiera de Santiago.

Tan bien que lo teníamos planificado. Yo iba a estar unas pocas horas en Santiago, cumplir con un objetivo político, ir a ver a mi madre y luego, triunfal, regresaría a Buenos Aires y de allí a Madrid. Y ahora... todo esto se complicaba y la nevada de estos días echaba nuestros planes por tierra. Había que preocuparse ahora de cómo quedarse en Santiago hasta que amainara la tormenta en la cordillera y pudiéramos regresar.

Ese día en la tarde Hernán me puso en contacto con el compañero Hugo Armando Muñoz, gran militante socialista y ex regional Santiago-Centro. Él se haría cargo de mí y de Cristina, y Hernán del mendocino, el compañero Maniero. Todos suponíamos que este paso mío por Santiago no duraría más de uno o dos días. El compañero Hugo Armando Muñoz tenía una camioneta en la que me trasladaría a todas partes. Por supuesto que con Hernán y Carlos Briones planificamos una serie de reuniones con el Partido, sin salirnos de un radio más lejano que Valparaíso por el norte y Rancagua por el sur. Apenas cesara la nevazón partiríamos de regreso, para evitar cualquier tipo de contrariedad. Esa noche me alojé con la periodista en lo que iba a ser mi «hotel de lujo» durante los días de espera. Un negocio que quedaba en la calle Portugal N° 662, en una estrecha y oscura habitación del interior. Allí nos dejaban provistos de comida a eso de las nueve de la noche, cuando mi amigo Muñoz se iba y bajaba las cortinas metálicas del negocio. Mirado del punto de vista de la seguridad me pareció que era óptimo: a quién que se le iba a ocurrir que un

«peligroso» dirigente socialista que había ingresado clandestino al país y del que la prensa había dicho (porque así lo creía) que ya estaba en Buenos Aires, iba a encontrarse detrás de unas chirriantes y mohosas cortinas metálicas en un sector popular de la calle Portugal.

Mis aventuras con Hugo Armando Muñoz son dignas de Ripley. Yo no sé si él estaba convencido de que era invulnerable, indetenible o a lo mejor invisible: él, la camioneta, Cristina y yo. El hecho es que con toda tranquilidad se saltaba las luces rojas, viajaba a mayor velocidad que la permitida y tenía, en general, un manejo muy poco conveniente. Intenté un par de veces hacerlo entrar en razón, diciéndole que me parecía ridículo que yo fuera a caer por una infracción al tránsito; con su cara sonriente me replicó: «¡No se preocupe, compañero Schnake, si no pasa nada!». Y recordándome una anécdota que yo mismo le había contado del aprendiz de chofer que tuvo Clodomiro Almeyda cuando era ministro de Minería, me decía: «Si esto de las luces rojas son prejuicios burgueses», y se moría de la risa.

Las noticias que se dan sobre el temporal que azota a la región central del país son francamente tenebrosas para mis intenciones de irme pronto. Estamos efectivamente en presencia de la peor tempestad de nieve y viento que ha habido en la zona del paso del Cristo Redentor en los últimos cincuenta años, y no tiene visos de terminar. Como gran cosa las autoridades informan que a lo menos hay para una semana más.

Hacemos una reunión de emergencia con la dirección del Partido y con un hombre que nos ayuda, pero que además tiene una mayor libertad de movimiento que mis compañeros: el agregado laboral de la embajada española, Valentín Antón, ex dirigente sindical de la UGT, militante del PSOE, hombre culto e inteligente que vive en Chile ya desde hace varios años y que ha ayudado de manera sumamente eficaz al Partido Socialista en estos años de persecución y clandestinidad. Llegamos todos a la conclusión de que es demasiado arriesgado quedarse una semana o más, esperando que las condiciones meteorológicas mejoren, e incluso estamos seguros que de ahí a poder viajar en automóvil a Mendoza van a ser demasiados días. Entonces tomamos la difícil decisión de dejar esperando al compañero Maniero, que tiene que devolverse en

su automóvil: yo y Cristina, en cambio, viajaremos lo antes posible, pero en avión. Tomamos un billete en Aerolíneas Argentinas, Santiago-Mendoza, para el día siguiente.

Cómo en las películas de espías, estoy esperando que llamen a embarcar tomándome un cafecito con Cristina en el segundo piso de la sala de embarques en Pudahuel, porque —¡mala suerte para nosotros!— el vuelo está retrasado una hora, mientras se pasean nerviosos y atentos el agregado laboral español, por un lado, y por el otro, Hernán Vodanovic. Su función es detectar cualquier presencia peligrosa y evitar así que yo pueda ser descubierto. Por fin llega el vuelo de Aerolíneas y al rato nos están llamando para pasar por Policía Internacional para embarcar. Tanta espera no ha logrado ponerme nervioso y tampoco a Cristina, que pasa primero por el mesón de ingreso a la sala de embarques, donde la atiende un joven funcionario de Policía Internacional. Termina y con voz firme me grita: «¡Juan Carlos, pasá, vení, que te atienden de inmediato!». Yo entrego la cédula de identidad de Juan Carlos Zabalza, el funcionario la mira, levanta la vista y me examina, pero no muy detenidamente, me devuelve el carné y me dice: «¡Buen viaje, señor!». Hemos pasado la principal y única barrera que nos separa de Argentina. Dichosos, entramos a tomarnos otro café en el interior, esperando, sin mostrarnos mucho, que nos llamen a embarcar.

Esperamos un poco que la fila de ingreso a la losa disminuya y partimos sin temores; los obstáculos se acabaron... ¡Eso creemos!

En una sala todavía atestada de gente que va a los distintos vuelos se abre paso una figura familiar que alcanza desde lejos a gritar, con los brazos abiertos, «¡Erich!»... Y con una amplia sonrisa, dispuesto a manifestar su alegría de verme allí, en libertad, se adelanta. Mi gesto de desesperación y de rechazo debe ser tan elocuente que éste, mi amigo, se traga sus palabras, y poniendo cara de indiferencia pasa por mi lado sin saludarme y sin hacer un solo gesto de reconocimiento. Nadie se ha dado cuenta, y se trata de un personaje que es conocido en Chile, y que es conocido como uno de los principales opositores a la dictadura.

Ya en vuelo, nos paramos ambos y nos encontramos en el centro del pasillo con un apretado abrazo. Ricardo Lagos me dice: «¡Estuve a punto de embarrarla, yo la verdad es que cuando te vi, creí que estabas entre los que la dictadura había dejado volver hace

poco tiempo!». Nos reímos y seguimos viaje hasta Mendoza. Ricardo va a un encuentro que organiza la Fundación para el Nuevo Chile, que preside Jorge Arrate desde Holanda.

Mi primer viaje clandestino a Chile ha concluido. Desde Mendoza llamo a Hernán para contarle el término exitoso de mi misión. La conclusión que todos sacamos después es que estas cosas, hechas de manera artesanal y sin mayor parafernalia, son mucho más posibles y mejores, porque para ellas no está preparada la dictadura. La dictadura está alerta para luchar con cuadros preparados en una lógica de guerra, y no para preocuparse de unos «pobres despelotados» que lo único que tienen es su fuerza de voluntad y su fe en que podrán recuperar la democracia algún día.

La experiencia de mi primer viaje a Chile, tan lleno de sobresaltos pero exento de peligros reales, alentó, naturalmente, el deseo de regresar. Máxime si considero que en esa época teníamos con Pilar una agitada e inestable convivencia. Por gestiones de sus padres había sido sacada de la lista de prohibiciones y podía regresar al país cuando quisiera. A nuestro hijo, Erich, que estaba por cumplir cinco años, también lo habían quitado de la lista de personajes peligrosos impedidos de entrar a Chile. Cuando le dieron pasaporte le plantaron la fatídica letra L, que indicaba la prohibición; seguramente a su corta edad pero precoz desarrollo, la dictadura le asignaba la capacidad de ser un peligroso oponente al régimen.

Así las cosas, Pilar viajó a Chile para que sus padres conocieran a este nuevo nieto.

En el mismo instante en que se hizo efectivo este viaje surgió en mí el fuerte deseo de regresar, pero sin tareas a cumplir, simplemente reivindicando mi derecho a gozar de las cosas queridas, a sentir por entero ese paisaje que había dejado y que en mi invernal viaje anterior había vislumbrado con un sentido de pertenencia que casi hería. Sin decirle nada a Pilar comencé a prepararme. Ahora carecía de infraestructura y el viaje lo iba a realizar solo. Quería estar de vacaciones en mi tierra. Lo primero y más complejo era ubicarme un tiempo suficiente para viajar, ya que el verano chileno es la época de más trabajo en España. Esto logré arreglarlo, y conseguir algunas facilidades para ausentarme sin grandes problemas; luego, aprovechándome un poco de que mis amigos y autoridades españolas sabían claramente de mi anterior

viaje, les pedí como gran favor que le hicieran un pasaporte a un amigo que trahajaba connigo en la comunidad, Antonio López de Prada, pero... con mi fotografía. Me premuní de su visa, tarjetas y de cuanto documento tuviera que ver con él, pero que no incluyera la foto. Me aprendí, como ya lo había hecho antes, todos sus datos y su historia de memoria, hasta transformarme en un auténtico don Antonio López de Prada.

Le avisé a Pilar que viajaba y que tomara contacto con un amigo muy de derecha, pero demócrata hasta los huesos, Carlos Poblete, para que me fuera a esperar y me ayudara a poner en marcha el pequeño plan que había ideado. A Pilar aproveché para comprometerla en este plan.

En un vuelo regular de Iberia aterricé en Santiago cerca del mediodía. Hechos los trámites habituales y cuando apenas asomo por la puerta de salida, escucho la voz jovial y bien modulada de mi amigo Carlos: «¡Antonio, qué gusto de verte, apúrate que te estoy esperando!».

Ya en su coche, con viva curiosidad le pregunto: «¿Carlos, tú te das cuenta que vas con un peligroso extremista y que esto te puede salir muy caro? ¿Por qué lo haces?».

—Mira —me dice—, cuando Pilar me contó que tú venías para encontrarte con ella y con tu hijo e irse de vacaciones al sur para ver a tu familia en Chiloé, me pareció emocionante y me encantó. Sentí que me estaban asignando el papel de padrino o protector, y eso lo encontré súper *entrete*; además, me cargan estos milicos huevones que se creen dueños del país y pensé que era francamente encachado que tú te pudieras burlar de ellos.

Bueno, así fue, y en los primeros días del verano de 1985, a escasos meses de mi primer viaje a Santiago, me encontré nuevamente instalado en Chile. Estaba todo previsto. Nos juntamos con Carlos y Pilar en un Lomito'n que había en esa especie de punta de diamante que queda a la entrada de la calle Tobalaba; allí me estaba esperando Pilar, y después de saborear esa cosa que en España no existía, ese lomito que es una maravilla chilena, nos fuimos con Carlos a arrendar un auto. Creo que fue en Hertz. El hecho es que yo entregué mi pasaporte, pasé la visa para pagar y dejar en garantía por el arriendo y salí con un estupendo coche ya independizado del mundo, junto con Pilar.

Yo debo ser realmente muy testarudo, voluntarioso e independiente. Este viaje verdaderamente lo ideé no por razones políticas; tenemos que ser honestos. Lo ideé porque tenía la espina clavada: ¿por qué no podía yo pasar un verano en mi propio país, Chile? ¿Por qué tenía que someterme, impotente, a la disposición de unos señores que se habían apoderado del poder, que carecían de legitimidad, que además no tenían —como era manifiesto en esa época— grandes condiciones para gobernar? ¿Por qué tenía que someterme a sus caprichos yo, que me consideraba más capaz, más serio, más honesto, que ellos? Yo quería estar en Chile, quería ver el paisaje de verano, sentir ese verde intenso, maravilloso de nuestros campos. Esa tierra no tan cuidada como la francesa o la española, a la que me había habituado en los últimos seis años. Ese campo pegado a la cordillera y al mar. Yo quería bañarme en las aguas frías de nuestro Pacífico, aburrido de esa verdadera sopa que es el Mediterráneo, tibio, que no refresca. Quería escuchar el estruendo de esas olas enormes reventando sobre los roqueríos de la costa; quería ver los rostros de la gente sencilla y de la gente que más se parecía a nosotros. Quería ver una vez más la riqueza y la pobreza reflejadas dramáticamente entre los distintos barrios de nuestras ciudades; quería ver Vitacura y San Miguel; quería juntarme con mi mujer y con mi hijo Erich en mi propia tierra. Y así lo hice.

Todo mi viaje fue una construcción artesanal y como de costumbre, debo reconocer que tuve una suerte increíble.

En el automóvil recién arrendado emprendimos viaje ese mismo día rumbo al sur. Mi primera parada la hice en Chillán, mi ciudad natal. Y en Chillán me fui al Mercado, y nos comimos unas prietas (las morcillas españolas) como las que no había comido en años, a pesar de que en España también son buenas, que generalmente las hacen con arroz u otros condimentos, no de sangre de cerdo pura como las prietas de Chillán, y vi artesanía y me compré un poncho chillanejo que hasta el día de hoy conservo. Seguí viajando y me metí hacia la costa, a las playas de Cobquecura, a una residencial como las que hay en esos sectores y en esas playas: familiar, simpática, sin pretensiones, con comidas caseras; y gocé mi vida en Cobquecura. Y a pesar de que es una playa enorme, de arenas oscuras, casi negras, y de un mar sumamente bravo, de olas encrespadas, me puse traje de baño y corrí por el agua

y me mojé en esas aguas heladísimas de Cobquecura. Y me decía que, dentro de todo, soy un hombre afortunado.

Cuando regresamos para tomar la carretera central, mi intención era llegar hasta Cbiloé, donde me iba a encontrar con mi hermana Adriana, que tiene un campito allí, y con mi madre, que estaba pasando el verano con ella. Iba por ese camino rural que separa Cobquecura de Chillán; Pilar se sentía un poco mal, de tal manera que me pidió que condujera yo. Era un lugar de campo, des poblado, sin mayor importancia desde el punto de vista de los caminos, de tal manera que tomé despreocupadamente el volante, a pesar de que no llevaba carné de conducir.

Bueno, no había andado más de veinte minutos cuando sorpresivamente apareció una pareja de carabineros deteniéndonos. Yo alcancé a decirle a Pilar «¡hazte la enferma, poco menos que baste la muerta!». Uno de los carabineros me pidió mis documentos y yo, en el más puro y castizo español, empecé por enseñarle el pasaporte y los documentos del auto, diciéndole la más tradicional de las *chivas*: «Olvidé mis documentos de conducir», todo esto hablando muy como español, según yo: «¡Hombre! Los olvidé en Madrid y tuve que tomar el volante porque esta mujer se sintió muy mal». Pilar ponía una cara de enferma casi agónica, en el intertanto. «¡Tenéis que comprender que yo no puedo dejarla que conduzca en estas condiciones!». El carabinero, muy comprensivo, me dice: «Bueno, mire, de aquí hasta la ruta principal no va a tener problemas porque no hay control, pero en la Panamericana tiene que tomar el volante su señora, por último quédense a descansar un rato, pero allí tiene que tomarlo porque hay mucho control y no le van a permitir que ande usted sin documentos. Yo entiendo lo que le ha pasado, pero les doy ese consejo. Bien, ahora puede seguir».

Respiré hondo y continué, porque realmente verse en esas condiciones, clandestino, con la fama que tenía yo, detenido en ese instante por la fuerza pública, era un verdadero atentado a la lógica que debe imperar en la vida clandestina de un revolucionario. Esto no tenía nada de coherente, era un riesgo absolutamente insólito el que había corrido.

Tal como nos sugirió el carabinero, al llegar a la Panamericana tomó el volante nuevamente Pilar y seguimos rumbo al sur. Pasamos

por Victoria y Ercilla, lugares que yo reconocía con tanta emoción, porque había pasado allí parte de mi niñez. En Ercilla mis abuelos paternos tenían un campo muy hermoso, y cerca de Victoria, en el corazón de las reducciones mapuches, en Chacaico, el tío Carlos. Pero no fui a saludar a nadie para no correr riesgos. Con el incidente que había tenido, me bastaba. Me encontraba francamente impresionado. De tal manera que pasamos a cenar en una bonita hostería de la carretera, cerca de Victoria. Mucho tiempo después me enteré que era la hostería de un amigo democratacristiano que fue diputado entre los años 89 y 97, Raúl Hernández Saffirio. Por temor y precaución no nos quedamos a dormir en ningún lado hasta llegar a Pucón.

En Pucón decidimos elegir una hostería muy buena, pensando con mentalidad de «socialista clandestino», que lo menos que se le iba a ocurrir a la DINA era buscar a «un picante de la UP» en un lugar para gente distinguida. Y en esa época sólo los partidarios del régimen creían serlo. Lo mejor que encontramos fue el hotel Antumalal, y allí nos quedamos.

Era realmente recordar el sur hermoso de Chile, ese sur dotado para los turistas de alto nivel, y yo por una vez en mi vida me sentía con ganas, con deseos de hacer, de poder llevar esa vida. Era como una reivindicación de los años pasados en la oscuridad de la cárcel.

Cuando llegó el fin de semana, se notó en el hotel un aire revuelto, muchas carreras y apremios, los mozos poniéndose poco menos que en fila para recibir a algún personaje importante; en fin, había toda una movida que confieso nos intrigó mucho. Luego supimos que se trataba de una de las hijas de Pinochet, Jacqueline, que llegaba no sé si con su novio o su marido a pasar unos días allí.

Confieso que esto lo hallé extraordinariamente excitante y atractivo. Simpático para mí. Me sentía un provocador. Yo, «el hombre malo», el conspirador, el hombre que se oponía a la dictadura con todas sus fuerzas, el hombre que había venido clandestinamente a desafiarlos, ahora estaba alojado en el mismo hotel que la hija del dictador y su séquito, porque era un séquito el que venía con ellos.

Recuerdo que Pilar me hizo más de alguna observación llamándome a la cordura. Pero yo debo ser un provocador nato, porque

estimé que no había nada más agradable que ese día, especialmente ese día, cenar en el comedor y quedarse allí a la sesión danzante que se realizaba todas las noches. Efectivamente así lo hicimos, y más tarde, cuando la hija de Pinochet salió a bailar —era bastante buena-moza esta hija del general— con un señor alto, no sé quién sería, yo también lo hice, y el gusto me lo daba pasando cerca de ella. Sabía, o por lo menos me imaginaba, que tenía que andar con guardias, con custodia, con agentes de la policía resguardándola, y allí estaba la gracia de mi provocación, era una manera de enfrentarme a la propia dictadura. Bueno, todo esto pasó sin mayores problemas, nos quedamos unos días en el hotel, salimos a navegar, aventuramos hasta la cima del volcán Villarrica y nos dimos todos los gustos que se daba la nueva pequeña burguesía de la época. Luego proseguimos viaje a Chiloé.

En Valdivia sí me detuve, y me detuve porque casualmente, cuando iba por el centro buscando un restaurante donde almorzar, vi a un viejo compañero de partido. Éste me reconoció a pesar de la barba, nos juntamos y estuvimos conversando con mucha emoción y afecto. Recuerdo que nos fuimos a almorzar a un boliche que era, parece, muy popular en Valdivia, y que quedaba al borde del río Calle Calle, en las afueras de la ciudad. Hablamos del Partido y comentamos la situación tremenda que se vivía Chile, de cómo se empezaba a vislumbrar algo de oposición; de la concertación con demócratacristianos, socialistas e incluso sectores de la derecha liberal y democrática que aparecían buscando la posibilidad de un gran acuerdo. Me llamó la atención lo tremendamente claro que estaba este compañero.

Después de almuerzo nos fuimos al centro de la ciudad y allí a la oficina de un abogado, también socialista, e hicimos una pequeña reunión de Partido. Aquí en Valdivia la verdad es que el tema de la división no era tan agudo; los socialistas de todos los pelajes se juntaban. Valdivia había sido muy golpeada por la dictadura en los días y meses que siguieron al 11 de septiembre; cerca de Valdivia estaba el complejo forestal que en manos de los trabajadores intentó oponer una resistencia que fue abatida de manera brutal. Yo tenía bastante información de lo que fueron esos primeros meses y esos primeros años, porque en la Penitenciaría de Santiago formábamos una «carreta» junto con los valdivianos,

donde estaba Uldaricio Figueroa, miembro del Comité Central del Partido; Daniel Gajardo, que era el que nos trataba de enseñar guitarra en la *Peni*, donde estaba la mayor parte de los detenidos del Partido provenientes de Valdivia. De tal manera que mi información era más o menos fluida, y luego había estado con Sandor Arancibia, en Capuchinos, el que había sido intendente de Valdivia, gran compañero que tuvo la valentía y la audacia de sacar el manuscrito de mi libro escrito en prisión sobre esa experiencia y lo llevó a París en septiembre de 1977. Bueno, hicimos en el fondo una reunión partidaria amplia, donde el almeydismo y el altamiranismo se confundían, y yo creo que estaban más en la onda de lo que nosotros habíamos planteado; porque la fuerza de los hechos nos iba arrasmando y en Valdivia tenían un buen entendimiento con las demás fuerzas con las cuales el Partido se estaba concertando en Santiago.

Ese mismo día continué viaje a Cbiloe.

La admiración del paisaje no cede ante el peligro, es tan hermoso nuestro Chile que difícilmente puede uno desviar su vista cuando mira esos volcanes nevados que apuntan al cielo con una perfección geométrica increíble, o que se reflejan en los lagos como si éstos fueran el más bruñido de los espejos. Como mis intenciones eran hacer un viaje más bien turístico, antes de entrar a Puerto Montt me desvié para recorrer un poco Puerto Varas, una zona poblada de descendientes de la inmigración alemana llevada a efecto por Vicente Pérez Rosales a fines del siglo XIX. Es una región donde los hijos y nietos de los antiguos colonos han conservado tan bien las tradiciones, que prácticamente parece un rincón de la Baviera campesina, pero bordeando el lago Llanquihue. Comimos y alojamos en Frutillar, el más alemán y hermoso de los parajes.

Al día siguiente nos fuimos a Puerto Montt, donde ya había convenido una reunión con compañeros que habían sido avisados desde Valdivia. La verdad es que no me atreví a confesar en ninguno de estos dos lugares que no estaba haciendo un viaje político, que simplemente quería estar allí. De tal manera que en Puerto Montt fui recibido con muestras de júbilo y esperanzas. Para nuestra gente era muy importante, pero muy importante, que sus máximos dirigentes fueran capaces de arriesgar su vida para organizar el Partido, para dar línea política; de tal manera que no pude negarme a estar de la mano, recuerdo, de un compañero de nombre Anderson, gran militante,

quien tenía un taxi en el cual prefirió movilizarme por las casas de muchas compañeras y compañeros. Mi visita era un acontecimiento.

Fue así como les traté de levantar la moral de lucha, planteé cuáles eran los objetivos que perseguíamos. En Puerto Montt pasaba algo similar a Valdivia, la verdad es que almeydistas y altamiranistas vivían juntos y revueltos, pero notoriamente la política de oposición al gobierno, de oposición democrática al gobierno dictatorial, se hacía cada vez más fuerte y trascendía más en nuestra propia gente. Ya en Puerto Montt se habían organizado importantes protestas a las que asistían todos en conjunto. Se estrechaban vínculos con los antiguos adversarios democratacristianos y se trataba de ampliar cada vez más el arco opositor.

Con mi amigo Anderson recorrimos decenas de camaradas. El taxi que tenía era una especie de símbolo opositor, lo ubicaban de inmediato. Con la compañera profesora Cristina Maeztu (actualmente gobernadora PPD, con sede en Puerto Montt) organizamos unas reuniones de mujeres de izquierda a las que, asumiendo «sus tareas clandestinas», asistía también Pilar.

Y de allí atravesar el canal de Chacao en esos transbordadores tan antiguos que parecían a punto de irse a pique, para llegar por fin a la Isla Grande de Chiloé y a Manaos.

Manaos es una pequeña bahía frente a la cual, en una extensión de un par de kilómetros o más, mi hermana tiene un campo; cuando baja la marea, quedan al descubierto kilómetros de playa brillantes, llenos de conchitas, corales y pequeños peces que retozan en los pozones que se forman y que no han alcanzado a regresar a la mar. Cuando sube la marea, el agua se junta con un pequeño estero que desahoga a una laguna llena de juncos y nenúfares, situada justo entre las casas que están al borde del mar y al comienzo de un bosque chilote típico, donde ni siquiera falta un alerce de más de dos mil años. En esta laguna se encuentran en pacífica convivencia gansos y patos de mar, gaviotas y choroyes que la sobrevuelan. Por sus caminos de tierra circulan todavía «carretas chancheras», cargadas de papas, entremezcladas con alguna camioneta o automóvil moderno, manejados por algún chilote que sobre unos gruesos calcetines de lana cruda, lleva puestas las clásicas ojotas de goma con correones de cuero.

Mi hermana Adriana es una gran siquiatra, culta y progresista,

no militaba ni milita en partido alguno, y naturalmente para el golpe, cuando era funcionaria del Instituto Siquiátrico que quedaba en calle La Paz, recuerdo, fue exonerada de su trabajo, de tal manera que ella prefirió retirarse e irse al sur de Chile, a Chiloé, y allí comenzar de nuevo a ejercer su profesión con un enfoque novedoso. Ella era una gran seguidora de la Gestalt, un enfoque siquiátrico diferente que tenía una cabeza visible en un gran siquiatra alemán que ejercía en Estados Unidos, Fritz Perls, y allí comenzó en su casa, en Chiloé, a dar cursos y hacer grupos de terapia. Siguió con gran éxito haciendo esto mismo en Buenos Aires y en Córdoba, y luego en Barcelona y en Madrid; de tal suerte que ella pasaba entre diciembre y marzo en Manaos, donde hacía sus cursos, y el resto del año en el extranjero.

Cuando llegamos allá, descubrimos un lugar paradisíaco: tenía una casa de esas típicas chilotas, amplia, de madera, con techos de tejuelas de alerce, de alerces que tienen mil y tres mil años; con el verdor infinito de las tierras chilotas. Donde invierno, primavera, verano y otoño llueve y sale el sol, y el sol es un sol intenso y el cielo es el cielo más azul que yo haya visto.

Estaban en Chiloé mi madre, mi hermana Adriana y sus hijos, entre ellos mi sobrina regalona, o una de mis sobrinas regalonas, la Marinita (la otra es la Victorita, hija de mi hermana Marina).

Para qué cuento como atendieron a este «español» que todos llamaban «don Antonio»; lo pasé fantástico, hubo un reencuentro con la vida familiar, con un entorno tan diferente al que tenía en España, con la sencillez del campo y también con los gozos del campo. A mediodía salía yo mismo a cortar habas, unas habas tiernas, maravillosas, que crecían en la huerta, y a la hora de almuerzo me comía unos platos enormes de cordero, del cordero chilote, que es buenísimo, con ensalada de habas y cebolla. La verdad es que me regaloneé con mi madre, lo pasé espectacular y sentí que ya con eso tenía de sobra pagados todos los riesgos que pudiera haber corrido o que pudiera correr.

Mi viaje a Chile había valido la pena.

Todos tenían un gran cuidado en tratarme de «Antonio» o «don Antonio» cuando aparecía la gente que trabajaba con la Nanita, que siempre me preguntaban algo de Madrid, es decir, significando claramente que yo era un caballero español que estaba de visita, y

yo por supuesto que en el hablar estaba convencido que disimulaba mi identidad de manera absoluta; además tenía una barba importante, un poco encanecida, un bigote grande, y yo me miraba al espejo y no me reconocía como el Erich Schnake habitual.

Llegó el día de la despedida y los chilotes que habían estado cerca de nosotros o que nos atendían en los menesteres de la casa se despidieron de «don Antonio», el españolito que estaba de visita donde la señora Nana, con mucho cariño, y con esa hospitalidad propia de los chilotes, me desearon buen viaje diciéndonos que ojalá regresáramos. Yo aprecié todo esto, pero quedé además muy satisfecho porque estaba cumpliendo bien mi papel, desempeñaba bien el rol de un español que andaba de turista, de paseo en Chile, y me volví satisfecho a Santiago.

Al poco tiempo, cuando ya estaba en Madrid, mi hermana Adriana pasó por allá porque iba a hacer unos grupos de terapia. Muerta de la risa me contó: «¡Erichito, cuando tú te viniste del campo, se me acercó la persona que me cuida la chacra y me dijo con cara de complicidad: señora Nanita, qué bien está el compañero *Esnake*, ni se le nota lo que ha sufrido, ni los años que han pasado». Estos chilotes, que son muy especiales, desde el primer día se habían dado cuenta que el famoso don Antonio no era tal, no era Antonio ni era español, era el *compañero Esnake* con el que habían compartido más de alguna jornada electoral antes del golpe.

Mi viaje de regreso era un viaje simple, exento de incertidumbres, simplemente decidimos dormir en una hostería del camino, no detenernos en ningún lugar, no hacer vida política ni hacer nada que pudiera entorpecer el viaje y descubrirme en mi clandestinidad. Pero uno propone y a veces el azar dispone.

La verdad es que a Pilar no le ha gustado nunca manejar, y como venía cansada de hacerlo, a la altura de Curicó decidimos cambiar y conducir yo, porque se veía tranquila la carretera y habíamos pasado varios controles sin que nos detuvieran, y así lo hicimos. Venía pasando poco antes de Curicó, tengo la impresión de que iba a mayor velocidad que aquella por la que se podía pasar frente a los puestos de control, y vislumbré entre la pasada en sentido contrario de un camión y mi propio vehículo que un carabinero hacía señas para detenerme.

Ahora sí que la cosa se ponía difícil, por no decir peligrosa. Ya no

estábamos en el campo, ahora, en la carretera, había solamente retenes importantes de carabineros, y tenientes ciudadanos que entendían su papel en esa época de dictadura. Descubrirme para ellos podía ser muy fácil y una actuación meritoria, más encima. Lo que había pretendido ser un viaje turístico concebido para que yo gozara en libertad de mi país, podía transformarse en una tragedia de proporciones.

Tomé la decisión de no darme por enterado de la señal del carabinero, y seguí rumbo a Santiago. Rápidamente meditaba acerca de cuál podía ser mi conducta inmediata, ya que estaba seguro de que poco más adelante —la próxima Tenencia era de Romeral— me detendrían para indagar de qué se trataba. Pensé en meterme por cualquier camino que saliera de la ruta central escapando del nuevo control, pero recapacité de inmediato, en el sentido de que si me desaparecía por algún camino lateral, primero no sabría dónde me podía conducir y, segundo, despertaría las más brutales sospechas en la policía y, por la época que se vivía en Chile, desataría una persecución que yo no estaba en condiciones de eludir. Me detuve a orillas del camino y le pedí a Pilar que continuara ella manejando, simplemente cuando nos detuvieran nos haríamos los locos y trataríamos de pasar pacíficamente; convinimos lo que íbamos a decir y con Pilar al volante continuamos viaje.

Efectivamente, unos diez minutos después un carabinero nos hizo señales para que nos detuviéramos. Enfrentábamos el retén de Romeral. El uniformado se acercó al coche y le pidió los documentos a mi señora, los examinó bien y luego, en tono seguro, le dijo: «¡Pero usted no venía manejando, señora, me avisaron de la Tenencia de Carretera de Curicó que el que conducía este coche era un señor con barba, como usted, señor!», dijo, mirándome fijamente.

—¡Coño! ¡Que yo no sé conducir! ¡Que no lo he hecho jamás! ¡Os habéis equivocado!

—¡No, señor! Por radio me dijeron clarito que era un señor el que conducía.

—Pues os habéis equivocado. Yo no tengo ni puta idea de manejar un coche, jamás lo he hecho.

Mi señora intervino en ese instante para decirle: «¿Pero qué infracción he cometido, si yo vengo manejando des...». No alcanzó a terminar la frase, y yo francamente me alegré, pues me dio la sensación de que Pilar se iba a delatar, inventando desde lo lejos

que venía manejando, y no diciendo que desde siempre, ya que yo había afirmado que no sabía manejar.

—Mire, señora —insistió el carabinero—, a ustedes les hicieron señales de detención en la tenencia de carreteras, y siguieron.

Yo me aproveché de esta observación y en tono molesto le dije a Pilar: «¿Ves? Yo tenía razón cuando te dije que te estaban haciendo detener y tú, ni puto caso, seguiste tranquilamente». Pilar puso cara de sorprendida y luego reaccionó en voz muy alta. «Pero es que cuando tú me advertiste venía pasando un camión enorme y yo no vi a ningún carabinero haciéndome parar!». El carabinero miraba un tanto desconcertado esta discusión, pero la cortó rápidamente diciéndonos: «Me van a tener que acompañar para aclarar este asunto». Yo refunfuñé, lancé varias exclamaciones típicas españolas como «¡joder, ya no se puede pasear tranquilo! ¡Me cago en la leche!...», y otras más, mientras caminaba hasta la caseta de control. Allí me pidieron mis documentos, y yo por supuesto que entregué mi pasaporte español, el que fue rigurosamente examinado. El carabinero pulsó la radio y se comunicó con el teniente que estaba en Curicó.

—Mi teniente, aquí está el auto que usted me pidió detener, pero lo viene manejando una señora.

---Se habrán cambiado, ¿qué problemas tiene el barbón!

—Es un señor español que dice que no ha sabido manejar nunca, y que se tienen que haber confundido los carabineros, porque parece que él le dijo a la señora que la estaban parando y ella no le hizo caso porque no lo vio, según dice, porque venía un camión muy grande en sentido contrario.

—Ah, ¡es un español! Entonces léeme los datos de su pasaporte.

El carabinero que nos atendía le repitió paso a paso todos los datos de mi documentación. A instancias del teniente me preguntó por qué estaba en Chile y hasta cuándo pensaba estar.

Yo, en voz alta para que escuchara el teniente, le respondí: «¡Estoy de turista, he venido porque mi mujer es chilena y yo no conocía este país, pero al tenor de lo que está aconteciendo, pues si puedo irme mañana regreso a Madrid!».

Al otro lado de la radio se escuchó: «¿Cómo se llama la señora?». El carabinero dio los datos, el carné de conducir y todo lo demás. El único comentario que se escuchó fue: «Ah, es *pije*... Bueno, sácale la parte a ella y que se vayan».

Recién después de unos minutos de ir por la carretera con los vidrios del coche abiertos para tomar aire fresco, Pilar y yo empezamos a sentir esa transpiración fría que acompaña a las explosiones nerviosas. Habíamos mantenido la calma y el control nervioso durante todo el tiempo que duró el incidente, sólo ahora comenzábamos a relajarnos. Una vez más pensé qué loco e irresponsable había sido. ¡Cómo, por una distracción tan tonta, pude estar a punto de echarlo todo a perder! Sin detenernos, enfilamos rumbo a Santiago.

Como era natural, en el hotel Sheraton, a la entrada del hermoso barrio de Pedro de Valdivia Norte, me recibieron como a cualquier otro pasajero que viene del exterior. Dejé como referencia que pagaría con tarjeta visa, la que quedó debidamente registrada en la recepción, entregué mi pasaporte y tomé una agradable y espaciosa habitación.

Al día siguiente, almorzando cerca de la piscina, se escucharon por todo el ambiente los grititos de felicidad de un pequeño de no más de cinco años que corriendo se acercaba a mi mesa gritando «tío Antonio, tío Antonio!». Y se abrazaba conmigo. Este pequeño sí que hablaba en el más puro español: era mi hijo Erich, que, bien instruido por su madre, me saludaba como «el tío Antonio», jugando también al clandestino, para no delatarme. Pasé una tarde hermosa con él, nos bañamos juntos, nos regaloncamos y luego su madre se lo llevó. Tarde ya, tomé un taxi y me fui a encontrar con Hernán y a ver a mi madre; junto con Hernán me encontré con Carlos Briones y Ricardo Núñez. Charlamos, arreglamos un poco el mundo y me contaron cómo en Chile ya comenzaba a perfilarse una alianza importante: una verdadera concertación con la Democracia Cristiana, sectores liberales democráticos, el Partido Radical, con Silva Cimma a la cabeza, y nosotros los socialistas. Luego fui a ver a mi madre, me regaloneé con ella un rato y a las once de la noche ya estaba en mi habitación del hotel Sheraton.

Muy temprano, al día siguiente, emprendí vuelo de regreso en Iberia a mi tranquila Madrid.

La misión personal se había cumplido.

Felipe y los suyos

Cuando llegué a España, a comienzos del 78, recién se ha resuelto la disputa por la hegemonía del mundo político de izquierdas entre el PSOE y el PC, entre Felipe González y Santiago Carrillo, con el aplastante triunfo obtenido por los socialistas en las elecciones municipales de 1977, pero eso no quiere decir que los comunistas carezcan de fuerza; su musculatura es más débil que la del PSOE, pero más tensa y con una gran capacidad de movilización. Los comunistas se notan e influyen, y han ganado también importantes municipios, como el de Granada, que elige a uno de los más populares e importantes alcaldes de España, Julio Anguita. La otra gran disputa de hegemonías que se libra se sitúa entre las centrales sindicales Comisiones Obreras, de tendencia comunista, y la UGT (Unión General de Trabajadores), de inspiración socialista. Esa no se ha resuelto hasta el día de hoy.

El mundo político progresista lo domina la figura de Felipe González y el futuro de España y de Europa se tiñe de rojo: François Mitterrand, casi en solitario, comienza en Francia a recoger los frutos de su persistencia y de su alianza férrea pero tumultuosa con el Partido Comunista; el Partido Socialista italiano confirma la unidad socialista-demócratacristiana y la coalición, bajo la dirección de esta última, se mantiene en el poder; algún intento de Pietro Nenni por recrear la unidad socialista-comunista cae en el olvido y es la figura pragmática y socialdemócrata de Bettino Craxi la que impone condiciones. Willy Brandt y el SPD (Partido Social Demócrata) son los sólidos sustentos del desarrollo germano, inmovibles aun en la derrota y con una solidez

organizacional que lo puede resistir todo, incluso el espionaje proveniente de la RDA insertado a través de su propia secretaria en el mismísimo Canciller Brandt, que por esta causa tiene que dimitir. Suecia, socialdemócrata de siempre, con una historia, entonces, de 44 años en el poder, hoy más de sesenta. Los países bajos y escandinavos, o los bálticos, sumados cada vez más al socialismo democrático, dan desarrollo a una verdadera oleada progresista que lo invade todo y que, felizmente, contagia a los más y desanima a los menos. El mundo está cambiando de manera sensible. El avance de las ciencias aplicadas a la realidad social, las nuevas tecnologías, cambian los énfasis y la calidad del desarrollo. Los países más modernos crecen y se modernizan por la ventana de los servicios, más que por la tradicional industrialización, que va quedando rezagada para el Tercer Mundo.

El socialismo, que tiene que abrir caminos y abrirse paso a la vez en este nuevo mundo, tiene que ser distinto, tiene que ser otro, y a ese «otro» costará acostumbrarse. Por mucho tiempo nos estará zumbando en las sienes el clamor de las masas que quieren avanzar, la sangre de nuestros héroes y mártires, la épica de cada jirón de justicia arrancado a «... esos burgueses asaz egoístas, que así desprecian la humanidad...» (vieja canción revolucionaria anarquista que cantábamos en nuestra juventud).

La historia del viejo Partido Socialista Obrero Español es también la historia de estos cambios y es la historia de los que en Cbi-le hemos querido emprender. Tal vez la diferencia se encuentre en el liderazgo que en España encontraron y la carencia de él en nuestro país.

El origen de Felipe González, ligado a las organizaciones de la juventud obrera católica, sus estudios en un colegio de curas, los Padres Claretianos, o su paso por la Universidad de Lovaina, amén de su profesión de abogado laboralista, le facilitaron su inserción en la lucha contra la dictadura fascista de Franco y ampliaron su capacidad de diálogo. Militante del PSOE desde 1965, en plena clandestinidad de su partido, proscrito por la dictadura desde el término de la guerra civil española en 1939, logró abrirse paso en él con mucha rapidez. Nicolás Redondo y Alfonso Guerra, un poco mayores que él, fueron los soportes indispensables. Antes de los treinta años ya formaba parte de la Comisión Ejecutiva del PSOE.

en el interior, y a los treinta era primer secretario del partido, elegido en el Congreso de Suresnes, en Francia, desplazando al líder de los socialistas más clásico, Llopis Olivares, por declinación del líder sindical Nicolás Redondo y con el incommensurable apoyo de Alfonso Guerra, que despejó el camino de su ascenso. Su habilidad, inteligencia y simpatía ya le habían abierto a una estrecha colaboración con los más importantes socialistas europeos de la época: Pietro Nenni, socialista marxista de la post guerra y figura indiscutida de la izquierda italiana; Olof Palme, símbolo y ejecutor destacado de la socialdemocracia sueca y figura de primerísima importancia en la Internacional Socialista, y especialmente, Willy Brant, el gran socialdemócrata alemán, de un impecable y heroico pasado de luchas y persecuciones en la Alemania nazi de Adolf Hitler; por años conductor de la Internacional Socialista y Canciller de su país. Se dice que quería a Felipe como a un hijo y como su natural sucesor en el movimiento socialista internacional. Estuve junto a ambos en más de una ocasión y tengo la impresión de que el aserto era real. Todos fueron grandes contribuyentes al éxito político del joven Felipe. Antes y durante su gobierno, especialmente Willy Brant y la socialdemocracia alemana, contribuyeron de manera decidida al impulso de sus políticas y las del PSOE. Incluso, yo diría que su influencia se reflejó nítidamente en el cambio fundamental que el PSOE tuvo a partir del Congreso General número 18, celebrado en Madrid, cuando Felipe intentó marginar de la declaración de principios más que centenaria del Partido, su concepción marxista.

A pesar de que había sido designado secretario general, los delegados no fueron capaces de tirar al desván de los recuerdos unos principios que habían sido fijados por el gran patriarca del socialismo obrero del siglo XIX y primeros años del siglo XX: Pablo Iglesias, en un programa histórico, suscrito por el propio Carlos Marx. La propuesta de Felipe fue rechazada y renunció a la secretaría general. Sus grandes opositores fueron Pablo Castellanos y Enrique Tierno Galván. Alfonso Guerra, compartiendo las afirmaciones de Felipe González, no sé si por convicción o por lealtad, me da la impresión de que quedó preocupado por el giro a la derecha que esto podía significar.

Felipe era un político audaz y tremendamente convencido de sus ideas. Para él, eliminar la característica de marxista del PSOE

era imprescindible, como signo de modernización de España. Un partido clasista, que redujera los términos del progreso a la lucha de la clase trabajadora con la burguesía, estaba condenado a ser minoría social y a situarse fuera de los términos de una sociedad moderna, que requería del esfuerzo de todas las clases participantes en su desarrollo. Participaba mucho más de la concepción de un Estado liberal socialista que se insertara con propiedad en la Europa moderna, de la cual tan alejada se encontraba España. Su mayor aspiración entonces era integrarse de pleno en la bullente Comunidad Económica Europea. El problema no fue menor. Felipe renunció a ejercer como dirigente máximo del PSOE, mientras un nuevo congreso no revisara su propuesta, que había sido derrotada en el Congreso General del Partido. Se generó entonces un vacío de poder que obligó a establecer una administración transitoria. La ejerció durante unos meses Federico de Carvajal, senador de escasa trascendencia y mucho linaje. Este tiempo fue de permanente discusión en el seno de las agrupaciones socialistas. Mi impresión, como militante del PSOE y socialista chileno, es que se resolvió más por la pregunta de «¿qué hacemos si Felipe no está?» que por una imposición o triunfo ideológico de alguna de las partes involucradas. Felipe era en esos momentos el líder único e indiscutido del socialismo español; era la figura convocante que los aglutinaba a todos. Cuatro meses después, en septiembre de 1979, se realizó el Congreso Extraordinario del PSOE, que eligió a Felipe por una mayoría abrumadora como secretario general del Partido y borró el marxismo de la declaración de principios del Partido Socialista Obrero Español, adscribiéndolo de pleno derecho a la socialdemocracia mundial.

La inquietud que hubo en las bases del PSOE era angustiante, la gran mayoría no estaba de acuerdo con el gran cambio, pero no querían ni podían rebelarse contra Felipe. Algunas comunas de Madrid o de su entorno, como Chamartín y Fuenlabrada, estuvieron al borde de la división, por lo menos amenazaban con estarlo. Obviamente que los socialistas chilenos que militábamos en el PSOE o en la UGT no podíamos entender la actitud de Felipe, salvo imputándosela «a la nefasta influencia de la socialdemocracia mundial, especialmente a Willy Brandt», y lo criticábamos abiertamente.

Comentando el tema un día con Alfonso Guerra recuerdo sus palabras: «No es tan trágico como tu lo ves, *Esnake*», en su acento andaluz, «no nos estamos derechizando... nos estamos acercando al poder. Todo dependerá de cómo lo ejerzamos, y Felipe es un hombre de izquierdas...». Pero en su gesto había algo de nostalgia y de duda. Así lo vi yo. Y no pasó nada; en el PSOE no se produjo ningún cisma y todo siguió caminando como siempre... con Felipe a la cabeza y Alfonso Guerra organizando y dándole cohesión y solidez al Partido.

Sin lugar a dudas Felipe González excedía la resonancia del PSOE en la escena política española de la década 80-90. Su liderazgo era indiscutible. Tenía una personalidad a toda prueba, carácter, ideas claras, inteligencia manifiestamente superior al medio y un atractivo personal casi animal, que le ponía en contacto y sintonía con la gente de manera tan directa y sencilla que el coloquio con él surgía espontáneo. Cuando Felipe conversaba con uno, era como si estuvieras hablando con tu par, con tu igual, por el que te sentías alentado a decirle todo lo que pensabas; no había nada que intimidara o desalentara el diálogo. Por el contrario, el clima que se creaba inducía a la franqueza sin remilgos. En el diálogo con la masa estas mismas condiciones se mantenían, como si no estuviera dando un discurso desde la tribuna, sino al lado tuyo, con tu familia, conversándote de tú a tú. Y cuando de mujeres se trataba, el coqueteo de sus ojos achinados y de su boca exagerada y generosa, unidos a su verba cálida, las incitaba a sentirse verdaderamente subyugadas. No es porque sí, ni una invención del marketing, que en las grandes concentraciones o mítines electorales, las mujeres le corearan «¡FELIPE, capullo, quiero un hijo tuyo!» Felipe, aun en los peores momentos de la España socialista, irradió confianza, honestidad política y personal, y despertó respeto de amigos y adversarios, y nunca temor.

Por junio de 1977, en las elecciones constituyentes, el PSOE alcanzó una gran votación, cerca del treinta por ciento del electorado, y se constituyó en una alternativa de poder. En la cárcel de Capuchinos, donde yo estaba recluso, la noticia causó euforia. La figura de Felipe González alcanzó ribetes mundiales; se le veía ya como el próximo Presidente del Gobierno español. El avance del socialismo en el mundo parecía incontenible. Ya en esa época había

empezado a cambiar nuestra visión de la socialdemocracia europea; su solidaridad con nuestros compañeros en el exilio y con nosotros mismos, aún «prisioneros de guerra», era razón suficiente para que la dejáramos de considerar «un aliado y encubridor del capitalismo» y defensor de la «democracia burguesa». Pero el triunfo del PSOE era mucho más. Era, en nuestra imagen, la victoria de un partido socialista obrero, marxista como nosotros, en una tierra tan parecida a la nuestra que hablaba de nuestro origen. Habíamos crecido con el recuerdo épico y doloroso a la vez de la guerra civil española, de Largo Caballero, de Manuel Azaña, de la defensa de Madrid, de una República que se defendía del fascismo, parapetada detrás de una montaña de héroes muertos. En nuestra juventud, e incluso más allá, en los momentos de mayor pasión idealista, nuestras tertulias se animaban al calor de las canciones republicanas: «... dime dónde vas morena, dime dónde vas salada... dime dónde vas morena, y a las tres de la mañana... voy a la cárcel de Oviedo a ver a los socialistas (o comunistas, según quien la cantara) que los tiené prisioneros esa canalla fascista...». El socialismo avasallado en Chile, renacía en la madre patria, Allende asesinado en la Moneda, se levantaba nuevamente encarnado en la joven figura revolucionaria que emergía desde la clandestinidad de la larga dictadura hispana: Felipe González.

Es de imaginarse el asombro y la emoción cuando, pocos meses después, apareció en el patio de Capuchinos el mismísimo Felipe a rescatarnos del cautiverio. Siento que entonces nació una amistad ineludible. Y Felipe era el mismo que siempre conocí; sencillo, afable, cálido y tremendamente inteligente. En enero del año siguiente, yo estaba en Madrid.

Entonces tuve el privilegio de presenciar y ser actor de los sucesivos triunfos del PSOE. El 77 lo había situado a la cabeza de los principales municipios, pero el 82 lo encumbraría a la cabeza del gobierno mismo, y Felipe en ella.

Se suceden años de alegría y de progreso para el pueblo español y también de problemas: realizar la reconversión industrial, especialmente la de la siderurgia, con la consiguiente pérdida de puestos de trabajo, no es tarea fácil; racionalizar la seguridad social, lo es menos, y menos aún llegar a bajar los salarios para disminuir el déficit fiscal. Todo esto con una inflación heredada

implantación tan vasta y tan profunda, es que el PSOE resiste y pasa los peores temporales, aquellas tormentas que han sido capaces de derribar árboles tan robustos como Felipe, Alfonso y una docena más, y ahí está, en pie, como defendiendo Madrid en los tiempos de la República, sin Felipe, ni Solana, ni Guerra... preparándose para la próxima.

Por eso es que decimos que en España, el gobierno era más del PSOE que de Felipe, se siente la participación de un gran equipo; de un gobierno socialista, encabezado por Felipe González, pero donde hay un Fernández Ordóñez o un Luis Yáñez en las relaciones internacionales, o un Javier Solana en la CEE (Comunidad Económica Europea) y en la Cultura, o un Joaquín Almunia, como ministro de Trabajo y Previsión Social en las relaciones laborales y en la seguridad social, y un Nicolás Redondo, líder indiscutido de millones de trabajadores españoles afiliados a la UGT, que manteniendo su independencia sindical, no reniega de su calidad de socialista, y contribuye, aun con su crítica —a veces acerva— al éxito de su gobierno; o de un Miguel Boyer o un Carlos Solchaga o un Borrell, que con distinto signo (los dos primeros notoriamente en la «derecha liberal» del PSOE, y el tercero afincado en la mejor tradición de la inteligencia y la eficacia catalanas) incorporan los conceptos de modernidad económica y financiera al Estado español. Y no más de un par de peldaños por debajo de Felipe, el hombre que organiza al PSOE, que le da coherencia dentro y fuera del gobierno, el hombre que es admirado y temido por su extraordinaria inteligencia y personalidad, el vice eterno: vicepresidente de gobierno y vicesecretario general del PSOE, siempre un paso detrás de Felipe, pero en la realidad a su lado, Alfonso Guerra. Hay, a mi juicio, una extraña simbiosis entre estos dos hombres que han trabajado juntos durante tantos años; por una parte, yo siento que Felipe no crece, se torna demasiado complaciente con sus adversarios de la derecha y la ley del consenso pasa a ser su tema favorito; la audacia de su imaginación progresista se detiene y entra a disfrutar de sus contactos al más alto nivel empresarial, en Estados Unidos, como sin remilgos lo expresa en el libro que escribió con Juan Luis Cebrián. Cuánto me hubiera gustado que tuviera expresiones similares de sus relaciones con Nicolás Redondo y los nuevos líderes sindicales y políticos que surgen en España misma, como Virgilio

Zapatero, por ejemplo; pero le falta Alfonso: esa columna sólida que lo sostiene todo o que, por lo menos, impresiona por su solidez y coherencia. Porque eso es Guerra: coherencia política e inteligencia penetrante, que mantiene y desarrolla un discurso socialista consecuentemente. Que no necesita modernizarse, porque aún los socialistas más renovados de pensamiento, tienen que apurarse para alcanzarlo. ¿Qué le falta entonces para ser el gran líder que el socialismo español reclama? Le falta justo lo que más tiene Felipe: menos ironía mordaz y más empatía; menos laboratorio y maquineo y más expresión clara y sencilla de su proyecto de socialismo.

Yo lo dije muchas veces: la maravillosa sintonía y complementación entre Felipe y Alfonso, que tenía una larga historia desde la Andalucía natal de ambos, su paso por la lucha clandestina y los múltiples exilios transitorios, hasta la elaboración —en conjunto— de una estrategia de poder, era la gran garantía de la estabilidad y el éxito de los socialistas en el gobierno. Cuando ella se rompió, también se cayó el gobierno.

Alfonso es odiado por sus enemigos por su inteligencia, la dureza de sus juicios, su ironía culta, su capacidad de informarse de las debilidades de sus adversarios y usarlas en el momento crítico. Se le reconoce su fama de honesto a carta cabal y, a pesar de su inmenso poder, lo único propio que mantenía era su modesta casa y su vieja librería de tertulia literaria y política en Sevilla, y además despierta una tremenda adhesión electoral en su tierra sevillana, donde siempre fuera primera gran mayoría electoral. Pero Alfonso Guerra cayó para no ser nunca como antes, por el expolio de un hermano —la oveja negra— que aprovechó su nombre y su cargo para lucrar ilegítimamente instalando sus reales en la propia Delegación de Gobierno en Sevilla, sin ejercer cargo oficial alguno, con la tácita aquiescencia del vicepresidente de Gobierno.

Alfonso Guerra, el hombre invulnerable, había sido perforado.

El escándalo sacudió a todo el PSOE, pero especialmente al propio Alfonso y a la nación en general. Ahora bien, yo creo que su reacción no fue buena. Como diríamos aquí, arrancó para adelante, y amenazó con las penas del infierno y con develar los peores secretos de quienes lo denostaban. Fiel a la tradición andaluza, no tocó a su hermano y se defendió atacando, mordiendo, ironizando. Entonces comenzó a morir la dupla González-Guerra.

Después vinieron los escándalos financieros por ayudas y pseudo ayudas al PSOE, que en Cataluña denunció un resentido contador chileno, pariente del antiguo mirista Bautista Van Schowen, o por comisiones o supuestas comisiones cobradas a empresas contratistas del Estado, como ayudas para el financiamiento del partido, especialmente en época de elecciones, a pesar de que los partidos en España tienen financiamiento por ley.

Como todo en la vida, hay también de todo: mucho será cierto, pero mucho también aprovechamiento de unos cuantos listillos que trabajando por cuenta propia, dijeron hacerlo por el PSOE. Desgraciadamente, éste ha sido un fenómeno generalizado en España y que no sólo afecta a los socialistas; también se transaban negociaciones ilícitas, de este mismo tipo, en gobiernos autonómicos regidos por la derecha española, como ocurrió —de lo que yo recuerdo— en Valencia. O el escándalo financiero del bolding Rumasa, presidido por el multimillonario Ruiz Mateos, o el *affaire* inmobiliario de Gil y Gil, alcalde de Marbella. Aunque muchos de estos escándalos, como el de Rumasa, son denunciados por el propio PSOE al comienzo de su gobierno, al final se suman a la sensación de corrupción predominante y es el PSOE mismo el que tiene que aguantar su vela. Pero no se crea que al pueblo español le importa mucho. Escandaliza mucho, que es distinto.

Por otra parte, los ajustes de cuentas a la ETA practicados por una organización clandestina, los GAL (Grupos Antifascistas de Liberación), al parecer financiados por el propio gobierno, al ser puestos en evidencia, despiertan una fortísima repulsa del pueblo español, que ha luchado cuarenta años por terminar con la arbitrariedad y falta de transparencia de la dictadura franquista. Yo que fui amigo y me sigo considerando amigo tanto de José Barrionuevo, como de Vera, principal ministro y secretario de Estado de Gobernación, involucrados en el escándalo de los GAL, creo que se sintieron desbordados por la acción terrorista de la ETA, ya extendida a toda España; y no encontraron forma de responder, en democracia, a la demanda de seguridad y paz que la ciudadanía reclamaba.

Demasiado jóvenes, habían nacido durante la dictadura franquista y vivido más en ella que en la España que rendía culto a la libertad y la justicia; mal aconsejados por los viejos cuadros provenientes del pasado en la Policía, creyeron que no había más solución

que aplicar la ley del talión, y así se creó y financió la organización terrorista GAL, destinada a combatir por las armas, en la clandestinidad y con la tolerancia del Gobierno a la banda armada terrorista ETA. La incipiente democracia española (por suerte), no toleró estos medios, por muy queridos que fueran sus fines.

Y por eso está pagando el PSOE en España. Por la sensación de corrupción que se apoderó de todos y que fue descarnadamente denunciada por los periódicos, y especialmente por el más creíble de ellos, *El País*, que fue capaz de gastar kilos y kilos de tinta y el talento inequívoco de grandes periodistas, encabezados por Juan Luis Cebrián, para poner en evidencia uno de los mayores males de la sociedad moderna: la corrupción. Y por haberle faltado a la democracia, por no haber creído en ella y haber jugado a la violencia clandestina con la GAL, igual que los delincuentes. Ahora, esto último importa más —a mi juicio— a la sociedad española. Vivieron cuarenta años privados de democracia, que ya no soportan limitarla ni un pequeño trozo siquiera.

Porque, aparte de lo anterior, que no es poco, no hay nadie que deje de reconocer lo positivos que fueron los catorce años de gobierno socialista encabezados por Felipe González y las dificultades que debió enfrentar. Felipe no fue, en todo caso, el gran afectado. Tuvo y tiene siempre un gran escudo que es el que naturalmente recibe los golpes; ese escudo es el PSOE, y tiene una coraza propia que se la da su inteligencia, audacia política, lealtad y simpatía personal.

Sin desconocer en absoluto la importancia que tienen los dos gobiernos que sucedieron a Franco, y especialmente el mandato de Suárez, la democracia se instala en España cuando se asientan los socialistas en el gobierno, quedando atrás el pasado franquista. Tal vez es evidente que influyó la forma en que termina la dictadura española, por la muerte del dictador. El líder de la derecha española, Manuel Fraga Iribarne, había sido ministro importante de Franco, pero aun así ya conversaba con los principales líderes republicanos, previendo el cambio a la democracia. Cuando en 1975 el almirante Carrero Blanco, brazo derecho y natural sucesor del dictador «se fue al cielo!», como con tanta gracia lo cuentan los españoles, porque un dinamitazo en una de las principales calles de Madrid lo elevó, con automóvil y todo, más de veinte

metros, el final del franquismo se apresuró. Se suma a ello la inteligencia de la izquierda marxista (entonces), que «olvida» su tradición republicana y evita con ello la reproducción del viejo enfrentamiento con la derecha democrática y la realeza inclusive.

El tablón que permitió atravesar el torrente de angustias, frustraciones, recuerdos dolorosos y transitar de una dictadura brutal, aunque debilitada, a una democracia históricamente muy poco ensayada en España, tenía que estar hecho de una madera ambigua: ni dura, ni blanda, ni republicana, ni franquista, ni de izquierda, ni de derechas.

El tipo lo dio Suárez, que a pesar de haber sido secretario general de los Camisas Azules, la organización de masas del fascismo franquista, era un demócratacristiano confeso, dispuesto a desligarse del franquismo y con una buena relación con el futuro monarca, Juan Carlos de Borbón. Jamás había sido enemigo jurado de los socialistas durante la dictadura. Era más bien un aperturista, algo así como nuestro Andrés Allamand. Se hizo famosa su personal forma de dialogar, un tanto atropellada y salpicando involuntariamente de saliva a su interlocutor. Lo conocí bastante. Era un tipo inteligente, ingenioso, con visión estratégica de hacia dónde debía caminar España, pero no tenía un equipo homogéneo para gobernar, ni un partido sólido y con alguna tradición. Él personalmente era demócratacristiano, y tuvo un par de ministros de la misma línea, pero la Democracia Cristiana no era una opción que cuajara en España, y su proyecto sólo resistió una elección y luego se desintegró.

Manuel Fraga Iribarne, el auténtico representante y líder de la derecha española, que sí había sido ministro, y de los más importantes, de Franco, entró a la arena democrática tras la muerte del almirante Carrero, y tuvo destacada actuación en activar el mecanismo de sucesión de Franco por Juan Carlos como jefe de Estado, evitando las tentaciones rupturistas que la muerte violenta de Carrero Blanco desataron en el entorno del dictador. Miradas las cosas en estricta justicia política, si es que existe, Manuel Fraga debió ser el natural sucesor de Felipe González, y no Aznar. Fraga era muy lejos el personaje más representativo de la derecha española. Un gallego serio, perspicaz, de franqueza extrema, intelectualmente muy bien dotado y de gran fuerza política. Conversé con él un

par de veces solamente, sobre cuestiones de la democracia en España y de la dictadura en Chile y me dejó la impresión de que recorría el nuevo camino democrático español, desde su ineludible óptica de derecha, con respeto y convicción, y que sentía un profundo desprecio por la dictadura chilena. No sé por qué, pero la imagen que guardo de él siempre la asocio a la de Sergio Onofre Jarpa, aunque más fino y culto. La circunstancia de estar tan fuertemente ligado a un pasado franquista de confrontaciones, terminó por relegarlo a su Autonomía Gallega, donde aún reina y gobierna.

José María Aznar, con menos pergaminos y años, supo representar en la derecha española el cambio a los nuevos valores centroderechistas que se abrían paso en Europa, con Giscard D'Estaing, Cbirac, y especialmente el Canciller alemán Helmut Kohl. Siempre tuvo buen cuidado, tanto él como sus colaboradores más cercanos, en desmarcarse totalmente del antiguo régimen franquista, e incluso del Canciller alemán, cuando comenzó a declinar en medio de escándalos financieros. Sus relaciones internacionales no lo pintan como un conservador retrógrado: mantiene estrechos vínculos con la Alemania socialdemócrata, la Inglaterra de Tony Blair, y con el Chile democrático de estos últimos 13 años, ha desarrollado una estrecha política de cooperación, impulsando al empresariado hispano a invertir en nuestro país (banca, inversión inmobiliaria, comunicaciones), porque las finalidades de ambos gobiernos son coincidentes y se abren espacio en la economía globalizada de hoy en día. No estoy tan claro de las bondades que en definitiva esto tenga, pero, en la contingencia, ha sido útil. Inclusive, su conducta de prescindencia frente al tema Pinochet, ajena a las presiones de la derecha mundial ha tenido su mérito para la democracia.

Aunque en el último tiempo, la característica española de su soberbia e independencia, que basta Franco mantuvo con Hitler y Mussolini, aliados y protectores, parece estar declinando. Su conducta obsecuente y secundona con Estados Unidos en el debate mundial que precedió la invasión de Irak, y su cooperación marítima y prácticamente simbólica al despliegue bélico que le siguió, no la han situado en un lugar muy honorífico que digamos. Más bien la han empequeñecido y han causado una berida difícil de

curar en la autoestima del pueblo español, mayoritariamente contrario a la conducta poco digna, de sus gobernantes. El desprecio que Aznar ha demostrado a las manifestaciones de voluntad —voluntad— del pueblo español, que en más de un 94% rechazó el apoyo ibérico a la política de Bush y que ya ha cobrado la vida de dos periodistas hispanos, a lo menos, puede tener un costo similar al que pagó el gobierno del PSOE, por apartarse de las reglas del juego democrático, al amparar y prohijar la banda de los GAL, destinada a combatir —en la clandestinidad— a la ETA, como ya antes lo he recordado. Mi experiencia dice que a los españoles les importa muchísimo más que le tuerzan la nariz a la democracia, que los problemas financieros, aunque sean estos escandalosos. Hoy se cree que el gobierno del PP, liderado por Aznar y representado por Rajoy en las elecciones que España tendrá muy pronto serán una carrera corrida para estos. Al joven representante del PSOE, José Luis Rodríguez Zapatero, se le asigna una chance menor. ¿Será tan así? Los españoles, como nosotros, dicen «Dios castiga, pero no a palos».¹

Tocado el gobierno del Partido Popular por situaciones políticas y económicas de bastante gravedad, las situaciones más escabrosas parecen resbalarle y con una «muñeca» e inteligencia envidiables, Aznar, junto a su previsible triunfo electoral, anuncia ya su retiro al Parlamento Europeo. España ya no lo necesita, Europa lo reclama. Es, a mi juicio, el modelo que en Chile ha tratado de seguir la Unión Demócrata Independiente (UDI) y su candidato presidencial, Joaquín Lavín.

1. El 11 de Marzo de 2004 se produjo en España el más despiadado y brutal atentado de su historia en democracia. El comentario generalizado es que Aznar, con su apoyo a la política de Bush, la puso en el ojo del huracán terrorista y que ello le valió la posterior derrota electoral. Rodríguez Zapatero es hoy Presidente del Gobierno español.

La tercera es la vencida

¿Cuándo tomé la decisión? Realmente no lo sé. Tal vez en un momento en que sentía agotada mi vida en España. Ya había rechazado ser candidato a diputado en la lista del PSOE por Madrid, porque eso implicaba renunciar a mi historia y asumir una totalmente nueva. El gobierno autonómico de Madrid había dejado de ser un desafío para los socialistas, y me sentía como una pieza más del engranaje pesado y tedioso que movía a esa gigantesca criatura. Criatura de cuyo crecimiento —día a día— todos nos jactábamos: «Ya tenemos más presupuesto que el Ayuntamiento»; «con el traspaso de la educación nos acercamos a la Generalitat»; «Felipe nos está considerando, estuvo una hora y media con Lequena en la Moncloa, hablando de política...».

O tal vez lo decidí cuando sentí la necesidad de romper el difícil equilibrio de mi vida sentimental con Pilar, inestable, extraña, enrollada hasta la saciedad. Yo creo que mi infinita vanidad o la profunda convicción, alimentada desde pequeño, de que nada era imposible para mí, de que era invulnerable, me habían permitido superar sus inestabilidades y, al cabo de poco tiempo, transformarlas en episodios anecdóticos que no me dejaban huellas profundas. Había que hacer algo. Algo grande, trascendente, que removiera raíces y la obligara a definir el lugar donde poner los afectos. Era la sensación excitante de jugárselo todo a una sola carta.

O quizás la decisión la tomé en el instante en que sentí que era oportuno, y políticamente imprescindible, asestar un golpe de audacia más grande que el de 1984, cuando aparecí en el Pleno Clandestino del Comité Central del Partido en el hotel Panamericano de

Santiago. Recuerdo la cara de asombro de mis camaradas de todo el país allí presentes: ¡Schnake aquí! Y se acercaban a abrazarme y las mujeres restregaban sus ojos llorosos en mi cuello. Y en el podio, Hernán Vodanovic —que después fue senador socialista—, coautor intelectual de mi azaroso viaje, Ricardo Núñez y Carlos Briones, que presidía el Partido, con una cara indisimulada de satisfacción y orgullo, como diciendo: «¡Estos son los socialdemócratas, huevones! Estos son los verdaderos revolucionarios de la democracia que para conseguirla están dispuestos a entregar la vida». Aunque creo que Hernán no sólo lo pensó, estoy seguro de que a muchos se los dijo y con más énfasis todavía. Porque fue un premonitor socialdemócrata en el Partido y lo fue cuando eran despreciados por sus debilidades «pequeño burguesas» o porque eran «ganchos del imperialismo», al decir del PC; porque fue un socialdemócrata que la jugó de frente, con temor y con coraje, poniendo la cara, organizando partido y oposición a la dictadura. Con sentido político de futuro, con el criterio que, en definitiva, hizo posible la caída de la dictadura.

Lo más probable es que haya sido un conjunto de sensaciones políticas, sentimentales y anímicas, entre las cuales no es menor la del agotamiento de una etapa importante de vida, como fue la española, y la necesidad que tenemos de sentirnos instalados naturalmente en nuestra propia historia y raíces, lo que nos permite dar libre curso a ese destello de locura que algunos tenemos, que nos hace —en los momentos de crisis— arrancar para adelante.

¡Qué calor está haciendo en Madrid! Y eso que recién comienza junio. Refugiado en el aire fresco de mi oficina, en el corazón mismo de la Puerta del Sol, observo por los amplios ventanales el ajetreo incesante del Palacio del Jamón o del Corte Inglés (donde Joaquín Leguina, mi presidente, está presentando su novela *Las calles de Cádiz*), a los vecinos que en desordenadas hileras, enfilan por el Madrid de los Austrias, rumbo al ayuntamiento o al Palacio de Oriente; o los funcionarios, públicos o privados, hombres y mujeres que a eso de las once de la mañana repletan los bares por unas cuantas tapas y una copa para sobrellevar la pesada carga de trabajo del mediodía. Quizá sea una de las razones por las que un extranjero, mal enterado, tiene la creencia de que los españoles trabajan poco. Pero hay que verlos cuando se ponen a la tarea.

Qué mundo tan esencial, donde la historia brota por todos lados, en las calles, en los muros, en los árboles... «¡hombre, que ahí está el Oso y el Madroño!». Y con qué originalidad de lenguaje y formas para nosotros, ciudadanos tan nuevos de este mundo. Es que en el frontis de mi propio edificio institucional se lee una placa: «Aquí se riñeron los patriotas de Madrid con las fuerzas de Napoleón». Yo recordaba, de las enseñanzas del liceo en Santiago, la importancia que tuvo la invasión de Napoleón a España, con Pepe Botella que hizo caer a Fernando VII y con él al imperio, iniciándose la independencia de América del Sur. Para los españoles... el simple recuerdo de una riña entre dos imperios. En Chile, México o Perú, los únicos que riñen son los gallos de pelea. Al ciudadano de a pie que circula por Mayor, Arenales, la calle del Suspiro o atraviesa el Arco de los Cuchilleros, parece que todo le resbalara. A lo sumo se instala con su familia a esperar las doce campanadas del 31 de diciembre de cada año, frente a la Puerta del Sol, premunido de todas las uvas que le puedan caber en la boca, como símbolo y esperanza de mejores tiempos.

Y la gran diferencia, es que nosotros carecemos de esa historia tremenda y remota cuando caminamos por la Alameda.

Pero la historia está ahí y no se desliga del ser humano, porque él la hizo. Me lo decía años atrás Willy Brandt, en una reunión de la Internacional Socialista, a raíz de mi asombro por la rápida recuperación de Europa después de la Segunda Gran Guerra y las dificultades que tenían nuestros países para progresar. «Erich, no es sólo cuestión de apoyo económico. El Plan Marshall significó mucho para la Alemania destruida, pero fue posible porque el pueblo tenía una conciencia y una cultura incorporadas de mil años en sus genes. España era tan atrasada y oscura en relación a Europa, como la mayor parte de América Latina. Llegó la democracia, y fue como si se hubiera destapado la botella de los genios y hoy España está a la par de Europa. Eso fue posible porque en Segovia se celebraron días atrás los dos mil años del acueducto romano, que va de la ciudad nueva a la antigua; o porque Cervantes nació hace más de quinientos años. Y no pasa igual en Chile, porque Neruda nació 'ayer'». «¿Entonces nos espera el fatalismo, por tener tan poca historia?», repliqué dubitativo. «No, el mundo se integra cada vez más, ya nada le es totalmente ajeno a nadie, el problema

es cómo ganarse el derecho a participar». Es cierto, son nuevos tiempos, «la comunicación es total» y esto suple, en gran medida, nuestra inmadurez histórica; ya no es «fatal» que desde nuestro aislamiento y subdesarrollo tengamos que crecer con la lentitud de antes. El tema es cómo nos insertamos en este mundo «globalizado» para aprovechar los avances, en sentido progresista.

La campanilla del teléfono interrumpe mis pensamientos:

—Señor *Esnake*, Margarita avisó recién que ya regresó el Presidente, que puede ir a verlo —me advierte mi maravillosa y fiel secretaria, Mary Gordon.

—Voy ya.

—En qué andas tú, qué picardía te traes entre manos. ¿Es que no te enteras que Margarita lo sabe todo, siempre? ¿O ya no nos quieres a los de *Madris*? —me dice la misma Margarita.

Estoy intentando una respuesta cuando aparece Joaquín Leguina, que me espeta: «Y tú, qué haces ahí, que te estoy esperando... pasa».

Joaquín Leguina es un hombre de poco más de 40 años, de la generación de Felipe, militante del PSOE desde la clandestinidad, oriundo de Santander, estadístico y escritor, trabajó para la ONU en Chile a comienzos de la década del 70. Solidariamente asesoró a Salvador Allende, con más de algún matiz de discrepancia, pero con dedicación y lealtad a lo que él llamaba el primer gobierno socialista democrático, y personalmente al Presidente Allende, a quien admiraba. No tenía la misma impresión ni de Carlos Altamirano, ni del PC.

Joaquín debe ser uno de los políticos de izquierda más prestigiados en España. Y prestigio legítimo, en todos los ámbitos y bien ganado. La campaña de desprestigio de la oposición contra el gobierno del PSOE por corrupción, a él no lo toca, se le reconoce que ha sido capaz de montar la Autonomía de Madrid en tiempo récord, que sabe administrar (tiene un presupuesto como el de Chile, pero sin Fuerzas Armadas); honesto a cabalidad, inteligente y culto. Sin embargo, carece de carisma, de atractivo en los ciudadanos. La gente, cuando vota Leguina, está votando en realidad PSOE, con su carga positiva y negativa a la vez. En cambio cuando vota Felipe, vota Felipe.

El diálogo con Joaquín es fácil, distendido y breve, porque más

bien parece madrileño por lo directo y parco, salvo cuando habla de libros, que entonces no lo para nadie.

—¿Así que te quieres volver a Chile? —me dice.

—¿...?

—Me lo dijo Pepe Acosta. Que tú estabas en ésa y muy decidido (Pepe es diputado por Madrid y presidente de la Federación Socialista Madrileña).

—Así es... creo que ha pasado demasiado tiempo y...

—Pero Pinochet no te deja entrar, coño. Te van a joder si lo intentas.

—Bueno, es el riesgo, y hay que correrlo si se quiere hacer algo... ¡Ah... a propósito! ¿Le has comentado algo a Margarita? Porque me estaba insinuando saber algo...

—Que no, que Margarita no sabe nada, pero es muy lista y discreta.

—Joaquín, mejor que no se entere de nada, que me pueden joder la diligencia.

—Arrate y otros tíos, ¿no han estado intentando hacer algo así? Llegan en avión de línea, los echan y vuelven a insistir y los vuelven a despedir. Supongo que lo harán hasta que la dictadura se cabree. Lo que no saben es que las dictaduras no se cabrean nunca.

—No, no. Mi idea no tiene nada que ver con eso. Yo francamente pienso que lo de Arrate y otros es más que nada una buena acción de propaganda, destinada a poner en evidencia las arbitrariedades de Pinochet. No, yo quiero ir para quedarme y creo que sé cómo hacerlo.

—O sea, la idea es entrar clandestino. Aquí se entró y se salió muchas veces, pero hubo muchas muertes, y las muertes también eran clandestinas, porque se entra con nombres cambiados. Y los militares de tu país no parecen ser muy considerados. Acuérdate de Letelier, lo asesinaron en el corazón del imperio y para eso hay que tener unos huevos más grandes que los de Espartero y una carencia de modestia... ¡mira que ir a tocarle los cojones al mismísimo Tío Sam! A ti te palman en Santiago y ya... Se acabó.

—Cierto, Joaquín. Así puede ser. Yo soy esencialmente optimista y dentro de la mala suerte que me ha perseguido, he tenido suerte. Si el huevón que me denunció cuando recién salía de la radio, el día del golpe, no lo hubiera hecho... yo estaría muerto. Esa

noche los milicos peinaron toda el área central de Santiago y en los altos del cine San Martín encontraron un transmisor clandestino y a un joven socialista: lo mataron, por supuesto. Esa era la *caleta* a la que yo me habría dirigido, si no me denunciaban. Que el sargento que me custodiaba en el viaje de Dawson a la Academia de Guerra Aérea haya aceptado mi súplica de avisar mi destino a mi madre... y que lo haya hecho bien, en esos días era un milagro, y me volvió a salvar la vida, porque tú sabes, mi madre es capaz de matar a Pinochet, para salvar a «su conchito». Y mi madre removió cielo y tierra, y consiguió que se supiera que yo, «el senador Schnake», había sido trasladado subrepticamente a la fatídica AGA. En unos momentos de tan agudas restricciones, cuando el toque de queda comenzaba a las 4 ó 5 de la tarde y circular de noche era sólo posible para las Fuerzas Armadas y Carabineros, pudo contactarse con el general Sergio Nuño, quien logró despertar la suspicacia del general Augusto Lutz, jefe de la inteligencia militar, que no había sido informado de mi traslado, porque formaba parte de las cosas que estaba haciendo por su cuenta la Fuerza Aérea, o mejor dicho Leigh.

—A qué hablar más, coño. Nos vamos a comer y ahí seguimos y me cuentas qué necesitas y qué podemos hacer por ti en la Comunidad. ¡Margarita! Resérvame para las dos en el Lardy.

Es uno de los restaurantes más antiguos y clásicos de Madrid, situado a no más de cien metros de la sede de la CAM (Comunidad Autónoma de Madrid). Allí llevé un día a cenar a Genaro Arriagada y José Joaquín Brunner, que andaban en clara misión conspirativa contra Pinochet y solidaria con la resistencia. Ese día fuimos también solidarios con nosotros mismos y entre recuerdos nostálgicos del Chile querido, de tiempos mejores, y anécdotas de la vida en el presente, terminamos de amanecida en mi casa y —como dirían los españoles— con una *curda* de padre y señor mío, tomándonos... hasta la molestia. Esa noche destrozamos a la dictadura, la hicimos caer de varias formas, sellamos la unidad socialista/democratacristiana; recordamos el pasado y repasamos nuestras recíprocas intolerancias y sectarismos. «¡Fuimos francamente idiotas!», fue la frase más repetida de la noche. Pero ahora estábamos de acuerdo y éramos invencibles, la dictadura tenía sus días contados...

No es fácil programar un viaje como éste. Aunque no se exprese

de manera clara e incluso se disimule, la verdad es que todo está lleno de miedos, angustia e incertidumbre por lo que pueda suceder. El arco de las preocupaciones es casi infinito. Es como el tonel de las Danaides, sin fondo.

Mi primera preocupación es dimensionar lo que voy a emprender: un nuevo viaje clandestino a Chile. Pero ahora para quedarme. Estoy firmemente decidido a influir de manera directa y personal en Chile mismo, en el término de la dictadura y en el desarrollo de un nuevo proyecto de país.

¿Tengo claro lo que esto significa? De partida, aunque me cuesta asumirlo, entiendo que es arriesgar la vida conscientemente, pero no me asusta; por el contrario: tengo la sensación de que el riesgo me produce una morbosa mezcla de sensaciones. Cuando la adrenalina me sube me siento más alerta e inteligente, mis emociones son más nítidas y ordenadas: si pienso en mis hijos, lo hago en ellos exclusivamente; si es mi madre o mi mujer, igual; o en mis hermanos; o en mi padre, no se me escapa nadie. Mas todo ligado al hilo conductor de la nueva y apasionante aventura que ya sé que voy a emprender. Porque esto es algo curioso que me sucede. Pareciera que el bosquejo de lo que quiero hacer se fuera formando solo en mi mente. A ratos trato de racionalizar mis pensamientos, ordenarlos y estructurar un desarrollo. Incluso, como una forma de obligarme a la precisión y al desarrollo de una estrategia coherente, trato de escribir las ideas hásicas que deben movilizarme en el futuro. Barrunto tres o cuatro cosas que en ese momento me suenan a importantes y lo dejo. Lo peor de ese apunte, que me pareció trascendente, es que ya no lo encuentro nunca más. Es como una foto en que aparezco claramente dándoles instrucciones... ni más ni menos que a Fidel Castro y a Salvador Allende. Y la verdad es que era cierto, se las estaba dando: se trataba de la filmación del *Diálogo de América*, una película hecha por mi iniciativa y asesoramiento político. La foto, para un archivo histórico personal, aparece y desaparece constantemente a lo largo del tiempo. Hoy no la encuentro, por ejemplo.

Y sin embargo, en un instante mágico, el *switch* de mi mente deja paso a las decisiones y emprendo todo lo que ella ha ideado, independientemente de mi voluntad, pero que se transforma en mi propia voluntad y ya sé que la voy a asumir hasta sus últimas

consecuencias. ¿Será que trabajo más con el subconsciente e incluso con el inconsciente, y son estos los que ordenan mi quehacer intelectual? Desde que me metí en la cárcel con Julian Huxley primero y luego con la bruja de mi hermana siquiátrata, la Nana Schnake y su creativo enfoque de la Gestalt, creo más en el ser humano, en su maravillosa estructura, en su capacidad genética de progresar, de defenderse, de ser más de lo que aparenta, de regenerarse a sí mismo. Y de ser algo tan fantásticamente asociado e interdependiente que podemos dialogar con nuestras propias partes y cambiar el miedo o la obsesión por la emoción de algo distinto y positivo. Llegar a tener esa eufórica sensación de que cada paso nuevo en la vida te acerca a tu propia utopía. En mi caso, siempre me han interpretado como poseedor de un optimismo crónico. Yo no lo diría así, simplemente me atrevo a apuntarme entre los que se pliegan al progreso del ser humano y, quizá con ingenuidad y arrogancia a la vez, creen que pueden aportar algo a su desarrollo.

El tema está en que una parte importante de la humanidad no apuesta al progreso del ser humano. Por el contrario, trata de mantener inmutable su entorno social y cultural, y sustituye los verdaderos goces espirituales del progreso, que obviamente tienen también una base material, aunque no única, por una egocéntrica concepción del crecimiento propio, aislado, egoísta, insolidario. Es, en economía, la teoría del *chorreo*: «Si a mí me sobra, a ti te llegaré».

Hasta aquí, aparte de un par de viajes clandestinos con un objetivo muy específico de apoyo al Partido y a posiciones políticas en su interior, que avalan la lucha democrática, mi contribución se ha limitado a tratar de concitar apoyos internacionales y obtener recursos económicos que permitan mantener viva la resistencia dentro de Chile.

Tal vez gran parte del apoyo que logro en Europa occidental, y en especial de Willy Brandt, se deba a mis ancestros alemanes y a la caracterización peyorativa de «socialdemócrata» que mis compañeros *elenos* me hicieron. Yo nunca estuve en la órbita de la URSS o de Cuba, ni siquiera los conocí, y, en consecuencia, mis posiciones políticas eran más creíbles para la socialdemocracia. No nos olvidemos que era la época de la Guerra Fría.

Las relaciones que el Partido Socialista tenía en la década del

70 con los alemanes eran fundamentalmente con el PSU de Alemania del Este. Incluso fui, junto con Alejandro Jiliberto, representante del PSCII, al Octavo Congreso del PSU, cuando se eligió a Erich Honecker, como primer secretario del partido y jefe de gobierno. En esa época, de un loco ultrismo revolucionarista, el Partido miraba con profundo desprecio a las expresiones reformistas del socialismo europeo; sin embargo, tampoco estábamos de acuerdo ideológicamente con nuestros camaradas comunistas.

En ese Octavo Congreso del PSU estuvimos sentados junto a la delegación italiana, que presidía Gian Carlo Pajetta, y sus risas y comentarios sarcásticos por la imagen fascista que proyectaba la organización y desarrollo del Octavo Congreso hacían presagiar lo que sería en el futuro el comunismo italiano, tan ligado al verdadero humanismo, tan honesto en la búsqueda de la democracia.

Desde la cárcel le escribí a Willy Brandt, aprovechando mis propios canales clandestinos y por medio de la embajada alemana en Santiago. Confieso que sentí alguna desilusión cuando al término de un mes no tenía siquiera indicios de que hubiera acusado recibo de mi nota. Y en esa época todo era para nosotros, los «prisioneros de guerra», de una trascendencia enorme. Cada gesto y cada omisión, nos decía algo. «¡Guari, Brandt no ha dado señales de vida! ¿Será que los alemanes no quieren saber nada con nosotros?», me comentaban mis compañeros de prisión. «Lo que pasa es que nos meten en el mismo saco que a los comunistas, no te olvidés que el Partido tiene su sede en Berlín Oriental», decía otro.

Sin embargo, la frustración duró poco y fue muy bien recompensada. Antes de dos meses de mi carta llegó visa de Alemania para la mayoría de los socialistas que estábamos en Capuchinos, e incluso en otros lugares de reclusión, y... ob, sorpresa mayúscula: mi nacionalidad alemana. Yo diría que desde ese instante nacieron para mí unas relaciones privilegiadas con la socialdemocracia alemana, y de gran afecto y respeto por Willy Brandt.

Con Felipe González y el PSOE era distinto: formaba parte de la familia. Trabajaba con ellos, vivía sus problemas políticos, opinaba e influía como si fueran los míos, y lo eran de verdad. Y ellos hacían lo propio con los temas chilenos. Francamente, Elena Flores, encargada internacional del PSOE, o Pepe Acosta, diputado

que estuvo en la Conferencia Internacional de Parlamentarios en 1987, o Joaquín Leguina, o el propio Felipe, se enredaban menos que nosotros mismos, cuando desentrañaban el complejo vericuetto de situaciones, compromisos y perspectivas del Chile de ese entonces.

Desde España salté a Italia de la mano de Felipe, y con una acogida extraordinaria de nuestro ex embajador Homero Julio y el apoyo de Luis Montecinos, un joven radical que trabajaba con Bettino Craxi y que era, a mi juicio, uno de los hombres más inteligentes y brillantes del exilio. Bettino Craxi, a la época secretario general del PSI y luego primer ministro de Italia, se la jugó desde un comienzo por nosotros.

El PSCH renovado, llamémosle versión Altamirano, le debe parte importantísima de su protagonismo histórico en el término de la dictadura y en su futuro acoplamiento a la democracia, a hombres y partidos como los mencionados.

Es bueno recordar que cuando surge el Partido Socialista renovado (o Altamirano), en 1979, en Chile, es simplemente la expresión de Hernán Vodanovic, que lo forma; y luego atrae primero a Kenny Velásquez, abogado, y a un grupo pequeño con sede en la comuna de San Miguel, que poco tienen entonces que ver con la renovación democrática del Partido y más bien se unen por su odiosidad hacia los *elenos* del PS, también llamados los *chispas*, y que dirige Rafael Ruiz Moscatelli. Luego se agregará Carlos Briónes, y desde el exterior les mandaremos a Ricardo Núñez y otros. Pero nunca, hasta el inicio de la democracia, el PS logrará superar en organización y en militancia el PS ortodoxo, que comanda Clodomiro Almeyda.

Así fue como contribuí a tejer una suerte de red de confianza de los partidos progresistas europeos con el Partido Socialista de Chile, sobre todo en su versión renovada a partir de la división de 1979. Y creo que fue importante, porque me consta que los principales líderes europeos no confiaban demasiado en la figura dominante del socialismo chileno de la época, esto es, en Carlos Altamirano.

Por supuesto que no fui el único. Conmigo en España, y en lugar preponderante, estuvieron Alejandro Jiliberto, Alicia Herrera, Ricardo Núñez, Miguel Ángel San Martín, todos «rescatados» por mí de la RDA; en Francia, el doctor Jorge Mc Ginty, uno de

los más valiosos aportes ideológicos del partido, y Daniel Salinas, el *Mono*, ex diputado PS y gran exponente de la cultura progresista en el exterior; Jorge Arrate y Luis Jerez en Holanda; Adolfo Lara, el *Huaso*, y los ex dirigentes sindicales nacionales de la salud, en Suecia; Waldo Fuentes en Rumania; Adriana Muñoz (hoy diputada del PPD) y Pancho Encina (diputado socialista por Coquimbo) en Austria, y qué decir de Orlando Letelier en Estados Unidos. Por las relaciones de privilegio político que lograron en sus respectivos países, ayudaron a desmitificar la imagen que el progresismo internacional se había formado de nosotros: de ultra revolucionarios, aliados eternos del Partido Comunista y, en consecuencia, satelizados por la URSS a través de la RDA.

Mi independencia del Partido Comunista fue siempre un hecho de la causa, incluso histórico y familiar, desde que en 1942 Oscar Schnake, de regreso de la Conferencia de La Habana, pusiera término a la alianza con el PC en el Frente Popular. Desde entonces que el apellido Schnake ha sido satanizado por las dirigencias comunistas. Debo confesarlo: no soy ni he sido jamás anticomunista en el sentido que a este concepto se le da habitualmente, creo que los comunistas chilenos se la han jugado con fuerza y honestidad en defensa de los derechos de los trabajadores, pero no creo ni comparto sus métodos, ni su adscripción absoluta a la política de la ex Unión Soviética que, en la práctica, condujo a la negación de la libertad, la democracia y la justicia, bajo el pretexto de la defensa de los intereses de la clase obrera. Estuve en barreras opuestas con los comunistas desde que me inicié en política. Creo que la historia me ha dado toda la razón.

Estoy en pleno mes de julio de 1987, Madrid ya está caluroso y preparándose para quedar despoblado en agosto, mes de vacaciones nacionales, cuando la gente viaja a la costa o a su pueblo. Yo y mi familia no teníamos pueblo, y sólo eso nos faltaba para ser españoles de verdad, así que adoptamos uno cerca del pantano de San Juan: Villarejo del Valle. En una antigua casona con un enorme jardín de árboles añosos, de manzanos y cerezos, vivía una pareja de hermanos, ambos de cierta edad. A él lo conocí en uno de los bares de Villarejo del Valle. Andábamos de paseo, y se nos hizo noche. Entonces comencé a averiguar dónde podía alojarme en este pueblo de trescientos habitantes. Alguien me alertó: «Ese tío

bajito... el de la cerveza, puede alojarte». Desde entonces nació una muy particular amistad entre él y toda la familia, y por fin tuvimos pueblo. Cada vez que había un «puente» (día «sandwich»), y en España hay muchos, nos íbamos al pueblo. A nuestro Villarejo del Valle.

Allí me fui solo a meditar sobre los pasos a dar, a fijarme una estrategia.

De regreso a mi departamento en Madrid, en el corazón de Argüelles, frente a la plaza del Conde del Valle Suchil, lo tenía casi todo claro: en primer lugar, necesitaba una cobertura física, de vida, ya que era claro que si me pillaban descuidado, o me mataban en un seudo enfrentamiento o me hacían desaparecer, como me lo había recordado Joaquín Leguina, el muerto o el desaparecido sería clandestino.

Como en mi viaje del año 84, necesitaba una «importante» periodista española, que me acompañara. Pero también algo más. Había que viajar en grupo y tener una razón para viajar; luego exhibir una cobertura legal, ya que la dictadura aprobó una «ley» en virtud de la cual transformó el ingreso clandestino al país en un delito atroz, inexcusable y sancionado con penas que podían llegar hasta los 25 años. La verdad es que estaba bastante bien predispuesto para quedarme unos meses en la cárcel, con tal de que me dejaran en Chile, pero mi amor a la democracia y a la patria no eran como para agregarle unos añitos más de privación de libertad a los que ya había tenido. Mal que mal, el tiempo pasa y uno también envejece, y también los gustos, las ilusiones, las utopías. Se van imperceptiblemente las fuerzas —de todo orden— y eres menos que la semana anterior, o tal vez, como diría Lavoisier, distinto, transformado en algo diferente, aunque generalmente un poco más limitado y menos creativo, pero con más experiencia para disimularlo.

Después, había que convencer a tanta gente de la validez de esta aventura, y darle a un carácter heroico, casi épico, que nos diera la fortaleza necesaria para sostenerla y sacarla adelante. Llegar a pensar que conseguir la libertad, la democracia en Chile, podía valer la vida, no fue un logro menor. La periodista que me acompañó era una de las mejores de España, y lo hizo por compromiso libertario y por amor y orgullo de su profesión: las primicias que

podría tener no eran poca cosa, menos en una España y una Europa para las que Pinochet era y sigue siendo el execrable recuerdo de Hitler, Mussolini y Franco. Para el amigo, compañero de trabajo y colega abogado Luis Muñoz, que me acompañó junto a su señora, la motivación era otra: su amistad conmigo y su amor entrañable al socialismo.

También se necesitaban recursos para emprender la aventura en grupo. Y, lo más complejo, había que templar el espíritu de la familia dispersa en Europa y, más que eso, obtener su aprobación. Cómo conseguir que mis hijos no tuvieran la sensación de que su padre los abandonaba... y a lo mejor para siempre. Pienso que los mayores, todos militantes activos del Partido, no sólo lo entendían, sino que les parecía una conducta de consecuencia: sentirían miedo y orgullo a la vez.

La verdad es que lo hice muy bien. Aún ahora estoy extrañado del ingenio que desarrollé, de la capacidad de convicción, de la voluntad y templanza que puse en el empeño.

En un idílico lugar del sureste francés pasamos el acalorado agosto de 1987. Es una mezcla hermosa de campiña, playas y mar. No es un sitio caro ni lujoso. Su gente más bien se parece a lo que uno se imagina que es el campesino francés, sobre todo del sur. Sencillo, poco pretencioso, acomodado, que guarda sus ahorros bajo el colchón.

Están siete de mis ocho hijos hasta entonces, Pilar y yo. Viviana, la mayor, médico, que vive y trabaja en Tours, no ha podido venir; acaba de tener su tercer hijo. Están Erika, sicóloga, muy francesa ya; Alfonso, ingeniero en informática, hombre práctico, serio y reposado; María Loreto, estudiante universitaria; Felipe, Andrea y Francisca, aún estudiantes de secundaria, y finalmente el conchito, Erich, que apenas frisa los ocho años y que nació en Madrid.

El camping de Port Leucate me regala en estos últimos días en Europa un tiempo maravilloso. Un sol y un mar que lo hacen todo más grato y fácil. La convivencia con mis hijos es sencillamente perfecta; organizamos pascos, vamos a la playa, gozamos bañándonos en ese mar azul y transparente, o viendo asombrados a verdaderos artistas del *wind surf*, que vuelan con sus velas sobre la cresta de las olas. Yo también lo he practicado, pero en el llamado Mar Interior, cerca de Valencia, o en alguno de los pantanos

(tranques) cercanos a Madrid. Lo aprendí a instancias de Pilar, en un esfuerzo por ponerme al día en nuestros intereses comunes. Veinticuatro años de diferencia en nuestras edades y un montón de españoles o argentinos exiliados rondando cerca de ella, dispuestos a enseñarle *wind surf* o lo que sea, unidos a esa coquetería natural de las mujeres chilenas, son una advertencia permanente de que para llenar nuestras vidas no basta que pensemos y tengamos los mismos valores; que la entrega total y permanente de que habla Brecht del verdadero luchador, está reservada a muy pocas personas. La revolución por hacer, o la democracia por recuperar, no son toda la vida, aunque a veces uno lo sienta así. La vida es mucho más que eso. La vida es también lo cotidiano, lo entretenido, el ir de compras juntos, en pareja, el mirar una ola reventar sobre las rocas, el hacerse unos cariños llenos de picardía, el jugar con los hijos o escuchar sus problemas, el programar futuro, como si la vida fuera eterna... o empezara recién mañana.

En Port Leucate, mi puerto de despedida, se ha juntado casi toda mi vida emocional. Yo diría que, aparte de Viviana, sólo faltan mis padres, mis hermanos y mi sobrino Hernán. Salvo este último, que es coautor del proyecto, los demás no pueden o, mejor dicho, no deben ser advertidos, por los riesgos que esto puede implicar. Bueno, mi madre de alguna manera ya lo sabe, pero es como si el secreto estuviera escrito en el agua. ¡Doña Marina Silva es a prueba de balas!

Mis hijos mayores, Viviana, Erika y Alfonso, son militantes socialistas desde antes del golpe, y con distintos énfasis y matices entienden mi decisión, y no sólo la respetan, sino que además la asumen plenamente. Con ellos converso abiertamente sobre mis planes. Están nerviosos, intranquilos, preocupados, llenos de temores, que me doy cuenta no quieren expresar abiertamente

—Esta va a ser tu tercera entrada clandestina a Chile, papá — me dice Alfonso—, y tú sabes que la bestia herida puede ser más peligrosa ¿No hay caso que te autoricen la entrada? Ya lo han hecho con tantos...

—Difícil... más aún, creo que voy a ser el último autorizado. Hay alguna razón (que no he podido descubrir) por la que me odian.

Supongo que parte de la antipatía que me tiene un sector de la

derecha en Chile se debe, aparte del hecho obvio de haber sido senador «upeliento», a mi comportamiento «duro y atrevido, irónico y despectivo» para con la derecha en la televisión, como me lo dijo Fernando Léniz cuando me encontré con él en un vuelo... me parece que de España a París. Mal que mal, fueron años representando al Partido Socialista primero, y luego al gobierno, en un programa de televisión que duraba dos horas de cada domingo.

La derecha chilena es así: no admite réplica a sus postulados, es soberbia, intolerante, despótica, culturalmente no admite ni la competencia ni la discusión. La derecha chilena es la negación de la democracia, y sólo accede a participar de ella cuando se ve obligada por razones de fuerza mayor. Históricamente ha sido así: cada vez que la derecha se ha sentido superada por nuevas ideas, por personas que quieren cambiar los hábitos sociales y políticos, o que quieren abrir nuevos espacios de participación, intenta descalificarlos, presentarlos ante la opinión pública o la «ilustrada», en tiempos más antiguos, como personajes siniestros que «disfrazando sus verdaderos móviles» u «ocultando sus pérfidas intenciones», tratan de imponer nuevas normas de conducta dañinas a la sociedad que ellos han construido «con tanto sacrificio». Y luego, cuando estas ideas se comienzan a imponer, su oposición se transforma en violencia. Es la historia de O'Higgins, de Freire, de Portales, de Balmaceda, de Alessandri (el *León*), de Allende. Y siempre se darán maña para que la gente les impute la violencia a quienes la sufrieron.

Es cierto que fui duro con sus dirigentes y lo que ellos representaban, y tal vez también soberbio. La verdad es que sentía un profundo desprecio por su incapacidad de comprender el dolor que la pobreza ajena producía; por su cinismo para disfrazarse como defensores del pueblo y la democracia, cuando lo que esencialmente defendían eran sus propios intereses, amenazados por un nuevo Estado protector de los tradicionales desprotegidos.

Lo de la democracia en Chile no ha sido más que un mito. Culturalmente Chile es un país poco democrático. Y si en algo pecamos durante el gobierno de la Unidad Popular fue precisamente en no asumir en plenitud la democracia, o más bien en no entender que el verdadero socialismo es aquel que pone toda su fuerza en el respeto y el afecto a los seres humanos, con sus especificidades y diferencias, con sus mayores o menores habilidades.

Honestamente, fuimos poco democráticos durante el gobierno de Salvador Allende. Nos confundimos con lo que era la democracia sin apellidos y la descalificamos llamándola «burguesa». Nos apoderamos de la verdad y no quisimos o no pudimos reconocerla en nadie más. Y «nuestra verdad» era la persecución de una «democracia socialista». Es decir, de invertir la injusticia; si hasta ese entonces se había privilegiado a los sectores más acomodados de la sociedad en desmedro de las mayorías empobrecidas, ahora había que sancionarlos duramente, casi impedir que fueran actores del desarrollo social, y favorecer a los proletarios del campo y la ciudad como único y verdadero motor del progreso económico y social.

Era el desarrollo de la lucha de clases con el más puro carácter leninista, pero en el estilo democrático pequeño burgués que siempre nos ha caracterizado y mejor acomodaba al propio Salvador Allende. Es decir, nuestro leninismo era de la boca para afuera. Y menos mal que así fue, porque hizo posible un desarrollo democrático y progresista, sin mayor violencia (salvo la verbal y la meramente ocasional), en los mil días que duró su gobierno.

La derecha jugó, como siempre, sus cartas. Arrastró a los que pudo a su oposición, intentando desestabilizarnos por todos los medios a su alcance, radicalizándonos con su conducta golpista y reaccionaria. No olvidemos que ya antes de que asumiera Salvador Allende, se había cometido el asesinato del comandante en jefe del Ejército, general René Schneider. Atrajo a la Democracia Cristiana que, mareada por la posibilidad de recuperar el poder perdido en las elecciones presidenciales, soñaba con que ningún partido ni organización podrían gobernar este país, si no era ella. Lo de la UP era «una mala casualidad». Metió en el saco a parte considerable del Partido Radical y a todos los viejos liberales, que abominaban de tanto estatismo y carencia de libertades «burguesas», como despectivamente las llamábamos. Eso de «tomarse» un fundo o una fábrica, o cobrar impuestos especiales para viajar al extranjero, era una brutal invasión a su modo de vivir, a su libertad, a sus posibilidades y derechos, y para nosotros era recuperar para el pueblo sus posibilidades de una vida digna. ¡Y no éramos mayoría!

Objerivamente ahí fallamos, pero también falló la derecha y el centrismo democratacristiano, que hicieron una brutal oposición,

en la que no despreciaron nada, ni siquiera la ayuda en dólares del Departamento de Estado norteamericano.

Mi hijo Alfonso me interroga sobre las medidas de seguridad que he tomado para que este tercer viaje a Chile resulte lo mejor posible. No es fácil responder. Al grupo se han incorporado los más pequeños, encabezados por María Loreto.

—Tenemos que tener alguna señal inmediata si te pasa algo, para poner en marcha la solidaridad de los franceses —apunta Erika, y entre todos comienza una verdadera competencia de ideas y propósitos.

—Yo creo que el tío Mac (Jorge Mc Ginty, viejo dirigente del PSCH) es la persona indicada para hacerse cargo aquí en Francia —dice Erika,

«Podríamos establecer una cadena de teléfonos en Argentina, en Madrid y en París», agregan, y las ideas siguen hasta el infinito.

—Bueno —corto yo—, el éxito de esta aventura está basado en el secreto, en la confidencialidad. Mientras menos lo sepan, mejor y más seguro para mí y para que se cubra el objetivo. La primera vez que fui a Chile sólo lo sabían las tres personas que por seguridad me acompañaban; el secretario general del Partido Socialista Popular argentino, mi amigo Estévez Boero; Juan Carlos Zabalza, de la Comisión Política del PS argentino y con cuya documentación viajé, y en Chile, solamente Hernancito.

—Ah... ¿así que Hernán va a estar de nuevo en esto? Te apuesto papá que se pusieron de acuerdo en esa reunión clandestina de todo el partido en el Escorial.

—¿Cuál?

—No te hagai el leso. La reunión en que Hernán se comió el jamón con gusto raro, ¿te acordai papá?

Nos largamos todos a reír.

Se refería a la reunión clandestina del Comité Central del Partido, presidida por Carlos Altamirano, con representantes del interior (Hernán Vodanovic el principal), que hicimos en El Escorial en 1980. En las noches nos juntábamos varios en mi casa del Escorial: Alejandro Jiliberto, Miguel Angel San Martín, Percy Matas, Lucho Jerez, que venía de Holanda, Juan Bustos, Hernán Hormazábal, de Barcelona, y Hernán Vodanovic, que era la estrella del interior. Una de esas noches Hernán llegó tarde a la tertulia, cuando

ya se agotaba y, como de costumbre, preguntando si quedaba algo de comer. Eran tiempos de vacas flacas. Lo poco que había habido, ya estaba a buen recaudo en nuestros estómagos. Solo quedaba pan, esas especies de marraquetas enormes con las que los españoles hacen los bocadillos. Hernán cogió una y abrió el refrigerador. Nadie le prestó mayor atención. Debe haber puesto una cara de sorpresa y de felicidad enormes cuando descubrió un salchichón gigantesco en la parte baja del refrigerador. Ni corto ni perezoso, abrió el pan y le metió doble ración del milagroso embutido. Y comenzó a engullirlo sin parar hasta su fin. Cuando terminó, reclamando un cafecito o algo por el estilo, se me acercó con cara de curiosidad:

—Tío, ¿qué clase de paté español es el que tenís en el refrigerador? Le hallé un gusto raro...

—¿Qué?... ¿cúal?

—Fise paté —y me mostró un enorme embutido.

—Chuch... ¿te lo comiste?

—Sí... con pan.

—Es la comida de los perros...

La noche llega y salimos a caminar por la playa. Parecemos una clásica familia pequeño burguesa del sur de Francia. Unos van abrazados, otros corretean y más de alguna de mis hijas menores entona algún cántico escolar de esos aprendidos en la Alianza Francesa en Chile. «Oe, oe matelot... matelot navigue sur les flots...».

Las olas tranquilas de la noche envuelven en su suave rumor nuestros pensamientos y nos tranquilizan. En voz baja, parodiando una vieja película italiana, alguien dice «*dormani e altri giorno*».

Los españoles se han portado de maravilla conmigo. Tanto mi amigo Barrionuevo, ministro de Gobernación de España, como mi amigo Vera, viceministro, a cargo de la Seguridad Nacional, me tramitan en cosa de horas mi pasaporte español. Tengo derecho a ello pues ostento la nacionalidad española y tengo el correspondiente DNI (Documento Nacional de Identidad). Vivo en Madrid desde hace ya nueve años. Es igual a cualquier otro pasaporte, salvo un par de voluntarias omisiones, y que es llenado por Luis Muñoz, coincidentemente el mismo que viajará conmigo.

Mis pasajes para Argentina, directos a Bariloche en un tour de esquí, están listos. Iremos Caridad Plaza, prestigiosa periodista de *Cambio 16*, que cubrirá la noticia en exclusiva y que también correrá los riesgos en exclusiva, y mi amigo, colega y compañero del PSOE, Luis Muñoz, que además es uno de mis asesores principales en la Comunidad de Madrid, acompañado de su joven y bellísima esposa. El grupo no está mal como turistas y esquiadores de un cierto nivel, aunque, de verdad, el único que sabe esquiar soy yo.

Los recursos para la operación total, salvo la periodista, a quien le paga su medio, salen de algunos modestos ahorros míos y del PSOE que, a través de su secretaria de Internacional, mi amiga Elena Flores, me da un millón de pesetas, unos ocho mil dólares en ese momento. La solidaridad y el afecto de los españoles son extraordinarios. Recuperar la democracia en Chile es esencial para que «su Iberoamérica» vuelva a la democracia y con España se yergan como una fuerza política internacional importante que dé la cara en el mundo bipolar de Estados Unidos y la Unión Soviética. Iberoamérica, como los españoles nos llaman, es la tarjeta de presentación y un valor agregado para la participación de España en la Comunidad Europea de Naciones, que habrá de progresar en su unión mucho más, si quiere —y lo quiere—, librarse del abrazo de Estados Unidos y la URSS. Europa, tan apegada en todo sentido a E.E.UU., sabe que su papel como tercera fuerza económica y política, es clave para poner fin a la inestabilidad que provoca la división en dos del mundo. El carro del tercerismo mundial lo empuja la soberbia gala, ese independentismo grandioso que De Gaulle fue capaz de rescatar de las ruinas de la Francia ocupada por el nazismo, pero de fondo está la solidez de la política europeísta germana, que en una alianza a tope con Francia, sea cual fuere el signo político predominante en ambas naciones, es capaz de arrastrar a toda Europa. La reticencia europeísta y el apego a buscar un escudo protector en Estados Unidos, los ponen los gobiernos conservadores de Inglaterra y también los laboristas que aspiran a recuperar el poder.

Yo no sé si serán resabios de la última guerra mundial, pero en general los ingleses se sienten más cerca de los norteamericanos que de sus socios comunitarios europeos. Esa es por lo menos mi impresión y la de muchos aquí en España.

Me iré a Chile en pleno mes de agosto. Esto es, cuando España y Europa en general están muertas. Nadie trabaja, los negocios se desactivan, las grandes ciudades, mediterráneas por regla general, están vacías, y temperaturas de más de cuarenta grados espantan hasta las palomas de la plaza San Marcos.

Con aire acondicionado en autos, oficinas y departamentos, Madrid es una delicia de circulación. No hay atascos y se llega en pocos minutos a todas partes. Te puedes ir a refrescar por la tarde al Escorial o a tomarte un anís con hielo en Chinchón. Las grandes piscinas están a pleno dar y no está demás darse un chapuzón en las piletas cercanas al palacio del Pardo. Los hermosos parques madrileños, sea en Pérez Rosales o la Casa de Campo, donde hace su fiesta anual el Partido Comunista y va gente de todos los pelos y colores (con mi familia nunca faltamos), o en La Moncloa o el Parque del Retiro con su pequeño lago, en el corazón de Madrid, al lado de la Cibeles y el Museo del Prado...

Aún las noches son calientes, de más de treinta grados. Irse de paseo por las tradicionales calles de la plaza del 2 de Mayo, comerse unas tapas, tomarse unos vinillos y entre los vahos de alcohol, de basbich y maribuana, los porros que se te ofrecen, y las caras descuadradas de unos pocos que con impudicia total se pinchan en cualquier sitio, naufragar finalmente en el «Elígeme» para escuchar y conversar con Joaquín Sabina, aún vale la pena. Otros, los más jóvenes, celebrarán en las calles de Argüelles bañándose generosamente con las «litronas» en una algarabía vocinglera exagerada, que más bien esconde frustración que contento, dejando más cerveza en las calles que en los gaznates.

El barrio de los Austrias estará en plena efervescencia y la Puerta del Sol, bulle de movimiento. Es como el punto de partida para el «too Madris».

La Plaza Mayor, con decenas de negocios donde se cena, que en España se come al mediodía y de noche se cena, tiene en agosto más visitas provincianas y extranjeras que madrileñas propiamente tales. La gente canta en las calles y si fuera Salamanca, estaría llena de tunas, pero más de alguna suelta anda por allí. El Arco de los Cuchilleros y el mesón son una tremenda atracción. Del Arco, nadie sabe por qué, te cuentan las más diversas historias y lo más probable es que todas sean falsas. Pero del Mesón, te lo

cuento yo, por propia experiencia. Es como ir a cenar a Segovia a sus célebres mesones. Te pides un cerdito lechón y lo ves sacar del horno y a un tipo con todo su aparataje de cocinero mayor que, con un plato, va partiendo el lechón y repartiéndolo entre los comensales. Alrededor de la Plaza Mayor están las cuevas centenarias, donde escuchas guitarreo, recitao y de un cuanto hay con unos exquisitos vinos calientes con naranja. Ese es el «Madris» que todos añoran y que se te pega en la sangre.

En una calurosa mañana de fines de julio paso a La Moncloa a despedirme de Felipe González. Confieso que este hecho me provoca una profunda emoción y nostalgia; siento como que voy cerrando un ciclo muy importante de mi vida: mi periplo español. Aquí he aprendido muchísimo, he sabido lo que es recomenzar con la vida civilizada y democrática, después de cuarenta años de oscurantismo y opresión. He visto por mis ojos la expresión de esperanza de un pueblo que librado de sus ataduras mira el futuro con confianza, pero también con un poco de incertidumbre. He visto a este pueblo español sobrellevar una crisis tan violenta, más que profunda, como fue la del famoso «23F», es decir, cuando el coronel Tejero de la Guardia Civil tomó por asalto el Congreso de los Diputados apresando a los parlamentarios de todos los partidos y a la totalidad del gobierno encabezado por Felipe González, y mantuvo por horas la tensión de todo un país, esperando que el general Milans del Bosh, al mando de la división Brumete, la más poderosa del Ejército español, tomara Valencia y Madrid. Esperando también el pronunciamiento del Rey Juan Carlos, lo que revestía una especial importancia y sobre lo que había dudas, porque el hombre de mayor confianza del Rey en la Marina era el almirante Armada, que manifiestamente estaba por el golpe. Los recuerdos se arremolinan en mi mente mientras cruzo un amplio hall de entrada en La Moncloa, al término del cual pegado a los jardines está una suerte de salón donde me espera Felipe González.

Con este Presidente de Gobierno de España no hay protocolo ni estiramiento posible. Irradia tal simpatía y sensación de acogimiento que cualquier hielo protocolar se deshace. Se levanta de su sillón, sale a recibirme y con los brazos estirados me toma de las manos y me dice algo así como «qué bien, chico, que hayas venido. Me tienes preocupado, pero no voy hacer nada para que desistas de

tus propósitos. Siempre he esperado una cosa así de ti. Tú sabes cuál es mi opinión. Creo que eres lo mejor que nos ha mandado el exilio chileno». Nos sentamos con un «cafelito» cada uno y empezamos una charla que se prolongará por dos horas.

Repasamos mi vida en España desde la calurosa tarde en que juntos, a instancias de Felipe, recorriéramos el barrio Santa Cruz de su amada Sevilla. Nos reímos al acordarnos de una anécdota muy simpática que me ocurrió en la corrida de toros que en mi honor habían organizado en Sevilla. Al término de la principal corrida, el diestro que había cortado oreja y rabo, me lanzó las orejas al palco. Yo confieso que era la primera vez que asistía a una corrida y obviamente que me di cuenta del valor que tenía recibir las orejas del toro, de tal manera que aunque éstas estaban llenas de bichos y tierra, las conservé cuidadosamente. Cuando nos retirábamos en el auto de Felipe, yo todavía respetuoso de las nuevas costumbres y tradiciones, y temiendo ofender un poco al propio Felipe, le pregunté discretamente: «Perdón... ¿qué se hace con las orejas, Felipe?». Entonces se dio vuelta, me miró y riéndose, me preguntó: «¿Cómo?... ¿todavía las tienes?».

—Sí, ¡claro! —dije en tono contrito.

—Pues entonces tíralas, ¡que no sirven para nada!

Con alivio las tiré y le dije: «Yo pensé que la tradición sería conservarlas».

—¡Hombre —me respondió—, si se tratara de conservarlas, pues yo tendría un mausoleo hediondo de orejas en mi casa!»

También estuvimos recordando el primer acto en que oficialmente el PSOF me recibió en Madrid y luego en las cocheras en Barcelona, y no me quedó más remedio que confesarle que me había sentido francamente avergonzado cuando habían hecho en la Federación Socialista de Madrid una apología a mi «heroica» permanencia de casi cinco años en las cárceles de la dictadura pinochetista y yo sin quererlo, o tal vez queriéndolo, ponía y me sentía con una cara de héroe en medio de un recibimiento triunfal. Mal que mal, pensaba para mis adentros, he soportado casi cinco años de tortura y prisión, y sigo siendo tan socialista como siempre; y sigo luchando. Mientras hacía estas reflexiones tomó la palabra el presidente del PSOF, Rubial, y allí comenzó mi vergüenza. Rubial había combatido por los republicanos durante toda la guerra civil;

fue hecho prisionero en la defensa de Madrid. A los dos años se fugó de la prisión, e ingresó a Francia para continuar combatiendo contra el franquismo y volvió a ser hecho prisionero. Permaneció 27 años en la cárcel. Cuando supe esto, lo mío me pareció que era de esas detenciones por curadera.

Hablamos de política. Felipe en ese entonces estaba empeñado en incorporarse a la Europa comunitaria, para impulsar la unidad económica y política del Viejo Continente, de tal manera de terminar con la bipolaridad que mantenía al resto del mundo prisionero: o se estaba en este mundo dual con los Estados Unidos y su campo de influencia, o se estaba con la Unión Soviética y su órbita de satélites. Junto a este empeño europeísta, tenía una gran preocupación por reconstruir y agrandar los lazos de América Latina (Iberoamérica, para él) y España. Pero esto tenía que hacerse basado esencialmente en la democracia. Esa democracia que los españoles habían logrado y que se veía todavía tan lejana en Chile, en Uruguay, en Paraguay...

Felipe tenía clarísima la visión de la caída de Pinochet: se iba a producir, según él, cuando se afanzara en plenitud la alianza de socialistas y demócratacristianos, que atraería a radicales, liberales y gente de centro derecha y centro izquierda afines a estos dos grandes partidos. Tenía claro que el Partido Socialista en su visión democrática, era el que había seguido a Carlos Altamirano y que en el exterior, donde estaba más fuerte, era dirigido por mí. Aún tenía poca fuerza militante al interior de Chile, pero contaba con una gran fuerza moral por su ineludible sacrificio en el combate al autoritarismo.

Conversamos de las dos versiones que se seguían discutiendo en Chile de cara a la lucha contra la dictadura. La nuestra plasmada en la Alianza Democrática, y la del Partido Comunista integrada al MDP (Movimiento Democrático Popular), que no creía posible derrotar a Pinochet por las vías electorales y que seguía pensando en la utilización de «todas las formas de lucha», especialmente la armada. Por eso consideraba muy importante mi viaje. Todavía había muchos socialistas que estaban más cerca del MDP que de nuestra alianza con la Democracia Cristiana. Incluso dos de los más importantes representantes socialistas habían estado más ligados a la opción comunista que a la opción nuestra: Clodomiro

Almeyda, que persistió en ella durante mucho tiempo; y Ricardo Lagos, que ya la había abandonado y trabajaba de lleno como nuestro representante en la Alianza Democrática.

Recordamos también el tiempo en que Felipe escandalizó al más que centenario PSOE, cuando en pleno Congreso del partido, planteó la necesidad de abandonar la denominación marxista de la declaración de principios y expresó no estar dispuesto a representar a un Partido cuyos fundamentos ideológicos no compartía.

Con emoción y agradecimiento me despido de uno de los hombres que con su conducta y su voluntad se ha transformado en uno de los pilares básicos del socialismo mundial y en uno de los gobernantes de mayor influencia en toda Europa. Me siento un privilegiado al haber podido compartir con él mis años de exilio español.

Nuestro pequeño grupo de deportistas desembarca en Bariloche. Son dos parejas españolas que con sus esquís al hombro suben a un hotel de cordillera, desde donde emprenderán la grata tarea de desafiar el viento y la nieve de las canchas de ese centro invernal. El paisaje es maravilloso, desde los faldeos nevados de Bariloche se ve el lago Nahuelhuapi con su entorno de bosques milenarios.

En un hotel cómodo, agradable, nos instalamos para pasar una temporada de esquí en un tiempo donde las canchas madrileñas carecen de nieve. Navacerrada y Valdesquí son en esta época tierra, pasto y piedras; para un español esquiar fuera de temporada es un privilegio. También tenemos reservado un hotel en plena cordillera de los Andes chilena, donde continuará nuestra gira de «acaudalados esquiadores».

Llevamos una semana esquiando en Bariloche. Es decir, yo esquié y lo hago desde muy pequeño, mi compañera periodista no se ha puesto las tahlas jamás e intento enseñarle con éxito relativo. Mi colega Muñoz y su señora ni siquiera lo intentan. Sentados frente a las canchas en un barcito de cordillera, nos observan y miran el paisaje con un buen trago en la mano para que el frío no sea tan punzante. Vamos adquiriendo un color mate típico del sol cordillerano.

Cuando por fin decidimos irnos a Chile tomamos un barquito lleno de turistas, donde la mayoría nos interroga simpáticamente

por nuestro marcado acento madrileño. Yo procuro hablar poco y cuando lo hago intento no olvidarme de las más típicas expresiones del «Madrís» en que he vivido casi diez años. Cruzamos el lago Nahuelhuapi y cogemos un pequeño bus que por espacio de unos once kilómetros nos dejará en un extremo del lago de Todos los Santos, en Peulla, donde está el control policial chileno. Los cuatro vamos disfrazados de esquiadores. El primero en pasar por el control soy yo.

Hoy lo puedo confesar formalmente: mi nombre en el pasaporte es Álvaro Chake Silva, ciudadano español que vive en la muy madrileña calle del Conde del Valle de Suchil, en el corazón de Argüelles. Usa harha y higote, y posee el Documento Nacional de Identidad y pasaporte españoles N° 832728. El funcionario de la Policía de Investigaciones revisa acuciosamente unas listas, luego me pregunta a qué vengo a Chile y le cuento que después de esquiar en Bariloche me han recomendado que lo haga en Chile, y que tengo hecha una reserva en Antumalal. Le digo además que vengo con mi señora y una pareja de amigos. Mi amigo Muñoz y su mujer sortean rápidamente el escollo y luego le toca a Cari, quien va de señora mía «temporalmente» (como ella lo dice en su primera crónica española). Al enseñar su pasaporte y ver que es periodista de profesión, la comienzan a interrogar, que a qué viene a Chile, que si sabe que está prohibido dar noticias tendenciosas y qué sé yo cuántas cosas más. Tanta pregunta le molesta profundamente a mi periodista, que airada replica: «¿Acaso no oyó usted que vengo a esquiar, y si quiero informar, informo de lo que se me antoje, que en mi país hay libertad!». En esos momentos ya veo que el detective va a tomar una actitud dura, que puede ser de fatales consecuencias para el grupo. Entonces en mi más castizo lenguaje le digo: «¡Coño, que no jodas, que nosotros no nos metemos en lo que no nos importa!». Intenta decirme algo con la sangre caliente de las españolas, pero la paro de un solo grito: «¡Mujer, que te callas! Y usted, señor, despáchela pronto, que si no, esta mujer nos va armar un lío aquí!». El detective me mira con cara de benevolencia y me dice «¡cálmela, o luego va a tener dificultades!».

—¡Hombre, no te preocupes! Que mi mujer grita mucho, pero aprietta poco.

Prácticamente le arrebato pacífica y dulcemente el pasaporte

de las manos al detective. Le doy las gracias y nos vamos al barquito que cruza el lago de Todos los Santos. Ahora comienza nuestra verdadera aventura. Luego de hacer la travesía, un bus que sale de la hostería nos dejará en Puerto Montt. Allí arrendamos un automóvil y arreglamos también mi pasaporte. Muñoz, que ha llenado el pasaporte original, con el mismo bolígrafo completa ahora mi nombre: agrega en el reglón superior después de Álvaro una letra «E» y un punto, y en el reglón inferior una «S» mayúscula al inicio y una «n» intercalada entre la «h» y la «a». Así quedo nuevamente convertido en el ciudadano español (que lo soy) Álvaro E. Schnake Silva, es decir, yo mismo. Todo esto para evitar que, al ser detenido —cuando lo sea— se me apliquen las disposiciones de una ley aprobada hace poco tiempo y que sanciona con años de presidio el ingreso clandestino o ilegal al país. De acuerdo a mi pasaporte timbrado en Peulla el día 2 de septiembre de 1987, yo he ingresado legalmente. Alquilamos un auto y partimos a Santiago. Era el momento de comenzar la gran aventura.

En el hotel Túpahue está funcionando la Asamblea Parlamentaria Mundial, que concita el apoyo a la oposición a la dictadura con decenas de diputados y senadores de España, Francia, Estados Unidos, Venezuela, Argentina, Uruguay, y a un gran número de ex parlamentarios chilenos. La Asamblea la presiden el ex presidente de la Cámara de Diputados, Luis Pareto, y el ex diputado Carlos Dupré, ambos de la Democracia Cristiana chilena. Allí me tienen reservada habitación mis compañeros Hernán Vodanovic y Jorge Molina, quienes me esperan junto a Ricardo Núñez.

Advertidos plenamente, los integrantes que presiden la mesa de la Asamblea esperan mi aparición. Una salva cerrada de aplausos celebra mi presencia y paso a integrarme en el centro de la mesa; Luis Pareto me da la bienvenida y le hace presente a los parlamentarios extranjeros —que allí están en gran número—, que «ha venido para quedarse en Chile, desafiando todos los peligros que implica su ingreso, prohibido por la dictadura, el ex senador por las provincias de Curicó, Talca, Linares y Maule, don Erich Schnake Silva». Luego me cede la palabra.

Parto expresando el agradecimiento de todos los chilenos a los parlamentarios extranjeros, que corriendo iguales o más riesgos que nosotros han llegado a expresarnos su solidaridad y el deseo

mundial de poner término al Estado dictatorial que se vive en Chile. Añado que para nosotros es de una tremenda importancia el aliento que significa esta presencia en nuestra lucha por recuperar la democracia.

A continuación doy cuenta pormenorizada de lo que estamos haciendo los partidos políticos de oposición en el extranjero, donde hay exiliados radicales, MAPU, de la Izquierda Cristiana, socialistas y comunistas, y entro de lleno a exponer las nuevas condiciones en que la oposición se está planteando, esto es, en la necesidad de establecer la más férrea unidad entre los partidos y grupos que estén por la lucha democrática y pacífica para terminar con la dictadura. Que nuestro primer paso es ser capaces de derrotar en un plebiscito abierto al régimen; que para ello es necesario volcar toda la energía de la gente, terminar con las controversias pequeñas que dividen a los chilenos partidarios de la democracia y organizarnos de la mejor forma posible. Planteo las tesis de la alianza democrática en el sentido de obtener la inscripción y participación de los partidos políticos, para avanzar en la democratización del país y combatir a la dictadura con las mismas armas que pretende emplear para perpetuar a Pinochet. Reitero la decisión del Partido Socialista de eliminar la violencia y el enfrentamiento armado, como método para alcanzar la democracia. Cuando termino de hablar, la noticia de mi presencia ha cundido. Efectivos de seguridad rodean el hotel y telefónicamente advierten que debo entregarme a las autoridades policiales. La totalidad de los parlamentarios que están en la Asamblea deciden rodearme e impedir que la policía me detenga. La situación se tensa.

Jorge Molina logra contactarse con el ministro del Interior, Sergio Fernández, a quien conocí bastante cuando era un modesto abogado de la Caja Bancaria de Pensiones. Jorge le plantea la necesidad de poner término al asedio policial, porque los parlamentarios extranjeros no están dispuestos a dejar que yo sea detenido. Después de un intercambio de ideas, le dice al ministro que mi intención es quedarme a vivir en Chile; que no hay razón ni moral ni jurídica alguna que justifique la prohibición de ingreso al país; que yo me he acogido a la Ley de Amnistía y que en consecuencia no tengo nada, absolutamente nada pendiente con la justicia chilena. El ministro Fernández le replica que mi ingreso

clandestino está penado por la ley y que, en consecuencia, de quedarse en Chile, tendría que ser sometido a proceso o relegado a algún lugar alejado del país. Jorge le dice de inmediato: «Ministro, Erich Schnake no tiene ningún inconveniente en ser relegado o encarcelado para que se discuta la legalidad de su ingreso. Si usted se compromete a que suceda una u otra situación, los propios parlamentarios aquí presentes lo llevarán a la presencia policial».

Fernández queda de consultar el tema y contestar en breves minutos. Mientras tanto los asistentes a la Asamblea, tanto chilenos como extranjeros, tapando las puertas de ingreso al hotel Tupahue cantan la Canción Nacional y dan vivas a la libertad y la democracia; simultáneamente más fuerzas policiales se agregan a las que ya rodean el edificio. El despliegue de vehículos, tanquetas y personal es enorme.

Suena el teléfono y el ministro del Interior vuelve a conversar con Jorge Molina, expresándole que a lo único que puede comprometerse es a que será puesto a disposición de la justicia ordinaria o relegado a algún punto del país, siempre que me entregue de inmediato. Con mi expresa aprobación, Jorge acepta el ofrecimiento de Fernández.

Rodeado de parlamentarios extranjeros y chilenos, entre los que destaca mi amigo Pepe Acosta, presidente de la Federación Socialista Madrileña y todo un personaje político en España, irrumpo en la calle hasta encontrarme con un prefecto de Investigaciones al cual le hago presente el acuerdo al que hemos llegado. Mientras vuelven a entonar el himno patrio las cientos de personas que se han ido acumulando, ingreso al automóvil del policía. Precedido por varios carros policiales y escoltado por otros tantos, enfilamos rumbo al Cuartel General de Investigaciones de la calle General Mackenna. Me ingresan por el patio trasero en la llamada «calle de los suspiros» y allí quedo en espera de saber qué será de mi vida.

La espera es breve, y con nutrida escolta policial me llevan velozmente hasta el aeródromo de Cerrillos.

Mientras yo viajo a Cerrillos, Hernán Vodanovic logra entrevistarse con el director general de Investigaciones, pide verme y saber de mi suerte; el director lo atiende muy gentilmente y le dice que no puede darle una respuesta concreta, porque espera instrucciones del gobierno, pero que no tenga cuidado, que apenas tenga

noticias le informará y lo dejará verme. En esto, me contará después Hernán, pasan dos horas, hasta que el director simplemente desaparece y Hernán cae en cuenta de que se han burlado de él. Mientras tanto, yo voy volando en un avión rumbo al sur. La verdad es que voy contento, debo haber salido a las siete y media u ocho de la tarde y estoy claro que ya no me han dejado a disposición de la justicia ordinaria. ¡No iré a la cárcel! Y como voy rumbo al sur pienso con justa razón que han decidido mi relegación; repaso mi memoria y recuerdo los tradicionales lugares a los que se destinaba en el sur: Chile Chico, Chonchi, Coyhaique, y en general en las provincias de Chiloé, Aysén o Magallanes. Y estas alternativas me hacen pensar que mi viaje ha sido todo un éxito, podré quedarme en Chile y gozar del grado de libertad, que se tiene en un extrañamiento.

Ya entrada la noche aterrizamos en El Tepual, aeródromo de Puerto Montt. Aquí comienzan mis dudas y mi inquietud: me espera un helicóptero de guerra de la FACH. Sus tripulantes —no sé de qué unidad son— están con uniforme de guerra y sus caras pintadas. Seca y rudamente me empujan al interior de la nave; se cierran las puertas y comienza un vuelo macabro. La noche está cerrada y oscura. A pesar de eso no es difícil distinguir por dónde vamos, primero sobre el lago Llanquihue y luego sobre el lago de Todos los Santos. Allí caigo en cuenta que quieren devolverme a la Argentina por el mismo lugar por donde ingresé, esto es por Peulla. Se ha desatado una lluvia torrencial, el helicóptero sobrevuela el retén policial de Peulla, da varias vueltas y evidentemente no puede descender. Entonces regresa a Puerto Montt. Debe ser la una o dos de la madrugada; es un día de frío y lluvia. En un coche policial me llevan hasta la prefectura de Puerto Montt.

Me dejan en un corredor de baldosas, cierran puertas, ponen vigilancia y en tono burlón un policía me dice: «¡Duerma aquí... si puede!». Pido algo líquido y me contestan con un rotundo «no se puede!».

Temprano al día siguiente me sacan para conducirme a la unidad de Investigaciones de Puerto Varas; es domingo y yo he partido el viernes de Santiago. En Puerto Varas quedo confinado en una sala pequeña que tiene una silla por todo mobiliario. Pasa el tiempo, siento frío, sed, hambre; de pronto se abre la puerta y en

forma sigilosa se me acerca un policía cuya cara estoy seguro que conozco. Trae una taza de café en la mano. «Don Erich —me dice—, tómese este café rapidito, que si me pillan me tengo que ir con usted. Yo estoy muy agradecido de usted, don Erich, porque me hizo un favor muy grande cuando era gobierno y yo no lo olvido».

De un par de sorbos acabo el café reponedor, que siento me devuelve la vida. El comisario de Puerto Varas desaparece rápidamente. Un tiempo después, no sé cuánto, me conducen a un jeep y parto custodiado por varios vehículos, policías y carabineros; bordeando el lago Llanquihue con un destino que ya me imagino.

Cuando llegamos al borde del lago Esmeralda, o de Todos los Santos, me dejan con custodia en el vehículo, mientras la fuerza policial se despliega en torno a la hostería y al pequeño muelle, esperando el barquito que viene de Peulla.

Es tan grande el poder que tiene la policía en este régimen de fuerza que cuando arriba el barco que viene de Peulla, lleno fundamentalmente de turistas extranjeros, los hacen descender y meterse dentro de la hostería, con prohibición absoluta de mirar lo que está sucediendo afuera. Se incautan de la nave y me transformo en su único pasajero, aparte, naturalmente, de la custodia.

El frío es intenso, está comenzando a nevar y la travesía del lago Esmeralda gana una hermosura incomparable. Los alerces y las araucarias milenarias se empiezan a vestir de blanco. El viento bota copos gigantescos sobre las aguas del lago y despierta un suave oleaje que lo hace más bermoso. A mis captores les pido autorización para comprarme un suéter de los que venden en este barco de turismo; gracias a ello logro abrigarme algo, ya que cuando fui detenido —como es mi costumbre en esta época— andaba con ropa liviana. Llegamos al cuartel de Investigaciones de Peulla ya oscureciendo. Bajo y me encierran rápidamente en una pequeña pieza, también con una sola silla. El cuartel de Investigaciones por el que ya había pasado cuando ingresé a Chile, es una construcción liviana, de madera, donde escucho todo lo que se habla en el resto de las habitaciones. Al lado de mi salita está la sala de radio y por el permanente diálogo que se desarrolla con Investigaciones de Santiago, me voy enterando de las alternativas a que estoy sometido. El jefe del retén, o el policía o el militar de la DINA que me ha acompañado durante todo el viaje, inquiere a Santiago:

«¿Qué hacemos?, aquí está nevando muy fuerte, se está dificultando el paso de vehículos hacia Argentina». Del otro lado se escucha: «Espere un momento, voy a consultar». Al rato suena la señal de entrada de la radio de Santiago y vuelve a repetirse lo mismo. Así, en esta rutina, pasa un largo tiempo. De pronto se escucha una voz autoritaria que desde Santiago dice: «¡Llévense al prisionero a la frontera y que él se vaya de allí a la Argentina!». No hay preguntas que hacer. Simplemente se cierra la comunicación con un «OK» desde Peulla y a los pocos minutos estoy instalado en un jeep que parte por el camino hasta la frontera. La nieve tapa el camino, pero no es difícil distinguirlo porque a ambos costados hay una fila enorme de pinos y alerces con los que la huella queda clarísima. Llegamos de noche, aproximadamente a las doce, a un lugar que supongo es la frontera. Me ordenan bajar del jeep y allí, a la intemperie, el que me ha acompañado desde Santiago me dice «¡Hasta aquí llegamos, señor *Esnake!*». Yo miro mi alrededor nevado y sin trazas de terminar esta verdadera tormenta blanca en la que estamos. Me acuerdo de mi vieja experiencia en Guardia Vieja, en mi primer viaje clandestino a Chile, y con fuerza interpeleo a mi gendarme:

—Señor, usted sabe que me está condenando a muerte.

—Yo no —me replica—, yo solo cumplo instrucciones.

—Escuché sus comunicaciones por radio —le insisto—, y nunca le dijeron que me tenía que matar... y dejarme aquí con esta tormenta, sin abrigo y sin nada, es condenarme a muerte.

En ese instante un teniente de Carabineros, que está a cargo del retén y que ha venido en otro jeep, le dice a este señor (que algún día sabré si era de la DINA o de otra parte, aunque no me interesa mucho averiguarlo): «Lo podríamos llevar al retén y sacarlo mañana cuando amaine».

—¡No —porfía quien está al mando—, retírense todos! Y usted, señor *Esnake*, váyase derecho a la Argentina. No intente regresar para acá, porque ahí sí que le puede ir muy mal. Da media vuelta y corriendo se sube a su jeep. Lo mismo hacen los demás.

Solo en la helada vastedad del paso Vicente Pérez Rosales medito sobre lo que viene. Con mi maldita costumbre de encontrarle a las peores situaciones algún lado positivo, pienso que poco menos los engañé, porque no tienen idea que llevo años de años,

desde que era un niño, yendo a la nieve, practicando esquí, haciendo excursiones cuando aún estaba en el Liceo Manuel de Salas, y que en consecuencia para mí la nieve es un desafío menor. Observo bien el posible camino, corto una mata de quila, que es el bambú sureño, y comienzo a caminar sin mayores dificultades, porque los árboles situados a cada lado van señalando inequívocamente la senda. La quila la llevo porque tengo el vago recuerdo, cuando vine en bus, de que había algunos espacios abiertos de camino y eso sí que es peligroso con todo nevado. Si no tienes un punto de referencia claro, puedes desviarte y caer en un hoyo o en un zanjón, y con la nevazón que bay eso puede ser sumamente grave. Por eso con la quila voy tanteando, como los ciegos, la seguridad de un camino bien asentado.

Efectivamente paso por una larga extensión que no tiene referentes y me demoro un siglo en cruzarla, voy tanteando palmo a palmo las condiciones del terreno.

Cerca de las cuatro de la madrugada diviso una construcción enorme de piedra. En ese instante recuerdo que el guía turístico que nos conducía a Peulla, nos dijo que era un refugio abandonado de la Gendarmería argentina, que había funcionado hasta un año y medio antes. Estoy empapado, pero los pies no se me congelan porque piso fuerte, con ritmo y ganas, como haciéndome masajes con la propia nieve, y naturalmente hago ejercicios de marcha para no entumecerme.

El refugio está cerrado; con barrotes sus ventanas y candados sus puertas. Lo rodeo para ver si puedo de alguna manera guarecerme; en la parte trasera hay unas caballerizas abandonadas pero con techo, y como sucede en todos los refugios cordilleranos, aunque estén abandonados, bay una enorme ruma de leña y los clásicos papeles de diario usados por pasajeros transitorios que pasan a hacer sus necesidades. Siento que he llegado al paraíso. ¡Qué suerte ser tan fumador, porque nunca me faltan los fósforos! Hago una gran fogata, me desnudo por entero y pongo mi ropa a secar, igual los zapatos.

Debe haber sido un espectáculo increíble ver la figura espectral de lo que yo creía que era un señor respetable, un ex senador de la República, en *pelotas* en medio de la noche y nevando. Me calo con la ropita seca e instalado al lado del fuego duermo

profundamente. A eso de las diez de la mañana despierto porque el fuego se ha terminado y tengo mucho frío; afuera sigue nevando, traigo leña y cuando voy a encender nuevamente la fogata siento unas voces con un acento trasandino inconfundible. Salgo rápidamente y me encuentro con dos gendarmes, me identifico y los dos con una cara de alegría tremenda me dicen: «¡Pero si a usted lo estábamos buscando, tenemos instrucciones de nuestro jefe de salir a rastrearlo por toda la frontera!». Con ellos llego en una bora al nuevo refugio de Gendarmería argentina, situado a orillas del lago Nahuelhuapi. Me acomodan, me ofrecen un bife con un par de huevos fritos e incluso un pisquiro que tienen de su intercambio con los chilenos. Luego me informan que ellos sólo tienen contacto cada cierto tiempo por radio con la central en Bariloche, donde les informaron que un político chileno de oposición había sido dejado a las doce de la noche en la frontera, y que era una noticia que habían recogido de una radioemisora. Luego me informaré que las instrucciones para buscarme las había dado personalmente mi amigo Dante Caputo, ministro de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina. En la tarde de ese día, en una lancha de la propia Gendarmería, vuelvo a Bariloche, donde el gobierno local me aloja en el mejor hotel de la ciudad. Converso con el gobernador de la provincia y le digo lo agradecido que estoy por el trato que he recibido de ellos, pero al mismo tiempo quiero expresarle que yo no voy a cejar en mi empeño de volver a Chile, y que en consecuencia le ruego que no me visen mi entrada porque yo partiré de nuevo a Peulla en el primer bus que haga el recorrido. El gobernador me comunica con Dante Caputo.

—¡Pero Schnake, si vos no has entrado jamás legalmente a la Argentina, yo no pienso admitirte, vos te quedás en el hotel donde estás, que corre por cuenta nuestra, y no te permitimos entrar a Bariloche!

El mensaje es claro: mis amigos argentinos se la juegan.

Conocida la noticia, el Ministerio de Asuntos Exteriores de España reclama airadamente porque Chile ha expulsado a un ciudadano español y no lo ha puesto a bordo de un avión con destino a España, ni ha avisado al embajador de España, infringiendo con esto todas las normas internacionales. El Ministerio de Asuntos Exteriores de Argentina, a su vez, hace presente que no está dispuesto a

admitir al ciudadano chileno que sin su autorización ha sido dejado en territorio argentino.

Las voces de alarma, reprobación e indignación se alzan en muchos países del mundo. En mi segundo día en el hotel Internacional de Bariloche recibo un llamado telefónico desde Santiago. Es Hernán, que me dice: «El gobierno acaba de dictar un decreto por el que te permite el ingreso sin condiciones al país, lo disimula un poco agregando a tu nombre una lista de diez o doce exiliados a los que les permite volver al país».

Mi hermana Adriana me va a buscar en automóvil; ella está en su feudo de siquiatria gestáltica en Chiloé.

Regresamos vía Osorno. Ya no quiero saber más de Peulla. Cuando vamos llegando al portal que marca la frontera y la revisión de policía y de aduanas chilena, veo con espanto que se acercan hacia nosotros cuatro o cinco carabineros dirigidos por uno de alto grado. Mi hermana me comenta: «Erichito, parece que de aquí nos van a devolver». Paramos el auto, me bajo y el coronel da un paso adelante, se lleva la mano a la visera y en un tono de inusitada afabilidad me dice: «Señor Schnake, usted está en territorio chileno. No tiene nada que temer, nosotros vamos a velar por su seguridad. Dígame donde quiere dirigirse».

Titubeante, casi sin salir de mi asombro, le digo: «Gracias, coronel, con mi hermana nos dirigimos a Puerto Montt, donde tomaré un vuelo a Santiago».

Y así es como efectivamente parto con escolta rumbo a Puerto Montt, para luego viajar a Santiago. En el camino detienen el auto algunos periodistas para interrogarme sobre este inesperado desenlace.

Un diario de la capital titula a lo alto y largo de la primera página: «Schnake entró a Chile por la puerta ancha».

La máquina de la democracia

Mi vida recomienza en Chile con los inicios de la primavera de 1987, dispuesto a recorrer los viejos senderos que conduzcan a los nuevos caminos. La brevísima estancia clandestina en el hotel Tupahue, de dos días, sólo me había permitido tener una imagen de su salón auditorio y la habitación que me tenían reservada. No vamos a decir que era mucho, como para tener una idea siquiera de Santiago; lo que sí guardaba en la retina era el bello paisaje nevado del paso de Vicente Pérez Rosales y la travesía del lago Esmeralda, recorridos en mi segundo clandestino como «Don Antonio», acaudalado esquiador español.

Cuatro años y medio en la cárcel, más nueve años y medio en el destierro, son un largo período en la vida de un hombre: Chile era otro. Materialmente más moderno, con un Metro impecable, casi modélico —que yo desconocía, pues cuando se inauguró estaba prisionero—, con paseos peatonales en el centro de Santiago; varios canales de T'V, en colores y de cobertura nacional; un barrio alto mucho más amplio, arbolado y hermoso; nuevos y más colegios particulares carísimos e impresionantes, sólo para algunos; y los extremos sur, norte y poniente de la ciudad, tan pobres como siempre, pero más oscuros y silenciosos, sin un arbolito que rompiera la monotonía desértica de sus calles y casas feas y achatadas: era la sensación de estar en dos países: uno rico y otro pobre, que sólo por necesidad espacial vivían en un mismo lugar, como fue siempre: juntos pero no revueltos. Lo único distinto era que la brecha entre ellos se notaba más.

Emocionalmente también era distinto, doblemente distinto.

Mis afectos personales habían cambiado ya hacia el final de mi encarcelamiento. Un nuevo matrimonio, enhebrado y celebrado en la cárcel en diciembre del 77, había sustituido al dolorosamente perdido en prisión. Con las vicisitudes y altibajos que normalmente atacan a los políticos militantes, después de más de nueve años de exilio, conocí nuevamente la felicidad y la tristeza, en un mundo absolutamente diferente al que había vivido durante decenas de años. Tuve que enfrentar el problema del trabajo en España, con un gran esfuerzo, y finalmente me situé en un buen nivel, tanto profesional como político. Tuve que hacerme cargo, no sin traumas, de reanudar la convivencia con mis hijos, a quienes no había visto durante más de cuatro años, todos repartidos en distintos países, y habíamos logrado retomar —de la mejor manera posible— la vida como familia.

Y ahora, en Chile... tenía que reconstruir la vida de nuevo.

Muchos me preguntaron por qué volvía, en esos primeros tiempos. Incluso dentro de mi familia. Qué sentido tenía volver a Chile cuando por fin había logrado la anhelada estabilidad en España. Me iba bien como abogado, estaba en una expectante posición política en Madrid, tenía buenos contactos, un cargo importante y una vida familiar a lo menos estabilizada, amén de una buena situación económica. Ni siquiera mi mujer estaba demasiado convencida de volver a Chile. ¿Por qué regresar? Porque yo no sólo era un socialista; era un socialista chileno. La lucha política, el trabajo por una mejor vida, había que hacerlos aquí, en Chile, en mi país. No me iba a quedar tranquilo en España, si en mi país había una dictadura, si el socialismo se había vuelto lejano y hasta temible para algunos... los que no se dedican a la política, dicen que esto es el puro gusto por revolver el gallinero. Yo sentía que tenía un aporte que hacer en Chile, que aquí mi trabajo era mucho más relevante que en España, donde había verdaderas legiones dispuestas a reemplazarme. Era aquí, aquí y en ese preciso momento donde tenía que estar.

Llegué a un ambiente que me era casi desconocido y hasta hostil, yo diría, sobre todo en el plano profesional. La mayor parte de mis viejos amigos no existían o estaban en el exilio, como la mayoría de mi familia más íntima; sólo mi noble madre y mis dos hermanas y mi sobrino Hernán Vodanovic, con quien nunca per-

dí el contacto, eran mi descanso afectivo. Pero era un desafío que debía vencer. Pocos meses después de mi llegada a Chile, a fines del verano, regresaron mi mujer y mi hijo Erich, de pocos años de edad. Así inicié mi nuevo andar.

Los socialistas, mi Partido, funcionan en 1987 como un matrimonio mal avenido que ha llegado a la etapa en que los cónyuges se permiten tener aventuras por separado, pero jurando que quieren volver a estar juntos lo antes posible, aunque las causas que motivaron el recíproco rechazo sigan vigentes.

El PS versión Almeyda, ya situado abiertamente en Chile, ha tomado pensión en el Movimiento Democrático Popular (MDP) junto al Partido Comunista y un saldo del Partido Radical que preside Aníbal Palma. En un comienzo, es la continuación de la vida en común formalizada en Berlín: ahí están Camilo Escalona, Rolando Calderón, Hernán del Canto, Juan Pablo Letelier, Germán Correa, Ricardo Solari, Luciano Valle, Manuel Almeyda y, naturalmente, Clodomiro Almeyda, aunque algunos de ellos mantienen y desarrollan lazos con la DC y con nuestro PS, especialmente Luciano Valle, Germán Correa y Ricardo Solari. Estos últimos serán los denominados *terceristas*, que estuvieron por la salida de Altamirano, porque no compartían para nada la conducción que le había dado al PS hasta antes del golpe, ni su teoría política. Es la paradoja y contradicción a que antes me he referido y que es tan recurrente en el Partido.

El PS antigua versión Altamirano, en ese momento Núñez, sostiene una ya consolidada relación con la Democracia Cristiana, y con la parte mayoritaria, aunque pequeña, del radicalismo en la Alianza Democrática. Lo integran, entre otros, Akín Soto, Hernán Vodanovic, Heraldo Muñoz y Ricardo Lagos (que ya han dejado de ser *suizos*), Ricardo Núñez, Jorge Arrate, Marcelo Schilling, Luis Jerez, Isabel Allende, José Joaquín Brunner, Angel Flisfisch y yo mismo, entre muchos otros.

Los MAPU e Izquierda Cristiana, repartidos en los dos sectores: Jaime Gazmuri, Oscar Guillermo Carretón, Sergio Bitar, Jaime Estévez, María Antonieta Saá, y José Miguel Insulza, en el sector de Núñez. Luis Maira, el más destacado, en el sector de Almeyda, llegará a presidir el MDP.

Los MDP no creían en plebiscitos ni elecciones para terminar

con la dictadura; su vía para lograrlo era en particular el enfrentamiento armado, y el Frente Patriótico Manuel Rodríguez era el instrumento adecuado para concluirlo. El PS Almeyda, como lo recuerda Camilo Escalona, «nunca tuvo la convicción de crear un ejército propiamente tal, pero sí de que podía hacer un proceso de insubordinación popular que iba a romper la institucionalidad de Pinochet e iba a caer la dictadura». Con cuadros ingresados clandestinamente, especialmente a partir de la división del 79, logró crear una infraestructura de resistencia en la que el mismo Camilo jugaba un papel relevante; había sido el encargado en Berlín de diseñar y poner en práctica esta política, y permaneció dirigiéndola en Chile, donde alcanzó a vivir en la clandestinidad, según cuenta, por cerca de seis años. Pero internamente el PS Almeyda reconocía además otra fractura: la dirigida por Germán Correa, Ricardo Solari, Luciano Valle y Juan Pablo Letelier, que en definitiva hicieron inclinarse al PS hacia la lucha electoral y democrática. Cada vez más desplazado del poder interno, Rolando Calderón se inclina claramente por la política de enfrentamiento del PC. El MDP enfrentará las futuras eventualidades electorales como una sola organización: el PAIS (Partido Amplio de Izquierda Socialista), presidido por el brillante ex parlamentario Luis Maira, antiguo militante DC y luego de la Izquierda Cristiana.

Los PS Núñez estamos en otra estrategia desde antes de la división. Más bien, digamos que la división reconoce su causa esencialmente en la existencia de dos visiones políticas y estratégicas: una cercana al Bloque Socialista encabezado por la URSS en el plano internacional, e insurreccional en el plano interno del país y la otra, que rescata la independencia de los bloques en que la Guerra Fría está dividiendo a la humanidad, y se suma, como antes, a la política de los No Alineados en lo internacional, y a la unidad de todas las fuerzas democráticas para derrotar políticamente a la dictadura en lo interno.

También crecemos en la infraestructura de Partido, regresando a Chile todos los que legalmente pueden volver. La pequeña pirámide armada por Hernán Vodanovic el 79 se va ampliando, primero con Carlos Briones, último ministro del Interior de Allende y vicepresidente de la República en la misma época; Akín Soto y diversos cuadros de provincia; Ricardo Núñez —que llega desde

España y por disposición del Congreso celebrado en las cercanías de Burdeos, asume la secretaría general del PS «renovado», como ya se le empieza a llamar en Chile—, y los denominados *suizos*, que terminan por reconocer cuartel aquí.

A fines de 1987 puedo regresar y muy luego el resto del exilio, que oficialmente se termina. Entre ellos, también vuelve Jorge Arrate.

Los socialistas renovados vienen tratando de ganar participación y protagonismo en la lucha política por terminar con la dictadura. Están presentes, a pesar de su frágil estructura, en cuanto organismo de resistencia democrática se levante. Así, los veremos participar en el Comité Constitucionalista de los 24, con Hernán Vodanovic y el *Pepo* Sanhueza; en el Bloque Socialista, con *mapus* como Guillermo del Valle y Rodrigo González, o IC como Pedro Felipe Ramírez, ex parlamentario DC y luego ministro de Allende. La estrategia política de nuestro partido apunta entonces en dos direcciones claramente convergentes: una, el desarrollo de la alianza socialista-DC, como única base sólida y socialmente mayoritaria para enfrentar y derrotar a la dictadura, y llevar luego una política progresista, solidaria con los sectores más deprimidos, que impulse cambios graduales, capaz de sobrellevar las turbulencias propias de un régimen de transición; y dos, la construcción del instrumento político adecuado a esa finalidad. Era la reformulación de un PS amplio, no sectario, esencialmente defensor de los derechos humanos y que, como en la época de su fundación, convoque a los trabajadores («manuales e intelectuales») y a la importante clase media y profesional chilena. Un partido atento a las nuevas y renovadas visiones ideológicas, «enriquecidas y rectificadas por el constante devenir histórico».

El PS Núñez crea el Bloque Socialista que, en dura competencia con el almeydismo, logra atraer a diversos grupos y personajes de lo que en ese tiempo yo llamaba «el socialismo errante» y a los socialistas *suizos* por su neutralidad y equidistancia de Núñez y Allmeyda. Con el protagonismo ganado, el PS renovado concurre a la formación de la Alianza Democrática con la DC, el PR de Enrique Silva Cimma... Es el momento de ir consolidando la unidad PS-DC que marcará, a mi juicio, el inicio de la caída del régimen autoritario y la real incorporación de Lagos al PS. Paralelamente,

un sector relevante del PS Almeyda (los *terceristas*) establece importantes lazos con la DC, y especialmente con Patricio Aylwin y Genaro Arriagada. Luciano Valle es el encargado de esta tarea.

Verdaderamente Ricardo Lagos venía oscilando desde mucho tiempo antes entre los dos partidos socialistas. Tal vez un poco más cercano a Clodomiro Almeyda, a través del cual creía ver el respaldo de un partido orgánicamente más sólido. Ya entonces Ricardo, de proveniencia radical, tenía claro dónde quería llegar; su meta era la Presidencia de la República, y miraba con cierta desazón tanto posible competidor. Cuando la presidencia de la Alianza Democrática le correspondió al Partido y la Comisión Política lo designó a él para el cargo, se selló su destino junto a los socialistas renovados. El gran puntal que tuvo dentro del partido fue Heraldo Muñoz. La presidencia de la Alianza Democrática, sucediendo a Gabriel Valdés, le significó un «salto al estrellato», como recuerda un importante dirigente de la izquierda de la época, y lo situó como un posible aspirante a la Presidencia de la República, una vez recuperada la democracia.

No soy yo la persona más adecuada para inmiscuirse en los vecicuetos de la multitud de partidos y organizaciones u organismos (y hasta microorganismos) que entonces surgen, generan acuerdos y tratan de converger en la lucha antidictatorial; mi vida ha estado mucho más situada en la resistencia que se hace desde el exterior y es de esas referencias de las que puedo responder. Para conocerlas y entenderlas, es mejor leer, simplemente, los libros escritos por el periodista Ascanio Cavallo, que las investigó con acuciosidad e inteligencia.

En esa época, a iniciativa de Guillermo del Valle, que acababa de perder las elecciones internas en el MAPU (Garretón), se forma el CIEL, Comité de Izquierda por las Elecciones Libres, aprovechando un llamado que, desde México, hace Tencha Bussi de Allende, en el sentido de que había que aprovechar la institucionalidad del gobierno militar para ganar espacios democráticos. En ese movimiento participan Enrique Correa y, colateralmente, ayudando a «conspirar» para su formación, Gonzalo Martner y Marcelo Schilling. Ricardo Lagos, cuyo período en la presidencia de la Alianza Democrática ya había terminado, estaba un poco «retirado» del escenario público, trabajando como asesor, y los impulsores

del CIEL se propusieron convencerlo para que lo presidiera, sin dejar de sentirse un poco absurdos con su invitación; después de presidir la Alianza, de gran relevancia pública, partir al CIEL, un pequeño grupo de escaso peso, no era la mejor oferta. Sin embargo, Lagos dio el sí. A partir de ese momento coexisten tres instancias opositoras: el CIEL, el Comité por las Elecciones Libres que dirige Sergio Molina, y que agrupa a personalidades independientes y demócratacristianas, y la Alianza Democrática, entonces presidida por Andrés Zaldívar. Por otro lado, estaba el Movimiento Democrático Popular (MDP), con los comunistas, el PS Almeyda y parte del PR, que integran Aníbal Palma, Guillermo Arenas, Cesar Parra, Norberto Arenas y varios más.

Hay a lo menos dos versiones acerca de cuál es el origen del Partido por la Democracia (PPD). Por una parte, se sostiene que surge a raíz de la necesidad de coordinar las instancias opositoras para enfrentar el plebiscito. Es necesario tener apoderados de mesa para controlar las elecciones, y además estar legalmente inscrito como partido político (cosa que el PS no podía hacer, por estar constitucionalmente proscrito en el tristemente célebre artículo 8° de la Constitución de 1980). La idea era crear un partido paraguas que permitiera la participación legal de todos los sectores de la oposición democrática, especialmente de socialistas y otros sectores progresistas, en el plebiscito de 1988.

El grupo que en esos momentos encabezan Lagos —ya en el PS—, Del Valle, Correa, Schilling y Martner, funciona como un equipo de apoyo del PS Núñez, y discuten con nosotros la formación de este nuevo partido. Para el PS, la creación de un referente era imprescindible, porque era el único camino para participar legalmente en el futuro plebiscito. En un comienzo, la idea parece ser común a toda la oposición, que quedaría agrupada en un partido único, pero muy pronto la DC decide inscribirse como partido, con lo que la idea cambia. Aparte del grupo del CIEL, sólo quedan el PS Núñez y el Partido Radical, pero los radicales abandonan el proyecto cuando no logran conseguir que sea Enrique Silva Cimma el que presida el nuevo partido, ni evitar que su conducción quede en manos de Ricardo Lagos. El PR, entonces, decide apartarse e inscribirse como partido. A la vez, nosotros decidimos impulsar el PPD como forma de aglutinar a una izquierda

decepcionada, al progresismo independiente, que nunca ha participado en política, salvo para ir a las manifestaciones anti Pinochet y abrirnos paso hacia una clase media profesional emergente.

Carlos Altamirano, entretanto, agobiado, a mi juicio, por las constantes referencias que todos hacen a su responsabilidad en el descalabro del 11 de septiembre de 1973, se margina de la actividad política y permanece en París. Nadie quiere reconocerle su auténtico cambio, nueva filosofía cuyo núcleo es la recuperación y desarrollo de la democracia, sin apellidos. Incluso, creo que se transforma en un incómodo referente para los socialistas.

A fines de 1987 surge un PPD esmirriado, pero pretencioso, que integran solamente el PS renovado y el grupo que había trabajado en el CIEL, de independientes de izquierda, más algunos liberales como Gregorio Eguiguren y los ex diputados Armando Jaramillo y Julio Subercaseaux. También algunos ex comunistas, entre los que destaca la ex parlamentaria y reconocida actriz María Maluenda (cuyo hijo, José Manuel Parada, fuera asesinado por la dictadura). Radicales como Víctor Manuel Rebolledo y Jorge Schaulsohn también se sumaron a la iniciativa: Rebolledo desde el CIEL, donde participaba, y en consecuencia como gestor del nuevo partido, y Schaulsohn desde el radicalismo, cuando su colectividad decidió no participar. Llegan también algunos socialistas que se habían mantenido al margen de las disputas internas; ex militantes de la Izquierda Cristiana, como el ex diputado Julio Silva o Sergio Bitar, ya incorporado al PS; dirigentes y militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), como Juan Saavedra Gorriategui, hoy alcalde de Pedro Aguirre Cerda, importante comuna del sur de Santiago, que abandonaron la lucha armada, y demócratas sin partido. Esa es la base principal a la que apunta la nueva estrategia.

El PPD tiene un nacimiento difícil. Todos los convocados lo quieren, pero nadie se atreve a dar el puntapié inicial, porque luego habrá que llenarlo de fichas; de personas de carne y hueso que se inscriban como fundadores y esa no es tarea fácil para la débil orgánica que lo sustentará en un comienzo. Nosotros estamos dispuestos a realizar el máximo esfuerzo con toda la orgánica de que disponemos. Cada dirigente que se integra a la armazón originaria dice no tener problemas para convocar a varios más. Se carece

de recursos en lo absoluto, salvo los propios que se aportan con gusto. María Maluenda, nuestra gloria del teatro, ex diputada comunista, que tiene un hijo asesinado por la dictadura, ante la demora, amenaza con citar a una conferencia de prensa y ser ella la única que llame a la fundación del PPD. La convocatoria surge entonces, con toda la carga emocional de su talento actoral y de madre sufriente que lo entrega todo en póstumo homenaje a su hijo.

A partir de ese momento, nuestra actividad fue febril. Nos desplazamos a todo el país juntando las firmas necesarias para inscribir al PPD, todos convertidos en obreros. A Jorge Schaulsobn y a mí, sin perjuicio de cubrir una parte de Santiago y de Valparaíso-Viña, nos correspondió inscribir al PPD en las dos últimas regiones: XI y XII. Recuerdo que la inmensa mayoría de los adherentes al nuevo partido eran antiguas y antiguos socialistas, y en esa zona, unos cuantos radicales. Muy de cuando en cuando, aparecía un MAPU o un Izquierda Cristiana, y también más de algún ex comunista o ex mirista. Casi todos los alcaldes de boy en esas regiones, o los que son o han sido parlamentarios, fueron fundadores del PPD. En nuestro camino íbamos redescubriendo antiguas amistades o sumergidas lealtades que comenzaban a emerger al conjuro de la lucha democrática. Realmente era emocionante ver cómo todos se cuadraban con la iniciativa, y cuán ansiosos estaban de volver a vivir en libertad y en democracia. Muchas veces la entrega a esta tarea era muy difícil, arriesgada y penosa. Recuerdo a una compañera y su marido, que llegaron discretamente al hotel donde alojábamos en Puerto Chacabuco para pedirnos consejo acerca de si se podrían inscribir disimulando su nombre, porque ambos trabajaban en Coybaique, en un organismo controlado por los militares. Yo mismo les respondí que eso no era posible, que la inscripción no sería válida. Entonces la compañera Ernestina, que así se llamaba esa ex socialista, me dijo: «Compañero, yo estuve con usted en el Pleno que hicimos hace varios años en Santiago, usted andaba clandestino (el año 84), y me dijo que lo hacía porque tenía hijos; nosotros vamos a inscribirnos porque también tenemos hijos». También en el proceso de inscripción hubo muchas sorpresas. Guillermo del Valle, por ejemplo, andaba inscribiendo en Concepción y Talcahuano, bastante desesperado porque representaba a un pequeño partido (el MAPU), con poco asentamiento

en la región y por lo tanto pocos contactos para difundir lo que hacía. En eso estaba cuando apareció el viejo Moschiatti (todo un personaje) y, voluntariamente, porque creía en la democracia, puso su cadena de radios a disposición de la tarea. Así llegamos, días antes del vencimiento del plazo (en marzo del 88), con fichas suficientes para inscribir al PPD en todo el país.

En su primera organización, el PPD funcionaba como una suerte de brazo ejecutor de las políticas dispuestas por el PS, todavía en una semi clandestinidad, y la dirección del nuevo partido carecía de autonomía para tomar decisiones importantes. Estas debían ser aceptadas por Jorge Arrate o por mí, especies de «comisarios» designados por la Comisión Política del PS, lo que marcaba la clara dependencia política en que se encontraba, a pesar de los ingentes esfuerzos de Ricardo Lagos, su primer presidente, por darle vida independiente y también, digámoslo francamente, por instrumentalizarlo como su estructura de apoyo.

La primera presentación exitosa de este «partido instrumental» la hizo enfrentando el plebiscito mismo. El PPD, recién formado, se dio el lujo de tener en las mesas receptoras de sufragios a 22 mil apoderados, recolectados en un esfuerzo gigantesco, del cual participaban todos los demócratas que querían ponerle término a la dictadura, usando los espacios que, a fuerza de presión, ella misma había abierto. El plebiscito fue el primer y gran éxito de la Alianza Democrática, a esas alturas agrupada en la Concertación de Partidos por la Democracia, y marcó definitivamente la presencia socialista/democratocrisiana.

La verdad es que el PPD se convirtió en el primer punto de encuentro real de socialistas por la democracia. Había un objetivo común que nos unía y cuyo logro era necesario alcanzar, sin sectarismos, con una definición pluriclasista, obligados a entendernos, fuera cual fuere el origen o proveniencia de nuestras militancias: la democracia. Y también, mirado desde nuestra particular óptica, un desarrollo progresista de la nueva sociedad. Los socialistas pasamos desde entonces a tener formalmente la militancia del PPD y simultáneamente la del PS.

El plebiscito se constituyó en un éxito sin precedentes, para una concertación de partidos armada al fragor de la lucha contra la dictadura, en una confrontación llena de peligros e incertidumbres,

que duraron hasta pasada la medianoche del día de la votación. Aún hoy día no se aclara plenamente cuán cerca se estuvo del fraude y la burla de la voluntad popular. El anuncio hecho por el general Fernando Matthei, integrante de la Junta, de que había ganado la oposición, y su reiteración por Sergio Onofre Jarpa, pusieron término a una noche de inquietud y desvelos, en que todo lo logrado en años de esfuerzo y sacrificios para recuperar la democracia, pudo irse al tacho de la basura. En un libro de memorias, Matthei confirma la existencia de maniobras, al interior del gobierno militar, destinadas a desconocer los resultados del plebiscito. El pinochetismo aún lo niega.

Poco tiempo después del plebiscito, el PS acuerda realizar su primera elección de autoridades elegidas por el voto directo de sus militantes. Nos enfrentamos Jorge Arrate y yo, compitiendo en una ventilada campaña por la secretaría general del Partido. Las figuras más conocidas, como Ricardo Núñez, Marcelo Schilling, Luis Alvarado, que luego fuera ministro de Bienes Nacionales con Aylwin, Ricardo Lagos, Heraldo Muñoz, apoyan a Jorge Arrate, con un mensaje de renovación revolucionaria que reivindica el desarrollo marxista de la sociedad en términos gramscianos. Yo recojo el apoyo de lo que denominábamos «el pueblo socialista», con Akín Soto, Darío Pavez, Hernán Vodanovic, Carlos Briones, Angel Flisfisch, José Joaquín Brunner y una clara posición renovada de un socialismo democrático y viable, «capaz de articular en Chile un nuevo espacio político de centro izquierda, que reúna y convoque a las fuerzas socialistas y democráticas, a radicales y socialdemócratas, a humanistas, cristianos progresistas, verdes y ecologistas, a movimientos de defensa de los derechos humanos y de la mujer y, en fin, a todos aquellos que expresen las nuevas realidades de la sociedad chilena postpinochetista, junto a otros sectores de la izquierda que estén dispuestos a abandonar el maximalismo, el dogmatismo y las viejas alineaciones, hoy día en crisis», como lo expreso en mi documento de campaña «La revolución de la Democracia», de marzo de 1989. En términos más simples, Arrate era el revolucionario marxista, pero democrático, y yo el socialdemócrata reformista. La historia se ha encargado de establecer que ambos éramos igualmente socialistas reformistas, que abominábamos de toda expresión de violencia en la búsqueda

del socialismo. Ganó Arrate y creo que bien, pero me causó una profunda decepción enterarme, tiempo después de celebrada la elección, del fraude cometido en algunos puntos del país y que luego me fueran confesados por sus propios autores, entre ellos el mismo Marcelo Schilling, jefe de la campaña de Arrate, o el concejal socialista de Curacautín, único punto de la provincia donde no sólo no gané, como había sido en el resto, sino que perdí por algo así como 200 votos contra 14; o en Lota, donde el concejal socialista me confesó que la votación se había amañado en su casa, con resultados similares; o en Pichilemu, donde votaron 77 militantes inexistentes, bajo la mirada atenta de Luis Alvarado; y no recuerdo bien si en Camarico o Cumpeo, en la provincia de Talca, por donde yo había sido senador. En toda la provincia obtuve una enorme mayoría, menos en uno de esos pueblitos, que saqué cero votos, explicable porque no había militancia, salvo que mi contrincante sí sacó una jugosa cuota electoral.

No me dolió perder, creí que había sido todo limpio, y antes de que terminara el escrutinio estaba felicitando a Jorge, éramos amigos y habíamos tenido una buena parte de nuestra vida partidaria exactamente en el mismo lado. A ratos pienso que ni siquiera se enteró de lo sucedido en su propia campaña. Tampoco desconfío de Ricardo Nuñez, éramos demasiado amigos. Sí me dolió y me causó una profunda decepción pensar que los ideales depositados por miles de jóvenes, mujeres y adultos a lo largo de la historia del PS, también pudieran ser fraudulentamente burlados. No lo denuncié porque me enteré demasiado tarde y porque de ninguna manera le habría causado daño a la imagen de un partido que venía renaciendo, al que yo quería mucho.

Muy pronto se nos vinieron encima las elecciones de Presidente de la República y las primeras parlamentarias.

Nos habíamos hecho algunas ilusiones acerca de la persona que encabezaría la Concertación; Ricardo Lagos había destacado lo suficiente como para pretenderlo, pero su dedo acusador denostando a Pinochet en televisión, con valentía y audacia, no era bastante para contrarrestar las reticencias militares y la ciega oposición de la derecha. Incluso entre la gente de izquierda rondaba el temor de que su candidatura hiciera volver recientes temores de una vuelta atrás, y la DC, verdaderamente el único partido po-

lítico estructurado, no sólo con tradición de gobierno, sino también con cuadros capacitados para enfrentar una transición a la democracia, se sentía con un derecho adquirido, que no estaba dispuesta a poner en discusión.

Así las cosas, y luego de un breve escarceo, sin importancia, durante el que circularon nombres como el de Enrique Silva Cimma, Sergio Molina, Eduardo Frei Ruiz Tagle, se impuso la lógica política de un enfrentamiento electoral pacífico que nos volviera lentamente a la democracia. Yo creo que, en definitiva, fue un ejercicio de madurez y comprensión de la realidad. Curiosamente, en el campo del socialismo, los primeros en reconocer este mejor derecho de la DC fueron los *terceristas* del PS Almeyda, y Luciano Valle su portavoz.

Reconocido este mejor derecho, no fue fácil la elección dentro de la Democracia Cristiana. Hubo precandidatos a granel: Patricio Aylwin, Sergio Molina, Eduardo Frei Ruiz-Tagle, Gabriel Valdés, posiblemente el de mayores galardones ganados durante la larga marcha de la oposición a la dictadura. Hubo encuentros y desencuentros, acusaciones de fraude interno y pequeños engaños para ganar la delantera dentro de la carrera de los DC, pero estos son ápices de la pasión por representar a un pueblo ávido de libertad, que en nada enturbian la elección final de Patricio Aylwin, y menos lo que sería su exitoso y difícil período presidencial. Yo lo conocía desde la época en que ambos fuimos elegidos senadores por Curicó, Talca, Linares y Maule, en la dura campaña parlamentaria de marzo de 1973; tenía el recuerdo de haber sacado una sustancial cantidad de votos mayor que él, pero también la imagen de un tenaz opositor a nuestro gobierno, que, en ese entonces, luchaba por que la DC y la derecha obtuvieran una mayoría suficiente para acusar constitucionalmente al Presidente y así terminar abruptamente su mandato. Mi votación, entre otras en el país, muy mayoritaria, había hecho posible la elección de mi compañero de lista, Carlos Toro, y con ello frustrado tan odiosas pretensiones.

Debo confesar que entonces me enervaba su permanente sonrisa y que le tenía desconfianza. Sin embargo, el recuerdo y la impresión de esos años, habían mejorado considerablemente, después de una larga caminata que tuvimos en Madrid. Ya ambos éramos opositores a Pinochet y paseando por La Castellana, con

un breve descanso en el café Gijón, nos hicimos recíprocos reconocimientos: yo de mi exaltado socialismo y él de su apoyo al golpe de Estado, bajo la influencia de Eduardo Frei Montalva, como me confesó. Esto fue el año 81, quizás el 82. Pasados los años, ya en democracia, Patricio Aylwin hizo públicamente su *mea culpa* y arrepentimiento en diversas entrevistas, la más importante en el *Excelsior* de México.

La derecha y el pinochetismo tuvieron más problemas que nosotros para nominar a su candidato. Hubo una sorda y luego abierta pugna entre los representantes de la derecha política clásica, que levantaron la candidatura de Onofre Jarpa, y el pinochetismo puro y duro de la UDI y los estamentos militaristas, que le opusieron a Hernán Büchi, ex ministro de Hacienda del gobierno militar y una figura sumamente heterodoxa para la derecha: poco formal, separado y «emparejado», y con un pasado de militante del MIR. Como era de esperar, la derecha más dura se impuso y este último fue el candidato. Pero la designación se tomó su tiempo, no sólo por las disputas entre los dos partidos, sino además por las «dudas existenciales» del «hombre» de la UDI, que tras una intensa campaña con afiches y volantes callejeros («Büchi es el hombre», era el eslogan) anunció que no quería ser candidato. Jarpa pareció consolidarse entonces como la única figura que seriamente podía postular a la Presidencia, pero luego Büchi reapareció, tras una ascensión al Aconcagua, explicando que «la montaña le habló» y por lo tanto sí sería candidato. Seguramente tuvieron más peso los argumentos del empresariado y del gobierno militar que los de la montaña, y, en definitiva, asumió la representación de la derecha y el pinochetismo. (Como se puede apreciar, las últimas invocaciones de Longueira a sus conversaciones con Jaime Guzmán en el más allá, tienen un precedente esotérico en las invocaciones de Büchi a la montaña.)

En el plano parlamentario la situación era muy compleja, en atención a la ley electoral vigente que, con un voto más del tercio, permitía elegir a la mitad de los parlamentarios. Así las cosas, la ley natural de las mayorías personales, que representaba la voluntad popular frente a sus futuros representantes, era burlada.

Preparándonos para el futuro, los PPD-PS llevamos a Ricardo Lagos como candidato a senador por Santiago norponiente, mientras

la DC lo hacía con Andrés Zaldívar, y la alianza UDI-RN, con Jaime Guzmán y Miguel Otero. Los principales líderes socialistas fuimos en diversas agrupaciones o distritos, menos el almeydismo, que con el PC, constituían el PAIS y fueron en lista aparte.

Los fracasos más sonados para la izquierda los constituyeron la derrota de Lagos en Santiago, la mía en la Novena Región Norte y la de Maira en Concepción. Lagos se perdió al obtener menos votos que Andrés Zaldívar, y, por muy poco, no alcanzar a doblar a la lista de la derecha, permitiendo la elección del líder de la UDI, Jaime Guzmán Errázuriz. En cuanto a esta derrota hay muchas opiniones: la explicación más compartida es que Lagos perdió porque hizo una verdadera campaña presidencial, dejando de lado a Santiago mismo, lo que es cierto, pues pasó mucho tiempo en giras a provincia apoyando a candidatos PPD-PS. Me consta por su prolongada gira por las provincias que yo pretendía representar. También se ha dicho que la gente lo sentía poco cercano, que no era buen candidato al lado de un Zaldívar metódico y preocupado de llegar a cada rincón de su circunscripción, en una campaña hormiga impresionante, tomando «tecitos» con cuanta señora lo recibiera, y con una DC que le daba el respaldo necesario, al que se sumaban radicales y «socialdemócratas». No vale la pena hoy ahondar en el tema, los hechos fueron como fueron y tuvieron las consecuencias que tuvieron.

Yo me perdí frente al candidato del Partido Radical, Ricardo Navarrete, que, con el apoyo de su partido, la Democracia Cristiana y el muy importante en esa zona del candidato a diputado Roberto Muñoz Barra (hoy senador PPD, a mis instancias), logró superarme por estrecho margen. El problema fue que entre ambos no logramos doblar a la lista de derecha, y por más que fui lejos la segunda mayoría de la región, el elegido fue el RN Francisco Prat, que obtuvo mucho menos votación que yo. Fue una campaña normal, sin mayores altibajos, salvo un accidente automovilístico, que me mantuvo los casi treinta días previos a la elección hospitalizado en Santiago. Las malas lenguas me comentaban que mi compañero de lista, el *Gato* Navarrete, en sus discursos finales se lamentaba dolidamente de mi «trágica situación», que seguramente no me permitiría regresar a la zona, o me dejaría en inestable condición psicológica. No sé cuán ciertos pueden haber sido los

comentarios, pero creo firmemente que perdí por lo añejo y demasiado socialista de mi discurso y porque carecía del carisma suficiente para vencer imágenes del pasado, que pocos querían recordar. La verdad es que yo debiera haber sido candidato a senador por Curicó y Talca, donde había tenido una mayoría abrumadora en 1973, pero, seguramente, con las mejores intenciones mis compañeros de Comisión Política, Núñez y Arrate, me desalentaron, con el argumento de las dificultades que encontraría en Linares y Maule, que hasta entonces conformaban igualmente la Séptima Región, donde iría al sacrificio Jaime Gazmuri. Yo había llegado hacía poco tiempo del exilio y no estaba enterado de que la Séptima Región se dividiría en dos. No sé si fue ingenuidad o desconocimiento generalizado de lo que sucedía, lo que me llevó a aceptar gustoso el cambio. Luis Maira obtuvo una gran votación en la Octava Región, Concepción, pero iba fuera de los dos grandes bloques que disputaban el electorado, la derecha y la Concertación. Maira representaba al PAIS, y su única opción para salir elegido era obtener el 33 por ciento más uno de la votación, lo que no logró, y a pesar de ser la segunda mayoría de la zona tampoco salió elegido. Fue uno de los tantos milagros del sistema electoral que aún está vigente.

Es curioso, pero muchos sostienen que el PPD, como partido propiamente tal, comenzó a nacer con la muerte electoral de Ricardo Lagos. Conversaba esta afirmación con Guillermo del Valle y Guillermo Arenas, a la sazón candidato a diputado del PAIS y luego dirigente del PPD, y llegábamos a la misma conclusión. La derrota de Lagos se parece a la derrota del 21 de mayo de 1879: se bunde la Esmeralda, muere Prat en una heroica defensa, nada indica la presencia de un triunfo y sin embargo, el gran triunfo comienza con el renacimiento de la fe en el ánimo de la población chilena, basta entonces poco impactada por la guerra del Pacífico, de impulsar heroicamente a sus representantes, a sus tropas, en la batalla contra peruanos y bolivianos juntos. Es como que nace por fin la fe del patriotismo. El PPD aparecía hasta el momento de las elecciones como un simple instrumento del Partido Socialista que se presentaba con personalidad y perfiles propios, exclusivamente en la medida que era funcional a las pretensiones presidenciales de Ricardo Lagos. Cuando Lagos es derrotado en la elección senatorial de

Santiago por Andrés Zaldívar, renuncia a la dirección del PPD y éste queda, aparentemente, entregado a la voluntad del Partido Socialista y de los pequeños grupos que lo conforman; su objetivo de conquistar la democracia, con la elección de Aylwin y el desplome consiguiente de la dictadura, parece cumplido.

La gente del PPD siente con amargura que las ilusiones que se forjó de ser algo más que un partido instrumental va a desaparecer. El éxito de haber sido capaces de aunar tantas voluntades distintas bajo un mismo alero para conseguir la democracia, está a punto de ser frustrado.

La lógica indica que el instrumento PPD ya cumplió su función y que cada cual debe volver a su redil de origen, pero pocos quieren hacerlo: ha sido demasiado difícil, pero demasiado hermoso a la vez, lograr que se pongan de acuerdo y generen esperanzas comunes, de largo plazo, ex miristas, ex liberales, socialistas, ex comunistas, ex MAPU, ex Izquierda Cristiana, ex demócratacristianos. Y lo han logrado, y han ido transformando lo que era un mero instrumento electoral, y cada pequeño grupo ha debido bajar su cuota de sectarismo para integrarse a la gran cuota de solidaridad de una centro izquierda que quiere construir democracia, y entonces comienza a soñar con un objetivo de más largo alcance: crear una democracia donde haya más justicia, más libertad y oportunidades para todos.

Estos son los temas que se debaten en el Consejo General de enero de 1990, donde ni una sola voz se alza para olvidar al PPD y devolverlo a su madriguera. Las únicas disquisiciones que se escuchan con cierta claridad son las que plantea un sector del MAPU, que aún funciona como fracción de su antiguo partido y que siente, y así lo expresa, que el PPD se puede convertir en un partido pequeño burgués de centro derecha. Para ese pequeño sector todavía no está clara la capacidad que tiene el PPD de albergar ideas distintas, pero que tienen finalidades comunes. De entender, como la mayoría lo entiende, que las ilusiones de un Gregorio Eguiguren o de un Armando Jaramillo Lyon, agricultor del valle de Santa Cruz, pueden ser comunes con las de un socialista como yo mismo, por ejemplo; o de un ex radical revolucionario, como Jorge Schaulshon, o un ex mirista como mi amigo Juan Saavedra Gorriategui, hoy exitoso alcalde de Pedro Aguirre Cerda. Que todos

hemos pasado por la injusticia, por la discriminación, por el horror de la carencia de democracia y que queremos crear una democracia real para todos, es decir, que tenemos un objetivo que cumplir. Soy elegido presidente, sin elecciones directas previas, por el Consejo General del PPD que se realiza en el hotel Tupahue. Creo que es entonces, y no es jactancia porque el mérito es compartido, que empieza a nacer verdaderamente el PPD, con personalidad y perfiles propios, dentro de una matriz democrática y socialista con nuevos valores, donde la diversidad del partido que surge es tan grande que cuesta contener las ideas en un solo instrumento.

En ese primer Consejo se plantean las cuatro áreas que los PPD quieren desarrollar: educación pública, incluida la universitaria, y la cultura como bases esenciales del desarrollo social, económico y político; la salud de calidad garantizada por el Estado a todos los sectores de la sociedad, sin perjuicio de la salud privada a la que puedan tener acceso los que están en condiciones de costársela; la defensa del medio ambiente y el desarrollo sustentable de nuestras riquezas básicas, la ecología como defensa de la vida de los ciudadanos; la regionalización del país, generando bases de autonomía que impulsen el desarrollo de la capacidad individual en las provincias, todo dentro de un marco de defensa irrestricta de los derechos humanos.

Durante un año ejercí en plenitud el cargo de presidente del PPD y mi mayor esfuerzo se concentró en evitar la generación de fracciones al interior del Partido; no quiero vivir la penosa existencia que durante años ocupó las energías de dirigentes y militantes en el Partido Socialista, con divisiones y fraccionamientos. Al interior del PPD subyacen grupos de regular importancia y trascendencia: la «Coordinadora», donde hay ex radicales, ex MIR, etc., y que pugnan por participar en la conducción del Partido. Aquí están Juan Saavedra, Felipe Letelier, y muchos independientes. Otro grupo es el de los Tortugas Ninjas, gente joven de origen socialista e Izquierda Cristiana, bautizados así por una popular serie del momento, protagonizada por unas tortugas humanizadas, adolescentes y verdes: lo de jóvenes y «verdes» (en el sentido ecologista) era lo que identificaba a este grupo. Entre ellos estaban Guido Girardi, Oscar Santelices, Eduardo Báez (que fuera alcalde de Lo Espejo) y muchos más. Todos quieren abrirse camino. A mi

juicio han demostrado tener buena voluntad y honradez para enfrentar el desarrollo político del PPD. Como puedo, los integro en plenitud y hago todo lo posible por destacar a las figuras jóvenes emergentes del Partido. Así, tuve una preocupación esencial por ir trasladando al primer plano a Jorge Schaulsohn, Guido Girardi, Sergio Bitar, Juan Saavedra, Oscar Santelices, María Antonieta Saa. Ellos participaban de todas nuestras principales conferencias de prensa, cada uno se va especializando en algún tema, incluso creamos la casa y el teléfono verdes en nuestra sede de Padre Luis de Valdivia para atender los temas ecológicos, y procuramos permanentemente situarnos de cara a los problemas concretos de la gente. Como una crítica muchos nos plantean, sobre todo desde la izquierda, que el Partido por la Democracia es un partido meramente programático, sin un ideario propiamente tal. Nuestra respuesta es siempre la misma: si las ideas no se concretan en programas pasan a ser ideas inútiles para la gente; no basta con decir quiero justicia, si no somos capaces de decir cómo vamos a acceder a ella y en este cómo, está integrada la ideología. Son las maneras distintas de hacer política que empieza a poner sobre la mesa el PPD y que capturan la emoción de la gente joven y de las mujeres, que son más sensibles a los cambios profundos que se operan en la sociedad. Hasta nuestra aparición a nadie parecía conmoverle mucho el tema del medio ambiente, ni pensaba que la manera de tratarlo era un atentado a la vida y un pesado fardo para las futuras generaciones. El PPD hurgó en estos temas y puso sobre la mesa la cuestión vital: ¿qué queremos?, ¿progresar económicamente, acortando la vida de la gente, para cumplir el papel que generalmente los países más adelantados le asignan a los países periféricos; producir más barato sin las restricciones propias del control ecológico, o tratar de desarrollar una economía ecológicamente sustentable, donde sin exageraciones nuestro primer interés esté en el ser humano y luego en el progreso económico?

Creo que fue un año de dirección bueno. Los socialistas del PPD no armaban grupo aparte, se empezaban a sentir pepedés propiamente tales. Lo mismo sucedía con la mayoría de los radicales y otros grupos incorporados. Solo los MAPU, con mucho disimulo, seguían y siguen hasta el día de hoy teniendo reuniones particulares al margen del partido en que militen. El Partido como tal

se estaba consolidando y desde mi personal punto de vista, de acuerdo a la motivación que habíamos tenido los socialistas para su creación, se estaba abriendo con éxito hacia sectores cada vez más amplios de la sociedad, el PPD era un partido pluriclasista que apostaba por el progreso y la justicia social.

En esa época precisamente, cuando despejábamos con fuerza, el Partido Socialista de Chile, impulsado por su nuevo secretario general, Jorge Arrate, decretó el término de la doble militancia, salvo para el caso personal de Ricardo Lagos. Esto significaba que todos los socialistas que estábamos en el PPD teníamos que tomar la dramática decisión de quedarnos en uno u otro partido, y que el hijo del PS quedaba huérfano, entregado a la suerte de los pequeños grupos que antes lo habían integrado. Personalmente creo que fue un golpe absurdo y torpe del PS; creo que Arrate lo hizo en la convicción de que al producirse el desembarco de los socialistas del PPD hacia el partido madre, éste se fortalecería de manera extraordinaria y podría aspirar a ser nuevamente eje y conductor de la política chilena. Para mí era cortar, antes de que fructificara, una inteligente política de apertura de nuestro PS renovado hacia los sectores progresistas medios e incluso altos de nuestra sociedad, hacia aquellos que habían sido capaces de deponeer sus intereses personales o de grupo para recuperar la democracia, aquellos sectores para los cuales la defensa de los derechos humanos era esencial, y en consecuencia tenían la vista puesta en un proyecto amplio, donde todos cupiéramos; política a la cual los socialistas del PPD ayudaríamos a insuflar un nuevo aire de carácter progresista.

La verdad es que ninguna de las tesis de Arrate se daba en la práctica. Para que el PS recuperara su credibilidad en una política democrática y plural, faltaban reformas muy profundas en su seno mismo, y un largo recorrido que las asentara. Los socialistas que gustosamente entraron a militar al PPD, convencidos de que era lo mismo, al poco tiempo de integrarlo comenzaron a ver que el PPD corregía de manera natural los antiguos manejos de maquinismo y sectarismo interno y externo con los que había mal vivido tanto tiempo. Comenzó entonces a tomarle cariño y a sentir que podía participar con más fuerza, preocuparse realmente de los problemas que acuciaban a la gente y ser más libre. Y que no era

cuestión, en consecuencia, de decirle, sin ninguna explicación, hasta aquí no más llegó su actividad en el Partido por la Democracia, ahora la suspende y vuelve a la vieja casa. En el PPD ya estaban construyendo su vida y tenían ilusiones y ambiciones y así, porque sí, se las querían cercenar de repente.

Yo tuve claro desde un comienzo cuál era mi deseo y mi obligación moral como presidente del Partido por la Democracia, aunque estuviera de préstamo por el Partido Socialista. Me pareció inmoral e inconveniente dejar en la estacada un proyecto de ampliación del socialismo como el que habíamos iniciado con el PPD, recreando la aspiración y la pasión de muchos por hacer una política sana, abierta, sin sectarismos, que quisiera realmente llegar a una democracia en progreso. Tomé la resolución de no renunciar al Partido por la Democracia, aunque ello me significara la exclusión del Partido Socialista en el cual había militado por más de cuarenta años.

No fue una decisión fácil. Sólo pude tomarla en la medida que gané conciencia de que era mucho más socialista en el Partido por la Democracia, donde realmente tratábamos de concretar nuestras aspiraciones, que en mi viejo Partido. Y que no era ético abandonar a los miles de adherentes que de nuevo miraban con ilusión la política y se sumaban a ella. Luego de mi decisión intenté convencer a mi secretario general para que hiciera lo mismo. No necesité desplegar un gran esfuerzo: Sergio Bitar pensaba igual que yo, y responsablemente se mantuvo también en la secretaría general del PPD, igual sucedió con Guido Girardi, que venía de la Juventud Socialista y antes, del MIR. Pero no fueron pocos los altos dirigentes que abandonaron al PPD, optando por el PS: Ricardo Núñez, Jaime Estévez, Jaime Gazmuri, Hernán Vodanovic, Adriana Muñoz (que después volvió), José Antonio Viera Gallo y muchos más; es decir, toda la plana mayor del socialismo. Así enfrentamos la siguiente elección municipal. Incluso con incidentes previos como los acontecidos en el Congreso de Chillán, al parecer ciudad infame en la producción de conflictos para el socialismo, donde tuvimos que desembarcar a más de cincuenta candidatos que ya habían optado por el PS y sin embargo pretendían ser candidatos del PPD. Nada nos era fácil entonces: la prensa y la televisión comentaban «el PPD en la UTL... » y muchos militantes y dirigentes

así lo sentían. Pero perseveramos en nuestras conductas y planteamientos y, contra todo vaticinio, superamos levemente al propio Partido Socialista.

En marzo del 91 fui elegido, ahora democráticamente y por votación universal, presidente del PPD por un período de dos años. Conmigo salieron Jorge Schaulsohn como secretario general y Sergio Bitar como vicepresidente. También asumen en la dirección del partido Víctor Manuel Rebolledo y Guillermo del Valle. Creo que entonces se inició el verdadero despliegue del PPD. La figura de Ricardo Lagos estaba, sin lugar a dudas, en el centro de la existencia del Partido, pero no era todo el Partido.

Es este conjunto de personas y las diversas tendencias que habían aparecido en el PPD como consecuencia del variopinto origen de los que lo conformaron, que se integran realmente a la organización partidaria, lo que le da cuerpo y vida a un Partido por la Democracia vigoroso y pujante, que plantea temas nuevos a la sociedad. Nuestro mayor afán en esos momentos es la defensa de los derechos humanos, del medio ambiente y de temas que atañen a la libertad: el divorcio o la censura, que parecen estar sumergidos u olvidados; la participación ciudadana, entendiendo que nuestro partido es un partido más de ciudadanos que de soldados militantes, donde toda la gente de buena fe pueda integrarse sin temor a ser descalificado por izquierdista o por anti izquierdista. La verdad es que terminamos siendo capaces de darle un giro importante a la política en este sentido.

Ser reconocidos como un nuevo partido tuvo más de alguna dificultad. A Patricio Aylwin, por ejemplo, le costaba mucho reconocer nuestra independencia. Según me decía habitualmente, «pero si Uds., son socialistas...» o, si había designado para algún cargo de cierta importancia a un socialista, debiendo ser un PPD, con su habitual sonrisa, el Presidente me comentaba —sin mucha réplica posible— «pero Erich... si yo creía que el designado era del PPD... cuesta tanto distinguirlos de un socialista...». La DC nos miraba con desconfianza, intuyendo quizás, que le rasguñábamos una parte del «centro político». El Partido Socialista, nuestro progenitor y aliado preferente, nos comenzaba a ver como un peligroso competidor.

Y así el PPD está ausente del gobierno. Pero somos insistentes.

No porque nos interese tener cargos más o cargos menos, sino porque nos interesa estar presentes en «nuestro gobierno» para aportar con «nuestra» visión de los problemas. Cuando se trata de algunos temas importantes, como la formación de una gran comisión para investigar el tema de los derechos humanos, hay militantes del PPD que son llamados a integrarla y eso nos satisface. Cuando en el Congreso uno de nuestros diputados denuncia los llamados «pinocheques», que involucran a un hijo del general Pinochet con una comisión de más de un millón de dólares en la compra de armas en Libia, sí nos llama el Presidente Aylwin para dialogar con nosotros sobre cómo cambiar un poco el curso ya casi fatal de los hechos y calmar en consecuencia al viejo general.

Es tan tediosa esta situación de anonimato público del PPD en el gobierno —que se repite en los nombramientos de intendentes y gobernadores—, que tenemos una verdadera fiesta en el Partido cuando por fin logramos la designación de cuatro alcaldes: Rodrigo González, en Viña del Mar, Eduardo Báez, en Lo Espejo, María Antonieta Saá, en Conchalí, y Juan Saavedra, en Pedro Aguirre Cerda. Nos acaban de dar título de mayores de edad. Con el tiempo el primer gobierno de la Concertación, y los que siguen con mayor razón, se acostumbrarán a discriminar entre un socialista y un PPD e iremos ganando participación en las tareas más importantes del país.

El PPD crece con nuevos nombres importantes: Francisco Vidal, Adriana Delpiano, Víctor Barrueto, Guido Girardi, Guillermo Arenas, María Antonieta Saá, Adriana Muñoz, Domingo Namuncura, Luis Jofré y ahora último Loreto Schnake y Carolina Tohá; y después de sucesivas elecciones, superará de manera ostensible en número de parlamentarios electos al propio Partido Socialista.

La elección del candidato presidencial que sucederá a Aylwin en 1994 no está exenta de problemas. A nosotros y al Partido Socialista nos parece de justicia que se inicie la alternancia en el poder al interior de la Concertación y que ha llegado la hora de que la visión socialista, que ha sido fundamental en la recuperación de la democracia, se exprese en el futuro gobierno. Ahora sí que es indiscutible que Ricardo Lagos ha ganado con creces su espacio. Pero la Democracia Cristiana no quiere aflojar las riendas del gobierno y como partido mayoritario hace valer con fuerza su pretensión. Yo

he dejado la presidencia del PPD, que ha quedado en manos de Jorge Schaulsohn y ejerzo una vicepresidencia. En ese carácter soy designado a cargo de las conversaciones con la DC y el PR, que se han aliado electoralmente, para discutir el método que se seguirá para la designación del candidato único presidencial. Por el Partido Socialista es nombrado Hernán Vodanovic. La cuestión básica que hay que dilucidar es la pretensión de la DC de acordarle un importantísimo plus a su mayor envergadura electoral, lograda en la últimas elecciones parlamentarias. Nuestra objeción se basa en que esta mayor votación, representada por un importante número de parlamentarios elegidos, no es el reflejo de la situación de fondo. Para nosotros, y sigo creyendo que es así, lo importante para poner término a la dictadura y elegir a Aylwin Presidente, ha sido el encuentro de dos mundos que antes fueron opuestos: la Democracia Cristiana y el socialismo y que a la primera hay que restarle el plus de haber competido siendo «el partido del Presidente». Las discusiones son eternas y por la DC las lleva fundamentalmente Genaro Arriagada. A petición mía soy sustituido en la comisión negociadora por Víctor Manuel Rebolledo, nuestro experto electoral. En definitiva se acuerda un sistema que privilegia de manera ostensible la calidad de partido mayoritario de la DC. Ricardo Lagos nunca se convencerá de que no fue «echado al saco». Frei será nuestro candidato al próximo período presidencial. Y será elegido con una gran votación.

En el plano electoral parlamentario, creo que cometemos un craso error: fijarnos como meta ganar al PS, lo que entabla una torpe competencia en la que a veces (pequeñeces de la política pequeña) tanto ellos como nosotros buscamos apoyo en la Democracia Cristiana para aumentar nuestras posibilidades. El artífice de los buenos resultados no es sólo el sentimiento de adhesión que la gente nos expresa, es también la mano de Víctor Manuel Rebolledo, encargado electoral del PPD, que logra combinaciones muy satisfactorias para nuestros intereses. Pero así como Rebolledo ayuda a situarnos sobre el PS, aunque las votaciones sean muy similares, también utiliza su maestría para ganar poder y transformarse en un verdadero mago de las elecciones internas, en las cuales comienza a utilizar métodos reñidos con el sentido de transparencia y honestidad del PPD. Su designación como ministro Secretario

General de Gobierno, trabajosamente obtenida con el apoyo de Genaro Arriagada, le acuerda una nueva e importante base de operaciones, desde la cual despliega una maquinaria interna, casi imbatible. Los extraños manejos que hace del poder ganado, nos llevan a pedir su cambio.

En unas elecciones generales en su zona del Norte Chico, logra hacer votar a más gente que militantes inscritos y lo hace a su regalado gusto. En algunas comunas beneficia a Jorge Schaulsohn, pero en la siguiente lo baja y me beneficia a mí; en una tercera me baja a mí, para beneficiar a Bitar o a Del Valle. El siempre está arriba en todas y naturalmente que nadie reclama porque de alguna manera y en algún lugar ha sido claramente beneficiado.

Pero no sería honesto si sólo le imputara responsabilidad a Rebolledo en este tipo de amaños. La verdad es que con el tiempo y el éxito, importantes sectores del PPD han dejado de buscar la utopía que perseguíamos desde su creación, y ya comienzan a buscar la forma de satisfacer protagonismos y apetitos personales. Incluso en las elecciones generales, un alto dirigente del Partido sorprende un «paquete» ilegítimo de votos fraguado por partidarios de Guido Girardi. Ante la posibilidad de la denuncia, le ofrecen compartir el paquete, y el denunciante acepta. Y así se van formando las mayorías internas. Pero el PPD tiene un mérito, no guarda bajo la alfombra la mugre de su salón. Los hechos se denuncian y se hace un gran Consejo exclusivamente para crear una comisión que investigue y sancione los actos de corrupción electoral. Comisión que preside José Zalaquett, de irreprochable conducta pública y fama de transparencia. Esta comisión dicta normas obligatorias que hasta hoy rigen las conductas internas del PPD, aunque no siempre sus prácticas.

Sin embargo, la proliferación de máquinas para obtener votaciones o designaciones sigue siendo un hecho. ¿Será ésta la desgracia insuperable de los partidos políticos chilenos, ¿de los chilenos no más? ¿O será un signo propio de las sociedades de esta época? ¿Será que no aceptamos o no internalizamos la democracia? ¿Que lo que queremos no es lo que hacemos, que hablamos de la honestidad como un valor irreemplazable, pero que en nuestras conductas lo rechazamos a menudo? ¿Seguiremos todavía en la vieja afirmación de Maquiavelo de que «el fin justifica los medios»? ¿Y

cuáles son los fines que lo justifican y cuáles son los medios a emplear, dará lo mismo mentir, robar, matar, engañar, o acaso la mentira y el engaño en política se hacen para no pecar de ingenuo?

Este es uno de los fenómenos más difíciles de resolver de la política en general, a nadie al parecer se le ha ocurrido qué sucedería en política si todos fuéramos honestos y no engañáramos. A lo mejor la respuesta es que viviríamos mejor. Que habría puntos de vista opuestos pero no falseados o engañosos, lo que permitiría el diálogo y el encuentro. En fin, yo sé que soy ingenuo y utópico, pero prefiero quedarme así, por lo menos mis hijos, mi mujer y mis amigos me lo agradecerán.

La campaña de Eduardo Frei es intensa y exitosa. A mí me toca hacerla como candidato a diputado por un distrito del sur de Santiago, que integran las comunas de San Miguel, Pedro Aguirre Cerda y Lo Espejo. Son las antiguas canchas de Mario Palestro, en esos momentos marginado oficialmente del Partido Socialista y a quien la Dirección del Registro Electoral le ha impedido inscribirse como candidato independiente en lista con el PC. Así las cosas, esto es una carrera corrida. Cuento con el apoyo del PPD y del Partido Socialista. La DC lleva a Seguel, diputado en ejercicio por el distrito. La lógica y todo indica que una vez más doblaremos a la derecha pero... no todo está dicho. En una insólita decisión la Corte de Apelaciones de Santiago, por dos votos a uno, decide la inscripción de mi amigo Mario Palestro; no tiene nada que hacer, aunque en combinación con Jaime Insunza me puede restar una buena cantidad de votos de la izquierda y personales de Mario. La campaña misma refleja un gran apoyo a la lista concertacionista y al parecer soy yo quien encabezará los computos. Mis puntos débiles son Pedro Aguirre Cerda, donde hay una alcaldesa democratacristiana y San Miguel, también con alcalde DC. Las visitas de Eduardo Frei al distrito revelan un apoyo abrumador. El alcalde PPD de Lo Espejo, Báez, de una innegable popularidad, y que es mi jefe de campaña en esa comuna, me asegura el triunfo por amplio margen. Pero el destino ha dispuesto algo distinto y es obvio que algo se opone a que yo vuelva al Congreso. Los socialistas de Pedro Aguirre Cerda, dirigidos por el compañero Huelquiñir, que tenía ambiciones de candidato, se restan a la campaña; los de San Miguel, se inclinan claramente por Palestro y los de Lo Espejo están

divididos y prácticamente desaparecidos. Sin embargo mi campaña es crecedora y logro entrar con fuerza en todos los enclaves izquierdistas. Una semana antes de las elecciones estalla un gran escándalo en Lo Espejo: la Contraloría General de la República confirma la compra ilegal por parte de la alcaldía de Lo Espejo de productos de farmacia por varios millones de pesos, una cantidad superior a todas las ofertas recibidas. La denuncia afecta principalmente a nuestro alcalde y jefe de campaña. Camionetas premunidas de altoparlantes de las campañas de la UDI y del PC vocean constantemente este hecho por las calles de la comuna, baciendo hincapié en que el responsable es el jefe de mi campaña. Los resultados finales serán que, contra todo pronóstico, saco la primera mayoría en Pedro Aguirre Cerda, empato con Seguel la primera mayoría en San Miguel y pierdo por casi dos mil votos en Lo Espejo, sumando un total de 45 mil votos, a consecuencia de lo cual me pierdo por cerca de 600 votos frente a Seguel. Mario Palestro obtiene 16 mil votos e Insunza nueve mil, con lo que dan paso a la elección del candidato de la UDI, Darío Paya, que es elegido con poco más de 39 mil votos. Una vez más soy víctima del sistema electoral binominal.

La verdad es que este nuevo traspie debiera haber puesto término a mi vida política o, a lo menos, enseñarme que la vía parlamentaria no era mi camino, pero, tozudo como soy, no lo quise entender así y seguí entregándome con la pasión de siempre a la actividad política en el PPD. Sin embargo, mirado en la perspectiva de hoy, es evidente que entonces perdí y mucho en la consideración que de mí se tenía. Se me seguía teniendo un gran respeto y cariño, incluso fuera del Partido, pero era el respeto y cariño que se tiene por alguien que lo ha entregado y arriesgado todo en su vida, con honestidad y voluntad indomables, que ha tenido un mensaje importante que dar, pero que es un perdedor y eso nuestra sociedad no lo perdona.

Eduardo Frei Ruiz Tagle es elegido Presidente de la República con una abrumadora mayoría. La Concertación obtiene muy buenos resultados y dentro de ella, nuevamente el PPD supera al Partido Socialista.

Mi percepción de hoy del gobierno de Eduardo Frei sigue siendo la misma que tuve durante su mandato. Creo que fue un buen gobierno que tuvo que enfrentar una problemática totalmente

diferente a la de Patricio Aylwin. A éste le tocó lidiar en un campo minado donde cada paso estaba condicionado a las posibles reacciones de los militares y sus adeptos de una derecha dura que sentía perder terreno a cada instante. No era nada fácil sortear tantos obstáculos pero, con maestría política —experiencia no le faltaba— logró hacerlo e incluso consiguió el más valioso aporte a la democracia que se iniciaba, tocando a fondo el tema de los derechos humanos con la creación de la Comisión Rettig y pidiéndole perdón, en nombre del Estado, al pueblo de Chile, por las atrocidades cometidas durante el gobierno militar. Como se comprenderá, esto no fue nada fácil de digerir por los implicados en aquel régimen, pero lo consiguió sin reacciones negativas. Por lo menos así lo percibió el país. Yo mismo confieso que estaba asombrado y, en general, lo estaban todos los políticos concertacionistas. Este solo hecho como que plasmó la democracia y permitió que la gente empezara a creer en su existencia.

Frei apareció en la escena con un país aparentemente consolidado, donde surgían con fuerza las demandas progresistas, propias de una democracia que espera recuperar rápidamente todo lo perdido en el campo social y económico. Y, además, cerrar el ciclo del respeto a los derechos humanos, brillantemente puesto en escena por su antecesor, mediante el castigo a los culpables. Sobre todo entregar una respuesta a la incógnita de los detenidos desaparecidos durante el régimen de Pinochet: ¿Dónde están?

Nada es fácil en un régimen de transición, menos cuando el manejo de la política y de la economía han quedado amarrados por el pinochetismo en el pacto —no escrito— de transición y referendados luego en las reformas constitucionales de 1989. El sistema político había dejado enclaves del autoritarismo tan serios como la inamovilidad de los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas, la creación, como garante de la institucionalidad, del Consejo de Seguridad Nacional; el Tribunal Constitucional con sus múltiples atribuciones; el sistema electoral binominal, que asegura la equiparidad de la minoría con la mayoría electoral, el proceso de reforma constitucional sólo posible de acordarse con los tres quintos o los dos tercios de los parlamentarios en ejercicio, según el caso, lo que ligado al sistema binominal, lo hace prácticamente imposible. Todo afán progresista de cambios importantes al

sistema autoritario heredado está entrapado de partida con estas limitaciones y, por el necesario respeto a la legalidad vigente, constituyen un obstáculo con el que han debido lidiar los gobiernos de la Concertación.

Sin embargo, el gobierno de Eduardo Frei ha logrado o intentado sacar adelante importantes temas que dicen relación con la democratización en sentido progresista de nuestra sociedad. Desde luego se ha consolidado el sistema municipal, que asegura la participación ciudadana en la solución de los problemas cotidianos de la gente; el país creció a un ritmo cercano al seis por ciento anual, hasta que se produjo la crisis de la economía en los países asiáticos, de profunda repercusión en el mundo y particularmente en América Latina; se disminuyó ostensiblemente el número de pobres en el país, aunque la brecha entre estos y los más ricos, siguió siendo una de las mayores de América Latina; la construcción de viviendas populares aumentó más de dos veces la lograda durante toda la dictadura, disminuyendo drásticamente el déficit habitacional casi congénito de nuestro país; se inició, de la mano de su ministro de Obras Públicas, Ricardo Lagos, un amplio y ambicioso plan de concesiones para la realización de obras públicas viales, portuarias y de aguas que significaron el aporte de miles de millones de dólares en inversión privada, para abrir el país y sanear las aguas servidas de Santiago, liberando recursos del Estado para obras no tan rentables en lo inmediato, pero de gran trascendencia y contenido social y económico para sectores medios de la industria y la agricultura. En otras palabras, la economía de mercado comenzó a tener un sentido social. Que ha habido problemas, sin duda. Que no se han satisfecho todas las expectativas que la gente cifró en su gobierno, también, pero que este país es otro al de Pinochet y que puede aspirar al progreso democrático es indudable.

Durante el mandato de Frei, el PPD consolidó sus relaciones con el gobierno y fue tratado como un Partido más de la coalición. Nuestra presencia en el Comité Político era permanente, tanto a nivel ministerial, cuanto de Partido. Primero íbamos a las reuniones de los días lunes, en Interior, Jorge Schaulson y yo y después Sergio Bitar y yo. El PPD había crecido institucionalmente; funcionaban a plenitud las comisiones técnicas, especialmente impulsadas por Bitar, y nuestras autoridades públicas más relevantes

asistían con regularidad a las reuniones de Comisión Política, para debatir los temas considerados de importancia. Los parlamentarios aún se sentían ligados por un vínculo de jerarquía tanto a la Mesa del Partido, como a su Comisión Política. Incluso temas tan relevantes como las privatizaciones del agua potable y de las sanitarias en especial, fueron objeto de una amplia discusión en la base, en asambleas abiertas de gran difusión pública.

Un hecho sintomático de lo que yo llamaría «el cierto afecto» que Frei nos dispensaba, lo marca el ofrecimiento que tanto a Bitar, como a mí nos hiciera cuando pensaba reorganizar su gabinete a mitad del recorrido de su período presidencial. Al primero le insinuó que pensara en la posibilidad de asumir la cartera de Relaciones Exteriores y a mí, la de Transportes. Debo confesar que a ambos nos halagó la oferta, pero ninguno la podía aceptar. Éramos entonces las principales autoridades del PPD y asumir estos cargos significaba desguarnecer totalmente al Partido y detener su crecimiento. No era una buena señal para los *pepedés* de la base, que ya criticaban entonces el afán de protagonismo de sus dirigentes, que parecían anteponer sus intereses personales —y los de su carrera política— a los intereses del partido.

Hay un incidente que refleja muy bien nuestra relación con Frei, a la vez que la importancia del liderazgo de Ricardo en el Partido y en el PS a raíz de la construcción de la cárcel en Punta Peuco. Como ministro de Obras Públicas en ese momento, le correspondía firmar el decreto que autorizaba la construcción del penal, que serviría exclusivamente para encarcelar a ex militares, y en particular a uno: Manuel Contreras, el temido ex director de la DINA. Era el producto de una trabajosa transacción: el Ejército no haría mayor cuestión del encarcelamiento del general en retiro, siempre y cuando no estuviera recluso con presos comunes, y la cárcel especial de Punta Peuco era la salida. El ministro de Obras Públicas se negó: no sería él quien firmara el decreto, no sería su firma la que avalara esa cárcel especial, de privilegio, para ex uniformados; no sería su rúbrica la que sellara las comodidades especiales para el peor violador de los derechos humanos que ha visto este país.

La negativa gatilló una crisis en el gobierno. El Presidente Eduardo Frei era «tironeado» por las opiniones encontradas de sus

ministros más relevantes. El de Defensa, Edmundo Pérez Yoma, quien había hecho un arduo trabajo con el Ejército, estaba por sancionar el desacato del ministro Lagos. «Si no le gusta, que se vaya», fue la opinión que sostuvieron varios, incluso un ministro socialista. El ministro del Interior, Carlos Figueroa, en cambio, quería buscarle una salida al problema, que podía traer insospechadas consecuencias. La lógica era que si Lagos salía del gabinete, debían salir todos los ministros socialistas y del PPD: era nuestro líder, nuestra carta presidencial. Pero si salíamos del gobierno, ¿qué pasaba con la Concertación? Frei tampoco quería pasar a la historia como el Presidente bajo cuyo mandato se disolvió la Concertación...

El tema se discutió en un Comité Político en el que participaron los ministros Carlos Figueroa y Soledad Alvear —son los dos que yo recuerdo—; el presidente del PS, Camilo Escalona, y yo, en mi calidad de vicepresidente del PPD (el presidente, Jorge Schaulsohn, estaba fuera de Santiago). En esa oportunidad planteé nuestro apoyo a Ricardo Lagos, haciéndole ver al gobierno que el asunto había sido mal manejado, ya que nunca se le consultó a Ricardo Lagos. A un ministro cualquiera, que no era del área política, no tendría por qué habersele consultado, pero era absurdo tratar a Lagos como a cualquier ministro: el gobierno no podía pasar por alto las características especiales de este ministro, nuestro líder y seguro candidato presidencial. Soledad Alvear tuvo la honestidad de reconocerlo, y de hacer presente que en realidad había sido una torpeza. En consecuencia, nos pusimos a la tarea de evitar que se produjera el desbande.

No sé si eso es lo que habría pasado en definitiva, pero el riesgo se veía nítido, lo que no habría ocurrido de ser cualquier otro el ministro socialista o PPD que estuviera en la misma situación. Por lo menos yo, como PPD, aseguré que mi partido se retiraría del gobierno. Como vicepresidente, y personalmente cercano a Lagos (siempre hemos tenido una relación de mucha confianza, en la que yo he expresado invariablemente mis opiniones más sinceras, sin «autocensura»), me correspondió hacer de emisario y «amigable componedor» entre La Moneda y el Ministerio de Obras Públicas. Y lo digo literalmente: tuve que cruzar varias veces la calle Morandé entre uno y otro lugar el día en que la crisis

había llegado a su punto álgido, intentando hallar el punto de encuentro. Esta especie de partido de tenis, en que la pelota se trasladaba de uno a otro extremo, era seguido desde el palacio presidencial de Viña del Mar, con obvia preocupación, por el Presidente Frei, que era constantemente informado por Carlos Figueroa. Es evidente que Frei pudo zanjarlo abruptamente aceptando la renuncia de Lagos y, tal vez con ello, satisfaciendo las naturales aspiraciones de un candidato presidencial de su partido. Pero no sólo no lo hizo, sino que, por el contrario, instó perseverantemente a un arreglo, demostrando, a mi juicio, una encomiable madurez política y una gran responsabilidad de Estado.

Finalmente encontramos un camino, con el esfuerzo de varias personas, y en particular de la entonces ministro de Justicia, Soledad Alvear, junto a la cual, y aprovechando nuestros conocimientos de abogados, ideamos una salida de lo más jurídica, que pusiera fin a la crisis política (entre paréntesis: una gran mujer, la Soledad, que se ha ganado mi admiración y respeto). En compañía de Patricio Hales, logramos convencer a nuestro ministro de que la solución ideada era la única factible, y pudimos superar el escollo.

A Frei le tocó también auspiciar la llamada Mesa de Diálogo que se integró con miembros de las Fuerzas Armadas y civiles prominentes en la defensa de los derechos humanos. Sus conclusiones fueron apreciadas en un comienzo como un gran éxito, para luego caer en el descrédito, al comprobarse la inexactitud de muchos de sus logros en la ubicación de los cadáveres de detenidos desaparecidos y en lo magro de sus resultados. Sin embargo, fue la primera vez que autoridades oficiales de la Fuerzas Armadas, reconocieron la brutalidad de lo ocurrido al confesar que muchos desaparecidos habían sido lanzados al mar por helicópteros militares para borrar todo rastro de la acción emprendida. El problema sigue pendiente, pero el esfuerzo fue loable.

Poco tiempo antes de que se hablara de una posible Mesa de Diálogo, tratando de aclarar el problema que la derecha se empeñaba en enredar, confundiendo interesadamente las responsabilidades en el surgimiento del golpe de Estado con las violaciones de los derechos humanos durante el gobierno militar, obviamente después del golpe, envié una carta al comandante del Ejército, general

Izurieta, ofreciéndole una mesa abierta de discusión. En ella planteaba la decisión de las personas que habíamos estado involucradas en el gobierno de Salvador Allende de ser juzgados nuevamente sobre nuestra responsabilidad en el golpe de Estado, aunque la mayoría, como el propio ex Presidente o José Tobá, por ejemplo, ya hubieran pagado con su vida cualquier acusación que se les pudiera haber hecho y nosotros mismos hubiéramos sufrido largas condenas y torturas a manos de los propios militares golpistas. Pero estábamos dispuestos a que nuestra actuación se discutiera nuevamente. La única condición que ponía era que en una discusión abierta y franca abordáramos también las conductas del gobierno que siguió al golpe de Estado y las responsabilidades de las violaciones de los derechos humanos por él acometidas. Planteaba, asimismo, la búsqueda de un método que permitiera saber el destino de los detenidos desaparecidos. La carta fue latamente discutida con Sergio Bitar y Carlos Briones y consultada con Ricardo Lagos quien, a su vez, me expresó haberla conversado con el entonces ministro del Interior Raúl Troncoso, que habría encontrado excelente la idea. En definitiva, entregada la nota a través del senador designado y ex general director de Carabineros, Fernando Cordeiro, la idea no prosperó e incluso, tiempo después, al conocerse fragmentariamente el tenor de la carta, fue objeto de diversos desmentidos e interpretaciones. Sólo tuvimos alguna noticia positiva de sus efectos por la comunicación que el secretario general del Ejército tuvo con Bitar, senador en ese entonces.

Durante el gobierno de Frei demostré mi testarudez política sin límites y también mi falta de habilidad. Desde la época en que había sido candidato a diputado, muchos compañeros de Antofagasta me venían planteando la necesidad de que los representara en la próxima elección senatorial. Mal que mal, yo tenía mi historia en esa ciudad: había vivido unos cuantos años en ella y se guardaba un grato recuerdo de mi madre, directora del Liceo de Niñas y creadora del Bachillerato en la región. Pero yo me negué persistentemente a la idea. ¿Por qué? No lo sé. Simplemente quería seguir en Santiago. Durante esos años Víctor Manuel Rebolledo, que venía llegando de su gestión diplomática en Italia, se había instalado en la región y hacía una fuerte campaña interna. Entonces, y absurdamente, tomé la decisión de competir por esa zona.

En el PPD, las candidaturas se aprobaban por un Consejo General, pero se decidían previamente por votación universal de los militantes del distrito o circunscripción.

La precampaña fue dura. Víctor Manuel había montado una excelente maquinaria, que abarcaba todas las comunas de la Segunda Región. Yo aparecía entonces como un «novato», que llegaba a disputar un territorio ya entregado. Durante algunos meses hice una campaña realmente espectacular, en la que la aprobación de la base y del pueblo en general era manifiesta. Claro que yo no tenía una máquina en que apoyarme, y tampoco una adhesión muy significativa de la dirigencia central; sólo mi amigo Jorge Schaulsohn me acompañó a recorrer la región en una oportunidad. Las promesas de los demás se perdieron en la arena del desierto. Rebolledo trabajaba callada, pero efectivamente. El día de la votación en el Partido, llegué a tener la sensación de triunfo cuando en la principal de las ciudades, Antofagasta, obtuve una espectacular victoria: más de mil votos partidarios la refrendaban. Rebolledo no llegó lejos. Lo mismo sucedió en Tocopilla, pero no fue así en Calama, donde empatamos; y menos en Mejillones y Taltal, donde perdí abrumadoramente. Nunca me han faltado disculpas y más de alguna vez le he echado la culpa de mis derrotas electorales a la mala suerte, y este caso no fue distinto: en el único lugar verdaderamente masivo de votación, donde había existido un fuerte control, efectivamente gané; en Taltal, donde no había más de cuatro o cinco militantes reales, creo que perdí por más de setenta votos, obteniendo solamente dos; y en Mejillones... no tuve un amor; el amor se lo dio el alcalde a mi contrincante, que me derrotó derechamente en forma categórica.

Felizmente, en el Consejo General, donde se me insinuó que discutiera el triunfo de Rebolledo, no lo hice, y reconocí mi derrota. Ya era tiempo de que terminara con las disculpas y los pretextos. Hasta allí debiera haber llegado. Nada me obligaba a ser candidato de ninguna cosa. Pero en la Cuarta Región se planteaba un tremendo desafío para la izquierda concertacionista: con la mayoría abrumadora que había obtenido siempre como diputado el DC Jorge Pizarro, era posible doblar y obtener los dos senadores, aunque estaba claro que era una posibilidad difícil. Naturalmente que yo, el testarudo de siempre, quise asumir este desafío y

me presenté con la aprobación unánime del Partido a la elección en la Cuarta Región. Mi mujer, periodista política, y mis amigos me hicieron ver que ésta era una aventura casi imposible: el PPD y el PS en conjunto no sumaban más de un once por ciento en la región.

Desoyendo todos los consejos, lanza en ristre, me lancé a «derrotar a la derecha». En mi camino logré que las bases y los dirigentes regionales del PC, poderoso en la zona, me apoyaran. Intenté discutir el problema con sus dirigentes máximos en Santiago, pero ellos, obstinadamente, me negaron el apoyo salvo que nosotros retiráramos nuestra candidata a diputada por Illapel, Adriana Muñoz, en beneficio de Jorge Insunza. En definitiva, expulsaron al único alcalde que tenían, el de Canela, y a los dirigentes regionales de La Serena, Coquimbo y Ovalle, con cuyo concurso conté hasta el final. Tanto los compañeros socialistas como los del PPD dicen hasta ahora que hice una muy buena campaña, sobre todo aclaratoria y franca. La derecha, y allí comenzó mi desgracia, designó a una verdadera fiera electoral: la que era diputada por San Antonio, Evelyn Matthei (todavía está por aclarar si es tan buena parlamentaria como candidata, porque hasta ahora, en tres períodos como parlamentaria, nunca se ha presentado a la reelección por la misma zona de la que es representante), en representación de la UDI. Si solamente hubiera ido como candidato el que ya era diputado por La Serena, Eugenio Munizaga, mi destino habría sido otro: obtuve más del doble de su votación. Pero Evelyn Matthei me ganó, y de verdad, no gracias al sistema electoral (como fue en las otras dos elecciones, la del 89 y la del 93). A la tercera... el vencido fui yo. Y como es obvio, mi declinar político ahora sí fue ostensible.

Yo creo que la fibrosis que me acometió el año 2000 me salvó de ser por cuarta vez candidato a algo.

La historia reciente del Partido por la Democracia después de los últimos presidentes, Schnake, Schaulsohn y Bitar, ha estado marcada por la ascensión de nuevos valores. Es el caso concreto de Guido Girardi, nuestro antiguo puntal ecológico, en la conducción máxima del PPD. Se ha creado un grupo parlamentario numeroso que ha tenido la presidencia de la Cámara en varias oportunidades y que es influyente. Se ha marcado un poder cada

vez mayor del grupo parlamentario en la conducción del partido y con esto una mengua en la participación ciudadana en el PPD. Algunos de sus dirigentes intermedios y uno de los más altos del Partido, el ex vicepresidente Víctor Manuel Rebolledo, se han visto mezclados en actos de corrupción y están siendo procesados por la justicia ordinaria. No han sido unos años buenos para el Partido, durante los cuales lo más rescatable ha sido su apoyo irrestricto a Ricardo Lagos y el aporte de dos de sus principales ministros de Estado. El primero de ellos, Nicolás Fyzaguirre, que sin lugar a dudas ha sido, junto al Presidente, el gran soporte de la economía chilena, que ha sido capaz de situar a este país en el mejor rango de seriedad y credibilidad mundial a que hubiéramos podido aspirar y que nos ha hecho sobrellevar a lo menos tres grandes crisis continentales y mundiales. Aunque nunca se crea que los ministros de Hacienda puedan tener sensibilidad social, porque son duros, «apretados» para administrar los recursos, Nicolás ha hecho de su gestión un ejemplo de idoneidad y de sensibilidad hacia los sectores más desprotegidos, difícil de igualar. El lema que inaugurara Eduardo Frei, «crecer con equidad», este gobierno lo ha convertido en realidad. El otro es Sergio Bitar, que desde el Ministerio de Educación nos alienta a pensar de nuevo en las utopías que el PPD levantara: educación pública y reforma universitaria, que permitan la capacitación educacional universitaria y cultural del pueblo para asumir los desafíos del siglo XXI, y signifiquen una verdadera igualdad de oportunidades para todos. Bitar parece el hombre indicado, no sólo por sus conocimientos y su cultura, sino también por su manera metódica de trabajar, tal vez propia de su calidad de ingeniero; tiene casi tres años para cumplir esta meta y no me cabe duda de que tendrá el apoyo del Presidente para hacerlo.

Yo me atrevería a decir que el PPD está hoy día justo en el filo de la navaja. O da un salto cualitativo importante en su quehacer, que rescate su frescura, sus proyectos en torno a la educación, cultura, regionalización, salud y se transforma en un instrumento de presión social para lograr esos cambios, o cae simplemente en la vulgaridad de un partido político cualquiera. No es fácil provocar este cambio; tiene un conjunto de parlamentarios demasiado apegados a los dos, tres o cuatro períodos que llevan sentados en el Congreso, y que no lo quieren perder por ningún motivo, y eso

es un enemigo fatal de la renovación. Tiene un nuevo presidente, político joven, pero de mucha experiencia, que entre otras cosas fue presidente de la Cámara de Diputados, lo hizo bien y durante sus mandatos ha impulsado con aislado pero singular esfuerzo, el tema de una auténtica regionalización. Es decir, tiene a lo menos un proyecto vital en mente. Lo conozco bastante, es honesto, nunca va a estar mezclado en negocios o negociados. Tiene sentido de lo público, no es un genio, pero es un hombre inteligente y perseverante.

Puede ser que Víctor Barrueto, descendiente cercano de un mártir del socialismo, logre abrirse camino en los obstáculos que encontrará para cambiar las cosas y retomar el espíritu primigenio del Partido por la Democracia. Lo que está claro para mí es que es difícil, o más bien imposible, que el PPD llegue a ser el único referente de los chilenos progresistas; hay muchos que también pretenden serlo, y tienen los pergaminos para lograrlo.

Quién lo hubiera creído

A mediados del año 98 explota la bomba política más insólita e inesperada de los diez años de democracia transcurridos. En un viaje al parecer rutinario del viejo general a Londres, tal vez dedicado a recordar sus buenos tiempos de amistad con la Thatcher y a examinarse de una dolencia a la columna, Pinochet es detenido en la clínica donde se atiende, por Scotland Yard, en virtud de una orden internacional girada a petición del juez español Baltasar Garzón en proceso que se le sigue en la madre Patria por la muerte de ciudadanos españoles en el período 1973-1990; luego, a la solicitud de extradición, se agregaran cargos de genocidio, tortura y terrorismo de Estado.

La detención de Pinochet causa conmoción en el mundo, especialmente en Chile, desde donde el ex dictador salió premunido de pasaporte diplomático. Las discusiones acerca de la legalidad de la detención, aplicando leyes penales españolas o tratados internacionales que planteaban la extraterritorialidad de ciertos crímenes, fueron infinitas. Cientos de chilenos se trasladaron desde los más diversos lugares del mundo a Londres, a celebrar su detención y a pedir que los ingleses apliquen con todo rigor la ley y lo extraditen a España para ser juzgado como criminal de guerra. Muchos también viajan desde Chile: víctimas de violaciones de los derechos humanos; una comisión parlamentaria encabezada por los diputados Juan Bustos, penalista, e Isabel Allende, ambos del Partido Socialista; delegaciones de la derecha chilena que van a reclamar su libertad y la violación del estatuto diplomático que protegería a Augusto Pinochet, y autoridades de gobierno, en particular de la Cancillería.

La situación en Chile se torna tensa. Las Fuerzas Armadas indisimuladamente expresan su profundo desacuerdo y, aunque no amenazan de manera pública, en su reclamo está implícita la percepción de que éste es un agravio que no pueden tolerar; para los uniformados, Pinochet sigue siendo el símbolo de un gobierno de 17 años en el que participaron de manera principalísima, y es evidente que una condena a Pinochet significa una especie de condena a las propias Fuerzas Armadas.

El gobierno y los partidos de la Concertación están horquillados entre el sentir de las Fuerzas Armadas y los deseos, absolutamente comprensibles, de una parte mayoritaria del pueblo de Chile que, por fin, siente que ha llegado el momento de hacer justicia al principal responsable de la brutal represión y violación de los derechos humanos que ha sufrido el país durante tantos años.

¿Está en juego la estabilidad democrática de Chile? ¿Está en condiciones el gobierno de Frei de asumir en plenitud el desafío que se plantea? ¿Tiene fuerza suficiente como para satisfacer las aspiraciones de sus adeptos de juzgar al ex dictador?

La salida no es sencilla. Las reuniones de los partidos a puertas cerradas y con el gobierno son intensas. En definitiva, prima el criterio «jurídico» de reclamar la carencia de fundamento de la extraterritorialidad alegada en el juicio que se sigue en Londres, satisfaciendo con esto a las Fuerzas Armadas, y pedir, a la vez, la extradición del general para ser juzgado por los tribunales chilenos, con lo que se satisface la demanda de la Concertación. Pinochet parece estar en malas condiciones de salud, lo que hace temer por su vida, y aquí se piensa que la muerte del ex dictador en las condiciones de privación de libertad en que se encuentra, fuera del país, puede ocasionar un trastorno grave que derrumbe en medida muy importante la tranquilidad y la seguridad en el desarrollo democrático.

Al parecer no hay más salida posible que la utilización de las facultades que la ley inglesa le otorga al ministro del Interior de Gran Bretaña, Jack Straw, de liberar al acusado del proceso, si se comprueba que el juzgamiento es imposible, por «razones humanitarias»: el estado de salud del general, además de su avanzada edad.

Sin decirlo expresamente, y más bien alegando el tema de la extraterritorialidad, no aplicable en Chile de acuerdo a su Constitución, el gobierno busca por todos los medios el regreso de Pinochet al

país, cualquiera sea la razón que se dé. La «*compassion*», que así se llama la salida que tienen el ministro Straw y el gobierno británico, parece ser la única manera de traerlo al país. En otros países de Europa, como Francia, se abren o reactivan procesos iniciados contra Pinochet, solicitando también su extradición. La situación es extremadamente compleja y amenazante, pero se va en el camino definido por las más altas instancias políticas chilenas. Pinochet efectivamente está muy enfermo, y así lo ratifica públicamente el ministro de Relaciones Exteriores de la época, Juan Gabriel Valdés, aduciendo el conocimiento de algunos preinformes médicos que se han realizado en Londres. Todo parece conducir a que Pinochet no pueda ser juzgado en Inglaterra, ni en España, ni en Francia.

El camino no estuvo exento de tropiezos, muchos puestos por los propios cercanos o partidarios del ex dictador. Mientras la Cancillería intensificaba sus gestiones para conseguir la vía humanitaria para Augusto Pinochet y las autoridades manifestaban su preocupación por la salud del senador vitalicio, Lucía Hiriart apareció en la cadena de noticias CNN comentándole a un periodista que su marido realizaba la friolera de ¡cien flexiones al día! Al margen de que probablemente la cifra estaba algo abultada, es evidente que Augusto Pinochet no parecía particularmente interesado en ser visto como un anciano enfermo, y dejó al canciller con bastante poco piso para seguir insistiendo en esa línea.

El problema era que el gobierno no tenía muchas más opciones para conseguir la libertad de Augusto Pinochet. Se veían sólo dos caminos con alguna probabilidad de éxito: conseguir que Gran Bretaña lo dejara en libertad por consideraciones humanitarias o ir a un arbitraje con España para dirimir la contienda de jurisdicción, alternativa a la cual el gobierno de ese país se negaba sistemáticamente.

Una solución netamente política era inviable, dado el discurso por el que optaron los gobiernos británico y español: «Este es un asunto puramente judicial, que escapa de nuestro control». Por discutible que pudiera resultar la premisa, era impensable que se desdijeran si desde el primer momento se repitió lo mismo. Y pensar que Chile pudiera ejercer la suficiente presión diplomática como para lograr que Blair o Aznar actuaran contra el parecer de la clase política europea o su propia opinión pública no habría pasado de ser un delirio de grandeza.

La salida humanitaria, aunque en principio parecía el mejor camino, presentaba algunos problemas: se alegaba que habría que esperar el fin del proceso, no había ninguna certeza de que el ministro Straw realmente estuviera dispuesto a invocarla, para los británicos no resultaba enteramente compatible con su postura de dejar el asunto exclusivamente en manos de la justicia, y además, requería que fuera presentable para la opinión pública británica y europea; esto es, requería que Pinochet estuviera realmente enfermo. Y sobre el último punto no había claridad.

Pero además la salida implicaba consideraciones políticas. En el entorno del senador vitalicio había quienes consideraban que se trataba de una solución bumillante para él. «Entró a Inglaterra como embajador plenipotenciario de Chile, no tiene por qué salir de rodillas», decían. Ese tipo de consideraciones habrían llevado al mismo Pinochet a decir —a través del periodista Alejandro de la Carrera, director de Prensa de radio Agricultura, que conversó largamente con él— que no le gustaba esa opción. Poco después el senador vitalicio se desdijo, e incluso agradeció los esfuerzos del gobierno. Dentro de los partidarios de Pinochet también había quienes no consideraban «desdorosa» esta salida: «Lo desdoroso es todo lo que ha ocurrido; cualquier solución que se encuentre es buena», planteó el senador Hernán Larraín (UDI).

El tiempo transcurre al interior de la Concertación cruzada por la discusión acerca de qué es mejor: que se resuelva el problema en Gran Bretaña; que se le juzgue en España o que se le procese en Chile (o al menos que se intente). Había partidarios para todas las opciones. En el PS primaba la idea de que Pinochet fuera juzgado en España, postura liderada por el diputado Juan Bustos. En el PPD estamos mayoritariamente por traerlo a Chile y juzgarlo aquí, aunque en realidad con muy poca fe de que fuera posible hacerlo. Ricardo Lagos lo mismo, siendo coherente con su tesis del comienzo de este incidente, en cuanto a que este es un asunto de carácter judicial que judicialmente debe resolverse, sin pasar por sobre la soberanía jurisdiccional del Estado de Chile. La verdad es que en el fondo estamos convencidos (por lo menos yo, y así lo hago presente en mis conversaciones) de que si Pinochet es dejado libre por enfermedad en Gran Bretaña, difícilmente podremos procesarlo y condenarlo en Chile, donde también existe una disposición legal que puede eximirlo del proceso. ¿Acaso no es eso

lo que queremos, para poder trabajar tranquilos por la gente e incluso investigar de verdad el tema de los desaparecidos?

Personalmente, la tesis del gobierno, que se confunde con la tesis de Lagos y con la nuestra, me parece impecable. Las demás soluciones sólo le añaden al país el escarnio de su incapacidad, de su debilidad para procesar a un criminal de guerra, así mundialmente reconocido, simplemente por temor a una respuesta airada de los partidarios del ex dictador o desatinada de él mismo.

La familia de Pinochet está nerviosa y puede hacer alguna tontería en cualquier momento. Ya no cree en los mensajes que se le hacen llegar a través del comandante en jefe del Ejército, general Ricardo Izurieta, quien los recibe, a su vez, de Ángel Flisfisch, subsecretario de Guerra.

Una tarde calurosa, sentados alrededor de la piscina, en la casa de Sergio Bitar, discutimos el tema con Ricardo. Los dos saben que yo puedo llegar muy directo a Pinochet, a través de su hija Lucía y sus nietos Francisco y Rodrigo, que por esos días estaban en Santiago y eran realmente los que dirigían su defensa. Yo era abogado de Hernán García, ex marido de Lucía Pinochet, y padre de los nietos regalones del general.

Se trataba de que supiera que de verdad se estaban haciendo gestiones muy importantes frente a Straw, a través de dos importantes bombres de gobierno europeos, con quienes recientemente se había estado. Esas gestiones no se podían dar a conocer públicamente, porque ambos enfrentaban luego elecciones y serían interpretadas como «favorables a un execrable dictador» con la consiguiente pérdida de apoyo popular. Se le pedía a Pinochet, además, un comportamiento razonable en el intertanto. Se me entregó la información necesaria para que mi versión fuera absolutamente creíble. Y me agregaron que les comentara lo inoportunas que habían sido las declaraciones a la CNN de doña Lucía, presentando a su marido como un verdadero atleta... menos declaraciones tan inusitadas como absurdas, ayudarían más.

Dos o tres días después, en unas modestas oficinas del World Trade Center de Providencia, me junté con Lucía Pinochet Iriart, hija mayor del general, y sus nietos. Fue una conversación distendida, a ratos con explosiones emocionales fuertes, pero en general tranquila.

Me ubicaban perfectamente, y los menores sabían que yo era abogado de su padre. Sin mayores preámbulos les dije todo lo que tenía

que contarles acerca de «nuestros contactos en Europa y nuestras gestiones» para acercar la posibilidad de que Augusto Pinochet saliera de Gran Bretaña a Chile. «Nuestro propósito está avalado por el compromiso que tenemos de hacerlo juzgar en Chile», les dije.

Lucía me interrogaba fríamente sobre detalles que le demostrarían la certeza de la información: ¿Se habló con Straw? ¿Con Tony Blair? ¿Qué va a pasar en tal próxima situación?... y así muchas preguntas más. Los nietos de Pinochet, más emocionales y menos informados que su madre, en tono dramático, comprensible, me preguntaban: «Don Erich... ¿los socialistas van a seguir viajando a Inglaterra y a Europa calumniando al Tata y diciendo cosas horribles de él? ¡Tratándolo de criminal! ¡Culpándolo de los desaparecidos! Así es imposible que los británicos lo dejen ir. ¿Cómo antes él se paseaba por Londres y nadie le decía nada?». Y con desesperación me insistían: «¿Pueden ustedes hacer algo para pararlos?»

Con firmeza, pero con la serenidad que el momento exigía, tuve que decirles: «Miren, cabros, ustedes saben poco de esto, pero yo lo he vivido. La mayor parte de los que se manifiestan en Londres tienen un pariente cercano o muerto o desaparecido. Los 'activistas' que viajan a Londres están dirigidos por dos distinguidos parlamentarios, uno es Juan Bustos, jurista de nota, que sufrió en carne propia la violación de sus derechos, estuvo preso y fue expulsado del país. La otra, Isabel Allende, va a Londres a manifestar porque a su padre lo mataron ilegítimamente en La Moneda y ni siquiera pudo asistir a su funeral y seguirá manifestando mientras tenga aliento y los culpables de la muerte de Salvador Allende, no paguen por su crimen».

«Pero el Tata no puede haber sido el culpable de todo lo que pasaba en Chile, don Erich», replican. «Miren, él mismo se encargó de eliminar todo otro poder, y llegó a decir que en Chile no se movía una hoja sin que él lo supiera... En estos casos de violencia institucional, de Estado, en que se fusila con y sin causa, en que se hace desaparecer a los opositores, en que desaparece toda expresión libre, hablada o escrita, en que las libertades están restringidas por las armas, en que se tortura y mantiene en prisión por años a personas no violentas, por el solo hecho de disenter —y yo fui uno de ellos—, es el que conduce la institución o el Estado, el responsable, y ese era vuestro abuelo».

Crisis y errores

Hoy las ideas centrales del progresismo en Occidente, que reconocen su origen e historia en el socialismo clásico, se agrupan básicamente en lo que se conoce como el «socialismo democrático» que, muy sintéticamente, se identifica en el concepto de la igualdad en libertad, y de la solidaridad y responsabilidad social como motores del progreso. Hay en el socialismo democrático y el liberalismo político un cruce y trasvasije de ideas que transforma pragmáticamente al primero en un conjunto de estrategias más pluralistas y perfectibles, «capaces de reconocer otras ideas y verdades ajenas e integrarlas a la dialéctica del socialismo», como yo mismo sostuviera en 1977 en mi libro *De improviso la nada*. Entonces lo planteaba como una aspiración sustitutiva de nuestro socialismo cerrado e integrista, de verdades universales y absolutas, que seguía repitiendo la vieja afirmación marxiana de «la violencia es la partera de la historia». Afirmación que obviamente no compartía Salvador Allende, y que el PS poco o nada practicó en la realidad, aunque sí en sus declaraciones.

En 1972, con ocasión de la visita de Fidel Castro a Chile, bajo mi dirección política, filmamos con Alvaro Kovacevic (cineasta chileno hoy radicado en México) el *Diálogo de América*, un documental protagonizado por Salvador y Fidel. Allá por el año 93 lo volví a ver en la casa de Álvaro. El diálogo que en esos momentos se entabla trasunta claramente las dos versiones del socialismo que ambos representan: el de la Cuba revolucionaria que luego de la lucha armada contra la dictadura de Batista, «alumbra la vida del que está por nacer, el socialismo». Y la vía de la voluntad de «los

trabajadores chilenos, capaces de conquistar el socialismo en democracia y libertad».

La experiencia chilena no fue precisamente la del ejercicio de un socialismo democrático intelectualmente concebido como tal, sino más bien la jactancia de la puesta en escena de una ideología cerrada y reduccionista, teológicamente comprendida en el marxismo leninismo y derrotada por la historia misma. Es, por vía ejemplar, el significado finalista que le asignábamos a la participación —por primera vez— de un considerable número de ministros obreros en el gobierno de Salvador Allende, o en cargos de interventores y administradores de importantes empresas o fábricas, al margen de sus verdaderas competencias técnicas, e independientemente del principio de responsabilidad que debe tener el socialismo. Aquello, en la práctica, no significaba la participación y conducción del proletariado, de la clase obrera, del proceso de cambios revolucionarios que, teóricamente, se pretendía. Eso y otras conductas más, en la medida que la eficacia y la idoneidad no eran congruentes con la realidad, era «revolucionarismo jactancioso» o, como lo denominó Lenin en su época, «infantilismo revolucionario». La gradualidad de los cambios preconizada por Allende, habría estado mucho más cerca de alcanzar las finalidades de bienestar, igualdad y libertad social que el socialismo buscaba.

El fallo esencial que condujo al fracaso estuvo —a mi juicio— en nosotros mismos, los dirigentes políticos, que fuimos incapaces de reconocer la realidad que afrontábamos y optamos pretenciosamente por la farándula «revolucionarista», distante en mucho de nuestro quehacer reformista de la práctica.

La nacionalización del cobre, la reforma agraria, la creación de las áreas de la propiedad en social, mixta y privada; la extensión de los beneficios sociales más sentidos, como la salud, educación y vivienda, fueron grandes reformas, algunas de las cuales no pudieron involucionar totalmente, ni siquiera en el gobierno militar. No se trató de cambios violentos, sino propios de un régimen reformista. Reformas que fueron avaladas electoralmente en marzo de 1973, con el espectacular triunfo sobre la oposición unida de nacionales (conservadores) y demócratacristianos. Lo que entonces aplaudió la gente no fue la parafernalia de la violencia, de las tomas indiscriminadas, sino el evidente avance en su bienestar, ob-

tenido dentro de la institucionalidad democrática: se había logrado construir más metros cuadrados por habitante; la educación era prácticamente gratuita en todos los niveles, incluido el superior; la salud pública, con muchas carencias todavía, se extendía a toda la población; e incluso algunos bienes de consumo como las radios de la IRT y los televisores Antú, esos blancos, pequeñitos (yo me llevé uno a la cárcel, cuando lo permitieron), se hicieron comunes en las poblaciones; los niños tuvieron leche diariamente, colonias masivas de veraneo, y, aunque con un sectarismo imperdonable, las JAP (Junta de Abastecimiento y Precios) repartieron alimentos suficientes para la parte más desprotegida del pueblo. Y todo esto sucedía sin matar a nadie, sin torturar, sin hacer desaparecer a los disidentes, con libertad plena de prensa y medios de difusión, con huelgas sediciosas en contra, como las de los camioneros de León Villarín; con el estrangulamiento económico a que nos tenía sometidos el gobierno de Nixon; con el ocultamiento de los bienes de consumo que sectores de gran poder adquisitivo podían hacer... en fin, con una oposición desatada, nacional e internacionalmente.

Forzoso es reconocer que más allá de los errores cometidos, el socialismo en general trajo a la humanidad un nuevo sentido de libertad, sociabilidad y participación que antes de su aparición no existía. Sobre todo en la primera mitad del siglo XIX, y hasta el día de hoy, los trabajadores celebraron más que nada la dignidad a la que habían accedido como sujetos válidos de la historia y constructores de una nueva nación; los jóvenes y las mujeres tuvieron la oportunidad de realizar sus sueños responsablemente y lo intentaron siempre con el ardor y la pasión propia de ellos. La extensión del bienestar a los más diversos sectores y clases, pasó a ser una aspiración natural, e incluso el propio Estado cambió su carácter de instrumento de la burguesía como clase dominante y opresora, para ser el gran integrador social, único capaz de amparar a los más desposeídos, de influir en un más justo reparto de la riqueza.

El último cuarto del siglo XX se marcó por un mayor predominio de las ideas económicas conservadoras, e incluso en el plano estrictamente político y cultural, ha existido un cierto retorno al conservadurismo eclesial, encubierto esencialmente en la defen-

sa de la familia y la propiedad privada, a lo que se agrega un tibio liberalismo político para enfrentar la demanda de más democracia. Al mismo tiempo esto ha coincidido con la dura confesión de fracaso que muchos socialistas le asignaron al marxismo como ideología madre del cambio social durante la crisis de los 70, que remeció a Europa. Chile estaba recién en la etapa de ascenso del marxismo revolucionario y nosotros creíamos en él.

Nuestra derrota por la violencia a manos de la derecha y los militares no podemos atribuirle al fracaso del socialismo y creer, en consecuencia, que es irreversible. Yo honestamente creo que lo que fracasó fue este modelo híbrido de socialismo que intentamos. Pero la percepción de las reformas logradas en democracia nos significó un inesperado respaldo electoral, algo propio solamente de una democracia.

En todo caso, lo que sí podemos afirmar es el fracaso de sus dirigentes (yo me incluyo, por supuesto), pero no el del socialismo democrático que, como cuerpo doctrinal vivo, tiene una buena historia que contar, matizada de errores y fracasos, de traspiés y contradictorias versiones, pero de inconmensurables avances en los espacios de dignidad, bienestar y libertad logrados. El Chile de hoy, que se aproxima a salir del subdesarrollo y asienta pie en la democracia como sistema político, no sería comprensible sin el paso del socialismo por su historia; sin la mención de Eugenio Matte, Marmaduke Grove, Oscar Schnake, Eugenio González y Jorge Millas el filósofo, Astolfo Tapia, decano del viejo Pedagógico; Julio Barrenechea, Raúl Ampuero. La lucha y la esperanza por conseguir perfiles de dignidad para el trabajador, de respeto y solidaridad social para los más desprotegidos de la sociedad, el ejemplo de responsabilidad, de coraje cívico y de sacrificio por los demás, no encontraría igual eco sin la presencia de Salvador Allende.

La cuestión básica es que seamos capaces de criticar y de construir, sin volver a unos extremos que, a ratos, pueden ser muy útiles para empujar el cambio necesario y posible, pero que en la exageración terminan por inhibirlo, como la Unidad Popular con Allende. Y aunque para la izquierda parezca ingenuidad, considerar que a veces, cuando la gradualidad del avance en el progreso sucumbe al vértigo revolucionario, entender que hay fuerzas progresistas que tratan de morigerarlo de buena fe, pero que pueden

ser fácilmente inducidas a caer en el vértigo contrario, si no son consideradas. Vale plenamente para nuestro examen del pasado inmediato —tan tímidamente asumido y vergonzosamente ocultado— la acertada afirmación de Alfonso Guerra en su opúsculo sobre «El viejo y el nuevo socialismo»: «La responsabilidad de los intelectuales de izquierdas es, sin duda, la de ser capaces de someter nuestros legados del pasado a una revisión crítica tan dura como sea necesaria, pero en esta crítica hay que evitar la irresponsabilidad de deslizarse hacia el papel de dinamitadores de la historia, o de enterradores de principios en los que han descansado las esperanzas de emancipación de la humanidad. Por ello, antes de recordar algunos de los elementos tradicionales del socialismo que han quedado en desuso o aquellos que se han demostrado erróneos, creo que es de justicia nuestro reconocimiento no sólo a todos los pensadores que, desde mediados del siglo XVIII, han ido aportando conceptos, ideas y teorías que han permitido el desarrollo del pensamiento socialista, sino también a todos los que con su esfuerzo y su militancia han participado en los más diversos rincones del mundo en la lucha por una sociedad mejor y más justa. Sin ellos el mundo actual sería otro y, sin lugar a dudas, bastante peor».

En octubre del 2002, en el bemiciclo de los diputados del ex Congreso Nacional comentábamos lo mismo con Alfonso, a raíz de la tendencia de la izquierda chilena a ocultar valores y conductas del pasado tan vigentes ayer como hoy, y a dejarse llevar culturalmente por una virtual derechización de la política en el mundo. Fue lo que me pareció entrever también en las afirmaciones de Felipe González acerca de sus exitosas relaciones con grandes empresarios de los Estados Unidos y que recuerda en su diálogo con Juan Luis Cebrián, o en el diálogo entre Carlos Altamirano y Hernán Dinamarca.

Desde el artificial paso de los socialistas chilenos por la visión leninista del análisis histórico, hasta el día de hoy, nuestra crítica ha sido vergonzante y mediatizada por el clásico doble lenguaje que hemos mantenido. Ha debido caer el muro de Berlín para que nos atrevamos a reconocer la necesidad de renovarnos y reformular viejos principios y afirmaciones ideológicas del socialismo que hoy carecen de sentido. Incluso en el año 2000 el Partido Socialista de Chile seguía reconociéndose como partido marxista revolucionario

en su declaración de principios, luego de una ácida discusión acerca de todo lo que esta denominación encierra, aunque en la práctica haya abandonado el padrón marxista propiamente como su guía de acción y catecismo ideológico.

A su vez, el Partido por la Democracia, pragmática creación del socialismo, en cuyo origen y desarrollo ulterior están presentes todas las variables de socialismo posibles, más una importante masa progresista de ecologistas e independientes, amparándose en un carácter instrumental que ya no tiene, niega su carácter de partido socialista democrático, para no tener que abordar teóricamente los nuevos desafíos del socialismo. Hay, a mi juicio, una actitud ligera de sus dirigentes, más preocupados de concentrar protagonismo para defender cuotas de poder, que de añadir nuevos valores para la construcción y perfeccionamiento de la democracia y el socialismo. La defensa real de los derechos humanos; la defensa de la vida en la preservación del medio ambiente; la protección de la salud y el desarrollo de la educación y la cultura; la autonomización de las regiones que permita expresar plenamente las capacidades de la gente de provincias y aportar significativamente al crecimiento del país; el respeto a las minorías discriminadas; el divorcio que amplía y respeta la libertad individual y protege a la familia, parecen ser valores de mera exposición y no despiertan la pasión que hace unos pocos años levantaban en el PPD.

Pero no todo es tan trágico. El juego está comenzando. Vivimos una etapa crítica de la sociedad y crucial de la humanidad. De los países emergentes, Chile es, objetivamente, uno de los mejor situados. La inteligencia, solidaridad y pasión que expresaron las fuerzas progresistas por retomar la ancha vía del progreso democrático, con generoso desprendimiento de los intereses grupales o personales, simbolizadas en la Concertación de Partidos, no puede estar acabada; la tarea mayor no se ha cumplido. Sigue, si no intacta, a lo menos con historia y posibilidades de perfilarse nuevamente en este siglo XXI como el instrumento de transformación a una sociedad de bienestar y libertad. Pero esto requiere de cambios importantes en la estructura misma de la Concertación: que ésta sea verdaderamente una alianza social de contenido político progresista; un lugar de encuentro y participación ciudadana, con soberanía propia para impulsar el desarrollo de una sociedad más

justa, y no una mera coalición de partidos políticos para discutir el reparto del poder. También requiere un cambio profundo en la mentalidad y cultura de los dirigentes políticos de los partidos involucrados y de las gentes que se involucren. Desde luego, tenemos que ser capaces de romper el círculo de hierro de los intereses personales o de Partido, recrear la cultura de la generosidad para actuar solidariamente, hacer posible la participación ciudadana en el crecimiento compartido. Una nueva Concertación puede ser el marco que contenga los afanes de un desarrollo pacífico y sostenido, puede ser el ariete que destruya las murallas partidarias que crisan el quehacer bien intencionado de sus bases. ¿Serán capaces los actuales dirigentes concertacionistas de semejante generosidad? ¿Serán capaces de desprenderse de su menguado poder, para abrir paso a la nueva historia? ¿Utopía...? La historia de la humanidad es la historia de las utopías que dejaron de serlo. ¿Por qué no? Si estos dirigentes, más otros dirigentes sociales ahora algo olvidados, son los mismos que fueron capaces de poner término a 17 años de autoritarismo despiadado, y forzaron a que los autores intelectuales y luego sostenedores de la dictadura, se convirtieran en demócratas que hoy defienden la institucionalidad constitucional...

La observación de la realidad presente e inmediatamente pasada revela claramente que la crisis ha explotado en determinadas sociedades y regímenes cuya práctica programática ha respondido a concepciones cerradas, reduccionistas y totalitarias del mundo. Ha sido el sentido teleológico omnicompreensivo del fascismo, del conservadurismo, o del marxismo lo que ha conducido al fracaso a las sociedades asentadas en estas teorías. La práctica absolutamente ortodoxa y sectaria de una manera determinada de hacer ideología y construir sociedad, ha concluido fatalmente en una negación de la democracia, incapaz de desarrollar al ser humano, porque eso sólo es posible en una tal libertad, que permita el vuelo imaginativo de la mente hacia un mañana sin ataduras, haciendo posible no sólo la propia verdad, sino también la verdad ajena, lleno de alternativas y opciones, generoso, solidario, participativo en extremo. En otras palabras, el desarrollo progresivo en y de la sociedad solamente es posible en democracia.

El fascismo y su vertiente nazi fueron ortodoxa y sectariamente aplicados y Mussolini y Hitler, sus portavoces, dieron buena

cuenta de ello con su secuela de muertes y atrocidades. Así pagaron. Stalin y quienes siguieron con él, tras la muerte de Lenin, aplicaron sin vacilaciones su propia interpretación del socialismo en la versión leninista, derivando de una poco clara y menos elaborada tesis sobre el Estado la teoría del «sujeto único revolucionario», el proletariado, fijando en él la nueva clase dominante, expresada en la dictadura del proletariado. De allí el poder se radicó en el Partido y luego en sus dirigentes, «la nueva clase» como los calificó Djilas, el ideólogo yugoslavo de la post guerra, poniendo en tela de juicio valores como la vida misma y qué decir la libertad.

Chile mismo fue un buen ejemplo de sectarismo y ortodoxia anti progresista. El primer caído por la reacción criolla fue Bernardo O'Higgins. Luego vino el Presidente Balmaceda, a continuación Arturo Alessandri Palma, líder progresista de la década del 20; y más tarde la república socialista de Marmaduke Grove. Cuando comienza su mandato lo intentarán con don Pedro Aguirre Cerda, para culminar con el Presidente Allende. Sea cual fuere la razón, o la justificación, la verdad es que la fronda aristocrática primero, la derecha conservadora o los grupos de inspiración fascista después, nunca le han dejado espacio suficiente al progresismo de este país para que desarrolle en plenitud sus proyectos.

Durante el gobierno de la Unidad Popular, la verdad es que oscilamos peligrosamente entre la búsqueda de una democracia más justa, pero más lenta y difícil de conseguir (así lo creíamos), que era lo que quería la mirada política y reformista de Salvador Allende, y la impaciencia revolucionaria por acortar caminos, sin importar los medios para lograrlo ¿Íbamos camino de imponer la ortodoxia marxista leninista, con todas sus consecuencias? Confieso que tengo dudas. Y las tuve durante los dos últimos años de gobierno. Había una alienación psicológica que lo invadía todo y no era solamente un fenómeno chileno, venía de tiempos atrás, era la reacción contra la opresión imperial y se esparcía como una mancha de aceite por América Latina, África y Asia: era la rebeldía contra la miseria extrema.

Fue una época muy especial, casi incomprensible para la gente que no la vivió. La situación real de pauperización y falta de libertad de los sectores populares, la miseria que se cernía sobre una parte muy importante de la población era increíble; en las grandes

ciudades se levantaban, semana a semana, a fuerza de coraje y desesperación, en sitios eriazos del Estado o de particulares que los mantenían a la espera de mejor precio, poblaciones hechas de fonolas o cartones, defendidas del viento y la lluvia por viejas frazadas o papeles de periódicos, con piso de barro en invierno y polvo en verano. Eran cientos de miles de familias que no tenían dónde vivir, ni cómo vivir. Los chilenos teníamos entonces fama de ser pobres de solemnidad, cómo sería que con ocasión de un partido de fútbol que se fue a jugar a Buenos Aires, en la desesperación de nuestros vecinos por el sorpresivo buen juego que los chilenos estaban haciendo y por la presencia de una numerosa barra de residentes, comenzaron a gritarles «¡Muertos de hambre!... ¡Muertos de hambre!». Esto despertó un gran escándalo en Chile (no así la miseria). Pero esa era la realidad de una nación mayoritariamente muerta de hambre, que era severamente reprimida por la autoridad defendiendo la «sacrosanta propiedad privada» invadida por estas «bordas extremistas» que querían darle techo, pan y abrigo, como en el año 32 ó 39, a sus hijos. Yo personalmente participé y conduje muchas «tomas», y no me arrepiento de ello; Herminda de la Victoria, la Caro, Santa Olga y Santa Adriana, Última Hora. Con Laurita Allende, esa mujer hermosa, inteligente y solidaria, corrimos muchos riesgos, sufrimos apaleos, nos gasearon con bombas lacrimógenas, nos dispararon, pasamos «de guardia» días y noches para defender la toma e impedir el violento desalojo de esos futuros ciudadanos llamados entonces «los sin casa». Era la respuesta de los socialistas a un mundo de injusticias. Vivíamos además una época muy particular, el mundo estaba remecido por la insatisfacción y la angustia: la Revolución Cubana había hecho surgir la rebeldía de los pueblos sumidos en la explotación extranjera y en la pobreza. El Mayo del 68 había generado un impulso revolucionario a las juventudes del mundo. Desde París se podía empezar a ambicionar lo imposible.

Por eso que los golpistas, que representaban a la odiosa clase dominante, actuaron sin vacilación alguna. Y lo que se dijo sería un acto de fuerza para restaurar la democracia y la justicia, fue una conducta de Estado de permanente violencia para imponer un modelo determinado de sociedad. Pero además, de una violencia siniestra, tanto física, como psíquica y social.

Muchos recién hoy día se están enterando de cuán perversa fue la dictadura, cuando los propios estamentos militares confiesan los atroces asesinatos cometidos o los lanzamientos de disidentes al mar para que desaparecieran para siempre en las fauces de los tiburones. Decirlo suena a novelón de mal gusto, pero es trágicamente cierto. Como los judíos gaseados por Hitler, aunque él no los llevara de la mano, están los chilenos arrojados al mar por Pinochet, aunque él tampoco condujera el helicóptero que los sacrificó. Cuando se regalaron prácticamente las grandes empresas del Estado, para impulsar la iniciativa privada y la libre competencia, creando grandes fortunas de la nada, o cuando el Estado, que debía ser meramente subsidiario, le prestó, sin plazos y sin intereses, miles de millones de dólares a la banca privada para que saliera de su colapso, ¿estábamos o no en presencia de una dictadura de derecha, capaz de las peores atrocidades, con tal de perpetuarse y priorizar la eficacia del sistema? La respuesta es tan obvia, que no es necesario explicitarla.

¿No fue acaso una forma diabólica de asegurar el dominio de una pequeña elite de privilegiados económicos, hacer de la salud un negocio fuera del alcance de los sectores populares? ¿Y con la educación? Cuando yo regresé a Chile, por supuesto que tenía que matricular a un hijo nacido y criado hasta entonces en España. Tenía 8 años. No había muchas alternativas: era 1987. Los colegios municipalizados gratuitos eran un reconocido desastre. Los privados, carísimos y todavía bajo el tutelaje cultural de la dictadura. Solamente se escapaban uno o dos. En uno de ellos puse a mi españolito. Tuve que pagar mensualmente bastante más que lo que gana un trabajador promedio en Chile. Y esta maldición al progreso y crecimiento cultural de mis hijos (común a la sociedad de hoy) que me persigue hasta ahora en la Universidad, se extiende, por supuesto, a cuatro hijos menores que esperan ser útiles socialmente en el día de mañana. La ilustración de las elites garantiza su dominación en la sociedad; es lo que hizo la derecha durante los años de dictadura militar.

Hoy el socialismo chileno e incluso el progresismo de origen cristiano están en crisis, no porque las ideas básicas hayan terminado su vigencia, sino porque ha sido difícil su reacomodo en una sociedad que ha cambiado tanto.

Cuando se habla de que vivimos en un momento de crisis o fracaso de las ideologías, como consecuencia de lo cual la política está cada vez más obsoleta y es más perjudicial, porque no tiene nada que ofrecer, se habla interesadamente y con un sesgo absolutamente falso.

¿Cuál es el fracaso de las ideologías?

Lo normal es que las crisis la refieran única y exclusivamente a las doctrinas económicas de base socialista, sean éstas de origen marxista, utópicas, racionalistas o cristianas, aquellas que tienen un basamento esencialmente humanista. Los representantes de las ideologías conservadoras, de derecha, son los que manejan la crítica, y «su» ideología no ha fracasado, porque sus políticas económicas son exitosas. Se han salvado milagrosamente de la debacle, han triunfado, porque sus «doctrinas económicas», hoy neo liberales, están vigentes, son modernas. Están bien insertas en un mundo globalizado en su provecho. Las grandes trasnacionales aumentan su riqueza de manera inimaginable hasta hace cincuenta años y un sector pequeño, pero fuerte, de la humanidad accede a todos los bienes económicos, sociales y culturales, mientras la mayoría, que ayuda a producirlos, solo llega a ellos cuando el vaso rebalsa. La brecha que se abre entre ricos y pobres es cada vez mayor, aunque dirán: pero ahora hay menos pobres y los pobres son menos pobres que antes. Claro, el mundo avanza con el esfuerzo de todos sí o sí, y algo tiene que sumarse a la cuenta de las mayorías y esto se reproduce a nivel mundial, y a nivel de cada país.

Pero y el ser humano ¿qué?, ¿cómo se inserta en este nuevo mundo que deifica el mercado, la competencia?, ¿cómo va en la parada del progreso?, ¿qué ideología puede sentir que ha logrado sus fines, si la felicidad del hombre, que es la finalidad última, sigue siendo tan estrecha y diferenciada? La fuerza y el egoísmo han sido hasta aquí, con pocas excepciones, el motor del avance de las sociedades. Los grandes estados, hoy prácticamente monopolizadores de la globalización, se han transformado en custodios armados de este proceso. Nadie puede salirse del esquema diseñado. Para crecer hay que estar dentro de él y esperar... esperar a que sobre. Por ahora, y tal vez por un largo período, no haya otra fórmula.

En estas circunstancias el tema ideológico se transforma en un problema de estrategias políticas: ¿cómo incorporar de manera

progresiva al reparto de la riqueza a los pobres para estrechar la brecha enorme que los separa y discrimina del resto de la sociedad?

La derecha presenta las cosas con una lógica aparentemente impecable: las ideas económicas del socialismo marxista eran estatistas, todo controlado por el Estado, sin espacio para la iniciativa privada y con todo regulado: precios, cantidades a producir, incluso qué profesionales se necesitan. Esas ideas fracasaron estrepitosamente, y en cambio se impone lo que la derecha siempre dijo: libre mercado, propiedad privada, competencia para definir qué y a qué precio producir, y cómo se asignan los recursos. De manera que la ideología socialista y cualquier cosa que se le parezca, al tacho. Viva el libre mercado.

Las ideologías simplemente existen, y son sistemas cerrados que buscan, por distintas vías, la perfección para el ser humano. Son las derivaciones prácticas, instrumentales, su posicionamiento en la realidad social, convertidas en doctrinas económicas, sociales o culturales las que encajan o no con momentos determinados de la evolución de la sociedad. Las doctrinas económicas no son otra cosa que un conjunto de tesis probables, de instrumentos para producir el cambio social, inferidas de una ideología determinada, aunque nunca de modo lineal: muchas veces se confunden y entremezclan.

Bueno, se dirá, lo que pasa es que era necesario cambiar la mentalidad de los chilenos, y el período de ajuste requirió del sostén del Estado, pero se logró finalmente instaurar un modelo económico que la misma Concertación ha mantenido. Eso tiene una parte de cierto, pero pequeña, y olvida una parte central de la verdad. Para hacer operativa la política de mercado que se estaba abriendo, no sólo era necesario hacerle cachañas al sistema —como la bancaria—; había también que eliminar oposiciones. Así el camino sería rápido y despejado. Fue la ingrata tarea que cumplieron las Fuerzas Armadas. Por eso, cuando escucho que «heredamos un magnífico sistema económico de Pinochet», no puedo ocultar mi pena infinita de sólo pensar que hay chilenos capaces de privilegiar los intereses económicos por sobre la vida misma. ¿Cómo puede una parte importante de la sociedad llegar a estos extremos? Sólo en dictadura, sintiendo el placer de ver crecer sus ganancias al amparo de la violencia ejercida sobre la sociedad, sin

querer admitirla ni verla. O con la impudicia de actos económicos absolutamente reñidos no sólo con la ética, sino incluso con las mismas reglas del libre mercado, como fue la venta «a dedo» y a vil precio de activos del Estado, impulsados y protegidos por el régimen. Eso se llama corrupción. Fue lo que sucedió con las enajenaciones de la Corfo, como las usinas de acero o el salitre de la Soquimich, entregada a un yerno del dictador. Como todas las obras humanas, la obra de la dictadura en este plano, era perfectible y la perfeccionaron: concluyeron acuerdo con la oposición para que legalmente nada de esto pudiera ser investigado después del año 90. Felicitaciones. Los delinquentes comunes lo llaman «librar a lo chute» (expresión del hampa chilena referida al ladrón «cartero» que en vez de huir, invita a perseguir al supuesto ladrón que él «sí vio»).

He mencionado sólo algunos ejemplos de cómo, en nombre de una doctrina económica, y para poder llevarla a la práctica, se pueden usar herramientas de la contraria. De cómo en un gobierno militar sin un ápice de liberal se entronizan las ideas más liberales, como las de Milton Friedman (que, por cierto, las pensó para las democracias, no para las dictaduras). Sin embargo, esta flexibilidad instrumental no la tienen todos igual de clara. Dos ministros del área política de la Concertación, Enrique Correa y José Joaquín Brunner, socialista y PPD respectivamente, sostuvieron con firmeza que la mejor política comunicacional del gobierno era la que no se tenía, y que si un medio de comunicación favorable al gobierno sucumbía por ahogo económico, no era más que una consecuencia de la libre competencia, imposible de evitar (para el recuento: siete medios de comunicación nacidos en dictadura para oponerse a ella, y que lograron resistir en esos años, sucumbieron en democracia).

Lo mismo sostenía nuestro mayor publicista, en plena campaña presidencial, quien, además agregaba (en la precampaña) que para desarrollar la política económica de estabilización, de contención de la inflación, de ahorro, que diera confianza al inversor extranjero, privilegiara las exportaciones e hiciera crecer al país, era mejor un representante auténtico de la derecha, no Ricardo Lagos.

El tema lo sacó a relucir con frescura inigualable, casi tierno, en un seminario que organizó el PPD en un hermoso local para

eventos que donó la solidaridad italiana en tiempos de Bettino Craxi, en el barrio alto, comuna de La Reina, calle Las Arañas, mi compañero de partido Eugenio Tironi. Recuerdo haberle replicado con mucha dureza e incluso, con la duda de verdad, preguntando si no se habría equivocado de seminario...

Ahora bien, ¿por qué sucede esto? A mi juicio, porque a las ideas socialistas o a las ideas liberales les asignamos tal carácter totalizador, integral, de cosmovisión, que no podemos separar de la ideología, de lo teleológico que ella contiene o expresa, los instrumentos económicos para el cambio o la conservación social. En otras palabras: existiría un modelo estático de política económica para cada ideología. La aplicación cruzada o indiferenciada, le cambiaría el tipo a las ideas esenciales, de tal manera que la aplicación, por ejemplo, de subsidios a los más pobres, o controles estatales para evitar la monopolización de la producción y su distribución, transformaría a los gobiernos y partidos que los sostienen de liberales en socialistas. Así como —también por vía ejemplar— la aplicación de políticas de mercado o los incentivos a la inversión privada, trocaría a los socialistas en liberales.

Esta adscripción de los instrumentos económicos, vía programa, a una ideología, no la determina; es el sentido que se le da a su aplicación lo que las integra y les otorga recíproca pertenencia. Igual sucede con la educación y la cultura: ¿de qué forma la promocionamos y para qué? No es lo mismo, ni se inscribe en el mismo padrón ideológico, el apoyo a la enseñanza, para que todos puedan acceder a ella, en los mejores niveles, gratuitamente, sin perjuicio de que el modelo deje abierta la puerta a la educación privada, que el apoyo que se le da a la enseñanza favoreciendo la educación privada, fuera del alcance de la mayoría de la juventud, sin perjuicio de que el modelo deje abierta la puerta a la educación pública, gratuita, hasta cierto nivel (enseñanza media en Chile) y de menor calidad que la privada, por la escasa asignación de recursos. En ambas situaciones se está promocionando la educación, pero desde tipos ideológicos diferentes y con finalidad distinta. En el primer caso, el Estado asume la representación de la sociedad para solidariamente dar igualdad de oportunidades a todos, es decir, compensa los desniveles sociales existentes y evita su perpetuación. En el segundo caso simplemente acentúa las diferentes

opciones según la capacidad económica de las personas o sector al que va dirigida la oferta. Directamente manipula el manejo o gestión de la sociedad y sitúa en un lugar ventajoso en la «libre competencia», que ya no es igualitaria ni es libre, a un sector minoritario, de elite, que monopoliza los recursos económicos. Los pobres nacen pobres y tienden a morir pobres. Los ricos nacen ricos y tienden a morir ricos. La riqueza se concentra cada vez más, y Chile y Brasil tienen el triste privilegio de ser los países de Latinoamérica donde la brecha entre ricos y pobres es mayor.

Todo esto amerita un significativo cambio de actitud en el progresismo chileno: no basta con la quema permanente de los valores y conductas del pasado hasta transformarnos en «dinamitadores de los principios en que han descansado las esperanzas de emancipación», como nos ha recordado Alfonso Guerra. Es necesario afirmar con más fuerza que nunca esos principios, que son universales, de paz, libertad y posibilidades de bienestar para todos, al mismo tiempo de asumir las realidades de la época en que vivimos con fuerza y decisión.

Lo primero es intentar insertarnos en este nuevo mundo de la manera más eficaz posible, y creo que lo estamos haciendo bien dentro de las condiciones heredadas. Nuestra economía camina de la mano de los mejores parámetros mundiales; somos un ejemplo de estabilidad política y económica entre los países emergentes; prácticamente sin inflación, con una tasa de crecimiento mayor que la media y un considerable aumento de nuestras exportaciones en esta primera fase de país exportador de materias primas; la cesantía se ha estabilizado a la baja, pero sigue siendo mayor que la media de los países más desarrollados. La banca se concentra cada día más y las uniones industriales y comerciales son noticia del día a día, generando instrumentos más eficaces de participación en la economía globalizada que hoy impera en el mundo. Los tratados de libre comercio con la Unión Europea, Corea del Sur y Estados Unidos son una respuesta a nuestro comportamiento eficiente y pueden significarnos un importante desarrollo capitalista moderno. ¿Hasta cuándo? ¿Seremos capaces o alcanzaremos a llegar al Estado de bienestar que perseguimos? ¿Iremos en el buen camino para disminuir la brecha profunda que hoy existe entre ricos y pobres?

La respuesta está condicionada a nuestra capacidad de gobernar y a la intencionalidad con que se gobierne. Y esta respuesta no puede ser del Presidente y sus ministros solamente, tiene que ser de él y del conjunto de la Concertación. Desde luego es necesario, más que nunca, romper el círculo vicioso de las reformas políticas institucionales que, al no hacerlas, nos impiden avanzar, o que al realizarlas de manera condicionada por la derecha le otorgan un sentido egoísta al futuro, donde el natural juego democrático de las mayorías y minorías pasa a ser inexistente y que, en la práctica, se ha convertido en una verdadera dictadura legal de las minorías. Enseguida, habrá que considerar que esta primera fase exportadora tiene sus límites naturales. Podemos aumentar acotadamente las exportaciones de cobre, de celulosa, de salmones, de productos primarios de la agricultura, y ello no nos sacará del carácter de país subdesarrollado y dependiente, quedando a merced del oleaje de los mercados que obviamente no controlamos. Necesitamos empezar a superar esta fase mediante la incorporación de un mayor valor agregado a nuestros productos, para situarlos de manera más segura y diversificada en los mercados mundiales. En el mundo de los servicios, literalmente no participamos y es necesario hacerlo; Chile debiera llegar a ser un gran exportador de servicios. Aumentar la capacidad adquisitiva y de inversión tanto de los sectores populares, como medios en forma real y no sólo por la vía del endeudamiento personal que la baja de las tasas de interés está posibilitando, redistribuyendo de manera paulatina el excedente que produzca el mayor crecimiento del país.

Para alcanzar estas metas es necesaria una gran inversión del Estado y los particulares en materia de educación e investigación técnico científica, la reforma universitaria, cuyo proyecto duerme en las comisiones parlamentarias, un verdadero esfuerzo solidario y una gran voluntad y armonía políticas. Y ya basta de seguir asintiendo gravemente cuando se habla de seguir empequeñeciendo al Estado. No. No tengo temor alguno a decir que sí, que creo en el libre mercado para aspectos cruciales de la actividad económica, como la determinación de qué, cuánto y a qué precio producir, pero no creo en él como guía rector de la educación, la salud o la asistencia a los pensionados. ¡Por favor! Así como necesitamos que haya un gran sector privado, pujante, creativo y con

iniciativa —y con una regulación estable para desarrollar sus capacidades—, necesitamos al frente un Estado sólido, con personalidad, que se haga cargo de regular lo que el mercado no puede ni debe regular, porque entonces se cometen las más feroces injusticias, y se perpetúan las marginaciones. Necesitamos un Estado con suficiente poder como para convertirse en el gran articulador, el protector de los sectores que no tienen el poder económico para pararse como interlocutores frente al sector privado y hacer valer sus intereses y necesidades. Y para ese papel no sirve un Estado jibarado, acomplejado de sí mismo, pidiendo perdón por la cuota de poder que maneja. Si renuncia a esa cuota, los poderes económicos se quedarían sin contrapeso, y el equilibrio es tremendamente necesario, porque el mercado no es el llamado a desarrollar la solidaridad o la deferencia. Es otra su tarea, y la del Estado es tener la suficiente fuerza para ser el director de la orquesta que nos lleve por fin a una sociedad más equitativa.

Si los partidos de la Concertación son capaces de eliminar sus roces permanentes por cuestiones subalternas y, junto a Lagos, levantar un proyecto de esta envergadura, con fe y pasión, la respuesta a las preguntas planteadas puede y debe ser positiva.

Pero la gente necesita saber que es lo que se está tramando, cuál es el proyecto que los estimule a participar, para que lo haga suyo, para entender el sentido de su sacrificio y los beneficios que de él pueden devenir. Los pueblos construyen sus esperanzas cuando participan de ellas.

Sí, es cierto. Algunas ideologías están en crisis. Por cierto, todas aquellas que pretendan tener un modelo de sociedad completo, con respuesta para todo. Pero cuánto seguimos necesitando a las ideologías.

¿Progresistas en el siglo XXI?

Septiembre en nuestro hemisferio, se supone que es el mes del renacer. Es la primavera que hace florecer los árboles y saca a los pájaros de sus nidos invernales. Es el mes de mayor fertilidad y su siembra dará frutos mayoritariamente en el invierno siguiente. En el decir popular, es cuando la sangre comienza a calentarse. Y sin embargo es para muchos de nosotros un mes trágico, de violencias que apagan las risas y los cantos dieciocheros del «mes de la Patria». Un 11 de septiembre de 1931 fue la sublevación de la Marina; un 11 de septiembre de 1973 se asesinó la democracia; un 11 de septiembre del 2001 Estados Unidos sufrió la peor desgracia de su vida como nación y, tal vez, cambió negativamente la historia de la humanidad.

Yo estoy tranquilo en este mes de septiembre, tal vez un poco agobiado con tanto recordar en la prensa, en la radio y la televisión lo que hace treinta años sucedió en Chile. No sigo los interminables programas, al estilo teleserie, que recuerdan cada minuto de aquel 11. Se me revuelven los recuerdos y vuelvo a sufrirlos, pero logro superar mis indicios de depresión pensando en lo mucho que ha cambiado mi vida, envaneciéndome de mi capacidad para superar las angustias y seguir intentando algo. ¿Qué? ¿Cuál es mi utopía ahora? Tengo hijos y una maravillosa mujer, por los cuales y con los cuales vale la pena intentarlo todo; tengo un país que merece prosperar, ahora en democracia, es decir en libertad, donde se pueda tener ilusiones y proyectar futuro. Y yo, que soy un optimista impenitente, como dice Florita, descubro que mi enfermedad, la fibrosis idiopática, no me ha quitado las ganas de seguir en

la pelea. Que es mentira que haya renunciado definitivamente a la política, sólo que ahora la puedo realizar por otros medios.

Y entonces, a través de estas reflexiones que ya duran más de dos años, voy construyendo mi proyecto y lo trato de ir plasmando de manera concreta, porque no me quiero ir con la frustración de no haber hecho nada. Converso con mi mujer y con mis hijos y con gentes de todos los pelajes, edades y partidos; indago, pregunto, proceso las informaciones que recojo, leo, investigo y empiezo a sacar conclusiones. La mayor parte de ellas ya han ido quedando diseminadas a lo largo de estas páginas. Físicamente, me he vuelto a sentir invulnerable y a mi vida de futuro sólo le pongo límites en el infinito. Ejerczo nuevamente mi profesión con éxito y tomo causas de largo aliento, porque me siento capaz de hacerlo y proyecto mi actividad en el futuro de mi mujer, de sólo 37 años de edad e incluso en mis hijos menores, el más pequeño de 5 años, como si la vida no tuviera fin. Como antes de hacerme el trasplante de pulmón. No me voy a morir porque tengo mucho que hacer todavía...

Como en el tango de Goyeneche, «piantao... piantao... con una grabadora en la mano y volando en mi ilusión super estrella...» salgo a perseguir mis ilusiones... Busco entonces dialogar con las personas que, por su inteligencia y su ubicación en la vida, pueden aportar y decidir, pronto, algo en mi mundo progresista. Por supuesto no son todos, pero son los que yo elijo.

Quiero comprometerlos públicamente a jugársela por el futuro; quiero demostrar que en Chile hay políticos honestos, capaces de enfrentar los desafíos del cambio social; capaces de estructurar los instrumentos del cambio, sin egoísmos ni vanidades inicuas. Que sean vanidosos por lo que entregan, no por la connotación mediática de su quehacer.

Me preocupan temas como la Concertación y su futuro; las disputas entre sus partidos y la falta de un proyecto común. ¿Será tan así? Y todo lo que se ha hecho en tres gobiernos concertacionistas, ¿ha sido al azar? Y lo que falta por realizar, ¿no es acaso un indicio de programa que hay que medir y proyectar? ¿Habría realizado algo siquiera la derecha, si hubiera sido gobierno? ¿Tendríamos democracia, cuando para el plebiscito del 88 querían prorrogar la dictadura de Pinochet (ahora legalmente) por ocho

años más, renovables? ¿Habrían defendido la educación pública y la universitaria del Estado, cuando fueron capaces de aprobar ¡un día antes! de entregar el gobierno, la ley de educación superior, que entraba su crecimiento y la calidad de la enseñanza? ¿Habrían aprobado, con el plan laboral de José Piñera, un seguro de desempleo o aumentado el nivel de remuneraciones en más de un ciento por ciento, como ha sucedido? ¿Estaríamos pensando en una ley de divorcio? En fin, Chile sería otro, más parecido a la dictadura que prohibieron y defendieron.

Mi base conceptual es creer que podemos construir una sociedad desarrollada y progresista, sin la necesidad de apuntarnos a un cuerpo clausurado de ideas, en una ideología que no admita correcciones ni aportes.

¿Estaré solo en esto? ¿Seré un ingenuo completamente desubicado, que se «quedó pegado» en su historia?

Partamos por las dificultades: hoy por hoy, en Chile y lo recalco en Chile, uno de los temas más difíciles de digerir para los socialistas y para los progresistas, en general, es el de una economía de mercado. En el mundo globalizado de hoy, parece imposible salirse de ese esquema, y aquí estamos los socialistas, administrando la economía de mercado mientras muchos de nuestros compañeros —y, curiosamente, un importante número de jóvenes— ponen cara de asco. ¿Cómo se combina este binomio aparentemente irreconciliable de socialismo y economía de mercado?

Converso con Carolina Tohá, una joven y destacada diputada socialista del PPD, socióloga, doctorada en la Italia de la alianza socialista-democratacristiana. El diálogo con ella tiene para mí una especial emoción: es la hija de Pepe Tohá, gran amigo y compañero, con quien nos iniciáramos en la política militante en la Escuela de Derecho, en la década del 50, un auténtico mártir del socialismo, al que vi, por última vez en la isla Dawson, en septiembre de 1973. El camino nos separó; yo fui a parar a la fatídica Academia de Guerra de la Fuerza Aérea y él, al hospital Militar y a la muerte. Sin embargo de sus recuerdos, es una muchacha alegre y llena de fe y optimismo, como su padre. Para ella «los tres gobiernos de la Concertación han desarrollado una política progresista que ha logrado combinar el logro de una democracia estable con el impulso al crecimiento económico y la promoción del desarrollo

social», que piensa que «el modelo que se ha ido configurando tiene mucho de original y es el sello que distingue a Chile en el mundo... superando las fórmulas convencionales. Unas provenientes de la derecha, que creen que lo único importante es crecer económicamente» y que lo demás vendrá por añadidura y otras desde la izquierda más ortodoxa, que califica el crecimiento y la estabilidad macroeconómica de política derechista y sostiene que «lo propio de la izquierda es la redistribución de la riqueza».

¿Y crees tú, le pregunto, que los instrumentos utilizados para la realización de esta original política de desarrollo han sido los adecuados? Con singular firmeza me responde: «Sí, creo que han sido adecuados. La gran virtud de la Concertación ha sido construir una mayoría sólida a partir de la diversidad política de los partidos que la integran». «Ha aprendido a tolerar y manejar sus dificultades... enriqueciendo las visiones y sumando a amplios sectores de la ciudadanía detrás de un proyecto de largo plazo». Tal vez Carolina exprese un apasionado optimismo, pero es la percepción profunda de una mujer joven del Chile de hoy.

Sigo entonces, con renovados bríos, mi investigación e intento de diálogo. Me hago una larga lista de personajes con los que quiero conversar: Ricardo Lagos, José Miguel Insulza, Jorge Pizarro, Sergio Bitar, Guido Girardi, Jorge Schaulsohn, Ricardo Solari, Jaime Ravinet, Víctor Barrueto, en fin, son muchos.

La tarea no es simple, menos en un país como el nuestro donde los personajes tienen el complejo de la importancia. ¡Cuesta hablar con ellos! «...Don Erich... el ministro está en una reunión... deme su teléfono para que le devuelva el llamado. ¿? Pasan las horas y a veces los días y la bendita devolución no se produce. Entonces le explico a la secretaria o al jefe de gabinete las razones que tengo y la urgencia, pues deho entregar este libro en los próximos días, mi editor me apremia y es evidente que no ha considerado mucho mis afanes reporteriles.

Estoy ayudando a redactar una querrela contra dos abogados que, a mi juicio, han estafado en más de dos mil millones de pesos a un anciano de 87 años, cuando me interrumpe mi secretaria: «Don Erich... lo llama el ministro del Interior...». Insulza es el primero que reacciona y convengo con él varias reuniones. No he terminado de conversar con José Miguel, que se muestra entusiasmado con

la idea... cuando se asoma nuevamente Silene: «Don Erich, don Jaime Ravinet está en la línea 6...».

Esta verdadera aventura está empezando a cuajar. Con los parlamentarios que he decidido entrevistar, no tengo mayores problemas. Se ponen de inmediato al teléfono y convenir reuniones con ellos es tarea fácil. Algunos, como Carolina Tohá, se alegran de que los convoque a esta aventura y me dicen «qué bueno que estés preocupado por el socialismo del futuro... cuenta conmigo...». Ahora el obstáculo mayor es el tiempo. Generalmente las entrevistas coinciden con mis actividades profesionales y en esas estoy cada día más ocupado, ¡menos mal! A veces también se topan con los horarios de recogida de mis hijos y entonces tengo que hacer virguerías para armonizar todas estas actividades; en todo caso, a los niños hay que ir a buscarlos.

He transformado en rutina llegar muy temprano a la oficina, tomarme un cafecito y encender un cigarrillo, antes de comenzar mi trabajo. Mi familia y mis amigos están horrorizados de verme fumar nuevamente; me retan, me vejan, rompen o esconden las cajetillas que han vuelto a aparecer en mi vida y yo, por enésima vez me comprometo a dejar de fumar apenas pase... cualquier cosa. Sigo argumentando que la fibrosis idiopática que padezco no tiene su origen en el cigarro, pero... igual, nadie me cree. Total... si mis pulmones resistieron hasta los 70, cómo éste, que es nuevito, no va a aguantar unos pocos años más... cavilo.

Con Ricardo la cosa es más complicada. Me ha tocado un tiempo muy difícil para el Presidente y de múltiples viajes fuera de Chile. Me confieso con Enrique París, su jefe de gabinete, quien de inmediato se compromete a consultarlo y darme una respuesta. Efectivamente me llama para decirme que el Presidente le ha expresado su interés por la entrevista y que me la dará entre su viaje a Brasil y a Argentina. Pasan los días y los viajes y nada. Ya estoy pensando que este diálogo no se producirá, cuando encuentro un recado de París: «El Presidente lo espera el miércoles a las 18.30». Ese mismo día me he comprometido con Ravinet, pero a las 4 de la tarde. No hay problema, puedo cubrir ambas entrevistas. Puntual me presento en el despacho del ministro de la Vivienda: «Tienes un recado urgente del Presidente... dice que te espera a las 5, adelantó la hora...». Sonriente, me agrega: «Donde manda

capitán, no manda marinero. Lo nuestro dejémoslo para otro día...». Entre 5 y 7.30, estaré con Ricardo en La Moneda. Ya de noche, viendo por televisión el partido entre Chile y Perú, veo aparecer a mi amigo Ricardo Lagos, hincha de la U y de Chile. Eso lo explica todo.

En poco más de un mes terminó mi aventura periodística y yo, agotado de las peripecias corridas, no así mi mujer, periodista de profesión, ni mis hijos María Loreto y Erich, que gozaron interrogándome luego de cada entrevista y escuchando los casetes grabados. Florencia, aprovechándose de la situación que yo había vivido me comentó: «...ahora se dará cuenta de lo pesados que son Uds. los políticos con los periodistas, obligándonos a perseguirlos y esperarlos eternamente para poder sacar una cuña siquiera...»

Procurando sintetizar, los resultados de mi «odisea», se las cuento y hago las proposiciones finales que me surgieron:

Ricardo Lagos¹, por ejemplo, parte del supuesto de aceptar que «el mercado asigna recursos, y sobre esa base hay que operar», pero agrega que el solo mercado no nos sirve, porque quienes habitan el mercado son los consumidores, y la desigualdad es de la esencia de los consumidores: las capacidades de consumo son diferentes, y no podría ser de otro modo. Son los ciudadanos los que son iguales entre sí, y por lo tanto los que deben tomar las decisiones que no se pueden dejar al mercado.

Ricardo me ilustra su opinión —como es tan clásico en él— con un ejemplo concreto:

«La necesidad de tener agua potable, si vives en la ciudad, la va a satisfacer el mercado, pero en el campo no. Porque en el campo el campesino no tiene los dos o tres mil dólares que cuesta colocar agua potable por familia en las zonas rurales. Entonces, cuando se dice que vamos a hacer un programa de agua potable rural y que vamos a poner agua potable cada vez que haya una población rural concentrada de 15 familias por un kilómetro de cañerías, lo que se está haciendo es entregar agua potable a través de un subsidio que son dos o tres millones de pesos por familia. ¿Y eso quién lo decidió? No lo decidió el mercado; eso lo decidió la autoridad política, o sea, el ciudadano».

La sociedad la construyen los ciudadanos, reitera Ricardo, y agrega un punto que a mí me parece crucial: «En democracia, los

ciudadanos deciden qué bienes van a ser públicos; o sea, qué bienes van a estar al alcance de todos, independientemente de que los compren, porque tienen plata; que se los subsidien, porque no tienen plata, o que se los provea directamente el Estado. ¿Y en qué consiste una democracia? En un debate, a medida que tú vas avanzando, sobre qué bienes son públicos y qué bienes no».

Parece ser que le estamos perdiendo el miedo a ponerle límites al mercado, a fijar el área en la que puede actuar y el área que corresponde a la autoridad política, a los ciudadanos, al Estado. En una conversación que dura tres días, también confirma este aserto Jaime Raviner², cuando hablamos de los tratados de libre comercio que ha suscrito Chile: «Yo lo que siento es que la oportunidad que se nos abre requiere de un Estado salvajemente proactivo, intervencionista en el buen sentido de la palabra, para proteger a los sectores más débiles, hacerles la transición para que puedan entrar a este mundo globalizado y focalizar fuertemente en políticas sociales, para sacar de la indigencia al siete por ciento de la población... creo que ahí hay una acción del Estado que es importante». El Estado jibarizado como lo quiere la derecha, claramente no es la solución.

Con José Miguel Insulza³ la discusión de estos temas es larga y distendida y dura varios días, claro que no es un tema nuevo para ninguno de los dos, lo hemos conversado infinidad de veces. Trae a la palestra al mismísimo Keynes, que, liberal y todo, decía que hay cosas demasiado importantes como para dejárselas al mercado, como decidir en qué va a invertir el país, qué prioridades asumir para mejorar la calidad de vida de las personas, cuánto se va a ahorrar. Él coincide conmigo en esto del complejo con que quedamos los socialistas para hablar del Estado, y de cómo terminamos siendo más papistas que el Papa:

«Creo que nosotros debemos tener una mayor capacidad de dirigir productivamente la economía. O sea, Hernán Büchi, cuando tomó al país en crisis, decidió que era forestal, era minero, era transporte, y a esas cosas les dio un montón de facilidades. Nosotros tenemos un cierto complejo con ese asunto, de decir por ejemplo que queremos regionalizar el país y por lo tanto vamos a cobrar menos impuestos en Chiloé, Aysén y Magallanes que en Santiago, para que la gente se instale allá. Yo sí creo en una pru-

dente conducción de la economía, en poder decir, en un momento determinado, mire, el gobierno va a tener una política de fomento respecto de determinadas empresas, de determinadas regiones, sin que eso signifique impedirles a los demás que hagan su trabajo. Los gobiernos no se pueden dejar llevar puramente por las corrientes del mercado, sino que tienen que tener voluntad política respecto de las cosas que quieren desarrollar en el país».

Lo que son las cosas... resulta que Büchi es más intervencionista de lo que han osado serlo los gobiernos de la Concertación. Por algo en su juventud fue mirista.

Ricardo Lagos apunta a la diferencia que existe entre el viejo socialismo y el nuevo frente al papel del Estado en la economía: «La diferencia es que antes, cuando decíamos bienes públicos, iba el Estado y creaba una corporación nacional para proveer bienes públicos. Creaba las escuelas normales para tener profesores y poder dar educación, etc. Ahora, no necesariamente eso debe ser provisto por el Estado, puede ser provisto por un particular pero el Estado te da el subsidio para que tú no pagues; y como te decía son los ciudadanos los que deciden qué bienes van a ser públicos en este sentido. Por supuesto que los bienes públicos van en aumento a medida que el país crece, y esto es lo que no acepta la derecha». Mi difícil manejo de la grabadora que llevo no impide captar la claridad de su pensamiento.

Regreso a Ravinet que me hace notar que es justamente lo que ha estado haciendo la Concertación a lo largo de estos tres gobiernos: aplicar un modelo de economía social de mercado, pero apuntalando desde el gobierno el «social»: «Hemos sido capaces de bajar la pobreza de un 40% a un 20%, donde si agregas los componentes no monetarios de la distribución del ingreso, que son las políticas sociales, ves que la brecha se ha acortado. Se ha más que triplicado el gasto en salud, más que duplicado el gasto en educación, ha disminuido de un 27% a un 12 % el déficit habitacional. Cuando el ministro Lagos introduce en Obras Públicas las concesiones, la Concertación libera cinco mil millones de dólares para pavimentar caminos secundarios que hoy día son la base de pequeños productores agrícolas para poder comercializar. Y llevamos la electricidad y el agua potable hasta el más remoto de los pueblitos. O sea, no es por chorreo que bajamos la pobreza, no es por

chorreo que tenemos un 97% de todas las casas de Chile con agua potable, el 94% con alcantarillado; el 73% de los hogares chilenos son dueños de su casa, sólo comparable con España que tiene un 80%. Pero... no nos hemos convencido de que además de consolidar un proceso democrático, hemos sido salvajemente efectivos en delinear políticas sociales... que somos la esencia del crecimiento con igualdad».

Si no lo detengo, Jaime todavía estaría llenándome la cabeza de cifras y de confianza en lo que se hace y en lo que se puede hacer.

Justo ahora voy a ser yo el poco optimista... porque quiero dejar establecido que si bien las cifras y porcentajes que da Jaime son estrictamente ciertos, el problema es la vara con la que medimos, y la dictadura de Pinochet, en materia social, dejó la vara muy bajita. Parafraseando a Baldomero Lillo, podríamos decir que la vara social, en estos rubros, como en educación y salud, quedó «sub terra».

Esto mismo lo discuto con Ricardo Solari⁴ que, junto con entregarme datos igualmente alentadores, que dan cuenta de un gabinete ministerial (el de Lagos) animoso e ilusionado con lo que está haciendo, teoriza sobre el punto y me expresa que es necesario considerar, como socialista, las circunstancias de un mundo actual globalizado, en el cual estamos insertos, donde no se puede practicar otra economía que no sea la de mercado. Junto conmigo, está de acuerdo en la ya tan repetida frase de Alfonso Guerra de que «el que se mueve no sale en la foto», y en que el caso más patético de esto es Cuba, y el de mejores resultados es China.

Entretanto, las dificultades que ha vivido el PPD en estos últimos meses y sobre todo su dirección presidida por Guido Girardi, revientan en un Congreso General, llamado por Guido para renunciar al cargo. Luego habrá elecciones que elegirán a Víctor Barrueto presidente del Partido por la Democracia. Víctor es un buen muchacho (bueno, muchacho para mí), bastante inteligente y mejor intencionado. A lo mejor lo van a considerar ingenuo. Intelectualmente muy bien dotado, aunque escribe de política e ideología en prosa *nabive*. Es afectuoso y tremendamente bonesto. Asumió recién, en una bonita ceremonia celebrada en el botel Carrera. Nos dio las gracias a todos por ¿lo que habíamos hecho? En un capítulo, los ex presidentes del PPD, que sacamos muchos aplausos, y en otro, Aylwin y Frei, allí presentes, que también

fueron vitoreados y, por supuesto, en capítulo especial, Ricardo Lagos, con la natural acogida de «sus *pepedés*». Pero no fue todo dar «gracias a la virgencita por los favores recibidos»... Rescató Barrueto con mucha fuerza la política del PPD frente a las autonomías, prometiendo instalar el tema en el debate; dio un ¡hasta cuándo nos tramitan con el divorcio...! Y habló con pasión de los temas ecológicos y de salud... creo que la educación se le quedó un poco en el tintero. El tema es ahora ser capaces de transformar las bellas palabras en acciones concretas. ¿Podrá hacerlo Barrueto?

El país esta sumido en las más desagradables discusiones. Ha estallado el escándalo de las redes de pedofilia y los medios destacan diariamente el escabroso contenido de centenares de videos sobre abusos de menores, de aberraciones sexuales, de pederastas que reclutan a menores pobres, de esos que deambulan por las calles de Santiago y duermen bajo los puentes del río Mapocho y a una parlamentaria, que no es de izquierda precisamente, se le ocurre insinuar la participación de algunos senadores de derecha en las «fiestas» que organiza el principal pedófilo, ya encausado por la justicia. El partido tutelar de estos senadores denuncia «una conspiración» en su contra y nadie termina por entender nada. Las insinuaciones de la diputada ceden ante la falta de pruebas y la discusión se traslada a la responsabilidad o irresponsabilidad que ha tenido al manchar la honra —injustificadamente— de los parlamentarios aludidos. Es cierto que el daño ya está hecho, en la sintonía popular ya quedaron como «culpables» y si en definitiva no son veraces las afirmaciones lanzadas un poco al voleo, no solo será irresponsabilidad, sino infamia también. ¿Y si...? Las redes criminales, el crimen organizado, que no solo afecta a la pedofilia, pasara de todas maneras a segundo plano y seguira muy campantes por nuestra incipiente modernidad. Incluso aparecen dos carabineros involucrados en el escándalo, que son dados rápidamente de baja y procesados por el ministro en visita designado y todos se preguntan ¿quién o quienes están detrás de ellos? Difícil la cuestión. ¿Habrá servido de algo la insólita denuncia? ¿Para destapar la gravedad del problema o para tapanlo? Por más que me encierro a meditar en mi «casa de campo» de Maitencillo, no logro una respuesta. Solo tiemblo al pensar que los senadores que se ha tratado de involucrar sean inocentes y ellos y sus familias estén sufriendo,

profundamente, por una «salida de madre» de alguien que, a lo mejor fue engañada o inducida de mala fe, a decir lo que dijo porque ella —la he mirado a los ojos— siento que ha actuado con buena intención. Cuando se publique este libro ya sabremos qué pasó... así lo espero. Aunque sinceramente creo que no pasará nada muy relevante y que lo que vale, que es conocer y desarmar estas redes criminales que para existir requieren del amparo de personajes poderosos, se estará resolviendo en las condenas puntuales de uno o más mafiosos y punto.

Descanso unos días gozando del bosque nativo de maitenes y boldos que me rodea, sintiendo en el silencio de la noche la fuerza ancestral del mar Pacífico y decido volver a mi lucha. Confieso que, a ratos, siento lo que yo aludo como el «llamado de la fibrosis», me siento cansado, no físicamente, psicológicamente. Como que quisiera dejar de lado tantos empeños y echarme a descansar... pero no, hay que seguir, y sigo. ¿Valdrá la pena este esfuerzo? ¿Habrá alguien siquiera que entienda mi desesperación por construir una sociedad mejor para nuestros hijos? No importa, estoy seguro que alguien habrá y con eso me basta. ¿Cómo ser progresistas en este mundo globalizado y egoísta?

Francisco Vidal⁵ apunta al camino intermedio: ni tan cerca que te quemes, ni tan lejos que te hieles. La inserción de Chile en el camino de la globalización representa un desafío para las fuerzas progresistas: «De una parte, las posturas críticas de exclusión no pueden jugar ningún rol para darle una dirección más incluyente y progresista a la globalización; de otra parte, las posturas de inserción acrítica en una 'globalización gloriosa y bienvenida' no permiten asumir las brechas de desigualdad de un modelo de desarrollo que excluye a más de un tercio de la población mundial. Una fuerza socialdemócrata moderna debe construirse en un camino de inserción decidida y de proposición activa en la globalización política, económica, jurídica y comunicacional, orientada a fortalecer los consensos, el derecho internacional, el mejoramiento de los términos de intercambio entre las economías emergentes y los países industrializados y la disminución de las brechas de la desigualdad». Y la Democracia Cristiana qué, pregunto. ¿Queda fuera del esquema de futuro? ¿Se acaba la Concertación? «No, la política y los partidos políticos en Chile deben seguir el camino de

la responsabilidad y aunar fuerzas cuando tienen un pensamiento más o menos homogéneo. La Democracia Cristiana es en sí, un gran bloque de opiniones compartidas, la socialdemocracia o como se quiera llamar, debe serlo también y ambos conformar, junto a la ciudadanía, una nueva y gran concertación social y política que los contenga, pero vaya más allá de ellos». Es una buena respuesta, pero más bien instrumental.

Para Ricardo Lagos, los desafíos que hay que enfrentar en el mundo globalizado son los mismos que en el nivel interno, en muchos aspectos. Y, para dejarlo bien claro (cómo se le nota que fue profesor), lo ilustra con otro ejemplo: «En ese mundo global también hay un debate sobre bienes públicos. O sea, cuando vemos que la capa de ozono se nos empieza a achicar en el sur, porque hay muchas emisiones de gases en el norte, difícilmente tenemos un ejemplo más nítido de lo que significa un mundo global. Bueno, necesitamos una discusión por cuánto derecho tiene cada uno a emitir gases, para evitar que la capa de ozono se nos siga embromando en el sur.

«El problema es cómo establecemos normas multilaterales en el mundo, que todavía tiene instituciones que son a imagen y semejanza de la realidad política y económica post Segunda Guerra, como los cinco miembros permanentes con derecho a veto en el Consejo de Seguridad, o las instituciones que nacen de Bretton Woods, como el Fondo Monetario y el Banco Mundial... bueno, reflejan las necesidades de 1945, y no las del 2003. Entonces un país como Chile, que hace tratados de libre comercio con una serie de países, dónde reclama por las normas injustas en materia de comercio... Yo veo que tenemos un cuadro en que la discusión que tenemos al interior de nuestros países sobre bienes públicos definidos por los ciudadanos, y por los cuales hay que hacer políticas públicas que restablezcan los equilibrios, esa misma discusión la tenemos a nivel exterior». Son grandes interrogantes, que puestas en escena nos obligan a buscar salidas originales, tal vez algunas ya se han ido insinuando.

Ricardo Solari opina que es necesario «priorizar la dimensión social de la globalización, fortaleciendo la cooperación hacia las naciones con menores niveles de desarrollo y asegurando su participación igualitaria en los grandes debates mundiales». ¿Cómo?

A mí este mundo globalizado y unilateral que tenemos hoy, casi me hace echar de menos a la vieja Unión Soviética, con todo, y a Stalin. No es que yo fuera precisamente un defensor de sus políticas, pero su poderío bélico y su ubicación en el bando contrario al de Estados Unidos, mantenía un cierto equilibrio; precario, sin duda, con muchos locos construyéndose refugios anti aéreos por si llegaba el día D, pero equilibrio al fin. Hoy Estados Unidos canta sin contrapesos, y se maneja en el viejo *do ut des* del Derecho Romano (doy para que des). Mantener la independencia como país en este escenario es a lo menos difícil, si es que no ilusorio. Me he referido varias veces a lo largo de este libro a la aspiración socialista de mantener una política no alineada. ¿En qué se traduce eso hoy, cuando las opciones parecen alinearse con Estados Unidos o simplemente «no salir en la foto»?

Creo que esa es una de las respuestas que tenemos que dar, y el camino va en la dirección que marcó Ricardo Lagos en uno de los peores trances internacionales que le ha tocado enfrentar al país, cuando tuvo que decidir la votación para la guerra con Irak en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Nuestro Presidente fue capaz de salir con habilidad del trance, en una posición similar a la de nuestros amigos europeos de Alemania y Francia, y sin poner a Chile en la peligrosa disyuntiva de ponerle precio a su dignidad: o adhesión absoluta a una política belicista o cerrar definitivamente el camino de un tratado de libre comercio con Estados Unidos. Me parece que nuestra independencia de país pequeño ha sido respetada, y que esa es la dirección que deberíamos profundizar en lo sucesivo.

Una de las cosas que se puso de manifiesto en las conversaciones que sostuve para cerrar este libro, fue el cruce paulatino de ideas y conductas que se han ido operando entre la derecha (hoy «centro derecha») y el socialismo (hoy, progresismo o centro izquierda) en los últimos años. Una vez superada la división categórica y abismal que suponía ser o no partidario de la dictadura de Pinochet (el «padrino» que la oposición ha ido dejando atrás, afortunadamente), empiezan a aparecer algunas similitudes. Insulza dice que eso es una gran victoria de la Concertación, porque hemos impuesto nuestra agenda. «Hoy día la gente habla de los derechos humanos, gente que estuvo en otra posición hace muy poco, y eso

es bueno; hoy día la gente habla de la pobreza, comienzan a asomar fuerzas de centro en la oposición, discursos mucho más completos sobre el tema de la desigualdad, más pluralistas...».

Si bien Insulza le encuentra razón a Enrique Correa⁶ en cuanto a que socialistas y liberales se parecen hoy mucho más que lo que se parecían antes, hay a su juicio áreas en las que seguimos siendo bien diferentes: «El socialismo tiene una impronta, un sello, centrado en lo colectivo más que en lo individual. O sea, para nosotros la existencia de organizaciones sociales y sindicatos, *debería* ser una forma de hacer avanzar a la sociedad. En cambio para un liberal, buenamente, esas son más bien trabas al ejercicio pleno de la competencia y la libertad individual».

El «*debería*» no es casual: José Miguel considera que en la práctica es una diferencia que se nota poco en el debate público, porque el socialismo a fuerza de avanzar en la renovación se equivoca de sendero, abraza el pensamiento liberal y no lo somete a crítica, a pesar de lo buenos que hemos sido para hacer autocrítica.

Esa dicotomía colectivo-individual también es relevante para Ricardo Solari: «Si queremos una sociedad más equitativa, debemos abocarnos a eliminar privilegios y desigualdades, reconociendo en lo comunitario y no en lo puramente individual un valor central para reducir las incertidumbres, fortalecer la identidad cultural y mantener la cohesión social, para así asegurar la gobernabilidad de los procesos de cambio».

Este es uno de los muchos patrimonios que compartimos con la Democracia Cristiana, o al menos con una parte de ellos. Así me lo recuerda Jorge Pizarro⁷, que me hace notar que ingresó al partido en plena campaña presidencial de 1970, apoyando a Radomiro Tomic. «Tomic era el ideal del humanismo cristiano, el comunitarismo, la justicia social, la libertad y la participación popular». Esa impronta no es fácil de borrar, y por lo mismo Pizarro dice que una de las cosas que valora del trabajo político es el impulsar un proyecto colectivo, compartido, en que un grupo más o menos dispar de personas es capaz de buscar los puntos de encuentro, organizarse, y trabajar en conjunto para poder concretar esas ideas comunes.

Para Lagos, otro punto que nos diferencia de la derecha está en el área de la educación: «Cuando uno dice 'educación para todos', uno tiene que entrar a discriminar en la asignación del gasto edu-

cacional, y dar más recursos donde hay más carencias. Y este es un punto que muchas veces nos separa fuertemente con las políticas de derecha. Porque la derecha te dice 'déle usted un *voucher*, un vale, y con ese vale vaya usted a comprar educación al mercado'. El problema es que si le damos un vale a todos por igual se va a mantener la desigualdad en la calidad de la educación, porque unos van a tener más plata que otros para comprar educación».

Pero aun si supusiéramos que, gracias al valecito, y asumiendo que ningún padre con buena situación económica de este país quiera introducir un plus en la educación de su propio hijo, todos los jóvenes de Chile van a tener exactamente el mismo monto anual para pagar su educación —lo cual ya es bastante tirado de las mechas—, por lo menos a nivel universitario ni siquiera así serviría. Porque resulta que la gran mayoría de las universidades privadas imparte carreras de pizarrón, de bajo costo, que efectivamente pueden financiarse con el arancel que paguen sus alumnos premunidos de vales. Pero a ver cuánto habría que cobrar en Astronomía, o en Bioquímica, o cómo financiamos la labor de investigación o de difusión cultural que debería realizar una universidad.

Me alegra que el tema de la educación sea percibido como un asunto clave, no sólo para una futura política socialista o progresista, sino para el desarrollo del país. Ricardo Lagos lo ilustra con mucha gracia: «La diferencia entre heredados y desheredados de este mundo trescientos años atrás era la propiedad de la tierra. Después llegó el tío Marx y nos dijo que era la propiedad de los bienes de producción. Pero con la teoría del tío Marx yo no logro explicar a Bill Gates, que es la fortuna más grande del mundo, y que la hizo con cerebro... el tema de la educación es vital».

Ravinet cree que el desarrollo futuro de Chile va por el camino que ha seguido Finlandia, y esa ruta implica apostar al mejoramiento de la calidad de la educación. «Eso es ahora lo que era el sueldo de Chile de Allende, la viga maestra de Frei, creo que no es el cobre, es la educación, ahí está la clave del tema; pasa también por mejorar el acceso a la salud y su calidad, pasa por asegurar una verdadera igualdad de oportunidades, y eso uno lo hace cuando tiene fichas, cuando el Estado tiene dinero para apostar; por eso creo que el desafío del futuro es crecer, porque sin crecimiento no hay política social».

Por supuesto, nuestro ministro de Educación, Sergio Bitar⁸, también destaca la importancia del tema: «La gran transformación será fruto de una educación integral de calidad: habilidades, innovación, trabajo en equipo, disciplina y, también, formación ciudadana y cultural. Aquí podemos hacer más y más rápido. La educación es el principal instrumento de cambio y debe ser la bandera prioritaria del progresismo, de los demócratas y de los socialistas democráticos. La función del Estado es insustituible y debe privilegiar a la educación pública, con perspectiva de largo plazo». Para Carolina Tobá, que fuera importante dirigente estudiantil, el acento hay que ponerlo en nuestra menguada educación superior. Y esta afirmación recorre todos los ámbitos y pasa a ser una demanda casi angustiosa. Por lo menos para mí lo es, si queremos construir una sociedad desarrollada del primer nivel para el 2010.

Personalmente, el tema de la educación superior se ha transformado casi en mi obsesión; veo pasar uno tras otro los gobiernos de la Concertación, uno incluso encabezado por un socialista, y nada pasa con el sistema universitario de este país. Probablemente Insulza tenga razón, y no hemos abordado el asunto porque «hacer una reforma del sistema universitario en Chile sigue significando romper muchos huevos». Y ojo, que nadie está hablando de hacer tabla rasa con lo que hizo la dictadura y hacer desaparecer las universidades privadas, o restringirlas al punto de cortarles sus posibilidades de desarrollo. Pero tampoco se trata de permitir que se haga eso mismo con la educación superior pública, que es exactamente hacia donde caminamos. De manera que habrá que asumir el costo de unos cuantos huevos rotos, como dice Insulza.

«Sí, yo creo que hay que hacerlo... O sea, el caos universitario que hoy día existe... Cualquier señor que tiene una casona que le heredaron sus padres funda una universidad con Derecho, Sicología, Periodismo, y alguna otra cosa... Ahí se requiere una política de Estado». Insulza me acota que, en su opinión, el tema de la educación pública es uno de los temas que el socialismo moderno debería recoger de su pasado, del socialismo de otros tiempos.

Hemos hecho un largo recorrido por el socialismo chileno, por sus luchas e ideales a lo largo de casi todo un siglo, hemos visto cómo ha contribuido de modo decisivo a mejorar la calidad de vida

de los chilenos, y sobre todo la dignidad de los más débiles. Hemos revisado sus errores y sus aciertos, su proceso de renovación (que, coincidiendo con Insulza, también veo como un poco estancado en muchos sectores, y desvirtuado en otros, que simplemente se han vuelto liberales) y sus rupturas. Hemos pasado revista a sus logros en la lucha contra la dictadura y formando parte de los tres gobiernos de la Concertación. ¿Y ahora qué?

Esquemático, Sergio Bitar me enumera cuáles son, en su opinión, los tres procesos en que se sustenta la acción progresista para el siglo XXI: «Afianzamiento democrático (libertades, instituciones fuertes, poder a la sociedad civil, derechos humanos), desarrollo económico (buen manejo macroeconómico, crecimiento rápido, equilibrado y con resguardo ambiental) y justicia social (reducción de la pobreza y la desigualdad, con énfasis prioritario en la educación de calidad para los más débiles)». Si bien Sergio evalúa positivamente el avance que ha habido en estos tres procesos durante los gobiernos de la Concertación, estima que la educación requiere de un esfuerzo mayor: más potencia, recursos y mayor compromiso político.

El papel que debe desempeñar la ciudadanía también es un tópico que le parece relevante a Ricardo Solari: «Se requiere un proceso que motive a la ciudadanía a asumir un rol proactivo, dejando de ser un agente pasivo frente a la acción gubernamental. El desafío es mayor considerando que la idea no es que los grupos de poder político lideren un proceso de fortalecimiento de las organizaciones sociales, sino más bien que acompañen activamente a los nuevos colectivos en sus proyectos, y apoyen la construcción de redes, proporcionen espacios y pongan su capacidad de gestión en función de los intereses de esta ciudadanía».

Está claro que la sociedad civil se ha transformado en preocupación central al momento de imaginar políticas futuras. Pancho Vidal hace hincapié en lo mismo, haciendo notar que la socialdemocracia ya tiene camino avanzado en esto, porque su formación tradicional se construyó en el logro de acuerdos entre sindicatos y empresas, sobre la base del paradigma de los pactos sociales: «La mediación corporativa social entre sindicato y empresa es sólo parte de un camino de intermediación y representación social más amplio, como es el de las relaciones de la ciudadanía con el sistema

político y social. En esta perspectiva de representación e intermediación de la ciudadanía democrática está abierto el camino de fortalecimiento de las nuevas organizaciones sociales, el trabajo por un funcionamiento transparente de la economía de mercado, apoyando y asegurando los derechos del consumidor y el mejoramiento de la calidad de vida».

La idea del mejoramiento de la calidad de vida también resulta relevante para Insulza, que considera que hay una serie de temas que los socialistas deben seguir impulsando: libertades públicas, fomento de la cultura y la solidaridad, redistribución del ingreso, igualdad de oportunidades, reforma de la salud «con un sentido progresista y democrático», protección del medio ambiente, divorcio... «Yo no me ilusiono con dar una definición que comprenda todas estas cosas. Es la idea de progreso hacia una sociedad más vivible, hacia mejorar la calidad de vida de la gente, una sociedad más amable».

Jorge Pizarro también considera que es un desafío para el próximo período aumentar la participación de sectores que hoy están al margen de la toma de decisiones políticas: a su juicio, tenemos que ser «más imaginativos y sin complejos para incorporar plenamente a la gestión popular a los jóvenes, a las mujeres y a las minorías de nuestro país». También hace un llamado a ser más audaces: «Ojalá trabajemos sin miedos ni temores de afectar intereses económicos, militares, políticos, religiosos o de otro tipo». En sus palabras hay una importante coincidencia con las expresiones de Cartolina Tóhá que piensa que «es necesario darle más poder a los ciudadanos en las decisiones del país, descentralizando, perfeccionando nuestra democracia y generando más espacios de participación».

La identidad del progresismo en el nuevo siglo es lo que intenta definir Víctor Barrueto⁹: «Implica básicamente dos cosas: por una parte, un compromiso permanente por afianzar la justicia social y las libertades personales, la igualdad de oportunidades y la libertad para crear y acoger la diversidad presente en la sociedad. Por otra parte, un compromiso por combinar adecuadamente el fortalecimiento del sentido de comunidad, de pertenencia histórica y de cohesión social, con las nuevas posibilidades de 'invención de sí mismo' que la propia modernización de la sociedad hace po-

sible». Guido Girardi agrega, con sello propio, la necesidad de poner sobre el tapete de la discusión, los nuevos temas valóricos de la sociedad moderna impulsados por el ciudadano, más allá del militante clásico.

Dejando claramente establecido que éste es un sobrevuelo bien a la rápida de lo que deberían ser los lineamientos generales de una política progresista para el próximo tiempo, resta plantearse una pregunta que a mi juicio es crucial: ¿cuál será el instrumento político para impulsar esas ideas? ¿La Concertación? ¿El PS y el PPD unidos? ¿Una nueva alianza, un nuevo partido?

Insulza considera que en el futuro próximo habrá un cambio en el cuadro político, teniendo en cuenta que la Concertación habrá completado ya 16 años: «Es posible que al final de Lagos haya otro Presidente de la Concertación todavía, pero me parece muy evidente que esto no dura para siempre, y que tarde o temprano la prioridad va a tender a estar en la forja de una fuerza socialdemócrata, más que en la mantención de una coalición muy amplia (...). Para mí, la primera prioridad de este período de gobierno es terminar de demostrar que una persona de nuestras ideas puede hacer un gobierno exitoso en este país, y mantener la estabilidad, la tranquilidad. ¿Qué digo con esto? Cuando nosotros llegamos al gobierno se pensaba que en realidad esto era una coalición muy democrática, pero la garantía de esa democracia la daba más la DC; hoy día la garantía democrática la podemos dar todos. Y ahora se nos abre la necesidad de construir una fuerza precisamente para la etapa siguiente a la que estamos completando».

La misma reticencia frente a las perspectivas de la Concertación plantea Ravinet, quien tiene la sensación de que «en los últimos años entramos en una lógica perversa, de intentar crecer a costa de los socios, y no a costa de los adversarios, y eso lo hicimos todos los partidos». Y agrega que «sólo nos une el recuerdo nostálgico y épico de haber derrotado por las urnas la peor de las dictaduras latinoamericanas, y el proceso de construcción democrática exitoso».

Sergio Bitar se inclina por una «plataforma progresista» con vocación de crecedora: «El gran avance desde 1990 radica en la conformación de una coalición amplia y mayoritaria aglutinada en torno a consensos económicos y políticos. En nuestra coalición, sin embargo, perdura una estructura dispersa de los progresistas y los

partidos de izquierda y centro izquierda. Debemos propender a una nueva configuración, más cohesionada e integradora de nuevos sectores de la sociedad civil, especialmente de los jóvenes; debemos ponerle término a la dispersión de fuerzas políticas similares que solo basan su diferenciación en una sórdida lucha por el poder personal o de capillas, para luego ser capaces de integrarnos en una gran plataforma social, ciudadana, progresista, sin exclusiones».

Aunque consciente de sus defectos y de esa especie de escepticismo que hace presa de sus dirigentes, Pizarro asegura que «la Concertación es la única coalición capaz de garantizar paz y estabilidad social, política y económica a Chile. Compartimos los principios esenciales para avanzar a esa sociedad participativa, más igualitaria, tolerante, creativa, modernizadora, democrática y libertaria con la que todos los progresistas soñamos». El prerrequisito: recuperar la fe en la alianza.

Francisco Vidal considera que, al margen de la política de alianzas que se desarrolle, es necesario trabajar en la proyección de una fuerza socialdemócrata: «Las tradiciones históricas del socialismo chileno y la historia reciente del PPD apuntan en una perspectiva de representación del mundo popular y social y de ciudadanización de la política (...). Sin embargo se requiere avanzar en una nueva renovación teórica y práctica de la izquierda que permita proyectar una nueva fuerza que no sea continuidad o suma simple de lo existente, sino que permita interpretar y potenciar el desarrollo ciudadano, de nuevos sectores sociales en una perspectiva de democracia participativa, desarrollo humano y progreso inclusivo de todos».

El tema del instrumento para el cambio en los nuevos tiempos viene debatiéndose desde hace mucho al interior de los partidos, especialmente de izquierda. Pero hasta aquí éste ha sido sólo un juego de ingeniería política: junto a tal partido con tal otro, se esquematiza, y con eso genera una nueva fuerza social. Esto rige tanto para los teorizantes de la izquierda como de la derecha. El problema es que no es algo que se haya internalizado verdaderamente y el debate no ha salido de los círculos dirigenciales, y difícilmente saldrá, porque de partida los involucrados en esta discusión encuentran obstáculos insalvables y límites intolerables:

cómo defender los intereses personales o de las pequeñas «capillas» que administran sectorizadamente el poder o lo que creen que es el poder dentro de cada partido. El diputado A piensa que si su partido se fusiona con el del diputado B, que está en su distrito, uno de los dos se va a tener que ir para la casa, y puede ser él. Y esto sucede en la escala administrativa y en todo orden de representación que acuerde o entregue una cierta cuota de poder; la sociedad civil está ausente de estas consideraciones.

Por eso decíamos que tiene que haber un profundo cambio al interior del individuo del siglo XXI, que le permita anteponer los intereses colectivos a los propios. ¿Cómo se llega a esto? Sólo cuando se tiene un proyecto convocatorio lo suficientemente fuerte y apasionado como para traspasar los límites del egoísmo humano. Esto está inscrito en la raíz misma de los grandes cambios históricos de la humanidad, a lo que se agrega, tal vez por mentalidad propia de los latinos, la necesidad de un liderazgo que se imponga por sobre todos.

Yo, que soy un impenitente optimista, creo que en los albores del siglo XXI, con toda su enredada problemática, que a ratos empequeñece al ciudadano y lo hace sentirse como una pequeña hormiga en un mundo «ancho y ajeno», se está generando la rebeldía de las personas hacia ese estado de cosas.

En Chile, en la intimidad, la gente de la Concertación nos vivimos quejando amargamente de que hemos desvirtuado el sentido masivo que tuvo esta alianza social destinada a hacer una política progresista para el país. Y nos quejamos de habernos olvidado de las fuerzas que movieron la palanca del cambio y derrotaron a la dictadura; los trabajadores, las organizaciones sociales, los estudiantes, las mujeres, que se organizaron casi espontáneamente buscando democracia. Hoy no juegan rol alguno en el perfeccionamiento —en sentido progresista— de la democracia que ofrecíamos. La «administración» de esta fuerza social se ha traspasado a la cúpula de unos pocos y esmirriados partidos políticos.

Yo creo que somos capaces de cambiar el curso de nuestra propia historia. En las palabras y los sentimientos de cada uno de mis interlocutores y de las decenas que, además de ellos, han dialogado conmigo, uno encuentra un sincero afán de buscar nuevas fórmulas que nos reencuentren con la masa social, con el ciudadano.

La Concertación como cúpula política es obvio que está agotada. A mi juicio, tiene que producirse, antes que todo, un reacomodo interno en los partidos para, desde allí, ser capaces de insertarse en una nueva plataforma social, o plataforma progresista, como la llama Bitar. No parece lógico, por ejemplo, que partidos que tienen una similitud político ideológica vivan compitiendo (y malamente) entre ellos, o que dentro de cada partido haya amigos y enemigos. Tiene mucha razón Ravinet cuando habla del crecimiento a costa de los socios, y no de los adversarios, confundiendo el adversario real. Y esto vale para izquierdas y derechas. Yo diría que es un horrible espectáculo el que ofrece, por ejemplo, la Alianza por Chile, y también el que ofrecen socialistas, pepedés y democratacristianos en sus disputas internas. Ni la una, ni la otra le hacen bien al país. El progreso es un bien común.

La formación de nuevos instrumentos de conducción social no es algo que se pueda decretar lisa y llanamente, es más bien un proceso de maduración ciudadana y responsabilidad política. Los avances que se han ido consiguiendo en educación cívica de la gente, en valoración de los derechos del ser humano, en solidaridad y en buscar respuestas a la inequidad, después de 17 años de oscurantismo y pérdida de identidad colectiva, tienen que contribuir a encontrar ese hilo conductor del cambio. Yo pienso que el reacomodo de la izquierda chilena debe encontrar una vía común de expresión, para constituirse en referente que influya en las futuras políticas, y cuando hablo de «izquierda», lo estoy haciendo en clara referencia a los socialistas, de todos los pelajes, que hablen el lenguaje de la democracia y de la ciudadanía, como sujeto histórico del cambio social o de lo que hoy entendemos por progresismo.

El socialista del siglo XXI debe ser amplio, plural, abierto a los nuevos desafíos tanto de la naturaleza como del ser humano. Es o debe ser el que defiende la vida en su consideración del medio ambiente, el que ayuda a crecer a la gente, entregándole educación y cultura, como armas para su libertad personal, el que privilegia la solidaridad por sobre el egoísmo, el que practica la política por su vocación de servicio público y no solamente por apetitos propios.

¿Utópico? Sí, pero posible, como lo han sido todas las grandes utopías del pasado. En lo concreto, hace 20 ó 25 años mirábamos la democracia como un sueño difícil de alcanzar en Chile y la pro-

paganda lograba convencer a muchos incluso de que no era buena. Estructurar la política como un valor útil y necesario para la armonía de la sociedad, no es una aspiración menor, aunque los viejos admiradores del autoritarismo digan que no sirve para nada, pero es cuestión de detenerse un instante y comparar la vida antes del 90 y después, para constatar lo contrario.

Reordenar la mirada progresista de un socialismo democrático bajo un mismo hilo conductor ayuda indudablemente a la institucionalización de la democracia y fija responsabilidades cívicas, derriba paredes de egoísmo y contribuye a la armonía de los cambios a que aspira el ser humano. Este es, a mi juicio, un primer paso que se puede dar. Que la Democracia Cristiana actúe con decisión política unívoca en torno a una gran proyecto de país solidario que progresa, «sin miedos ni temores en afectar intereses económicos, militares, políticos, religiosos o de otro tipo; sin desconfianza al compañero, camarada, correligionario o partido aliado», como gráficamente lo dice el senador Jorge Pizarro, es posible. Lo ha demostrado la DC en múltiples ocasiones. Y así es posible concertarse nuevamente.

Reconocer, en paralelo, la existencia y la trascendencia del ciudadano y del consumidor, lograr que el ciudadano influya, para que dé ideas, para que ejerza un control social sobre los partidos, para que tenga un punto de encuentro donde expresar sus aspiraciones y se pueda comunicar con el gobierno y las instituciones de la democracia, es el salto cualitativo a que Solari se refería. ¿Utopía nuevamente? Ya lo hicimos en la Concertación de los orígenes, y lo perdimos por torpeza y soberbia. ¿Seremos tan idiotas nuevamente? Yo espero que no. Siento que los socialistas aprendimos bastante de la dolorosa experiencia de septiembre de 1973 o, a lo mejor, el egoísmo tiene que perder sus «pitutos», como dice Jorge Pizarro, para que aprenda y deje en paz a los que quieren hacer de Chile un país mejor.

Este tema lo he conversado largamente con Ricardo Lagos, por su liderazgo indiscutido en el progresismo, por la claridad de su pensamiento y porque, hoy por hoy, resulta ser el personaje más universalmente convocante de nuestro sector progresista, y me atrevo a afirmar que está dispuesto a asumir el desafío histórico planteado, aunque antes... a cumplir bien y en plenitud, la tarea de gobernar.

En una de las tantas reuniones conmemoratorias que en estos días se han realizado, me encuentro con Adolfo Zaldívar, inestimable y solidario amigo que estuviera pendiente de mi trasplante hace más de dos años. Me toma de un brazo y me espeta a boca de jarro: «¿Supiste? Juanito Achurra está agonizando, tienes que ir a verlo». Lleva cuatro años y medio desde que fuera, como yo, trasplantado del pulmón. Yo llevo dos años y tres meses¹⁰.

La fibrosis idiopática me ha hecho un llamado de atención. Me ha recordado que la vida no es eterna y que la enfermedad sigue su fatal e inexorable camino, pero me ha dado a lo menos estos años de tregua que me han servido para escribir estas reflexiones. Y no me doblegará antes de vislumbrar siquiera que las utopías han dejado de ser tales.

Santiago, octubre del 2003.

Notas

- 1 Ricardo Lagos Escobar es, al momento de escribirse este libro, Presidente de la República para el período 2000-2006, militante socialista y del PPD (el único doble militante), abogado y economista y líder indiscutido del sector de izquierda de la Concertación.
- 2 Jaime Ravinet es ministro de Vivienda y Bienes Nacionales, militante del PDC y uno de los nombres que circula como posible precandidato presidencial de su partido para el próximo período.
- 3 José Miguel Insulza es ministro del Interior y fue ministro de Relaciones Exteriores y de la Presidencia en el gobierno de Frei. Militante socialista, también su nombre se ha mencionado como potencial precandidato presidencial.
- 4 Ricardo Solari es ministro del Trabajo. Militante socialista, forma parte del llamado «tercerismo» en su partido.
- 5 Francisco Vidal es ministro secretario general de Gobierno y militante del PPD.
- 6 Enrique Correa, militante socialista, fue ministro secretario general de Gobierno de Patricio Aylwin (1990-1994) y en la actualidad está «privatizado», esto es, tiene una empresa de asesorías a empresas e instituciones.
- 7 Jorge Pizarro es senador del PDC por la Cuarta Región, después de dos períodos como diputado por Coquimbo y Ovalle con muy altas votaciones. Hoy se le considera «disidente» de la mesa directiva de su partido, encabezada por Adolfo Zaldívar (del ala más «derechista» de la DC).
- 8 Sergio Bitar es ministro de Educación de Lagos, ex presidente del PPD y ex senador por la Primera Región.
- 9 Víctor Barrueto es presidente del PPD y diputado por Talcahuano desde 1990.
- 10 Juan Achurra, abogado, ex subsecretario del Interior de Eduardo Frei Montalva, murió en octubre de 2003.

Erich Schnake, que alguna vez se sintió un muerto en vida, debió reconocer dos cosas. La primera es que estaba equivocado y la segunda es que los muertos no mienten, por lo que ahora tenía que escribir la verdadera historia de dos vidas: la suya y la del socialismo chileno.

A los 70 años se aferró a sus ganas de vivir, soportó un trasplante de pulmones y siguió adelante con ánimo, voluntad y memoria.

Líder de los viejos tiempos, testigo de los juegos limpios y sucios de la política, látigo para la derecha y adversario del Partido Comunista con el corazón en el Kremlin.

Diputado y senador durante la Unidad Popular, prisionero de guerra después del golpe de Estado y exiliado en España, donde se convirtió en Juan Antonio Zabalza, Antonio López y Alvaro Chake, porque tres veces ingresó clandestino a Chile.

De regreso al país fue uno de los fundadores del Partido por la Democracia (PPD), trabajó por los gobiernos de la Concertación, como candidato fue derrotado con buenas y malas artes y luego desplazado hacia los cuarteles de invierno, porque se había convertido en algo que la sociedad no perdona: un perdedor.

Erich Schnake, sin embargo y pese a tantas cosas —errores y cicatrices, derrotas y traiciones— morirá como nació: un socialista que sigue creyendo en las utopías y en un mundo mejor.



AGUILAR